"Mi pluma lo mató"



Clodoveo González

CLODOVEO GONZALEZ

"Mi pluma lo Mató"

Refutación a un libelista «inacadémico»
que en Lima (Perú) dio charlas
sobre «Montalvo seudocervantista»
y «Montalvo ramplón literario».

EDITORIAL MINERVA
AMBATO - ECUADOR
1968

PUBLICACIONES DE LA I. MUNICIPALIDAD DE AMBATO

JUSTIFICACION

El parto de los montes
¿Una traición a la Patria?
Un comentario de EL TIEMPO de Quito
En el CAFE 77
Entre dos fuegos

El parto de los montes.—Desde hace algunos años se venía anunciando que el señor Gonzalo h. Mata —«escritor» residente en Cuenca desde su mocedad, muy conocido por la audacia y virulencia con que trata de destruir los que él juzga falsos ídolos— se hallaba en trance de escribir un libro demoledor contra Don Juan Montalvo.

No ha perdido el tiempo, y acaba de dar a luz un librejo de 137 páginas: «ZALDUMBIDE Y MONTALVO», en cuya página 24 dice: «En mi obrecilla APEO Y DESLINDE DEL SAN DON MONTALVO, que crece sin prisa pero sin pausa, trato extensamente de Gonzalo Zaldumbide: aplaudiéndole y reprochándole en sus almacigales concepciones montalvopáticas. El conocía mi labor, tanto que me envió, tras vicisitudes de un **cierto humor sui generis....,** LA CURARINA, antídoto contra el montalvismo, de J. B. Pérez y Soto, facultándome que la guardase hasta que me pluguiese....» (24) (*).

Conocedores del veneno que destila LA CURARINA y de la fama del señor Mata como libelista no menos venenoso, esperábamos con curiosidad el parto de esta unión. Creemos que el lector que tenga la paciencia de leer esta refutación, ha de

(*) Todo número entre paréntesis indicará el de la página de la reciente «obrecilla» de Mata, de donde se toma la cita.

convenir en que la nueva «obrecilla» de Mata no es sino el parto de los montes y que no podrá ser otra cosa también el APEO Y DESLINDE DE SAN DON MONTALVO en cuya preparación se halla engolfado.

Tal es la pobreza de conceptos, tan vacuas las censuras, tan despampanante el desacato a la gramática, tan repulsivo el uso del idioma español, tan burdas las mofas que hace de la amistad, que este nuevo librejo de Mata no es sino una comprobación más de su aserto: «tanta basura que escribo» (52), y, por lo tanto, su obligado destino no puede ser sino un basurero.

Sin embargo, es de ineludible necesidad refutarlo por las razones y los hechos que pasamos a exponer.

¿Una traición a la Patria?—En las páginas 24 y 25 de su «Zaldumbide y Montalvo» Mata nos hace una revelación que nos ha puesto los pelos de punta. Leámosla: «El Capítulo MONTALVO RAMPLON LITERARIO de mi obra de marras (**sic**) lo leí en Lima en Galería Cultura y Libertad, la noche del martes 5 de Octubre de 1965.... El Capítulo MONTALVO SEUDO CERVANTISTA, de aquella mi obrecilla en preparación lo leí en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con inusitado aplauso... »

¡Sí! Con «inusitado aplauso» ha sido acogido en Lima un ecuatoriano que ha ido al Perú con el exclusivo objeto de difamar el nombre de uno de los más grandes ecuatorianos.

Sin admitirlo, supongamos por un momento que los gratuitos enemigos internos de Montalvo llegaran a comprobar que no hubiese sido en el campo de las letras ni en el de la democracia el prohombre venerado dentro y fuera de su patria. Aun en ese tan hipotético como doloroso caso ¿sería admisible que un ecuatoriano, sin haber hecho ninguna aclaración histórica de puertas adentro, se lance a destruir una gloria nacional, en primer término, precisamente en el Perú?....

Si lo que busca son solamente aplausos, vengan de donde vinieren, sin reparar en los medios por vedados que sean, bien puede el señor Mata regresar al Perú para dar otras charlas contra Espejo y Mejía, contra Morales, Quiroga, Riofrío y demás Mártires del 2 de Agosto, contra Abdón Calderón y los Próceres de la Independencia, contra Olmedo, Rocafuerte y Alfaro, contra los Héroes del año 41 y, en fin, contra todos los valores ecuatorianos. Y puede tener seguridad absoluta de que todas sus patrañas han de escuchar aplausos tan «inusitados» como los que ya ha recibido por las que ha lanzado contra Montalvo.

¡No! No es necesario que las autoridades sancionen a este bellaco: el pueblo ecuatoriano sabrá estigmatizarlo señalándolo

ante la historia con su dedo acusador, por no haber vacilado «en perpetrar los más atroces y nefandos actos contranatura (**sic**) cívica, patriótica»....(80).

Un comentario de EL TIEMPO de Quito.—En el diario quiteño EL TIEMPO, edición del lunes 11 de Julio de 1966, página 9, apareció dentro de un marco de líneas, el siguiente artículo: «EL LIBRO DE LA SEMANA: ZALDUMBIDE Y MONTALVO, por G. h. Mata (Cuenca), 1966)»....

«Libro valiente, vehemente, iracundo. Inmisericorde, duro con un mito inveterado, hecho de **exageración retórico discursiva de discurseadores fiesteros.** (Mata dedica la fórmula, en singular, a Zaldumbide)».

«Mata con este libro se pone en la línea de nuestros grandes panfletistas —de Solano y Calle— (¿De dónde les viene a los cuencanos esta condición de zurriaguistas espléndidos?); por encima del mismo Montalvo».

«Libro para ser gustado y pensado. Gustado, su español propio y rico, desenfadado. Discute Mata a Sánchez Astudillo el calificativo de **hablista** dado por éste a Montalvo. A Mata no se lo puede discutir. (Se podrá discutir, aquí y allá, el buen gusto). Y para ser pensado son muchos los que deberían repensar mucho de estas páginas, a menudo caóticas y apasionadas, pero donde desorden y pasión en nada restan fuerza a las razones. Además de Montalvo, el **santo** de esta fiesta, y Zaldumbide, el **prioste,** reciben su parte Sánchez Astudillo, **turiferario** del prioste, y, esto no acabamos de ver claro a cuenta de qué, Jorge Icaza por las cimplicidades (**sic**) y las mutaciones de su HUASIPUNGO (En **Cándidas digresiones,** 2)». (*)

El propio lector será quien, después de conocer la «obrecilla» de Mata, ha de juzgar los aciertos o desaciertos del comentarista del EL TIEMPO.

En el **CAFE 77.**—A renglón seguido del relato de las tristes hazañas que hizo en la Galería Cultura y Libertad y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en Lima, Mata añade en bastardilla, el siguiente emplazamiento: **«Caso de que se me reprochara que hubiese pronunciado esas conferencias en país ajeno a Ecuador, emplazo a mis amigos de todas las instituciones de mi Patria: universidades, colegios, Casa y núcleos** (sic) **de la Cultura a que me auspicien lecturas sobre Montalvo. Gustoso se las serviré al punto**....**»** (25).

(*) Por motivos de claridad en las citas, las palabras que en el texto original van entre comillas, han sido transcritas aquí en negrita, norma que seguiremos en lo sucesivo.

La tarde del 14 de Julio de 1966, Mata «sirvió» en el Café 77 la lectura de algunos de sus poemas, incurriendo a lo largo de uno de ellos en los mismos defectos que él censura en las novelas de Jorge Icaza, la procacidad del lenguaje, sin ningún respeto para las damas que tenía a su lado.

En las palabras de ofrecimiento dijo cosas como ésta: «Si se me escapa alguna inmodestia, será pura coincidencia», y se rió solo, pues nadie entendió el chiste. Aludió a su reciente publicación jactándose de haber empezado una nota necrològica para terminar con un libro, que, añadamos nosotros, es, de principio a fin, una biliosa diatriba contra el amigo apenas fallecido, contra Montalvo y contra otros escritores. ¿No habría sido preferible que, dejando de lado las diatribas empezadas, hubiese concluido con una sentida nota necrológica por el viaje definitivo del amigo?....

Pero no son los poemas del señor Mata ni la alusión a su libro lo que en este momento interesa. Lo impresionante era el ambiente que le rodeaba. El joven oferente del acto presentó al poeta como a un genio extraordinario llamado por el destino para ordenar el orbe «destruyendo mitos», «arrasando ídolos de barro», «dando al traste con las vacas sagradas». Eran evidentes las alusiones a Don Juan Montalvo, considerado ahora por ciertos grupos que se dicen de avanzada, como mito, ídolo o vaca sagrada.... No pocos de los concurrentes eran presas de viva emoción que se traslucía en sus enrojecidos rostros y en el brillo de sus ojos que los tenían clavados en las muecas y gestos del poeta, cual si estuviesen contemplando extasiados a un nuevo Mesías. Cierto doctor no resistió a los impulsos de su admiración y en un intermedio tomó la palabra para saludar al «genio», honra suprema de las letras ecuatorianas contemporáneas.

Permítame el lector referirle que al día siguiente concurrí a una entrevista con uno de los jóvenes dirigentes del grupo patrocinador del recital poético, para obsequiarle algunos ejemplares de mi «San Juan Montalvo», obra diametralmente opuesta, en su fondo, a la de Mata, y para hacerle observar algunas de las innumerables necedades de que está plagada la reciente obra de este «escritor». Grande fue mi sorpresa al escuchar de sus labios su absoluta conformidad con los puntos de vista de Mata. Para él, Montalvo era un Don Nadie en nuestra historia: sus obras habían pasado de moda y desde muchos años no merecen ser leídas. Seguramente, para él, Cervantes es tan anticuado como las novelas de caballeros andantes. Montalvo nada había hecho tampoco porque los principios de libertad de pensamiento y de conciencia se establecieran en el Ecuador. Y nada habían lo-

grado Alfaro ni el Liberalismo.... —¿Conoce usted de cerca la crisis social que viene padeciendo nuestra vecina y hermana República de Colombia?— —Sí, —respondió.— Pero Colombia se halla ahora en una admirable etapa de liberación.— —Pues bien —repliqué:— esa etapa de liberación empezó en el Ecuador con la obra doctrinaria de Montalvo hace cien años, y esa obra orientadora fue la que puso la espada redentora en manos de Alfaro y arrastró a sus valientes tras la bandera de la Libertad. Colombia aún no ha tenido su Montalvo ni su Alfaro.—

¿Y qué ha hecho el señor Mata sino escupir el veneno que le corroe contra todo y contra todos? Sin embargo, todo se lo perdonan: sus fallas son sólo de forma, dicen. Mata —lo proclaman— es un varón que tiene la valentía de cantar las verdades crudamente contra los ídolos de barro, los mitos y las vacas sagradas; y es más valiente aún cuando se confiesa una insignificante «personilla», un «tonto», un «hominicaco», es decir, un cobarde pigmeo .... —¿Dónde una obra constructiva o enaltecedora del civismo y de la nacionalidad? —preguntamos nosotros.

Sin duda, ni Montalvo, ni Alfaro, ni el Liberalismo han logrado culminar sus ideales de redención nacional, pues ella requiere el tesonero y constante concurso de todos los buenos ciudadanos. Pero negar los beneficios que han traído a la Patria es negar la luz del sol.

Y no es el señor Mata quien va a construir una nueva Patria. Los jóvenes que le siguen —dignos por otra parte de aplauso por sus inquietudes intelectuales— no se han dado cuenta todavía de que Mata se ha impuesto como única misión la de erigirse, por sí y ante sí, en árbitro supremo de la intelectualidad ecuatoriana; y basta que un pensador, un poeta, un novelista, un periodista, un pintor se destaque de entre la mediocridad y alce su cabeza luchadora en ansias de triunfo para sí y para su Patria, para que él, Mata, se crea con derecho a cortársela **ipso facto.** Escriban esos jóvenes poemas hermosos, artículos brillantes, novelas de profundos y grandes alcances, y verán cómo luego les sale al paso en frenético desenfreno para aniquilar sus más nobles aspiraciones. No será difícil, en cambio, que alguna vez prodigue rimbombantes elogios a individuos mediocres en quienes no vea el peligro de que le hagan sombra.

Entre dos fuegos.—Hállase el nombre de Montalvo acosado tanto por elementos de extrema derecha, que todavía ven en él al «hereje e impío», como por elementos de extrema izquierda que quisieran saludar en él a un abanderado del bolcheviquismo. Y puesto que no es una bandera para la superstición ni el fanatismo por un lado, ni para el desate de odios sangrientos por otro, es víctima de encontrados ataques tan ciegos como inocuos.

Sus propias obras —llenas de luminosas enseñanzas contra la tiranía y el engaño, en una prosa galana que a menudo tiene inspiración de poesía—; y su vida, que fue una sucesión de padecimientos, persecuciones y destierros, son su mejor testimonio y su más poderosa defensa.

En medio de este cruce de fuegos que le llegan de ambos extremos de intolerancia, la figura de Montalvo se yergue señera e inalterable como apóstol de la Verdad y del Bien. Y es alentador contemplar cómo un sacerdote católico español, el padre Juan Ignacio Vara, hace una brillante apología del Cosmopolita, liberándose de los prejuicios que incluyeron en el Indice los Siete Tratados. Ello nos hace esperar que no tardará el día en que el clero ha de citar los ejemplos de Montalvo y ojalá la polémica que se ha suscitado reviva en nuestra juventud el interés por leer sus obras con gran provecho para la formación espiritual no menos que para el mejor cultivo del idioma.

Queda así justificada esta refutación a la reciente obreja de G. h. Mata.

PRIMERA PARTE

A QUIENES CONTRADICE MATA

En Europa:
De Víctor Hugo a Miguel de Unamuno
En América:
De José Enrique Rodó a Teodoro Rivero-Ayllón
En el Ecuador:
Un elogio de sorpresa

Antes de herir los oídos del paciente lector con citas de las incontables tonterías de Gonzalo humberto Mata contra Don Juan, conviene recordar los nombres de personalidades ilustres en el mundo universal del pensamiento y de las letras, que no le han escatimado sus más elocuentes elogios.

En Europa: De Víctor Hugo a Miguel de Unamuno

Víctor Hugo, príncipe de las letras y exponente máximo de la espiritualidad de Francia en el siglo XIX, y uno de los más altos valores humanos de todos los tiempos, suscribió una preciosa carta en que le decía: **«Sois un noble espíritu».** Me he emocionado teniendo en mis manos este valiosísimo documento que guarda, entre innumerables tesoros, la Casa de Montalvo.

Enternecedora es la amistad entre **Lamartine** y Montalvo, almas gemelas que se codeaban en la nobleza y altura de sus sentimientos. Casi en la miseria, Lamartine invitó a Montalvo a cazar en sus tierras que pronto serían presa de sus acreedores. Casi en la miseria, Montalvo invitaba a Lamartine a que refugiara en el Nuevo Mundo su grandeza menospreciada entonces por Francia.... —«¡Qué feliz me encontraría yo —escribía Montalvo— siendo su guía en este largo viaje! ¡Qué feliz sería llevándolo conmigo! ¡Allí vería tantas cosas dignas de él! Yo le haría realizar un viaje mitológico sobre el Daule; los altos tamarindos y las ananas se inclinarían a su paso. Subiríamos al Chimborazo, desde la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre esa América inmensa. Descenderíamos por el otro lado y luego nos encontraríamos en medio de esas llanuras, en donde tiembla la verde espiga. ¿Veis esos ancianos sauces que inclinan sus viejas cabezas, ya de un lado, ya de otro? Yo tengo allí flores y laureles para

ofrecer a mi gran huésped; yo lo llevaría a la casa de mi padre; nosotros nos internaríamos juntos en el bosque de Ficoa, y avanzando nuestro camino, se sentiría él repentinamente inspirado del fuego divino, al poner sus ojos sobre los poéticos lagos de Imbabura. Iríamos de valle en valle, sería recibido por todas partes con arcos de verdes ramas y flores. Los jóvenes agitarían en el aire sus banderas blancas; las jóvenes cantarían sus canciones más queridas, los viejos de cabellos canos saldrían de sus cabañas preguntando: ¿dónde está él? ¿cuál es él? . . . . En mi país todos conocen a Lamartine; sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor, y yo me complacía en oírle cuando subía la colina en pos de su rebaño». Conmovido Lamartine agradeció a su amigo con una efusiva carta en que le decía: «He leído estas líneas, y he amado la mano extranjera que las ha escrito. Si en mi patria se alimentaran sentimientos semejantes, yo no me vería obligado a repartir la sombra de mis árboles entre mis acreedores y mis deudos» . . . .

Ernesto Martinenche, Profesor ilustre de la Sorbona de París, pronunció estas palabras de elogio: « . . . partió del romanticismo para volverse clásico y . . . . , a la vez, agregar capítulos nuevos a Don Quijote y a la biblioteca universal de los grandes defensores de la civilización. Se le conoce, sobre todo, como el adversario de ese García Moreno que, en un mundo nuevo, quiso revivir la figura de un Felipe II y los procedimientos de la Inquisición . . . . Sí, era un noble espíritu. Su escepticismo no ahogaba su fe . . . . Creía en la razón, esperaba en la democracia, y sabía aplicar las más bellas ideas latinas a las necesidades de su Continente. Se consideraba ciudadano del mundo y fue un apóstol del americanismo . . . . »

Maulemans dijo que el libro de los **Siete Tratados** «colocó a su autor de un ímpetu entre los filósofos más amables, los moralistas más originales y los prosistas más brillantes del siglo XIX».

El Doctor **R. E. Betances,** agradeciendo las obras que Montalvo le había enviado, decíale: «Ya las conocía, y de mis manos habían ido a las de unos amigos míos que, como yo, son admiradores suyos. Pero estos dos libros ya no saldrán de mi casa y me procurarán la ocasión frecuente de recrear mi espíritu en pensamientos grandes, en sentimientos nobles y en un lenguaje que no puede ser más bello . . . . »

«L' Opinion Nationale», de París, escribió: «Los **Siete Tratados** son obra magistral que, en cierta manera y por decirlo así, es la revista del género humano, que pudiera muy bien intitularse **El mundo antiguo y la antigüedad, juzgados por un hijo del Nuevo Mundo** . . . . »

En admiradores del proscrito moribundo se convirtieron los sabios médicos parisienses que lo atendieron en su enfermedad y se afanaron por salvarle la vida.

César Cantú que, como erudito y autorizado autor de una Historia Universal, conocía toda clase de hombres, no titubeó en llamarle **«hombre ilustre que honra a su patria y al género humano».**

Edmundo d' Amicis, prototipo del refinado escritor italiano que llega a conmover las fibras más sensitivas del humano espíritu, y que con su CUORE, joya literaria de imperecedero valor traducida a varios idiomas, sigue llegando a muchos corazones, escribió a Montalvo: «Después de las merecidas alabanzas que de vuestras obras han hecho tantos varones ínclitos, no me atrevo a exponeros mi admiración, que es grande, ya por la verdad y la rareza de las ideas, ya por la belleza de la forma, ya por la elevación de la intención. Orgulloso estoy verdaderamente, y feliz me conceptúo de que mi nombre haya llegado a vuestra noticia y haya despertado simpatía hacia mí en vuestro pecho».

Montalvo no tuvo sino que enviar algunos ejemplares de sus «Siete Tratados» a España para que, precedido por la fama, fuera recibido con aplauso y satisfacción unánimes. La prensa madrileña —«El Globo», «El Progreso» y «La Correspondencia»— relataron los agasajos de que fue objeto. Castelar se convirtió en su cicerone. Núñez de Arce nos dejó su retrato. Emilia Pardo Bazán unió a su admiración un fogoso afecto derramado en expresivas cartas. Compartieron esa admiración don Juan Valera, Marcelino Menéndez y Pelayo, Manuel del Palacio, Trueba, Cánovas del Castillo, María del Pilar Sinués, Campoamor, los marqueses Figueroa y Manuel M. Peralta.... Y todos están acordes en reconocer que los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes» y su Prólogo constituyen «el más estupendo y digno elogio de Cervantes», «escrito en la prosa castellana más elegante, noble, pura y numerosa que se ha compuesto en el siglo XIX» —como dijo Navarro Ledesma y lo refrendó Núñez de Arce, y lo repitieron desde Valera hasta Gómez de Baquero». (G. Zaldumbide, Prólogo de «El Espectador»).

En la carta que sirve de prólogo a «Geometría Moral», **Don Juan Valera,** entre otras cosas, dijo de su ilustre tocayo: «No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que **lo ha estudiado con amor;** posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con inigualable facundia y con artística destreza.... Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización greco-latina hasta el día de hoy; y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y trasmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona.... Me arredra el gran valer de Montalvo. No son sus defectos los que me inducen a no hablar de él, porque yo hasta con sus defectos simpatizo.... Nada de Montalvo debe quedar inédito. Su labor literaria

es cual riquísima y extensa mina que debe ser denunciada y acotada sin que falte la menor dependencia, a fin de que las personas que puedan y sepan la laboreen o la exploten, como se dice ahora ... El inimitable estilo, tan propio de Montalvo, las galas y la riqueza del lenguaje, la asombrosa erudición y la abundancia de imágenes, de historias, de anécdotas y de personajes, fingidos o no fingidos, pero bien evocados y trazados, todo muestra que la tal **Geometría** es digna hermana de los **Siete Tratados** anteriores....»

Doña Emilia Pardo Bazán decíale en una carta: «Ya he saboreado **La Mercurial.** Es poco cuanto pueda decir a Ud. en elogio del estilo; parece unas veces esculpido en bronce, otras en terso alabastro, y otras modelado en viva carne ... ¿No sabe Ud. que los jesuítas han tomado contra mí en el púlpito? Pronto voy a andar en pastorales y a escribir mercuriales.... Le diré que mal que le pese al Obispo de Quito, Ud. es de las personas más cabales, inteligentes y simpáticas que me ha deparado la suerte conocer ... Ahí van la izquierda y la derecha: ésta para el gran escritor, aquella para el amigo...»

Don Marcelino Menéndez y Pelayo: «....¿Tendría Ud. la bondad de enviarme el primer tomo de **El Espectador?** Me es desagradable siempre tener incompletas las obras de mérito como lo es sin duda el citado **Espectador.** Me ha hecho pasar ratos muy agradables trayéndome a la memoria los mejores artículos de Addison o los de Gaspar Gozzi, en su **Osservatore,** que me gusta todavía más que el **Spectator** inglés. Ud. procediendo con entera originalidad ha logrado no obstante parecerse a estos amables moralistas, y a veces al mismo Montaigne, sin que se trasluzca imitación directa». —Recuérdese que Don Marcelino era de ideas religiosas y políticas no siempre conformes a las de Don Juan.

Antonio de Trueba: «A mi regreso...., me he encontrado con su carta y su obra. Renuncio la tarea de ensayar la expresión de mi agradecimiento por una y otra que tengo como una de las mayores honras de mi vida....»

Fermín Herrán: «Como yo soy dado a la belleza en todas sus manifestaciones, empiezo por decirle que lo precioso de la edición me ha enamorado y sin poder resistirme he empezado a mariposear, y por cierto, que entre elegantes frases y oportunísimas ideas he hallado dos.... Ya ve Ud. si con meterme de buenas a primeras en su libro le pruebo mi simpatía y admiración ... Yo le prometo en pago de su relevante mérito y en recuerdo de nuestra amistad nombrarle Académico de la Cervántica Española, de cuya Academia soy indigno Director hace nueve años.... Cuente pues con su admirador y amigo que adora la tierra Americana....»

Manuel M. Peralta: «Su **Espectador,** sus **Siete Tratados,** sus **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes** son testimonio de su

dominio de la lengua y le valen ser considerado como un pensador profundo, digno colega póstumo de Montaigne, Addison y Emerson».

«Admiro su obra.... Señalaré, pues, con piedra blanca el día de hoy en que he conocido intelectualmente a tan insigne literato...» —escribió **Pedro Antonio de Alarcón.**

«La Geometría Moral de Montalvo es una verdadera joya literaria, es uno de los libros más estupendos, originales, intensos que he leído. Es una maravilla de estilo, de riqueza, de centelleo mental. Escribiré algo sobre esta obra por más que me siente inferior al asunto y enano junto al gigante»: son palabras de **José Alcalá Galiano,** Conde de Torrijos.

Observa **Leopoldo García-Ramón:** «Castelar a menudo es redundante; amontona palabras y arrastrado por la armonía efectiva de la frase, nos la deja vacía; Montalvo no incurre en ese error, y cuida siempre de amontonar ideas con las palabras. En esto es superior».

Y, a su vez, **E. Gómez de Baquero:** «Siendo exuberante, rico, pomposo el estilo de Montalvo, la frase es concisa por la propiedad y precisión admirables con que cada palabra está usada, formándose así de elementos muy sencillos la magnificencia y esplendor del período. La riqueza del léxico, a más de contribuir a esta precisión, da variedad, soltura y colorido al lenguaje. A diferencia de otros imitadores del gran estilo clásico castellano (de los cuales tenemos un ejemplo reciente en la Historia de la Pasión de Jesucristo del P. Mir), en cuyas obras se percibe a cada paso el esfuerzo y el artificio de la imitación, en la de Montalvo parece todo espontáneo y natural....»

Manuel Llorente Vásquez, representante que había sido de España en Quito, y que en París sostuvo una no muy cordial conversación con Montalvo según puede verse en el artículo «Impresiones de un diplomático» en **El Espectador,** Ed. Garnier, pág. 290 – 311, escribió de su contertulio: «¡Qué cerebro tan extraordinario el de ese hijo de Ambato! En aquel cráneo había espacios inmensos en que brotaba espontánea y obstinadamente la sabiduría.... Aquel literato creador todo lo toca, sobre todo discurre con facultades sobrenaturales, y en ninguna parte se para. Su naturaleza ígnea le abrasa, le consume y le diviniza....»

Escribe **Pedro Montesinos:** «Su acento trágico, su palabra vibrante, resuenan aún en los oídos de los déspotas. Poseído del espíritu de la justicia, él también es un redentor; por eso murió en suelo extranjero, herido de indecibles dolores. Su corazón cosmopolita era una fuente de anhelos nobilísimos.... El puede hombrearse con Cervantes y Jovellanos, los Luises, Quintana y Martín. ¡Qué variedad de colores, de armonías, de tonos, en sus cláusulas polífonas, enteras, rotundas, irreprochables y soberbias! El burila para la inmortalidad la obra de su inteligencia en páginas de oro....»

Luis de Zulueta, polígrafo insigne y Embajador de España ante el Vaticano, añade: «Romántico ante todo. Soñador, apasionado, su alma se desbordaba del vaso de la forma literaria. Corazón de niño, ánimo de luchador, espíritu de artista, conciencia de místico. Buscó la verdad, amó la belleza, apostrofó a los tiranos, desnudó a la hipocresía, adoró a la mujer, combatió por la libertad.... La obra interesa, pero, a través de la obra lo que de verdad importa es el hombre.... Pero en Montalvo, como en otros de su raza, si la obra es mucho, el autor es más que la obra, y el hombre más que el autor. La mejor creación de Montalvo fue acaso su propia personalidad... MONTALVO FUE UN PROFETA DE AMERICA....»

«El Diluvio», de Barcelona, repitió: «Montalvo es una de las más grandes glorias literarias que los países hispano—americanos han producido».

La revista **«Europa y América»,** que se editaba en París, dijo: «Montalvo ha sido mentado entre Miguel de Montaigne, Larrochefaucould y Pierre Charron, por un autor francés; es mucho sin duda, para un hispano-americano. Bien es que ya el sabio viajero Monsieur Manó se había atrevido a poner a Montalvo al lado de La Bruyére..»

José Carlos Manó le escribía a Montalvo: «No tengo la honra de conocerle a Ud. personalmente. Pero hará muy pronto tres años que abrigo profunda simpatía para con el egregio escritor ecuatoriano....; y ha sido tanto mi entusiasmo, que me tomo la libertad de escribirle, no para felicitarle, que mi felicitación bien poco o nada significa, pero sí para expresarle mi grande agradecimiento por los deliciosos momentos que su lectura me ha proporcionado. El retrato de Veintemilla está trazado de **main de maitre;** dudo al propio tiempo que en sus famosos **retratos** mi compatriota La Bruyere haya escrito nada mejor que las dos escasas páginas que Ud. dedica al **Chagra**.. Aunque hijo de una Antilla francesa, he amado siempre con pasión el armonioso y altivo idioma castellano; pero cuando ese lenguaje pasa por su castiza pluma ..... elevándose arrogante y puro a las regiones épicas para fulminar terrible anatema sobre la cabeza del tirano, le confieso a Ud. que el entusiasmo me enajena por completo....»

Y en su Prólogo a **Las Catilinarias, Don Miguel de Unamuno** —pensador y escritor insigne, lumbrera sin segundo en las luchas doctrinarias y orientadoras de su patria española— identifica las suyas con las del proscrito ecuatoriano y evoca su espíritu tutelar sobre España: «Y al encontrarme con él —dice— me he encontrado y enfrentado conmigo mismo, y al encontrarme con el Ecuador, la **nacionzuela** como alguna vez la llamó, de Ignacio de Veintemilla, me he encontrado con la triste **nacioncilla** de Primo de Rivera.... Montalvo sobrevive porque venció, ¡sí, venció! a la tiranía y no porque imitó a Cervantes. Porque imitó a Don Quijote. Y él tuvo conciencia de su misión y de su obra.... El pueblo ecuatoriano no necesitaba libertad,

porque no pensaba; no necesitaba aire, porque no respiraba; duraba como una piedra; no vivía como un pueblo. Y Montalvo, con voz encendida de profeta que esperaba despertar a las piedras con su voz clamante en el desierto le decía al pueblo ecuatoriano, **esqueleto rechinante,** así: *Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, ve a la reconquista de tu honra y muere si es preciso.... Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se vuelva espada, cosa no he de poder con los ecuatorianos; razón sin bayoneta, es sinrazón para ellos.......* Sí, España tendrá que reconquistarse desde América. España tendrá que sacudirse de sus tiranos desde América. Y en ese día el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme —¿sueña?— arropado en tierra francesa, será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España....» —Don Miguel fue el orador más descollante en el acto solemne del descubrimiento de la placa puesta en la casa de París, que había sido testigo de la muerte sublime de Don Juan.

De José Enrique Rodó a Teodoro Rivero-Ayllón

Y vengamos a América.

El inmenso pensador y escritor uruguayo Rodó, con su verbo profundo, reflexivo, severo y sereno, y el fogoso colombiano Vargas Vila, con su estilo ardiente y exaltado, grandilocuente y brillantemente inconfundible, sobresalieron en enaltecer los méritos del Cosmopolita.

Palabras de **José Enrique Rodó:** «Si, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispano-americana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar a Montalvo la típica representación del Escritor, —en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone.... Los dos tipos intelectuales antagónicos ..., en su oposición más extrema, son aquellos a quienes puso frente a frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto de aliento creador y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre a quien si, en verso y prosa, visitaba a veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al don teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar entre nuestros escritores uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias.... La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas ... Para hacer alarde de su absoluto dominio del idioma y del profundo sentimiento de su genio y tradición, en temeraria competencia con el más único y abrumador de los modelos, escribió los CAPITULOS QUE SE LE OL-

VIDARON A CERVANTES, parodia del Quijote.... La obra es lucidísima, como dechado del lenguaje y como interpretación y nuevo desenvolvimiento de los caracteres de la ficción maravillosa. Pero quien allí aparece y campea es Montalvo, y no Cervantes, o es, si se quiere, el Cervantes de Montalvo.... Un libro suyo se puede abrir en cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original o curiosa.... Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, su valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo ... Así acertó a reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la **Transfiguración** de Rafael, de **La Flauta Encantada** de Mozart, de la sinfonía de **El Océano** de Rubinstein. Así glorificó en admirables loas, a Byron, a Castelar, a Víctor Hugo.... ¡El Cotopaxi!.... ¿Por qué recuerdo ahora al Cotopaxi ... El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña.... Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, a un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó a tan preciso número lo grande».

Palabras de **José María Vargas Vila:** «Fue la protesta; —protesta pertinaz, constante, sonora; – golpeó como la ola, se encrespó como el mar, vibró como el trueno, iluminó como el rayo; —como un océano en cólera, escupió la saliva de su soberbia sobre las frentes malditas; —fue el rugido de un pueblo hecho hombre; cantó y rugió, aleteó como el águila y clavó la zarpa como el león; —¡nadie antes de él, y nadie después de él, ha sabido sublimizar el dicterio y divinizar el insulto, con arte tan admirable y fuerza tan grandiosa; libelista sublime! —su anatema, se extravasaba como la lava de un volcán y descendía y calcinaba a sus contrarios; —pálidos y miedosos, huían los réprobos, ante los rayos de aquella cólera cuasi divina; —al salir de las representaciones de Esquilo, los griegos golpeaban sobre los escudos colgados a las puertas de los templos, gritando: ¡Patria! ¡Patria! —Acabando de leer a Montalvo, los pueblos y los corazones dignos se golpean el pecho gritando: ¡Venganza! ¡Venganza! —él, azotó con frase poderosa a esa nidada de cuervos, que posados en el Ecuador, infestan la América, con ese olor de fiemo de cárabos que se escapa de su nido; —tenía la cólera en sus labios, y la mansedumbre en el corazón; —era la piedad rugiente; —era implacable, porque era insospechable; —era puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas; parecía hecho por la condensación de las lágrimas de un pueblo: ¡tanto así era de luminoso y triste! —su rugido era casi un gemido; se sentía el mártir bajo el verdugo; —era la misericordia fulminando; amaba al pueblo con amor trágico; —es en sus libros, soberbio como Ezequiel y sombrío como Isaías; maldice y profetiza; —es serio como el Dante, sonríe con ese **rictus** de Voltaire, que hace

indignar a Joseph de Maistre, y ríe como Rabelais, con carcajada sonora.... —hombre perseguido, hombre grande; —luchar es provocar; ser cima es llamar el rayo.... Juan Montalvo fue el gran perseguido.... —¡dadme a Dante tétrico; a Juvenal implacable, a Hugo inexorable, a Courier ático, a Mirabeau rugidor; dadme a Montalvo el soberbio!.... —era excelso entre los excelsos;.... confinaba por un lado con los genios, y por otro con las multitudes; era clásico como Desmuolins y rudo modo Marat; era austero y tumultuoso; predecía e insultaba; todo en él era olímpico; el dicterio y el canto; —nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina; —era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos; su anatema mataba; no escribía sino esculpía; —los tiranos inmortalizados por su pluma, son bajos relieves grotescos y sombríos, allí en el frontis de la Historia; no viven por ellos sino por él; así levantan las águilas a las serpientes en el pico y en las garras.... García Moreno ..., Veintemilla, allí están escupidos, y esculpidos por él; su saliva inmortaliza ... –la tempestad ara el rumor de su genio; —no se calmó sino con la muerte; —solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como un águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló.... ¡no la inclinó sino ante la muerte! —un día se vio un buque aparecer en el horizonte.... —obscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos; salían a cerrar la entrada a la **primera gloria Ecuatoriana;** —era que volvían a la patria los huesos de Montalvo.....; —los apóstoles de la mentira, no han perdonado al **apóstol de la verdad;** —allá en Guayaquil, en tumba humilde, reposan los restos del **ecuatoriano más grande y del escritor más ilustre de la América Latina**.... —murió él, y murió la protesta.... —no es eterna la noche en el horizonte, ni en los pueblos; —un día manos poderosas alzarán el escudo de Montalvo, caído sobre su tumba; —la estatua del apóstol levantada allá en Quito, cerca de las nieves perpetuas, iluminada por las llamas del Pichincha, anunciará al mundo que la libertad ha escalado los Andes, y que la sombra cariñosa y austera de Montalvo vela por ella en su supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de su grandeza... » («Los divinos y los humanos»).

No habrá sido inútil transcribir siquiera en parte los elogios de Rodó y de Vargas Vila, a pesar de ser tan conocidos. Casi desconocido entre nosotros es, en cambio, el poderoso influjo que las obras del luchador ambateño ejercieron en **Rubén Darío,** máximo poeta de América en los días de su triunfal aparición. El folleto «Darío y Montalvo» del nicaragüense Don Ernesto Mejía Sánchez abunda en datos curiosísimos. «No puede ponerse en duda —son sus primeras palabras—, como afirma muy bien Enrique Anderson Imbert, al estudiar la influencia de Montalvo en los escritores de Hispanoamérica (**El arte de la prosa en Juan Montalvo, México, 1948),** la fascinación

que el ilustre ecuatoriano ejerció sobre Rubén Darío.... En 1866 Darío defiende a Montalvo, con su artículo **El águila no caza moscas,** de los ataques que le lanza Juan Bautista Pérez y Soto....» —el mismo que publicó LA CURARINA: aquí tenemos a todo un Rubén Darío refutando a Mata con su tal curarina de Pérez y Soto! «Si Montalvo —escribió Rubén Darío citado por Don Ernesto Mejía Sánchez— influyó en la caída del tirano (García Moreno) dígalo Andrade, díganlo los Armodios ecuatorianos, dígalo Don Juan, que dice: ¡Mi pluma lo mató!» —El influjo del estilo montalvino es evidente: «En Guatemala —prosigue Don Ernesto— ganó Darío tan rápida fama de admirador e imitador de Montalvo, que el **Diario de Centro América,** 20 de Julio de 1891, al anunciar la publicación de un nuevo libro de Darío, **Rojo y Negro,** decía: **Esta nueva producción es del género de las CATILINARIAS y la MERCURIAL de Juan Montalvo...»** El propio poeta proclamó un día: «La intelectualidad de ese bello país ha tenido príncipes en el Continente. Baste con nombrar a Olmedo y a Montalvo....»

En 1885, Darío dedicó a Montalvo uno de sus poemas: una extensa composición que se aproxima a los 500 versos, de los cuales entresacamos los siguientes:

«El genio surge a tu pomposa frase
mostrando sus recónditos misterios;
luz eterna le envuelve y purifica,
mientras crea su fuerza incontrastable
obras que, gigantescas y sublimes,
guía son y deleite del humano.
Mojado tu pincel en los colores
de lo inmenso, al mirar lo que tú pintas,
estremecida el alma se contempla,
y sin velo que oculte la figura,
el ingenio aparece deslumbrante,
siendo ante el mundo, de loores lleno,
admiración de la cansada Europa
y orgullo de la América, tu madre.
....Tu obra grande
es una voz que suena poderosa
dando aliento y vigor. Loor eterno
al hispano gigante celebrado
que creó la epopeya de la burla
mezclada con lágrimas dolientes:
y **gloria al de la América garrida**
hijo osado, que el vuelo tiende ahora
hasta donde los astros resplandecen.. .

La lectura admirativa de las obras de Montalvo hallábase tan en

boga en la América Central, que quien no las conociera era señalado como ignorante. Para ridiculizar la rusticidad de cierto diplomático, se burlaban de él repitiendo su alusión a «aquel Montalvo que escribía ...» (Véase: «Darío y Montalvo», Edición de **El Colegio de México,** 1948). Nada extraño es, pues, que Darío haya escrito también el Prólogo para una nueva edición de la Mercurial Eclesiástica, hasta hoy inédito, cuya publicación se anuncia.

«El Diario de Nicaragua» decía: «Los magos de la libertad caldearon la espada de Bolívar, y guardados estaban de trabajo hasta que tocóles de nuevo la tarea de fabricar, en el yunque tradicional en que se cortaron las cadenas de la esclavitud, la titánica pluma de Juan Montalvo».

A su vez, **«El Quetzal»,** de Guatemala, aludía al monumento: «¿Y qué significará, preguntarán los lectores, un simple monumento a Montalvo, el artista de la palabra, el águila caudal de la idea, cuando su nombre esclarecido brilla con letras de luz en las páginas de la literatura americana, cuando su memoria vive fecunda con el rocío del recuerdo? Ciertamente que no acrecentará en nada la fama de Montalvo el monumento; pero servirá para atestiguar que hay todavía gratitud en el corazón humano ... Atestiguará al mismo tiempo que, si bien se ha negado en vida un asilo al hijo de la patria, persiguiéndole encarnizadamente, descansa hoy tranquilo en el suelo por quien luchó con hidalguía....»

«Pocos símbolos tan apropiados como la figura de este infatigable luchador —afirmó en 1946 el connotado Académico mexicano, Profesor Don **Vicente Sáenz**—, a ciento catorce años de su cuna y cincuenta y siete de reposo, —sin que la distancia en el tiempo nos divida—, para que en la magna confusión que sufre el mundo en estos años trágicos de la postguerra, tenga buen modelo a seguir la juventud del Continente.... Pocos ejemplos como el suyo en esta hora difícil, por lo que Montalvo significa, por lo que fue y sigue siendo en la historia luminosa del pensamiento americano, puesto al servicio de lo que hoy suele llamarse democracia, cuatro libertades, dignidad del hombre ... ¡Dignidad del hombre! He aquí la idea central del gran escritor ecuatoriano. Por esa dignidad luchó en su vida. Y por esa dignidad esperó a la muerte en traje de etiqueta, con un ramo de flores en las que invirtió, tal vez, sus últimos centavos de patriota en el exilio....»

El poeta y diplomático salvadoreño, **Vicente Acosta** dijo de **Las Catilinarias:** «En opinión de muchos que saben hacer apreciaciones, Las Catilinarias es, de las obras de Montalvo, la más completa y acabada: sus páginas son trozos de vida, pedazos de alma del gran artista; obra suficiente por sí sola para consagrar una reputación y perpetuar un nombre.... En las Catilinarias de Montalvo se aprende a amar lo bueno y lo bello y a odiar lo malo y lo feo. Es tal la fuer-

za de elocuencia que hay en el estilo de ese gran escritor, tal el poder de sugestión que ejerce a los que le leen, que nos hace odiar con sus odios y querer con sus quereres. Su espíritu inmenso ondula y se espacia en su vasto radio moral que ilumina tranquila, apaciblemente la estrella de la verdad....»

Salvadoreños son también **Francisco Castañeda** y Francisco Gavidia. Jurisconsulto y publicista el primero, se expresó así: «Montalvo era una múltiple personalidad moral: poeta, literato, filósofo, político ... Era lo que se dice un **hombre superior,** de esos que cual águilas, ven a la humanidad desde las cimas de luz de su inteligencia. Tenía el don de la adivinación que caracteriza al genio, y, como él, vivía en plática sublime y eterna con la verdad y la belleza: fue sabio y artista; esto es, realizó el supremo ideal del hombre....»

Francisco A. Gavidia —poeta y ensayista coronado como «Meritísimo de la Patria»— entre valiosas obras escribió un **Estudio sobre la personalidad de Juan Montalvo,** en el que se lee: «Montalvo pertenece a esa raza de escritores de que habla Saint Beuve, a los inclasificables, a los raros, a los admirables, de carácter universal. No tiene antecesor aunque lo parezca....»

El poeta y diplomático hondureño **Santiago Flores Ochoa** en su «Carta de despedida al Ecuador» publicada en «El Comercio» del 14 de Agosto de 1966, incluye los siguientes versos:

«Canto al banano que alimenta
a este suelo de héroes y talentos,
que despiertan con **Montalvo**
y se dirigen al futuro
con los clarines de bronce....
....
Voy de viaje. He vivido aquí,
—alerta a los sentidos—
una vida nueva.
Una vida que lleva el quechua en los oídos,
el **verbo montalvino** en el corazón,
y el verso de Olmedo, dialogando
en noches de estrellas, en el alma....»

La Cuba de otros días es acreedora a la gratitud ecuatoriana por su fervor montalvino. **José Martí,** apóstol y mártir incomparable, halló en Montalvo un mentor para sus candentes páginas y sus luchas liberadoras.

José Ramón Betancourt, novelista, escritor político, diputado y senador, lo declaró «príncipe de los prosistas Sudamericanos y sus inimitables Siete Tratados —dice— son mi deleite provechoso».

Ramón María Merchán, escritor atildado, crítico y periodista,

soldado de la independencia de su Patria, primero, y diplomático, después, hubo de confesar: «Montalvo recuerda muchas veces a Víctor Hugo, en la frase sonora, la grandiosa imagen. Cuando se releen páginas aisladas, y se saborean, frase a frase, en concienzudo regodeo, se comprende cuánto vale este experimentado escritor, de quien América puede enorgullecerse....»

Pero nuestros votos de gratitud van, singularmente, para el señor Doctor Don **Roberto Agramonte.** Como Secretario que fue de la Universidad de la Habana, a él se debe, en gran parte, la publicación de dos valiosísimos tomos: **«El libro de las pasiones»** que contiene cinco obras dramáticas, y **«Páginas desconocidas»:** mina de datos imprescindibles para nuestra historia. Autor él mismo del opúsculo «El panorama cultural de Montalvo», ha hecho algo que aún no han pensado nuestras instituciones culturales: coleccionar y publicar las páginas montalvinas. Búsquense en cualquiera de nuestras librerías, y véase si se las encuentra ... «No suele ser fácil en América —dice Agramonte— poner al alcance del gran público la producción total de sus grandes escritores. A veces los fragmentos dispersos de ella suelen ser atesorados por bibliómanos egoístas. A veces muchas páginas geniales quedan perdidas para siempre en lugares ignorados. Las **Páginas Desconocidas** de Juan Montalvo han tenido la fortuna de sobrevivir debido al celo y generosidad de un anciano que baja a la tumba con un halo de gloria, y que nos ha legado, en su testamento postrero, la producción incógnita de aquel gran propulsor de la unidad espiritual de Hispanoamérica. Vayan, pues, las **Páginas Desconocidas** asociadas a un nombre benemérito: la del patricio **Don Roberto Andrade».** —Revela luego el notable intelectual y autor cubano, que ha desaparecido el primer **Espectador,** y que se encuentran inéditos los siguientes trabajos: «Dios a todo se acomoda», primer escrito que Montalvo publicó a la edad de 19 años, en 1851, «en que se duele de vivir en una época de tantos excesos y de no pocos crímenes, en una época carente de ilustración y de progreso», «Lamartine»; «Correspondencia de Italia»; «Cuentos fantásticos»; «Escenas nocturnas. La casa del duende, La rústica Desdémona»; «Hombre práctico, mujer práctica»; «De la embriaguez»; «El baile»; «Qué es lo que entienden por **une scie** los franceses»; «España: Los catalanes y aragonesas»; «Filología (lo que entendemos por fregar y fregarse en Quito, Bogotá, Lima y otras capitales de la América Española)»; «Colonias y colonizadores»; «La leva»; «Marco Tulio Cicerón»; «Cicerón y sus obras»; «Una página inédita»; «Marte»; «El sombrero de Castelar»; «Diario de Montalvo» (en español y en francés alternados»); «Epistolario de Montalvo» (cartas a Alfaro, a R. Portilla, a los Andrade); «Cuadernos de Montalvo» con anotaciones diarias, etc.; en francés: «Vous baissez, messieurs, vous baissez»; «Extravagances de la fiévre»

y «Le Jardinier de Ficoa». ¿Habrá algún día quien se preocupe por llevar a la prensa estos escritos de nuestro Cosmopolita?....

El ilustre dominicano **Américo Lugo,** historiador, ensayista, dramaturgo y poeta, político, observó: «La dificultad de imitar a Cervantes es punto menos que insuperable. En primer lugar se necesita ser genio, es decir, como Horacio, ingenio sublime que se expresa en noble y majestuosa manera. En segundo lugar, se necesita poseer el secreto de la risa. En tercer lugar, se necesita conocer el tema hasta el punto, por lo menos, que lo conocía Cervantes.... Montalvo satisface a dos de los mencionados requisitos; en cuanto a la sal, superior es Cervantes, aunque la que se derrama de los Capítulos suele ser tan rica como la del Quijote. Montalvo es genio, el más alto y poderoso que haya producido América. El tema lo conocía de sobra; tema cristiano y universal, surgido de ciclos heroicos dilatados, a los que servía de sustento o marco grandioso la fabulosa historia antigua, que la tardinera España agotó con pasión en mil obras que fueron la delicia de su tiempo y que han sido aprovechadas en los Capítulos con sorprendente erudición y exactitud....».

Entre los venezolanos mencionemos los nombres de los hermanos Julio y Eduardo Calcaño, Rufino Blanco—Fombona, Nicanor Bolet Peraza y Jacinto Gutiérrez Coll.

Julio Calcaño: «Escritor poseído de su fuerza y muy sobre sí, cuando más combatido más altivo; más sereno cuanto más herido; más implacable cuanto más contrariado; y cuando vencedor, más generoso y compasivo. Es un carácter rayano con la soberbia y grandeza del león ... En frente de adversarios muy medianos tiene Montalvo admiradores encumbradísimos: un Valera, un Pedro Antonio de Alarcón, un Marcelino Menéndez y Pelayo, y César Cantú, y Edmundo de Amicis y otros más, maestros todos que baten palmas cuando quiera que tan ilustre literato maneja la lengua a que dieron tanto realce un Cervantes y un Granada....».

Eduardo Calcaño: «....soy **deudor quebrado** del señor Maulemans por haberme proporcionado el honor de conocer personalmente y tratar al Montalvo que de antiguo admiraba como patriota, filósofo, liberal y acaso el mejor prosador castellano de la época —**castellano** por la lengua—; pero reivindico su carácter de americano como gloria de nuestro Continente....».

Don Rufino Blanco—Fombona empieza su Prólogo a los Siete Tratados con las siguientes significativas palabras: «Raro será el americano, hombre de letras, que no conozca alguna página de don Juan Montalvo. Los que ignoran la **Mercurial Eclesiástica** han leído los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.** Puede no haberse oído hablar de **El Espectador;** pero ¿quién desconoce enteramente los **Siete Tratados?** Digo enteramente porque, aun ignorando la obra,

de seguro se han leído algunos fragmentos de ella, como que diarios y revistas reproducen de cuando en cuando, con muy buen acuerdo, partes de tan hermoso libro, como para obsequiar a sus leyentes con un trago de vino generoso.... Siempre hay en tal o cual República tal o cual escritor en quien se advierte, como en la tierra, el surco abierto por el arado, la huella de la pluma que escribió Las **Catilinarias.** Es también don Juan Montalvo de los autores a quien citamos más a menudo en América cuando nos referimos a estilistas castellanos, poniendo su nombre entre los de Baralt y José Martí, o cuando nos enorgullecemos de poseer filólogos que penetraron hasta los silos del idioma y sacaron al sol el alma de la lengua y entonces repetimos el nombre de don Juan Montalvo, entre los de Andrés Bello y don Rufino Cuervo.... En América debemos convencernos de que no basta producir hombres ilustres, que es necesario merecerlos, honrarlos, estudiarlos y mantener encendido el fuego de Vesta en torno de aquellos nombres que lo merezcan.... Es así, por medio de esa cadena de solidaridad entre las generaciones, cómo los muertos nos gobiernan desde el fondo de sus tumbas.... Griego, latín, inglés, francés, italiano, castellano, Montalvo lo sabe todo y todo, según parece, lo estudió por sí mismo o con el apoyo de maestros lugareños.... En él todo es puro como el oro y claro como el cristal.... La actitud inapeable del batallante le dio una autoridad moral inmensa en el Ecuador. En Montalvo se fijaron todas las miradas: era el centro y la esperanza de la opinión radical.... Su prosa lo condena a ser más admirado que leído. Al vulgo no llegará nunca. Es un literato para literatos. Para gustar su prosa amanerada, solemne, sabia, se necesita de iniciación. Esto no indica demérito. También se necesita de iniciación para comprender la poesía de Homero...., la pintura de Rembrant y la música de Wagner.... El Ecuador puede estar orgulloso de haber dado a la América tal hijo....» —Blanco-Fombona, poeta y prosista, fue un luchador político: opuso resistencia al tirano Juan Vicente Gómez, que le llevó a la cárcel y el destierro. Fue diputado y gobernador de un Estado.

Nicanor Bolet Peraza, escritor, periodista, tribuno, Ministro de Estado, diplomático, político de lucha, perseguido y desterrado, escribió: «Montalvo fue todo fuerza; ha trabajado primores en lengua castellana; dejó numerosa familia de discípulos, porque enseñó la expresión del combate, las agrias notas del despecho, la risa nerviosa de la ironía, y los sublimes acentos de la ira, a una generación ardiente, ansiosa de luchar, a la cual hacía falta el rayo de la palabra, y él se lo envió en las magníficas explosiones de su olímpica soberbia ...».

En carta a Montalvo, **Jacinto Gutiérrez Coll** le decía: «Ud. puede sentirse satisfecho: a hacer llevadero el desabrimiento de los propios, viene ingenuo el aplauso de los extraños. Y este aplauso **no procede de un hombrecito de por ahí,** sino de todo un César Cantú,

varón insigne, ejemplo altísimo de ciencia y virtudes. Al traducir las obras de usted, Italia enriquece el tesoro acumulado por sus ingenios...».

Por la lectura de los siguientes renglones el lector sabrá el nombre y la nacionalidad del corresponsal de Montalvo: «No sé si Ud. tiene relación con algunos de mis compatriotas en París. De seguro que sí, y ojalá no me equivoque; pues ello le habría dado.... ocasión de cerciorarse de cómo nosotros, los de mi país, somos así.... francotes y sin rodeos: de esos que de rondón se manifiestan y no esperan, como el del cuento aquel del inglés ceremonioso, saber el nombre del vecino para decirle que se le está quemando la capa ... Y como en el caso presente no se trata de quemazón, sino de que un hombre diga a otro: Señor, no he tenido aún la honra de ser presentado a Ud.; pero sí la de leer sus escritos: le felicito a Ud.; hagamos comercio de literatura: tome Ud., allá va lo que a mi vez buenamente puedo yo ofrecerle en cambio del indecible solaz con que la lectura de lo suyo me ha dado Ud...., me parece, señor Montalvo, que bien puedo excusarme de principiar por contarle que me llamo **Alberto del Solar,** que soy chileno de nacimiento y corazón, y por fin, que padezco del mismo achaque de Ud.: ¡un querer que las cosas que están al revés se vuelvan al derecho! ... Está de Dios que a la casualidad deba yo siempre mis mejores ratos. Esta mañana entróse por esta su casa de Ud. el señor Roselli.... Ponerme él delante **El Espectador,** abrirlo yo, quedarme con él y leérmelo sin dejarle un momento de las manos, fue todo uno ...».

El notable periodista uruguayo Don **Santiago Gartaldi** publicó una serie de artículos sobre el «genial escritor ecuatoriano», que revelan una devoción profunda. Decía en uno de ellos: «Su cultura y su personalidad, fueron forjadas por su titánica lucha entre los libros que, con decidida avidez, leyó constantemente en medio de las soledades de Ambato. Fue un autodidacta, y sus maestros fueron solamente los libros que él escogía a su voluntad.... Así fue también que con su propio esfuerzo estudió los idiomas, pudiendo luego leer a Platón en griego; a Séneca, en latín; a Milton, en inglés; a Racine, en francés, y finalmente, al Tasso en italiano».

Ricardo Palma, el celebrado autor de **Tradiciones Peruanas,** que a sus actividades literarias unió las de una política activa como secretario presidencial y senador, director de la Biblioteca Nacional y Presidente de la Real Academia Peruana de la Lengua, dijo: «A Juan Montalvo, egregio prosador, gran artista de la palabra, diestro en utilizar los primores de la lengua, cervantesco hasta cuando abusa del arcaísmo, lo calificaba yo, ha quince años, de ser el más correcto y castizo de los escritores de nuestro siglo. La Pardo Bazán, esa portentosa literata maravilla de su sexo, vino recientemente a robustecer mi juicio. Tendrá hoy España (dice la ilustre hija de Galicia) hasta seis escritores que igualen a Montalvo en el conocimiento y manejo

del idioma; pero ninguno que lo aventaje. Y Castelar, según la feliz expresión de un crítico distinguido, Rafael María Merchán, se arroja en brazos de Montalvo como si viera en él a **Cervantes resucitado. . . .».**

Del eminente escritor peruano **Ventura García Calderón:** «Su cólera se desahoga siempre en carcajadas, y de las puntas de sus frases nerviosas sale al cabo, como de la nube eléctrica y preñada, la chispa que prepara la lluvia . . . Merced al genial ecuatoriano no necesitaremos buscar únicamente en España los modelos. Tal vez Montalvo es el mejor y el más útil de todos, porque nos da el ejemplo de una prosa moderna, en donde caben el vocablo y el giro provectos. Todo lo suma en su obra múltiple. . . . todo lo hallaremos en los doce volúmenes de la edición definitiva. . . .».

Lamentamos ignorar la nacionalidad de los criticos cuyos comentarios reproducimos a continuación; pero no podemos resistir al deseo de recordarlos porque, como observará el lector, cada uno de ellos expresa algún pensamiento u observación tan variados como los anteriores.

Luis Carreras: « . . . mucho he de quererlo a Ud. para hacer la calaverada que hice: lo leí en dos días (un libro enviado por Montalvo) y en otros tantos tirones. El placer moral, grande; el daño físico. . . . ya está pasado. No debía Ud. sujetarme a la tentación enviándomelo. . . . No quiero sin embargo pasar adelante sin manifestarle toda mi admiración y simpatía por **La Mendicidad en París.** Un abrazo le diera a tenerlo aquí, cuando acabé de leerla. Sublime, sublime. Mil, un millón de enhorabuenas. Lo reproduciré íntegro. . . .».

J. A. Carrillo Navas: «. . . . Entusiasmado con la lectura de una obra en que con el aparente objeto de castigar a un prelado ignorante, derrama Ud. útiles y altas enseñanzas en todas sus páginas. . . .».

M. Nemesio Vargas: «Como filósofo y pensador, Montalvo ha sido una de las cabezas mejor organizadas. ¡Qué desinterés, cuánta abnegación inspiran sus benditas páginas! El corazón generoso se conmueve, se embelesa, se extasía al recorrerlas; y la inteligencia se inclina reverente ante esas líneas trazadas por la mano del genio. ¡Gloria al Ecuador que con una lira puede hacer callar a los poetas líricos, y con una pluma a los estilistas y prosadores que hoy escriben en la rica y sonora lengua de Castilla!»

Teodoro Valenzuela: «He leído con vivo y creciente interés el bello artículo de Ud. sobre Lamartine; y he comprendido al leerlo, que Ud. es de la familia literaria del dulce y grande poeta de las **Meditaciones.** Mucho me ha agradado el estilo . . . ; pero hoy prefiero el del escritor florido que maneja tan bien esa linda lengua francesa, mucho más propia que la nuestra para pintar la rapidez del pensamiento. . . .».

Tales son la simpatía y devoción de la hermana República de Colombia hacia quien buscó refugio en su hospitalario suelo, que, como con broche de oro, hemos querido concluir este capítulo con los elogios que sus más distinguidos hijos le han prodigado.

«Montalvo en Colombia» es el título de un hermoso folleto que contiene los discursos y pensamientos pronunciados en Bogotá con motivo de la inauguración de un busto montalvino en la Biblioteca Nacional, el año de 1939, por lo más representativo de la intelectualidad de la culta Colombia. El ilustre periodista, entonces Presidente de la República, **Doctor Don Eduardo Santos,** empezó su discurso con las siguientes palabras: «Bienvenido Don Juan Montalvo a esta tierra colombiana, suya por la admiración afectuosa y entusiasta que aquí lo ha acompañado siempre; por el amor que él profesara a Colombia y que le da título sobrado para contarse entre los nuestros; por la gloria de su obra espléndida que hace al egregio hijo de Ambato **ciudadano de toda la América** ... Yo fui desde siempre devoto de Don Juan y su ferviente admirador. Cuando hace años se inauguró en París una placa que recuerda la modesta casa en que murió, tuve el honor de contarme en el pequeño grupo de ecuatorianos y colombianos que espontáneamente acudieron allí a rendir un tributo emocionado a su memoria ... Me halaga la ilusión de que este admirable Don Juan, hombre de lucha, apóstol indomable y artista integral, desde este sitio contemple con simpatía la obra que en Colombia realizamos....; la de afirmar un régimen en que los derechos del ciudadano están seguros y los fueros de la colectividad garantizados: que a nadie oprime ni tiraniza y que se empeña en crear un ambiente propicio a la vida del espíritu y a cuanto tienda a formar las almas americanas, como quiso Don Juan que se formaran. A su memoria insigne aseguramos que no hemos de ser indignos de los ideales que él acariciaba....» —Triste es observar que las fuerzas negativas del conservadorismo desviaron el rumbo democrático que los dirigentes colombianos discípulos de las doctrinas montalvinas intentaron dar a la política de su Patria.

El filósofo profundo y entonces Ministro de Relaciones Exteriores, **Doctor Don Luis López de Mesa,** dijo: «Yo no sé si le estamos rindiendo pleitesía histórica a sus conceptos o a su actitud....; mas sí sé de cierto que en su hora fue un representativo egregio de la trayectoria moral del continente, por donde ganó la cumbre y nos preside. Y sé, además, con gozo indecible, que en él se dieron conyugalmente la virtud del verbo y el acrisolado comportamiento.... Este hombre, que por amor a sus ideas, desafió las soledades del exilio, la pobreza implacable y la vecina muerte; que por respeto a la conciencia de ser y de sentir, de entender y dominarse, aceptó el dolor, impasible; que en la última jornada rindió homenaje de devoción suprema a la estética de su personalidad y al culto de lo bello en la

copa efímera de unos claveles blancos, **este hombre no puede morir en el alma de la América Latina**.... Hoy...., emblemáticamente colocado ahí por sus virtudes morales aún más que por las victorias de su entendimiento, nos dice que los fueros de la espiritualidad son perennes. ¡Bienvenido sea!, para la lección irrefutable de las presentes y futuras generaciones de América».

Don **Baldomero Sanín Cano,** uno de los más notables críticos de América, escribió sobre el «suntuoso escritor de Ambato»: «Al hablar de Montalvo se atropellan en la memoria los recuerdos históricos y las teorías sobre las pequeñas nacionalidades. No hay naciones pequeñas: la clasificación de los países, de acuerdo con la amplitud o estrechez de sus fronteras, carece de significado. Mejor sería crear denominaciones y categorías en los estados, no según la extensión territorial, señalada en las cartas geográficas, sino de acuerdo con la alteza intelectual, con el nivel de carácter y dignidad señalado por sus hombres sobresalientes. Sería curioso entonces descubrir cómo las pequeñas nacionalidades suben a las alturas más empinadas de la historia.... (Montalvo) viene de una pequeña nacionalidad, como Rodó, su rival en la frase, su igual en el apostolado de las ideas, su reflejo vivo en las adversidades y en el aparente desdén de sus contemporáneos. Surge Montalvo en un pequeño país en estado de turbulencia continua, presa de emociones políticas y de dictaduras sin freno, como Rubén Darío aparece más tarde con la bandera de la renovación literaria, en un pequeño estado de vida tempestuosa, demasiado pequeño para circunscribir en lo material las actividades del genio....».

Palabras del notabilísimo educador y fecundo escritor, **Don Luis Eduardo Nieto Caballero:** «El letrado exquisito, el filósofo, que mojó la pluma en el tintero de Cervantes y dijo cosas hondas sobre la vida y sobre el universo, llega en triunfo a la ciudad de los libros, y el batallador, el fustigador de todos los despotismos, morales o políticos, de la Iglesia o del Estado, llega, en triunfo también, a la ciudad redimida, a la ciudad de los emancipadores sacudimentos, donde el frenesí se ha puesto permanentemente en el empeño de que sean libres la pluma y la palabra....». **Don Armando Solano,** eminente escritor y brillante orador, hace una muy atinada observación: «Montalvo se anticipó al concepto actual, y a poner toda su vocación y toda su inspiración ardiente, al servicio de los oprimidos y de los abandonados. Aun en aquellas páginas dictadas aparentemente por el deseo de brillar como erudito y deslumbrar como artista, sin otro fin que la creación perfecta, descubre un lector cuidadoso la vena del luchador denodado que no sabía escribir sin batallar por un ideal, sin herir una injusticia o un prejuicio. Nadie más alejado que Montalvo de la vanidad pueril del constructor de frases; nadie que tuviera de su condición de escritor una idea tan severa, respetuosa y orgullosa.... Murió y quedaron vivos en el Ecuador, como en otras repú-

blicas, muchos, si no todos, de los conceptos, de los vicios y de los intereses antidemocráticos y antiliberales, contra los que combatió sin tregua, desde el destierro y en el seno de su patria. Pero la obra de Montalvo es como una **montaña santa** donde todos los peregrinos reconfortan su devoción a la libertad y su decisión de pelear por ella; como un inagotable arsenal, en donde cada generación encuentra las mejores armas para luchar contra los taimados enemigos de la elevación popular.... Las obras de Montalvo, aun los mínimos folletos de personal defensa, acorazados en la varonil belleza y en la sonoridad metálica de sus cláusulas, siguen irradiando enseñanzas y estímulos tan actuantes, como en la época misma en que salieron de las rudimentarias prensas de Ipiales....»

Y **Don José Umaña Bernal** afirma: «Ningún apostolado en América que haya dejado tan honda prolongación como el de Don Juan Montalvo. Puede que de su obra, tras examen minucioso, se aparte todo lo transitorio y lo anecdótico; pero la vigencia espiritual de su ejemplo alimenta todavía el espíritu de libertad democrática de nuestros pueblos, y su presencia estimula muchos proselitismos generosos».

Nicolás Pinzón W. se retrata en los siguientes renglones: «En este momento, dos y media de la mañana, acabo de leer su admirable obra, y aunque no sea **de estilo,** no puedo menos de escribir a Ud., ya que por algún tiempo no tendré la dicha y la honra de estrechar su mano para manifestarle cuanto he gozado con tal lectura, y cuantos nuevos sentimientos de simpatía, admiración y **gratitud** han venido a unirse a los muchos que ya tenía para con Ud. De **gratitud,** porque los hispano-americanos todos quedamos deudores de Ud. por la gloria que Ud. reflejará sobre nosotros.... El Tratado de **Los Héroes de la Emancipación** me ha conmovido profundamente.... Escríbanos Ud. nuestra Epopeya, y ya no tendremos que esperar el Homero que Ud. pide.... Repito que no sé si sea de estilo lo que hago, pero necesito dar rienda a mi entusiasmo y hacerle saber a Ud. mis sentimientos....».

Salvador Camacho Roldán: «Su libro que yo devoré más bien que leí, ha estado andando de mano en mano con delicia de los amigos de su talento y su estilo. A la verdad, Muñatones y Frestones hay que le persiguen a Ud. por no más nobles motivos que los que podían alegar los inquisidores antiguos y los académicos modernos contra las producciones del talento: ignorancia y envidia.... Envidio el ostracismo de Ud. y —admire Ud. el egoísmo humano— me complazco en ese tormento que tan sazonados frutos da en los escritos de Ud....».

Miguel Antonio Caro, insigne lingüista y político bogotano, declarábale a Montalvo: «Digo a Ud. sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar y por otra nada comunes en escritores americanos.

Hallo en Ud. un estilo natural y vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada. Parece Ud. *escritor español y de los mejores tiempos.* Por lo que hace al fondo, noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Francamente, no estoy de acuerdo con Ud. en muchos puntos, como que pertenezco a la escuela católica y al partido conservador. Mas esto mismo abona mi humilde voto de aprobación ... Siento una verdadera satisfacción en poder *someter mis humildes producciones a un juez americano tan competente como Ud.* Perdóneme la franqueza con que me introduzco en su amistad....».

También don **Rufino José Cuervo** sometía al fallo del Cosmopolita sus propias obras no obstante ser un maestro de la lengua, según lo demuestran sus sabias acotaciones a la Gramática de Bello: «.....Tal vez no tarde el día en que remita a Ud. una obrita que tengo en prensa titulada *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano,* en que me propongo corregir los provincialismos y errores gramaticales comunes en nuestros libros, periódicos y en la conversación familiar. Para Ud., *perfecto maestro como es en el habla castellana,* ningún interés le ofrecerá; pero sí será de gran satisfacción para mí *someterla a su juicio y oír sus correcciones....».*

El propio don Rufino José y su hermano **Angel** suscribieron una carta en la que le decían al Maestro: «Al dar a Ud. las gracias por el tomo segundo de **El Espectador,** con que Ud. tan finamente nos ha obsequiado, ¿qué le hemos de decir de él, nosotros que llevamos años de deleitarnos con los escritos de usted y de alabar sus altos dotes literarios? ..... «En otra carta don Rufino añadía: «....por la filosofía y erudición que entrañan así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran a la nación que tiene la gloria de contar por hijo a su autor ... Mi voto está acorde con la opinión de cuantos sujetos entendidos han visto en esta ciudad los escritos de usted y va expresado con toda la cordialidad que cumple a quien anhela por coadyuvar como usted a la ilustración de sus semejantes y al triunfo de los derechos de la humanidad ...».

El fecundo escritor, poeta y diplomático destacado, **Ismael López,** predijo: «Es posible que con el tiempo *la gallarda figura de Juan Montalvo pase a la leyenda hermanada con la de Hugo,* el de los Castigos, y quizá ninguno de sus libros hará perdurar tanto su recuerdo como el que no escribió: su vida, de la cual se propuso hacer una obra maestra....».

El celebrado poeta y novelista caleño **Jorge Isaacs** afirmó cuando el ambateño se hallaba en plena lucha: «Dadnos cuatro tribunos como Juan Montalvo, y os respondemos de la libertad del Ecuador». El es «el prosador más valiente y donoso de Hispano-América».

El periodista bogotano **Adriano Páez** se hacía lenguas de cuanto se refería a Montalvo. Dijo: «Nada se ha publicado hasta hoy en

Sud América que semeje a esas páginas dignas de compararse a las del misterioso Junius inglés. El estilo de Montalvo, además de estar fundido, puede decirse, en el molde más clásico, es de una originalidad, de una energía y de una elocuencia incomparables; no vacilaríamos en guardar las páginas escritas por Montalvo, en la misma urna de oro que, según él, deben conservar las de Bello y Baralt». De Páez dijo Montalvo en las Catilinarias: «. . . . Admiro el talento. . . ., su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter me admiran mucho más . . . . Cuando habla de mí . . .; su discurso es un arrebatado torrente de hipérboles, de figuras que me levantan mucho más arriba de adonde he llegado por mis merecimientos..... Todos verán que éstas son mis primeras palabras en favor de Adriano Páez: dándome por bien servido, como dicen, ya pasaba por ingrato; no lo soy: sepa ese amigo mío nunca visto, que sus juicios, sus encomios, sus vuelos de admiración acerca de mí, mucho me han conmovido . . . . . » (I, Ed. Garnier, pág. 158-163).

Otro colombiano, **José Rivas Groot,** añadió: **Víctor Hugo y Juan Montalvo están unidos en el ejemplo,** y a fe que no es ese solo punto de semejanza entre dos ilustres escritores que al par fueron dos infortunados proscritos . . . . Hijo le llama nuestra Patria, y hermano, queridísimo hermano, le apellidan todos . . .».

Don Juan de Dios Uribe, compañero de armas del Viejo Luchador, tuvo un comentario feliz: «Alfaro es Montalvo transformado en soldado y héroe. Parece que con la pluma de Montalvo se hiciera Jaramijó, y con la espada de Alfaro se escribieran las Catilinarias: tan unidos estuvieron esa intención y ese brazo».

El atildado periodista contemporáneo **Germán Arciniegas** en su obra «América Mágica» presenta una semblanza de Montalvo entre las de Martí, Juárez, Artigas, Sarmiento y Bolívar, tal como Rodó la había unido a las de Bolívar y Rubén Darío. (Ed. Sudamericana, 1961, 280 y sgts.)

Y termina esta brillante lista de pensadores de Colombia con el testimonio de un escritor, jurisconsulto, político y diplomático de primera categoría, **Don José María Samper:** «. . . . Juan Montalvo, literato y filósofo, *honor del Ecuador y una de las primeras figuras del periodismo americano* . . . . Este pensador profundo no sólo se distingue por una inteligencia de primer orden, por una instrucción poco común, por un espíritu liberal de buena escuela y nobles aspiraciones, sino por un espíritu instruido con vastas lecturas de los clásicos españoles. . . . ».

Creíamos que Montalvo no fuese muy conocido en el Brasil por la diversidad de idiomas; pero, a sacarnos de este error han venido las noticias que nos han llegado de un compatriota que hizo sus estudios en ese gran país y un dato periodístico proveniente de Río de Janei-

ro y publicado en «El Comercio», de Quito, el 29 de Agosto de 1966. Es el caso que los chistes políticos —«tradicional válvula de escape de las insatisfacciones de los brasileños»— corren en estos días por todo el Brasil con desenfreno tal, que se ha establecido una CPI (Comisión Parlamentaria Investigadora) para descubrir «el origen y la finalidad de los chistes con intenciones políticas». Pues bien, el periodista carioca previene que su Gobierno está preocupado con «esa **espada de Cervantes** que es la risa, **según el decir del escritor ecuatoriano Montalvo».** (Pág. 9). Simple al parecer, la cita revela que las obras del Cosmopolita son familiares tanto al periodista como a sus lectores.

* * *

No hay rincón de la América de habla española donde las obras del Cosmopolita no sean conocidas y su nombre respetado. Cada año, en verano, Quito es la sede de un Seminario organizado por la UNESCO y CIESPAL, que congrega a las más brillantes personalidades intelectuales y a los más capacitados estudiosos del complejo mundo del periodismo, la radiodifusión y la televisión, para anatomizar los problemas culturales de la América Latina y buscarles eficaces soluciones. ¿Cuál de esas personalidades ignora a Montalvo? Este año, una de las intervenciones más valiosas fue la de la señorita **Profesora Nélida Baigorría,** Diputada Nacional y Presidenta que fue de la Comisión Directiva de decenas de Emisoras y Televisoras Argentinas. Esta bella y elegante dama de profunda cultura y exquisita dicción, hizo pública gala de su sincera admiración hacia las enseñanzas y la obra orientadora de Montalvo, a quien, desde la cátedra de CIESPAL, presentó como modelo de apostolado cultural, con grandes elogios para su «Buscapié», del que citó extensos párrafos que proyectan luz sobre la misión de quien tiene en sus manos tan poderosos medios de comunicación para orientación de las colectividades.

Y una notable Profesora y Periodista española, de múltiples actividades también en el periodismo y la radiodifusión, nos dice: «He saboreado las obras de Montalvo con todo el deleite que un lenguaje claro, diáfano y elegante proporciona al lector empedernido, y con todo el interés y el placer que brindan obras dictadas por un espíritu lleno de sinceridad y valentía, propias de una alma impulsiva, sin limitaciones egoístas en su entrega al Ideal, combativa e insatisfecha como todo corazón que se afana por contribuir al progreso, destruir el mal y hacer resplandecer la Verdad, el Bien y la Belleza. Por ello me siento feliz dándole a conocer desde mi cátedra de Literatura, como una de las máximas glorias de Hispanoamérica, y constatando que MONTALVO SERA LEIDO SIEMPRE CON VENERACION POR LA JUVENTUD QUE BUSCA Y ENCUENTRA EN EL UNA GUIA. Me complace sobremanera figurar junto a tantos y tantos admirado-

res de Montalvo, de ayer, de hoy y de siempre....» Tales las expresiones de nuestra tan distinguida como talentosa amiga, señorita **María Asunción Lazcorreta.**

Libros enteros pueden llenarse con los cálidos elogios llegados a Don Juan desde todos los pueblos de habla española. Y debemos contentarnos con cerrar este capítulo con uno de los miles de autógrafos encomiásticos suscritos en la Casa de Montalvo: el de un distinguido visitante peruano que vino a Ambato en peregrinación, precisamente mientras un ecuatoriano de apellido Mata iba a Lima para vilipendiarlo arteramente: «Como admirador de las glorias ilustres de este bello país hermano —dice ese autógrafo— y como discípulo devoto del gran rebelde ambateño, he querido llegar en largo peregrinaje hasta el lugar en que se guardan sus restos inmortales». (f) **Teodoro Rivero-Ayllón.** (De) Trujillo, Perú, Calle San Martín, 541.

c) Un elogio de sorpresa.

De propósito nos abstenemos de citar los incontables nombres de escritores, poetas, maestros, educadores, políticos y gobernantes ecuatorianos que han elogiado a Don Juan Montalvo con el natural orgullo que brinda la nacionalidad común: todos ellos veneran en él al Apóstol de la Democracia más que al Cervantes de América. Volúmenes enteros podrían llenarse con esos elogios, que, sin embargo y precisamente por provenir de ecuatorianos, ningún valor tienen para Gonzalo h. Mata.

No obstante, vamos a hacer una excepción, que tal vez dé una sorpresa al lector.

La revista ambateña «LA CASA DE MONTALVO», Organo de la Biblioteca de Autores Nacionales», acogió en su número de Octubre de 1952 una extensa colaboración titulada «Marginales para un estudio de la Literatura Morlaca», que se concreta a ponderar los méritos del Sr. Dr. Remigio Romero León, al parecer como muestra de gratitud porque alguna vez abrazó al articulista felicitándole por un triunfo literario: la biografía de VASQUEZ EL GRANDE, galardonada, según refiere, con una condecoración de oro que fue avaluada en $ 800 y la vendió en doscientos miserables sucres para con ellos comprar zapatos.....

Uno de los mejores elogios es el siguiente: «Profesor.... iniciando sus clases con el rezo en latín de la linda AVE MARIA.... Profesor que nunca se concretaba a la materia, divagando de esto y aquello en charla fraternal con sus alumnos a los cuales daba sólo cuatro clases de su cátedra en el año lectivo, pero esas cuatro clases valían a todo lo que hubieran estudiado en todo el curso....» (Revista citada, pág. 108).

Un mérito auténtico del Dr. Romero fue escribir, en representa-

ción de los Municipios azuayos, en el Primer Centenario del nacimiento del Cosmopolita, un MENSAJE, que es un panegírico más o menos bien logrado. No es ese Mensaje el que nos interesa este momento, sino las palabras de presentación, que son un apóstrofe al alma del finado amigo: «Y muy de hombre —le dice— fue lo que Ud. hizo con don Juan Montalvo, yéndose en contra de todos sus.... colegas y paisanos que llevaron muy a mal que Ud., Doctor Romero León, conmoviese a toda la ciudadanía del Ecuador entero en el Centenario del nacimiento de **ese genio,** allá en 1932. Ud., señor y amigo, representó a todos los cantones del Azuay y Cañar cuando Guayaquil devolvía a Ambato la momia del **Gran Panfletario Invicto.** Lápida de mármol morlaco instó Ud. que se remitiera a la Casa de Montalvo: estática entraña de tierra regional ecuatoriana, como un símbolo austral para un *escritor que supo levantarse de la mitad de la Patria en medio del meridiano intelectual del Universo*....» (Revista citada, pág. 125).

Autor de estos rotundos elogios a Montalvo es, aunque usted no lo crea, ... **G. Humberto Mata**....

¿Qué aconteció en el lapso de catorce años? ¿Dejó Montalvo de ser el «genio», el «Gran Panfletario Invicto» —así, con mayúsculas—, «el escritor que supo levantarse de la mitad de la Patria en medio del meridiano intelectual del Universo»?.... ¿O Mata ha sufrido durante estos últimos catorce años alguna convulsión cerebral?. ..

¿Debió tal vez Don Juan rezar «en latín la linda AVE MARIA» cuatro veces al año con sus discípulos, para que este voluble articulista lo eleve a las nubes en lugar de insultarle como le insulta y lo veremos en el próximo capítulo?

Y él es el mismo que, como «excusa de su vida» y «justificación» de sus dislates, se jacta en 1966: «En 40 años de «escritor» y meritorio a racional **(sic),** jamás he rectificado un concepto ni he repudiado una idea....» (3). ¡Qué vida ésa, sin excusa ni justificación!

SEGUNDA PARTE

LO QUE MATA DICE DE MONTALVO

¿Supergenio o idiota?
16 «cándidas digresiones»
«Me dijo que me metiera con Montalvo»
«Cándidas digresiones—1»
«Cándidas digresiones—2»
«Cándidas digresiones—3»
«Cándidas digresiones –4»
«Cándidas digresiones—5»
«Cándidas digresiones—6»
Los dos mortales enemigos: Montalvo y García Moreno
Prosiguen las «cándidas digresiones—6»
«Cándidas digresiones—8»
Montalvo y Cervantes
El idiota frente al sabio y al apóstol
Montalvo y Lope de Vega
Conclusión de las «Cándidas digresiones—8»
«Cándidas digresiones—9»
«Candidas digresiones—10»
«Candidas digresiones—11»
«Cándidas digresiones—12»
«Cándidas digresiones—13»
«Es necesario humanizarlo»
¿Es Montalvo un mito?

¿Supergenio o idiota?— Hemos visto como elogian a Montalvo, con las más enaltecedoras palabras, hombres excelsos de Europa y América. Su espíritu fue admirado en Francia e Italia. España recibió con palmas al émulo de Cervantes, y Unamuno evocó su nombre como «enseña» para la lucha libertadora en que hallábase empeñado. Eduardo Santos lo evoca también en la empresa de cimentar sus doctrinas y lecciones de libertad y de democracia en la convul-

sionada vida republicana de Colombia. Un ilustre Académico de México, don Vicente Sáenz, proclama que, «en estos años trágicos de la postguerra», Montalvo es un ejemplo y modelo para la juventud del Continente, «por lo que fue y sigue siendo en la historia luminosa del pensamiento americano, puesto al servicio de lo que hoy suele llamarse democracia, cuatro libertades, dignidad del hombre . . . ». Una distinguida dirigente de la política y de la cultura en la República Argentina lo presenta desde la tribuna de CIESPAL, en el Seminario de 1966, como inspirador nato de la acción educadora que deben realizar el periodismo, la radiodifusión, la televisión . . . . Y recientemente un ciudadano peruano, declarándose discípulo del Rebelde Ambateño, viene a venerar sus inmortales despojos . . . . Todo ello es una prueba elocuente de que el espíritu de Montalvo no está muerto: vive y palpita, a través de sus páginas, señalando los derroteros que los pueblos deben seguir hacia la meta de su encumbramiento. Esas enseñanzas son eternas como la verdad, y tendrán vivencia propia mientras la dignidad del hombre sea la aspiración de los pueblos.

Pero, frente a este consenso de admiración por el pensamiento, por el verbo y la acción de Montalvo, surge Gonzalo h. Mata para enlodar ese monumento de admiración que le han erigido Europa y América, como lo veremos en las próximas páginas, no sólo negándole todo mérito, sino, aún más, calificándolo de «mentecato», «imbécil», «estólido», «majadero», «pedante», «charlatán», «villano y cobarde», «chupaesputos pordiosero», «peor que las bestias más bestias» . . . . ¡Ni más, ni menos! . . . .

Para llegar a conclusiones tan diametralmente opuestas a las de altísimas lumbreras del pensamiento y a la devoción unánime de pueblos enteros, es preciso ser un supergenio capaz de mirar muy hacia abajo a Víctor Hugo, Unamuno, Rodó . . . . , demostrando que estos genios se han equivocado, o un consumado idiota: el dilema es inevitable.

¿Es Mata un supergenio? ¿Es Mata un idiota?

Es lo que vamos a dilucidar en estas páginas.

16 «cándidas digresiones».— Dice Mata de Montalvo: «Para mostrarse hombre erudito se descoyuntaba en divagaciones impropias e inconducentes, se empantanaba en digresiones improcedentes . . . . » (69). Montalvo daba un título a cada uno de sus escritos, ensayos, capítulos, cartas, etc. y desarrollaba el tema con absoluta lógica y con hábil concatenación en las ideas. Si alguna ocasión recurre a digresiones, ellas tienen el carácter de tales de una manera tan clara y definida, que, una vez concluidas, prosigue el desarrollo del tema dando al conjunto amenidad e interés. La digresión, bien empleada a lo Montalvo, no es un defecto sino un adorno literario.

Pero, escribir un librejo de 16 capitulejos dando a todos y cada

uno de ellos el epígrafe común de «Cándidas digresiones», es un disparate completo: ¿cuál es el argumento del librejo —sea el que fuere su título— si todo lo que en él se dice es una pura digresión? Y cuando se habla de algo relacionado con el título, ¿no tendríamos una **digresión de la digresión?**

Muy difícil es concretar el pensamiento o las ideas de un «escritor» que continuamente divaga en digresiones. Algo de esto observó el comentarista de EL TIEMPO cuando dijo que las páginas de «Zaldumbide y Montalvo» son «a menudo caóticas». En verdad, cada «cándida digresión» es un laberinto de ideas que se confunden en una palabrería extravagante. El escritor que pretende formar un libro debe empezar por planificarlo dándole un título general preciso y distribuyendo la materia en capítulos también de título y argumento perfectamente definidos, de modo que, como en toda obra de arte, se combinen la variedad y la unidad, y de un vistazo al índice, pueda el lector adquirir una idea clara de toda la obra.

«Leí la noticia de la muerte de Don Gonzalo Zaldumbide —dice Mata en el primer párrafo de su tal Justificación—, me conmovió y comencé a escribir una nota necrológica. Luego.... vinieron aquellas digresiones, cándidas digresiones: por las que ni yo ni vosotros somos responsables». ¿Será responsable entonces el tipógrafo o el corrector de pruebas o el editor?.... ¿Qué responsabilidad podemos tener nosotros, cándidos lectores, de las digresiones de Mata, que no tienen ni pies ni cabeza, porque, empezando con una nota necrológica, arrojan luego sapos, culebras y sabandijas contra el amigo apenas fallecido, contra Montalvo, contra Jorge Icaza, contra su amigo jesuita Sánchez Astudillo?....

En el caso de que existiera una hada protectora de los irresponsables, menos inclemente le hubiera sido a Mata, si, habiendo éste comenzado a escribir dicterios contra amigos y enemigos, hubiese terminado con una sentida nota necrológica.

No nos queda otra solución que transcribir lo que Mata dice contra Montalvo siguiendo la sarta de «cándidas digresiones» en su orden numérico, ya que no tienen otro orden, no sin dar una mirada previa a su Prólogo, que es un apóstrofe de nueve páginas, dirigido al alma bendita de Don Gonzalo Zaldumbide.

«Me dijo que me metiera con Montalvo».— Aludiendo a su nuevo amigo, el jesuita Miguel Sánchez Astudillo, en una carta que dirigió a Don Gonzalo cuando éste aún vivía dice: «Tuve la dicha de que me diera ánimo a seguir en esta labor de saneamiento de la Literatura. Me dijo que **me metiera con Montalvo,** contestándole yo (**sic**) que ya lo había hecho, y que Ud. conocía mis diabluras ...» (13).

«Meterse con Montalvo», con la bendición de un jesuita, es, para Mata, obra de saneamiento de la Literatura.... En la misma página se refiere a «las mulatas montalverías fanfarronas».

Arremete también, ya, contra Solano: «Castigar, sí, y no cebarse en la víctima, hartado de los cánones de un Solano o un Montalvo, *vagabundos de un reiterativo—machacante desaseo literario;* ni olímpico éste, ni el otro, con su jijijeada ratonil (**sic**), poseedor de homérica carcajada....» (14).

Por supuesto, como siempre, lanza afirmaciones categóricas, pero, en actitud ratonilmente olímpica, no se preocupa mucho ni poco de presentar alguna prueba.

«Cándidas digresiones—1».— Se lee en el primer párrafo: «Montalvo y Zaldumbide tuvieron muchas semejanzas.... espirituales, y esto, entenderme, con reservas inmensas en pro de Don Gonzalo....» (18). De ahí el título del libro: Zaldumbide, primero; Montalvo, en segundo lugar.

«La vanidad en cierne del provinciano Montalvo le obliga a la soledad de reconcomio....» (18). Esta proposición no tiene otro objeto que demostrar que Mata sabe de la existencia del vocablo «reconcomio».

«El de los **7 Tratados** también amó a Francia, a la cual, taxativamente, amenazaba con ser la mejor cabéza de ella.... y hasta escribir en francés....» (18).

«Montalvo, el **bárbaro americano** dedicaría a París los más villanos - gentilicio de Villa (**sic**)— calificativos, congojado por regresar a la cuadra....» (19). —Villa es una población poco menos pequeña que una aldea, y no debe confundirse con «Ville». Habría que convertir a París casi en una aldea para que haya alguna gracia en el calificativo de «villanos» dado a los de Montalvo. «Congojar» es verbo activo, y sin su complemento directo no tiene sentido cabal. Es como si dijéramos que «Mata come» sin explicar qué es lo que come.... «Congojarse», habría sido lo correcto. Por el tono constantemente burlón, lo de la **cuadra** es una alusión subconsciente a la «suya de él», de Mata, quien nos aclara: «no soy caballero, peor caballo» (110). Que no es caballero, le creemos; pero, como no explica que tampoco es mulo, ni burro, puede quedar flotando alguna duda....

«Por más que él (Montalvo) fantasease ... ello no pasaba de chusco embuste como tantos del *picoso de viruelas en los arenales abrasados de esa Libia que está ardiendo debajo de la Línea equinoccial.* Por zonceras como éstas pasamos por negros! Montalvo.... el gran Montalvo....» (19). Decir *picoso de viruelas* es una zoncera de Mata: con «picoso» está dicho todo, pues significa precisamente «picado de viruelas». Un «picoso de viruelas» es como un «matoso de mata» o, más propiamente, «de matadura».

«Campesino neto y nato de la clase media ecuatoriana.... no era hombre de caballo ...» (20). ¿Qué se entiende por «hombre de

caballo»? ¿Qué es «ser hombre de mula o mulo», u «hombre de burro», Mata?

Y aquí viene una descripción magistralmente palabrera: «Montalvo no era jinete en tremante potro erizado de viento reluciente de galopes y oleoso de dominadas protestas corcoveantes.. ...» (20). ¿Quién era el reluciente: el potro o el viento? Con todas las corcoveantes protestas no dominadas de Mata contra Montalvo, ¡cómo estará de «oleoso»!

En la página 21 habla de no sé qué «manera.... tan.... tan.... tan.... tan.... tan ... **jactanciosa montalvosica»...** Perdón: el original no tiene sino dos tan tan; pero la figura retórica de repetición es aquí tan.... tan.... tan.... tan ... sonora como un repiqueteo, y no debíamos perder la ocasión para tocar a rebato.

Antes de transcribir cierto párrafo montalvino, Mata se sirve calificar de **montalbufoneantes** a todos los que simpatizan con el Cosmopolita, desde Víctor Hugo hasta Miguel de Unamuno, y desde Rodó hasta Teodoro Rivero—Ayllón; así: **«Con todo mi asco y mi desprecio** (¡¡!!) —y me lo dispensen todos— para el **villano y cobarde** contraventor de las Bellas Letras, transcribo lo que creo no es conocido por muchos montalbufoneantes....» (22). Y después de transcribir uno de esos candentes párrafos con que Montalvo pulverizaba a quienes habían acudido a la calumnia y a la injuria burda, Mata comenta: *«Dejando a los académicos pillen las incorrecciones gramaticales de ese imbécil párrafo,* me quiero torturar, someramente, comentando este trozo dechado de perversidad....» (22). La verdadera razón por la que Mata no exhibe las incorrecciones gramaticales que insinúa haber descubierto y, olímpicamente, las deja a investigación de los académicos, se conocerá en el capítulo que lleva el título dado por el propio Mata con sus textuales palabras: «NO CONOZCO LA GRAMATICA NI POR SUS FORROS» (72).

«Montalvo, por todo, está más próximo al salvajismo de Otamendi, terror de Ambato y Riobamba, que a la mansa figura del mercader ambulante Don Marcos. ¿Descendiente de inglés Don Juan Montalvo? Qué esperanza! Más inglés es el **cholo** Poeta Dr. José Varallanos....» (23). Refiere luego un cacho tan cursi, que no merece el nombre de chascarrillo, cuentecillo ni anécdota. «Pues.... excúlpenme el mal rato —añade— inculpándole a Montalvo, fautor a mala parte de cualquier digresión... » (23). ¿Habráse visto jamás tamaño disparate? ¿Pretender que nosotros, inofensivos e irresponsables lectores de tanta cándida, rídicula, estólida, majadera digresión de Mata, se las endosemos a Montalvo?....

En la página 24 llámale «sujeto de mi tribulanza» **(sic),** feo vocablo que no existe en español; y en la siguiente emplea otra palabra más fea todavía, tan antiespañola que hay que hacer más de un intento

para poder pronunciarla: «No quiero —dice—, aquí, desinfectar los insultos que el **catilinarial** Montalvo endilga....», y luego, ridiculiza a Gonzalo Zaldumbide por haberse «insuflado del estilo montalvesco en toda la tensión (**sic**) de sus páginas de estilista, aunque es más organizado, más comprimido que la frondosidad divagante y petulante del seudo cervantista.... El Capítulo MONTALVO SEUDO CERVANTISTA ... lo leí en la Universidad de San Marcos, con inusitado aplauso....» (25) ¿En qué cúmulo de inconexas boberías habrá divagado en Lima este «escritor» tan petulante como ignorante hasta de la Gramática?

Montalvo incluyó en un número de El Cosmopolita la «Carta de un padre joven», a la que Mata se refiere con estas palabras: «estólida CARTA DE JOVEN PADRE». (26). Ante todo, entre un padre que es joven y un joven que se hace padre, hay alguna diferencia, y Mata comete una falsía al alterar el orden original de los vocablos. **Crimine ab uno disce omnes.** Esta carta no es tan **estólida** como Mata se imagina en sus revueltos sesos: en ella dejó Montalvo revelaciones íntimas que le salvan a plenitud de la calumniosa acusación de esposo o amante infiel y de padre desnaturalizado. Se la encuentra en el segundo tomo de El Cosmopolita, edición Garnier, páginas 120—148.

De la «Cándida digresión—1» pasa a la «Cándida digresión—2» haciendo una advertencia que debería ser estudiada por algún psiquiatra: «Como estoy *horrorizado por la contemplación de la firma de Montalvo, buscaré mi sosiego saliendo a ventilarme». (27).*

«Cándidas digresiones—2».—Y trata de ventilarse de sus propios miasmas, sin lograrlo, destapando parte de su fétido veneno contra Jorge Icaza, e incurriendo en seguida en su consabida manía de insultar, sin ton ni son, a Montalvo, «al mismísimo Montalvo, fregatriz de letras arcaizantes, enlucidor verborrágico efectista....» (29).

En la misma digresión —verdadera digresión, porque nada tiene que ver Jorge Icaza con Montalvo ni Zaldumbide—, Mata disparata sobre asuntos suficientemente aclarados en mi «San Juan Montalvo», diciendo: «Montalvo...., pese a ser escritor, al regreso de París retozó, lo repitò, con las mozas —antes que con las musas tungurahuenses— de medio pelo, dentro y fuera de su cuadra de él, quedando de todos modos encuadrados en nefandas inverecundias: como amante y como padre....» (39).

Como en el fondo, muy en el fondo de su ser estrafalario, alguna remota idea debe haberle quedado de la grandeza de Montalvo, también le traicionó el subconsciente cuando —¡admírense ustedes!— escribió algunas palabras que parecen implicar un elogio: «Cartas a lo Montalvo —dice—, que las hacía retocándose (**sic**) y pensando en su estatuable posteridad (**sic**), luciéndose y reluciéndose....» (40).

«Cándidas digresiones - 3».—Empieza diciendo: «Yo no conceptúo que GZ tuviese la espectacularidad de la pluma o del plumeo, a lo Montalvo: que se veía escribir en representación de orador ante el papel (**sic**), soltando sus frases montalvofónicas ...» como «mundano acostumbrado al frac y al uniforme de gala con entorchados y bocamangas doradas, dentro de los cuales el emponchado cervantista hechizo (**sic**) Don Juan Montalvo jamás habríase movido desenvueltamente....» (42).

Lo extraordinario de Mata es que acusa a Montalvo de los vicios de que adolece él mismo en grado archisuperlativo, y lo hace con un cinismo que pasma. Después de elogiar a GZ como «gran escritor», comenta: «De Montalvo no se puede afirmar esto, ya que si tuvo su habla de ser humano (**sic**), renegó del idioma corriente y moliente sujeto a metamorfosis artística racional, natural. Fingió su lenguaje sartorial (**sic**), realizó una desafortunadísima operación estética a su lengua....» (42). Esta es la primera noticia que tenemos de que Montalvo se haya hecho una operación estética en la lengua!.... ¿La tuvo tal vez deformada o con alguno de los muchos tumores que Mata debe tener en su cerebro? «Y no dominó —prosigue la retahila de sandeces— ni palabras ni escritura en doctrina de belleza sin afeites, de hermosura sin la máscara **aristocratizante;** amasó, no más que lo bufo —montalvobufonadas— insincero y anormal» (42—43).

El título de **Cervantes Americano** no le cayó del cielo al Cosmopolita: premio fue al deslumbramiento que provocó su dominio de la lengua española. «Su modo de escribir me pasma» —le dijo don Juan Bautista Guim, catedrático universitario y hombre de consulta y de respeto en España y Francia. Cuando García Moreno, cobardemente escondido bajo el anónimo trató de ridiculizar la descripción que Montalvo había hecho de su visita a Roma, éste se defendió airosamente haciendo un estupendo alarde de erudición literaria y gramatical. «Esos graciosos pesados que le avientan a uno a la cabeza la basura con escoba y todo, no son del gremio de Quevedo y don Mariano José de Larrea, quienes echan sus rehiletes de manera de hacer reír a las Musas....» —respondió—. «Sin delicadeza no hay donaire: la sátira ha de venir debajo de una alcorza dulce y fina, para que sea grata al paladar: si ocurre que a lo grosero de la sustancia agregamos lo ruin de la forma, el ceño de los lectores le advertirá al mal censor que sus ingeniosidades se han ido por el albañal. Quede el libelo para que lo conteste Judas: yo tomaré de él los puntos que frisan con el arte de escribir, y a modo de aprendizaje diré en ellos lo que se me entiende, según que suelo adolecer de un flaquillo en esto de vestir con pulcritud a nuestra buena lengua castellana. Pues, señor, el gallo no está mal en donde está; ni ¿por qué lo había de estar? ¿porque está sobre la pata izquierda? póngale yo sobre la derecha, y todos quedaban **aplacidos,** como dirá tal vez el Fuero Juz-

go . . . » Y después de defender al gato de su cuento, al gallo lo pone en plena escena cantando vencedor que es un contento, en griego, en latín, inglés, árabe, español y hasta en hebreo —el gallo de San Pedro—, en medio de gallos de todas las razas. ¡Qué erudición literaria la de Don Juan! Compruébenla en **El Cosmopolita** y en el Tercer Tratado.

Y luego se enfrasca en sabrosas disquisiciones gramaticales con la siguiente advertencia: «Darle algún aderezo a la gramática, pergeño sería de la habilidad misma: la gramática no es tierra para flores; mas como ella da los frutos del idioma, preciso es cultivar ese campo de espinos y plantas sosas. Sin el caudal necesario para acometer el dilucidamiento de cuestiones tan escabrosas como las que suelen ocurrir en esta parte científica de la literatura, habría yo dado de mano a las provocaciones descorteses de mis impugnadores invisibles; pero va de la enseñanza general, y no me es dado dejarles triunfantes por falta de réplica, en pueblo donde la ignorancia suele arrimarse a la mala fe y apellidar victoria en contra de la verdad . . . »

Renunciamos a transcribir las brillantes «dilucidaciones» en que el genial hablista sale más campante que su mismo gallo; y nos limitamos a hacer una lista de los insignes gramáticos y lingüistas que cita Montalvo en su defensa, con asombrosa riqueza de ejemplos tomados de las propias fuentes. Esa constelación de astros del idioma ilumina decenas de páginas de los Tratados Tercero y Séptimo, titulados «Réplica a un sofista seudocatólico» y «El Buscapié». Son sus nombres: Diego Clemencín, Antonio Campany, Rafael María Baralt, a quien hace algunas muy acertadas observaciones, Fray Luis de Granada, Nieremberg, Balbuena, Santa Teresa de Jesús, Juan Valdés, Gregorio Mayans, Pellicer, Covarrubias, Carlos Coloma, Fernán Caballero, Eugenio de Ochoa, Vicente Salvá, Juan de Mena, Rodrigo Cota, Fernando de Rojas, Andrés Bello, Mariana, el Duque de Rivas, Gaspar Jovellanos, Alonso del Castillo, Angel Saavedra, Quevedo, Feijóo, el padre Roa, Vicente de los Ríos, Hurtado de Mendoza, los Argensolas, Lope de Vega, Guillén de Castro, Alarcón, Fuenmayor, Manuel de la Revilla. . . . «Don Pedro Felipe Monlau —dice Don Juan— en su **Diccionario etimológico** exige derivación recta, necesidad y oportunidad para la creación de vocablos nuevos. . . . » Por supuesto, no le podían ser desconocidos ni la Gramática ni el Diccionario de la Real Academia, en cuya autoridad se apoya más de una vez. En hábil sustitución de la usual «fe de erratas», Montalvo acudió a «Comentarios»: amenas lecciones de gramática. Revíselas el lector, y diga si Mata, que las conoce, no es un pícaro de siete suelas cuando afirma que Montalvo no estudió la Lengua Castellana ni su gramática. No por nada Caro y Cuervo, insignes lingüistas de América, sometieron sus escritos al fallo del Maestro.

Mata ha tenido malos ejemplos en España. «Un tal don Valen-

tín Foronda —refiere Montalvo— al contrario de don Vicente de los Ríos, quiere que Cervantes no hubiese conocido ni la lengua en que escribió. Atildando a cada paso las ideas y maneras de decir del gran autor, se pasa de entendido y censura en él hasta los cortes y modos más elegantes de nuestra habla.... Y don Valentín no es el único de los españoles empeñados en traer a menos a su insigne compatriota; pues sale por allí un don Agustín Montiano atribuyendo la nombradía de Cervantes a **que anda muy desvalido el buen gusto, y la ignorancia da bando mayor.** Empresa tanto más bastarda la de estos seudohumanistas, cuanto que los demás pueblos por nada quieren acordarse de otro grande hombre que de Cervantes en España; y van a más y dicen que esta nación no tiene sino ese representante del género humano en el congreso de inmortales que la fama está reuniendo de continuo en el cenáculo del Tiempo ...».

«Malas son las lecciones de lengua castellana sin consulta previa de los verdaderos maestros: así enseñamos errores, y no reglas que sufragan para su pulimento y hermosura. Ni ha existido, ni existirá jamás una lengua matemática: las más cultas se componen de irregularidades, las cuales, cogidas al vuelo por algunos pescadores de defectos, son joyas de los mejores quilates, que por falta de pericia en nosotros pierden a nuestros ojos su primor y estima....».

Montalvo sabía de donde provenían los ataques, pues vio a sus críticos con «las orejas caídas sin que a los jesuitas que los llevan por el bocado de la brida les sea dable sacarles la espina del dedo....». ¿Quedará, esta vez, también el jesuita Sánchez Astudillo, mal consejero de Mata, con sus orejas caídas?....».

«No es que yo persista en ver a Montalvo —prosigue impertérrito Mata— encendiendo un pesado aro de luces policoloras y tratando de iluminar, en deslumbrancia (**sic**), la noche del lenguaje castellano, de España e Indoamérica, tropezando en su empresa y, acaso, pereciendo en ella: con los artefactos decorativos de su pluma psicopática e ilegítima....» (43). ¡Púchicas! Montalvo ha perecido y Mata es ahora el Cervantes de ambos mundos!.... ¿No es la pluma matuna la psicópata e ilegítima? (**Púchicas** no es español, por si acaso Mata quiera fulminarnos por haber empleado esta interjección).

En la cuarta parte de este libro comprobaremos si Mata ha podido eludir los horrendos vicios literarios que, sin probarlo (¿cómo podría probarlo?), atribuye a su mortal enemigo, cuya sola firma le horroriza. Ya el propio lector se ha dado cuenta de que Mata ha perecido en su insensata empresa de levantarse tratando de derrocar monumentos....

«Gonzalo Zaldumbide absorbió y animó total Cultura, hasta incorporarla a la celulación de su protoplasma de escritor sin violencia de forceps.... montalvopédico....» (43). ¿Sí será comadrona el bueno de Mata?

«Cándidas digresiones — 4». — Cosa extraordinaria: Mata se olvidó de Montalvo en su cuarta «cándida digresión».

«Cándidas digresiones — 5». — Comienza: «Con perdón, el Diablo me confunde y Dios me protege....» (52). ¡Qué optimista! El Diablo, con mayúscula, le ha confundido mayúsculamente, y, pobrecito, Dios lo ha abandonado de su Mano. «Me restituiré, pues —añade— extragorgorinamente, a mi ser más o menos racional....» (52). Aun en esto hay optimismo. «Pero —prosigue— volvamos a eso de la *modernidad*, etc. Hasta Montalvo viene a jorobarme empujándome a su estilo» (25). ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Es esa «basura» estilo montalvino?

«Como decíamos» —añade en el colmo de dislates—... «Bueno, basta! El tambor me sigue resonando, amigo P. Sánchez. Filatearé, finalmente. Y su merced me perdone *tanta basura que escribo,* Don GZ. Tambor.... me parecen mejores estos versos: *y nos llegaba al pulso de la tierra —en el tranco ligero del caballo*....». Le hemos comprendido perfectamente, señor Mata. Quien dude de la exactitud de la cita, la hallará en la página 52 de «Zaldumbide y Montalvo».

Lo más elevado de esta digresión, es sin duda alguna, su pregunta: «¿qué puede extrañar cuando dos poetas miran las estrellas?» (54). Por supuesto, uno de esos poetas que están viendo estrellas es el propio señor Mata.

«Cándidas digresiones — 6». — Esta digresión es tal vez más cómica que las demás. En ella se lee: «El charlatán Montalvo escribió no como necesaria expulsión de su indigestarse crónico de leyente sino para labrar y pintar el corozo, la tagua de una personalidad literario-libresca la cual, si se la fricciona un poco, exhibe los hilvanes de armazón postinera. Todo en Montalvo es *morcilla de aserrín,* basto amasar de embuste elaborado sin sublime artesanía, por el Arte de Zaldumbide (**sic**). Trapacería montalvera del acomplejado provinciano que pugna por crearse, como fuese, su nombre y famosería (**sic**): en gula inextirpable ...» (55). ¡Morcilla de aserrín!.... Si será fabricante y vendedor de morcillas el señor de la Mata.... «Peor con el Arte de Zaldumbide....» ¿Qué quiso decir este escritor morcilloso o enmorcillado?

«Lo mismo que hizo con García Moreno —afirma Mata— lo ejecutó Montalvo con Cervantes: arrimarse a la sombra de un buen árbol y luego, desechando la sombra propicia, treparse a él para manotear desde su copa: a que todos caigan en cuenta de ese extraño ser malogrando la natural compostura de las ramas. ..» (56). ¡¡....!! El estilo de gerundiadas de Mata hace que ese «malogrando» no se sepa a quien pertenece: si a Montalvo trepado en un árbol, o a «todos» los que lo miran.

Para Mata, García Moreno es un buen árbol cuya sombra da fa-

ma y prestigio. Vargas Vila dijo todo lo contrario: «Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos relieves grotescos y sombríos, allí en el frontis de la Historia; no viven por ellos sino por él; así levantan las águilas a las serpientes en el pico y en las garras.... García Moreno...., Veintimilla, allí están escupidos y esculpidos por él; su saliva inmortaliza....».

La fama de García Moreno ¿a qué se reduciría sin el desenfreno de la propaganda jesuítica que, profanándolos, invade púlpitos e infesta librerías? La fama de Montalvo no ha necesitado cofradías ni los mentirosos elogios de papas, cardenales, obispos, beatas ni sacristanes: se la ha ganado él, él solo, con sus luminosos escritos y sus nobles acciones.

En un parque de Guayaquil yacen por los suelos, desde hace ya algunos años, cincuenta enormes cajones que contienen el monumento que unos cuatro fanáticos quieren erigir a García Moreno; mas el libérrimo y pundonoroso pueblo de esa ínclita ciudad personificado en los miembros de sus Municipios, no ha permitido ni permitirá que su suelo sea profanado con la estatua del más insigne de los traidores y uno de los más crueles tiranos.

Montalvo tiene ya varios monumentos en Ambato, Quito, Guayaquil ... No contentos los guayaquileños con el busto que le honra en su Universidad, en gesto de repudio a la necia porfía de aquellos cuatro fanáticos, formaron un Comité pro Monumento a Montalvo, que no tardará en llevar a cabo su patriótico propósito.

García Moreno y Montalvo son dos colosos: en los infernales dominios del Mal, el primero; en las claras alturas del Bien, el segundo. Aquél está pasando a la Historia con las tétricas sombras de sus crímenes; éste se agigantará con mayor gloria mientras más se conozcan y admiren su pensamiento y su vida.

Bien es verdad que, como muy atinadamente observa Juan Viteri D., «Montalvo no necesita de García Moreno, de Veintimilla, de Borrero... Montalvo necesita de injusticias, insinceridades, falsías, mentiras, planes obscuros, reincidencias....». Pero también es verdad que García Moreno fue la más cabal personificación de todos los vicios capitales, contra los que el alma quijotesca del Cosmopolita hubo de dirigir sus incontenibles embestidas; y detenerse a escribir dos libros disparatados para tratar de ubicarlo por debajo de Zaldumbide descubriendo solamente que se ha escurrido una **s** demás en «ciernes» y que falta un acento en la segunda **o** de «joco», echando al olvido la lucha a muerte entre los dos colosos, es algo que puede caber únicamente en el cráneo hueco de Gonzalo h. Mata.. .

Prosiguen las «Cándidas digresiones—6».—Dijimos que ésta es una «cómica digresión». Ahí va otra prueba: «Y Ud., por caridad —le ruega a su amigo jesuita—, no me reproche por la *falta de coor-*

dinación común en mis parrafadas carentes de literaturerías (**sic**) y *de reglas de buen decir y del buen obrar* (**sic**). Yo estoy conversando con Ud. y esto será, pues, efusividad coloquial (**sic**) antes que artesanía verbal o verbosa. Así, déjeme que me pasee como a placer me conviniere . . .» (59). El jesuita puede permitirle esos y otros placeres, pues él le dio ánimos para que «se metiera con Montalvo»; pero nosotros . . . . ¡. . . .! No le interrumpamos a Mata en sus disparatadas ocurrencias: «Ud. sígame con sus ojos nacidos en El Oro y residentes junto a los Pichinchas, y si hallare de qué burlarse . . . . hágalo: que yo seré el primero en festejar su hilaridad, puesto que sé por donde se deshilacha mi letrística (**sic**) de sencilleces (**sic**), de herpetólogo maniático (**sic**)» (59). Motivos más que suficientes hay para creer que todos los años de vida que le quedan a Mata no van a serle suficientes para festejar la hilaridad con que los ecuatorianos y los admiradores de Montalvo en América y Europa han de burlarse de tantas «letrísticas sandeces» de este maniático herpetólogo. Esta última palabreja nos ha puesto en un aprieto, dadas las libertades idiomáticas que Mata suele tomarse. Herpes son las erupciones cutáneas con granitos o vejiguitas tan apiñadas que casi recuerdan una mata o matadura. Herpetismo es la afección respectiva. Herpetólogo debe ser, pues, el sabio tratadista de estas repugnantes afecciones. Pero también existe la herpetología o erpetolofía, ciencia que estudia los reptiles. ¿En cual de estos dos significados es Mata un maniático herpetólogo? Sólo el propio maniático puede ilustrarnos sobre tan importante asunto.

Y saltando la séptima «cándida digresión» en la que, por ocupar sólo dos páginas, se olvida de Montalvo, pasamos a las . . . .

«Cándidas digresiones – 8».—La furia se desborda nuevamente: «No estoy de acuerdo —y para lo que debe importar a Ud. mi amigo Sánchez Astudillo ¿no?— en esto: *como hablista le aventajaba claramente Montalvo verdadero técnico de la gramática* . . . ¿Montalvo, el estelar Montalvo **hablista,** Padre Sánchez?» (68) —le pregunta angustiado a su amigo, y le advierte: «Debemos estar siempre vigilantes del rigor intelectual a nuestros juicios, respaldándolos con el hablar y el hecho intrínseco . . . .» (68). ¡Y quién habla de «hablar bien»!

«Para mí —prosigue este sabihondo que, por confesión propia, no conoce la gramática «ni por sus forros»— para mí, perdóneme, mi académico P. Sánchez, Montalvo no fue ningún **hablista**» (69). Esta afirmación tiene tanto valor como la de un muchacho que, sin haber aprendido la suma, dijese que Einstein no fue matemático, o, sin saber lo que es un silogismo, dijese que Sócrates, Platón y Aristóteles no fueron filósofos, o, sin saber donde está el **do** en la clave de sol, dijese que Bach no fue músico.

Y Mata sigue desbarrando: «Precisamente un Capítulo de mi

obrecilla esa APEO Y DESLINDE DE SAN DON MONSALVO —lo dije ya— se titula MONTALVO SEUDO CERVANTISTA. Unamuno airábase contra la Masora, los masoretas y el masoretismo cervantista», (68); sin embargo —añadimos nosotros— Unamuno elogió ampliamente a Montalvo y hasta prologó Las Catilinarias. Cita la célebre sentencia: *«¡Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!»*, y añade: «Este pasaje de la sexta Catilinaria *me hizo temblar hasta en las últimas raicillas de mi alma, hizo que se me asomaran las lágrimas*.... Y yo quedo pensando y esperando con los estudiantes que hagan temblar a España, temblar de vergüenza e indignación. Y que le hagan sacudirse de los salteadores que le están chupando el jugo acuñado....». (Las Catilinarias, I, Ed. Garnier, pág. XVI y XVII). Unamuno, óigalo Mata, Unamuno dijo también: «Y ahora, ¿qué he de decir de su lengua y su estilo, yo, un lingüista y un investigador de estilística? ¿Voy a reprocharle sus preocupaciones lexicológicas *yo que las padezco también?* ¿Voy a discutir al literato?.... Sintió acaso en exceso la voluptuosidad de la lengua. Y de una lengua artificiosa y de énfasis castellano. Rodó dijo que la *espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo.* Pero es que Montaigne era un sensual y un escéptico y *Montalvo un apasionado y un dogmático y el énfasis es el lenguaje de la pasión*.... Los personajes de Cervantes.... tampoco hablan como hablan los hombres de carne y hueso de su tiempo, pero esto, ¿qué importa junto al soplo quijotesco que anima alguno de esos diálogos?....».

Por donde se echa de ver —según el sabio de la lengua, Miguel de Unamuno—, que, si el lenguaje de Montalvo tuvo algún defecto, éste era común con el del mismísimo Cervantes. Y Mata va a Lima para hablar de *Montalvo seudo cervantista,* de *Montalvo ramplón literario*.... ¿No hay quién le eche un perro encima a ese deslenguado?....

Sin hacer caso de Unamuno y aun ofendiéndolo, Mata prosigue: «Lo mismo podríamos, y deberíamos, arder de rubor contra la masorética de tantos montalvígenos constituidos ya en *la pestilente secta de los hombres hinchados* quienes llegan cuasi hasta la montalvopatía merced a la cual, munidos de su mito imprecausivo (**sic**), se descuartizan en una dogmática montalvera de bachilleres aplazados.... Es quimera letal montalvofrénica la tal cervantía lingüística de Montalvo que, saqueando la mina del lenguaje castellano, que él supuso clásico o neoclásico, tomó el oro de desecho, lo plateó, diólo como legal y, entonces, ya pudo ampararse en el móvil tendencioso de lucir los artefactos de su prosa gerundial, pululada de bastardías idiomáticas para quienes sepan VER, pero de **deslumbrancia** (**sic**) falaz ante los caballeros de la **sacha** aristocracia.... que hasta le concedían ésta del filateo lin-

güístico, porque el «San Don» no podía ostentar otra . . .» (68 - 69). ¿En qué sentido es «gerundial» la prosa de Montalvo? Si fuese por el abuso del gerundio, habría debido emplear el vocablo «gerundiada»; si por parecerse a la de Fray Gerundio, habría debido calificarla de «gerundiana».

«Montalvo —prosigue el crítico que pone los puntos sobre las íes de Unamuno—, estrellándose contra su misma alma, más o menos pura (**sic**), transgredió las lecciones de Cervantes **condenando** toda afectación en el lenguaje, al cual tanto lo (**sic;** este **lo** es un pleonasmo) censuraba que, muchas veces, creaba verdaderas frases caricaturales, ridiculizándolo hasta el escarnio . . .» (69). Ese gerundio **condenando** está tan mal empleado que, no se sabe quien condenaba: si Cervantes o Montalvo. Y prosigamos con las frases caricaturales de Mata, que tanto ridiculizan nuestro idioma: «Montalvo usaba **latinicos** (**sic**) a que lo tengan por gramático; servíase de anotaciones —«comentarios»— al final de sus capítulos de anticuarismo ripioso. . . .» Montalvo, con sus arcaicas imitaciones cervantófagas (**sic**), limitó a su inventiva definidora de ese su yo literario, se trocó en segundón con ideaciones de reflejo y artificiosidad seudo clásicos. No creó SU estilo de indoamericano nato y neto. . . . Absorbido por fusionarse, a empujones de asaltante, en el yo y en la cervantística (**sic**), descuidó los suyos propios. . . . Amañando y manoseando la técnica de los implementos lingüísticos de la prosa cervantina, corrigió, para su gusto, contravenciones naturales del Manco que escribió en la fuerza viviente y moliente de la Lengua Española. . . .» (71). También en este punto, Unamuno afirmó todo lo contrario; pero no importa: Mata reniega de todos los gramáticos, lo mismo que de todos los académicos siendo un profano en la materia: «Montalvo —dice— flagrante y confeso imitador del Manco lepantino, no fue nunca autoridad lingüística como los *americanos de la jerga:* Bello y Cuervo; tampoco fue un técnico cervantino. . . .» (72). Es verdad: Montalvo no escribió un texto de gramática; pero ¿por qué lo admiran los mejores hablistas de España y de América?

Miren lo que Mata exige de Montalvo para poder llamarlo «hablista»: «Pregonero de un purismo de mal alarife, ignoraba la raigambre gramatical, el hito, y. . . . si se me permite el abuso: la etiología de las palabras. Jamás Montalvo penetró en la etimología de los vocablos, no percibió la lengua vital, viviente; sumiose sólo en lo paramental del molde artesanal reluciente que le propició el frasear de relumbrón sobre la tierra de lodo natural. Su auditorio quiteño, apercibiéndose del truco, se le mofó sangrientamente puesto que, conociéndole como arribista intelectual, todos sabían de su montalvomaquia» (72). Según las exigencias de Mata, Cervantes antes de poner el título a su inmortal novela, debió hacer una larguísima disquisición «etiológica» de los siguientes vocablos: don, Quijote, Sancho, Panza, Ro-

cinante, Dulcinea, Toboso, etc. etc. Sin esa disquisición, la obra no vale un comino.

«En todo cuanto escribió demuestra su ignorancia semántica: no se penetró, com penetró como Unamuno de la esencia de las voces ni de su composición, com posición. Nunca se deslumbró por la modificación de los prefijos ni deleitóse con la parasíntesis. Suyo no sería el des-lumbrarse o el vis-lumbrar su mente por las preposiciones afijas que asignan a las palabras distinto significado, trans subtanciación ésta que la (**sic**) conoce sólo quien posee la folosofía gramatical estudiada por Felipe Antonio Macías, allá por el 1859. . . .» (72). ¡Lástima grande que Cervantes no haya podido unirse a Mata en el estudio de la filosofía gramatical de Felipe Antonio Macías! «Jamás realizó estudios conscientes de Gramática, aunque bien saqueó los libros de refranes, que él mismo avisa» (72).

Cree Mata descubrir una contradicción en Montalvo porque, ora encomia los refranes como «dogmas de la lengua», ora los «condena» (según Mata) como «reptiles y gusanera, sabandijas de hormiguero» y «sarna perruna» (72—73). Caso de no estimarlos, no los habría estudiado ni, menos aún, empleado tan generosamente con su tino y gracia peculiares; y con ese tino y esa gracia bromea acerca de ellos poniendo inocentes sátiras en labios de su Don Quijote. Pero Mata toma el rábano por las hojas, es decir, las bromas por doctrinas, y no hay peor tonto que el que no quiere entender.

Aunque mucho tememos que el lector esté ya asqueado de tantas matunas estolideces, es nuestro deber exhibirlas en toda su crudeza: «Montalvo —afirma— no fue autoridad en materia lingüística ni escritor con fenómeno o suceso estilístico legal (**sic**). Por ello sus períodos son pesados, paquidermos impedidos de suelta ambulación: por el caparazón de hojalata pintada de oro. . . . apócrifo, faramallero, aunque con visos de *español de los mejores tiempos,* que tenía *un auditorio tan extenso como América.* Montalvo no conoció la sangre mágica y el alma maravillosa y taumaturga de la palabra. No vivificó la letra en espíritu de oblación respetuosa (¡¡ . . .!!): la profanó, sí, ante la vesánica astracanada de su exhibicionismo de prestidigitador que destapa cataratas de frases sin concierto ni respeto propios (**sic**), peor con veneración a sus leyentes. . . .» (73). ¿Y qué respeto tiene Mata para nadie? «Barbero fraseador de la pluma en movimiento perpetuo, sólo por oírse escribir y verse pronunciando palabras sin tasa y sin sentido, y, peor, con razón y racionalidad lógica (**sic**), soltaba su caja de sorpresas del modo más desaprensivo y más suelto de cuerpo» (73). ¿Está pintando su propio estilo el ocurrido Mata?

Montalvo y Cervantes.—En capítulo aparte leamos algo de lo que el mismo Montalvo escribió respecto de sus aficiones cervantistas. No fue uno de los muchos envidiosos que le salieron al paso al gran Manco; fue su admirador más que su imitador, y nunca se le su-

bieron ningunos humos. «¡Pluguiese al cielo —dijo— que tan lejos nos hallásemos de Avellaneda, como debemos de hallarnos de Cervantes!». Avellaneda fue para el Cervantes español, algo de lo que quiere ser Mata para el Cervantes americano: una negra sombra.

Dijo el propio Montalvo: «Proponerse imitar a Cervantes, ¡qué osadía! Osadía puede ser; desvergüenza no.... No presumo de haber salido con mi intento, miradlo bien, señores: lo razonable, lo probable es que haya dado salto en vago....». Luego habla de la «inmortalidad de la envidia y la difamación, cosa nefanda que pesa eternamente sobre los perseguidores de los varones ínclitos, en quienes las virtudes van a un paso con la inteligencia....» («El Buscapié», Prólogo de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes»).

Montalvo quiso traer a Don Quijote, con hatos y garabatos, hasta nuestros lugares, para que, en medio de peripecias de un sabor nuevo, pusieran al desnudo algunas de las lacras de nuestro vivir. No se trata de un simple alarde literario, de un simple «ensayo de imitación de un libro inimitable»: quiso dar lecciones de idealismo al tomar como lema esta advertencia: *«El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes».* Léanse con este criterio esos Capítulos, y no aparecerán pesados, como se ha dicho. Tan modesto o tan prudente —o ambas cosas a la vez— fue, que murió dejando inéditos esos Capítulos, que Unamuno —lejos de nuestro medio— tal vez no pudo comprender a cabalidad.

El idiota frente al sabio y al apóstol.—Unamuno, el sabio y el apóstol, escribió respecto de los célebres **Capítulos:** «Allí apenas hay más que las líneas con que termina el capítulo XLVI, dedicadas a Ignacio de Veintemilla, ahorcado por *asesinato, robo, traición, atentado contra el pudor*.... Esto ¡el insulto!. .. Lo demás *es imitación, todo lo bien que se quiera, de Cervantes, y me interesa la imitación de Don Quijote.* Cervantes mismo no es por su estilo literario por lo que principalmente me atrae.... Fue la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario, un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo....». (Prólogo de **Las Catilinarias,** p. X). Relea Mata los renglones anteriores: la retórica de Montalvo está «salva», no condenada, por Unamuno.

Con sus **Catilinarias,** Montalvo —lo leímos de la pluma del propio Don Miguel— le arrancó lágrimas de las «últimas raicillas» del alma, y le dio nuevos bríos para la lucha: «Y ahora, reconfortado con las **Catilinarias,** vuelvo a mi combate», —concluye en su Prólogo. (Ibidem, pág. XXIII, edición Garnier).

El insulto, sí, el insulto a lo Montalvo, despertaba la admiración del gran filósofo y luchador español, porque éste vio en él una arma poderosísima para echar a rodar las cabezas de tiranos y de tiranuelos: García Moreno y Veintemilla. Esos fueron los triunfos de su plu-

ma cargada de insultos como un fusil, de balas, para aniquilar a los enemigos de la Patria. El insulto en la pluma de Montalvo fue una arma santa —santa como el látigo con que Cristo arrojó a los mercaderes del templo.

Veamos ahora lo que dice Mata: «Brinquemos el charco .... para caer en uno peor. Montalvorrágico su chaparrón de insultos atropelladores de la majestad hierática de la palabra. Siniestro terrorista del dicterio, Montalvo no era el caballero que desenvaina el estoque para el condigno castigo; era el plebeyo que *abre la tapa de una cloaca* y trata de hundir en ella a su enemigo. Bien lo caló Unamuno al *burlarse del montalvo frénico imitador de Cervantes»* (74). ¿Qué juzga el lector de esta cínica falsedad matosa? ¿Dónde una sola palabra burlona de Unamuno contra Montalvo?

«Anuncio que en la **sobre**dicha obra mía **sobre** Montalvo, tengo un Capítulo **sobre** «Las Catilinarias», SOLEMNE ESTUPIDEZ DE LA MONTALVORREA GRAFOPATICA. El insulto.... la morbosa tosudez del insulto vitalicio ...» (74).

Estas palabras caen de perilla **sobre** el propio Mata: «morbosa tosudez del insulto vitalicio». En innumerables páginas de Montalvo no asoma un insulto; pero Mata preséntenos una sola suya que no hieda a mataduras. ¿Qué hace esa basura humana sino insultar, insultar, insultar a quienes han contribuido con sus obras y sus plumas a la grandeza de la Patria? Este fariseo de nuevo cuño, escriba y profesional del insulto tan procaz como necio, se escandaliza, rompe sus vestiduras y enseña a los cuatro vientos sus asquerosas «matas», porque nuestro señor Don Quijote —el Cosmopolita— ha insultado a un asesino, a un ladrón, a un desvergonzado que había usurpado y estaba profanando la magistratura suprema de la nación. Algo de asesino, algo de ladrón, algo de sátiro se debe tener para salir en defensa de sujetos de esa calaña.

Para quien haya llegado a comprender lo que es Mata, nada extraña es su conducta. Lo que en el sabio despierta admiración, al necio le inspira menosprecio; lo que arranca lágrimas de los ojos de un apóstol, al idiota le provoca risa y hace que se frote las manos al propio tiempo que, en total ceguera mental y en irresponsabilidad completa, insulta y miente....

Por insigne que sea el sabio y encumbrado el apóstol, también ellos son seres humanos, es decir falibles, y pueden incurrir en pequeñas fallas de ninguna importancia, sin que, por ello, se mengüe su grandeza.

Relea Mata la cita que hemos hecho de Unamuno: «Fue la indignación **lo que** hizo de **lo que** no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario, un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético ....» —El pensamiento es tan claro como profundo; pero, sin restar un punto la admiración por quien lo ex-

presó, podemos decir que la forma es algo defectuosa: la repetición de **lo que lo que** y la sucesión de varios monosílabos (lo—que.... de—lo que—no) es algo que hiere un tanto el oído. El segundo **lo que** pudo ser sustituido con **quien,** por cuanto el pronombre **lo** es neutro, que se aplica atinadamente a objetos pero es menos propio en tratándose de un literato, un apóstol, un profeta. Se evitarían los defectos anotados redactando la oración así: «Fue la indignación **la** que hizo de **quien** no habría sido más que un literato....» etc.

¿Condenaremos al «lingüista» y al «investigador de estilística» por una oración menos feliz en su forma? ¿Le negaremos por ella el sitial de prohombre en sus combates por la libertad, la cultura y la grandeza de España? ...

No comprendemos por qué Mata no se ha propuesto ya «meterse» también con Cervantes, Unamuno, Rodó, Rubén Darío...., para «sanear la Literatura española de ambos mundos».... ¿No cree que podría pillarles, también a ellos, los deslices gramaticales que son su único alimento espiritual, en el supuesto caso de que tenga espíritu?....

Montalvo y Lope de Vega.—Mata, en su loco afán de censurar todo en Montalvo, dice de él que «insultó hasta a Lope de Vega que, para él, había *convertídose en tuno de playa en sus comedias*» (69). Pero «defendiéndose el poeta —dice Montalvo— el hombre quedó por malo de remate, pues salió por este registro:

Yo escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron;
porque como lo paga el vulgo, es justo
hablarle necio para darle gusto».

Si el propio Lope de Vega no supo defenderse, ¿podrá defenderlo Mata? Siempre que de insultos se tratara, Mata quisiera tener el monopolio.

«Allá los que escriben asalariados den gusto a sus compradores. La verdad es hermosa, noble la filosofía, la poesía se encumbra como águila y va dando por el aire grandes voces. ¿Me ponen por condición que hable a lo corre-ve-y-dile, a lo truhán, a lo barbero? ¡Cristianos! —Y además el pueblo no es tan ganso como se le juzga; y por eso Iriarte dijo ya:

Que si dándole paja, come paja,
dándole también grano, come grano.

«Yo le doy grano, y me agradece más que a los que le dan paja». (El Cosmopolita, II, pág. 273).

Conclusión de las «Cándidas digresiones—8».—Mal que nos pese, tenemos todavía que tocar un punto muy importante de esta pintoresca digresión que nada tiene de digresión ni, menos aún, de cándida. «Montalvo no era hablista —repite Mata—, y, peor, **técnico de la gramática**.... Y lo ejercido por el colombiano (Juan B.

Pérez y S.) puede hacerlo cualquier honrado, cualquiera que no se deje meter el dedo de Montalvo por los ojos.... Yo, y eso hasta yo (**sic**), que NO CONOZCO LA GRAMATICA NI POR SUS FORROS, que no valgo ni presumo de nada dentro o fuera de las academias, he pillado deslices gramaticales al San Don Montalvo. NO ES MI GANA CONSIGNARLOS AQUI» (70). Es de todo punto incomprensible cómo un «hominicaco» que no conoce ni por el forro la gramática, pueda hallar deslices gramaticales. POR ESA IGNORANCIA, NO PORQUE LE FALTEN GANAS, ES POR LO QUE NO PUEDE CONSIGNAR LOS DESLICES GRAMATICALES QUE DICE HABER PILLADO. Teniéndolos a la mano ¿los escondería, con la frenética fobia que le corroe las entrañas, los sesos y el corazón, contra Montalvo?. .. «No es mi gana consignarlos aquí».... ¡Majadero de la marca!

Y este «tonto», este «imbécil», esta «personilla» despreciable, este «simplón», este «hominicaco», esta personificación de la «idiotez» —como él mismo se dice— es quien ha ido a Lima a pronunciar conferencias sobre la ramplonería literaria y el seudo cervantismo de Montalvo!? **Risum teneatis, amici.**

Sólo como toques de su propio retrato leamos otras boberías matunas. Llámale «estrambótico manejador de barbarismos.... que lo filiaban sólo como un pedante de insufrible estilo ...» (71). Y añade: «Estilo mentecato el de muchas insuperables, magníficas, insustituibles, teratológicas parrafadas de Montalvo engalanadas con trapío de retazos clasiquientos.... En fin.... Cosas tenedes los tontos, que harán folgar las piedras....» (71). Mata tildando de tontos a media humanidad!....

«Voceando descamisado que ejercía protección del lenguaje (**sic**), mostró inhabilidad para apuntalar frases miniándolas dentro de la más seria y adusta Gramática....» (72). He aquí otra razón por la que Mata detesta a Montalvo; no contento con ignorar hasta los forros de la gramática, abomina a quien obedece las reglas de la «más seria y adusta Gramática». Mas ¿no dijo que Montalvo nunca estudió seriamente la gramática? ¿En qué quedamos? Quien no conoce la gramática ¿cómo puede saber si Montalvo obedeció o no obedeció sus reglas?

Empecemos todos a escribir en jerga, jerigonza, caló, argot, algarabía, sin respetar ninguna norma literaria, utilizando pleonasmos, barbarismos, neologismos estrafalarios, derivados estrambóticos, una balumba de trabalenguas y palabras tan grotescas como insulsas; formemos frases inconexas, períodos tontos incluyendo apóstrofes, mezclando a los vivos con los muertos, hagamos una retahila de capítulos desordenados, y tendremos una obra matuna maestra y, naturalmente, digna de todos los elogios de Gonzalo h. Mata, porque habríamos imitado **ad pedem litterae** su estilo, inconfundible en la historia de la literatura universal.

Nota.—En esta misma octava «cándida digresión», se ridiculiza

al «pintoresco Don Juan», por sentirse «propietario y productor de la muerte del Sr. García» (70). Tan importante asunto será tratado en la Tercera Parte: «HECHOS QUE MATA NO COMPRENDE».

«Cándidas digresiones—9».—En las páginas 78 y 79 hace Mata tal laberinto de nombres, citas, puntos suspensivos, paréntesis y números, que se sale de los límites de su propio estilo confuso y estrafalario. Comentando un escrito que no fue publicado como de Montalvo, pero que Mata no duda un punto que es Don Juan, dice: «Oh.... ¿todo no es estilo montalvorrágico? Antes de nada diré: ¿repararon en esa.... ingramaticalidad, insufrible en un **hablista** que, tras denostar a Urbina, y mentarle eso del baño de sangre, escribe *de una pobre mujer AL SERVICIO DE GARCIA MORENO.* ¿Es que la mujer estaba al servicio de García? ¿o es que **Urbina se bañó** sirviendo a García Moreno? Montalvadas estrellosas. Piensen, piensen, piensen, piensen...., montalviarcas amigos y enemigos míos. Piensen, piensen y mediten, luego.... juzguen....» (79). ¡Perdón! Mata sólo dice: «Piensen, piensen», etc. «piensen y mediten», etc.; pero se nos ha de dispensar que recalquemos su sabia recomendación de pensar y de meditar, pues, sin esta recomendación, él cree ser la única persona en el mundo capaz de pensar y de meditar.

Pensemos y meditemos en las sandeces que dice, y luego.... juzguemos. El caso es que el escrito que Mata atribuye a Montalvo menciona a «cierto hombre del campo» cuya compañía fue preferida por Urbina a la de su amigo; pero Mata confunde a este amigo con el propio Urbina, y no fue éste sino aquel quien *«se bañó las manos en la sangre de una pobre mujer en servicio de García Moreno».* (79 y 131). Sea de quien fuere, el pensamiento es claro: en servicio de García Moreno cierto hombre del campo se bañó **las manos** en sangre. Pero Mata —en su incontenible afán por hallar «ingramaticalidades»— no quiere entenderlo así y prefiere decir que la pobre mujer ha estado **al** servicio de García Moreno....; y para eso cambia preposiciones y suprime palabras. El baño de sangre fue de las manos y no de todo el cuerpo como Mata quiere dar a entender. Detalles son éstos que prueban una mala fe descarada. Primer deber de todo crítico es el respeto, lo más fiel posible, para el texto que estudia o analiza.

Este escritor matasiete que se solaza en buscar pajas en el ojo ajeno y no ve las vigas que ciegan sus dos ojos; este escritor que fue a la capital del Perú con el propósito de arrasar una de las más legítimas glorias ecuatorianas, acusa a Montalvo de no haber vacilado «en perpetrar los más atroces y nefandos actos contranatura **(sic)** cívica, patriótica» (80), porque escribió una carta al Ministro peruano Toribio Pacheco en que decía: «....El periodismo es ineficaz, su imperio es efímero ... Los acontecimientos que acaban de suceder en el Perú y Chile han menester otra clase de escritos, en los cuales, siendo de su-

yo grande e interesante la sustancia de las cosas, vengan en aquella forma adecuada para la duración de los tiempos.... Deseo, pues, señor Ministro, publicar en Lima o en Santiago *una obra acerca de Sud América*, teniendo en cuenta *las proezas y el éxito de la guerra con España*.... En el Ecuador, no sólo es imposible llevar una empresa de esa naturaleza; pero también es peligrosa. Ud. sabe que no hay aquí libertad....; si el Perú, digo, quisiera proteger mi pluma, no tendría de qué arrepentirse.... Contaba en Francia con el patronazgo de Lamartine y otros hombres ilustres y no veía lejos el día de la gloria: allí me alcanzó la desgracia, y no me ha aflojado hasta ahora.... La franqueza jamás procede de ánimo vil: estímela y obre como hombre no común....» (136).

¿Qué delito de lesa Patria había en acudir al Gobierno del Perú para la publicación de una obra de carácter eminentemente americanista, mientras García Moreno mantuvo una posición criminalmente neutral entre España invasora y dos Repúblicas sudamericanas en peligro de perder la independencia adquirida con la sangre de mil héroes? ¿No habría sido un honor para el Ecuador que el Perú patrocinara la publicación de un libro ecuatoriano encaminado a enaltecer a todo el Continente? ¿Es ese propósito de Montalvo un «atroz y nefando acto contranatura (**sic**) cívica, patriótica»?....

Y concluye esta cándida digresión con el siguiente párrafo en que Mata desborda sus propios miasmas: «El gran **libertario**.... el hombre cuya gloria justifica la honra de todos los ecuatorianos ... el hombre que es paradigma, espejo y ejemplo para la juventud del universo, habido y por haber. No sólo párrafo, sino capítulo aparte debo hacer para esta íntima congoja de mi alma agobiada de lástima para mis prójimos engullidores de montalvíparos miasmas» (81).

«Cándidas digresiones—10».—Mata sueña despierto con la fama que piensa adquirir en la posteridad como el superliterato, el supersabio, el superhombre que ha destruido el nombre de Montalvo. ¿Lo logrará? Y miren ustedes cómo se juzga a sí mismo frente a todos: «No obstante ... —dice— *el juicio de la posteridad* es ya definitivo ¿y así lo será? para Montalvo. Hanle endiosado todos, sin análisis ni criterio severo.... qué digo! ilustrado, acogiéndose a la bandera de su nombre inmortal para la cineturgia (**sic**) patriotera y ociosa. Creo que voy a rasguñar un mármol.... pero mi mano no será ni de verdugo ni de montalvicida profanador, sino la de un **hominicaco** que, por haberse forjado *su espíritu contra todos*, no se permite la mancha de una impostura para sí mismo....» (82).

Tú lo has dicho, mata de las mil mataduras: no eres sino un despreciable **hominicaco,** un pigmeo rebosante de inconmensurable fatuidad.

Y este enano repulsivo se enfrenta a Zaldumbide tratando de ridiculizarlo, sin respeto para los restos inmortales del gran Ambateño,

porque «dentro del mausoleo de la momia de Montalvo» (84), «donde yace la momia del Ambateño humano (**sic**) rival del Tungurahua» (85), «el ambiente es gris y huele a desinfectantes», y en ese ambiente que a todos sobrecoge con la grandeza del pensamiento de las obras cuyos Títulos «están pintados en las paredes» y que a Mata le causa hilaridad, Don Gonzalo había dicho de Don Juan: **«Su gloria durará lo que dure el idioma. . . .»** (84).

El hominicaco matuno pretende que su mortal enemigo a nada habría llegado sin la ayuda ajena: sin la presentación del «forastero» ante la sociedad quiteña por don Julio Zaldumbide (86), Montalvo no habría triunfado en Europa; sin sus benefactores familiares, no habría llegado a escribir una página, bien o mal escrita. En su peculiarísimo «estilo» que, una vez más, íbamos a calificar de «cantinflesco», pero que debemos ya identificar como específicamente «matuno» para no injuriar al gran actor mexicano Mario Moreno, grande como cómico inimitable y grande como generoso filántropo, Mata dice mencionando al hermano mayor de Montalvo, coheredero de los bienes familiares: «Su benefactor Francisco Javier Montalvo estaba perseguido por urbinista y nada más aconsejado en razón que pagar la deuda a quien lo (**sic**) había palanqueado su palanganudo viajecillo a París; exitosa intervención ésta de Francisco Javier que tenía ascendiente autoritario en Don Juan, aunque ahora mejor fuera desdonjuanarlo del todo o, en parte, pues Don Juan, por su hermano, hasta llegaría a casarse, pero sin que El Regenerador se regenerara en modo alguno . . .» (86).

No terminan aquí las sandeces matunas. «Dejemos esto —dice— y pongámonos en la **Rue Cardinet 26,** número de casa éste en cuya fachada —la de la casa, no del número, ea!— GZ hace hablar a Unamuno. . . .» (86). ¿A quién que no sea mata puede ocurrírsele intentar un chiste con la aclaración de que la fachada no es del número 26 sino de la casa? Además, ¿se trata de un intento de gracejo o de una aclaración porque juzga a sus lectores tan imbéciles como él?

«Cándidas digresiones.—11».—Creemos que la paciencia del lector está llegando al colmo; pero aún no hemos llegado al colmo de las necedades matunas.

Ya sabemos como juzgar los insultos de Montalvo contra los pésimos gobernantes ecuatorianos de su tiempo: insultos que entusiasmaron a Unamuno por ser armas formidables, cuando bien empleadas, en las luchas por la libertad y la dignidad de los ciudadanos y de la Patria. Mata piensa a su modo, si en realidad piensa, y comenta: «Siempre he sostenido que *el hombre es peor que las bestias más bestias* . . . ya que éstas no disponen de las facultades humanas para envilecerse a sabiendas y con la corrompida parlancia deplorable. . . .» (92). Nadie supera a Mata en la porfía por envilecerse a sí propio con la más «corrompida parlancia deplorable», y que sea él quien diga de Montalvo que es peor que las bestias más bestias porque con

su verbo sonoro y elocuente fustigó a un mal ministro que no supo frenar los abusos matoniles de sus hijos, nos sacaría de quicio si no conociéramos ya su confesada «idiotez».

Y un perfecto idiota es necesario ser para tener la inaudita osadía de juzgar hasta a la Divinidad misma, cuando, como conclusión de esta «cándida digresión», sentencia: «Cuando Dios es magnánimo y quiere poner a sus humanos productos **(sic)** **a su altura de él** **(sic)**, es genialmente grande **(sic)**» (94).

«Cándidas digresiones.—12».—Tápese las narices el lector antes de leer la pregunta que Mata endilga a su amigo Gonzalo Zaldumbide en esta, más que cándida, asquerosa digresión: «¿No le daba pena más bien, amigo mío, ese *chupaesputos pordiosero de inseminaciones intelectuales?* A mí, y perdóneme que se lo diga, Don Gonzalo, su ELOGIO A MONTALVO, sus escritos todos sobre el Ambateño consagrado, me sirvieron, precisamente, para ver al *sujeto Don Montalvo en toda su miseria de escritor y de hombre»* (98). ¿No está loco de remate este inverecundo hominicaco? ¡Pobre Don Gonzalo Zaldumbide! Si hubiese podido prever el vocabulario de mata, ¿le habría brindado su amistad?

«Cándidas digresiones.—13».—Principia con estas palabras: «Montalvo confiesa en su EL BUSCAPIE que *por rehuir el fastidio, o quizá por malos pensamientos, tomamos la pluma*...., y echose a perpetrar sus improperios cernidos en sus parrafadas tan inútiles como ostentosas. Evoco que *la ociosidad es la madre de todos los vicios:* sea adagio, refrán o proverbio ... ¿Hasta de la ociosidad montálvica se pegó Ud., Don Gonzalo?....» (100).

¿Quién lo entiende? Para Mata, escribir con el objeto de huir de la ociosidad, es quedarse en plena ociosidad. Quienquiera que escriba libros, novelas, versos, artículos periodísticos para no estar ocioso, es un ocioso de marca mayor, y más ocioso mientras mejores sean sus escritos. Para merecer sus elogios, ¿será mejor acaso la ociosidad absoluta en que no se piense ni se escriba nada?....

¡No! No era la ociosidad el vicio de Montalvo: otro era su SANTO VICIO, según lo vamos a leer de su propia pluma:

«Así como lo mejor de los dados es no jugarlos, lo mejor de los licores no beberlos, así lo mejor de la pluma es no escribirla. Déjenme pasar esta incorrección los maestros de la lengua castellana, que hoy necesito un modo de decir enérgico, aun fuera de las reglas. No hay cosa mejor para el mareo que el no embarcarse; para no decir disparates no hay cosa como el no escribir. El que juega ha de perder, el que bebe se ha de emborrachar, el que se embarca se ha de marear, y el que escribe ha de desbarrar quiera o no quiera. Ahora díganme ustedes, ¿conocen jugador de profesión que no haya muerto tirando el hueso? ¿bebedor que no haya echado el alma con el últi-

mo trago? El escritor de nacimiento es jugador, es borracho condenado irremisiblemente a los placeres y los sinsabores de su vicio. Vicio, ¡pero qué vicio! El vicio del filósofo, el vicio del poeta, el vicio del sabio, el vicio del apóstol, el vicio del patriota, el vicio del civilizador, el propagador de ideas, del campeón de la libertad; santo vicio, vicio lleno de zozobras, amarguras, peligros, dolores secretos, lágrimas invisibles; pero lleno también de triunfos, satisfacciones profundas, fruiciones íntimas, desconocidas para el vulgo; placeres de la inteligencia, libertinaje casto y sublime del corazón. ¡Déjenme mis dados, déjenme mi copa, déjenme mi pluma, tengo este vicio!».

«Santo vicio, cuando nace de hambre y sed de moral y se convierte en apetito desordenado de libertad y progreso: santo vicio, cuando se alimenta de sabiduría y brinda por las virtudes: santo vicio, cuando se dispara contra los vicios, y hiere en ellos, y baila sobre ellos hirviendo en cólera divina. Santo vicio, que da muerte a tiranos, falsos profetas, ministros de Dios vendidos a Satanás, y atrae sobre los que lo practican las saetas envenenadas, los tiros aleves de los enemigos de la perfección y el triunfo del espíritu. Santo vicio, ¡oh santo vicio! mata a los enemigos de Dios y de los hombres, y acarrea la muerte sobre el filósofo que mueve tus armas, sobre el sabio, el poeta, el civilizador, el regenerador, el amigo de sus semejantes».

«En los que pervierten, corrompen, niegan la verdad y propagan a sabiendas el error, es vicio nefando el de la pluma. En los que forjan mentiras y las difunden, ordenan calumnias y las echan por los cuatro vientos; en los que hacen por apagar la luz de la razón y enturbiar la fuente de la moral; en los que escriben por envidia, rencor o interés; *en los que publican libelos infamatorios por dinero,* es vicio nefando el de la pluma. La pluma no vendida ni muerta de hambre; la pluma soberbia que se levanta, vuela como el águila y se enciende en el disco del sol; la pluma prepotente que ruge como león y asorda un gran espacio; la pluma que se oscurece, truena y echa rayos; la pluma que se apacigua, se aclara y brilla en el cielo en forma de arco iris; la pluma que predica a lo san Juan Crisóstomo y hace temblar emperadores; que se convierte en culebra bienhechora, y muerde a la iniquidad y la injusticia; la pluma que golpea como catapulta las paredes de la Bastilla y la echa por el suelo; la pluma que se mete entre las carnes de los malvados y les hace dar aullidos; la pluma de Pascal, de La Bruyére, de Moliére, es santa pluma; y el vicio de estos enviados de la providencia, santo vicio.. . .».

En el párrafo siguiente, cuenta Montalvo de cierto ateniense inteligente, pero matasiete empedernido «que echaba mentiras, hacía injurias a los varones más respetables y llevaba delante una vida odiosa para todos. De este hombre se sirvieron Cricias y Caricles para difamar a Sócrates, y éste mismo era el que daba la voz en el teatro para aplaudir las burlas de Aristófanes al filósofo más santo de la Grecia..».

«Si (a mi pluma) la convierto en lanzón algunas veces, contra malandrines y follones ha de ser; pero ha de ser asimismo compás de oro con que yo mida delicadamente las prendas físicas y morales de las que tengan merecidos la admiración y el respeto de las gentes. A ésas, yo me les he de ir con una corona; la corona que los hombres de bien labran en el santuario de su pecho para la belleza y la virtud, las cuales, si andan juntas, son el triunfo del género humano». («SANTO VICIO», en «El Espectador», Ed. Garnier, pág. 63—66).

«Es necesario humanizarlo».—Toda la basura que Mata ha escrito contra Montalvo en su reciente obreja, remata con el siguiente párrafo: «Aquí también ratifico lo que consigné en el Album de la Casa de Montalvo: *Indudablemente que Montalvo vale mucho, pero a que valga más ES NECESARIO HUMANIZARLO»* (137).

De dos maneras se puede «humanizar» a una persona: o subiéndola cuando se halla en una condición infrahumana, o bajándola cuando se la ha divinizado.

«Por favor —ruega Mata— **humánese la gente** a rebajarse hojeando mi REMIGIO . . . » (48), confesando implícitamente que es superior a la suya la condición de toda la gente; pero nosotros, sin humanizarnos más de lo humanos que naturalmente somos, y sin necesidad de deshumanizarnos hacia arriba ni hacia abajo, analizamos objetivamente la individualidad de Mata y no atinamos a pensar cómo se podría conseguir que se humanice.

¿En qué puede consistir la humanización de Montalvo? Es evidente que su personalidad ocupa una posición propia en nuestra historia, perteneciendo como pertenece a un reducidísimo grupo de personalidades descollantes. Aunque las tendencias de ciertos biógrafos modernos se esfuerzan por situar a todos los hombres en un mismo plano, es innegable que, de vez en cuando, aparecen seres dotados de virtudes excelsas o de insuperables talentos, como asimismo sujetos de vicios monstruosos o de marcadas disposiciones para el crimen y el mal. La aparición de «genios» que se apartan de la mediocridad, es un hecho innegable, sin que esto quiera decir que dejen de pertenecer a la especie humana: antes bien, son los prototipos de la especie en sus dos contrapuestas naturalezas: la de la razón superior y la del instinto bestial. Ni hemos de venerar a los Genios del Bien como si fuesen dioses o semidioses, ni hemos de ver en los Genios del Mal otras tantas personificaciones verdaderas de Lucifer. Si alguna exageración hay, ella se encuentra en el culto supersticioso que la Iglesia Católica rinde a sus santos: aunque el Catecismo enseña que son simples «intercesores» ante Dios, la verdad es que se colocan en altares sus imágenes «sagradas», a las que se las ilumina con velas, se las inciencia, se las adora con genuflexiones; actos todos ellos de un culto religioso que debe reservarse exclusivamente a la Divinidad, tal como

ordena el Segundo Mandamiento Bíblico que la Iglesia Romana ha borrado del Decálogo. (Véase el capítulo 20 del Exodo).

El homenaje que la Humanidad rinde a sus héroes, benefactores, sabios y artistas, no debe confundirse con el culto religioso que los católicos dan a sus santos, puesto que sus estatuas no son veneradas como cosas consagradas por un poder sobrenatural, ni a sus espíritus se acude con oraciones pidiendo gracias ni milagros. Es un simple culto de seres humanos a otros seres humanos, sin interferencias ni prejuicios de ninguna otra índole, como el que se da a un ser querido, y nada más.

¿Qué pueblo que no sea ingrato querrá olvidar el nombre de sus benefactores y no conservar con cariño y respeto los recuerdos que han dejado al sacrificarse por él y por la Humanidad? No otro es el significado de los monumentos erigidos a un Washington, a un Jefferson, a un Espejo, a un Morales, a un Quiroga, a un Bolívar, a un Sucre, a un Rocafuerte, a un Lincoln, a un González Suárez, y. . . . a un Montalvo! No los endiosamos excluyéndolos de la especie humana; no. Estamos suficientemente civilizados para creer que esos personajes fuesen fantasías de una nueva mitología. No son un «mito»: fueron hombres de carne y hueso, pero con grandes méritos, sin que tampoco podamos negar sus naturales flaquezas. Esas pequeñas flaquezas hemos de pasar por alto, como reconocidos que debemos ser, en gracia de su filantropía.

¿Es Montalvo un mito?—Montalvo sería un mito si dijésemos que inventó la pólvora o descubrió la América o forjásemos algún otro infundio igualmente ridículo. Afirmamos de él, que fue y es el Cervantes de América, y que puso su pluma al servicio de la más noble de las causas, por la que sufrió persecuciones y destierros sin claudicar jamás. Decimos que sus lecciones —seguidas por Alfaro y sus valientes— han ejercido poderoso influjo en nuestra vida republicana. Afirmamos que el pensamiento de Montalvo tiene vivencia permanente y posee virtualidad suficiente para forjar patriotas y héroes. ¿Es esto un mito?

Y aquí debemos hacer una observación categórica: si Montalvo fuese un mito, ESE MITO NO LO HABRIAMOS FORJADO LOS ECUATORIANOS!! Obra sería de los espíritus más encumbrados de ambos Mundos y del consenso de los pueblos de nuestra América. ¡En verdad, cuántas naciones se sentirían orgullosas si la lista de sus campeones y apóstoles de la democracia pudiese empezar con el sonoro nombre de Don Juan Montalvo! Triste y vergonzoso es, empero, tener que confesarlo: sus escritos son más conocidos y admirados fuera que dentro de nuestras fronteras. . .

Quienes valoramos imparcialmente los méritos del escritor, del patriota, del maestro y del apóstol en su intrínseca objetividad, y por ellos y sólo por ellos le rendimos el tributo de nuestra veneración y

gratitud —a las que habría que sumar la gratitud por haber llevado a otros pueblos, junto con su nombre, el de su Patria ecuatoriana—, no tenemos que humanizarlo, ya que humanizado, es decir, en su personalidad auténtica, lo ensalzamos.

Lo desconcertante es que haya ecuatorianos que, renegando de una gloria que nos reconocen, sin egoísmos ni envidias, otros pueblos y otros Continentes, pretenden humanizarlo a su modo, como si quisieran sacarlo de la condición de ente infrahumano en que ellos mismos han tenido la insolencia de colocarlo con calumnias y torcidas interpretaciones; pues no otra cosa significaría esa humanización para quienes, como Mata y algún «historiador», no ven en Montalvo sino un «padre desnaturalizado», «un mendigo ingrato», «un desvergonzado sablista» . . . «Tonto», «imbécil», «mentecato», «charlatán», «ropavejero», «estrambótico», «famoso verborrágico», «chupaesputos pordiosero», «peor que las bestias más bestias». . . . son algunos de los soeces insultos salidos de la asquerosa pluma de un miserable hominicaco, precisamente contra el Ecuatoriano que, acaso, mayor renombre ha dado a nuestra Patria en el concierto de los pueblos civilizados . . .

TERCERA PARTE

REALIDADES QUE MATA NO COMPRENDE

Pobre, muy pobre en ideas y pobrísima de interés resultaría esta refutación si se limitara a rebatir una por una toda la sarta de necedades de mata, y a corregir todas sus incontables incorrecciones gramaticales.

Mientras las páginas de Montalvo —coloso de las letras españolas— son un inagotable venero de sabias enseñanzas, un ejemplo de patriotismo y cosmopolitismo y una escuela de bien decir, los escritos de la «microscópica figurilla diminuta» de Mata son una repugnante «jerga literaria», una «esguazada de imbecilidades escritas», como él mismo se califica, «todas las estampadas apestosidades que escribe».... (Véanse las páginas 27, 54, 87 y 90 de su libelo «Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo»).

A veces basta una bien concebida sentencia para inmortalizar a quien la concibió. He aquí algunas de las muchas que escribió Montalvo: «El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio de sus semejantes». «Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes les haría un bien con tirar su pluma al fuego». «Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo». Estas tres sentencias típicamente montalvinas encierran el propósito común del bien de la especie humana. Si todo ser humano se esforzara, aunque fuese quijotescamente, por proteger al débil y desamparado; si todo escritor —llámese periodista, poeta, historiador, novelista, ensayista, crítico...— no tuviese otra meta que el pro común; si la juventud de un pueblo se alzara siempre como un solo hombre contra cualquier asomo de tiranía hasta aniquilarlo: ¡qué feliz sería la humanidad! Tales fueron los generosos móviles de todos los actos y escritos de Montalvo, ora hilvanara páginas de sublime y serena belleza, ora, sobre todo, moviera su pluma una santa ira, ora padeciera hambres, persecuciones y destierros. Para comprender y admirar a Montalvo, no hay sino que estudiarlo; más aún: basta leerlo sin prejuicios. Y, en lógica conclusión, quedarán desvanecidas, por su propia inconsistencia, las bellaquerías y «apestosidades» de mata.

Por otra parte, para penetrar en las lobregueces cerebrales e instintivas de mata, basta leer una de sus páginas; y, aunque nos afanemos buscando un solo pensamiento elevado o inspirador, una sola fra-

se sonora y elegante, no los hallaremos ni con mil palos de romero, según una expresión popular. Basura, basura y más basura son todos sus nauseabundos escritos como el mejor retrato del «escritor» que nunca se sacia de hablar de sí mismo, ya con despampanantes autoelogios, ya con socarronas palabras de autoenvilecimiento que, no obstante, son claras confesiones de un tenebroso subconsciente, cual si la humanidad toda debiera estar pendiente de lo que mata piensa de sí mismo o de lo que despotrica de los demás en el más estrafalario de los «modos», que no puede calificarse de «estilo». ¿A dónde irían a parar la literatura y la belleza si ese «modo» hallase imitadores? ¡No queremos ni pensarlo!

Para elevar de categoría a este modesto trabajo, preciso es olvidar en cuanto podamos a Mata con todas sus mataduras, y recordar algo de lo mucho que él ignora o finge ignorar o no comprende, respecto de la recia personalidad del Cosmopolita, ni, menos aún, respecto del influjo trascendental que su pensamiento ejerció y ejerce en su Patria y en el Continente.

En consecuencia, esta Tercera Parte no es una refutación directa a las torpezas de mata; pero sí lo es en cuanto se propone reafirmar el pedestal de un monumento que, en sus desvaríos, cree hacer «tambalear» un mentecato. (Véase la página 80 de su citado libelo).

Cuatro capítulos comprende esta Tercera Parte. En el primero ubicaremos la acción montalvina en nuestra historia, a través de la implantación de los principios liberales.

El segundo capítulo demostrará que Montalvo venció —según lo advirtió Don Miguel de Unamuno— a la tiranía personificada en García Moreno. Cuando menciona a este lóbrego personaje de extrema derecha, Mata (que se exhibe como individuo de avanzada izquierda) no titubea en dar por sobrentendido que hubiese sido un altísimo magistrado ante cuya grandeza Montalvo desapareciera como un insignificante pigmeo. Es verdad que Montalvo acaso no hubiese tenido oportunidad para descubrir ante el mundo la grandeza de su espíritu si la tiranía de García Moreno no se la hubiera dado; pero lo importante de este choque entre las fuerzas del Mal personificado en García Moreno y el poder del Bien personificado en Montalvo, no radica en quien lo originó, sino en el triunfo del poder divino del Bien y en la forma titánica de conseguirlo. Demostraremos, pues, en el segundo capítulo, que es un infundio y un mito el pretendido «martirio» de García Moreno. ¿Puede considerarse «Mártir del Derecho Cristiano» —según lo proclaman los jesuítas— quien pisoteó las más elementales doctrinas del Cristianismo? ¿Puede considerarse pro-hombre y benefactor de la Patria —como lo supone Mata— quien la traicionó por costumbre, y quien esclavizó a sus conciudadanos con prisiones, destierros y asesinatos? García Moreno no fue sino un tirano adueñado del poder supremo por un camino de traiciones y de crí-

menes, que murió merecidamente ajusticiado por la pluma y los discípulos de Montalvo.

En el tercer capítulo trataremos precisamente de hacerles la justicia que hasta ahora se les ha negado a los «barbiponientes» discípulos de Montalvo, quienes, en forma heroica porque se jugaron la propia vida al privar de la suya al peor de los tiranos, se hicieron acreedores a la gratitud eterna de la Patria.

En el cuarto capítulo tocaremos un punto generalmente desconocido de la vida de Montalvo, cual fue su amistad cordial con el santo arzobispo de Quito Ignacio Checa y Barba, y aprovecharemos la coyuntura para dar alguna nueva pista que conduzca al esclarecimiento —hasta hoy no logrado— de uno de los más horrendos crímenes y sacrilegios de nuestra historia, sirviéndonos, entre otros, de varios datos que **passim** nos facilitan diversas obras de Montalvo.

I.—MONTALVO EN LA HISTORIA

La mentira histórica
La verdad histórica
Montalvo y el Liberalismo
El Clericalismo en Colombia y Ecuador

La mentira histórica.—Inicialmente este capítulo recibió el epígrafe: «Realidades que Mata ignora»; pero habría sido equivocado, pues no las ignora; que si las ignorara, no habría encomiado al «Gran Panfletario Invicto» ni habría dicho de él que «supo levantarse de la mitad de la Patria en medio del meridiano intelectual del Universo» .... Lo que aconteció fue que, con el andar del tiempo, se le ha inoculcado el virus de obsesionantes aberraciones incapacitándole para juzgar con criterio imparcial nada que se refiera a Don Juan. Toda su ceguera iconoclasta y furiosa se dirigió ayer contra Remigio Crespo Toral, Solano, Icaza....; hoy se lanza contra el monumento de Montalvo; mañana se desbocará contra Cervantes o Rubén Darío ... Quien se ha dejado vencer por la manía de querer opacar los grandes méritos ajenos imaginándose estúpidamente que con destruir valores auténticos lograría construirse cierta grandeza o alcanzar la inmortalidad.., no puede comprender al personaje ni sus escritos ni sus actos, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír. Y ahora se le ocurre que puede vencer con libelos asquerosos a quien, en 1952, llamó Invicto!...

Desafortunadamente no es Mata el único ecuatoriano empeñado en la insensata, morbosa y bastarda pretensión de opacar la fama que

Europa y América han prodigado a uno de los más ínclitos conductores espirituales no únicamente del Ecuador sino de todo el Continente.. . ¿Será por ignorancia? ¿por ceguera? ¿por espíritu de partido? ¿por envidia? ¿o por perversidad?.... ¡Vayan ustedes a saberlo!

Es inverosímil lo que escribe un tal señor Gabriel Cevallos García con más despropósitos que renglones tienen sus afirmaciones: «Montalvo —dice dogmáticamente— es un personaje en cuyos contornos no florecen las ideas ...¿Qué finalidad práctica propuso Montalvo?.... Pero sucede que para el Ecuador desapasionado es un prestigio perfectamente inútil, un hombre contingente cuyo no ser no produjera ahora ningún vacío, un escritor que nunca reclamará para sí el dictado de indispensable dentro de su tiempo.... Creo sinceramente que si hay una figura nociva para el pensamiento nacional en ésta. Nociva en cuanto que al concentrar en sí las admiraciones, impide obras de valor independiente.... Se le ha presentado como el ápice del pensamiento nacional, como el ejemplar de la perfección, como el modelo de carácter y patriotismo, como la columna de Hércules que impide caminos hacia más allá.... Montalvo el más distinguido falsificador de la ecuatorianía ...» En otros términos, este «educador» aconseja a la juventud que no se deje llevar por la admiración hacia los grandes filósofos ni influir por los maestros del pensamiento ni del carácter ni del patriotismo, porque —según él— cierran el camino a «las obras de valor independiente».... ¡Incendie, pues, el señor Cevallos García todas las bibliotecas, y empiece por la de su Universidad de Cuenca con su bibliotecario!....

Cevallos García añade: «La auténtica originalidad consiste en la vuelta a los orígenes, a las fuentes, a los remansos donde han quedado las huellas del espíritu. El espíritu no puede hallar originalidad sino en el espiritu ... Por eso me admira la obra de Mata ...» Sin detenerse en la notoria contradicción de Cevallos G. que cifra la «originalidad» de un espíritu en los «orígenes», en las «fuentes», en las «huellas» de otros espíritus, mata acoge sus palabras como lema para su libelo «Zaldumbide y Montalvo». (Véanse la solapa del frontispicio y la pág. 6). ¡Cómo se han confabulado estos dos «bonísimos» amigos (68) en el tan descabellado como antipatriótico afán de combatir a Montalvo negando sus méritos! Y para esto, tergiversan los hechos históricos o los desconocen, y engañan a las nuevas generaciones con asertos gratuitos sin tomarse la molestia de buscar y presentar un remedo de prueba. Mata se alucina figurándose haber destruido a Montalvo con dos renglones al decir: «Recoged a vuestro endiosado actor libertino, *apóstol de la libertad y de la democracia*» (134). Pero no es capaz de escribir un solo párrafo acerca del don supremo de la Libertad ni de los bienes de la Democracia, ni de comprender lo que por ellas logró la pluma del Cosmopolita. ¿Podrá darle algunas lecciones su «bonísimo amigo» Gabriel Cevallos G.?

La verdad histórica.—La historia se escribe con hechos y con documentos; no con afirmaciones de carácter dogmático como las de Mata y Cevallos G.

Vamos a demostrar que la personalidad de Montalvo influyó en nuestra vida republicana con los luminosos destellos de su pensamiento y de sus escritos, que viven y vivirán como viven y vivirán los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad que proclamaron los Enciclopedistas de la Revolución Francesa y que Espejo repitió como clarinada previa a las guerras de la Independencia de Hispanoamérica. Fue Montalvo el puente de oro por el cual nos llegaron con esos principios desde la Francia de la Enciclopedia y de Víctor Hugo (a quien Mata —en el colmo de su «idiotez»— califica de «mico»: el «mico Víctor Hugo». . . .) con luces propias y en el más castizo y sonoro lenguaje: sublimes doctrinas de respeto a la dignidad humana, de superación de la especie, que proclama el Liberalismo; principios y doctrinas que no podían llegarnos de una España que todavía no los recibe. . . .

Escuchemos el testimonio de un testigo presencial, Don Abelardo Moncayo, uno de los héroes del 6 de Agosto de 1875, hombre de gran cerebro y de corazón, en su artículo MONTALVO CIVILIZADOR. «Quien en lo futuro estudie la psicología de nuestro pueblo, y logre reproducir el medio ambiente en que apareció Don Juan, y se penetre de la originalidad y grandeza de su genio, y contemple todo el desarrollo de su incontrastable influencia en la vida nacional y su soberana eficacia, concluirá exclamando, infaliblemente: *este hombre es toda una época.* Para su patria y *aun para gran parte de este continente,* Montalvo es la *revolución,* la verdadera, la salvadora, la que debe considerarse como arrobador e imprescindible remate de la que con la Independencia iniciaron nuestros mayores. Es Montalvo el que da el *golpe de muerte al tradicionalismo y el que muestra y abre la nueva senda para el porvenir* . . . . Todo pues lo que se dice de Sarmiento y más todavía, nada es respecto a la influencia de Montalvo en el despertamiento y la nueva vida de su patria. Y Sarmiento llega a la cumbre del poder, desde donde todo se le facilita: Montalvo no avanza ni a una Tenencia de parroquia. Rosas es el miserable combatido por el primero; un García Moreno por el segundo; Sarmiento cooperador o un gran capitán, si se quiere, pero a la cabeza de formidable falange; Montalvo, solo, completamente solo; y hele allí con la planta sobre la cabeza del dragón y lo que es más aún, con el pie sobre los escombros de otra Bastilla que aparecía imperecedera! (Véase todo el **Regenerador** y su lucha, durante Borrero, por la reforma de la legislación patria). ¿Y mero zurcidor este hombre de frases **afiligranadas?** . . . . ¿Diarios? ni uno en toda la República. ¿Periódicos? algunos de vez en cuando, y tan insulsos y fútiles que ninguno llegó al número 20. Una sola voluntad, y bien aviesa, cerniéndose por to-

do el ámbito de una nación, trémula de terror; sobre la conciencia de todos y en lo más íntimo del hogar, el fraile, pero sólo con la omni potencia que nuestro Felipe II le permitía ... En una palabra, Job en el estercolero, o mejor el *jam foetet* del Lázaro bíblico, tal era el Ecuador cuando por primera vez retumbó aquella voz estentórea que a cuantos los allí nacidos nos puso los pelos de punta .... **¿Cosmopolita?**.... Hubiérase visto el asombro, el espanto, la zozobra, la ira, el frenesí que en donde quiera produjo el primer grito de ese *desalmado*, de ese *hereje*, de ese *bandido*, de ese *masón*, de ese *ignorante*, de ese *canalla* ..., pero de los de la turba ¿quién no chilló, quién no espumajeó, quién no tuvo a dicha cubrir de improperios a Montalvo y escupirle y abofetearle y pisotearle y revolcarle en el cieno? Con decir que hasta García Moreno, en un soneto, se rebajó a decirle que a España había ido *en dos patas* y que tanto había adelantado que regresó *en cuatro!* Para remate hasta un clown sacristanesco con sus piruetas tomó a pecho dar en tierra con el coloso! —*¡Pobre Montalvo! se hundió para siempre, está enterrado; y lástima, porque parecía bastante hábil el jovencito,* —palabras del bueno de Don Pedro Cevallos al ver a su paisano más zarandeado y molido que el célebre caballero por los yangüeses ... Cuando apareció el No. 4, ya la vocinglería y el escandaloso espanto producido por el primer trueno habíanse trocado en algo como el palpitante silencio de un circo, cuando los concurrentes esperan ver algo horrendo en la arena. Y a muerte, en efecto, fue el duelo trabado entonces en todo el ámbito de la República: de un lado todas las preocupaciones, los atavismos, las hipocresías y las miserias infinitas de la tradición con las armas de un poder omnímodo en la mano; y del otro, solo en la estacada, completamente solo, repito, y nada más que con la Verdad, la Justicia y el Derecho por única espada, el representante del porvenir, de la civilización verdadera, el genuino representante del gran siglo de Víctor Hugo.... A manos llenas y en poquísimas páginas relativamente, el gran sembrador había echado por donde quiera la fecunda, la escogida semilla. ¡Y cómo germinó, y cómo floreció, y cómo se extendió la multiforme cosecha, aun a despecho de los mismos que, sin sospecharlo siquiera, la aprovechaban. Amor a la luz, amor a la vida y todo lo que es bondad y belleza; amor a la humana dignidad, al pulimento del carácter, al cultivo de las virtudes cívicas, y antes que todo, amor a la libertad; odio implacable a la arbitrariedad, a la hipocresía, a la superstición, al fanatismo; odio a la bajeza, a la bajeza más que al propio crimen, como base esencial de la formación de un ciudadano completo ... He aquí la estupenda labor del apóstol; y de ahí, por inmediata consecuencia, desasnarnos, exclaustrarnos, hacernos hombres. Civilizar todo un pueblo y encender en donde quiera el amor a lo grande, a lo bello y únicamente por la energía del propio pensar, soberanamente expresado, ¿no será esto el supremo ideal de la

gloria?.... Montalvo en Ipiales es propiamente Prometeo en el Cáucaso, siempre perseguido por las garras del buitre que sobre él se cierne; pero él.... como si ni reparase en la alimaña. Pues es entonces cuando más elabora y acendra la delicada miel con que dulcificará las sustancias que aún ha de suministrar a sus hermanos, en proporción con la fuerza de cada organismo. ¡Pero cuidado si a la alimaña se le antoja creer para siempre condenada a su víctima! Si a mayores se alza todavía, si quiere perpetuar su dictadura, le habrá sonado su hora. Tan es así, que pronto y con noble desenfado exclamará: **«Mi pluma lo mató!»** (Véase: «Cultura», Revista Ambateña, No. 11, de Abril de 1937. Editor—Gerente, J. F. Montalvo.—Director Literario, Oscar Efrén Reyes).

Montalvo y el Liberalismo.—No queremos referirnos aquí a la «Historia del Ecuador» ni a la «Vida de Juan Montalvo» del señor Oscar Efrén Reyes, sino para anotar que quien no ha comprendido la personalidad de Montalvo ni la influencia que ejerció y ejerce en nuestra vida republicana, no puede ser un verdadero historiador. Si bien en su Historia reproduce la primera página de «El Cosmopolita», el «Regenerador» y las «Catilinarias» y le llama «austerísimo escritor», en su biografía se contradice de medio a medio al presentarlo como un vulgar e insignificante sujeto, charlatán y jactancioso, mezquino y vengativo, impermeable a la gratitud y hasta a la sensibilidad de esposo y padre....

Montalvo y Alfaro son, en nuestra historia, las primeras, las más robustas y, hasta hoy, insuperadas personificaciones de los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que, desde el siglo XVIII, han orientado, conducen en el presente y llevarán en lo futuro al mundo hacia las metas supremas del perfeccionamiento personal y del progreso colectivo. En estos rumbos hacia las alturas el Liberalismo no tiene cadenas, como algunos, engañosamente, se imaginan. Liberalismo no es sólo Libertad política; es también Igualdad económica y social, y, sobre todo, Fraternidad. La Fraternidad debe ser la moderadora de la Libertad y de la Igualdad dentro de las inevitables imperfecciones de nuestra naturaleza.

Montalvo fue la antorcha; Alfaro, la espada, pero no una espada ciega, sino una espada iluminada con los más vivos resplandores de la Idea. Así, pues, hablar de Alfaro y de sus conquistas espirituales, es hablar del Liberalismo predicado por Montalvo.

En oposición a quienes afirman que Montalvo es «filósofo», no faltan quienes se empeñan en negarlo. Es verdad que no escribió tratados escolásticos de lógica, ética ni metafísica; pero en todas sus páginas alienta un inmanente substrato filosófico. Jesucristo no escribió una sola página de ética; pero es el moralista por excelencia a través de su sermón de la montaña, de la parábola del samaritano, de sus dispersas enseñanzas verbales recogidas por los evangelistas. Jefferson

no escribió ningún texto ni ensayo sobre política, y, como dice un autor, se abstuvo conscientemente de hacer una exposición sistemática de sus ideas sobre la política y la sociedad: su pensamiento soberbiamente fértil se dio a conocer principalmente a través de una riquísima correspondencia que suma 25.000 cartas. Considerado como el San Pablo de la Democracia americana, sus pensamientos han sido llevados a libros, clasificados por argumentos, como las mejores lecciones de política. (Véase: «Thomas Jefferson on Democracy, edited by Saul K. Padover, Mentor Books, 1959). A Jefferson, uno de los más grandes estadistas de todos los siglos, deben, en gran parte, los Estados Unidos las bases de su grandeza. ¿Se dirá que no es filósofo el catedrático que domine todas las ramas de la filosofía y sea un profesor excelso, porque no ha escrito un texto de su materia?

«La filosofía montalvina —escribe un autor— es sencilla y clara, tan traslúcida que muchos no la ven y otros se niegan a verla. Las cosas que realmente saben a humanidad y a principios eternos son así. Desde el ***conócete a ti mismo*** y el teorema de Pitágoras hasta la justicia social y la ley de gravitación. Tan simples todas, pero fueron menester Sócrates, el filósofo de Samos, Saint-Simón y Newton para que el hombre venga a conocerlas de cierto.... Montalvo es una actitud frente al mundo, la sociedad, el estado y la vida. Luego, Montalvo es un filósofo.... Vivió en rebelión jubilosa, viril, intransigente. No ambicionó honores, fortuna ni poder. Murió con la elegancia de un estoico. Habló a la juventud. ***Ningún filósofo antes había hablado a la juventud dentro de nuestro tiempo.*** Y al hacerlo, no lo hizo en el diálogo investigativo de Sócrates, sino con la palabra emocionada del que sabe que a la juventud hay que llevarle un mensaje de justa rebelión contra el abuso, la ignorancia, el oscurantismo, el miedo, las telarañas en los ojos.....». («Montalvo», ensayo del Dr. Juan Viteri Durand).

Don Eloy contribuyó dadivosamente a la publicación de los escritos de su gran amigo y maestro; mas no se crea que lo hiciera por halagar los caprichos del escritor: le urgía que los ecuatorianos se adoctrinaran en los principios de la libertad y de la democracia, como bandera de sus idealistas, valerosos y resueltos seguidores.

Basta cotejar los escritos de Montalvo con las colosales realizaciones de Alfaro, para descubrir la inspiración de los primeros sobre las segundas, si —como afirma Alfredo Pareja Diez Canseco en su «Hoguera bárbara»— «ejemplar (de los escritos de Montalvo) que llegaba a sus manos, lo guardaba con cuidado y hacía de él su lectura de cabecera» y «la amistad con Montalvo fue para Alfaro la sustancia operante de su buen ánimo». (Obra citada, pág. 25 y 32).

Reconoce Reyes que Alfaro —«obra de una vigorosa autoformación»— tuvo una influencia trascendental «durante un largo período de vida nacional»; pero olvida que no habría sido quien fue sin las

enseñanzas de Montalvo y sin la luz que derramó en las almas de sus conciudadanos. El joven Eloy nutrió su pensamiento y su corazón con los escritos montalvinos que eran su pan espiritual de cada día, y en 1884, mientras su gran amigo sufría el ostracismo en París, en su relato de la cooperación que hallaba para su lucha, decía: «La parte moral fue obra de la imprenta. Hubo una constelación de escritores en cuyo centro brilló Juan Montalvo como el sol en nuestro sistema planetario, constelación que produjo mártires esclarecidos como Valverde. La propaganda que hicieron los escritores invictos, preparó el camino de las armas....» (Eloy Alfaro: OBRAS ESCOGIDAS, I, pág. 91–92).

Cuando, en su avance triunfal hacia Quito, el «indio» Alfaro —de tal motejado por los «nobles» criollos— llegó a Guamote, 10.000 indios se pusieron a órdenes de la revolución redentora: su cabecilla, Alejo Saes, había aprendido a leer y «era de los que gustaban leer a Montalvo, de quien fue ferviente admirador». (Julio C. Troncoso: «Vida anecdótica del General Eloy Alfaro, Quito, 1966, pág. 103).

Alfaro no fue un ignorante soldado, como algunos miopes pretenden. No fue orador, pero su estilo literario es correctísimo no sólo en sus mensajes y comunicaciones oficiales, sino aun en su correspondencia privada. Su «Historia del Ferrocarril de Guayaquil a Quito», escrita tres meses antes de su inmolación, debería ser conocida por todos los ecuatorianos como su «testamento» ya que no dejó otras riquezas, y como modelo de buen decir.

En verdad, la lectura de las páginas montalvinas no pueden dejar de influir en el estilo de quien lo lee con devoción y constancia, según ya le advirtió Blanco-Fombona. (1).

Don Eloy es, sin duda alguna, el estadista más cabal de nuestra historia, y sólo un necio podría calificarlo de «improvisado» como por desgracia han sido la inmensa mayoría de nuestros mandatarios. Motejado de «General Derrotas», preciso era que fuese un idealista ilustrado y convencido para perseverar en una lucha infatigable de trein-

---

(1) Sin querer se nos viene a la memoria la figura de cierto abogadillo que es incapaz de escribir una carta sin errores ortográficos ni en estilo más o menos correcto. Ese tal no ha leído a Montalvo. Pero es habilísimo para engañar al cliente, compañero y amigo; y, sin siquiera atender a las consultas del caso, cobra altos honorarios y hasta pide para «gratificaciones» y para «honorarios» de peritos, que se traga desvergonzadamente. Es también político que intenta dizqué fundar un nuevo partido, seguramente para «salvar al país de la corrupción imperante»....... Como Diputado a la Asamblea Nacional Constituyente traicionó a sus electores mocionando por la prolongación del «interinazgo» de un Presidente elegido a espaldas del pueblo gracias a una confabulación de conservadores y oligarcas, pero que le había dado un cargo bien remunerado y de manejo de nutridos fondos. Mocionó también por la permanencia de los Asambleístas en sus funciones de Diputados. ¿No es esto legislar cínicamente en beneficio propio? ¿Qué diría Montalvo de estos politiqueros?

ta años antes de su triunfal llegada al poder, y para dar los pasos que dio en la política nacional e internacional: respeto a la dignidad humana en la libertad de conciencia y de palabra, que naturalmente halló la tenaz resistencia de quienes esclavizan las almas; magnanimidad con el vencido; dignificación de la mujer; tecnificación del ejército; fomento del progreso cultural y material en todos los órdenes; relaciones cordiales con las naciones libres; pundonorosa defensa de los derechos patrios....: asuntos todos que Montalvo trató magistralmente en sus escritos. «La República del Ecuador —vaticinó en 1866— con su ferrocarril al través de los Andes hasta Quito, la ciudad más elevada del mundo, ofrecerá uno de los ejemplos más sorprendentes de lo que pueden los arbitrios del arte y la perseverancia del hombre....» («El Espectador», pág. 10). ¿No habrán sido estas palabras las que aguijonearon el alma soñadora de Alfaro para la construcción de una de las líneas férreas más arduas del globo, en la que todo había que rehacerlo y completarlo? ¿No habrá sido el espíritu eminentemente americanista y cosmopolita de Montalvo el que inspiró a Alfaro sus luchas por el imperio de la democracia en Centro América, su intervención a favor de la independencia de Cuba y sus iniciativas precursoras de la OEA, conforme lo reconoció el señor Henry A. Wallace, Vicepresidente de los Estados Unidos? (Véase: «Vida anecdótica del General Eloy Alfaro», de Julio C. Troncoso, pág. 74).

No creemos menguar la grandeza de Alfaro al observar la influencia de Montalvo en su pensamiento y acción: fueron almas gemelas en la generosidad y altura de su patriotismo y de su consagración al bien de la Humanidad, que se complementan mutuamente. Binomio por excelencia —pensamiento y acción— que podría enorgullecer a las más grandes naciones.

El clericalismo en Colombia y Ecuador.—Que nos perdonen los hermanos colombianos si nos permitimos inmiscuirnos en sus problemas político-eclesiásticos: no lo hacemos en vía de censura ni reproche, sino como una advertencia a los hombres libres de ambos países fustigados por el mismo mal.

Dijimos que Colombia aún no ha tenido su Montalvo ni su Alfaro. Colombia es actualmente un «Estado Clerical», donde la vida del ciudadano, sin excepción posible, depende de la Iglesia Católica. Que sepamos, no existe Registro Civil para nacimientos, matrimonios ni defunciones. La enseñanza fiscal es obligatoriamente católica, y el catecismo romano es la principal de las materias de estudio. Escuelas, Colegios, Universidades y Cuarteles no pueden existir sin capellanes, misas y confesiones. El conscripto necesita certificado de su párroco —que funge de funcionario estatal— para ingresar en el servicio militar. Los cementerios son propiedad de las iglesias parroquiales.

La intrusión de la Iglesia en la vida privada raya en lo ridículo. Nadie puede casarse sin someterse a un curso previo dado por el pá-

rroco sobre la importancia del matrimonio, los privilegios (sic) y deberes de marido y mujer, y la posición (sic) de la Iglesia frente a la planificación de la familia.... Los «alumnos» deben demostrar competencia (sic) para obtener el certificado que les permita casarse.... Las lecciones resultan a veces demasiado efectivas: un alumno se casó dos veces e intentó la tercera; pero la policía lo llevó de patitas a la cárcel, «esposado» delante de sus dos esposas anteriores que se desternillaban de risa, mientras la tercera novia caía desmayada y el párroco se alejaba diciendo: «Y era mi mejor alumno»...

Un alto jerarca de la Iglesia Colombiana ha dicho: «Colombia es un Estado de la Iglesia, y lo seguirá siendo hasta cuando el Vaticano lo quiera». Sin comprometerme a poner la mano en el fuego para garantizar la veracidad del dato (que acogemos con las reservas debidas y por ser absolutamente verosímil) alguien nos ha asegurado que el candidato que aspira un alto cargo tiene que someterse antes a la voluntad de la jerarquía eclesiástica con algún acto público de sumisión a ella.

Los llamados liberales son tan católicos como los conservadores, si no más; y unos y otros son, a veces, más católicos que los mismos clérigos. Algunas semanas antes de Pascua Florida, apareció en el diario «El Liberal» de cierta ciudad un comentario cuyo título, a grandes caracteres, decía más o menos: «Parece que se va a obtener la cooperación del Clero para las procesiones de Semana Santa». Todo asunto eclesiástico tiene gran trascendencia nacional. El importante diario bogotano «El Tiempo», del domingo 11 de Setiembre de 1966, por ejemplo, traía en su primera página dos datos sensacionalistas: el primero, la clausura de la revista arquidiocesana «El Catolicismo», con una foto a cuatro columnas de los dos «padres» ex directores y sus declaraciones poco sumisas a la autoridad cardenalicia que los separaba del puesto. El segundo dato que apareció junto al retrato de Mons. Uribe, dice así: «Controversia sobre Arancel Eclesiástico —La determinación del Arzobispo de Cali, monseñor Alberto Uribe Urdaneta, de eliminar ciertos estipendios para establecer la ***igualdad entre pobres y ricos*** ha provocado la expresión de encontrados puntos de vista en otras diócesis y arquidiócesis. EL TIEMPO presentará mañana a sus lectores una amplia encuesta entre jerarcas de la Iglesia sobre la materia. Se presentarán a través de ella algunos aspectos de indudable interés para la comunidad».

A la muerte de Juan XXIII, todas las familias colombianas llevaron duelo como si se tratase de uno de sus miembros. No había casa que no izara la bandera patria a media asta con negros crespones, y durante semanas día tras día, el país estaba materialmente «empapado» —según gráfica expresión de una caricatura bogotana— con noticias, memorias y retratos del finado pontífice. El duelo llegó hasta los cabarets: uno de ellos, en Cali, publicó un aviso advirtiendo

que, en señal de duelo por la muerte del Papa, cerraría sus puertas una noche.........

El clero ejerce su autoridad hasta en los salones nocturnos. Tocóme en uno de ellos sentarme a la misma mesa de la bailarina de strip-tease. —Aquí —nos previno— el strip-tease está permitido sólo de la cintura para arriba. —¿Por qué? —le preguntamos—. **«Por el clero»** fue la inesperada respuesta. Está en trance, por lo visto, de permitir el robo de cien pesos, pero no el de doscientos. ¿No sería más edificante que no asuma responsabilidad de ninguna especie? Debería prohibir el strip-tease totalmente o no entremeterse cohonestando una inmoralidad juzgada parcial.

«Ave, María!» —es una interjección cualquiera que se oye a cada instante, de todos los labios en todas partes—. Nada extraño sería oír a un católico bandolero que exclamara: «Ave, María! ¡Tráiganme un fusil o un puñal para acabar con ese cristiano!»

Tan arraigado está en las conciencias el fanatismo inculcado, generación tras generación, por la enseñanza oficial, que seglares connotados, como doctores, ingenieros, dirigentes políticos, etc., discurren acerca de las minuciosas innovaciones de la «sagrada liturgia», con mayor fervor que los mismos sacristanes, y no faltan fanáticos más devotos que el Papa, dispuestos a condenarle como hereje o impío porque ha limitado a una hora el ayuno obligatorio antes de la comunión, o porque ésta se hace ahora de pie y no de rodillas, o porque la misa del sábado es válida para el domingo ...

Por largos años, el odio a muerte entre liberales y conservadores fue azuzado por un clericalismo politiquero. En una guerra civil no declarada y desprovista de principios, objetivos y de planes, casi sin saber por qué, se han matado centenares de miles de colombianos: ¿quinientos mil? ¿un millón? ... Tanto creció el bandolerismo, que el entendimiento a que llegaron conservadores y liberales como recurso obligado y supremo en un intento de salvar al país, ha resultado ineficaz para extirparlo. Los índices de criminalidad son pavorosos, y le hacen secuela el alcoholismo, la prostitución y otros males. En ciertas regiones, nadie está seguro en sus bienes ni en su misma vida. ¿No es éste el más rotundo fracaso de la educación católica obligatoria?

En religión, como en cualquier clase de actividades sociales, todo monopolio trae fatales consecuencias para el pueblo. Cuando la ley concede privilegios de exclusividad a favor de una religión, fácilmente decaen las virtudes y el celo de sus ministros; las prácticas piadosas se vuelven actos de simple rutina en los individuos de buenos sentimientos, mientras en los sujetos de torcidas inclinaciones la hipocresía más refinada halla un campo fértilmente abonado con ejercicios espirituales, confesiones, comuniones y procesiones como los mejores títulos y recomendaciones para nombramientos, ascensos y privilegios.

El dominio del clericalismo es tan asfixiante y nocivo para la vida ciudadana, que cada día es mayor el número de clérigos que ven en tal estado de cosas la causa de innumerables males para su Patria y para la misma Religión, que quisieran fuese pura y verdaderamente cristiana, y claman por un cambio radical en la organización socio-eclesiástica del Estado de Colombia. Confiesa el padre Hernán Jiménez Arango que «es un hecho que **la iglesia está en crisis»** (EL TIEMPO, de Bogotá, 11—IX—1966); y es natural que esa crisis provocada por el choque entre las rutinas de la tradición y las revolucionarias innovaciones del II Concilio Vaticano, sea más aguda en los Estados donde mayor es la hegemonía clerical.

La separación entre el Estado y la Iglesia, asumiendo el primero todas las funciones civiles que naturalmente le competen, y limitándose la segunda a su misión puramente espiritual; la laicidad de la enseñanza fiscal y municipal mediante la supresión del catecismo como materia de estudio oficial; libertad absoluta de cultos para que el protestante y cualquier ministro religioso puedan ejercer sus prácticas piadosas y desarrollar campañas proselitistas con las mismas facultades que debe tener el clero católico dentro de sus propias instituciones, serían los primeros pasos para que la democracia auténtica ponga término al actual caos social. No se nos oculta lo arduo del problema, debido especialmente a los prejuicios imperantes cuya extirpación es sumamente difícil, pues la resistencia vendría no sólo del propio clero sino aun de muchos seglares fanáticos. Esta fue la razón por la que Alfaro tuvo que acudir, muy a su pesar, a la fuerza de las armas para libertar las conciencias y hacer del Ecuador una verdadera Patria.

Decíase en el siglo pasado que Venezuela era un cuartel, Colombia una universidad y el Ecuador un convento. ¿Cuál es la realidad actual?

Con todas sus dolorosas tragedias no hay actualmente en toda América y acaso en el mundo —según se vanagloria su clero— otro Estado más católico; y en premio de su catolicidad, es muy probable que sea el primero entre los hispanoamericanos en recibir la visita y las bendiciones de su Amo, Su Santidad el Papa....

Recordemos ahora brevemente la situación del Ecuador bajo el dominio del conservadorismo clerical, acudiendo al testimonio insospechable de García Moreno, quien, en carta del 8 de Marzo de 1862, decía al Dr. Nicolás Martínez, Gobernador de Tungurahua: « ...*La corrupción del clero sobrepuja la de todas las clases de la sociedad;* pero me he propuesto moralizar al país y no me arredran las dificultades. Encargo por tanto a Ud. que en el acto haga prender al clérigo Sánchez ... Para los pequeños gastos de la remisión tiene Ud. autorización suficiente, así como para expeler al Oriente por el lado de Baños a los dos frailes viciosos de que Ud. me habla. No le envío orden oficial para evitar el peligro de que se divulgue y los **cri-**

minales la eludan con la fuga . . . ». (Wilfrido Loor: «CARTAS DE GARCIA MORENO», III tomo, 2a. edición, 1966, pág. 45).

El propio García Moreno, en carta al futuro arzobispo de Quito, Ignacio Ordóñez, decíale el 5 de Abril de 1862: «. . . la reforma es urgentísima, pues *ha llegado a su colmo la escandalosa disolución y la bárbara ignorancia del sacerdocio ecuatoriano.* Yo he tenido que expulsar a un clérigo que en poco tiempo ha seducido y deshonrado a tres muchachas de familias honradas, y llevaba camino de imitar al Don Juan de Byron. Las seducciones **intra confessionem** son muy repetidas; y no hay justicia, no hay freno para los disolutos, *el clero se envilece y la sociedad se pierde . . . .»* (Ibidem, pág. 60). En las instrucciones que Ordóñez llevó al Vaticano se leen estas palabras: «La reforma del clero regular, entregado casi todo a la disolución, a la embriaguez, y a los demás vicios, es imposible . . . . » —¿No exagera García Moreno?— se pregunta su biógrafo Manuel Gálvez, y se responde: «Es indudable que no. Cuesta creer que la doctrina de Cristo tenga tan viles representantes en el Ecuador; pero sobran ejemplos para probar la triste verdad . . . Un fraile eminente y respetable, el padre Vicente Solano, dice: *Los clérigos y frailes juntamente van por el camino de la perdición. . .* Hassaureck, —diplomático de los Estados Unidos,— asegura que, frecuentemente, se ven frailes vestidos de soldados que van a una jarana de varias noches seguidas; y que a menudo los frailes incurren en excesos muy graves . . . No es raro ver a un cura arremangarse y bailar la zamacueca. Otros autores refieren que los frailes pasan largas temporadas en casas de amigos y aun de amigas, y que sólo acuden al convento de tarde en tarde y por poco tiempo . . . Seguramente juegan y bailan con mujeres. Muchos tienen hijos. En un congreso o convención reunido años después de García Moreno, una veintena eran hijos de sacerdotes. Cuéntase que el general Manuel Tomás Maldonado, hombre tan mujeriego que obligaba a sus soldados a buscarse compañeras, pidió una vez al ministro de Guerra, cuando era coronel y jefe de un batallón acuartelado en un convento de provincia, que le cambiara de alojamiento, porque *los frailes estaban corrompiendo a los soldados».* (Manuel Gálvez: «Vida de Don Gabriel García Moreno», pág. 200).

Nadie ha injuriado al clero como García Moreno en su «Sátira»:

> « . . . ¿Cómo mirar la *hipócrita falsía*
> *del fanático* Orestes, que alimenta
> *detrás del ara la ambición impía;*
> sin publicar en sátira sangrienta
> de sus actos el móvil verdadero,
> y el de la *chusma clerical hambrienta?*
> . . . . sin castigar airado la arrogancia
> del que ha querido levantar *el trono*
> *de la superstición y la ignorancia . . . ?*

¿Qué se le habría dicho a Montalvo si él hubiese sido el «poeta» que así insultaba a la «chusma clerical hambrienta»?.... Pero se trata de García Moreno, y cuanto él dice o hace merece la admiración del clero. Esta «Sátira» puede leerse en la página 337 del primer tomo de «Escritos y Discursos de García Moreno» coleccionados y publicados devotamente por.... el arzobispo de Quito, monseñor Manuel María Pólit Laso, edición de 1923.

El Liberalismo cambió radicalmente la fisonomía del Ecuador moral, cívica y aun físicamente: a las conciencias se les abrieron nuevos horizontes de ciencia y de espiritualidad, y con el ferrocarril se unió la Sierra con la Costa centuplicando la plusvalía del territorio y robusteciendo su unidad nacional. Más, mucho más habría logrado si las enseñanzas montalvinas hubiesen sido permanentemente seguidas por todos, y si Alfaro no hubiese hallado en los brevísimos años de su administración la guerra sin cuartel del bando conservador-clerical y la oposición suicida de un grupo de los propios liberales....

Por eso el Liberalismo no ha podido completar su obra. Y, lo que es peor, falsos liberales por una parte, y, por otra, gobernantes de derecha o sin ideología ni principios doctrinarios, han traicionado al Laicismo implantado por Alfaro, y nos hallamos en franco retroceso a los días de la corrupción total que dominaba antes del 95. En lo que va de este siglo, nunca el catolicismo se ha encontrado en mayor auge que ahora, y, al propio tiempo —obsérveselo imparcialmente— nunca ha habido tanto robo, asesinato y crimen de toda clase. No tenemos un cuerpo de Policía para proteger a los ciudadanos contra el crimen, pero tenemos un Ejército cuyos altos oficiales, salvo honrosas excepciones, han buscado en la carrera de las armas un modo fácil y cómodo de entregarse a la molicie; y hasta se han dado una Generala celestial —la misma que en el Ejército peruano es Mariscala— como si fuese un ejército de mujeres....

Misas campales, procesiones, congresos de obispos y de sacerdotes son el pan del día; y son también pan de cada día robos y asaltos a mano armada a ciudadanos indefensos a pleno sol y en plena calle, atracos a los fondos públicos en las dependencias del Gobierno y de los Municipios y hasta en el Monte de Piedad.... Desde el gobierno derechista del Doctor Camilo Ponce, el clero extranjero se ha multiplicado por todos los rincones de nuestro territorio. ¿Es esa la religión que nos ha traído? O, por lo menos, ¿no es evidente su fracaso moralizador? ¿Qué sería del Ecuador con otra presidencia del mismo político clerical y jesuítico?....

¡Que el Dios de las Naciones proteja a la Patria de Montalvo y Alfaro!

II.—MONTALVO FRENTE A LA TIRANIA

«Mi pluma lo mató».—Si hubiera una frase que sintetizara un ideal y una vida a él consagrada, esa frase sería: «MI PLUMA LO MATO».

Queremos probar en este capítulo que el tiranicidio, predicado y llevado a cabo por Montalvo como inspirador y responsable intelectual del ajusticiamiento de García Moreno, lejos, muy lejos de constituir un delito, es un sagrado deber de patria y de humanidad.

Montalvo no deseó la muerte de García Moreno, ni empujó a ella a sus discípulos, ni se alegró de ella por consideraciones de índole personal: quienquiera que hubiese sido el tirano, contra él habría lanzado los rayos de su pluma. Sus iras santas se iban derechas contra la tiranía, no contra quien, como individuo, la ejercía. Jamás pudo arrepentirse ni se arrepintió de haber proclamado y cumplido el deber de eliminar al tirano para que la sociedad pudiera aspirar a la felicidad. «Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos como hermanos y dejen de oprimirse y destruirse unos a otros», —escribió en El Cosmopolita. «Callar los desmanes del tirano es en cierto modo ser cómplice de ellos.... la impunidad es el semillero de los crímenes. Yo persigo a un tirano, a un hombre perseguido por su propia conciencia, *a uno a quien me manda perseguir la divina justicia:* no le insulto, le juzgo; no le condeno, le perdono; no le destierro, le suplico en nombre de la paz y de la tranquilidad se ausente por algún tiempo....» (Obra citada, pgs. 39 y 248).

Cuando «juntas presididas por obispos» mencionaron el nombre de Antonio Flores —hijo del funesto Juan José Flores— para suceder a García Moreno, dijo: «.. .me abriera las venas, traspasara mi san-

gre a las de García Moreno y le resucitara mil veces, antes que ver un Flores en el trono del Pichincha sobre los laureles de Sucre....» (Páginas desconocidas, 296). Y cuando los males de la patria se agravaron bajo el desgobierno de Veintemilla, «de buena gana —dijo— le habría dejado la vida al gran tirano».

En los últimos momentos de su vida rechazó la confesión —en cuyo poder sobrenatural no creía— diciendo: «Padre: estoy en paz con mi razón y con mi conciencia: puedo comparecer tranquilo ante Dios». Y murió como a Dios le había pedido: «La muerte que le pido, Dios me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni temores por una parte, sin insolencia ni fatuidad por otra: creyendo en él, y no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, y no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decente, noble: con fuerza para sobrellevar los dolores, sereno ante la vida que me huye y la tumba que se está abriendo delante de mí. Sin remordimientos, porque no tengo crímenes ni delitos; sin vergüenzas, porque no hay infamia en mi vida....» (Las Catilinarias, II, pág. 11).

¿Habría escrito tan sublimes palabras si se hubiese sentido con un leve remordimiento de asesinato por la muerte de García Moreno?

Ese ajusticiamiento fue acaso el hecho que más enaltece a Montalvo, porque su único propósito fue, cual el de un Apóstol y Profeta, dar la paz y la felicidad a todos sus compatriotas.

Para calificar de «asesina» a la pluma de Montalvo, según se atreve h. mata, es preciso no haber comprendido ni remotamente lo que para un pueblo significa un tirano, ni lo que significa el sacrificio de un Apóstol y de un redentor. Mata sólo se encorva para enlodar con el cieno de su miseria espiritual los papeles de sus escritos, incapaz como es de elevar la mirada a los ámbitos de las ideas grandes, nobles y generosas.

La pluma de Montalvo no mató, pues, a un magistrado benemérito ni a un bienhechor del pueblo, sino a uno de sus peores enemigos, a un asesino armado del poder del mando.

Con mayor razón, tampoco pudo hacer de él un «Mártir del Derecho Cristiano», como, renegando de las doctrinas de amor del Cristianismo, dicen los jesuitas. Ley suprema del Cristianismo es «Amaos los unos a los otros». Todos los hombres son hermanos entre sí, según el Evangelio. ¿Podrá, entonces, el Derecho Cristiano patrocinar, robustecer y exaltar al tirano que esclaviza, atormenta y asesina a sus «hermanos»? ¿Será la ley de Caín la ley del Cristianismo?

Montalvo no ajustició a un devoto cristiano, a un discípulo de Jesús, caritativo, paciente, bondadoso, generoso en el perdón, amable con todos.... ¡No! Ajustició a un verdugo, hosco en el trato con todos, intransigente, vengativo por ligeras faltas, sediento de sangre como una hiena, insensible y duro como una roca a todo sentimien-

to de compasión por el dolor de sus víctimas y por las lágrimas de las madres de las víctimas . . .

Mas, hay quienes, desconociendo los hechos, quieren negar la participación y la gloriosa responsabilidad de Montalvo en el ajusticiamiento del tirano. Vamos, pues, a demostrar documentadamente que Montalvo no fue un ingenuo fanfarrón, según lo tilda Oscar Efrén Reyes, ni un charlatán jactancioso según Mata, que añade en la octava de sus «cándidas digresiones»: «Como el pintoresco Don Juan *sentíose propietario y productor de la muerte del Sr. García*, tuvo a bien despialarse (sic) desde Ipiales». «Despialarse» es un derivado impropio, por «desipialarse», que, en la jerga matuna, debe significar «escribir desde Ipiales» . . . .

Para aclarar estos puntos, no hay más sino averiguarlo en las declaraciones de los actores de la salvadora hazaña. Mas antes conviene estudiar siquiera someramente la ética del tiranicidio.

El tiranicidio predicado por Montalvo.—No ha mucho tiempo el cable internacional conmovió al mundo con el relato de asesinatos múltiples: un desequilibrado que mata a ocho enfermeras, y otro que, desde una terraza, asesina a quince inofensivos transeúntes. Este suspendió sus mortales disparos sólo el momento que un guardia, con riesgo de la propia vida, se le fue encima y le dio muerte instantánea. ¿Quién puede reprochar el acto de valor de ese guardia en defensa de la vida de inocentes ciudadanos? Muy bien procedieron las autoridades que lo galardonaron como a héroe. ¿Quién habría reprobado al que, pudiéndolo, hubiese dado muerte al primer asesino antes de que victimara a las inocentes enfermeras? El ímpetu asesino de esos enemigos de la sociedad es comparable al del tirano, con la circunstancia agravante de que los crímenes de éste se prolongan y multiplican impunemente, amparados como se hallan por la fuerza del poder supremo y por la complicidad de esbirros sin conciencia. Eso —un simple criminal con el poder de la autoridad en sus manos— es el tirano, y nadie, por timorato que sea, debe ver pecado en su ajusticiamiento que jamás puede calificarse de asesinato. Sin embargo, hay quienes se solidarizan con el asesino contra su víctima y contra los defensores de la víctima.

Montalvo escribió en El Cosmopolita: «El puñal de la salud es el puñal de Sigeriano y Parteniano; el puñal de la salud es el puñal de Quereas; el puñal de la salud es el que mandó aguzar Cevino; el puñal de la salud . . . . ¡ah! esperad . . . . el puñal de la salud es el de Carlota Corday. Si hay quien condene a estos santos matadores, *ése es un asesino del género humano.* Matad a Calígula, matad a Caracalla; intentad la muerte de Nerón, intentad y llevad adelante la de Marat, y no temáis el juicio de Dios: los hombres, injustos e inicuos casi siempre, pueden condenaros; en el tribunal supremo estáis absueltos. *Respetar la vida de cada uno de esos monstruos, ¿qué es sino*

ser cómplice de sus crímenes? ¿qué es sino ser digno de su tiranía? Nerón quita la vida a su hermano, Británico muere por obra de la hechicera Locusta; Nerón obliga a morir a Séneca, su preceptor, su padre; Nerón diezma el Senado; Nerón trae al patíbulo a sus ejércitos victoriosos; Nerón sacrifica los mejores romanos a la avaricia de un eunuco o al resentimiento de una cortesana. Nerón ... ¿qué más hace Nerón? ¡Nerón mata a su madre, y apacenta sus ojos voluptuosos en el ensangrentado cuerpo! ¿No será sagrado el puñal que se bañe en la sangre de esta fiera? ¿no será santo el hombre que arranque al mundo de sus garras? Hasta ahora no he sabido que se haya hablado mal del proyecto de Flavio Cevino y de Africano Quinciano, y el mundo ha absuelto y canonizado a Carlota Corday: el que la trate de asesino, es asesino él mismo. Para que estas acciones sean tenidas por virtudes, y no por crímenes, no habrá sino que averiguar hasta donde se extendía la maldad o la insensatez de un tirano. Si éste se lleva el freno y corre desbocado tras la ruina de sus semejantes, sin mirar en Dios ni en los hombres, **¡matarlo!** El cruel **timoratismo,** la ciega razón de algunos mal aconsejados teólogos han pretendido que los hombres no tenían derecho de libertarse de sus tiranos, por infernales que éstos fuesen; porque, dicen, si viven, es porque Dios lo quiere; si reinan, es porque Dios lo permite; si matan, es porque Dios lo tenía así dispuesto. *Esta sabiduría es la de Satanás;* y dando que ese modo de discutir tuviese fundamentos de verdad, todavía irían fuera de camino; pues fácil sería someterles con sus propias armas. Si las víctimas se indignan, es porque Dios lo quiere; si un salvador se alza de entre ellas, y con el brazo levantado se arroja sobre el tirano, es porque Dios lo permite; si el tirano cae teñido en su propia sangre, y allí queda presa del demonio, es porque Dios lo tenía dispuesto... El hombre tiene derecho a la propia defensa, y a todo corazón bien formado le toca libertar a sus semejantes de un azote arruinador. Advertid que hablo de esos tiranos de más de la marca, de esos que hacen daños por mayor, de esos que, haciendo tiras la justicia con los dientes, se disparan furiosos a robar y matar, violar las cosas más sagradas y vender la patria: si a estos se les dejase con vida y mando largo tiempo, el género humano ya no existiría....» («El Cosmopolita», I, pág. 338 – 339).

No menos explícito es en su Quinto Tratado dedicado a **Los Héroes:** «La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman a pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de

Dios y de los hombres, *se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra*.... ¿Conque es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella a los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene al Altísimo: ¿son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un ser diferente? ¡El verse revestido de un poder humano y usurpado trastrueca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que obran sobre todos! El que hace degollar por mano de verdugo, o manda a un grupo de soldados fusilar uno o muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque esto conviene a su ambición o su venganza, *¿será menos asesino que el que mata de persona a persona?* ... Lejos estoy, gracias a Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la vida a un malvado consumado, un asesino de profesión; y *en siendo mío el juzgar a ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapará de la horca*.... El toque está en que juzguemos a juicio de buen varón acerca de las intenciones y acciones de los hombres, y sepamos cual sentencia sería confirmada por el Juez Supremo, y cual otra revocada; pues sucede que el malvado para unos, es santo para otros, y mientras éstos vocean llamándole tirano, ésos se desgañitan por acreditarle de hombre justo y bienhechor. Justo, bueno y católico, enhorabuena; si a pesar de esto es enemigo de Dios y de los hombres, yo le destino a la cuerda, y allá se averigüe... Nosotros andamos confundiendo algún tanto los principios de justicia, y no tenemos gran cuenta con los de la moral. Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones ... ¡Bendita sea la servidumbre, bendita sea la ignorancia, bendita sea la mentira, bendita sea la hipocresía, bendita sea la calumnia, bendito sea el fanatismo, bendito sea el perjurio, bendito sea el sacrilegio, bendito sea el robo, bendito sea el azote, bendita sea la lujuria, bendito sea el patíbulo, benditos sean, benditos sean, benditos sean!.... maldicen a Bolívar y bendicen a García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de todos los ciudadanos.... Puñal para Sucre....» Y bendiciones para Flores y García Moreno. Bendiciones para García Moreno, y veneno para el santo Arzobispo Checa.... Pero volvamos al tiranicidio.

Teólogos jesuitas justifican el tiranicidio.—Todos los argumentos presentados como «científicos, justificadores» por el jesuita Severo Gómezjurado, y que los teólogos católicos y, particularmente, jesuitas, esgrimen a favor de la pena de muerte, tienen fuerza mucho mayor a favor del tiranicidio.

He aquí esos argumentos: «El quinto mandamiento de la ley de Dios manda no matar al inocente; ni matar a un criminal, sin tener

autoridad para ello». («¡¿Mártir García Moreno?!», por Severo Gómezjurado S. J., pág. 11). ¡A cuántos inocentes dio muerte el tirano sin fórmula de juicio, es decir, sin autoridad legal! Puesto que la autoridad viene del pueblo y éste, en gran conjuración, elimina al criminal que, como enemigo suyo, ejerce el mando, ¿qué objeción puede hacerse contra el tiranicidio?

«Demos —añade el jesuita— que la pena capital duplique un mal físico: la pérdida de la vida. Pero en cambio, impide que se triplique y aun centuplique». ¡Gran verdad! Nadie como el tirano está en capacidad de centuplicar sus crímenes.

El jesuita justifica luego la pena capital contra los revolucionarios. ¡Qué bien habrían hecho a la patria Urvina y Robles, Carrión y Espinosa, si la hubiesen aplicado al revolucionario consuetudinario que fue García Moreno!

«La sociedad —prosigue el jesuita— y, de un modo individual, su gobierno legítimo, tiene obligación de conciencia, de cauterizar cuanto antes la *gangrena revolucionaria,* de amputar el miembro podrido. Hasta por instinto de conservación, ha de apelar a los medios eficaces para no perecer. Justo reverso de la fortuna: quien, con su mal ejemplo, incitó a otros *a la rebelión,* ahora, con su muerte violenta e ignominiosa, sea un escarmiento.... De ahí que las ejecuciones capitales, deben ordinariamente hacerse de un modo público y espectacular: tal como se realizaban por mandato de García Moreno.... A una hora cómoda, en la que una muchedumbre de gente pudiera ser espectadora. Los campanarios tañen dobles fúnebres. Dos cordones de soldados custodian el trayecto ... El reo tiene su cuello enlazado con una soga. En sus manos empuña un crucifijo. Camina despacio, escuchando las preces y últimas frases confortadoras de dos sacerdotes.... Sube las gradas del patíbulo. Se sienta en el banquillo, esperando la hora de la ejecución. Llegada ésta, se arrodilla, y por la espalda, como traidor y cobarde, recibe la descarga del pelotón ...» (Ibidem, pág. 13). Tómese en cuenta que el teólogo jesuita no se refiere a criminales, sino a «revolucionarios», cuyo único delito es, muchas veces, como en el caso presente, oponerse a los desmanes de un sanguinario tirano. Cámbiense en el texto las palabras «gangrena revolucionaria» y «rebelión», con «gangrena tiránica» y «tiranía», y estamos de acuerdo en que se aplique la pena capital, pero sin cebarse en la tragedia del desgraciado criminal, ni en el pavor de las masas, ni, menos aún, en el terrorífico desquiciamiento de las almas infantiles. Los teólogos jesuitas fingen estar convencidos de que el hombre no es capaz de evitar el pecado y el crimen si no es por el temor de la pena de muerte, y por eso quieren que hasta las madres eduquen a sus pequeñuelos imprimiendo en sus almitas una impresión de espanto para el resto de sus vidas. Relata Severo Gómezjurado el fusilamiento del criminal José Julián Cáseres: al día siguiente de sus con-

fesiones sacramental y pública, «cubierto con túnica blanca, salpicada de pintas de color de sangre, fue fusilado en presencia de inmensa muchedumbre .. las mamás levantaban en brazos a sus pequeñuelos y les decían: *Mira, hijito, a ese hombre vestido de blanco. Fue ladrón y asesino, y por eso lo van ahora a matar a balazos*....» (Gómezjurado, S. J.: «Vida de García Moreno, VII, pág. 215—216). De acuerdo con sus espeluznantes doctrinas, ¿por qué los teólogos jesuitas no piden que la pena de muerte en sillas eléctricas, en patíbulos, en paredones, se aplique siempre en modo público y con la asistencia obligatoria de todos los niños de la más tierna edad?....

Compárense los instintos de crueldad de los teólogos jesuitas con los humanitarios sentimientos de Montalvo, quien, al término de la primera administración del tirano, escribió: «Si en nuestras manos estuviera la suerte de Don Gabriel García, le pusiéramos cortesmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de *coronas y laureles;* sino urbana, humana y generosamente, cual a hombre de nota que supo hacerse *nombrar*, si bien por el mal camino.... El ha sepultado a los ecuatorianos en las montañas salvajes, entre los indios bravos y las fieras; nosotros le enviaríamos al país de los extranjeros, al país de la hospitalidad, al país de los ingenios, ¡a Francia!.... Y esa honrosa expatriación que impondríamos a Don Gabriel, no sería **pena** ni obra de venganza, sino conveniencia propia suya y de la Nación.... Si a fuerza de filosofía y buen comportamiento hiciere olvidar sus faltas y los males con que ha hecho gemir a los ecuatorianos, bien podía suceder que todos le perdonasen y empezasen a ver en él un hombre útil por sus prendas, si ya se arrepentía y dejaba de ser pernicioso por sus defectos....» («El Cosmopolita», I, pág, 4).

Descarado, cínico es el modo en que los teólogos jesuitas —cuya suprema ley es: *el fin justifica los medios*— aplican la *ley del embudo* cuando de su santo revolucionario y tirano se trata. «La revolución —para ellos, según ya lo anotó Montalvo en «La Dictadura perpetua»— es el mayor de los crímenes en siendo contra su tiranía: la que él hace contra hombres buenos, mansos, sencillos, inocentes, simples, beatos, infelices como Carrión, como Espinosa, son cosas grandes, cosas bellas....» (Páginas desconocidas, 269).

Tratando de justificar el fusilamiento de Maldonado, el jesuita a quien conocíamos como Severo, pero se llama también «Amable» —Severo Amable Gómezjurado— en su séptimo tomo de la «Vida de García Moreno», cita al teólogo también jesuita Luis Taparelli, cuyos argumentos se vuelven a favor del tiranicidio con que fue ajusticiado García Moreno: «Cuanto a la seguridad respecto de lo futuro, no hay ciertamente ningún medio más eficaz que la pena capital, tanto por el pavor que causa, como por la vida que quita. *Quitando la vida al*

malhechor, la sociedad le hace a él mismo imposible la reincidencia.... ¡Qué bárbara no es la filantropía que, por salvar la vida de un traidor, quiere prolongar indefinidamente la agonía de una sociedad inocente!». (S. Gómezjurado, S. J.: «Vida de García Moreno», IV, pág. 350). Recuérdese que García Moreno no fue sólo tirano, sino también «traidor consuetudinario», según expresión montalvina.

Afirma el jesuita León Tornero: «Valencia, Toledo, Lesio, Becano (teólogos jesuitas) se proponen la cuestión y la resuelven con un *non potest, non licet. No se puede, no es permitido matar al tirano*». («Los jesuitas impugnados», etc., pág. 49); doctrina infame según la cual habría que convertirse en cómplices de sus crímenes. Pero son partidarios del tiranicidio otros jesuitas según se lee en la citada «Impugnación»: «Un autor jesuita dice: Catorce Padres de la Compañía, todos teólogos eminentes, han profesado esta doctrina, y sus nombres son Manuel Sa, Valencia, del Río e Hicinosus, Mariana, Sales, Salas, Tolet, Lesius, Tanner, Castropalao, Becan, Gretzer y Escobar». (Pág. 43). De acuerdo con sus doctrinas, los discípulos de los jesuitas, Barrieres y Chatel, y los propios jesuitas Gueret y Guinard atentaron contra la vida del rey de Francia Enrique IV por el delito de haber permitido la libertad de conciencia. Guinard es llamado «mártir» por su hermano Tornero, a consecuencia de haber sido ajusticiado. (Ib. pág. 42—46—266). El proceso seguido a los autores del célebre atentado del 3 de Septiembre de 1758 contra el rey de Portugal José I, prueba la participación de los jesuitas Gabriel Malagrida, Juan de Matos y Juan Alejandro. «Los mismos religiosos —se lee en el Proceso— decidieron también que el parricida que matase a Su Majestad, *no sería culpable ni aun de pecado venial*». (Ib. pág. 423—429).

Entre la pena de muerte defendida por los jesuitas y practicada por García Moreno, por una parte, y, por otra, el tiranicidio predicado por Montalvo y llevado a cabo por sus jóvenes discípulos, hay una diferencia substancial, y es el aprecio por la vida humana, o, en otras palabras, el respeto a la Ley de Dios, que manda NO MATAR. El tirano, azuzado y protegido por sus jesuitas mataba sin escrúpulos a cuantos patriotas hallaba en su camino como otros tantos obstáculos para sus desafueros, sin un ápice de respeto hacia la vida ajena. Ese menosprecio por la vida de sus conciudadanos hizo que fusilara sin siquiera un remedo de juicio, a indefensos vencidos y prisioneros, como sus víctimas de Jambelí, Viola, Maldonado, Juan Borja y tantos otros; que arrojara a la muerte en las selvas amazónicas a patriotas junto con delincuentes comunes; que provocara guerras tan criminales como absurdas: la guerra civil de 1860 y las que provocó a los colombianos Arboleda y Mosquera, en las cuales perecieron casi diez mil ecuatorianos.... A la muerte de García Moreno decenas de miles de ecuatorianos se hallaban refugiados en tierras extrañas huyendo del cadalso como ahora los cubanos huyen del paredón de Castro.

Esas hecatombes son las que merecen las bendiciones de los jesuitas cual si fuesen la mejor expresión de Cristianismo que es bondad, amor y perdón. La conducta patibularia del tirano es comparable a la de aquellos desequilibrados que mataron ocho abnegadas enfermeras y quince inofensivos transeúntes. El tiranicidio montalvino es la **salus populi,** a la que se acude como ley suprema y última, esto es, como único remedio posible, que ponga fin al duelo permanente de todo un pueblo: preciso es que muera el **único culpable** para que los miles de sus inocentes víctimas puedan respirar el aire de la libertad a que tienen derecho, sin temor constante de perder sus vidas. La Sagrada Biblia castiga con la pena de muerte a quien quebranta por una vez el mandamiento NO MATAR contra una sola víctima; ¿no castigará con igual pena a quien lo quebranta a cada hora contra un pueblo entero menospreciando la vida de todos sus conciudadanos? El tirano, estimulado por los jesuitas para sus comunes propósitos, mata por matar a quien no se le doblegue o no piensa como él: mata a la vida. El tiranicida discípulo de Montalvo mata para que no se siga matando impunemente: mata a la muerte.

La conjuración.—Deseoso de que la posteridad dé su fallo imparcial fundamentándolo en un relato veraz y minucioso de los hechos, Don Roberto Andrade escribió el año de 1891, mientras guardaba prisión en una cárcel de Lima por su heroica participación en el tiranicidio consumado el año de 1875, un libro de 415 páginas titulado «El seis de Agosto, o sea, muerte de García Moreno».

He aquí las primeras palabras del segundo capítulo LA CONSPIRACION: «En Panamá se imprimió en Octubre de 1874 un opúsculo escrito por el ya entonces egregio Montalvo: en Quito comenzó a circular en Mayo de 1875, y tal era la curiosidad del pueblo que se lo arrebataban en secreto y lo copiaban. Cayó en mis manos la DICTADURA PERPETUA, y leíla en presencia de dos amigos de confianza, los jóvenes Manuel Cornejo Astorga y Florentino Uribe, a puerta cerrada, a la luz de una bujía, con el más grande disimulo para que nadie nos oyera. Horas antes había leído a los señores padres de Uribe; y el padre, médico de mucho crédito, notable por su veracidad y franqueza, había disertado largamente acerca del deber de conspirar. . . »

Andrade reproduce luego el texto íntegro de la DICTADURA PERPETUA, de la que recordamos aquí únicamente el siguiente punto por venir al caso: «García Moreno no se va todavía . . . .: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: *ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo.* Los jesuitas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: ¿les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos; se van también los diablos: Jesús es el que viene; *Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia* . . . .».

Refiere Andrade: «El primer efecto de este opúsculo fue combatir el dictamen del STAR AND HERALD, en lo cual hubo utilidad, porque el dicho periódico tenía y tiene aún inmenso crédito en América».

«He visto el folleto de Montalvo, y....concurrirá poderosamente a la caída del tirano» —escribía de Guatemala don Manuel López Albán. Referían que la impresión producida en García Moreno por la lectura del folleto fue como la que produciría la iluminación del gas en la pupila de los cárabos, púsose lívido de cólera, arrojó el cuaderno al suelo, se levantó y lo pisó....».

«Lo que más nos había exasperado en la DICTADURA PERPETUA era el concepto del colombiano acerca de vender a los ecuatorianos para eunucos. Cornejo tomó la palabra: era su elocuencia fogosa cuando estaba tocado por alguna pasión. Poco más o menos habló en los términos siguientes: Vergüenza da haber nacido en una patria semejante. En la DICTADURA PERPETUA no hallo una sola impostura, ni siquiera una exageración como las que acostumbran los grandes escritores. ¿Creen ustedes que este escrito no está circulando en todas las naciones de América? Pues todas las naciones rechiflan a esta patria, y todas la vilipendian, como si se tratara de gente afeminada, o, lo que es peor, de eunucos o alimañas.... Ya han visto ustedes lo que acaba de suceder con Proaño y Valverde... Revolución ya nadie lo intenta, porque todos están aturdidos con el estrépito de la tiranía de aquel cocodrilo empedernido. ¿Debemos seguir contemplando el cuadro indiferentes? ¿No hay en nuestras venas sangre, no hay en nuestra sangre calor, no hay en nuestro calor entusiasmo, y desde cuándo este entusiasmo no ha de consistir en **sacrificarse por la patria?**... Uribe y yo nos levantamos y nos comprimimos la diestra entre los tres. **¡Conspiremos! ¡Conspiremos! ¡Conspiremos!** y asunto concluido ...».

«Mejor sería matar al tirano a medio día y en el lugar más público de Quito, dije yo», —refiere Andrade, que llegó al convencimiento del sagrado deber del tiranicidio, sublimizado por Plutarco y Tácito, por Lamartine, Chateaubriand y Monstesquieu, por la viuda de Bhetulia en la Biblia, y por Carlota Corday en la Revolución Francesa; «pero —añade textualmente— **nada había ejercido sobre mí mayor influencia que el siguiente pasaje de Montalvo:** SI UN PUEBLO ES OPRIMIDO, MALTRATADO, EXTRAGADO POR EL AHINCO DESTRUCTOR DE UN MALVADO FUERTE, LEVANTESE ESE PUEBLO Y DIGALE: ¡LLEGO TU DIA, VAS A MORIR, MALVADO! HAY CONJURACIONES SANTAS: EL QUE AL FRENTE DE UNA VASTA PORCION DE CIUDADANOS SE LANZA HACIA EL TIRANO APELLIDANDO LIBERTAD, Y LE MATA CON SU MANO A MEDIO DIA, Y EN LA PLAZA PUBLICA, NO ES ASESINO; SERA CONSPIRADOR EN BUENA HORA: PERO GRAN

CONSPIRADOR, BENEFACTOR DE LA ESPECIE HUMANA, FAMILIA DE SENECA, COMPLICE DE QUINCIANO, AMIGO DE CARLOTA CORDAY, BUENO Y GLORIOSO PERSONAJE». Este pasaje ha sido transcrito por Andrade, de «El Cosmopolita», No. 6, 1867.

La muerte que tuvo el tirano, a mediodía y en la plaza de la Independencia, de Quito, no de noche, ni en una encrucijada, ni con veneno, es una prueba palmaria de que los discípulos de Montalvo obedecieron sus enseñanzas **al pie de la letra.** Andrade, uno de los jóvenes valerosos que se jugaron la vida quitándosela al tirano, fue a refugiarse en brazos de Montalvo allende las fronteras patrias, en Ipiales. Entonces fue cuando resonaron por primera vez las célebres palabras MI PLUMA LO MATO, como un valiente reconocimiento de la propia responsabilidad, ya que eludirla con el silencio o negándola, habría sido una vil cobardía frente a los peligros que arrostraban los jóvenes conjurados. Este punto fue suficientemente aclarado en mi libro «San Juan Montalvo», contra la misma acusación de «ingenua fanfarronería» que, por ese hecho, le endilga Oscar Efrén Reyes, y que ahora Mata repite insistiendo en la siguiente manera: Miguel Caro había calificado —«motejado» dice Mata— a Montalvo como **español de los mejores tiempos;** pero después censuró grotescamente y con insultos el tiranicidio predicado por Montalvo, quien salió en defensa de la causa con el brío y con el verbo que le eran propios. «Y Montalvo —comenta Mata— en el colmo de su vesanía insultadora emite esto más: **Caro no puede defender ni una buena causa sin injurias ni falsedades**.... —¿Y Montalvo podía?» (70) —pregunta Mata como si le hubiese pillado en falsedades. «Se aprovechó —añade— del carísimo (**sic**) Caro llamándole insigne y otras lindezas, cuando explotaba esa frase del Bogotano para dárselas de **cerventual majadero** —de majar, ea!— del idioma y defendiendo la muerte de García Moreno, que **suponía** incitada por su **pluma asesina** ... Oh, vayan a leer ese escrito del español digno de peor linaje (**sic**) (70).

En suma, la pluma de Montalvo ¿fue o no fue responsable de la muerte del tirano? Si no lo fue ¿por qué la llama **asesina?** Si lo fue, ¿por qué le acusa de fanfarrón?

Se cree que la muerte del tirano y traidor fue sólo obra de tres o cuatro valientes: nada más erróneo. He aquí una lista muy incompleta de los conjurados: ROBERTO ANDRADE, estudiante universitario de 20 años de edad, próximo a doctorarse; MANUEL CORNEJO ASTORGA, de 26 años, el mayor de todos, abogado, agudo y festivo, en vísperas de tener un heredero....; ABELARDO MONCAYO, que el año anterior había botado la sotana de novicio jesuita inconforme porque se le había negado libertad de estudios, y a la sazón ejercía el profesorado. Estos tres jóvenes «barbiponientes» según de ellos dijo Montalvo, fueron los héroes más inmediatos e insignes de la acción.

Uno de los principales organizadores de la conjuración fue el doctor Manuel Polanco, joven como sus compañeros. Por especial recomendación de García Moreno había sido recibido en la orden jesuítica, la cual lo envió bien pronto a Guayaquil. Regresó a Quito vestido de seglar para liquidar el pago de deudas anteriormente contraídas, y no volvió a la Compañía. Fue partidario de García Moreno. Se doctoró en 1870. Abogado brillante que supo defender con feliz éxito sus causas y las que se le confiaron; inteligencia despierta y ágil, se enfervorizó con los escritos de Montalvo y la doctrina liberal.

En su relato, Andrade menciona, además, los siguientes nombres de condiscípulos y partidarios, más o menos de la misma edad: Adriano y Teodoro Montalvo, sobrinos de Don Juan; Simón Cárdenas, Rafael Portilla, Pablo Roberto Arias, Pedro José Arteta, Pío Molinero, Rafael Gonzalo; los hermanos Manuel María, Francisco y José Bermeo, estudiantes; Juan Elías Borja, uno de los más jóvenes, hijo del mártir Juan Borja; Manuel Gortaire, Joaquín Gómez de la Torre, Francisco Hipólito Moncayo; los Bueno, los Muñoz-Ruilova; el doctor Manuel Martínez, hijo de un gran liberal, el general José Martínez Aparicio y José Rafael Arízaga, cuencanos; los coroneles Rafael Barriga, Antonio Mata, Gómez Cox, Luis Fernando Ortega y José Antonio Polanco, aunque este último se limitó a estimular a su hermano Manuel; el capitán Luis Jarre.... Florentino Uribe, que formó parte del primer grupo de conspiradores, tuvo que ausentarse a Riobamba contra su voluntad por obedecer a la de su madre. Participó también un selecto grupo de jóvenes guayaquileños presididos por Agustín L. Yerovi; y entre ellos, un sobrino del propio García Moreno, que había dicho: «El día en que haya una revolución liberal, yo seré el primero que conspire contra la vida de mi tío».

No pudo faltar la mujer: Juana Terrazas, hermosa joven de 20 años y hermana de un cura liberal, actuó decididamente.

«¿Mártir García Moreno?».—Una leyenda se ha forjado al rededor de la muerte del tirano. Para desvirtuarla y poner en su punto la verdad histórica, vamos a transcribir en sus párrafos más importantes, el relato de Don Roberto Andrade, no sin advertir que, si se tratase de un homicidio criminal, éste sería el primer caso de un asesino que refiriera su crimen con minuciosidad de detalles en un libro escrito para la historia. Por donde se ve que se trata de un patriota heroico, que quiso dejar a la posteridad, incluso a sus descendientes, su mejor herencia en el relato de un hecho que le honra altísimamente, y que, él lo sabía, no podía ser comprendido por muchos de sus contemporáneos.

«García Moreno —dice Andrade— solía salir de su casa de diez a once a. m.»; pero ese caluroso viernes tardó más de dos horas, y los muchachos se desbandaron a sus casas. «Este fue el motivo —aña-

de— de que en el ataque concurriésemos tan pocos». Pero la conspiración era un secreto a voces, y en el momento culminante hubo gran aglomeración de gente y disparos a granel, sin que nadie saliera en defensa del Presidente.

«Para mí no hubo duda de que estaba comprometido Rayo, porque ví la mirada que arrojó sobre García Moreno, volviendo la cabeza. Es falso que Rayo saludó al tirano antes del ataque: es falso, como se ve, que el tirano salió de la Catedral para morir.... Todos estos embustes han sido propagados por servidumbre y jesuitas, con miras de empequeñecernos a nosotros y engrandecer a su señor, y ellos han servido hasta para desviar el juicio de los escritores liberales....»

«Pasó el tirano la bocacalle y empezó a subir la escalera del pretil. Nosotros íbamos detrás de él. Antes de poner el pie en los escalones, volví la vista a la calle del cuartel, en donde todo estaba en calma: oficiales sentados en escaños, el centinela en el umbral».

«Declaro que para la descripción de esta tragedia no tendré en cuenta solamente lo que yo vi e hice, mas también lo que vieron e hicieron Moncayo y los otros con quienes posteriormente he hablado....».

«García Moreno y los suyos (el Edecán y dos asistentes o escribientes) habían dado seis u ocho pasos en el portal en medio de transeúntes. Entonces apareció Rayo: pasó por entre Moncayo y Cornejo, sacó de debajo del paletó una terrible cuchilla, levantóse el sombrero a la corona y exclamó: —«¡Tirano!»— No estaba acostumbrado García Moreno a oír esta salutación en las calles de la humilde Quito. Volviéronse rápidamente él y Pallares; pero con tal velocidad y asombro que rodó por el suelo el sombrero de uno de ellos. La cara de García Moreno revelaba un estupor exagerado. Rayo le puso la izquierda en el pecho y gritó: —¡Al fin llegó tu día, bandido!— Y le descargó una cuchillada en ademán de cortarle la cabeza».

«Cornejo se adelantó con paso rápido y firme, y le tomó del cuello de la ropa con mano irresistible: —¡En nombre de la Patria, aquí pereces»! —Acompañó esta intimación con una interjección formidable, y con la diestra le disparó un tiro de revólver».

«Moncayo y yo nos habíamos acercado a Pallares a quien agarramos de los brazos. Pallares no hacía sino dar gritos, suspensa su atención en lo principal de la tragedia ... No sé qué fue en aquel instante de los dos asistentes: en lo único que reparé fue en que Cornejo soltó a García Moreno, porque Rayo iba a darle una segunda cuchillada; pero antes de que tal cosa sucediera, García Moreno corrió, dando gritos insultantes, hacia una de las entradas del Palacio que se hallaba a pocos pasos cerca de él. En el acto comprendí que el tirano podía escaparse en el Palacio: salvarse aquel hombre herido! ya sa-

be la población de Quito lo que tal salvación hubiera significado para ella. Corrí junto con García Moreno, llegué antes que él al umbral, y en el instante en que iba a precipitarse adentro, contúvele con un golpe recio dado con mi revólver en el pecho. He de advertir que mi revólver no estaba todavía montado, porque era de baquetilla, la cual se resistía a salir. García Moreno retrocedió levantando los brazos en arco, en el colmo del estupor, y echando miradas a los lados».

«—¡A mí! ¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Me matan! exclamaba aquel hombre con voz trémula, víctima de la sorpresa y de la memoria de sus crímenes».

«Vile miserable y ruin, lo juro: ya no era el estrigón que tenía aterrado a un pueblo entero. En aquel momento pudo salvarse: pudo haberse arrojado sobre mí, abrazándome, quitándome el revólver y precipitándose al zaguán del Palacio. Afirmo que la cuchillada de Rayo no fue grave ni tampoco la herida, causada por el disparo de Cornejo, porque, a serlo, no hubiera podido correr el tirano, ya para adelante, ya para atrás, por el espacio de algunos metros, y tenerse en pie hasta recibir nuevas embestidas. Rayo había sido contenido en aquel momento por un negro transeúnte. Cornejo, y otros que habían llegado después, disparaban sus revólveres dando gritos estruendosos.... —¡Ayarza! ¡Las víctimas de Jambelí! ¡Las de Tulcán! ¡Las de Cuaspud! ¡Maldonado! ¡Borja! ¡Viola! ¡Rosa Ascásubi! ¡La dignidad de la Patria! ¡La honra ecuatoriana! ¡Libertad! —decíamos todos, formando sobre aquel malvado una como malla de recuerdos sangrientos que debieron haber apresurado su agonía».

«Cuando ya había retrocedido varios pasos gritando, espacio en el cual iba delante de él sin ofenderle, saqué por fin la baquetilla de mi revólver y le disparé un balazo en la cara. Acto continuo volvió a arrojarse Rayo sobre él. Rayo había tenido necesidad de herir en la mano al negro, quien fugó. Rayo cayó como un rayo. Ya el pretil estaba lleno de gente, la mayor parte esbirros y empleados, quienes se atropellaban y corrían despavoridos; pero ninguno tuvo valor de acudir en defensa de su dios. Pallares fue el único que permaneció en el teatro hasta que se desenlazó la tragedia. Dicen que García Moreno intentó sacar el revólver; pero yo no creo, porque nunca le fue tan fácil como en el instante en que retrocedía delante de mí; y si no lo hizo fue porque el estupor embargó sus sentidos. Rayo le descargó descomunales cuchilladas; pero en ninguna de ellas logró cortarle la cabeza, porque el tirano las evitaba con admirable agilidad, hasta que vacilante, ciego, espantoso por la desesperación y el furor, los visajes y la sangre que le chorreaba por la cara, llegó al filo de la lonja —(que entonces no tenía barandas)— y se desbarrancó de espaldas a la plaza. Vile yo caer, porque me hallaba cerca de él: en vez de caer boca arriba y con la cabeza hacia el muro del Palacio,

para que se cumpliese la profecía de Montalvo en ***La Dictadura Perpetua: Ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer dejando un fuerte olor a azufre en torno suyo.*** Olía a pólvora, a consecuencia de los muchos disparos. Al volver yo la vista al pretil, no vi delante de mí sino a Pallares, trémulo, despavorido, cadavérico . . . —¡Qué hace usted, Andrade, por Dios! —me gritó levantando los brazos y mirándome la mano en que tenía yo el revólver. —***¡Libertar a la Patria, don Manuel!*** —le contesté».

«Retrocedió hasta las ventanas de la Tesorería, y yo continué rápidamente hasta llegar a la escalera, donde los curiosos se habían aglomerado en tumulto. Algunos conspiradores subían, yo descendí, porque vi a Moncayo abajo, quien me agarró del brazo diciéndome: —¡Vamos al cuartel!— En aquel instante vi que Cornejo se acercaba a García Moreno tendido, y le seguí. El tirano se esforzaba en levantarse apoyándose en los codos. Rayo se hallaba cerca de él; había descendido también blandiendo su machete a la vista del cuartel. Es tontería suponer, como lo hacen algunas historias, que Rayo y yo saltamos a la plaza desde el atrio: un salto de cuatro o cinco metros sobre piedras, ¿con qué objeto cuando estaba la escalera inmediata? Rayo vio que el moribundo levantaba la cabeza, acercóse, encaramóse sobre él y le dio varias cuchilladas hasta que se estiró el tirano y su cabeza sonó contra las piedras. **Expiró en aquel instante.** Sus biógrafos han prolongado su vida media hora: dicen que expiró en el templo, que al expirar dijo ***Dios no se muere, y perdono a mis enemigos.*** Esto no es sino una de tantas farándulas para despertar el interés de los lectores. Lo único en que García Moreno habría tenido tiempo de pensar es en que aquello no era mentira, y en que por fin era castigado como lo merecía por sus crímenes . . .».

«Cornejo, Moncayo y yo echamos los sombreros al aire y gritamos ¡Libertad! dirigiéndonos a nuestros amigos que estaban en el atrio de la Catedral. Algunos de éstos nos contestaron con violencia: —¡Sale el batallón contra ustedes!— Tal noticia no nos produjo sino duda, y no sorpresa. ¿Por qué si el batallón era enemigo no había salido desde antes a defender al tirano? ¿Acaso no había transcurrido tiempo suficiente? ¿No estaba el batallón a cincuenta pasos de distancia . . . ? Cornejo se acercó a la esquina, vio a algunos soldados que venían en ademán de atacarnos, y gritónos: —¡A la pila!»

«Los tres corrimos entonces a la pila . . . Cornejo dio el sombrero contra el suelo y exclamó: —¡Van a encaramarse en el poder los Salazares!— Yo nada comprendía. De repente oí un altercado a mis espaldas, y volví el rostro. Eran Rayo y dos soldados u oficiales: Rayo estaba sentado en el suelo, la cabeza sin sombrero y erguida, con la diestra procuraba desviar un espadín con que un soldado quería traspasarle, y daba voces que yo no comprendí. He visto escrito que yo había herido a Rayo en un pie: esto no era posible porque yo

no disparé sino a la cara del tirano: si alguno hirió a Rayo, probable es que fue uno de los que al último dispararon desde lo alto de la lonja, en el momento en que Rayo daba los últimos machetazos al tirano.... En el mismo instante en que yo veía la escena que acabo de narrar, antes de que llamara hacia ella la atención de mis amigos, uno de ellos me arrastró del paletó, y ambos echaron a correr a la esquina opuesta de la plaza, donde habían descubierto a Polanco en medio de inmenso gentío. Corrí detrás de ellos, al llegar levanté el revólver y disparé al aire, a fin de que retrocediera la gente: de este modo pudimos acercarnos a Polanco, quien, de puntillas, procuraba descubrir lo que acontecía en el ángulo opuesto de la plaza. Moncayo lo tomó del brazo y le reconvino porque no había concurrido al cuartel. Polanco no contestó nada. Un presentimiento le había obligado a no cumplir su promesa, porque habíamos estado vendidos! ... » Más tarde, en otro capítulo explica la traición: «Sánchez..., denunció la conspiración a Salazar, éste comprometió a Rayo, y después lo asesinó por medio del cabo López, con el objeto de sepultar con Rayo ese secreto» ... El General Francisco Javier Salazar era Ministro de García Moreno en la Cartera de Guerra, había sido por él maltratado y aspiraba la primera magistratura; el Comandante Francisco Sánchez era Segundo Jefe del Batallón No. 1 y su participación —sincera al principio, traidora después— fue conseguida por intermedio de su amiga Juana Terrazas.

«En aquel instante retumbó un tiro de rifle en la esquina donde acaeció la tragedia: vino una oleada de gente y nos separó para siempre de Polanco. Aquel tiro había matado a Rayo ... »

«....No huíamos, sino que buscábamos apoyo.... no íbamos corriendo ni ocultándonos. Hubo estupor en Quito, después alegría frenética, la que inmediatamente fue sofocada por el predominio de la servidumbre del tirano.... Absolviónos en aquel cuarto de hora el tribunal de nuestra conciencia, y nos erguimos. Desde entonces estamos erguidos. No importa que en diez y seis años hayan procurado abrumarnos los triunfantes. Es justo decir que nos salvó el pueblo; pero desde entonces nos ha abandonado ese pueblo, y yo, por mi parte, he jurado no abandonarle hasta la muerte....»

«Dios no muere» —«¡Malvados, todos morirán!».— Quienes desde un principio forjaron una leyenda al rededor de la muerte de García Moreno para elevar a los altares como «mártir» a un criminal, no se pusieron de acuerdo sobre la exclamación que afirman haber pronunciado: si fue «Dios no **se** muere» según se lee en las primeras versiones, o, simplemente, «Dios no muere» según las posteriores y más conocidas. Sea como fuese, es un sacrilegio hacer un parangón cualquiera de la vida de una miserable criatura con la existencia misma de Dios. ¿Y a quién puede ocurrírsele que Dios pueda morir?

La verdad histórica es que el criminal no se acordó de Dios en

sus últimos instantes. «García Moreno —relata Andrade— corrió ***dando gritos insultantes*** ....***¡A mí! ¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Me matan!***» fueron los gritos que menciona Andrade, quien muy probablemente no puso por escrito todos; y su única preocupación fue correr esquivando los machetazos y las balas. Basta leer las cartas en que el santo de los jesuitas insulta vilmente hasta a una amiga de su esposa y al propio presidente de la República, para imaginarnos el vocabulario soez que habrá empleado en esos instantes, y no podemos creer que dijera jaculatorias en momentos en que le dominaban la ira y el pavor.

En «El Siglo Futuro», periódico de Madrid, se publicó un artículo titulado **¡¡Dios no se muere!!** íntegramente reproducido en la «Colección de algunos escritos relativos a la memoria del Excelentísimo Señor Doctor D. Gabriel García Moreno, Presidente del Ecuador, asesinado el 6 de Agosto de 1875, precedida de algunos artículos que revelan el verdadero espíritu de su administración católica, por Eloy Proaño Vega —Quito, Agosto de 1876». Eloy Proaño Vega era hermano del jesuita Manuel Proaño Vega, gran amigo y consejero del tirano, y en aquel entonces dirigía las publicaciones oficiales del gobierno. En el artículo madrileño se lee: «Las personas que acudieron al lugar de la escena, abandonado al punto por los conjurados, le llevaron a la catedral, donde la inocente víctima (sic), recobrando instantáneamente el conocimiento, habiendo pronunciado borrosamente una oración, volvióse a los circunstantes, abatidos hasta la desesperación, y les dijo con la entereza del mártir: ¡DIOS NO SE MUERE!» Pero, en una nota al pie de la página, escrita por el propio señor Eloy Proaño Vega, sin que su hermano se la haya podido contradecir, se rectifica así: «Amantes como somos de la verdad, no consentimos que los hechos se desfiguren, aun cuando sea en favor de la opinión del personaje cuya memoria querida defendemos: es cierto que García Moreno conservaba aún el aliento y un último resto de vida, cuando fue conducido a la Catedral, y que allí vivió aún **un cuarto de hora,** tiempo en el que dio señales afirmativas de perdonar a sus asesinos. ***Ninguna otra frase pronunció,*** y las palabras de «DIOS NO SE MUERE» que eran muy frecuentes en sus labios, **se dice** que las pronunció cuando Rayo, al desgarrarle furiosos golpes, le decía: ***muere, bandido; muere, hipócrita*** ...; a lo cual García Moreno, ya al exhalar el último aliento de su preciosa existencia, dijo: «Dios no se muere». Estas relaciones hemos recogido de diferentes voces. En todo lo anterior fuimos ***testigos presenciales;*** pues tocónos la suerte de ser de ***los primeros que levantamos el cadáver despedazado*** ... N. del E.» (Colección citada, pág. sin número). Consta, pues, que un testigo presencial de la agonía del tirano, **no oyó** la exclamación que ha hecho célebre al «mártir».

El jesuita Gómezjurado refiere así ese momento culminante: «A

cada cintarazo, el asesino (Rayo) acompañaba las frases: ***Muere, Tirano; muere verdugo de la libertad; muere Jesuita con casaca; muere; muere!*** —Otra vez el Héroe contestó pronunciando ***palabras balbucientes e indescifrables* (sic).** Pero sí profirió con suficiente claridad estos tres vocablos: ¡DIOS NO MUERE!» («14 machetazos y 6 balazos», pág. 101). Y el número de la nota (18) nos manda a la página 108 donde se lee: (Lo del DIOS NO MUERE consta por testimonio de la testigo presencial Margarita Carrera, ***testimonio recibido por Eloy Proaño Vega*** y escrito por éste en su artículo intitulado EL SEIS DE AGOSTO, página 13». Por donde se comprende que Eloy Proaño, a pesar de haber sido él mismo *uno de los primeros testigos presenciales,* en lugar de apelar a su propio testimonio según el cual **no oyó** exclamación alguna, tuvo que acudir al de una mujer para crear la leyenda del DIOS NO SE MUERE. . . .

¿Y quién era esa mujer, y cuál su testimonio? Las contradicciones en que incurren los falsificadores de los hechos, felizmente nos ayudan a descubrir la verdad. El sitio en donde cayó García Moreno —escribe su fanático admirador Wilfrido Loor— estaba junto a la tienda de Margarita Carrera, que era una mujer morena, vendedora de chicha de quinua . . . ., anciana ya, no se da cuenta de lo que realmente ocurre, y supone que se trata de una riña cualquiera . . . . ***Esta mujer . . . . en el proceso nada declara sobre el particular*** . . . » («García Moreno y sus asesinos», págs. 192 y 196). Es por lo tanto un infundio el testimonio de Margarita Carrera a Eloy Proaño Vega, y se trata de una invención posterior.

Entre los que presenciaron los últimos momentos del tirano estuvo Antonio Martínez, quien, tomándose la cabeza con ambas manos, dice: ***Vida mía, ¡lo mataron!;*** «a lo que García Moreno contesta con ***palabras balbucientes que afirma el testigo no pudo entender»*** . . . (Ibidem, pág. 139).

Lógicamente concluye Wilfrido Loor: «Con todo, estimamos que la frase de que habla Proaño y Vega, y a la que se refiere también el P. Berthe, ***no fue pronunciada en este momento,*** en que a nuestro juicio, García Moreno ***era ya un moribundo que había perdido el uso de la palabra, según aparece del sumario».*** (Ib, pág. 196).

Pero sin lógica alguna, y haciendo un acomodo del infundio, añade: «La frase la dijo García Moreno antes de caer del pretil, durante el ataque, cuando aún conservaba todas sus energías; y que la dijo ha sido tradición constante, ininterrumpida desde el día mismo del asesinato». (Ib. pág. 197). Lo que prueba, únicamente, que esa tradición es el resultado de una mentira forjada después del sumario ya que, **no existe un solo testigo** que afirme en los sumarios inmediatos haber oído la célebre frase. El testimonio de la anciana Margarita Carrera fue obtenido por Eloy Proaño Vega con posterioridad a la publicación que éste hizo en 1876, y en la cual afirma no haberla oído, ni

cita tampoco el testimonio de la morena Carrera. ¿Está claro el embuste?

García Moreno no exclamó «Dios no muere». Muy otro fue el grito: «MALVADOS, TODOS MORIRAN!».... Cornejo había declarado en el proceso que los papeles del mensaje cayeron al suelo y se mojaron con la sangre del tirano. Rectifica Wilfrido Loor: «Eloy Proaño y Vega, con referencia a Cornejo, dice que fue García Moreno quien arrojó a la cara de Rayo el mensaje diciendo: MALVADOS, TODOS MORIRAN!» (Ibidem, pág. 191) Loor toma la cita del folleto «El 6 de Agosto, por Eloy Proaño y Vega», pág. 19. Este fue, pues, el único grito que, por propia confesión, oyó el testigo presencial Eloy Proaño Vega, mientras los conjurados atacaban al presidente en el pretil del Palacio, y ningún valor tiene, en lo absoluto, la suposición de Wilfrido Loor.

Ni pensar queremos cual habría sido la suerte de todos los numerosos conjurados si el «mártir» hubiera podido librarse del «martirio». «¡¿MARTIR GARCIA MORENO?!» es el título de un folleto del jesuita Severo Amable Gómezjurado. ¿Mártir García Moreno? —Ji, ji, ji,— es seguramente, su íntima respuesta.

Gómezjurado afirma que «ya por los años 70 y 71 tenía costumbre de **proferir** (sic) con frecuencia la frase **Dios no muere** ...» («Vida de García Moreno», VII, pág. 255). Pero también, entre sus propósitos constaba el de «decir, cada hora, *infernus est domus mea, y soy peor que los demonios* ...» (Ib. pág. 259).

Un desatino habría sido detenernos a comprobar la veracidad acerca de una exclamación, si ésta no fuese el fundamento de un pretendido «martirio». Que esa jaculatoria no fue «proferida», es una prueba de que Montalvo y sus discípulos no mandaron un santo varón a los cielos como mártir, sino un satanás a los infiernos.

¿Sobrevivió una hora el tirano?.—Andrade refiere que cuando Rayo consumó su obra en el pavimento de la plaza, García Moreno **«expiró en aquel instante».** Es lo verosímil por cuanto Rayo quiso seguramente acabar con él sin dejarle un hilo de vida, y pudo hacerlo porque nadie salió en eficaz defensa del tirano. A su vez, Eloy Proaño Vega afirma que vivió aún **un cuarto de hora.** Pero el jesuita Severo Amable Gómezjurado se contradice: en la página 97 de un folletito de 104 páginas titulado sencillamente «García Moreno», dice: «El mártir había vivido **un cuarto de hora más o menos,** a pesar de haber sufrido catorce machetazos y seis impactos de revólver, y de que *ocho de las heridas eran esencialmente mortales* ...» El prodigio era evidente; pero no le satisfizo al buen jesuita, que, en su libro titulado: «14 machetazos y 6 balazos - Vida de García Moreno especialmente **para niños** —Quito —La Prensa Católica, 1961», en la página 105 dice: «¿Cuánto tiempo había vivido aún el Héroe tras aquellas escenas? Más o menos **media hora:** prodigio ..., prodi-

gio. . . ., Prodigio . . . » En el séptimo tomo de la «Vida de García Moreno» escrita **para adultos,** el propio padre Severo Amable reduce el prodigio a 25 minutos. «La superviviencia de unos 25 minutos —dice— demuestra la vitalidad extraordinaria de García Moreno, y una providencia especial de Dios. . . .» (Obra citada, pág. 185). «Hicieron la autopsia de su cadáver, el supradicho Rodríguez y los Dres. Miguel Egas y Esteban Gayraud. Declararon que las heridas eran de tal magnitud, que García Moreno ***debió haber expirado inmediatamente*** . . . . El parietal izquierdo del cráneo estaba tan reducido a pedazos, que el Decano de la Facultad se permitió sacar afuera un enorme fragmento de siete centímetros de longitud, cinco de altitud, y uno y medio de espesor. Un grande orificio quedó hecho en la cabeza, el cual sirvió, sin duda, para la extracción de la masa encefálica. . . .» (Ibidem, pág. 181). Por su parte, el fanático garciano Wilfrido Loor, prolonga el prodigio a una hora entera a pesar de las «catorce heridas de machete **ocho de ellas mortales».** «Lo admirable —comenta— . . . . es que estas heridas, ***cada una de ellas esencialmente mortal,*** hubiesen permitido a García Moreno sobrevivir UNA HORA. . .» («García Moreno y sus asesinos», pág. 214). En sus próximos libros ya puede el jesuita Severo Amable acudir al testimonio de Wilfrido para asegurar que su «mártir» sobrevivió UNA HORA. En fin, ¿a quién debemos creer: a Andrade, a Proaño, a la primera, segunda o tercera versión del jesuita Gómezjurado, o a Wlfrido Loor? ¿al testimonio de los médicos que hicieron la autopsia o a los buenos deseos de los devotos del «mártir»?

¿Y qué se proponen los que pretenden con infundios prolongar la vida del tirano: acaso prolongar por algunos minutos sus terribles sufrimientos en expiación de los muchos que, por larguísimos años, ocasionó a millares de sus víctimas?. . . .

¿Deseó García Moreno el «martirio»?—Tan pavorosa había sido la opresión y tantas las revoluciones sofocadas, que el tirano se sentía invencible y seguro en el mando, a tal punto que menospreciaba las advertencias sobre conspiraciones como débiles amenazas de cobardes. Creía que su fulminante mirada de hiena era suficiente para dominar a cualquier agresor, y que el terror tenía a todos anonadados. Refiriéndose a un plan frustrado, decía en una carta: «Deseo encontrarme con uno de estos gandules para darle una lección». (Severo Gómezjurado: «Vida de García Moreno», VII, pág. 252), Y en otra ocasión: « . . .es cierto que ha habido en Latacunga hombres bastante infames para pensar en asesinarme. Estoy seguro de que si se me hubieran puesto delante, habrían huido cobardemente». (Ib. pág. 253). Poco antes de su muerte escribió a Felipe Barriga: «Comuníquele a su hermano Rafael que lo sé todo; que se acuerde de lo que vio en Jambelí, y que no espero sino el más leve movimiento, para reprimir a los . . . que están conspirando. . . » (Ib. pág. 444).

No cabe la menor duda de que, si hubiese salido con vida el 6 de Agosto de 1875, aquella tarde habría sido el punto de partida para una incontenible oleada de sangrientas venganzas, tales como sus malos instintos le habían exigido desde su juventud cuando arrastró hasta una letrina para hacerle comer excrementos a María Icaza en venganza de haber interferido en sus presuntos amores con Juanita Jijón. (Véase: Gómezjurado: «Vida de García Moreno», I, pág. 164; Manuel Gálvez: «Vida de don Gabriel García Moreno», pág. 29).

Pero, en días de elecciones presidenciales, según su muy bien calculada costumbre, escribió al Papa haciendo hipócritas alardes de devoción a Cristo y de sumisión a su Vicario; y, para atraer el apoyo del clero a favor de un tercer período, nada mejor halló el candidato presidencial que presentarse antes como candidato al martirio. Afirma el escritor jesuítico argentino Manuel Gálvez que en García Moreno hay «nobleza de alma, a pesar de sus *sarcasmos, calumnias, insultos y faltas de caridad* .... Es EL ZURRIAGO un monumento de **injusticia.** Sin haberse previamente informado, García Moreno pone en la picota a veintinueve personas, la mayoría muy respetables ...» («Vida de Don Gabriel García Moreno», pág. 61). El mismo autor dice de su santo que «es exaltado y apasionado. A pesar de su cristianismo, es capaz de grandes odios». (Ib. pág. 46). Cómo se ve que hasta sus más exaltados panegiristas reconocen sus tremendas pasiones y venganzas echando por los suelos su tal «fama de santidad».

Veinte días antes de su muerte, el 17 de Julio de 1875, escribió a Pío IX: «....Ahora que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, vomitan contra mí toda clase de injurias y de calumnias horribles, necesito más que nunca, de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra religión santa, y de esta pepueña república, que Dios ha querido que siga yo gobernando. ¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro Divino Redentor! y *¡qué felicidad tan inmensa sería para mí,* si vuestra bendición me alcanzara del Cielo *el derramar mi sangre* por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la cruz por nosotros!» (Wilfrido Loor: «Cartas de García Moreno», IV, pág. 538). No por voluntad de Dios, sino por el dominio del terror y el apoyo del clero es que quiso perpetuarse en el mando. Que lo digan, si no, los periodistas que fueron arrojados a las selvas orientales por el único crimen de no haber propuesto el nombre del tirano para el período presidencial que debía empezar en 1875.

Motivos sobrados tenía, de tiempos atrás, para temer por su vida. Allá por 1846, en verso expresaba el farisaico deseo de buscar, lejos de la patria, un «oscuro asilo»

«*donde de acero fratricida el filo*
no amenazase cruel mi edad lozana,
donde latiese el corazón tranquilo,

y no esperase con pavor mañana....»
(«Escritos y discursos de García Moreno», I, pág. 342).

En 1853 presentía ya:

«Conozco, sí, la suerte que me aguarda:
Présago, triste el pecho me la anuncia
En sangrientas imágenes que en torno
Siento girar en agitado ensueño....
Plomo alevoso romperá, silbando,
Mi corazón tal vez....»
(Ibidem, pág. 364).

En aquellos años no se le ocurrió todavía calumniar a la masonería como causante de su «martirio»; pero bien sabía que ya merecía la muerte.

¿Eran sinceros aquella carta y aquellos versos?. .. Los hechos prueban todo lo contrario. Le desagradaba que le diesen denuncias incompletas, y cuando algún confesor le llevaba alguna, más de una vez intentó que le revelara los nombres oídos en la confesión sacramental. (Véase, por ejemplo: Gómezjurado, «Vida de García Moreno», VII, pág. 438); y seguía cautelosamente los pasos de los sospechosos. En carta dirigida a Ibarra el 15 de Junio de 1875, una «Adición» decía: «Reservado. Manuel Polanco se va, o se ha ido ya, para allá, para pasar a Ipiales a pretexto del negocio de una mina. Si puede Ud. valerse de alguna persona discreta y segura, haga observar sus pasos en Colombia para descubrir sus verdaderos proyectos. *Me parece que algo trama*....» (Ib. pág. 529). En Ipiales hallábase el autor de LA DICTADURA PERPETUA: Don Juan Montalvo.... Y había que evitar el «martirio» a toda costa....

El momento de su muerte, el tirano llevaba consigo la Imitación de Cristo, dos escapularios, un rosario con una medalla, y un relicario; pero también.... **un revólver!** que fue recogido del cadáver por su esposa. (Wilfrido Loor: «García Moreno y sus asesinos», pág. 213). ¿Para qué cargaba siempre esa arma sino para matar a quien intentara convertirle en «mártir»? Sólo el desconcierto que le causaron la sorpresa y el pánico evitó que de él se sirviera para convertir en «Mártires de la Patria» a los valientes jóvenes que le ajusticiaron.

El cuento de la intervención masónica.—El jesuita Severo Amable Gómezjurado dedica todo el décimo y último capítulo del VII tomo de su «García Moreno», salido a la luz pública en 1966, a la Masonería, tratando de inculparla de la muerte de su santo tirano. Si alguien quiere aprender a calumniar con un puro bla—bla—bla sin probar absolutamente nada, lea ese capítulo tan oportunamente llegado a nuestras manos.

Hasta hace poco la Iglesia Católica condenaba a la Masonería anatematizándola como institución tenebrosa, nefasta, enemiga de Dios.

El artículo «La Masonería y el Catolicismo» de LIFE en español, del 1 de Agosto de 1966, después de enumerar ciertas actitudes de acercamiento, concluye: «Por lo tanto, no sería de extrañar, que (el Catolicismo) suavizara su actitud para con la Masonería». En verdad, después de haber, expresa o tácitamente, reconocido en el II Concilio Ecuménico, algunos de sus muchos errores, fácil es que en día no lejano levante su condena a la Masonería, y le pida perdón por sus calumnias y persecuciones, como ya lo ha pedido a los judíos y a los protestantes.

Cuando el odio contra la Masonería estuvo en pleno vigor durante el siglo pasado, presentarse como presunta víctima de ella, era un título para el martirio y los altares.

Para que la Masonería pudiese haber intervenido en el ajusticiamiento de García Moreno, preciso habría sido que tuviese alguna Logia en Quito. «Los agentes venidos del Perú —pregunta el jesuita Severo Amable— ¿llegarían a establecer Logia Masónica en Quito?»; y, para sugerir una respuesta afirmativa, refiere que «la casa de un militar.... constituía lugar de cita para los conjurados .. » (Tomo citado, pág. 443). Según tal razonamiento, toda conjuración habida y por haber, por el solo hecho de citarse en una casa determinada, debería ser de origen masónico....

Roberto Andrade, el más idealista y decidido de los conjurados, dice **claris verbis:** «Otra impostura es todavía más torpe y criminal: sostienen algunos jesuitas que uno de los conspiradores **recibió dinero de la Francmasonería peruana** y que lo defraudó sin conocimiento de nosotros. **Esta calumnia es atroz.** Vive el conspirador inculpado: su conducta ha sido en todo tiempo irreprochable, su carácter en todo tiempo rígido y severo, sus costumbres en todo tiempo limpias y ejemplares. Tal infamia ha tenido origen en que a él no le ha faltado dinero y en que siempre ha contribuido para recobrar la salud de la Patria. El fue el segundo Mecenas de Montalvo, él quien ayudó a Alfaro... , él quien ha sostenido la imprenta liberal ... » (Roberto Andrade: «El seis de Agosto», pág. 97). Una nota al pie de la misma página da el nombre del generoso patriota: RAFAEL PORTILLA.

Según los jesuitas, el dinero que circulaba en Quito el 6 de Agosto de 1875, no podía ser sino peruano. ¿Por qué? Porque, así, los conspiradores eran presentados al pueblo como peruanófilos y traidores a la Patria....

El cuento de los agentes peruanos.—¿Y quiénes eran los «agentes peruanos» de que habla el jesuita Gómezjurado? «Las gentes de experiencia **(sic)** —advierte él mismo— **dicen** que se trama alguna sedición: y lo cierto y positivo es que del Perú vinieron no ha mucho asesinos pagados para acabar con el Presidente. Uno de nuestros Padres, el mismo Padre López, lo supo, y puso en su conocimiento....»

(«Vida de García Moreno», VII, pág. 441). «Sin duda el Sr. J. M. Vela Jaramillo supo los nombres de los emisarios venidos de Lima. *Es una lástima no haberlos consignado*....» (Ibidem, pág. 442). ¿Eran «emisarios» fantasmas sin nombre ni figura?

Las «sospechas» jesuíticas recaen en un inofensivo visitante de Quito: «La súbita llegada de otro personaje, originario de Guatemala, y venido del Perú, pareció más extraña. Este hombre, llamado Cortés, se introdujo en Quito, con apariencia de pobreza: tomó luego otro semblante, y causó general asombro verle frecuentar asiduamente los salones del Ministro peruano... **Se sospecha,** no sin fundamento, que este enviado del Perú tenía el encargo de repartir los papeles a los principales actores del drama.. ...» (Ib. pág. 441–442). ¿Qué «fundamento» era ese? ¿Es verosímil que un extranjero, sin conocer Quito ni a los quiteños, viniera a darles instrucciones y papeles para un drama de esta naturaleza?

Roberto Andrade desmiente categóricamente los infundios del jesuita: «Afirmo que *no conocimos al Ministro peruano,* afirmo que *no tuvimos conexiones con ningún francmasón* de ninguna parte de la tierra. ¿Qué objeto han tenido jesuitas compatriotas en atribuir a la francmasonería peruana una proeza que dará nombre al Ecuador?.... han querido mover a compasión a inocentes por medio de una **mentira** que no infamaría a los masones, pero que a nosotros nos da el colorido de sicarios ...» («El seis de Agosto», pág. 96); y a García Moreno, el de santo mártir....

«Si alguien ostentó más *indicios para ser tenido por masón,* fue Manuel Polanco, el cual hasta fue destinatario de una carta procedente de Lima....» —afirma con toda desfachatez el jesuita. («Vida de García Moreno», VII, pág. 445). ¿Cuántos otros quiteños habrán recibido alguna carta de Lima esos días? ¿También ellos, por ese indicio, debían ser tenidos por masones?

Bastaba ser, entonces, banquero para que los jesuitas le señalaran como agente peruano de la masonería. Refiriéndose a Don José María Estrada, dice Gómezjurado: **«Bien pudo** ser un alto empleado de los bancos de Quito, y *adecuado para ser el depositario* de cheques o títulos crediticios emanados de los bancos de Lima con el aliciente de una prima o interés. Notorio es que los miembros de la familia Estrada se han distinguido por su pericia en finanzas de banco....» (Ib. pág. 451). Pero no es seguro que haya pertenecido a la familia de los banqueros Estrada: «Si ambos José Estrada son una misma persona, entonces tal individuo fue hermano de Nicolás Estrada....» —¿Y si fueron dos personas, y la del cuento no fue hermano de Nicolás, en qué queda la «sospecha»? —«Pues bien —prosigue este curioso «historiador»— José María Estrada *tiene trazas de haber sido tesorero del complot antigarciano*....» (Ib. pág. 452). ¿Qué «trazas» fueron esas? Añade el jesuita, que a Gregorio Campuzano «se le con-

cedió permiso para ir a comprar ganado gordo en la provincia de Cotopaxi.... Contaba para ello con más de mil pesos. ¿Quién se los había suministrado? El Sr. José María Estrada. **No se sabe** si este último estaba encargado, ya entonces, del dinero para financiar la revolución y asesinato de García Moreno. *Se puede sospechar que sí.* En efecto, Campuzano, además de haber llegado en estado de embriaguez, ofreció sumas tan pequeñas e irrisorias por el ganado, que *fácilmente se supuso* que su viaje había tenido una distinta finalidad...» (Ib. pág. 460). Si bien anteriormente había conspirado y guardado prisión, Campuzano, según el primer fallo judicial citado por Montalvo, fue ajeno a toda participación en los hechos del 6 de Agosto. (Véase: «El Espectador», pág. 314).

Dice Gómezjurado que Polanco obsequió la suma de treinta pesos a Campuzano, razón más que suficiente para que añada: **«Se puede sospechar** había sido sacada de la tesorería revolucionaria». (Ib. pág. 461). Así es como una sospecha se apoya en otra sospecha, y se escriben párrafos tras párrafos sin otro fundamento que la manía jesuítica de calumniar con «sospechas» y «rumores». **«Según dichos del pueblo** —añade— aquel delincuente (Campuzano) declaró que José María Estrada era el tesorero de la revuelta, y, como tal, había dado cinco pesos a Campuzano y diez mil a Faustino Rayo. Expongamos el caso con más precisión y autoridad ...» —Emplazado por Polanco, Darquea, que hacía de juez, se reafirmó en sus palabras previas, apoyándose sólo en *«lo que se decía en el vulgo»*. (Ib. pág. 469). Por lo tanto, los «dichos del pueblo» quedaban comprobados por «lo que se decía en el vulgo», y la mentira queda tan campante como el historiador jesuita.

El cuento de los «billetes peruanos».—Para asegurar que Rayo llevaba consigo oro peruano, el jesuita cita revistas y libros del otro mundo, es decir, de Europa: «La Cruz», publicación de Cádiz, y la biografía del padre Berthe, escrita «allá **en París»**, a unos 10.000 kilómetros de distancia de los acontecimientos, basándose exclusivamente en datos que le fueron enviados por dos secuaces garcianos: Pablo Herrera y Juan León Mera. De esta biografía confiesa Gómezjurado: *«Adolece tan sólo de un defecto de poca monta, y es el de las inexactitudes* **(sic)** debidas a que su autor **no ha visitado nuestro país**....» (Ib. pág. 478). Y en verdad, se necesitan mucha audacia e irresponsabilidad para escribir una biografía sin conocer al personaje, ni su medio, ni los hechos, ni los lugares, confiando únicamenmente en las informaciones parciales de personas fanáticas e interesadas.

Nadie ha visto ni conservado uno solo de los «billetes peruanos» de que habló Pablo Herrera o su hijo Virgilio: «El General Venancio Rueda – dice el jesuita Severo Amable— en una libreta de notas personales dejó escrito lo siguiente: «que un tropel de gente del

pueblo se acercó al cadáver de Rayo, y le despojó de su cartera, papeles y todo lo que llevaba consigo. En aquella frase **todo lo que llevaba consigo** —comenta el jesuita— *constaban implícitamente los billetes del banco de Lima,* según testimonio del Dr. Pablo Herrera, íntimo amigo de García Moreno ... Este testimonio ha sido muy apreciado por el historiador jesuita José Legohuir en el tomo 2o. de la Historia de la República del Ecuador, pág. 628. Hijo de Pablo Herrera fue Virgilio, sacerdote jesuita, quien **seguramente (sic)** lo escuchó de labios de su padre, y lo transmitió a Legohuir y otros muchos, inclusive al autor del presente volumen. Pero *confesamos no haber encontrado ningún escrito de Don Pablo Herrera con respecto de los antedichos billetes ...»* (Ib. pág. 476). «El Padre Legohuir, acucioso investigador —concluye su colega Severo— dijo que los **cheques o billetes peruanos,** habiendo sido examinados por peritos, resultaron **falsificados** ...» (Ib. pág. 483). En suma: ¿fueron **cheques** o fueron **billetes?** ... Lo que está fuera de toda duda, es que fueron «falsificados». Pero, ¿puede creerse que la Masonería hubiese querido comprar la cooperación de Rayo pagándole con cheques o billetes falsificados, cuya nulidad habría podido ser descubierta antes de dar un solo paso? No existiendo el «cuerpo del delito» que consistiría en un billete —que nadie ha visto— ¿no está demostrado que sólo se trata de una burda calumnia sin traza alguna de verosimilitud, esto es, de una **falsificación integral** del jesuitismo?

La conclusión a que conduce la lectura de 65 páginas atiborradas de «se sospecha», «indicios», «es muy probable», «tal hecho nos induce a colegir», «bien pudo ser», «tiene trazas», «no se sabe», «se puede sospechar», «se supuso», «según dichos del pueblo», «se decía en el vulgo», y de testimonios que no son valederos, es que el biógrafo jesuita ha querido marear al lector con una palabrería encaminada a dejar en su ánimo una grave sospecha de inculpación contra la Masonería, sin ninguna prueba.

Por lo insubstancial de esa palabrería queda, pues, comprobado que la Masonería no tuvo participación alguna en los hechos que culminaron el 6 de Agosto de 1875. En caso de haberla tenido, digna sería de alabanza y de gratitud; pero es mejor que no haya dado el más mínimo pretexto para que los jesuitas exalten al tirano ante la devoción de ingenuos fanáticos y de ignorantes beatas, como un «mártir de la Religión». La verdad histórica es sencilla y clara: fue ajusticiado por sus inauditos crímenes; no por razones religiosas.

Beatificación del tirano.—Aun sin conocer a fondo los vicios y crímenes horrendos de García Moreno, muchos se resisten a creer que la Iglesia quiere elevarle a los altares. Para que no les quepa la menor duda, bastaría transcribir los altísimos elogios que de él han hecho, apoyados en la propaganda jesuítica, los papas Pío IX, León XIII y Pío XII, numerosos cardenales y no menos numerosos arzobis-

pos, obispos y presbíteros. El cardenal jesuita Billot que, por razones ignoradas, fue degradado por Pío XI, escribió al arzobispo de Quito, Carlos María de la Torre: «Su alocución acerca del gran Hombre e **ínclito mártir**...., ha despertado en mi alma tan vivo gozo, que no encuentro palabras para expresarlo.... ¡Oh! ¡qué hermosa figura, *digna en verdad de ser colocada en los altares!*; digna de ser propuesta como ejemplar a nuestros católicos modernos, que, por desgracia, se dejan inficionar cada día más por los mortíferos principios del liberalismo. Hago fervientes votos porque las condiciones políticas del Ecuador permitan finalmente iniciar la Causa en la Sagrada Congregación de Ritos. ¡Cuán feliz me juzgaría yo, si fuera el Ponente!» (S. A. Gómezjurado, S. J.: «¡¿Mártir García Moreno?!», pág. 151).

Mientras la propaganda jesuítica invadía todos los rincones del Catolicismo promoviendo la fama de santo y de mártir de su consocio, protector e instrumento a la vez, voces independientes como la del periódico panameño «Star and Herald», ni siquiera han sido tomadas en cuenta por la Jerarquía católica. Decía aquel diario el 20 de Agosto de 1875: «García Moreno creó el gobierno más despótico que la fuerza bruta y el poder clerical fundaran.... *Ha muerto como un perro con rabia a los golpes de tres hombres*.... Con las finanzas arruinadas tenía sin embargo dinero para dar al Papa 30.000 pesos por año y mantener y equipar un ejército de jesuitas y más frailes, igual por lo menos que los soldados si no superior en número.... Aparentaba creer en la eficacia de un amuleto enviado de Roma ... El secreto del confesonario lo tuvo en sus manos....» (Wilfrido Loor: «García Moreno y sus asesinos», pág. 233).

El 20 de Diciembre de 1939, el arzobispo de Quito y actual Cardenal Carlos María de la Torre, acogiendo la sugestión del cardenal jesuita Billot, expidió un AUTO ARZOBISPAL como primer paso canónico para la introducción de la Causa de Beatificación, en vista de que «graves y prudentes varones, muy versados en sagrada teología, y que con especial cuidado y diligencia han estudiado.... la muerte del Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno, y la causa que la motivó, han creído descubrir.... las *notas esenciales y características del verdadero martirio* ... Paréceles —añade— que la muerte de San Canuto, San Wenceslao, Santo Tomás de Canterbury, de los católicos ingleses sacrificados en los aciagos días de Enrique VIII e Isabel, guardan perfecta consonancia.... Tal juicio ... y el interés de que ... se haga lo posible porque sea **colocado en los altares**.... nos han movido a dar los primeros pasos ... En consecuencia, después de invocar las luces del Espíritu Santo; oído el parecer de nuestro promotor Fiscal; temerosos de incurrir en la indignación divina, si por ventura oponemos alguna resistencia a los designios que acaso tenga Dios sobre el alma privilegiada de aquel de quien dijo Pío IX que había caído *víctima de su fe y de su caridad cristiana* (sic), y León XIII, que *sucum-*

bió por la Iglesia, a manos de los impíos **(sic)** ...; en cumplimiento de lo ordenado por la sagrada Congregación de Ritos.... TENEMOS POR BIEN CONSTITUIR LA COMISION HISTORICA, que tendrá por fin recoger todos los documentos históricos relativos a la muerte y causa que la motivó, o la **fama antigua del martirio (sic)** del Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno.... Esta Comisión se compondrá del Revdmo. Sr. Juan de Dios Navas, Canónigo Magistral de nuestra Iglesia Metropolitana, y Archivero de nuestra Curia Eclesiástica; del Revmo. P. Joel Monroy, Provincial de la Orden de la Merced; y del *Rdo. P. José Le Gohuir de la Compañía de Jesús*». El texto íntegro, suscrito por el citado señor Arzobispo y por su Secretario, Angel Humberto Jácome, se halla en el «Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis», de Enero de 1940, de donde lo transcribe Wilfrido Loor en su «García Moreno y sus asesinos», pág. 237-239.

Ha dicho el arzobispo que «teme incurrir en la indignación divina» si no procede a la introducción de la causa de beatificación de este «mártir». Pero, ¿cuál será la indignación divina cuando se llega a «colocar en los altares» a un malhechor público? No deben sorprendernos los elogios papales, pues hasta los Papas adolecen de beatífica predisposición a creer en santos y en milagros, sobre todo cuando el engaño les llega desde lejos, como cuando Pío XII, en su alocución radial al Congreso Eucarístico Ecuatoriano de 1949, se refirió a Quito situado a las orillas de las **«caudalosas** aguas del Machángara....»

El 26 de Febrero de 1957, aduciendo que ha quedado «incompleta la Comisión», el Cardenal de la Torre nombró miembro de la misma al jesuita Severo Gómez Jurado S. J. **(sic),** «en atención a la sólida piedad, profundo conocimiento de la Historia del Ecuador y acertado criterio histórico que (le) adornan....» **(sic).** Ignoramos quienes sean los otros dos miembros, ya que han muerto los tres nombrados en el primer auto arzobispal. ¿Está ahora constituida la Comisión por un solo miembro: el jesuita Severo Amable, a quien ya tanto conocemos?

Este segundo auto arzobispal contiene unas advertencias que creemos muy conveniente recordárselas. Los miembros de la Comisión —dice— «tendrán que declarar *bajo la santidad del juramento:* 1) *Si han llevado a cabo todas las investigaciones y recogido cuanto de cualquier modo puede referirse al siervo de Dios;* y 2) *si no han adulterado o anulado ningún documento o texto.* Deberán también ser interrogados sobre la *autenticidad y valor de cada uno de los documentos o textos aducidos*....» (Véase: Severo Gómezjurado: «Vida de García Moreno», III tomo, pág. 7 y 8). Ya nos figuramos los aprietos del jesuita cuando, por ejemplo, las autoridades curiales le exijan pruebas de la llegada de los «agentes peruanos» a Quito, y de los «bi-

lletes peruanos con que dizqué la Masonería hubiere pagado a los autores del «martirio»....

Ya en 1938, aun antes de que fuese expedido el primer auto arzobispal, el propio jesuita Gómezjurado había principiado su campaña publicitaria a favor del «siervo de Dios». En la página 8 del tomo que acabamos de citar, se lee la siguiente «NOTA: **En mil novecientos treinta y ocho,** el Rvdo. P. Severo Gómez Jurado S. J., en Riobamba, *emprendió con la tarea tendiente a la beatificación de García Moreno.* Al efecto, comenzó a pronunciar conferencias, a divulgar **oraciones** aprobadas por los obispos, y a publicar su libro intitulado **Hércules Cristiano**... Cuanto a las referidas oraciones ha hecho circular, hasta el presente, unos doscientos mil ejemplares, con variedad de **imágenes** del Presidente **mártir** ...»

Suponemos que algún lector desea conocer aquella oración. Hela aquí, y, si quiere, puede rezarla con toda devoción:

«ORACION APROBADA POR LOS EXCELENTISIMOS ARZOBISPO DE QUITO, Y OBISPOS DE GUAYAQUIL, RIOBAMBA, LOJA, AMBATO Y MENDEZ».

«¡Oh Corazón Santísimo de Jesús! acordaos de la consagración que os hizo de **su República,** el cristianísimo Presidente Gabriel García Moreno; de la entronización de vuestra imagen en su Casa Presidencial; y de su sangre derramada para sellar su adhesión inquebrantable a Vos y a vuestro Vicario el Papa; y *concedednos la glorificación canónica* de tan **ejemplar** Gobernante; *suscitad hombres poderosos en obras y palabras;* y en fin dadnos la gracia particular que os pedimos de acuerdo con vuestro beneplácito. Amén».

«Pídase la gracia que se desea.
Padre nuestro.... Avemaría.... Gloria ...»

(Tomada del folleto de Severo Gómezjurado S. J.: «¡¿MARTIR GARCIA MORENO?!», pág. 181).

Obsérvese la petición que el jesuita pone en labios del ingenuo y devoto creyente: que Dios «suscite hombres poderosos en obras y palabras», esto es, grandes hipócritas y sanguinarios tiranos idénticos a García Moreno, que sepan engañar, atormentar y asesinar a sus semejantes!

Montalvo dijo una gran verdad en el primero de sus Siete Tratados: «El clero ha sido siempre aliado natural del despotismo, y aun muy dichosos los pueblos si no toma parte con la tiranía.. .» Mas, en este caso, no contento el jesuita con encomiar el patíbulo erigido por el tirano y con elogiar disimuladamente las palabras de engaño, pretende divinizar la tiranía y la hipocresía ...

A pesar de estas oraciones sacrílegas porque se encaminan al aniquilamiento de la caridad cristiana, «la democracia —según las palabras de verdad de Montalvo— camina a más andar: si algún día pre-

valece el espíritu del Evangelio, ella será la ley de las naciones», —y no los caprichos ni las locuras de hombres poderosos en palabras de mentira y en obras de iniquidad.

Milagros del tirano post mortem.—En la «promoción» —según hoy suele decirse— de la fama del martirio de García Moreno, como paso previo a su beatificación y canonización, no podía faltar la propaganda jesuítica con «milagros» hechos por el futuro beato y santo. Y es por esto que Gómezjurado llena las últimas diecinueve páginas de su folleto «¿MARTIR GARCIA MORENO?» con los relatos de 31 «Favores por la intercesión de García Moreno». Se trata, como ya se comprende, de verdaderos milagros jesuíticos. Como muestras, vamos a sintetizar el relato del «Pan quemado» y el del «Fusilador milagroso».

Sucedió en una «importante panadería» de Cuenca, que, por un descuido, se le quemó el pan a Mercedes Torres, una de las panaderas, que palideció de pavor a la espera de las «invectivas y castigos de la Señorita Carmen Maldonado, que hacía el oficio de superiora, célebre por su austeridad y exigencias». Ella y una compañera de infortunio, acudieron a un Canónigo capellán de apellido León, como medianero, el mismo que las tranquilizó encomendando el asunto al alma bendita de García Moreno. Eran «las cinco y media de la tarde .... El virtuoso prebendado .... ponderó el caso; calmó a las cuitadas; las hizo salir de la panadería, la que **cerró con llave,** que puso en el bolsillo, **y se la llevó consigo** ... El Rvdmo. Sr. Canónigo regresó a la mañana siguiente; abrió la panadería; entró, acompañado de las afligidas empleadas; y con asombro y júbilo, advirtieron que los panes estaban del todo transformados: excelente punto de cocción, y agradable matiz dorado. El Sr. León, vivamente conmovido, hizo inmediatamente ir a todas a la capilla, donde pronunció una pequeña plática, encareciendo la eficacia de la oración, y elogiando a las que tan fervorosamente habían orado ....» (Folleto citado pág. 183—184). El milagro era evidente; pero, en su plática el Sr. Canónigo León seguramente no dijo en qué ajetreos se entretuvo la noche anterior mientras tenía en su poder la llave de la panadería...

Otro milagro no menos asombroso es el del «Fusilador milagroso». Trátase de una señorita guayaquileña, que desconfiaba que pudiese hacer **milagros** quien en vida fusilaba por quítame esas pajas. Su interlocutor, probablemente un jesuita, le dijo: «Haga Ud. la prueba, señorita, pídale uno! «Pues bien —respondió ella— si García Moreno es un santo, que me proporcione una máquina de coser, de las de pie».—«A los pocos meses, aquella señorita, en su onomástico, fue agraciada por una de sus amigas, imprevistamente, con la máquina con que soñara».. (Ib pág. 185). El relato no dice quien convenció a esa amiga para que hiciera aquel obsequio a la incrédula....

No hay duda: García Moreno se ha convertido en la otra vi-

da.... ¿Quién habrá hecho ese milagro, el más grande de todos los milagros?....

Milagros del tirano en vida.—El «Siervo de Dios» (así suele llamar la Iglesia Católica a sus candidatos a los altares) hizo verdaderos portentos en su vida pública y privada.

No obstante sus continuos desafueros contra el orden social y las autoridades civiles, y a pesar de andar prófugo de la justicia por largo tiempo a consecuencia de un bofetón dado a un Ministro de Estado, salió siempre campante, eludiendo cárceles y salvando milagrosamente la vida. Nada le aconteció después de haber sido declarado traidor a la Patria en decretos y en proclamas presidenciales.

El Ecuador mismo habría debido desaparecer de entre los pueblos libres en 1859 y 1860, y subsistió por puro milagro. El «Siervo de Dios» celebró una alianza estrecha con el presidente peruano Castilla y colaboró estrechísimamente con el almirante peruano Mariátegui mientras la flota enemiga bloqueaba nuestras costas y particularmente el puerto de Guayaquil, para doblegar al Gobierno ecuatoriano dignísimamente presidido por el General Francisco Robles, a que le entregara nuestro territorio amazónico. Castilla y el general colombiano Mosquera llegaron a un acuerdo secreto para dividirse en dos partes iguales el territorio ecuatoriano; convenio que llegó a conocimiento de García Moreno, y que, por puro milagro, no fue llevado a la realidad.

En Diciembre de 1859, el «Siervo de Dios» escribió tres cartas secretísimas pidiendo que Francia se adueñara del Ecuador como de una simple posesión colonial, a la que el señor Trinité, representante de esa potencia, habría dado el nuevo nombre que se le antojara. Posteriormente, cuando el «Siervo de Dios» era ya presidente de la República, insistió en ese descabellado propósito. Asimismo, por puro milagro, el Gobierno francés desoyó su solicitud y el Ecuador conservó su nombre e independencia.

En Febrero de 1860, la flota peruana puso fin a su largo bloqueo, gracias al calumniado tratado conocido como «de Mapasingue», por el cual el calumniado General Guillermo Franco obtuvo del Perú dos años de plazo para discutir los títulos de propiedad sobre los territorios disputados por el Perú. Por puro milagro, Franco ha sido presentado desde entonces, por más de un siglo, como traidor a la Patria, mientras el verdadero traidor, el «Siervo de Dios» García Moreno, es exaltado como «salvador de la Patria».

El «Siervo de Dios», a raíz del fin del bloqueo peruano, promovió una insensata guerra civil. El bando encabezado por él y por otro traidor, el general Juan José Flores, formado en su mayoría por mercenarios pastusos, y armado con el oro y el auxilio dados anteriormente por Castilla, derrotó a las tropas netamente ecuatorianas que defendían Guayaquil, ciudad que fue asaltada y tomada devotamente el día de la Virgen de Mercedes, de 1860. Centenares de guayaqui-

leños hallaron la muerte en las aguas del Guayas. Dos días más tarde el «Siervo de Dios» restableció en la República «la antigua bandera colombiana»....

Milagrosamente, el pueblo ecuatoriano no se dio cuenta de toda la serie de crímenes y traiciones del «Siervo de Dios», y éste fue elegido Presidente de la República por un grupo de incondicionales reunidos en la Asamblea Constituyente de 1861, que fue presidida por Flores....

El «Siervo de Dios» provocó dos guerras internacionales: la primera contra el guerrillero conservador colombiano Arboleda, y la segunda contra el caudillo liberal, asimismo colombiano, Mosquera, el mismo que en 1859 había proyectado dividirse el territorio ecuatoriano con Castilla. Ambas guerras constituyeron otras tantas vergonzosas derrotas para el Ecuador. En la primera, el «Siervo de Dios» cayó prisionero de Arboleda; pero juntos oyeron misa, y con la promesa secreta —no cumplida después— de pagar indemnizaciones de guerra al vencedor, el «Siervo de Dios» salvó milagrosamente al Ecuador. Mosquera, milagrosamente, no exigió indemnización alguna, y el «Siervo de Dios» pudo continuar en el ejercicio del poder.

Mejor dicho, en el ejercicio de la tiranía. Según expresión de uno de sus mejores biógrafos, Luis Robalino Dávila, el «Siervo de Dios» «sufrió un vértigo de sangre» durante el cual fusiló a los indefensos prisioneros de Jambelí, a Viola, a Maldonado.... Víctima de ese vértigo sanguinario murió también Juan Borja.

Terminado su primer período presidencial y nombrado Ministro Plenipotenciario en Chile, el «Siervo de Dios» salvó milagrosamente la vida a su paso por Lima, donde un pariente de una de las víctimas de Jambelí le descargó un tiro de revólver.

Milagrosamente, la Jerarquía eclesiástica, desde Roma hasta los curas de pueblo con la honrosísima excepción del santo Arzobispo Checa y Barba, quedó ciega para todos los crímenes del «Siervo de Dios», y lo alaba como «Defensor del Derecho y Religión cristianos», únicamente porque, para encubrir esos crímenes y obtener el apoyo del clero a su gobierno, importó jesuitas y comunidades de religiosos y religiosas....

No menos asombrosos son los milagros del «Siervo de Dios» en su vida privada. Mas ellos requieren una advertencia.

Su pensamiento y sentimientos respecto de la mujer dejó escritos para la posteridad en numerosas cartas. En la que escribió a su «adoráda Rosita», desde Guayaquil, el 10 de Enero de 1849, decía: «....estoy seguro que el parto no pasará del veinte, y que **he de tener hija y no hijo,** y de que mi pobre hija se me ha de parecer como un retrato, y de que por lo mismo ha de ser más fea de lo que puede buenamente sufrirse en la gente de polleras. Siendo varón no

importaría que tuviera la hermosura del mismo Esopo, o de Porfidio que es lo mismo: se librará cuando menos de bailar la polca y ya ves que no es poca ventaja en estos tiempos de saltos y de vueltas: si quisiera casarse no le negaría Dios una **tigrecita** que formara con él buena pareja; y por cierto que con sólo salir de casa, y **meterse cristianamente** (sic) en la casa de tu hermano don Manuel, había de encontrar una prima, linda como Maritornes y generosa como la avaricia, de quien diría como Adán de su mujer por lo mucho que se le parecía: esta es cara de mi cara y ésta es hueso de mis huesos. En fin; nazca varón y tenga la cara que tuviere: te suplico, sí, desde ahora que **no vengas a parir año por año,** como si los hijos fuesen de cosecha: de este mi destierro, sacaré siquiera este buen resultado de que no me hagas padre por segunda vez hasta el año de 1850». (CARTAS, I, 1a. ed. pág. 38; 2a. ed. pág. 54. En la primera edición dice: **«hija y no hijo»,** que es el texto correcto; en la segunda, Loor ha errado poniendo: **«hijo y no hija»).**

¿Qué insinuaba el «Siervo de Dios» a su esposa cuando le recomendaba encarecidamente que no le diera un hijo cada año? ¿Qué juzgan de estas insinuaciones los monseñores del Vaticano expertos en canonizaciones y en los problemas del «control de la natalidad»?....

En una carta colectiva que dirigió desde su escondite de Vinces cuando le perseguía la justicia, decía a sus «queridísimas hermanas» —según llamaba con muy sospechosa efusividad a sus cuñadas— el 28 de Febrero de 1849 con motivo del nacimiento de su segunda hija: «Siento que **mi Seca** se halle con Rosarito enferma. Tiene tantas hijas que tal vez era de **conformarse** (sic) **con que subiera al cielo una de las dos últimas,** aunque ciertamente a todos nos fuera muy sensible....» —(Entre paréntesis y con las debidas reservas, advertimos que **«mi Seca»** era su cuñada Rosario, de la que se había enamorado antes que de Rosa, su primera mujer).

«Han acertado Uds. —prosigue— en creer que me haya alegrado a medias del parto de Rosita ... La suerte de la mujer sobre la tierra es tan desgraciada, sobre todo en nuestro país, que me parece imposible que *el nacimiento de una hija, destinada a vivir padeciendo, halague al hombre que piensa. Si Dios quisiera llevarse a la mía en los primeros días de la vida, la llorara por mí y me consolara por ella.* No les pido que quieran a mi pobre hija, porque estoy seguro que Uds. la mirarán con cariño. Entiendo que no tiene más recomendación que ser **mujer e hija mía,** esto es, **ser infeliz por todo.** Me escriben que se me parece mucho, para decir que es fea basta. Desde el correo anterior atribuía a olvido de Uds. el silencio sobre el bautismo y el nombre ... (Wilfrido Loor: «CARTAS DE GARCIA MORENO», I. 2a. ed. pág. 77).

Inconforme la madre con que el padre tuviera en tan poco la vida de la hija, debió sin duda haberle hecho algún reclamo, pues el

«Siervo de Dios», en carta personal que le dirigió el 28 de ese mismo año, insistía sobre el particular en los siguientes términos dignos de estudio por parte de la Comisión arquidiocesana pro Causa de Beatificación y Canonización de García Moreno: «He tenido el mayor placer en leer tu cartita, pues me ha quitado el recelo que tenía de que a consecuencia del parto hubieses quedado enferma, y me ha traído la buena noticia de que tú y mi hijita seguían buenas.... No pienses que por desamor **he deseado que Dios se llevara a mi hijita;** al contrario, por lo mucho que la quiero me duele sobre manera que le toque la suerte infeliz que les toca a casi todas las mujeres, y por esto *habría preferido tener cuatro hijos varones a una sola hija si hubiese estado en mi mano la elección.* Me dices que **la quisiera menos** si yo pasara las malas noches que pasas tú: con mucho gusto trocara esa mala vida con la mía, para que vieras que sufre más el que se queja menos: ¡qué dijeras pasando días sin gusto y noches sin sueño, días de cien horas, y noches de tristeza y de desvelo! Quito las menudencias del calor y los mosquitos que tanto incomodan, porque me parece haber dicho lo bastante para que no te quejes de tan poco ....» (Ibidem, pág. 96–97).

Estas cartas del «Siervo de Dios» explican tal vez el misterio de los «milagros» de la muerte de sus OCHO HIJITAS: cuatro tuvo en Rosa Ascásubi, y cuatro en su «hija» (así llamaba desde su infancia a su sobrina e «hija adoptiva» con la que se casó en sus segundas nupcias), Mariana Alcázar Ascásubi. Dios no le oyó en sus oraciones porque le diese hijos (aparte de su único hijo Gabrielito que vivió hasta el presente siglo), y le dio ocho hijas que se las llevó al cielo, milagrosamente, en su más tierna edad.

Hijas del matrimonio: García Moreno—Rosa Ascásubi:

Primera hija:—Nace y muere en seguida a mediados de Marzo de 1847. No existe partida de nacimiento. (Véase: Severo Gómezjurado, S. J.: VIDA DE GARCIA MORENO, I, pág. 302).

Segunda hija:—Nace a principios de Febrero de 1849 con toda felicidad. Es bautizada con el nombre de María del Rosario. El «Siervo de Dios» le llama «la nueva Rosita». Muere a mediados de 1849. (Véanse: Gómezjurado: VIDA DE GARCIA MORENO, I, pág. 367; Wilfrido Loor: CARTAS, I, 2a. ed. pág. 75).

Tercera hija:—Nace el lunes 29 de Julio de 1850, con toda felicidad. Es bautizada el 30 del propio mes con los mismos nombres de su hermana muerta en 1849, María del Rosario. Sólo se sabe que murió en «su más tierna edad». (Véanse: Gómezjurado, VIDA DE GARCIA MORENO, II, pág. 63; W. Loor: CARTAS, II, 2a. ed. pág. 173).

Cuarta hija:—Nace y muere el 26 de Octubre de 1852. Muere sin bautismo. (Véanse: Gómezjurado, VIDA DE GARCIA MORENO; III, pág. 29–30); W. Loor; CARTAS, I, 2a. ed. pág. 223 y 289).

Hijas del matrimonio García Moreno—Mariana Alcázar Ascásubi:

Primera hija:—Nace en Guaranda, el 8 de Diciembre de 1866. Recibió el nombre de Mariana. Murió el 5 de Febrero de 1868. (Véanse: W. Loor: CARTAS, III, 2a. ed. 345, 346, 352, 384 y 385; Gálvez: VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO, pág. 303).

Segunda hija:—Nace y muere en 1867, sin que puedan precisarse las fechas, según se infiere de cartas del 9 de Octubre del expresado año, dirigidas por el «Siervo de Dios» al doctor Vicente Lucio Salazar en agradecimiento por la condolencia del fallecimiento de una hija recién nacida; y al señor José María Lasso. (W. Loor: CARTAS, III, 2a. ed. pág. 371 y 373).

Tercera hija:—Se ignoran las fechas del nacimiento y muerte de esta hija, de cuya existencia se tiene conocimiento unicamente por una carta del «Siervo de Dios», de fecha 28 de Febrero de 1872, en que habla de «mi hijita». Para que no se crea que se trata del error de una vocal, transcribimos la oración íntegra: «....haz muchas caricias a Gabrielito, a quien le llevaré 4 quesitos, y **a mi hijita».** Debió nacer después de la muerte de la primera en 1868, y de la segunda en 1867, naturalmente, antes de febrero de 1872. Debió morir muy pronto, pues no volvió a hacer mención alguna de ella. (W. Loor: CARTAS, IV, pág. 266).

Cuarta hija:—Nació el 25 o el 27 de Julio de 1874. Recibió el nombre de Mariana. Murió a fines de Junio o principios de Julio de 1875, esto es, pocas semanas antes de la muerte del «Siervo de Dios». (W. Loor: CARTAS, IV, pág. 453, 454 y 456).

¿Fue también milagrosa la muerte de la primera esposa del «Siervo de Dios», Rosa Ascásubi de García Moreno?....

....

Refiere Luis Robalino Dávila: «Doña Rosa de Ascásubi de García Moreno no tiene buena salud; su marido cree un momento que va a contraer tuberculosis... Y es tímida, recelosa, agobiada de toda clase de temores.... Además de enferma y fea, es tímida, poco hábil para manifestar su admiración apasionada por su marido, celosa indudablemente, indiscreta en el aconsejar, y que debió aburrir soberanamente al luchador de raza y al hombre sediento de vida....» («GARCIA MORENO», pág. 611 y 614).

A su vez, Manuel Gálvez comenta: «García Moreno se acerca a los cuarenta y cuatro años.... Su mujer, Rosa Ascásubi tiene **cincuenta y seis;** pero es como si tuviera algo más, debido a su pésima salud. ¿De qué padece Rosa?.... Debe tratarse de algo muy crónico.... Tiene también una hernia que le hace sufrir mucho.... Es posible que el permanente estado de mala salud de Rosa haya influido en el carácter de su marido. Y no sólo por lo que significa tener enferma a su mujer sino por motivos sexuales.... El es fuerte y to-

davía es joven. Diversos hechos prueban que no puede mantenerse casto.... Es lógico, pues, que la falta de relaciones materiales con Rosa aumente su nerviosidad y su irritación... No sería imposible que esto hubiese contribuido con otras causas, a alguno de sus harto enérgicos actos de represión.... Una noche de Octubre de 1865, a los cuarenta días de haber dejado el poder García Moreno, Rosa enferma.... Algún enemigo de García Moreno le acusa de haber envenenado a su mujer, a la que no amaba.... Se funda en que el médico dejó un frasco de láudano y en la visita siguiente lo encontró vacío.... Supone el enemigo del ex-presidente que a Rosa se le dio todo el frasco.... Pero, ¿no pudo volcarse el contenido? ¿Y por qué creer que él mismo le ha hecho beber todo el láudano? ¿No es más probable que haya habido *error involuntario de alguna mujer de la familia* o de alguna criada? ... Nadie en el Ecuador, salvo uno que otro irresponsable, ha creído en semejante infamia....» (VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO, pág. 281—282).

Aunque Gálvez tache de «irresponsable» al señor doctor Roberto Agramonte, ex Rector de la Universidad de la Habana, citamos los párrafos de su biografía relacionados con este punto negro de la vida del «Siervo de Dios»: «Se dice que García Moreno llegó a solicitar del Sumo Pontífice que, en compensación de los méritos que él había contraído con la catolicidad, declarase írrito su matrimonio a virtud de un impedimento dirimente....» (El privilegio de celebrar segundas nupcias eclesiásticas en vida de la primera esposa, le fue concedido en forma escandalosamente excepcional, en 1958, al Presidente del Perú, Manuel Prado, por el papa Pío XII, de feliz memoria para los nuevos esposos. Prado fue también condecorado por Pío XII pocos meses después de la sangrienta invasión peruana al territorio del Ecuador...)

«No pudiendo lograr tal propósito —prosigue Agramonte— acudió a un procedimiento más expedito.... La desdichada señora padecía cruentos dolores.... El Dr. Cayetano Uribe (Cónsul de Colombia), que era su médico de cabecera, le había recetado **unas gotas** de láudano. García Moreno que *era muy experto en medicina y cirugía* (según opinión del padre Berthe), contravino la disposición facultativa y le hizo ingerir el pomo íntegro ... Llamado urgentemente el doctor, porque la enferma se moría, advirtió absorto que el frasco estaba vacío.... junto a una puerta del cuarto.... Interrogó el doctor a García Moreno y seguidamente repuso: *«Con la cantidad que yo dejé se podía haber matado a una yegua»* ... Poco después la enferma agonizaba.... A pesar del empeño de los familiares en silenciar esta monstruosidad, comparable a las de Nerón, Calígula, Tiberio o Catilina...., el escándalo cundió en todo Quito ... El marido lloró desencajadamente en la cabecera de la pobre esposa y a las cinco de la mañana del siguiente día, el sarcófago era conducido en el carro policiaco al Tejar de la Merced... .» Agramonte añade en una no-

ta: «Cinco años después de su primer casamiento, escribía García Moreno: «El niño Nerón había hecho matar a su madre, a su mujer, a sus maestros y a su querida» (Defensa de los Jesuitas, 1851, 4). Se ve que esta imagen criminal estaba ya latente en él.... Catilina mató a su primer esposa, para casarse con otra...» (Obra citada, pág. 85–86).

«Apenas enterrada Rosa —escribe Manuel Gálvez— García Moreno se prenda de una sobrina de la muerta, Mariana de Alcázar. La mayorcita de las hijas de «la Seca» es una chiquilla de quince años. Enemigos del ex-presidente aseguran que el mutuo sentimiento ha nacido antes, o en los mismos días de la muerte de la esposa. Es muy posible, porque es ***perfectamente humano, sin que haya en ello nada vituperable para García*** Moreno (sic)». Si el caso hubiese acontecido con Montalvo ¿habría habido en ello algo vituperable para Montalvo?.... (Véase: VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO, pág. 288).

¿En qué momento se enamoró el «Siervo de Dios» de «su hija» Marianita? ¿Tal vez cuando ésta, a los siete años de edad, le decía «ingrato Seco», y que «lo amaba y lo extrañaba»?....

El jesuita Severo Gómezjurado da un dato acaso revelador, cuando en el V tomo de su «Vida de García Moreno», pág. 205, dice: «....sabemos que la madre de Marianita, Doña Rosario Ascásubi de Alcázar, ***se opuso tenazmente y con lágrimas de dolor*** ...» al matrimonio de su hija con el «Siervo de Dios», a quien de tiempos atrás solía llamar su «pícaro Seco». ¿Qué otros secretos que «sabe» el biógrafo jesuita está guardándolos para los volúmenes que está todavía por publicar?

En diversos escritos de Montalvo se hallan muy intrigantes referencias sobre estos puntos de la vida y milagros del «Siervo de Dios» Gabriel García Moreno. En su panfleto «Fortuna y felicidad» dice: «... El **jesuitismo** no le sirve sino para hacerle enterrar una mujer y tomar otra, para inspirarle pecados inauditos y absolverle de sus culpas....» Fue el propio Montalvo quien subrayó la palabra «jesuitismo». (Véase: PAGINAS DESCONOCIDAS, 91), Obsérvese que Montalvo escribió esto en Enero de 1872.

Pero lo más revelador se halla tal vez en el drama EL DICTADOR, que fue firmado el 7 de Agosto de 1873, es decir, dos años antes del ajusticiamiento del tirano. Que el drama tiene un fondo histórico queda fuera de toda duda por el título y por el nombre Maureno que Montalvo dio al Dictador. En la primera escena del primer acto, Rimbaldo, obispo y cuñado del dictador, dice de éste: «Su corazón es un hervidero de los más inhumanos afectos; los suaves, los tiernos, los amables, no tienen cabida en él. La erección de su ánimo no afloja sino delante del peligro; con los flacos, un león: con nosotros, tirano y verdugo, al propio tiempo. Impera sobre todos: para los arranques de su índole satánica, ***todas son sus mujeres, su esposa***

y sus cuñados; para los ímpetus de su ira, todos son sus criados ... Invoca el desinterés en sus codicias; del nombre de Dios se sirve para sus engaños; bajo el manto de la castidad consuma sus lujurias; sus ambiciones son para él desprendimiento; advierte de continuo que habla con la verdad, como quien sabe que es falso lo que dice; las virtudes son el pretexto de sus delitos, y la honestidad la llamadora de sus vicios... »

Sor María, cuñada de Maureno, había dicho al Nuncio papal: «Desde que le he visto a ese hombre derramar lágrimas, rompiéndole la mano a besos a su esposa moribunda, lamentándose de su suerte, se me ha redoblado el terror que siempre me ha infundido ...» Y después le pregunta: «¿Es verdad que mi cuñado consultó a Vuestra Eminencia acerca de divorciarse de su esposa?»

«¿Maunero? —pregunta el Nuncio—. No fue consulta sino exigencia; ni divorcio lo que pedía, sino que se le declarase írrito su matrimonio, con decir que había de por medio un impedimento dirimente, y de los más graves. Quería quedar en aptitud de casarse, como si ni un día lo hubiera sido....»

El diálogo se interrumpe con la llegada de un personaje que exclama: **«Está envenenada ...»**

En otra escena Sor María dice: «Si los médicos no nos hubieran advertido el crimen, él nos lo hubiera hecho sospechar: está persuadido de que la muerte es obra del veneno.... Temblaba, dice, en vista de la solicitud con que ese tierno esposo le hacía apurar las drogas; y cree haber notado una ocasión pasar por sus labios una sonrisa de gozo infernal....»

Revelando el secreto de la paternidad de Arabela —personaje que representa a Marianita Alcázar—, Sor María dice entrecortada: «Su padre era... es.... Maunero....»

«¿Y vos, madre, dejasteis consumar ese sacrilegio? —pregunta su interlocutor—. El incesto es el más negro de los pecados....»

En el tercer acto, exclama el Nuncio: «¡Dios misericordioso! Son estos los tiempos de Francisco Cenci.... El Nuevo Mundo es inocente todavía: los grandes crímenes son hijos de sus padres viejos, nacen en las ciudades que han devorado por siglos los vicios de la civilización. La joven no ha tenido parte en este nefando casamiento; lo debemos creer por honra del género humano y de nuestra religión; digo que ignoraba de todo punto el secreto de sus padres».

Replica Rimbaldo: «....En efecto, ella no supo que se casaba con el suyo».

Y pregunta: «¿Se figura Su Eminencia que esa persecución al amor de todo el mundo, ese torpe fiscalizar los corazones....; ese odio, digo, al amor y la felicidad de los demás, ha tenido por objeto acrisolar las costumbres, ni por móvil una santa y activa adhesión a lo pu-

ro y honesto? Oprime en toda forma a los demás, y mama la cabra. Tiranuelo como ese ha habido pocos ni en los tiempos antiguos.... Su alma libidinosa se le asoma a los ojos, en forma de llamas infernales, y en ellas se consumen la castidad y la inocencia: virgen o casada, cualquiera es buen combustible para ese fuego....»

«....Metido en la Compañía, cumple su noviciado. Se niega a hablar con todos, dicen. Ni entre el público transpira lo ocurrido últimamente en casa: supliqué a los médicos se callasen el mayor tiempo que se les fuera posible....»

Interroga el Nuncio: «Decid en suma, ¿por qué intentó matar a su mujer? ¿Fue por amor a la muchacha puramente?

—«Por amor a ella, ahí la tenía; ni es hombre que tropieza en barras. Por ambición, monseñor, por codicia».

—«No os acabo de entender».

—«Tutor, ya lo era, y curador de la joven, el albaceazgo, en mala hora, no le tocó. Se casa con ella, y he allí dueño de una cuantiosa hacienda, de la cual necesitaba para sus fines ulteriores.... Ni el saludar en latín le ha de hacer falta para mostrarse del todo religioso: el jesuitismo no le deja ni en medio del neronismo....» (Véase: EL LIBRO DE LAS PASIONES, EL DICTADOR, especialmente en las páginas 265, 271, 272, 278, 288, 291, 294, 305 y 306).

Alguien dirá que sólo se trata de una ficción dramática. Puede serlo; pero toca al historiador responsable investigar y cotejar documentos para establecer hasta donde llega la ficción y donde empieza el hecho auténticamente histórico. ¿Habrá Montalvo escrito EL DICTADOR unicamente por pasatiempo o habrá querido dejar para la posteridad el relato de horrendos hechos históricos camuflados —según hoy suele decirse— bajo las apariencias de una tragedia teatral?

La verdad es que Montalvo se refirió a ellos también en otros escritos. Recuérdese la alusión hecha en el panfleto «Fortuna y felicidad» citado en renglones anteriores. Y en LA DICTADURA PERPETUA, panfleto escrito en Octubre de 1874, y que fue la sentencia de muerte del tirano, entre las razones negativas por las que García Moreno, el «Siervo de Dios García Moreno», debía ser «dictador perpetuo», Montalvo dice con su peculiar mordacidad, una es «porque no ha matado a su madre **ni a su esposa** ...» Fue el propio Montalvo quien subrayó las palabras **ni a su esposa**.... (PAGINAS DESCONOCIDAS, 273).

En fin, después de conocer tantos milagros de este «Siervo de Dios», ¿no es uno de los más asombrosos el que tenga tan fervorosos admiradores, panegiristas y devotos que se desviven por elevarlo a los altares? ¡Que lo digan los jesuitas!

Boceto para una «imagen sagrada».—La Curia Romana es muy libre para proseguir la Causa de Beatificación y Canonización de

este «Siervo de Dios» que ocultó su diabólica impiedad bajo las apariencias de una religiosidad y piedad edificantes. «Y dejen ustedes —escribió Montalvo— que García Moreno se confiese también y comulgue por su parte: con dos o tres arrobas de hostia en el estómago se ha de ir a los infiernos, y allá se averigüe él si las digiere o no. Lo que importa es, no agarrarnos con los jesuitas a probarles que son malos, sino molestarle un tanto al pillo de su compadre.....» (PÁGINAS DESCONOCIDAS, «Fortuna y Felicidad», pág. 93).

Si la grey católica quiere venerarle como Santo, bien puede hacerlo, sin que nadie que se diga y sea liberal de corazón y respetuoso o tolerante hacia la fe religiosa, tenga nada que objetar. Y hasta podríamos sugerirles un boceto para el grupo escultórico que deberían erigirle en un templo al norte de Quito, en Rumipamba, para ejemplo de estudiantes y colegialas: García Moreno, de 45 años de edad, con una aureola de santo, lleva del brazo a «su hija» Marianita, de 15 a 20 años, en traje de novia. Aunque históricamente fueron padrinos del segundo matrimonio del santo, Don Juan Aguirre y Montúfar y su esposa Doña Leonor Klinger, para efectos de mayor devoción, actúan de tales la cuñada del novio y madre de la novia, «la Seca», esto es «mi señora Rosarito» como también la llamaba el Santo, y su esposo «Don Manongo» del Alcázar, que, digámoslo de paso, como ganadero era muy aficionado a los toros.... Son testigos de la novia «mi señora Doloritas», «mi señora Chepita» y el «querido don Roberto», cuñados del novio y tíos de la novia. Detrás del grupo presencian la ceremonia un joven militar armado de un fusil y una muchacha: son los hijos ilegítimos del santo. El militar lleva el fusil porque fue quien fusiló a Maldonado. Detrás del grupo yace el cadáver de un criado de la familia, que había muerto fusilado. Un jesuita echa la bendición nupcial.

Nueve ataúdes sirven de base a la «imagen sagrada»: uno grande con el nombre de Rosa Ascásubi de San Gabriel García Moreno; y ocho pequeños. En el primero de éstos se lee «N. N. García Ascásubi»; en el segundo «María del Rosario, No. 1, García Ascásubi»; en el tercero «María del Rosario, No. 2, García Ascásubi»; en el cuarto «N. N. García Ascásubi». Los otros cuatro están todavía vacíos esperando los cadáveres de otras tantas criaturitas García Alcázar.... Sirve de pedestal millares de calaveras recogidas en todo el territorio del Ecuador desde Guayaquil hasta Tulcán y Guaspud, de 1859 a 1865.

Una placa debería llevar la siguiente leyenda: «Aquí San Gabriel García Moreno, a los 45 años de edad, pasó su segunda luna de miel con su segunda esposa, «su hija» Marianita, de 15 a 20 años de edad. Tan ejemplar matrimonio tuvo lugar a los cinco meses y dos semanas de la muerte, por envenenamiento, de su primera esposa».

Otra placa podría llevar la siguiente inscripción: A San Gabriel García Moreno — Esposo fidelísimo — Padre modelo — Ejemplo de

cuñados y de tíos — Patrono de las Familias Católicas — Protector de la Iglesia — Hijo predilecto de San Ignacio de Loyola — Santo de la Compañía de Jesús — «¡Oh! ¡Qué hermosa figura, digna en verdad de ser colocada en los altares!» — Card. Luis Billot, S. J. en carta a Mons. Carlos María de la Torre».

Peripecias de un monumento.—Algunos devotos de este singularísimo «Siervo de Dios» están empeñados en erigirle un grandioso monumento en Guayaquil. Trátase de cuatro o cinco miembros de un autotitulado «Comité POPULAR pro Monumento a García Moreno», cuyo secretario nada tiene de guayaquileño y, sin embargo, es el más fanático del Comité. La estatua de bronce, de cuatro metros de alto, el pedestal, las columnas y ornamentos, todo se halla listo desde 1961, en unos cincuenta cajones de todos los tamaños. Puede vérselos en los terrenos del antiguo American Park.

¿A qué se debe que ese porfiado Comité no haya podido todavía erigir el monumento no obstante los crecidos fondos fiscales de que dispone?.... Sencillamente, a que los Muy Ilustres Cabildos de la Perla del Pacífico, uno tras otro desde 1961, le han negado su autorización: auténticos Representantes de un pueblo patriota, rebelde y altivo como el guayaquileño, jamás permitirán que su suelo sea profanado con monumentos a un traidor y tirano, aunque sea un «Siervo de Dios» reconocido por la Curia de Quito.

En la campaña de divulgación histórica que ha dado lugar a una rotunda oposición al monumento, han jugado papel descollante el Liberalismo guayaquileño y el importantísimo diario EL UNIVERSO, a quienes agradecemos la decisión y generosidad con que facilitaron la publicación de diversos artículos del autor de los presentes renglones. Los dos primeros de refutación a un MANIFIESTO del Comité, intitulábanse «¿MONUMENTOS A UN TRAIDOR?», y en ellos se demostró que el propio Comité incurrió en «confesiones de parte» al recordar y aceptar hechos históricos que, documentadamente, constituyen el «cuerpo del delito». A pesar de que hubo publicaciones muy nutridas de lado y lado, no puede hablarse de una polémica propiamente dicha por cuanto, si bien de nuestra parte atacábamos de frente los puntos de vista del Comité, éste, eludiendo sistemáticamente la lucha, divagaba sobre asuntos secundarios de una manera tan astuta como inconsistente.

El Secretario del Comité, César Pérez Moscoso, porfiaba por discutir sobre el origen y el nombre de la PLAZA VICTORIA, de Guayaquil; lugar escogido por él para el monumento, arguyendo falsamente que en ese sitio hubiese tenido lugar el 24 de Setiembre de 1860, la victoria de las tropas pastusas comandadas por dos traidores, a pesar de que todos los documentos existentes en que él mismo se apoya, prueban todo lo contrario. Como condición previa para un debate público, formuló dos extravagantes preguntas sobre la Plaza Vic-

toria, que debían «ser contestadas íntegra y documentadamente, sin divagar, ni aprovechar la coyuntura para vilipendiar la memoria de muertos ilustres. . .» (EL UNIVERSO, 19 de Julio, 1961).

Nuestra respuesta decía: «. . . . es preciso ante todo que nos pongamos de acuerdo sobre quienes fueron nuestros muertos ilustres cuya memoria no es lícito vilipendiar no sólo en la «coyuntura» de un debate, sino en ningún momento ni circunstancia. Acontece que mientras la memoria de Robles, Urbina, Franco . . . . es vilipendiada por ciertos escritores de derecha, es defendida por escritores honestos . . . .»

Y, al aceptar su reto al debate público, como condición previa y con igual derecho, se le emplazó al Secretario del Comité garciano para que, por escrito, ya que tanto le atemorizaba hacerlo de palabra, respondiera a la siguiente pregunta: «HUBO O NO HUBO DELITOS DE ALTA TRAICION A LA PATRIA POR PARTE DE GARCIA MORENO: 1) EN SU ALIANZA CON EL ENEMIGO INVASOR CONTRA EL PRESIDENTE DE SU PROPIA PATRIA; 2) EN SUS GESTIONES SECRETAS POR CONVERTIR A SU PATRIA EN UNA COLONIA FRANCESA BORRANDO DEL MAPA EL NOMBRE DE LA «REPUBLICA DEL ECUADOR»; y 3) EN SUS GESTIONES ASIMISMO SECRETAS POR ANEXAR EL ECUADOR AL PERU?» (EL UNIVERSO, 29 de Julio de 1961).

Han pasado casi seis años, y todavía estamos esperando la respuesta del señor Pérez Moscoso, o de algún otro personero del célebre Comité.

Como dato digno de mencionarse, observamos que ese mismo día, 29 de Julio de 1961, un magnífico editorial de EL UNIVERSO titulado MONUMENTO A MONTALVO hacía propio el propósito de un COMITE formado espontáneamente para el efecto. Al día siguiente Adel Celinas publicaba en el mismo diario ágiles estrofas tituladas «Un bronce para Don Juan». De esta manera práctica intervino en la polémica el pueblo de Guayaquil.

Por su parte, Juan sin Cielo, el 1o. de Junio se sumó a nuestra causa con un sesudo artículo en que, entre otras acertadas observaciones, decía: «Un país jamás debe levantar monumentos a quienes quisieron ahincadamente borrarlo del mapa. Me parece que lo que acabo de estampar es una razón tan grande como el Chimborazo, y que no es posible someterla a votación». (EL UNIVERSO, 1—IV—61). Inexplicadamente, en otro artículo del 21 de Diciembre de 1963, cambió radicalmente de opinión. Solicitado para que explicara su nueva posición, no tuvo otro argumento que el de estar «cada día un poco más civilizado». Ante la inconsistencia de sus nuevos argumentos, fue muy cortesmente requerido para que se sirviera responder a las siguientes preguntas: «1) ¿Puede un país, sin lesionar el honor nacional, y sin desprestigiarse internacionalmente, erigir estatuas a un traidor?; 2) ¿hubo o no delitos de alta traición a la Patria en la alianza de García

Moreno con el invasor peruano y en sus ajetreos secretos por convertir al Ecuador en colonia francesa?; y 3) ¿esos delitos de alta traición dejaron de ser tales por la realización de algunas obras públicas?» (EL UNIVERSO, 10–I–1964). Sin responder nunca a estas preguntas, y sin rebatir tampoco una serie de artículos que, entre tanto, se habían publicado en el mismo diario, el 3 de Noviembre de 1965 publicó un nuevo artículo a favor de «EL MONUMENTO A GARCIA MORENO».

Débese también advertir que altos Jefes de la Junta Militar de Gobierno trataron de influir, sin lograrlo, en el Muy Ilustre Concejo de Guayaquil a favor de la erección inmediata del monumento garciano.

El doctor Jorge Salvador Lara, conocido hombre público que se desvive por la causa, más que derechista, falangista, leyó una conferencia en Ambato en Octubre de 1961, dedicando gran parte de ella a atacar el libro «San Juan Montalvo» y a su autor, al propio tiempo que, entre insinceros elogios a Montalvo, exaltaba la figura de García Moreno. En la RESPUESTA que, como primer mandoble, tuvimos que darle, agredimos el garcianismo del novel Diputado ante el Congreso Nacional, proclamado en diversas mociones tendientes a declarar fiestas nacionales el 24 y el 26 de Setiembre en honor de García Moreno, desafiándole para que probara que «García Moreno no es reo de delitos de alta traición a la Patria». En el caso de que lograra demostrarlo, tendría derecho al premio de 1.000 ejemplares del libro «San Juan Montalvo» o su valor equivalente de $ 30.000,00. Han pasado cinco años sin que el doctor Jorge Salvador Lara haya intentado siquiera la defensa de su santo héroe. **El reto subsiste en todos sus términos.**

Otro diputado derechista, el Licenciado señor Francisco Salazar Alvarado, mocionó en la Asamblea Constituyente a favor de tan discutido monumento. Opusiéronse a él dos diputados liberales del Guayas y dirigentes de poderosos partidos, el Economista Abdón Calderón Muñoz y el señor Asaad Bucaram.

Toda esta serie interminable de fracasos debe llevar el Comité pro Monumento a García Moreno, a la concluyente convicción de que la suya es una causa perdida. «El que se fía de un traidor consuetudinario ¿qué es?» —se preguntó a sí mismo Montalvo refiriéndose a García Moreno, y se respondió: «Un bobo». Y es también un traidor o, por lo menos, cómplice de la traición, añadamos nosotros. Todo ecuatoriano que, despojándose de prejuicios, comprenda serena e imparcialmente los incontables crímenes por los que Montalvo tildó a García Moreno de «traidor consuetudinario», —estamos plenamente seguros de ello— ha de rechazar con horror e indignación la sola idea de que pudiera erigírsele un monumento cívico. El patriota liberal podrá ver con lástima y hasta con indiferencia que en los templos cató-

licos se dé culto religioso a un impío malhechor: no sería éste el único caso ... Pero jamás podrá mirar impasible que en monumentos públicos se le rindan homenajes de admiración y de gratitud a nombre de toda una nación al «más insigne de los traidores» según lo tildó el Presidente Robles en públicos documentos, únicamente porque se esmeró por encubrir sus traiciones y crímenes de lesa Patria con alharaquientos aspavientos de un patriotismo que, como **traidor consuetudinario** que era, jamás fue sincero. García Moreno pudo fácilmente engañar a muchos de sus contemporáneos, sea porque sus traiciones no fueron suficientemente conocidas ni comprendidas, sea porque su tiránico gobierno no permitía la divulgación del pensamiento libre. Mas hoy que esos documentos nefandos han sido publicados por el jesuita de hábito Severo Gómezjurado —indudablemente con la autorización y beneplácito de los superiores de su secta—, y por el jesuita de leva y de corazón, Wilfrido Loor, pueden ser estudiados sin más trabas que las que el lector mismo quiera levantarse. Y todo el que no se empecine en cerrar los ojos a la evidencia de la verdad, ha de llegar a la conclusión de que «García Moreno es **indefendible»** en sus traiciones, según palabras de un destacado jurisconsulto guayaquileño. En suma, sólo quien tenga instintos de traidor puede levantar monumentos a un traidor ...

Ello nos hace esperar que el Comité garciano, volviendo sobre sus pasos, quiera interpretar los patrióticos sentimientos del pueblo guayaquileño, que ha formado ya dos Comités Montalvinos —uno de ellos con el expreso propósito de erigir un monumento al Cosmopolita—, y les entregue espontáneamente los bronces y mármoles que desde hace seis años yacen por los suelos, y ahora entre ratas y alacranes, para con aquellos erigir el monumento a Montalvo, que es el que quiere Guayaquil.

Siempre Guayaquil ha sido tan fervorosa admiradora de Montalvo como adversa a la figura lóbrega del Traidor y Tirano; y este es el momento en que el espíritu de Montalvo podrá de nuevo decir las palabras inmortales: ¡MI PLUMA LO MATO!

Poco después de haber pronunciado estas palabras, Montalvo escribió en Ipiales: «Por fin llevó su merecido el tirano que, durante quince años, ha consumado sus crímenes en nombre de la República .... Ha muerto como un perro con rabia a los golpes de tres hombres. Algunos de sus satélites, y esto es natural, hablan de él como de un mártir; pero *la ciudad de Guayaquil ha sido puro regocijo desde la llegada de la noticia* ....» («La Conspiración del 6 de Agosto en Quito», de 20 de Setiembre de 1865, en PAGINAS DESCONOCIDAS, 300).

Puro regocijo será también cuando inaugure el Monumento de Montalvo levantado con el bronce y los mármoles del monumento que jamás levantará a García Moreno ....

III.—MONTALVO, INSPIRADOR DE PATRIOTISMO HEROICO

«Dulce et decorum est pro patria mori»
Manuel I. Cornejo Astorga
Roberto Andrade
Abelardo Moncayo
?«Asesinos»?
García Moreno: el mejor defensor de sus «asesinos»
Una placa justiciera
Muerte lamentable de Manuel Polanco y de Campuzano
¿Qué hay de Faustino Lemos Rayo?
Testimonio de González Suárez

«Dulce et decorum est pro patria mori».—Aparte de las masas amorfas de mediocres que forman el rebaño, los destinos de una Nación están decididamente manejados por sujetos excepcionales que se destacan en los extremos del bien o del mal. A éstos pertenecen, en primer término, los insignes traidores y los demagogos —tan numerosos en nuestros días—, que sacrifican a su patria succionando la sangre de sus conciudadanos en beneficio de sus viles intereses y ambiciones de oro, de poder, de honores, de fama. Cuando ellos son los elementos incontrastablemente preponderantes, el pueblo está condenado a su ruina. La salvación y el progreso de la sociedad están en manos de las almas excepcionalmente nobles y generosas, listas siempre a sacrificar sus intereses y aun su vida en aras del bien común.

Quien con su ejemplo y sus enseñanzas estimula en la juventud —terreno virgen y fértil, limpio de los vicios de los mayores— esos encumbrados sentimientos de abnegación y de altruismo, ése es el Apóstol, el verdadero Maestro de un Pueblo en todos los tiempos.

Horacio, pocos años antes de Cristo, arrastraba a los jóvenes romanos de sus días para que imitaran a los héroes de su glorioso pasado y mantuvieran incólume y ascendente la grandeza de su pueblo, diciendo en una de sus odas: «Dulce et decorum est pro patria mori». ¡Dulce y hermoso es morir por la Patria!

Estábamos por decir que Montalvo, cual un tribuno romano redivivo aleccionó casi con las mismas palabras de Horacio a la juventud ecuatoriana; pero, antes de que los miopes o mezquinos nos censuren porque, según ellos, estamos haciendo de Montalvo un mito, reproduzcamos sencillamente algunos de los pensamientos que escribió desde su destierro en Ipiales, al saber el fusilamiento de Cornejo, uno de sus más ínclitos discípulos: *«Morir por la patria, la libertad, la*

cilivización, el bien de todos, y morir bien, es una felicidad». (PAGINAS DESCONOCIDAS, 299).

Montalvo podía hablar a la juventud con la autoridad que el ejemplo de su vida daba a sus palabras: ¿por qué soportó largos destierros y murió pobre y proscrito en París sino porque no se doblegó jamás ante los tiranos, ni dejó de anatematizarlos implacablemente en sus escritos? «Cinco años de destierro —escribió en LA DICTADURA PERPETUA desde Panamá en Octubre de 1874— son para cualquiera cinco muertes; cinco años vividos en un desierto hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza, y los pocos hombres que la habitan me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces, cuando al pie del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis tristes días en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones. . . .» (Ib. 273—274). Traicioneramente capturado por un vil esbirro de Veintemilla, partió de nuevo al destierro incontinenti, sin cobre en el bolsillo: «Confieso que en siete años de destierro de García Moreno —escribió después— padecí menos que en el destierro de Veintemilla». (PAGINAS DESCONOCIDAS, 392).

Durante uno de sus destierros escribió en el tercero de sus Siete Tratados: «Lo que sí me propusiera con ardor sería establecer el cristianismo puro y limpio sobre las ruinas de la iniquidad, la hipocresía, el fanatismo: y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado, *aun cuando el martirio fuera mi única esperanza».*

Apenas recibió la fausta noticia de la muerte de García Moreno, el Cosmopolita en un artículo titulado con optimismo EL ULTIMO DE LOS TIRANOS, decía: «La sabiduría de los pueblos consiste en la libertad: fuera de ella no hay sino tinieblas; la servidumbre es el abismo donde desaparecen honor, pundonor, honra, gloria, todas las virtudes que así a los hombres separadamente como a las sociedades humanas califican de grandes . . . : el tirano murió, el monstruo se desvaneció: ¡Gloria a Dios, ya somos libres! . . . . Si García Moreno muriera en su cama, el pueblo ecuatoriano habría quedado señalado para siempre con la marca del esclavo; ha muerto a puñaladas y sus víctimas poseen ya su título para la consideración de las naciones libres . . . . A sus . . . . matadores; *guárdenos Dios de llamarles asesinos.* Invocaremos despacio y en filosófico recogimiento el espíritu de Carlota Corday, y veremos si no es este el caso de llamar LIBERTADORES a los MANCEBOS GENEROSOS que no han vacilado en ofrecer sus vidas a la salud de todos. . . .»

«. . . .Donde corre sangre humana; donde resuena el falso juramento; donde sacuden el azote; donde violan a una nación virgen; donde el fraude mueve las manos; donde la calumnia se fatiga y no descansa; donde el verdugo es un prohombre digno de veneración; donde el robo anda condecorado; donde la hipocresía extiende sus som-

bras; donde el sacrilegio provoca a la divinidad, no entra Dios, no entra, ¡réprobos! Ni crimen ni pecado que García Moreno dejase de atribuir a la Providencia; Dios era el ministro de sus obras; este nombre, santo y terrible, siempre en sus labios ponzoñosos; ejecuciones arbitrarias, confiscaciones, asaltos de todo género a la sociedad humana, afrentas a sus semejantes, triunfos propios, desgracias de sus adversarios, todo por Dios, todo para Dios: Dios le movía la lengua para jurar falso, el brazo para herir firme: sacrilego. El puñal de la salud, ese puñal que le ha abierto la garganta ¿es también obra de Dios?.... Bien podemos invocar la Providencia cuando se van en humo los tiranos, y ellas (las naciones) se levantan exclamando: ¡Libertad! ¡Libertad!»

En clara defensa de sus tres «barbiponientes» discípulos dijo: «¿Qué decís, señores, qué decís? **¿Asesinato alevoso?** No, señores, no es asesinato alevoso la muerte de un dictador, a cuatro pasos de un cuartel, a medio día, frente a frente; es conjuración de muchos, conspiración, y las conspiraciones por algo principian.... No era el individuo lo que los conspiradores querían eliminar; era su sistema de gobierno. Vosotros, señores del Congreso, y vosotros, señores del gobierno,.... contemplad en que con un toque de sabiduría echáis el olvido sobre el pasado, y hacéis el mayor bien que puede recibir un pueblo, cual es el de la *paz en medio de la libertad; la libertad en medio del orden; el orden sostenido por el respeto a las leyes; las leyes fundadas en la razón y la conciencia* ... El pueblo ecuatoriano se ha determinado a reconquistar su libertad, él debe ordenar sus cosas de la manera que tenga por conveniente. Quiera el Señor suavisarnos los sentimientos del ánimo, y dar pábulo a la luz de nuestra inteligencia». «PAGINAS DESCONOCIDAS», 282—294).

Con admiración para los jóvenes que, al ajusticiar al tirano, habían obedecido sus lecciones, escribió en Las Catilinarias: «Levantáronse un día unos adolescentes, se estregaron los ojos, y vieron: una aurora viva, hermosa, se les entró por ellos, y les iluminó las entrañas. Sintieron con esa luz grandeza en el corazón, fuerza en el brazo, se fueron para el tirano de su patria, y le mataron. El gigante no había sido sino araña: le pisaron, le aplastaron; moviendo feamente doce patas, reventó, y no echó sangre, ni la podía echar; no la tenía. Todo en él era tripas... El alma ... reside en el corazón; donde no hay corazón, no hay alma; ¿hay día donde no hay sol?» (Obra citada, I, pág. 74).

«La muerte de García Moreno fue todo un acontecimiento; de su sangre debió haber brotado la libertad, y a su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas.... El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma, intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo. ¿Qué había de hacer? ... sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstol ni amigo sino fueron los ministros del tirano, o

cosa peor. En pueblo como éste, ¿qué importaría que **hubiese un hombre?** No hay un hombre, están diciendo a cada paso, por ofenderme: pues yo digo que no hay pueblo en esa comarca.... *La pluma convence, conmueve, exalta: yo convencí, conmoví, exalté a los jóvenes, y el 6 de Agosto fue «La Dictadura Perpetua», la sentencia de García Moreno.* Andrade, Moncayo, Cornejo, encerrados con luz artificial a medio día, leían, leían, y renovaban mil veces su juramento de matar al tirano y libertar su patria: leían, y urdían la conjuración, y hacían prosélitos, y el puñal de la salud andaba en treinta brazos, y entraron en la conspiración jefes de cuartel, y ésta fue vasta y grande, y cayó el tirano, cayó....» (Ib., pág. 79).

En páginas posteriores añade: «Sería yo temerario si afirmase absolutamente que los ecuatorianos son esclavos de nacimiento y por amor. García Moreno hecho pedazos, cayendo de su palacio a la plaza a puntapiés, *dando zapatetas en el aire, según que lo había profetizado un humilde Isaías,* viene aquí, y dispone a favor de sus víctimas perpetuas....» (Ib. p. 94). Una profecía como esa, cumplida tan al pie de la letra, sería un contundente título para el honor de los altares en tratándose de algún «Siervo de Dios» como García Moreno.

Haciendo honor al mérito, Montalvo se complace en aludir a sus heroicos discípulos: «Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. *Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo;* pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: **¡Tirano, yo no soy de los tuyos!** la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los viejos vulgares no son para acciones eminentes ...; *los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República.* ¿Conque no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas e ineptitudes....? Seguid, no al maestro, sino al amigo: *rectitud, pundonor, audacia; patriotismo, amor apasionado a la libertad,* éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoísmo es callado, el alma ruin cautelosa: ¿cuándo levanta la voz hombre vendido y comprado? ...» (Ib. pág. 108).

«Si algo he podido, ha sido en *los jóvenes, en las universidades, en los colegios:* los viejos son materia inerte, los maduros son **sesudos;** los jóvenes mi elemento, los niños mi caudal. Casi todos los del 6 de agosto fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la universidad de Quito. Los **treinta** del 6 de agosto, fuera de un coronel que huyó tirando al suelo sus armas, cuando los valientes se le fueron encima al tirano, **todos fueron muchachos.** Una alabanza mía a un niño sin miedo produjo en el colegio de San Vicente de Guayaquil tres o cuatro periódicos de guerra a los opresores ... El corazón de los hombres encallecidos en la maldad, la servidumbre y el vicio, no admite pulimento. Jóvenes, ¡oh

jóvenes! nada esperéis de los mayores; ellos no os ofrecerán sino depravación y cadenas; dueños sois de vuestro porvenir. En pueblos agraciados por la suerte de la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes; *los libertadores nunca han sido viejos. . .*» (Ib. pág. 165—166).

Y concluye su Quinta Catilinaria con las palabras que hicieron temblar el alma y humedecieron en lágrimas los ojos de Unamuno: «La suerte de un pueblo está en manos de los jóvenes: los estudiantes son elemento del porvenir.... ¡DESGRACIADO DEL PUEBLO DONDE LOS JOVENES SON HUMILDES CON EL TIRANO, DONDE LOS ESTUDIANTES NO HACEN TEMBLAR AL MUNDO!»

Manuel I. Cornejo Astorga.—Con la muerte del tirano empezó el calvario de los mancebos generosos que arrebataron a la República de sus garras. Más de ochenta personas fueron arrastradas al Panóptico como sospechosas, y muchas condenadas al destierro. El comandante Sánchez, sin embargo, gozó de inmunidad. Muy poco había durado la euforia del pueblo quiteño, cuyas manifestaciones de desbordante alegría fueron bien pronto reprimidas con medidas de violencia y de terror.

Cornejo intentó, sucesivamente, refugiarse en casa de su madre y de sus hermanas; mas éstas, dirigidas por los jesuitas que después elogiarían a la familia Cornejo—Astorga por esta actitud inmisericorde, le cerraron las puertas.... «Era librepensador —dice Andrade—, pero adoraba al Cristianismo puro, tal como emanó de su Autor, y rechazaba con pena las imposturas.... Su familia.... le había llamado malvado y asesino....»

Acogido en una hacienda de los Chillos, fue delatado y huyó por despeñaderos hasta un páramo, donde fue perseguido y prendido. Un pedazo de queso y coles crudas habían sido su alimento. Atadas las manos a la espalda, fue introducido en la ciudad a caballo en medio de una gran muchedumbre. Eran las dos de la tarde del 22 de Agosto.

Según el relato de Wilfrido Loor, el Juez Fiscal Darío Capelo le ordenó: «Delate a sus cómplices». —«Un caballero no delata a nadie, no soy un canalla» —fue su respuesta. «Se librará del patíbulo si todo lo confiesa», insistió Capelo. —«Así engañaron a Campuzano y lo fusilaron de todos modos», —concluyó Cornejo.

«No se arrepiente del crimen (sic) —prosigue Loor—, sino del disparate de haber confiado en Sánchez.... No le apena la muerte de García Moreno, sino el fracaso de la revolución.... Tiene aún los ideales de Bruto: los sufrimientos del cuerpo no le han transformado el alma: la desgracia ha tocado a sus puertas, pero sigue siendo un

enciclopedista, un Harmodio, un personaje de esos de la literatura política dieciochesca que glorifica como acto de virtud la muerte del tirano....»

Al llegar a la plaza de Santo Domingo cruzó palabras bromistas con un amigo. Tal era su buen humor permanente, que no lo perdió ante el Consejo de Guerra: cuando un testigo se refirió a él como «joven alto, de sombrero negro que subió precipitadamente las gradas para impedir el paso al presidente, Cornejo se volvió hacia la barra y riéndose señaló al doctor Manuel Solano de la Sala, al propio tiempo que le decía: —«Fuiste tú, cholo: niégalo».— La sorpresa y susto del aludido no son para descritos, mientras la concurrencia festejaba la «sal quiteña» de un joven esposo que aún personificaba al clásico «chulla quiteño»....

Debilitados su espíritu y su salud por las crueles recriminaciones de sus familiares, halló refugio en la religión, y desde la prisión escribió a su madre: «Mamita querida:.... Si el Consejo de Guerra *no ha podido penetrar las buenas y sanas intenciones que me obligaron a tomar parte en esta revolución, Dios lo sabe y el tiempo me vindicará ante los hombres* .... Su hijo, Manuel I. Cornejo».

Dadas las simpatías de que gozaba, el pueblo se excitó, y Salazar creyó oportuno hacer correr la voz de que le perdonaría la vida. Sin embargo, la noticia de la sentencia de muerte se divulgó rápidamente, y, para alcanzar la conmutación de la pena, numerosas matronas suscribieron un manifiesto. Su misma madre, arrepentida tal vez de su actitud inicial, la víspera del fusilamiento se arrodilló en la plaza a los pies de Salazar implorando por la vida de su hijo. Pero, fiel imitador del tirano, Salazar respondió: «Mejor es que muera ahora, porque después será un bandido».... Mucho interés tenía en eliminar a todos los que conocían sus secretas maquinaciones.

El 26 de Agosto, volvía a escribir a su madre: «Mamita querida de mi alma: En este momento, que es la una de la mañana, y cuando sólo me faltan cuatro horas para morir, quiero dirigirle estas palabras de consuelo. No puede Ud. calcular el modo prodigioso con que Dios me ha tranquilizado el corazón. Estoy gustoso y resuelto, ansioso de que llegue el momento de ir a conocer a Dios.... ¡Oh cuan consoladora es la Religión en estos momentos!.... Me desesperaba al principio creyendo que Ud. se arruinaría en su fortuna; mas ya ahora nada temo. Dios la guardará.... ¡No llore! ¡No llore! Dé gracias a Dios.... ¡A Dios! La espero en el cielo. Manuel I. Cornejo». «Las personas que madrugaron en Quito refieren que vieron a Cornejo arrodillarse en la esquina de la plaza, y recibir los disparos, juntas las manos y levantadas al cielo; su cadáver permaneció en la plaza hasta que iluminó el sol, hora en que fue recogido por los deudos».

Juan León Mera, desde «El Tradicionalista», procuró crear sombras al rededor del nombre de la ilustre víctima; y Montalvo, hacien-

do causa común con el duplicado dolor de Rafael y Federico Cornejo, quienes, por el delito de ser hermanos de Manuel, habían sido reducidos a prisión y se hallaban «cargados de grillos» en el momento mismo en que el valiente era pasado por las armas, suscribió en Ipiales una exposición en que se lee: «Nuestro hermano idolatrado, Manuel Cornejo Astorga, perteneció a la conspiración; y fue tal su buena fe, su conciencia, su ternura, que se opuso tenazmente a que nosotros tuviéramos noticia de ella, porque nuestra buena madre, nuestra familia no quedasen en completo desamparo: la muerte era una probabilidad, y según los preparativos y las palabras del conspirador era para él casi una seguridad, como después lo hemos sabido. En efecto, el más entusiasta de los jóvenes ha sido el más desgraciado: desgraciado por el género de su muerte, no por la causa, que por esta es feliz. Morir por la patria, la libertad, la civilización, el bien de todos, y morir bien, es una felicidad ....»

«Ninguno más amistoso, más relacionado con todo el mundo, más risueño y franco que Manuel Cornejo Astorga: ni jugaba, ni bebía, ni tenía otros vicios; hasta su misma consagración al estudio de los anales de la patria, ha servido para dar pábulo a la calumnia de sus enemigos. Si vicios hubiera tenido, ¿quiénes sino los jesuitas habrían sido los culpables? Fue su discípulo, lo mismo que nosotros... Las ocupaciones de esos jóvenes eran honestas ... Estos no son seguramente los malvados llenos de vicios, los jugadores y borrachos a quienes entrega al verdugo «El Tradicionalista». Y si la muerte de García Moreno es, como dicen, obra de las logias masónicas de Chile y el Perú, ¿cómo sus agentes fueron a buscar borrachos y tahures de profesión, cuando es sabido que éstos no sirven para nada? Ni al borracho se confía un secreto, ni el jugador es bueno para empresas de matar tiranos. ¿Conque los ebrios de profesión son los más a propósito para esas cosas?.... El ridículo de este caso solamente puede disminuir la temeridad. «Las logias masónicas habían resuelto la muerte de García Moreno», y la comunicaron a «El Tradicionalista» por conducto del señor Juan León Mera»....

«La parte de nuestro hermano en la conspiración contra el opresor y verdugo del pueblo es tan noble como la de sus compañeros: conspiró por convicción, por conciencia, por honor nacional. «El mundo exige la caída de este tirano; pues conspiremos, demos en tierra con sus inicuas aspiraciones, y, si es preciso, muramos», les había dicho a sus camaradas. El fue quien se opuso con más firmeza a la muerte del dictador alegando que había más valor en prenderlo, por ser mayor el peligro, más gloria en cargarle de cadenas para conducirlo a los tribunales, y más justicia en hacerle saborear la amargura de su caída. Tiempo habrá para que el mundo conozca en su verdadera importancia el papel que representó nuestro hermano en aquella grandiosa conspiración. Desde que García Moreno engañó a todos

en la última revolución contra el gobierno del señor Espinosa, nuestro hermano concibió una aversión profunda por ese embustero, y meditó en la conjuración que a uno y otro les ha llevado a la tumba...» (PAGINAS DESCONOCIDAS, 299, 303, 305 y 306).

Roberto Andrade.—A fin de comprender los sufrimientos físicos y morales y la inquebrantable fortaleza de corazón para soportarlos sin una duda, sin un instante de arrepentimiento ni de flaqueza, pongámonos espiritualmente en el lugar de los mancebos generosos que sobrevivieron a la gesta del 6 de Agosto.

Al amanecer del 7, Roberto Andrade y Abelardo Moncayo hallaron asilo en la casa de una bondadosa familia Villacreses, que los ocultó en un desván. Desde ese escondite supieron el fusilamiento de Gregorio Campuzano que ninguna participación había tenido en el hecho, y oyeron los disparos del fusilamiento de Cornejo. Ambos sollozaron por dos horas en una quietud y silencio sepulcrales, hasta que Moncayo exclamó: «¡Infames!.... *No puede haber patria grande cuando así son tratados los más grandes patriotas....*»

Cornejo, por lo menos, dejó de sufrir. En cambio, veinte largos e interminables años de persecuciones y penalidades sin cuento les esperaban a los dos sobrevivientes.

Roberto Andrade fugó a Colombia y fue a refugiarse en los brazos de Montalvo. Jóvenes idealistas, reencarnaciones de mancebos legendarios de Grecia o Roma antiguas, fueron saludados por pocos —y entre ellos por Montalvo, en primer término— como salvadores que fueron del honor patrio y, por los más, acosados como vulgares y abominables criminales. Hasta hubo liberales que los tildaron de cobardes y asesinos ... «Llegamos —dice Andrade— a desconfiar de todos, menos de nosotros mismos, es decir de la virtud de nuestra acción. **Jamás he desconfiado ni por un minuto de la decisión de la posteridad** ... Pero tantos eran los ultrajes, tanto nos ofendían hasta los mismos liberales...., que un día llegamos a desconfiar hasta de la palabra de Montalvo. Cuando le hablé de esto en Ipiales, su respuesta fue una mirada de profunda ternura».

Camino al destierro, Andrade —poeta de veinte años— escribió una sentida despedida el 25 de Setiembre, en que decía:

«Este suelo, Señor, también es mío....
Porque le amo me expulsan y me afrentan.
¡Oh! Si exterminar déspotas no es gloria,
maldigo al hombre y su furor provoco!
...¿Y a dónde voy? ¡Oh Dios de los humanos,
mira como me arrojan! Esparcidos
andan aquí y allí dando rugidos:
no son fieras, Señor, son mis hermanos ...
¡Caiga tu rayo, Dios de las alturas,

si a un pueblo al libertar pequé de impío!
.... De la muerte
no huyo, ¡no! Ya visteis que esta fuerte
diestra vencióla en su infernal dominio....
.... Relumbrará la gloria:
¡Decrete el siervo vil nuestro exterminio!
No al porvenir se extiende su dominio:
Ya nuestros nombres arden en la historia.
Los que mi dicha juvenil corrompen
sepan que ufano y sin rencor me alejo.
Montes que disteis vida a tantos bravos....
Yo, a quien negáis hospitalario abrigo,
yo, vencedor de un déspota, os bendigo;
Nunca, desde hoy, engendraréis esclavos!»

Igualmente optimista, Montalvo escribió desde Ipiales (se «despialó», dice Mata mofándose de toda esta serie de hechos trágicos, dolorosos y gloriosos a un mismo tiempo) su artículo EL ULTIMO DE LOS TIRANOS, en defensa de sus barbiponientes discípulos: «Un demonio —dice en él— puesta la rodilla sobre el pecho, la mano en la garganta, mantenía la patria sin dejarla respirar en esta horrible pesadilla de que acaba de despertarse: el tirano murió, el monstruo se desvaneció: ¡Gloria a Dios, ya somos libres!....»

Ponderando el modo en que levantó su espíritu el folleto escrito en su defensa por Montalvo, Andrade dice: «No solamente bálsamo, tal fue la virtud de esta elocuencia, que, a imitación de un romano, volví a repetir mi juramento de que éramos libertadores de la patria».

Andrade quiso unirse a Montalvo «en Colombia para ver si era posible una conflagración en Imbabura». Pudo viajar ocultándose bajo varios disfraces, y gracias a una carta que Montalvo hizo circular dando una pista falsa del proscrito, éste llegó a salvo. Acogido en Cumbal por un excelente colombiano, fue conducido hasta su Maestro que se había refugiado de años atrás en Ipiales. «Entré —refiere—. Montalvo se adelantó a prisa, miróme la cara un buen espacio y me estrechó en sus brazos con ahinco. Se le humedecieron los ojos, y yo estaba medio sofocado de emoción y me devoraban las llamas de amor patrio.... Montalvo dominaba la escena con su continente regio y reposado, su balanceo suave en la butaca y su mirada inmensa y soñadora. Siempre he sido admirador de los hombres ilustres, y Montalvo era el primero que iba a entablar un diálogo conmigo.. . —Estoy admirado de que ustedes sean ecuatorianos— fue su primera frase, y me miró. —Estaba muy infamado ese pueblo; pero ustedes le han lavado de su infamia.— —**No lo hubiéramos hecho sin Usted**— le contesté.... —En Ipiales hube de permanecer oculto, porque Mon-

talvo temía fuera yo asesinado....» —Andrade recorrió las cárceles de tres repúblicas hasta el advenimiento del Liberalismo....

Borrero, entre tanto, traicionaba la acción gloriosa y a sus propios electores, entregándose en cuerpo y alma a los herederos de los crímenes garcianos; y Montalvo tuvo que retirarle su apoyo amenazándole con derrocarlo. «Nadie puede revocar a duda —afirma Andrade— la eficacia de EL REGENERADOR en el levantamiento del 8 de Setiembre»; por donde se ve que el Cosmopolita no era un simple escritor de teorías políticas, sino un verdadero político en el mejor sentido de esta palabra, que actuaba afanoso por orientar los destinos de su patria.

Posteriormente, a instigaciones del gobierno ecuatoriano de Veintemilla, las autoridades de Colombia tuvieron a Andrade preso en las cárceles de Pasto con peligro inminente de asesinarlo, hasta cuando la Corte Suprema de Bogotá falló en su favor. Viajó al Perú, y por intrigas del general Salazar y de su hijo, se le intimó prisión de orden del propio Presidente de esa república. «Mi peligro de fusilamiento era inminente —refiere—, y temblé a la consideración de que iba a morir sin vindicar a mis amigos. Este fue el motivo por que compuse este libro en la prisión. Salí de ella el 21 de Setiembre de 1891...»

En 1894 viajaba a Panamá «para regresar a la frontera del norte, donde podría ver a mi esposa y a mis hijos.... y caí preso en Guayaquil.... Allí me pusieron grillos y me remitieron al Panóptico de Quito. Como asesino fui juzgado.... Ni crimen ni delito he cometido en mi vida, dije en mi declaración indagatoria: García Moreno murió en conspiración patriótica.... Quien me defendió fue un jurisconsulto eminente, el Dr. Don Luis Felipe Borja, hijo del ilustre mártir Juan Borja.... Mi prisión duró once meses.... Durante ella murió mi padre.... Bienaventurados los hombres que han padecido persecución por la justicia.... Aún estaría yo en el Panóptico, si de repente no hubiera retumbado Gatazo....»

Mas el advenimiento del Liberalismo no fue el de la justicia para Roberto Andrade: su vida fue todavía una senda de sufrimientos porque hasta el día de su plácida muerte en Octubre de 1938 en Guayaquil, la ingratitud se cebó en él, relegando al olvido o la indiferencia la heroicidad de su acción sublime y la perseverancia en su patriotismo ejemplar. Altivo, digno y sereno, luchó hasta el último instante de su vida dejándonos la preciosa herencia de varias obras de imponderable valor histórico.

«Roberto Andrade —escribió Montalvo—, el hombre sombrío, el tahur de profesión, como le llama «El Tradicionalista», es un joven apasionado de los estudios, lector de tragedias, amigo de la historia, exaltado, entusiasta hasta el delirio. ¿Quién conoce en Quito a ese hombre sombrío, taciturno y feroz de que hablan los corresponsales

de «El Tradicionalista»? Era el más locuaz y alegre de nuestras reuniones: hablaba de libertar a su patria: repetía de memoria los trozos de las historias relativas a Bruto; leía en voz alta las páginas que le habían iluminado e infundido valor, y siempre acababa con una risa ingenua y amable. Sus profesores y condiscípulos son testigos de que el resultado de sus exámenes correspondió siempre a su constancia y laboriosidad. . . .» (PAGINAS DESCONOCIDAS, 305).

En los bancos del colegio jesuítico Andrade devoraba a hurtadillas los escritos de Montalvo. Su alma juvenil se liberó así de las garras del fanatismo religioso convertido entonces en baluarte de la tiranía. Esas lecturas despertaron en él la vocación para el patriotismo heroico, como en otros alumnos otras lecturas despiertan la vocación para una profesión cualquiera: las leyes, la medicina . . .

Y Roberto Andrade fue fiel, religiosamente fiel a su vocación excelsa de abnegación y de entrega al bien de la Patria, hasta el último instante de su azarosa vida.

Abelardo Mancayo.—A raíz del 6 de Agosto, también Abelardo Moncayo, uno de los tres «mancebos generosos», fue víctima de la saña conservadora. «Parece que adrede —escribió el Cosmopolita— han descrito a los conspiradores del 6 de Agosto con rasgos diametralmente opuestos a los suyos propios. Abelardo Moncayo es un joven lleno de virtudes públicas y privadas. Como institutor de niñas en un establecimiento muy acreditado, sus buenas costumbres tenían que ser notorias, y lo eran: estudioso hasta el insomnio y la pérdida de la salud; de moral rígida, de carácter firme y leal. Si era el mozo perverso y corrompido que dice «El Tradicionalista» según sus corresponsales, ¿cómo sufría su presencia García Moreno en un plantel de educación? ¿cómo los señores Salazar, empleados de García Moreno, le daban parabienes en el establecimiento de su pariente, la señora Josefa Salazar? Para pintar a Moncayo como un malvado **lleno de los vicios de su secta,** recuerda «El Tradicionalista» que vistió hábito: pero no dice que fue el de la Compañía de Jesús. Moncayo no había nacido para enemigo de Dios y de la humanidad, y dejó la Compañía. . . .» (Ib. pág. 304—305).

Efectivamente, Moncayo había ingresado de buena fe en la Compañía de Jesús. En ella fue compañero de Federico González Suárez: «almas gemelas —dice Wilfrido Loor— por el amor al estudio, el indiscutible talento y cierta rebeldía e independencia de criterio . . . .» Enviado a Cuenca, lee a filósofos racionalistas y, en 1871, se resuelve a botar la sotana jesuítica. «Dispense que le diga —escribe al provincial de la secta—, que es diferente nuestro modo de pensar; ni los superiores jesuitas hallan solidez en mis razones, ni yo en las de ellos, y ellos y yo lamentamos nuestra mutua ceguedad. Diré mejor: admiro a la Providencia divina en la repartición de sus dones, porque si

todos pensaran como yo, no habría jesuitas, ni habría frailes en el mundo»....

Un año después González Suárez siguió su ejemplo a medias enrolándose en el clero secular. En un tris estuvo que, retornando al mundo, hubiera formado parte del grupo de «mancebos generosos» del 6 de Agosto. Mas la Divina Providencia lo llevó por otros caminos abiertos a la Verdad de la Historia.

Moncayo rechazó con altivez diversos cargos que le ofreció el Tirano. Era ya —según sus propias palabras citadas por Loor— un fanático adorador de Montalvo y hambriento de la más leve hoja suelta que venía publicando desde 1865». «Yo no debo —decía— a los jesuitas lección ni profesor alguno, fuera de unas cuantas clases de física que nos dio un padre Borda a los que, de externos, cursábamos el último año de bachillerato.... Mis estudios fueron aparte, espontáneos, sin sujetarme a sus textos, sin deberles siquiera una indicación».

Su compañero Manuel Polanco dijo de él: «Moncayo era un joven de talento, ilustrado y de intachable conducta».

A raíz de la muerte de García Moreno, permaneció oculto en las breñas del Pichincha y luego se refugió en haciendas de los Andrade en la provincia de Imbabura. «Ni al más empecinado de mis enemigos —escribía después— le deseo jamás noches y días como los devorados por mí durante esa eternidad, transcurrida precisamente en la época más hermosa de la vida, la que nunca vuelve».

Con el triunfo de Alfaro, Moncayo fue elegido Diputado por la provincia del Carchi, y luego Presidente de la Asamblea Constituyente de 1896. Acompañó a Don Eloy en su primera administración como Ministro de Gobierno. En ese cargo, y como Rector del Colegio Mejía a partir de 1903, fue un adelantado de los principios liberales y del Laicismo. Filósofo, poeta, escritor, el Ecuador le debe mucho por el desarrollo espiritual que, gracias a la liberación de las conciencias, renovó el ambiente nacional.

Cayó en desgracia de la facción liberal que sucedió a Don Eloy en el poder; y sufrió el destierro desde 1912 hasta 1915, año en que volvió a su refugio en la Quinta de Otavalo.

Murió con toda la entereza de su fe en Dios, desligada de todo prejuicio fanático, el 29 de Junio de 1917, el mismo año en que murió su compañero de estudios González Suárez.

Su decisiva participación en el ajusticiamiento de García Moreno le dan un título supremamente legítimo para la gratitud nacional.

¿«Asesinos»?.—Wilfrido Loor acaba de dar a luz una segunda edición de su libro «García Moreno y sus asesinos». Como en la primera, también en esta edición, la tapa tiene nueve retratos: más grande que los demás, el del «tirano bueno» como insiste en llamar a García Moreno, y no solamente los de los tres «barbiponientes» Cor-

nejo, Andrade y Moncayo, sino también los del propio Don Juan Montalvo, de Manuel Polanco, Gregorio Campuzano, Francisco Sánchez y Faustino Rayo.

Sólo quien no sepa lo que es la bondad o lo que es la tiranía, puede unir estas dos ideas excluyentes en una misma persona. Se le explicó ya al Dr. Loor en el curso de la polémica acerca del monumento garciano, sin que lo haya podido comprender, que la bondad es amor, es respeto a la persona ajena, es misericordia, es perdón, es, en suma, la esencia del Cristianismo. Se le explicó que tiranía, por el contrario, es abuso, es opresión, es odio, es crueldad, es muerte. ¿Podrá decirse jamás que el abuso, la opresión, el odio, la cruedad, la muerte se transforman milagrosamente en amor, en misericordia, en perdón, en caridad cristiana, por el mero hecho de ampararse en la religión católica, en el incremento de comunidades religiosas, en el establecimiento, de manera exclusiva, de la instrucción católica, en la construcción de algunas obras públicas, precisamente como medios habilísimos para perpetuar su tiranía? ¿No es todo esto poner diabólicamente al servicio del Mal las apariencias del Bien?

Si debiéramos considerar «asesinos» a todos los que, por sí mismos o por brazo ajeno, privan de la vida a un ser humano, tendríamos que llegar a una inevitable conclusión: o es también asesino García Moreno como responsable absoluto que fue de incontables muertes en guerras intestinas e internacionales y en fusilamientos, o son asimismo asesinos los jueces que sentencian la pena de muerte contra criminales irremidibles. Y, puesto que nadie puede atreverse a calificar de asesinos a los miembros de un jurado que, en acatamiento a una ley, mandan a la horca o a la silla eléctrica a un asesino, queda en pie solo el primer término y, en este caso, Wilfrido Loor, por lo menos, habría debido titular su libro de la siguiente manera: «Los asesinos del asesino número uno».

Matar a un asesino para que no siga asesinando, ¿será un asesinato? Tal fue el propósito generosamente salvador, libertador, que inspiró a Montalvo y sus discípulos.

En los admiradores, panegiristas y devotos del «Siervo de Dios» García Moreno se verifica un fenómeno sicológico y moral de difícil explicación: tan ciega, tan fanáticamente creen en su patriotismo y en su piedad religiosa, que nada ni nadie pueden sacarles de ese prejuicio ni de ese fanatismo, aunque la evidencia de las pruebas de su impiedad, de su crueldad y de sus crímenes es más clara que la luz del día. Para ellos, sus prejuicios, sus sacrilegios, sus abusos de la religión, sus crímenes son actos de piedad religiosa; sus traiciones pruebas de acendrado patriotismo. Jorge Salvador Lara justifica esas traiciones por «razones de Estado», como si una razón de Estado pudiese justificar la destrucción de ese Estado para convertirlo en una simple colonia extranjera. Jorge Luna Yépez se contenta con decir: «Para

mi, no son traiciones». Con estos argumentos, también los allegados de Judas habrían podido defenderlo afirmando que se sacrificó para dar a Jesús la oportunidad de llevar a cabo la Redención.... ¿Con qué otros argumentos pueden defender sus puntos de vista? Curiosos estamos por conocerlos.

Aunque es tiempo perdido tratar de llegar a sus conciencias para que, reaccionando contra el «lavado mental» de su educación jesuítica, se dobleguen bajo la Ley natural y la Ley divina manifestada en el Decálogo, que no admiten privilegios de excepción, vamos a detenernos en breves reflexiones que esperamos no sean del todo inútiles a inteligencias libres de prejuicios y de fanatismos.

Para juzgar con imparcial equidad acerca de la moralidad o inmoralidad de una acción, conviene a veces atribuirlas hipotéticamente a otro personaje, ya que la moral es una sola para todos, y es inadmisible que sea lícito para unos lo que para otros es un delito. Por ejemplo, ¿qué dirían los garcianos contra Urbina, Robles, Montalvo o el general Guillermo Franco, si hubiesen sido ellos, y no García Moreno, los aliados de Castilla durante el bloqueo, y autores de la «Proclama de la Traición», que García Moreno lanzó el 2 de Julio de 1859 desde la fragata peruana «Callao»? ¿Qué dirían si ellos, y no García Moreno, hubiesen pedido en cartas secretas el Protectorado de Francia; si ellos, y no García Moreno, hubiesen buscado y aceptado la sociedad de Flores (a quien, hasta la víspera, García Moreno había llamado «asesino», «pirata», «traidor», etc.), y formado batallones de mercenarios pastusos para sembrar la muerte en territorio ecuatoriano hasta tomar a sangre y fuego la ciudad de Guayaquil el día de la Virgen de Mercedes, de 1860; si ellos, y no García Moreno hubiesen sido vergonzosamente derrotados y tomados prisioneros por Arboleda y por Mosquera en dos guerras insensatas que llevaron el luto a otros millares de hogares ecuatorianos? ¿Qué dirían si ellos, y no García Moreno, hubieran derrocado, por medio de revoluciones consecutivas, a Carrión y a Espinosa? ¿Si ellos, y no García Moreno, siendo ellos mismos revolucionarios y traidores consuetudinarios, hubiesen condenado a muerte a ciudadanos patriotas calumniándolos de revolucionarios y de traidores? ¿Si ellos, y no García Moreno, hubieran cometido el nefando pecado de perjurio, como hábil engaño político, fingiendo desprendimiento y desinterés? ¿Qué dirían si ellos, y no García Moreno, a los cinco meses de la muerte por envenenamiento de su primera esposa, se hubiesen casado con una hija de su predilecta cuñada, a la que hubieren adoptado desde niña llamándola «mi hija»? ¿Qué dirían si ellos, y no García Moreno», hubiesen manifestado sentimientos de padres desnaturalizados hacia sus hijitas, sólo por ser mujeres?....

A la inversa, ¡cómo elogiarían a García Moreno si él, y no Robles ni Urbina, hubiese respondido con dignidad, altivez y valentía a

las pretensiones territoriales del Perú! ¡Cómo le proclamarían héroe valerosísimo y diplomático habilísimo si él, y no el General Guillermo Franco, hubiese encabezado la resistencia del pueblo guayaquileño frente al invasor peruano y logrado poner fin a ese bloqueo por medio de un convenio en el que se estipularon dos años de plazo para discutir los títulos de propiedad sobre los territorios disputados por el Perú! ¡Cuántos monumentos le habrían erigido ya como heroico defensor de los derechos ciudadanos y de la libertad de la Patria, si él, en lugar de ser el verdugo, hubiese sido una de las víctimas de Jambelí o uno de los tantos patriotas que hizo fusilar sin fórmula de juicio!

Más asesino que el que, por motivos personales y ruines, da muerte con su propia mano, es el tirano que, en aras de su egoísmo y soberbia criminales, la da con una simple orden impartida a sus esbirros y verdugos. Aquél asume su riesgo y responsabilidad individual exponiéndose a los castigos de la Ley; los esbirros y verdugos, de buena o de mala fe, descargan su responsabilidad en la autoridad de quien les manda bajo amenazas tácitas o expresas. Sólo el tirano se ampara en la fuerza incontrastable del abuso del poder contra toda ley y moral.

¿No era la vida de las incontables víctimas de García Moreno tan sagrada como la vida del propio García Moreno? Y, no obstante, se nos ocurre pensar que los fervorosos promotores de su monumento —Wilfrido Loor, el jesuita Severo Gómezjurado, César Pérez Moscoso, Jorge Salvador Lara, Jorge Luna Yépez, Francisco Salazar Alvarado, entre otros— de buena gana habrían desempeñado el papel de esbirros o de verdugos del «tirano» y «Siervo de Dios» . . . Ojalá estemos equivocados.

Cuando Dios promulgó en el corazón humano y en el Decálogo el Mandamiento que dice: NO MATAR, ¿añadió acaso una excepción de privilegio a favor de García Moreno, para que sus innumerables asesinatos dejen de ser horrendos crímenes y pecados?

Entre los «asesinatos» cometidos por García Moreno y su «ajusticiamiento» en manos de tres «generosos mancebos», hay diferencias esenciales: García Moreno defendía su posición de gobernante para poder proseguir en el ejercicio de la tiranía: por eso sus crímenes eran rutina de todos los días. En cambio, los «libertadores» del 6 de Agosto, idealistas en la flor de la juventud, no aspiraban ni podían aspirar al poder supremo: luego, sus ideales se dirigían al bien general de la Patria.

García Moreno no tenía empacho en hacer alarde de su insaciable sed de venganza y de sangre, ni su amor al cadalso: sus cartas, mensajes y, sobre todo, sus acciones, lo testifican irrefragablemente. Dígase si el reto que vamos a leer no revela los sentimientos de un avezado asesino: *«Mis contrarios están en el deber de matarme; si no lo hacen los extermino* —dijo García Moreno al Ministro de Co-

lombia, la última ocasión que, levantándose sobre un perjurio, se alzó con la dictadura». (PAGINAS DESCONOCIDAS, 283). Precisamente mientras se hallaba en estrecha alianza con el peruano Castilla, en Junio de 1859, decía: «Si después de haber empleado todos los medios de conciliación quedasen **traidores, rodarán sus cabezas».** Y mientras avanzaba sobre Guayaquil, decía en Julio de 1860 a Flores: «....aseguran que las tropas peruanas estarán en aquel puerto a mediados de agosto; y por lo mismo no hay tiempo que perder. Por lo demás no temo la venida de los peruanos, *habrá más sangre, pero habrá también más entusiasmo y más gloria....»* (Wilfrido Loor: CARTAS, II, 2a. ed. pág. 122 y 239). Con el poder ya en las manos, deseaba que se le diesen motivos para saciar sus ansias de venganza y de muerte: «*....desearía que hiciesen alguna intentonada (sic) para escarmentarlos de una vez....*» —escribía en Enero de 1862. «....hasta *deseo que hagan algo para darles un severo escarmiento»* —añadía en marzo del mismo año. En Julio del año siguiente insistía: *«Ojalá se atrevan a hacer algo para hacerles espiar* (sic) *en el patíbulo todas sus traiciones».* No podía disimular la fruición que le proporcionaban el fusilar y desterrar: «Cayeron en nuestro poder —informaba al Ministro de Guerra después de la victoria de Jambelí— 45 prisioneros, entre los cuales merecen especial mención el ex-coronel Vallejo, José Robles, José Marcos.... y otros. Separados los que habían sido tomados por la fuerza, *27 han sido pasados por las armas como piratas....»* La victoria de Jambelí es un golpe mortal para los **piratas y traidores** ...» Días más tarde festejaba la victoria diciendo que *«el escarmiento de los piratas y traidores ha sido terrible y sangriento».* El 24 de Agosto de 1964 —año del «vértigo de sangre»— escribía a Flores: «Es urgentísimo que usted me remita a todos los **conspiradores** de allá, entre los cuales es seguro estará su amigo de usted Martín Icaza. *A Maldonado lo haré pasar por las armas al día siguiente de su llegada».*— Martín Icaza era quien, en su juventud, había indispuesto a su colega de estudios García Moreno ante el presidente Flores por enamorar a Juanita Jijón, cuñada de Flores; y en venganza García Moreno le obligó a comer excrementos.... El 31 de Agosto escribía a un amigo: «Maldonado espió (sic) ayer con su muerte su larga carrera de traiciones; y este ejemplo será seguido por todos los cabecillas que quieran imitarlo...... Importa escarmentar a los Donosos y Albujas, no con la muerte, pues sería *malgastar la pólvora y hacer reír del patíbulo,* pero sí **tomándolos** sus bienes y persiguiéndolos hasta **tomarlos**....» —Maldonado había estado por mucho tiempo al servicio de García Moreno, y cuando fue apresado se rió de la amenaza de fusilamiento argumentando que el dictador jamás lo fusilaría después de lo de Guaspud.... Esta afirmación, según Robalino Dávila, deja un interrogante, que debe ser investigado hasta descubrir las verdaderas «traiciones» que expió Maldonado....

Cuando, condonando la vida, mandaba a alguien a la muerte en las selvas orientales, creía que era un acto de clemencia: «Demasiado bien sale en ir al Brasil por el Napo», decía en Mayo de 1862 refiriéndose a un político de apellido Zamora, desterrado por él. «Voy a remitir al Brasil a una partida considerable de ladrones que *no tienen causa pendiente ni condenas judiciales* —escribía en mayo de 1862—. Los bandidos que se van al Brasil, saldrán sin falta de aquí el jueves 5 de junio. Es necesario pues que los de allá vengan antes de ese plazo....»

En vísperas de concluír su primer período presidencial disponía que «marche una comisión.... con el objeto de perseguir y **aprehender** a los salteadores, ordenándole pase por las armas *a todos los salteadores que aprehenda»*. En otro oficio ordenaba «perseguir eficazmente a todos aquellos que hayan pertenecido al bando de los facciosos y piratas»....; y que *«sean pasados por las armas en los lugares donde fueren tomados* ...» Ambas notas concluían con las rituales palabras: «Dios guarde a Ud.» (Wilfrido Loor: CARTAS, III, 2a. ed. págs. 20, 46, 76, 78, 142, 243, 309, 316 y 318).

Claramente se ve que el tirano miraba esos «terribles y sangrientos escarmientos» como «malgastar la pólvora y hacer reír del patíbulo»!!! ¡Qué lenguaje edificante de este caritativo «Siervo de Dios»!

Los mancebos generosos del 6 de Agosto, en cambio, jamás habían manejado una arma antes de esa fecha, ni la manejaron después: todos ellos fueron jóvenes risueños y de buen carácter. Del mismo Faustino Rayo no se sabe que haya manejado más armas, anteriormente, que las que García Moreno puso en sus manos cuando lo trajo de Colombia en su avance sobre Guayaquil.

«Los que han quitado la vida a García Moreno —escribió Montalvo el 25 de Agosto de 1875—, trataron, a mi parecer, de destruir no al hombre, al presidente, sino al dictador perpetuo: dictadura vitalicia no sufren ni esclavos, menos aún naciones que han saboreado este dulce, saludable manjar que llamamos libertad... » (PAGINAS DESCONOCIDAS, 291).

«García Moreno deja tras sí un nombre execrado por casi todo el pueblo. Ha degradado la nación cuanto puede degradar una nación un mandatario. Muchos años transcurrirán antes que su letal influencia se desvanezca; y nunca, mientras dure esta generación, se pronunciará su nombre sin que sea maldecido». —Tal fue el comentario de «La Nueva Era». Y Montalvo añadió: «El señor Miguel Antonio Caro, redactor de «El Tradicionalista», ve en ese hombre al **justo,** al **divino,** al **ungido** del Señor. La sangre derramada por García Moreno, las exacciones, el embrutecimiento de todo un pueblo, la hipocresía, el secreto confesonario sirviendo de resorte de policía: son cosas sagradas para ese horrible divinizador del crimen. ¿Por qué llaman **infames asesinos** a los conspiradores del 6 de Agosto? Porque

han matado a un hombre: García Moreno mató millares de hombres; luego él es mil veces asesino. Como acabamos de ver en el «Star and Herald», los mataba inocentes, contra la ley, y aun después de sentencia absolutoria. El que a este hombre llama **grande, justo, santo,** es sin duda pequeño, injusto y poco digno del cielo. García Moreno, desde que nació ha sido el hombre del puñal. ¿Cómo el admirador de éste puede lanzarse con santa furia contra los *libertadores de un pueblo?* No son, no pueden ser **infames asesinos** los matadores de un monstruo ....»

«Estrella de Panamá» había dicho: «Ha caído García Moreno ... ha sido herido de muerte por jóvenes más valerosos que él. Lástima que su primer asaltante, sacrificado por honrar a su patria, no haya sobrevivido a su heroicidad para mostrar el lívido rostro del dictador al pueblo, exclamando: SIC SEMPER TIRANNIS!» Y no podía faltar el comentario montalvino: «Consideren los más apasionados de García Moreno que sus matadores le han quitado la vida, no por odio personal, no por mera venganza, no como a un rival aborrecido, sino como a **tirano,** esto es como a enemigo público. En todo caso, la muerte de García Moreno es un **tiranicidio,** y no un **simple homicidio;** las circunstancias en que ella se verificó, constituyen una **conspiración** y no un **asesinato. Parricidio,** como torpemente dicen los más necios, no puede ser en ningún caso; pues no le mataron por su amor, su ternura, sus bondades, sus desvelos, su abnegación, sino por su odio, su dureza, su egoísmo y sus crímenes: padre que infunde terror y reina en medio de la sangre derramada, no es padre sino verdugo ... La prueba incontestable de que García Moreno no era padre de los ecuatorianos sino su verdugo, es que, el acto de su muerte, ha sido aplaudido por miles de hombres imparciales, y aprobado por naciones enteras, llamando a los conspiradores, *héroes, valientes, libertadores de su patria* ...» (Ib. 302, 312 y 313).

Endiosar en monumentos a un monstruo tirano, a un traidor consuetudinario, y execrar como «asesinos» a quienes libertaron a su Patria de sus manos de asesino empedernido, ¿no implican un menosprecio a las leyes morales y una falsificación de la Historia?

García Moreno: el mejor defensor de sus «asesinos».—Pero el mejor defensor y apologista de los «mancebos» a quienes Wilfrido Loor, no obstante ser abogado y debe saber la diferencia que existe entre un asesinato común y un tiranicidio, se atreve a calificar de «asesinos», es .... el propio García Moreno! ¿Cómo? Vamos a verlo.

La tiranía de Juan José Flores, rebasando todos los límites, se había vuelto de todo punto intolerable en su segunda administración. El joven García Moreno, en sus veinte años, lo acribilló con toda clase de insultos, inclusive sacrílegos, y llegó a conspirar contra su vida ofreciéndose a ser el hechor que manejaría el puñal **en una celada nocturna,** siempre que alguien lo acompañara. Probablemente se tra-

taba sólo de una de sus fanfarronadas; mas la circunstancia de haber conspirado es ya suficiente para demostrar que era decidido partidario del tiranicidio.

Supongamos ahora que el joven Gabriel García Moreno hubiese llegado a dar muerte al tirano Flores, en modo similar al en que los discípulos de Montalvo le ajusticiaron más tarde a él mismo. En esta hipótesis, preguntamos a los admiradores de García Moreno: ¿lo execrarían como «asesino», o lo endiosarían como a «salvador», como a «libertador»? —¿Asesino García Moreno por haber dado muerte a un tirano, a un advenedizo enemigo de la Patria? ¿Asesino el Magistrado Santo? ¿Asesino este «Siervo de Dios»? ¡Jamás!! —dirían. (Y, sin embargo, esa no habría sido su única muerte, sino sólo la primera de millares. . . .). —¡Placas y monumentos debe erigirle en todas las ciudades la Patria agradecida! —clamarían esos devotos, y no hallarían palabras para exaltar al valiente, al héroe, al ínclito patriota sin segundo, que expuso su vida por salvar a su Patria!. . . .

Y al elogiar a García Moreno con el puñal del tiranicida en sus manos, estarían elogiando a los «mancebos generosos» que, siguiendo las enseñanzas de Montalvo, lavaron nuestra historia de la mancha de haber soportado en la presidencia de la República a un abominable tirano y a un cínico traidor. . . .

Una placa justiciera.—En la ciudad de Quito, en el lugar del Palacio de Gobierno, desde donde el «tirano-mártir» cayó a la plaza y se fue a los quintos infiernos a recibir el castigo que Dios da a los peores enemigos de la humanidad, el Partido Conservador Ecuatoriano —que se gloría de tener a este tétrico personaje como uno de sus fundadores y padres— ha colocado una placa de mármol con la siguiente leyenda:

EL PARTIDO CONSERVADOR
A
GABRIEL GARCIA MORENO
ASESINADO EN ESTE LUGAR
1875—6 de Agosto—1965

Quien conoce los hilos que, desde ciertos confesonarios, manejan como títeres a los dirigentes del partido católico-conservador —o conservador-católico, que da lo mismo— fácilmente comprende el origen de una inscripción tan ladinamente parsimoniosa, que su propósito de eludir resistencias es evidente.

Sin embargo, la palabra ASESINADO encierra la calumniosa acusación de «asesinos» contra Montalvo y sus discípulos.

Nos permitimos, por lo mismo, sugerir a todos los hombres libres que, en vía de reparación a su memoria y de una justa rectificación histórica, coloquen junto a aquella, otra placa más grande con la siguiente u otra parecida leyenda:

«MI PLUMA LO MATO»

«EL QUE AL FRENTE DE UNA VASTA PORCION DE CIUDADANOS SE LANZA HACIA EL TIRANO APELLIDANDO LIBERTAD, Y LE MATA CON SUS MANOS A MEDIODIA Y EN LA PLAZA PUBLICA, NO ES ASESINO: SERA CONSPIRADOR . . ., BENEFACTOR DE LA ESPECIE HUMANA. . . ., GLORIOSO PERSONAJE . . .» Juan Montalvo, 1867.

HOMENAJE DE ADMIRACION Y GRATITUD

A LOS «MANCEBOS GENEROSOS» QUE, ENCABEZANDO UNA VASTA CONSPIRACION, AJUSTICIARON AL TIRANO Y TRAIDOR GABRIEL GARCIA MORENO:

MANUEL I. CORNEJO A.

ROBERTO ANDRADE

ABELARDO MONCAYO

Esta placa constituiría un acto de reparación a la injusticia y al olvido que han ensombrecido por casi un siglo estos nombres gloriosos, de los se enorgullecerían los pueblos más grandes e ilustres de la tierra, y una lección constante de patriotismo heroico para las nuevas generaciones. Constituiría una sanción moral contra los horrendos crímenes de lesa Patria cometidos por García Moreno, y una advertencia permanente a los gobernantes que intentaran imitar esos negros ejemplos. Sería, al propio tiempo, un contundente mentís para aquellos escritores que, con sus malévolas o capciosas interpretaciones, trastruecan los valores morales y engañan a los pueblos.

Cuando la Historia dé su fallo definitivo después de revisar concienzudamente el significado de esos acontecimientos y la responsabilidad de sus protagonistas, no será difícil que no sólo a Don Juan Montalvo, sino también a los tres gallardos jóvenes ecuatorianos que siguieron al pie de la letra sus lecciones, juzgue dignos de ser venerados entre los más ínclitos patriotas; y calles, plazas, instituciones educativas lleven sus nombres, y el bronce inmortalice sus figuras.

Muerte lamentable de Manuel Polanco y de Campuzano.—También el doctor Manuel Polanco había ingresado en la Compañía de Jesús —el año de 1863—, gracias a una entusiasta recomendación del presidente García Moreno. «Su conducta como religioso es aparentemente intachable», dice Wilfrido Loor; y «con el permiso de sus superiores, abandona Guayaquil». Llega a Quito como seglar en 1864, se hospeda en casa particular, y no vuelve a vestir la sotana jesuítica. Obtenido el doctorado en leyes el año de 1870, se mantiene aún fervoroso partidario de García Moreno.

Pero la lectura de los enciclopedistas y de las publicaciones montalvinas abrieron su espíritu a los ideales de dignidad humana y de libertad; y bien pronto trabó estrecha amistad con jóvenes de idénticos principios.

De edad mayor entre los mancebos del 6 de Agosto, Polanco fue el cerebro organizador de la conjuración: él fue quien se puso en contacto con el comandante Francisco Sánchez y con Faustino Lemos Rayo, temeroso de que la conjuración fracasara en manos de jóvenes inexpertos en el uso de las armas; mas en el instante decisivo, dudó con fundamento de la lealtad de Sánchez, y creyó prudente abstenerse de acudir al cuartel comandado por éste. Aunque en modo alguno pueda sospecharse de una traición de Polanco, aquella circunstancia le privó del honor de ser incluido en el grupo de los «héroes, valientes, libertadores de la patria» encomiados, según Montalvo, por todos los hombres de bien a raíz de su hazaña.

Reducido a prisión la misma tarde del 6 de Agosto, se salvó de la pena de muerte debido unicamente a la habilísima y resuelta defensa que, como competente abogado que era, presentó desde su celda.

Según Andrade, Polanco escribió también sus memorias —seguramente destruidas por sus adversarios ya que nadie las conoce—, que habrían arrojado luz sobre ciertos hechos no del todo aclarados todavía. En la tarde del 18 de Agosto, hallándose ya preso «en el patio del cuartel del batallón.... del Comandante Sánchez, un soldado disparó, **por casualidad,** un balazo; mas la bala no hizo sino llevarse un rizo de Polanco.... Admirable es la labor de este patriota: condenado a diez años de presidio no se descuidó un día de acopiar testimonios que probaran la injusticia de sus jueces». Antonio Borrero, había dicho que «el seis de Agosto reasumió el pueblo su soberanía»; mas, una vez en el poder, fue indiferente e injusto con quienes, mediante su acción patriótica y heroica, le abrieron el camino a la primera magistratura. Desde la prisión escribió y publicó una hoja en que decía: «....dadme en la conspiración del 6 de Agosto —esa conspiración, digan lo que quieran los ingratos y los hipócritas, los cobardes y los infames...., grande como el derecho de sacudirse del verdugo y de respirar y vivir, y de hacer respirar y vivir a todos, inclusive los ingratos hoy acomodados por ella—, **dadme,** digo, **toda la**

parte que queráis; y sabed que, mientras mayor me la deis, os quedaré más agradecido: pero no la busquéis en vano por el camino de la mentira y la intriga, sino por el sacrificio...., por camino limpio, el del honor y la gloria, como cumple a caballero y a un patriota de mi clase; ese que inflama y atrae corazones como el mío, formados para reírse y bailar en el cadalso, como lo habéis visto, ¡canallas!.... **Dios velará por mí:** felizmente, Dios no es ecuatoriano: éste es mi consueló; gran consuelo ....!»

Polanco tuvo también el consuelo de recibir en el Panóptico la visita de Don Juan Montalvo. Obsérvese la profunda religiosidad que, a la par de Montalvo, respiran sus discípulos. Todos ellos, ninguno exceptuado, invocan el nombre santo de Dios, como la más pura justificación para el hecho glorioso del 6 de Agosto. ¿No es extraño que la Iglesia Católica les tilde de «asesinos y malhechores», al propio tiempo que quiere elevar a los altares como santo al más insigne de los asesinos, a un tirano cruel y sanguinario? No, no es extraño para quien conoce la espeluznante historia de su «Santa Inquisición», que dio tormentos y muerte a millones de «herejes», a lo largo de muchos siglos, por pecados de una simple duda sobre sus absurdos dogmas ... Ya ha pedido perdón a judíos y protestantes (en lugar de pedírselo a Dios), en el II Concilio Vaticano. ¿Cuándo pedirá perdón al pueblo ecuatoriano por todos los sufrimientos y asesinatos con que, en su nombre y con su complicidad, le aterrorizó por largos años el tirano García Moreno? ¿Cuándo vindicará los nombres de Cornejo, Andrade, Moncayo, Polanco, calumniados como criminales asesinos durante casi un siglo?....

Escribió Montalvo: «*«No hemos hecho sino prender en las entrañas de los jóvenes ecuatorianos el amor a la libertad:* el modo de conquistarla quedaba a su juicio.... Nos fue dable hacer algo contra la tiranía; *plegue a Dios que algo podamos por la cordura, la mesura, el alto porte que cumple a un pueblo, después de acción tan rica y elevada, como es el recobro de la libertad perdida....* La calumnia sistemática de nuestros perseguidores no nos ha sacado de quicio; el destierro perpetuo no nos ha desesperado; las injusticias devoradas no nos han corrompido. *Si para las malas acciones hemos de huir de nombrar a Dios, para las buenas conviene invocarle. El nos alumbre y nos guíe....*» Ipiales, Agosto de 1875. («PAGINAS DESCONOCIDAS», 287–288).

Que el ejemplo y la pluma de Montalvo formaron una escuela de patriotismo heroico, es un hecho histórico incontrovertible. Ese es el Montalvo que h. Mata quiere cubrir con la fétida baba de una víbora. Pongamos en manos de las nuevas generaciones las lecciones montalvinas —que sólo los necios o los ignorantes vilipendian o menosprecian—, y veremos cómo nacen otros héroes, y cómo la Patria

Muerte lamentable de Manuel Polanco y de Campuzano.—También el doctor Manuel Polanco había ingresado en la Compañía de Jesús —el año de 1863—, gracias a una entusiasta recomendación del presidente García Moreno. «Su conducta como religioso es aparentemente intachable», dice Wilfrido Loor; y «con el permiso de sus superiores, abandona Guayaquil». Llega a Quito como seglar en 1864, se hospeda en casa particular, y no vuelve a vestir la sotana jesuítica. Obtenido el doctorado en leyes el año de 1870, se mantiene aún fervoroso partidario de García Moreno.

Pero la lectura de los enciclopedistas y de las publicaciones montalvinas abrieron su espíritu a los ideales de dignidad humana y de libertad; y bien pronto trabó estrecha amistad con jóvenes de idénticos principios.

De edad mayor entre los mancebos del 6 de Agosto, Polanco fue el cerebro organizador de la conjuración: él fue quien se puso en contacto con el comandante Francisco Sánchez y con Faustino Lemos Rayo, temeroso de que la conjuración fracasara en manos de jóvenes inexpertos en el uso de las armas; mas en el instante decisivo, dudó con fundamento de la lealtad de Sánchez, y creyó prudente abstenerse de acudir al cuartel comandado por éste. Aunque en modo alguno pueda sospecharse de una traición de Polanco, aquella circunstancia le privó del honor de ser incluido en el grupo de los «héroes, valientes, libertadores de la patria» encomiados, según Montalvo, por todos los hombres de bien a raíz de su hazaña.

Reducido a prisión la misma tarde del 6 de Agosto, se salvó de la pena de muerte debido unicamente a la habilísima y resuelta defensa que, como competente abogado que era, presentó desde su celda.

Según Andrade, Polanco escribió también sus memorias —seguramente destruidas por sus adversarios ya que nadie las conoce—, que habrían arrojado luz sobre ciertos hechos no del todo aclarados todavía. En la tarde del 18 de Agosto, hallándose ya preso «en el patio del cuartel del batallón.... del Comandante Sánchez, un soldado disparó, **por casualidad,** un balazo; mas la bala no hizo sino llevarse un rizo de Polanco.... Admirable es la labor de este patriota: condenado a diez años de presidio no se descuidó un día de acopiar testimonios que probaran la injusticia de sus jueces». Antonio Borrero, había dicho que «el seis de Agosto reasumió el pueblo su soberanía»; mas, una vez en el poder, fue indiferente e injusto con quienes, mediante su acción patriótica y heroica, le abrieron el camino a la primera magistratura. Desde la prisión escribió y publicó una hoja en que decía: «....dadme en la conspiración del 6 de Agosto —esa conspiración, digan lo que quieran los ingratos y los hipócritas, los cobardes y los infames...., grande como el derecho de sacudirse del verdugo y de respirar y vivir, y de hacer respirar y vivir a todos, inclusive los ingratos hoy acomodados por ella—, **dadme,** digo, **toda la**

parte que queráis; y sabed que, mientras mayor me la deis, os quedaré más agradecido: pero no la busquéis en vano por el camino de la mentira y la intriga, sino por el sacrificio...., por camino limpio, el del honor y la gloria, como cumple a caballero y a un patriota de mi clase; ese que inflama y atrae corazones como el mío, formados para reírse y bailar en el cadalso, como lo habéis visto, ¡canallas!.... **Dios velará por mí:** felizmente, Dios no es ecuatoriano: éste es mi consueló; gran consuelo ...!»

Polanco tuvo también el consuelo de recibir en el Panóptico la visita de Don Juan Montalvo. Obsérvese la profunda religiosidad que, a la par de Montalvo, respiran sus discípulos. Todos ellos, ninguno exceptuado, invocan el nombre santo de Dios, como la más pura justificación para el hecho glorioso del 6 de Agosto. ¿No es extraño que la Iglesia Católica les tilde de «asesinos y malhechores», al propio tiempo que quiere elevar a los altares como santo al más insigne de los asesinos, a un tirano cruel y sanguinario? No, no es extraño para quien conoce la espeluznante historia de su «Santa Inquisición», que dio tormentos y muerte a millones de «herejes», a lo largo de muchos siglos, por pecados de una simple duda sobre sus absurdos dogmas ... Ya ha pedido perdón a judíos y protestantes (en lugar de pedírselo a Dios), en el II Concilio Vaticano. ¿Cuándo pedirá perdón al pueblo ecuatoriano por todos los sufrimientos y asesinatos con que, en su nombre y con su complicidad, le aterrorizó por largos años el tirano García Moreno? ¿Cuándo vindicará los nombres de Cornejo, Andrade, Moncayo, Polanco, calumniados como criminales asesinos durante casi un siglo?....

Escribió Montalvo: ««*No hemos hecho sino prender en las entrañas de los jóvenes ecuatorianos el amor a la libertad:* el modo de conquistarla quedaba a su juicio.... Nos fue dable hacer algo contra la tiranía; *plegue a Dios que algo podamos por la cordura, la mesura, el alto porte que cumple a un pueblo, después de acción tan rica y elevada, como es el recobro de la libertad perdida....* La calumnia sistemática de nuestros perseguidores no nos ha sacado de quicio; el destierro perpetuo no nos ha desesperado; las injusticias devoradas no nos han corrompido. *Si para las malas acciones hemos de huir de nombrar a Dios, para las buenas conviene invocarle. El nos alumbre y nos guíe....»* Ipiales, Agosto de 1875. («PAGINAS DESCONOCIDAS», 287 – 288).

Que el ejemplo y la pluma de Montalvo formaron una escuela de patriotismo heroico, es un hecho histórico incontrovertible. Ese es el Montalvo que h. Mata quiere cubrir con la fétida baba de una víbora. Pongamos en manos de las nuevas generaciones las lecciones montalvinas —que sólo los necios o los ignorantes vilipendian o menosprecian—, y veremos cómo nacen otros héroes, y cómo la Patria

se regenera y se engrandece en estos tristes días en que tan decaído se halla el espíritu cívico....

«Desgraciadamente —refiere Roberto Andrade—, Polanco salió de su prisión para morir en las calles de Quito, combatiendo en favor de su enemigo personal Veintemilla, para evitar la venganza de sus otros enemigos en armas. Los papeles de Polanco deben existir en alguna parte, y día llegará en que vean la luz pública. Esos documentos son concluyentes contra Sánchez y Salazar....»

La bala que mató a Polanco había sido disparada desde la torre de la iglesia de La Merced....

En la lista y entre los retratos de los «asesinos» de García Moreno, el «historiador» Wilfrido Loor coloca también a Gregorio Campuzano. Militar retirado, sexagenario, había anteriormente conspirado contra la tiranía garciana; pero respecto de su presunta participación en los hechos del 6 de Agosto, según claramente se colige de los relatos del propio doctor Loor y del jesuita Gomezjurado, no se le hallaron otras pruebas que la de haber ofrecido, en estado de ebriedad, una suma demasiado irrisoria como precio de ganado gordo que había ido a comprar en la que hoy es provincia de Cotopaxi.... Sin embargo ¡fue fusilado!

«A Campuzano se le ofreció perdonar la vida —dice el padre Berthe, citado por Loor— si revelaba el nombre de sus cómplices, pero contestó: es inútil, mis compañeros no me perdonarán. Más quiero ser fusilado que morir a puñaladas....» «Mucho han hablado los adversarios de García Moreno de la inocencia de Campuzano. El Vicepresidente Javier León en su informe al Congreso en 11 de Agosto dice, que para condenarlo a muerte se investigó su causa dos días y sus noches, en Consejo de guerra, en sesión permanente, con escrupulosidad y madurez. Cuando se lee detenidamente el proceso, y las circunstancias que lo rodearon, queda la impresión de que Campuzano sí fue culpable y ni él mismo se atreve a negar su participación en el crimen subversivo, pero quizá *la pena de muerte fue demasiado rigurosa,* porque *no había en las pruebas toda la evidencia que era de desear para un castigo tan grave*.... Contra el Dr. Polanco hubieron (sic) muchos más cargos y sin embargo sólo se le condenó a diez años de prisión.... ¡Qué diferencia entre el Dr. Polanco, hombre instruido, verdadero e indiscutible director del crimen, que sabía lo que hacía, y Campuzano, militar ignorante, delincuente de menor cuantía, que llegaba a la candidez de creer brujo a García Moreno y que se hacía invisible en determinados casos! ... No se debe olvidar que en el proceso civil *no aparece cargo alguno sobre la culpabilidad de Campuzano,* y así se dice en la vista fiscal de primero de setiembre de 1883». (Véase: «García Moreno y sus asesinos», de Wilfrido Loor, pág. 128—140).

Faltó, pues, a la verdad el Vicepresidente Javier León cuando afirmó en su mensaje, que las investigaciones se habían hecho «con escrupulosidad y madurez»; y no son sólo los liberales, sino el propio Dr. Wilfrido Loor, quien prueba con los documentos que él mismo cita, que Campuzano no tuvo responsabilidad en la muerte de García Moreno.

Afirma Loor que «la leyenda de que Javier León murió loco por su informe contra Campuzano, carece de fundamento»; pero él mismo refiere: «Si durante la alteración de sus facultades mentales *veía a Campuzano,* a García Moreno y otros personajes del sangriento drama era porque este suceso formó parte de sus últimas impresiones. Murió en una casa de la Recoleta arrojándose desde una azotea, porque veía fantasmas que entraban a buscarlo con fines siniestros . . . » (Ibidem, pág. 141). ¿Se le habrían alterado las facultades mentales al Vicepresidente si no hubiese sido responsable del fusilamiento de Campuzano? Queda el interrogante para que lo responda el Dr. Wilfrido Loor.

¿Qué hay de Faustino Lemos Rayo? – Se habrá observado que el nombre de Faustino Lemos Rayo no figura en la lista de honor de los conjurados a pesar de que su machete fue el arma poderosa y decisiva para la muerte del tirano. En verdad, Rayo no se contó entre los discípulos de Montalvo: muy al contrario, fue uno de los numerosos mercenarios enganchados en el sur de Colombia para la guerra civil de 1860; y que fue hombre de confianza de García Moreno lo prueban cartas de aquellos días en que éste lo menciona. El 17 de Julio de 1860 decía al general Flores: «Le incluyo una interesante carta de Babahoyo, escrita por el que recibió *la carta llevada por Rayo* . . . » (CARTAS, II, 2a. ed. pág. 230). Según refiere Doña Laura Pérez de Oleas Z., García Moreno aceptó ser padrino de bautizo de uno de los hijos de Rayo. Prueba de esa amistad fue un obsequio que Rayo hizo a su «compadre», quien lo tuvo en sus manos el momento de su muerte. «Es verdad —refiere el bien informado jesuita Gomezjurado— que algunos tajos lanzados por el talabartero fueron detenidos por García Moreno, mediante su bastón hábilmente manejado . . . . Según el General Venancio Rueda, Cónsul de Colombia en Quito, ese bastón era un raro y hermoso bejuco, enviado por el mismo Rayo, desde la provincia Oriental, en obsequio al Presidente, unos cuatro años antes . . . » («Vida de García Moreno», VII, pág. 472).

¿Qué motivos hubo para que Rayo se convirtiera en enemigo a muerte de su «compadre»?

«En cuanto a Faustino Lemos Rayo —escribió Montalvo en Octubre de 1875—, al señor Miguel A. Caro, como compatriota suyo, le toca hacer la defensa. Fue *el único de los conspiradores en quien no obraba quizás el santo amor de la patria y la libertad* cuando daban muerte al tirano. Pero sí sabemos que *ni aun a éste*

le sedujo el dinero ni otro móvil ruin: quizás en él obró *el deseo de quedar como libertador y héroe* del pueblo que le había recibido; o *quizás fueron causas personales las suyas;* pero es una de las más ridículas calumnias que hayan propagado nuestros enemigos, decir que Rayo era el Jefe de la conspiración: brazo, instrumento sería, y no podía ser otra cosa. Cuando García Moreno buscó entre los enganchados un hombre **para todo,** ¿no se lo presentaron a Rayo? ¿Para qué le tomó, le tuvo a su lado, le acarició tanto tiempo, si ese hombre era **para todo?** García Moreno no ha tenido otro hombre de más confianza que Faustino Lemos Rayo. Saque de esto el señor Miguel Caro alguna filosófica y católica consecuencia....» (PAGINAS DESCONOCIDAS, 306).

Andrade, siendo muy niño, había conocido a Rayo en 1859, y refiere que en 1863 se portó «humano y generoso» cuando, como jefe de la escolta, conducía al destierro al General Gabriel Moncayo. Añade que «había sido Gobernador de la Provincia de Oriente».

En su relato «EL CRIMEN PASIONAL DE RAYO», la atildada escritora Doña Laura Pérez de Oleas Z. asevera que Rayo procedió impulsado por celos. García Moreno se había enamorado de Mercedes Carpio de Rayo, y habría alejado al esposo con un cargo oficial en el Napo. Debido a una enfermedad, Rayo pidió licencia para trasladarse a Quito, pero García Moreno se la negó diciendo: «Por motivos que no estoy obligado a dárselos, Ud. está confinado, preso en las selvas orientales». Advertido de la infidelidad de su esposa, Rayo llegaba a Quito el 4 de Agosto de 1875. (Véase: «Historias—Leyendas y Tradiciones ecuatorianas», I, pág. 151—180).

En su afán de defender a su santo tirano y mártir de la acusación de adúltero, el bueno del señor César Pérez Moscoso, el 20 de Abril de 1958 hizo una entrevista periodística a.... Faustino Rayo hijo, anciano y decrépito asilado en el Hospicio de Quito, para indagarle acerca de hechos que ocurrieron nueve meses antes de su nacimiento...., y saber si su madre le había revelado algún secreto íntimo, confesándose amante de García Moreno, o negándolo... Las titubeantes respuestas del infeliz anciano, que habría arrojado a puntapiés al «reporter» si hubiese estado en condiciones de medir la ofensa, son las que Pérez Moscoso publica bajo el título de «En defensa de la verdad»!!.... El lector ha de convenir con nosotros en que es el colmo de la ingenuidad esperar que alguien, por decrépito que esté, testifique en contra de su madre, y que, en tales circunstancias, la defensa del hijo carece de todo valor probatorio sea a favor o en contra de la «castidad» de García Moreno. Lo más valioso y elocuente del curioso folleto, son las fotografías que reproduce en nítidos clisés. Compárense los retratos del anciano Faustino Rayo Carpio con los de García Moreno muerto y con el de Faustino Lemos Rayo; estúdiense los rasgos fisonómicos de los tres rostros, y diga el

observador imparcial si los de Faustino Rayo Carpio se parecen a los de García Moreno y no a los de Faustino Lemos Rayo.

De documentos de auténtico valor histórico consta que éste se vio perjudicado en sus intereses económicos por los misioneros del Napo con la complicidad de García Moreno. El 3 de Diciembre de 1867 el padre Vicente Daniel Pástor, Vicario Apostólico del Napo, pasó una comunicación al señor Ministro del Interior, en que decía: «. . . A mi llegada al pueblo de Papallacta, he sabido que el señor Capitán Faustino Rayo regresa a la provincia de Oriente en calidad de Comisario de Policía. No puedo, Emo. Señor, mirar con indiferencia que el señor Rayo vaya investido de autoridad, porque durante su permanencia en los pueblos de la misión, ha sido el obstáculo mayor para los trabajos apostólicos de los misioneros.... llegando al extremo de vejar a uno de los misioneros.... Además para hacer las ventas de sus efectos discrecionalmente, ha procurado, en cuanto ha estado a sus alcances, desprestigiar a los misioneros.. . Ultimamente, señor Ministro, sospechando en una ocasión que un individuo estaba encargado por mí para que me informara sobre su procedimiento, lo llamó expresamente diciéndole que viera que daba látigo y que me comunicara.... Por el manejo del señor Rayo me dirigí al señor Ministro de Estado haciéndole presente que era imposible continuar la misión con la ingerencia del señor Rayo. El señor Bustamante, Ministro entonces, me contestó que el señor Rayo era un simple particular y que nada tenía que ver en los asuntos de la Provincia. Esta comunicación la condujo el mismo señor Rayo.... y obró discrecionalmente como de costumbre hasta que, viendo que el P. Pino que se hallaba en el Aguano no dejaba que llevara adelante sus abusos, regresó a esta capital con la amenaza de llevar escolta y hacerse respetar.... Para concluir.... debo asegurar a V. E. que tengo deferencia personal por el señor Rayo, que le soy reconocido por los servicios que me prestó en los aprestos de mi viaje.... Dios guarde a Ud. (f) Vicente Daniel Pástor, Vicario Apostólico». (Véase: «En defensa de la verdad», de César Pérez Moscoso, pág. 38—39, quien anota que «este oficio reposa en el Archivo del Ministerio de lo Interior»).

El misionero jesuita, durante el gobierno garciano, lo era todo en la Provincia del Oriente. Severo Gomezjurado afirma que «Rayo fue tan sólo jefe de escolta: el Gobernador o, mejor dicho, **autoridad civil suprema** era el Padre Fonseca....» («Vida de García Moreno», VII, pág. 439).

«Los jesuitas —lo corrobora Roberto Andrade—, reyes donde han clavado la estaca, habían querido serlo en el Oriente, donde quisieron llevarse el oro de unas minas y cometer otras depredaciones propias de ellos. Rayo se opuso con fuerza, los jesuitas se quejaron al tirano, y éste destituyó a Rayo y le defraudó algunos miles de pesos. Rayo desde entonces se estableció en Quito, donde se casó y

llegó a ser buen padre de familia.... Rayo no era mogigato, ni devoto.... Cuando veía a García Moreno se le encendía el rostro y juraba que había de matar al tirano. Nadie tuvo de qué quejarse de Rayo en Quito, porque su comportamiento era hidalgo, irreprensibles sus costumbres, y nunca dejó de cumplir sus promesas».

El 29 de Octubre de 1871 Rayo hallábase en Tena, desde donde escribió a su amigo Camilo Tapia avisándole que dentro de tres días partiría para Quito «por encontrarse esta Provincia peor que antes por estos padres»; y que, sin pérdida de tiempo, regresaría «lo más pronto». Aconsejaba, finalmente, a su amigo que no fuera a esos pueblos porque había «prevención para hacerlo salir». Tapia era comerciante. (W. Loor: «Los asesinos de García Moreno», pág. 171. La carta está reproducida fotográficamente).

Apenas llegado a Quito debió prohibírsele el regreso al Napo, pues presentó tres solicitudes sucesivas —el 20 de Diciembre de 1871, el 26 de Enero y el 8 de Marzo de 1872— para poder regresar, siéndole negadas todas ellas. César Pérez Moscoso en su folleto pomposamente titulado «En defensa de la verdad», nos ha hecho el servicio de publicar una reproducción fotográfica de la tercera, cuyo texto es como sigue: «Faustino Rayo, ante V. E. con el debido respeto represento: que antes de ahora me negó V. E. el permiso que solicité para regresarme a la provincia del Oriente a recoger mis intereses que constituyen el patrimonio de mi familia; mas hoy, impulsado por los azares en que me han colocado mis acreedores, quienes me exigen el cumplimiento de los compromisos que contraje tomando cantidades a interés, me ponen en la dura pero indispensable necesidad de volver a importunar a V. E. implorando la concesión de ese permiso para trasladar a esta Capital aquello que no es posible perderlo sin quedar reducido a la mendicidad. Soy un padre de familia que a costa de privaciones y sacrificios tengo que atender a los deberes de mi estado, y una vez que lo único en que estaba fundada mi esperanza había de desaparecer sin culpabilidad de mi parte, doloroso es, Excmo. Señor, colocarme en la disyuntiva o de ser víctima de mis acreedores o de abandonar mi casa para sepultarme donde nadie pueda saber de mi existencia; pues lo primero sería acabar con mis aspiraciones echando en tierra mi reputación; y lo segundo no podía ser menos fuerte, ya que contra la naturaleza estaría privado de lo que ella me deparó, oyendo los ayes de unos seres desgraciados que no tendrían quien mirara por su conservación. V. E. jamás consentirá en la ruina de un padre de familia que se acoge a su protección para alcanzar el consentimiento que solicito para permanecer sólo unos seis meses en aquella provincia, por ser el tiempo que considero necesario para terminar mis asuntos mediante la cooperación de las autoridades.... Justicia es lo único que pido, Excmo. Señor.... (f) Faustino Rayo».

Una explicación de estas negativas puede hallarse en la carta que

el jesuita Andrés Justo Pérez, sucesor del padre Fonseca, escribía el 26 de Enero de 1872, advirtiendo que «sólo quedarán en la misión los blancos que tengan oficio y **no comercien».** (W. Loor, obra citada, pág. 172). Es decir, en actividades comerciales los misioneros jesuitas no admitían competidores.

«Según cálculos del mismo P. Pérez los créditos de Rayo en el Oriente llegaban a cinco mil pesos pero parece que el mismo García Moreno se interesó ... en perurgir a los jesuitas que verificasen ese cobro, que de otra parte no era muy justo. De todos modos Rayo fue pagado de sus haberes, y **en 1875 nada se le debía por este concepto.** El mismo P. Pérez refiere, que habiendo venido a Quito, en Diciembre de 1875, en una conversación con el Ministro liberal, Gómez de la Torre, éste cayó en la tentación de decir que la muerte de García Moreno se debía al poderoso brazo de Rayo....; y la causa fue haberle prohibido entrar al Napo para cobrar su plata. Ante esta afirmación el Padre.... le contestó: «Yo mismo remití al asesino Rayo diez cargas de pita y di orden para que siguiera percibiendo sus deudas, sin meterme a examinar su justicia»; y agrega que **otra causa,** y no deudas de los indios que fueron pagadas, debieron influir en el crimen....» Esa causa fue —añade por su cuenta Wilfrido Loor— dinero de la masonería....» (Obra citada, pág. 173).

Por su parte, el dominico David Galindo, en su libro inédito «Seis lustros de Reforma» citado por Luis Robalino Dávila, escribe: «En cuanto a los matadores de García Moreno, decimos en obsequio a la verdad desnuda, que no fueron masones ...; ni Rayo fue masón, puesto que **fue empleado de García Moreno** de Gobernador de la Provincia de Oriente. Se ha dicho con insistencia en los diarios y en la misma Historia ya citada (la del Padre Berthe) que los masones se valieron de Rayo para victimar al Presidente. ¿Cuándo y en qué época? No podía ser cuando estaba de Gobernador, porque estaba empleado, era su amigo; no podía ser cuando Rayo estaba resentido con él, porque *vino directamente de la Provincia del Oriente a Quito...., y lo mató a los pocos días de llegado,* como hemos dicho...» («García Moreno», pág. 586—587).

Como se ve, en 1875 habían desaparecido los motivos de carácter económico que hasta marzo de 1872 habían distanciado a Rayo de García Moreno; y pocos días antes del 6 de Agosto de 1875, según el testimonio del padre David Galindo, Rayo, Gobernador del Oriente, había llegado a Quito. Ninguna contradicción hay, pues, en el desarrollo de los acontecimientos, según quiere hallarla César Pérez Moscoso en sus empeños por desvirtuar el relato de Doña Laura Pérez de Oleas Z., que coincide exactamente con versiones de otras fuentes.

El jesuita Severo Gomezjurado revela en el VII tomo de su «Vida de García Moreno», que Rayo visitó a García Moreno la mañana

del propio día 6 de Agosto. «A eso de las siete de la mañana —dice—, García Moreno salió de la iglesia de Santo Domingo, en compañía de su esposa Doña Mariana del Alcázar.... Allí estuvo, en el vestíbulo, el Capitán Faustino Rayo, quien saludó: —Buenos días, su Excia.— Buenos días, Capitán.— ¿Ha oído su Ecia. la misa del **Señor de la Expiación?**— La he oído. Venga Ud. conmigo: le voy a mostrar un galápago inglés que acaban de obsequiarme—. Para ver el galápago inglés, penetró en la casa presidencial no sólo Rayo sino también Banderas. El sicario hipócrita se despidió de García Moreno con demostraciones de gratitud....»

«Entre tanto —prosigue el historiador jesuita—, Fray José María Masiá se introdujo en el palacio presidencial, y de sopetón dijo al Primer Magistrado: —Guárdese su Excia., hoy día le van a matar—.... Padre Masiá —contestó el presidente— NO ME MATA RAYO SINO LA RAYA».... «La raya —comenta el jesuita, previniendo al lector para que no se le ocurra pensar en la RAYA como la esposa de RAYO....— es el tope o límite que Dios pone a la existencia de cada individuo....» (Obra citada, pág. 469—470). García Moreno se burlaba de las amenazas de muerte; pero sus crímenes habían ya rebasado todo límite.

Hay todos los indicios de que Rayo sirvió a dos conjuraciones independientes e inspiradas por muy diversos propósitos: a la de los idealistas discípulos de Montalvo por intermedio de Polanco, y a la del ambicioso general Francisco Javier Salazar, Ministro del propio García Moreno, por intermedio del desleal Comandante Francisco Sánchez. Andrade ni siquiera fue informado de los pasos que Polanco había dado ante Rayo, según lo da a comprender en los siguientes renglones: «En los días en que la conjuración horadaba las sombras, no oí el nombre de Rayo sino a uno que otro conjurado, y eso por su celebridad de determinado y valeroso. .. Debo manifestar que en nuestro pundonor de revolucionarios noveles.... nada nos intimidaba tanto como el compromiso con alguno que no fuera ecuatoriano: ninguno se resolvió a comprometer a Rayo, colombiano. Un General y Ministro no había tenido los mismos escrúpulos». De todo ello se llega a la conclusión de que Salazar y Sánchez, instigados por bajas pasiones, trataron de medrar en provecho personal a costa del sacrificio de jóvenes idealistas que sólo buscaban el bien y el honor de la Patria.

¡Cuántas revelaciones habría podido hacer Rayo si no hubiese sido victimado por el sargento segundo Manuel López instantes después de la muerte de García Moreno! Dijo López en su declaración que *«aun cuando no hubiera recibido orden alguna,* siendo como era soldado de la República, estaba en el deber de defender a la Nación». El asesino de Rayo, no sólo no fue sometido a juicio, sino por el contrario ascendido porque «había merecido bien de la Patria», según ex-

presión de los jueces sobornados por Salazar. Testimonios citados por Andrade, refieren que López se defendió diciendo: *«El asesino será el General Salazar, porque él me lo mandó....»*

¿Por qué Wilfrido Loor no incluye los retratos de Salazar y de Sánchez entre los de quienes él llama «asesinos de García Moreno»?

Rayo, vengador de su honor, halla su mejor defensa en el propio García Moreno, quien como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Santiago de Chile en 1866, obtuvo del Gobierno de ese país hermano indulto total a favor del ecuatoriano Benjamín Mosquera, reo de tentativa de homicidio y heridas, porque —decía en el oficio dirigido al Canciller ecuatoriano— «le habían instruido los capellanes.... de que el delito lo cometió movido por la ardiente pasión de los celos y no por la perversidad de su corazón». («Escritos y discursos», II, pág. 183).

Testimonio de González Suárez.—El «martirio» del tirano desató un torrente de ditirámbicos elogios para el «modelo del gobernante católico», «defensor de la Iglesia y de sus derechos», «fiel devoto del papado».... Desde púlpitos y publicaciones de todo género fue comparado con Constantino y Carlomagno; y su protección invocada como la de un santo varón ya canonizado.

Hallábase entonces en Cuenca el presbítero Federico González Suárez, ex jesuita y ex compañero de hábito de Abelardo Moncayo y de Polanco. Era su prelado el obispo Remigio Toral, a quien el tirano había perseguido en su segunda administración con tal tenacidad que llegó a pedir a Pío IX su deposición del obispado. El señor Toral no debió contar tampoco con las simpatías de los jesuitas por haber acogido en su diócesis a un ex-jesuita....

El 21 de Agosto, dos semanas después de la muerte de García Moreno, González Suárez pronunció una Oración fúnebre que provocó una reacción tremenda, como un preludio de la que provocaría más tarde el Cuarto tomo de su Historia del Ecuador. A ella se refiere en sus «Memorias íntimas» de la siguiente manera: «Esa Oración fúnebre fue improvisada casi repentinamente; y, para prepararme, no tuve más que unas dos horas, poco más o menos. —Escriba Ud. su discurso —me dijo el Obispo:— escríbalo y delo a luz. Va a ser objeto de murmuraciones y aun de calumnias—. Lo escribí y lo publiqué por la prensa, sin variar ni una sola palabra y sin añadir ni quitar una sola sílaba, y la oportuna advertencia del prudente Obispo Toral me libró de ser llevado preso a Quito y sumido en el Panóptico. ¿Cómo así?.... De Cuenca escribieron tantas calumnias contra mí que el Gobierno quiso castigarme como a un gran criminal: ¿cuál era mi crimen? ¿Cuál? ¡Quién lo creyera!!.... ¡¡El no haber elogiado a García Moreno, tanto como García Moreno debía ser elogiado!!.... Mi pobre madre fue insultada y casi abofeteada en Quito por una se-

ñora que indignada con lo que de mí se escribía de Cuenca, quiso vengar en mi desvalida madre la injuria, que suponía que yo había hecho al asesinado Presidente. Los amigos de García Moreno estaban ciegos: todo elogio les parecía corto para los méritos del difunto...» («Federico González Suárez», por Ricardo Bueno C., pág. 204 – 205).

¿Qué «herejías» había proferido el orador? Hablar de la caridad cristiana en memoria de quien de ella había hecho mofa toda su vida, constituía ya una censura. «Vosotros, sabéis, señores, —dijo— que el Evangelio nos manda amarnos unos a otros como hermanos: respecto de nuestros prójimos tenemos, pues, una deuda, impuesta por la religión, la deuda del amor fraternal; mas, si para con los hombres tenemos la obligación de amarnos, para con la verdad tenemos también una deuda sagrada, y **no podemos,** sin conculcar sus derechos, ***tributar inmerecidos elogios a los difuntos.*** Los que han sufrido ya el juicio del Juez Eterno de vivos y muertos no pueden recibir más alabanza que la verdad pura, dicha con sinceridad y entereza. ¿Ni cómo había de elogiar yo a los muertos en este lugar, verdaderamente santo, por ser el templo donde mora el mismo Dios? ¿Qué podría decir yo, hombrecillo mezquino, en alabanza de los que ya no son más que un poco de polvo? Nuestros juicios son errados, porque nos los inspiran, muchas veces, las pasiones, y no la justicia. ¡Cuán tremendo es por esto, señores, el cargo de hablar de los muertos en la Cátedra del Espíritu Santo! Para hablar dignamente de un muerto, sería preciso haber asistido al juicio del Señor, y oído su sentencia! ¡Cuánto peligro hay de ***alabar lo que en el divino acatamiento ha sido digno de reprobación eterna,*** y ***de condenar lo que, tal vez, habrá merecido eterna recompensa!*** .... Si el hablar mal del ausente es indigno de pechos generosos, ***parar mientes en los defectos del que ha muerto no lo consiente la caridad cristiana....»***

«No pertenecí —continúa— yo a su partido político.... Es cierto que **cometió faltas políticas,** pero nosotros estamos muy cerca de él para que podamos juzgarlas con la debida imparcialidad ... Es difícil gobernar bien a los pueblos.... por esto **antes de condenar inexorablemente la conducta de los magistrados,** reflexionemos si hemos sabido tributar a las autoridades constituidas el debido acatamiento, como lo enseña el gran Apóstol de las Naciones, San Pablo...»

En sus «Memorias Intimas» González Suárez insiste: «.... no quise nunca ser uno de sus partidarios políticos, por la sencilla razón de que nunca quise afiliarme en ningún partido político. Aprobé, sin reserva, cuanto aquel gran patriota hizo de bueno, y condené, sin miedo, lo que en su conducta no podía menos de condenarse. La revolución contra Espinosa, Presidente legítimo, fue mala; la reelección de 1875 fue antipolítica: alabé a García Moreno, sin interés; le censuré, sin pasión. No soy liberal, no soy progresista, **no soy conservador** ... Mi sistema político es muy sencillo, y consiste en una sin-

cera e inquebrantable adhesión a las enseñanzas de la Silla Apostólica.... En puntos meramente políticos, queda a cada uno el derecho de opinar en lo que fuere opinable. Los conservadores me han aborrecido y me han hecho aparecer como mal sacerdote: ¿son católicos?.... *Yo no he querido jamás que el clero sea solidario de ningún partido político,* sea éste el que fuere. ¿Será esto un crimen?... ¡Hasta simples artesanos, como cierto zapatero, se constituyeron en jueces míos, y me calificaron de hereje....! («González Suárez», pág. 198—199).

El propio 6 de Agosto el Vicepresidente Francisco Javier León publicó una hoja suelta en que decía: «Compatriotas: el más atroz de los crímenes se acaba de perpetrar por viles asesinos.... DIOS NO SE MUERE, eran las palabras que tenía en sus labios la ilustre víctima». Muy diverso fue el lenguaje de González Suárez, quien ni a García Moreno mandó con toda certeza a los cielos, ni a los conjurados condenó al infierno, absteniéndose en un párrafo de su pieza oratoria de calificar de criminal hasta a Rayo. Refiriéndose a García Moreno en la introducción dijo que «*podemos esperar de la misericordia infinita del Señor,* que la muerte haya sido para el ilustre difunto el principio de la vida eterna». Refiriéndose a Rayo añadió: «El hombre que fuera, *no diremos criminal* sino más bien tan desgraciado que recibiera precio por derramar la sangre del Presidente de la República, cuando meditaba, tal vez, disfrutar tranquilo el premio de su bárbaro hecho, fue arrebatado de repente a la eternidad, para dar cuenta a Dios de su pecado, dejándonos la terrible **incertidumbre** de su suerte eterna».

¿Estuvo González Suárez debidamente informado al repetir que Rayo hubiera sido pagado para ajusticiar al tirano? Su aseveración difiere totalmente de los testimonios de Montalvo, Andrade, Polanco, los hermanos de Cornejo.... De desear es que los investigadores de la historia aclaren este punto plenamente hasta establecer los móviles de Faustino Lemos Rayo en los hechos que culminaron el 6 de Agosto de 1875.

IV.—ENTRE LA «OVEJILLA DEL ALTAR» Y EL «TIGRE DEL CAPITOLIO»

Amistad de Montolvo con el Arzobispo Checa
Envenamiento de Monseñor Checa
¿Profecía de un santo o amenaza de un asesino?
Monseñor Checa y los jesuitas
Quién era el jesuita Pérez
Montalvo y los jesuitas
García Moreno y los jesuitas
El jesuitismo. Ignacio de Loyola
Un hecho reciente
Veintemilla calumniado
Otros acusados inocentes
«El eminentísimo y reverendísimo sacristán de la catedral»

Amistad de Montalvo con el Arzobispo Checa.—Tal era la mansedumbre del señor Arzobispo José Ignacio Checa y Barba, que el pueblo quiteño lo llamó la «Ovejilla del Altar», frente al «Tigre del Capitolio», mote que el mismo pueblo aplicó al sanguinario presidente García Moreno, según refiere Gabriel Unda en sus «Bocetos ecuatorianos y extranjeros». (Segunda edición, pág. 69, Prensa Católica, Quito, 1951).

La bondad del corazón, esto es, el amor al prójimo manifestado en la propia entrega al bien del pueblo, acerca a las almas generosamente cristianas, del mismo modo que los sentimientos torcidos hacia el mal unen a los perversos.

Bajo el título de «Visitas de un desconocido», en «El Cosmopolita», Montalvo nos revela su afinidad espiritual con el ilustre prelado, y el respeto que le inspiraba, facultándole tutearlo en el relato de un histórico diálogo. «¿Sabes, añade —escribe Montalvo repitiendo las palabras de su amable interlocutor— que estoy contento? —¡Qué buena nueva, Ilustrísimo! —Su Santidad aprueba mi **rojismo.** —Toma luego de un precioso armario una carta, se quita el bonete religiosamente, y me la pone en las manos.... El arzobispo le había dado cuenta de su conducta pidiéndole consejo acerca de cómo debía comportarse en lo relativo a la política; si era bien el prescindir como él lo estaba verificando; si erraba en no favorecer a ningún partido con su influencia eclesiástica; si debía o no afligirse del adjetivo con que los mal intencionados habían dado en llamarle.... **Optime agisti, venerabilis frater,** exclama Su Santidad:.... nuestro ministerio es de

mansedumbre, la paz y la concordia nuestro objeto.... El Papa manifiesta su voluntad de que el clero no se empeñe en la política, menos favoreciendo la tiranía: Jesucristo fue del todo extraño a ella.... Escándalo verdaderamente inaudito, nunca verificado en ninguna parte del mundo, que el clero autorice con su firma un programa donde el cadalso es la proposición sobresaliente. Las leyes mismas prohiben a los sacerdotes intervenir en todo asunto que versa sobre derramamiento de sangre; si por su empleo se les ofrece conocer en casos de muerte, se excusan; ellos confiesan y absuelven al cristiano; pero sufragar por que se le mate, no; su casa es el templo de Dios, claro y de ambiente suave, no el frío y tenebroso sepulcro; su altar es el que abriga la imagen de Dios, no es el patíbulo donde se insulta y se destruye su imagen. Sacerdotes que grabáis vuestros nombres en las gradas del cadalso, el Pontífice Romano os conocerá, sabrá quienes son y cómo se llaman los que deifican esa monstruosa fábrica y se ofrecen a un dictador para servirles de verdugos. Yo que he visto la firma del Papa reprobando y prohibiendo la intervención del clero en asuntos donde se atraviesen la tiranía y la sangre, puedo hablar de este modo a los eclesiásticos que se empeñan en traer su piedra para la construcción del patíbulo: la sangre que lo bañara, será de vuestros hermanos, de esos a quienes debéis proteger, salvar y consolar con vuestro santo ministerio ... Después de la carta de Su Santidad, leí una comunicación oficial de Su Eminencia Monseñor Antonelli: el ministro abunda en el parecer del Soberano, y elocuentes aconsejan uno y otro al clero no contribuir sino a la paz, la misericordia y la concordia de los cristianos, manifestando sin rebozo, el horror que les causa el descarrío de los eclesiásticos que en varias naciones de Sud-América, toman parte con los opresores de los pueblos. Si Su Señoría el Arzobispo Checa tuviere a bien transcribir al clero de la nación las comunicaciones de Su Santidad y su ministro, haría un verdadero bien a la República y a la Iglesia. Cuando ese hombre sin tacha, ese sacerdote sabio, ese prelado fiel y vigilante es sindicado de heresiarca por los fariseos, ¿qué no sucederá con nosotros, ignorantes pecadores?.... Salí del palacio arzobispal santificado por los brazos de un hombre justo....» Los pormenores de la interesantísima entrevista pueden leerse en las páginas 376 – 384, del segundo tomo de «El Cosmopolita», ed. Garnier.

Esa entrevista dio lugar a chismes propios de beatas y sacristanes, según se comprende de cuanto escribió Montalvo al respecto. Su panfleto «Prosa de la prosa» empieza con el siguiente **ex abrupto:** «¿Confesarme? Con arzobispo ni con diablo. Me confesaré con Dios omnipotente y misericordioso, allá cuando se me abran las puertas de la eternidad, y tenga que purificar mi alma para entrar en la mansión eterna de la gloria. Tomó un nombre elevado la **máquina de difamar,** para urdir sandias falsedades en su cabeza; pues yo no creo

que el arzobispo hubiese dado materia a la injuriosa vocinglería de mis detractores. Un alto sacerdote no toma parte en la murmuración y menos en la calumnia. Señor Checa, ¿es cierto que me he tirado de rodillas ante vuestra señoría para confesarme, abjurar mis doctrinas y pedirle dinero? El arzobispo dice que no, ¡oye, León Mera! Con ese fin no se tiran de rodillas sino los de tu clase. El papel del arzobispo, mucho peor que el mío: siendo verdad, delación, siendo falso, impostura....» (PAGINAS DESCONOCIDAS, 162).

Efectivamente, esas imposturas herían la rectitud del señor Checa más gravemente de lo que afectaban a la hombría de Montalvo. El señor arzobispo, sin embargo, guardó silencio, y Montalvo comentó: «El ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio, arzobispo de Quito, esperó sin duda que yo le defienda de la acusación más grave que puede hacerse a un prelado de su categoría —la prevaricación—. Como algo redundase contra mí de su temeridad, no se recelaron sus detractores de dar a entender claramente que el arzobispo había revelado el secreto del tribunal de la penitencia, o poco menos; pues sólo a su murmuración criminal pudieron haber debido los impíos el conocimiento de esas desgracias mías que pregonaron por la imprenta. El señor Checa sabe sin duda que no se contestan los pasquines; pero como eclesiástico instruido ¿sabe también que Sixto V, uno de los pontífices más grandes, le hizo cortar las manos y la lengua al que le había difamado? Marcos Espinel que hizo escribir el pasquín, León Mera que lo escribió, Mariano Mestanza que lo mandó a publicar, con manos y lengua se hallan todavía, y harto nos lo darán a conocer en adelante.... Toda ocasión que al cura, al vicario, al obispo se le ofrece de dar lecciones de moral al pueblo, debe ser para él un feliz acontecimiento. ¿El señor Checa, arzobispo de Quito, otorgó con el silencio las horribles falsedades de sus enemigos y los míos? ¿No sabe que quien calla otorga? Si todo lo mintieron, **desde la confesión,** no era razonable que él dejase prestada su cabeza para que en ella me inmolasen. ¡Prestar la cabeza un arzobispo para que en ella inmolen a un cristiano! ... Yo sé que ese hombre es bueno: mansedumbre, timidez, falta de fuego en el espíritu ... Por dicha al cielo se sube también sin alas ...» (Ibidem, pág. 209).

¡El lío de padre y señor mío que armó Montalvo porque alguien le «calumnió» de «haberse confesado»! Y, después de todo, ¿por qué preocuparse tanto de que un prójimo se confiese o no se confiese? ¿Qué les va ni qué les viene a los beatos y fariseos con los problemas íntimos de las conciencias ajenas frente a Dios? Deberíanse contentar con ser ellos buenos cristianos y dar ejemplos edificantes en no mentir, no calumniar, no insultar, no odiar, no derrochar fondos del erario en los cargos públicos....

Pero los falsos cristianos, los fariseos de todos los tiempos, los «doctores de la Ley» envanecidos de su ciencia, virtudes y otras pren-

das, examinan más las conciencias ajenas que las propias, y ésa es la educación que se da en ciertos colegios confesionales. Como él mismo refiere, el «rapaz» Jorgito Salvador Lara, alumno del Colegio San Gabriel, preguntaba ansioso a su abuelita: —«¿Se confesaría Montalvo?»—; y con la respuesta de su abuelita pretende desmentir la explícita y reiterada confesión de Montalvo, de no creer en la confesión sacramental y de no haberse «confesado con arzobispo ni con diablo», por mucho que en el señor arzobispo Checa haya visto a un varón «justo» y «bueno».

Con la reciente derrota eleccionaria del querido amigo «Yo-yo», Quito se ha librado de tener un Alcalde que habría husmeado por todas las dependencias del Concejo preguntando: «¿Se confesaría el Concejal Fulano de Tal? ¿Se confesaría el Secretario? ¿Se confesaría el Tesorero? ¿Se confesaría la amanuense? ¿Se confesaría el portero?»....

Envenenamiento de Monseñor Checa.—Años más tarde, el viernes santo, 30 de Marzo de 1877, el santo arzobispo moría envenenado con el vino de la misa.... A ese crimen monstruosamente sacrílego se refirió Montalvo en sus escritos más de una vez. Su artículo acerca «de la pena de muerte», rechazada por algunos liberales, concluía con el siguiente párrafo: «¿Sabéis cuándo hemos de abolir la pena capital? Cuando a fuerza de luces y buenas costumbres, cuando a fuerza de enseñar y practicar las virtudes hayamos conseguido la extirpación de la traición, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entonces, oh liberales, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas si cayere en vuestras manos el negro que mató al compañero de Bolívar en Jamaica, por matar a Bolívar mismo; el blanco que mandó asesinar en Berruecos a Antonio José de Sucre; el malvado que dio de puñaladas en París a Monseñor Sibour; *el monstruo que envenenó al arzobispo de Quito, colgadlos, sin consultarnos;* colgadlos, cual a otros Zuázolas y *recibid la bendición de la justicia*». («El Regenerador», II, pág. 161, Ed. Garnier).

Erróneamente Montalvo creyó, hasta cierto punto, en la acusación de un clérigo ecuatoriano que en Colombia señaló públicamente a Veintemilla como «envenenador del ilustrísimo arzobispo». Veintemilla persiguió con saña al clérigo como «calumniador», y, en efecto, según oportunamente lo veremos, poderosas razones hay para creer que fue inocente de ese crimen. «Si envuelve o no calumnia el llamarle envenenador a Ignacio Veintemilla —escribió Montalvo—, no es mío el averiguarlo; mas el clérigo lo había dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador». («Las Catilinarias», I, pág. 192).

Lo que está fuera de toda duda es que Montalvo lamentó intensamente la trágica muerte de su amigo, y que, por lo mismo, sus discípulos y partidarios jamás pudieron tener la más remota participación en ese horrendo crimen.

En 1927, a los cincuenta años del luctuoso acontecimiento, el au-

tor de estas líneas leyó con sumo interés en «El Comercio», de Quito, un extenso artículo conmemorativo que le dejó profundamente impresionado, sea por el carácter sacrílego del crimen, sea porque daba claramente a comprender que aún no se había descubierto al criminal. En consecuencia, sin proponérselo expresamente, pero con la curiosidad de hallar algún indicio que condujera al esclarecimiento del hecho, ha puesto especial atención en cualquier referencia que de alguna manera se relacionara con él, en obras de muy diversa índole y autores. He aquí el resultado de esas observaciones, de cuya validez ha de juzgar el lector como mejor le plazca.

¿Profecía de un santo o amenaza de un asesino?—Las relaciones entre el virtuoso arzobispo Checa y el «Tigre del Capitolio» no podían ser más tirantes.

A ciertos sujetos que habían acudido al palacio presidencial con chismes, García Moreno había dicho: «Vayan y digan al Arzobispo... que algún día *ha de morir envenenado como un perro*». (Gabriel Unda: «Bocetos ecuatorianos y extranjeros», pág. 69). ¿Fue la profecía de un santo, o la amenaza de un asesino?.... Una vez muerto García Moreno, a ¿quién sino a sus más íntimos allegados tocaba cumplir esa amenaza?....

«Mis relaciones con el señor García Moreno fueron como por el filo de un cuchillo —confesó Monseñor Checa al Presidente Borrero, sucesor inmediato de García Moreno—, **temiendo** —agregó Borrero— **ser herido a cada paso».** Hállase este dato en la biografía de García Moreno, por Luis Robalino Dávila, pág. 391, quien se refiere al envenenamiento de Monseñor Checa, como a «uno de los crímenes más tenebrosos y poco esclarecidos todavía».

Parece que la incomprensión entre los dos personajes databa de años atrás. En carta dirigida a Rafael Borja el 5 de Septiembre de 1868, García Moreno atribuía hipócritamente el terremoto de Ibarra a castigo de Dios en los siguientes términos: «Tremendo ha sido el castigo para esta desdichada provincia, en la cual se dio el escándalo de las elecciones de Mayo de que un ateo de profesión, un impío conocido, el fatuo coplero Julio Zaldumbide, fue elegido diputado por los votos de los católicos y *por la influencia y protección del entonces obispo Checa* y de la mayor parte del clero.... ¿Y qué escándalo mayor que el ver a *un sucesor de los apóstoles inducir al clero y al pueblo para que elijan a un enemigo declarado de Dios*, que hace gala de no creer en su existencia? Quiera EL que *ese descarriado pastor no atraiga nuevas calamidades al país y reconozca y deplore su extravío*....» (Wilfrido Loor: GARTAS DE GARCIA MORENO, IV, pág. 46).

¿Es verosímil que un santo prelado y todo su clero hayan auspiciado la candidatura de un «enemigo declarado de Dios», de un ateo? ¿No habrán sido éstas sólo calumnias para desacreditar como

irreligioso, en un pueblo de fanáticos, a un político cuyo único delito consistía en no ser partidario de García Moreno? . . . No olvidemos que la calumnia fue arma constante de la política garciana, como lo reconoce su propio admirador Manuel Gálvez.

No cabe la menor duda de que, a la muerte del tirano, el santo prelado debió sentir un alivio . . . .

Monseñor Checa y los jesuitas. — Según parece, monseñor Checa tuvo tropiezos con los jesuitas por motivos económicos ligados a propiedades inmuebles, y, concretamente, por el edificio del Seminario Conciliar, el mismo que había pertenecido en la época colonial a los Jesuitas, pero que con la autoridad del Papa, señor absoluto de todos los bienes de la Iglesia, había sido adjudicado a la arquidiócesis. Tal se colige de la carta que el Presidente García Moreno dirigió el 18 de Febrero de 1874, al Papa Pío IX, intercediendo en pro de los intereses jesuíticos, con argumentos de cuya veracidad pueden testificar la Curia de Quito, y los Padres Franciscanos y Mercedarios: «Interesado —dice— vivamente en cuanto puede procurar la mayor gloria de Dios en esta católica República, me dirijo nuevamente a vuestra Santidad, para suplicarle asigne en usufructo a la Compañía de Jesús, por el tiempo que ella exista en el Ecuador, la porción del antiguo Colegio de Jesuitas que posteriormente se adjudicó al Seminario Conciliar de Quito. Como el edificio no es adecuado para Seminario, y como el Ilmo. Arzobispo ha trasladado el Seminario a otra parte . . . esta Arquidiócesis nada pierde en dejar el usufructo de ese edificio a los RR. PP. Jesuitas. Además por concesión de la Santa Sede, el Ilmo. Señor Arzobispo ha adquirido para su Iglesia: 1o. el convento y propiedades del antiguo Tejar de la Merced que ofrece capacidad suficiente para el Seminario; 2o. una parte del vasto Convento y terreno adyacente de San Francisco, donde ha establecido provisionalmente el Seminario; y 3o. todos los capitales de censos eclesiásticos que el Gobierno ha devuelto con arreglo al Concordato, y están adjudicados al mismo Seminario . . . . No extrañe Vuestra Santidad que en este asunto no haya querido entenderme con el excelente prelado Ilmo. Sr. Checa, con quien conservo las mejores relaciones y cuyo asentimiento creo habría conseguido sin dificultad y si hubiera dependido de él sólo. Pero él habría tenido que entenderse con el Capítulo, y éste ha tenido siempre la costumbre de oponerse a todo, como se opuso al Concordato. Si la concesión que solicito a Vuestra Santidad, dependiese del Capítulo Metropolitano, es seguro que jamás se conseguiría, teniendo en cuenta la mal encubierta desafección de muchos capitulares por la Compañía de Jesús . . . . Implorando la bendición apostólica de Vuestra Santidad, se postra a vuestros santísimos pies vuestro humilde, obediente y amante hijo, (f) G. García Moreno». (CARTAS DE GARCIA MORENO, IV, pág. 421).

No se requiere ser muy perspicaz para comprender que, si por

una parte las relaciones entre monseñor Checa y el presidente García Moreno marchaban como «por el filo de un cuchillo», y, por otra, el entendimiento entre el presidente y los jesuitas era notoriamente absoluto y estrechísimo, las relaciones entre el señor Arzobispo y los jesuitas no podían ser precisamente cordiales....

Refiere el jesuita Severo Gomezjurado en su folleto «¡¿Mártir García Moreno?!», pág. 87: «A los cuatro meses del asesinato, el Padre jesuita Pérez, Misionero en el Napo, escribió lo siguiente refiriéndose a una entrevista con Monseñor Checa: Respecto a la muerte de Dn. Gabriel, **cayó en la tentación (sic)** de decir, que se debía al poderoso brazo de Rayo, *sin el cual los demás no hubieran sido capaces de matarle*....» ¿Encerraba esta observación del señor Checa complacencia íntima por la muerte del tirano? ¿Pudo agradar a los jesuitas esa complacencia?

Quién era el jesuita Pérez.—De origen español, el jesuita Andrés Justo Pérez era entonces superior de la misión del Napo. «Los jesuitas —escribe el autor jesuítico Wilfrido Loor— de orden del Gobierno, nombraban y cancelaban tenientes de los pueblos, alcaldes y gobernadores de indios, imponían penas por faltas ligeras y por las graves remitían los reos a Quito». El misionero p. Guzmán, en choques de intereses con Rayo, había dicho: «Mientras haya pitas y oro y blancos comerciantes no habrá paz en esta provincia»; razón por la cual el superior Pérez resolvió: «Sólo quedarán en la misión los blancos que tengan oficio y no comercien». («García Moreno y sus asesinos», 2a. ed., págs. 166, 167 y 172). Ellos habían de ser los únicos «blancos comerciantes»....

El 4 de Julio de 1875 el presidente García Moreno escribía al jesuita Pérez: «Mi muy reverendo padre: Le escribo hoy para recomendarle al joven Pallares, quien va al Napo por el negocio de quinas de su padre. Cuanto haga V. P. por él, se lo agradecerá cordialmente su afmo. amigo y S. S. (f) García Moreno». Como se ve, el permiso que le había sido negado a Rayo por tres veces en 1872, le fue facilmente concedido a un joven comerciante que, seguramente, no perjudicaba al monopolio comercial de la Compañía de Jesús. La carta tenía una posdata: «Mil recuerdos a esos RR. PP. Que todos se acuerden de rogar a Dios por la República y por mí». (CARTAS DE GARCIA MORENO, IV, pág. 535). Moría treinta y tres días después.

Montalvo tuvo noticias del jesuita Pérez, y las consigna en EL ESPECTADOR al hablar del suplicio conocido como cepo colombiano. «El **cepo colombiano** —dice— es otra cosa: y éste sí que vive.... en manos de españoles. Andando al Amazonas dos viajeros, Proaño y Valverde, por bosques y ríos salvajes, hallaron en las misiones del Napo *un cepo cargado de indios desnudos que no habían*

cumplido su deber, esto es, **no habían podido lavar la tarea de oro en polvo que les impusiera** el santo hombre que hacía de cura, alcalde y porquerón. **Aquí tienen ustedes,** les dijo un jesuita español llamado EL PADRE PEREZ, **el emblema e instrumento de la civilización.** Palabras tanto más atroces e impías, cuanto que ése estaba entre los inocentes hijos de las selvas encargado de protegerlos y enseñarles la doctrina cristiana . . . .» (Pág. 294). Y de esos actos de barbarie y de crueldad habían acusado los misioneros jesuitas a Rayo ante el Ministro del Interior . . .

Veintemilla calumniado.—Muchos y muy graves motivos de censura dio el general Ignacio Veintemilla en su vida política, ora como cómplice de la tiranía de García Moreno, ora como «tiranuelo» él mismo, razón por la cual Montalvo lo atacó y derrocó con sus Catilinarias. Mas, en lo que al envenenamiento del señor arzobispo Checa se refiere, hay poderosas razones para creer que no tuvo participación alguna.

Refiere el historiador Juan Murillo: «El día 7 de Septiembre (de 1876) víspera de la revolución, llegó a Guayaquil el señor Checa. . . . de paso para Roma». —Borrero había querido atribuir un carácter antirreligioso a la revolución de Veintemilla, y puesto que ningún acto contrario a la Iglesia había seguido al Pronunciamiento, se le pidió un testimonio al señor Arzobispo, el cual no tuvo inconveniente para dárselo en los siguientes términos: «no he sabido que se haya cometido por parte del Gobierno ningún acto hostil a la Religión Católica ni a ninguno de sus Ministros, y antes bien he recibido del Excmo. señor General don Ignacio de Veintemilla y de US. H. manifestaciones de consideración y respeto, por las que le doy las debidas gracias. . .» Luego, «guiado sólo por el espíritu evangélico que le caracterizaba, resolvió el señor Checa regresar a Quito con el objeto de interponer sus buenos oficios en favor de la paz; así se lo había manifestado al General Veintemilla, quien agradeciéndole la iniciativa, le proporcionó todos los medios para que pudiera regresar a Quito». («Historia del Ecuador de 1876 a 1888, Ed. de EL COMERCIO, 1946, pág. 148-149).

Por el contrario, el obispo de Riobamba, Ignacio Ordóñez, gran amigo y admirador de García Moreno, lanzó una pastoral política calificada de subversiva, y contra él y otros eclesiásticos politiqueros fue contra quienes Veintemilla promulgó el 2 de Marzo de 1877 un decreto cuyo segundo artículo decía: «Los eclesiásticos que, con Pastorales, sermones y otros medios, traten de alarmar las conciencias de los fieles, a fin de excitarles a la rebelión y a la anarquía, serán extrañados del territorio de la República . . .» (Ib. pág. 165).

Moribundo, en el momento de recibir los últimos sacramentos, Veintemilla fue conjurado para que declarara si tuvo alguna participación en el envenenamiento del arzobispo. «Veintemilla —escribe Ga-

briel Unda— esforzándose e irguiéndose fatigosamente en su lecho, apoyada la cabeza sobre un ancho almohadón, contestó con las siguientes palabras que alguien las recogió para la Historia: —Si hubiera tenido yo alguna participación en aquel crimen, de seguro no estaría en este último momento de mi vida, reclamando los auxilios de la religión católica. Durante mi administración, utilizando los medios de las investigaciones de que podía disponer el Gobierno, se tomaron todas las medidas para descubrirlo, sin lograr resultados de ninguna clase. José Vicente Solís permaneció incomunicado durante varios meses; se sirvió la Policía de recursos conminativos y punitivos, de la astucia de varios expertos; pero de sus declaraciones no se obtuvo ningún resultado. Los Tribunales de Justicia actuaron libremente: intervinieron en el curso del proceso distinguidos abogados: aténganse a sus resoluciones.....» («Bocetos ecuatorianos y extranjeros», pág. 80-81).

Otros inocentes acusados.—Entre los primeros acusados estaba José Vicente Solís, el «Zambo Solís». Ebrio se había hallado cuando lo tomaron preso, y, vuelto en sí tras de las rejas de la cárcel, grande fue su sorpresa al saber que se le acusaba de haber envenenado al señor Arzobispo, por haberlo declarado en plena borrachera, según le aseguraban.... Nada pudo probarse contra él. (Véase el boceto «El Zambo Solis», obra citada, pág. 55 y siguientes).

Otros de los acusados fueron: Manuel Cornejo Cevallos, el Canónigo Manuel Andrade, Joaquín Chiriboga, Manuel I. Pareja y José Gabriel Moncayo; pero todos ellos desvanecieron «completamente cualquier indicio o presunción».... (Ib. pág. 167). Acusador de Manuel Cornejo Cevallos fue el ilustre jurisconsulto Dr. Luis Felipe Borja; sin embargo la defensa demostró plenamente la inocencia de Cornejo.

«El eminentísimo y reverendísimo sacristán de la Catedral».—El alegato de Cornejo menciona un dato muy importante: «Qué portento! —dice Cornejo Cevallos—. ¿Conque más de mil concurrentes había en la iglesia, para quienes tal vez era yo el blanco de sus preocupaciones, y no obstante, sólo me vieron *dos mujeres emparentadas con el sacristán mayor, y me vieron de distinta manera?* Cualquier abogado sabe siquiera que *dos testigos que se contradicen* o que *no están de acuerdo sobre un mismo hecho* no merecen fe, esto es, no constituyen plena prueba. Las aseveraciones disconformes y contradictorias, no prueban sino que estas mujeres no han dicho la verdad. Por otra parte, los testigos presentados por mí aseguran que yo estuve en mi casa hasta las once y media, más o menos....» (Juan Murillo M.: «Historia del Ecuador», pág. 174).

En el escrito presentado por el acusador, apoderado de la familia de monseñor Checa, se lee que «se anunció que el Jueves Santo se verificará un movimiento popular contra el señor Carbo. No queda, pues, duda de que el asesinato fue fraguado por un círculo que, al perpetrarlo, se proponía algún fin político o religioso.. ... Este

círculo debió componerse, o bien de individuos del clero, o bien de conservadores, o bien de algunos sedicientes liberales, que miraban al Ilustrísimo señor Checa como un obstáculo para llevar a cabo las reformas que, en su concepto, debían hacerse en el Ecuador.... A pesar del grande interés con que se han buscado pruebas contra el clero, y especialmente contra el Canónigo señor doctor Andrade Coronel, no hay en el sumario el más leve indicio contra este eclesiástico, ni contra ningún otro....» (Ibidem, pág. 170).

Mas ¿qué indujo a esas dos mujeres emparentadas con el sacristán a incurrir en contradicciones? ¿Tal vez el afán de salvarlo?.... Del proceso aparece que las investigaciones contra él fueron tan incompletas, que ni siquiera su nombre se conoce a juzgar por el relato y las citas don Juan Murillo M. en su Historia.

Es evidente que las *primeras y más fuertes sospechas debieron recaer sobre el sacristán por ser el responsable inmediato de la preparación y servicio de las vinajeras.* ¿Hubo un grave error en juzgarlo sujeto de poca consideración y menospreciarlo como un ente inofensivo? Mas, por mera casualidad y por fortuna, Don Juan Montalvo nos suministra datos sumamente significativos acerca de él, ridiculizándolo finamente. Leámoslo: «El eminentísimo y reverendísimo sacristán de la catedral, **exlego jesuita,** apertrechado para dos semanas, haciendo fuego lindamente sobre la tropa con su escopeta de dos tiros desde una ventana de su buena iglesia.... El oficial Paredes ha probado el plomo bendito: ¿qué tal, amigo? ¿es como el pan bendito? Eso debe de empurecer la sangre y glorificar el alma. ¿Bala de sacristán, es lo propio que bendición de obispo? Yo no lo creo. Cuando dieron los liberales con Monseñor, le hallaron rodeado de una canasta de bizcocho, noventa huevos duros, una arroba de cecina, un barril de chicha, un bote de pólvora, y un montón de postas y municiones, cebando con mucha gracia su escopeta. Había pensado Su Eminencia que las barricadas iban a durar un mes». (EL REGENERADOR, II, pág. 118-119). El artículo de donde se ha tomado la cita montalvina se intitula «La Guardia civil», que fue escrito, el lunes 7 de enero de 1878, esto es, pocos meses después del envenenamiento del señor Arzobispo, tiempo en el cual estaba de sacristán el exlego jesuita y tuvo lugar una revolución armada.

Los disparos del exlego jesuita y sacristán desde una ventana de la catedral prueban dos cosas: que era capaz de asesinar, y que no respetaba el lugar sagrado, esto es, que tenía todas las disposiciones para envenenar, en sacrílego crimen, al señor Arzobispo.

Sin ánimo de insinuar que haya procedido por consigna de sus anteriores superiores jesuitas, debemos sin embargo, observar que, en medio de la sociedad, hay jesuitas de casaca ligados con votos solemnes a la Compañía de Jesús. Garcia Moreno fue, sin duda, uno de ellos. El Duque de Gandía, Francisco de Borja, más tarde general de

la Compañía, permaneció por dos años en el mundo siendo ya, ocultamente, «profeso» de la misma, según refiere el padre Pedro de Ribadeneira, en su «Vida de San Ignacio», ed. del Apostolado de la Prensa, Madrid, 1942, págs. 238 y 354.

¿Qué paradero tuvo ese sacristán? ¿Por qué había salido de la Compañía? ¿Regresó a ella? ¿Murió en el mundo? ¿Mantuvo relaciones con sus antiguos superiores? ¿Cuál era su nombre? . . . . Por lo menos este último dato podría obtenerse en los archivos jesuíticos.

Es indudable que el arzobispo Checa debió sentir profundo alivio con la desaparición del tirano, y, competente teólogo y moralista como era, se habrá alegrado del tiranicidio que ponía fin a las amenazas de muerte que pesaban sobre él, como sobre tantos otros inocentes. Por desgracia cometió la imprudencia o «cayó en la tentación» de observar que los demás conjurados no habrían sido capaces de matar a García Moreno sin el «poderoso brazo de Rayo». Ese desliz debió irritar al jesuita español Pérez, el mismo que en el Napo cruelmente condenaba al cepo colombiano a los infelices indios que no le producían todo el oro que les exigía. ¿Fue su envenenamiento el castigo supremo por haber dejado traslucir su complacencia por la trágica muerte del gran jesuita de casaca?

Conclusión: Es evidente que el crimen fue tramado con suma habilidad y precaución, en circunstancias que infundían sospechas sobre determinadas personas, mientras los culpables se ocultaban en las tinieblas. Pero desde el momento que el crimen tuvo lugar, es deber del investigador tomar en cuenta todo mínimo detalle que pueda conducir al esclarecimiento del hecho e identificación de los asesinos. Sabida es la importancia que, para el caso, tienen las simples huellas digitales. Queda a la perspicacia y criterio del lector deducir si el jesuita español Andrés Pérez, el mismo que se ensañaba cruelmente con los indios del Napo castigándolos en el «cepo colombiano», pudo o no pudo tener una participación intelectual en el envenenamiento del santo prelado Ignacio Checa y Barba, advirtiendo que el autor de estas páginas se abstiene de llegar a ninguna conclusión definitiva, y que simplemente se ha limitado a hilvanar datos aún no tomados en cuenta por quienes han intentado esclarecer tan negro acontecimiento de nuestra Historia.

Montalvo y los jesuitas.—En todas sus obras el Cosmopolita demostró su conocimiento del jesuitismo y su consiguiente repudio hacia él. En su Tercer Tratado «Réplica a un sofista seudocatólico» comenta ciertas normas jesuíticas y anota sus fuentes de información: **«Le jésuite. —Des Jésuites,** MICHELET.— **Le Jésuite moderne,** GIOBERTI.— **Historie de Port—Royal,** JEAN RACINE, etcétera».

No es de extrañar que, refiriéndose a la obediencia ciega, de tipo militar, impuesta por Ignacio de Loyola a los suyos cuando escribió: «. . . yo debo hallarme con un **cuerpo muerto** que no tiene que-

rer ni entender...., como un **pequeño Crucifijo** —(obsérvese lo sacrílego de la comparación)— que se deja mover de una parte a otra sin dificultad...., como **báculo de un viejo**...., así yo debo estar aparejado para que de mí la Religión —(léase «la Compañía jesuítica»)— se ayude y se sirva ***en todo lo que me fuere ordenado***....» (véase: «Vida de San Ignacio de Loyola», por el p. Pedro de Ribadeneira, pág. 462); Montalvo haya comentado «....venid, correveidiles del demonio, y sabed que la **obediencia cadavérica** no halla cabida en pechos donde amor de Dios y del género humano están hirviendo encendidos por la inteligencia que desciende sobre ellos y los crece y los vuelve gigantes». (Tercer Tratado).

Lo único que le interesa al superior jesuita es contar con la «obediencia cadavérica» de todos sus súbditos para el fácil logro de sus íntimos propósitos, aunque el súbdito vea pecado en lo que el superior le manda. Para que nadie se lleve a engaño imaginándose que exageramos, léase la siguiente «doctrina jesuítica»: «Cuando yo tengo parecer o juicio que el superior me manda *cosa que sea contra mi conciencia, o PECADO,* y al superior le parece lo contrario, yo **debo creerle** ...., y si no lo puedo acabar conmigo...., debo dejarlo en juicio y determinación de dos o tres personas. Si a esto no vengo, yo estoy muy lejos de la perfección (sic) y de las partes que se requieren a un verdadero religioso». («Vida de San Ignacio de Loyola», ya citada, pág. 461). No hay para qué decir que caería en desgracia del superior el súbdito que se atreviera a discutir con otros súbditos acerca de lo pecaminoso de una orden.

Razones tuvieron el Arzobispo de Quito y el Vaticano para condenar los Siete Tratados: en ellos se atacan la alianza del clero con el despotismo, su corrupción hasta en los más altos grados de la jerarquía; el culto de las llamadas «imágenes sagradas» claramente prohibido por el Segundo Mandamiento del Decálogo en su texto original, no adulterado por la Iglesia Católica; la descarada simonía de «los lobos rapaces que con nombre de curas devoran las poblaciones indefensas», y «venden a Cristo, y le abofetean, y le amarran, y le crucifican en sus semejantes, sus hermanos....»; el pingüe negocio que se hace con el purgatorio y el infierno; las prácticas supersticiosas de una religión falsa; los crímenes de papas; el triunfo de la perversidad y de la hipocresía en nombre de Dios.....

Pero nada debe haber irritado tanto a las autoridades eclesiásticas como ciertos párrafos del Tercer Tratado, en que se lee: « ...Nápoles la bella, opulenta, amorosa. Id con tiento por esa ciudad católica; ella es el sepulcro blanqueado de que hablan los profetas. Un hombre está allí contra la puerta de una iglesia; otro en la esquina de la calle; otro os sigue a la sordina. Ya se vienen a vosotros, ya se os llegan.... ¡os hablaron los infames!: ¿qué proposiciones son las suyas?, ¿qué os ofrecen?, ¿qué inmundicias os echan a los oídos? So-

doma y Gomorra están reedificadas, las potestades del infierno están estremecidas. ¿Y qué extranjero no ha sido víctima de un ultraje irreparable en el monte Pincio, el Corso, la plaza del Pópolo, en Roma, ciudad del pontífice romano, cuando pasaba entre oscuro y claro, meditando por ventura en cosas elevadas e inocentes? Corredores del crimen, embajadores de Sodoma, los echacuervos que os siguen con el pecado nefando en las manos son tan comunes allí, que me admira no hayáis tenido de ello la menor noticia . . . Que los cristianos primitivos, con los olores frescos de las ciudades malditas chamuscadas a orillas del Mar Muerto hubiesen temido esos hábitos ponzoñosos, y hubiesen tomado providencias para preservarse de ellos, pudiera admitir explicación; pero que los jesuitas ortodoxos de ayer, se vean en la necesidad de hacer prohibiciones nefandas a su orden, como las hechas por el padre Aquaviva, esto es lo que no nos cabe en el entendimiento. Las amistades con los jovencitos son peligrosas, decía San Pácomo, y castigaba gradualmente a los hermanos que reían o jugaban con los niños. Aquaviva, en las Constituciones, ha abrigado los mismos temores que San Pácomo, vecino de Salen y Pentápolis . . . Doroteo es todavía más severo con sus frailes: Rechazad la amistad de los mozos como la del enemigo; huid de conversar con ellos **ut amicitiam diaboli.** No recibirás en tu celda a un niño ni a un joven, exclama San Teodoro Studita, en un corazón con San Isidoro, quien tiene por peligro inminente el reír con un niño o el tocarle. . . . San Saba rechaza de su orden a los imberbes, no sea que la honestidad corra peligro. Y es sabido que en el monasterio de San Bermon el maestro de escuela no podía estar ni un instante solo con uno de sus escolares, ni le era dado dirigirle la palabra sino en presencia de todos. . . En las Constituciones de los jesuitas, ***Regulae communes,*** hay reglas como éstas:

De non loquendo;
De nemine tangendo;

y aun les prohiben a los padres tocar perros y gatos, ¡qué infamia! ¿En qué casa pública de prostitución comprendería nadie el motivo ni el objeto de prohibiciones semejantes? Amistades de mal olor, ***amicitiam male olentem,*** como las de las ***regulae communes,*** no conocieron los de Puerto Real; y cuando, pulverizado por el Pontífice Romano, a pesar de San Agustín, Jansenio hubo caído, bailaron sobre él los jesuitas, le pusieron alas al diablo, y en una ruin farándula que llamaron comedia, le mandaron a los infiernos. Y Jansenio no había temido nunca hallarse a solas con un niño ni tocar perros ni gatos. Ahora, pues, ¿los jesuitas son o no católicos?, ¿viven o no en el seno de más de un pueblo católico? Escarbó el gallo y descubrió el cuchillo: vuestro sodomita no ha sido Cicerón, el hombre más honesto y puro de la antigüedad, según el testimonio de muchos santos cristianos y Doctores de la Iglesia. La justicia de los hombres henchidos

de odio es un furor farisaico, dice San Pablo: la ciencia de los hombres henchidos de mala fe es una ignorancia satánica, digo yo. Estos nunca andan buscando qué salvar sino qué devorar: *Quaerens quem devoret.* Mas cuando invocan las llamas del cielo para sus enemigos, las llamas caen sobre ellos, como sobre los ministros de Baal, y los consumen. Enemigos. .. ¿No saben que el verdadero cristiano no los tiene, porque sufre y perdona? *Christianus nullius est hostis* ...» (Véase el Tercer Tratado).

La moral jesuítica es acomodaticia, según Montalvo. Fue el mejor sostén de la tiranía garciana, y a fe que, de esa entente, se beneficiaron por igual la llamada Compañía de Jesús y García Moreno, aunque Montalvo diga de éste: «El puñal de Bruto —(que había aguzado contra Flores)— lo ha trocado por el hisopo, el manto de púrpura del romano por la capa tenebrosa del ave de rapiña. Mas el jesuitismo no le sirve sino para corromper y embrutecer a los pueblos, y de ningún modo para defenderse contra los que no pueden ser corrompidos ni embrutecidos.... El jesuitismo no le sirve sino para hacerle enterrar una mujer y tomar otra, para inspirarle pecados inauditos y absolverle de sus culpas....» (PAGINAS DESCONOCIDAS, 86, 91).

Eliminado García Moreno, el jesuitismo recibió con arcos de triunfo a Borrero. En la magistral descripción que Montalvo hace del desfile—procesión con que salió el pueblo de Quito a recibirle, la frailesía ocupaba un lugar preponderante. «Las comunidades religiosas, —dice—, en largas filas, adelantan a paso de procesión.... todos a horcajadas en mulas de uno y otro sexo, a cual más católico y garboso. No hay cosa como un fraile a caballo, con ese contrabando de telas derramadas profusamente alrededor, sirviendo sus hopalandas de paramentos que cubren hasta la cola de la caballería.... Los jesuitas, cabizbajos, llevan metidos los ojos en la barriga, y allí ocultan sus virtudes que consisten en esconder la vista y el alma, a fin de que nadie vea la gloria con que fulgura en ellos la malicia....» (CATILINARIAS, II, pág. 218).

Caído Borrero por haber querido conservar las tradiciones garcianas, los jesuitas adularon a Veintemilla. «Un jesuita español —escribió Montalvo— dijo que los cargos hechos al general Veintemilla por don Juan Montalvo no hacian sino crecer el lustre y los merecimientos de ese grande hombre.... lleva muy mal, no que Ignacio Veintemilla hubiese hecho robos tantos y tan grandes, tantos y tan pequeños, sino que yo le hubiera llamado ladrón.... Para que yo le nombre, el jesuitilla es muy chiquito; pero en la cadena pueden ir rufianes y ladronzuelos. Tente, padre, que allí te verán obligado a responder tu nombre. ¿Conque el púlpito para defender a facinerosos como Ignacio Veintemilla? ¿el púlpito para calumniar e insultar a los campeones de la libertad? Bellaquín como tú no es bueno para Pa-

dre de la Iglesia; bueno es para enano bufón de un príncipe de la Edad Media.... Sacerdote prevaricador, esbirro de sacristía que prefiere la opresión con los opresores a la libertad con los pueblos; el crimen y los vicios con los malvados, a la justicia y la pureza con los apóstoles, no es Padre de la Iglesia: expósito es en sus puertas que pagará algún día la pena de su ingratitud y su maldad.... Mientras un jesuitilla malicioso, chiquito, redondo y pícaro a las derechas suba al púlpito a excomulgar escritos que van enderezados al derribo de la tiranía, y tenga clarísimos oyentes que le oigan y le crean, no hay esperanza de remedio....» (Ibidem, págs. 25, 32, 76 y 96).

El jesuitismo. Ignacio de Loyola.—En la aversión que Montalvo sintió y demostró contra el jesuitismo, no hemos de ver sino la rectitud de su espíritu: amor a la verdad y la virtud; devoción al genuino cristianismo; fervor por una religión austera, que consiste, según las enseñanzas de Jesús, en amar a Dios y al prójimo, —no en farisaicos ritualismos. Como Jefferson, Montalvo estaba convencido de que la religión es un deber individual, y que, por lo mismo, no debe inmiscuirse en la política. De consiguiente, detestó la intromisión del jesuitismo en la vida de los pueblos, con grave detrimento de la paz social, en la vida de los pueblos.

Don Juan conoció sin duda el BREVE DE LA EXTINCION DE LA COMPAÑIA DE JESUS, **Dominus ac Redemptor,** en que el papa Clemente XIV, después de enumerar diversas órdenes religiosas extinguidas por los papas Clemente V, Pío V, Urbano VIII, Inocencio X y Clemente IX, añade: «No hemos omitido cuidado ni investigación para conocer a fondo todo lo concerniente al origen, progresos y estado actual de la Compañía de Jesús, y hemos descubierto que fue establecida por su Santo fundador para la salvación de las almas, conversión de herejes y sobre todo de infieles, y para dar a la piedad y a la religión nuevos aumentos, y que para alcanzar más fácil y felizmente el objeto deseado, estableció en ella el ***estrechísimo voto de pobreza evangélica,*** tanto en común, como en particular ... Casi en la cuna, la Compañía vio nacer en su seno diferentes gérmenes de discordia y de celos, que no sólo desgarraron sus miembros, sino que los indujeron a levantarse contra las otras órdenes religiosas, contra el clero secular, contra las academias, universidades, colegios y escuelas públicas y contra los mismos soberanos que los habían admitido en sus Estados; y que estas turbulencias y disensiones se producían tanto con motivo de la naturaleza y carácter de sus votos, de la admisión de novicios, del poder de despedirlos y de elevarlos a las órdenes sagradas, **sin título** y sin haber hecho votos solemnes, cosa contraria a las decisiones del Concilio de Trento y de Pío V. Otras veces las turbulencias venían del poder absoluto que se arrogaba el General y de algunos otros artículos referentes al Régimen de la Compañía. Otras, por los colegios, por los privilegios que los ordinarios y otras dignidades eclesiásticas

y civiles hallaban contrarios a su jurisdicción y derechos, no habiendo por último *acusación por grave que sea,* que no se levantara contra esta Compañía, turbando durante mucho tiempo la paz y la tranquilidad de la cristiandad.... De aquí nacieron muchas quejas contra estos religiosos. Todas las precauciones no bastaron para apaciguar los clamores y quejas levantados contra la Compañía. Por el contrario, se esparcieron más y más en casi todo el universo, y muchos acusaron a la Compañía de ser enteramente *opuesta a la fe ortodoxa y a los buenos costumbres.* La Compañía se desgarró a sí propia con disensiones intestinas y exteriores, y entre otras acusaciones que le dirigieron, se cuenta la de su *extraordinaria avidez y apresuramiento para apoderarse de los bienes de la tierra....»* En otro párrafo, Clemente XIV añade: «.....nuestros predecesores Urbano VIII, Clemente IX, X, XI y XII, Alejandro VII y VIII, Inocencio X, XI, XII y XIII y Benedicto XIV se han esforzado en vano por devolver a la Iglesia la deseada tranquilidad, en cuestiones sobre asuntos seculares de que la Compañía no debía ocuparse ..., como sobre la *interpretación y práctica de ciertas ceremonias paganas,* toleradas y admitidas en muchos lugares, *omitiendo las aprobadas* por la Iglesia universal, como también sobre el uso e interpretación de las *máximas justamente prohibidas* por la Santa Sede, por ser *escandalosas y contrarias a las buenas costumbres* ....» Clemente XIV refiere, además, que su antecesor Clemente XIII, a solicitud de muchos Reyes se disponía a suprimir la Compañía; «pero la inesperada muerte de este Soberano Pontífice detuvo la marcha y conclusión de este asunto, y apenas por la misericordia de Dios ocupamos la Silla de San Pedro, nos dirigieron las mismas súplicas e instancias, aumentadas con las de muchos Obispos y otros personajes ilustres por su dignidad, ciencia y religión ...» (El texto íntegro del célebre Breve lo transcribe en español el jesuita León Tornero en su polémica con el Doctor Lorenzo Montúfar, Imprenta del Colegio, Riobamba, 1876).

Del histórico documento anterior se llega a las siguientes conclusiones principales: 1) la Compañía de Jesús, no obstante su voto solemne de obediencia al Papa, es la orden religiosa que más dificultades ha presentado al Papado; 2) esas dificultades se han debido a actitudes de rebeldía contra el dogma y las tradiciones eclesiásticas; 3) ha sido acusada de extraordinaria avidez y desenfreno por acumular riquezas; 4) ha sido denunciada por atentar a las buenas costumbres y con acusaciones gravísimas de todo género; y 5) fue abolida por ser foco insoportable de discordias y zozobras en los Estados y dentro de la propia Iglesia.

Gruesos volúmenes podrían escribirse sobre cada uno de los puntos anteriores, que Montalvo conoció sin duda.

En lo que a la obediencia al Papa se refiere, acabamos de leer una lista de más de DOCE PAPAS que, antes de Clemente XIV, tu-

vieron que enfrentar actos de obstinada rebeldía de la Compañía de Jesús. Baste recordar aquí la lucha que, por más de un siglo, sostuvieron los jesuitas con el Papado y diversas órdenes religiosas a causa de prácticas paganas opuestas al catolicismo, —los *«ritos chinos y malabares»*— como el culto a los antepasados, permitidas y estimuladas por los «misioneros» jesuitas en el Asia; no menos que por doctrinas inmorales, como la «restricción mental», defendidas por teólogos jesuitas. En estos precisos días son del dominio público los graves roces, por el desenfreno de los jesuitas en desconocer dogmas católicos, entre el Papa Paulo VI y la Compañía de Jesús. «El Comercio», de Quito, del 17 de Noviembre de 1966, traía un titular que decía: ANSIEDAD del Papa ante DUDAS de la orden jesuita».— «No puedo ocultar —dijo textualmente Paulo VI en una alocución que dirigió a 220 jesuitas reunidos en la última Congregación general— mi ASOMBRO Y PESAR sobre ciertas informaciones y rumores que han llegado a nuestros oídos respecto a vuestra sociedad . . . . » Y censuró las «iniciativas libres e irresponsables» hacia cambios arbitrarios. «No se puede —añadió— demoler la Iglesia de ayer para construir una nueva». Ante el temor de una censura papal y de un rompimiento más categóricos, la Congregación general no tuvo otra alternativa que concluir con una «resuelta reafirmación del incondicional COMPROMISO (sic) de la sociedad al servicio del Papa». Los reparos del nuevo general jesuítico, padre Pedro Arrupe, que trató de inculpar a los periodistas de haber tergiversado las advertencias papales, no atenúan en un ápice el «asombro y pesar» que le está dando a Paulo VI la Compañía de Jesús. ¿Es que ésta nunca ha defendido con sinceridad la fe católica, sometiéndose al Papa únicamente por un «compromiso» de conveniencia? (Véase «El Comercio», de 21 y de 25 de Noviembre de 1966). «Time», edición en inglés, del 14 de Diciembre de 1962, revela que quien, desde su celda, manejaba muchos hilos en el Concilio Ecuménico, era el jesuita Karl Rahner, teólogo de tendencias existencialistas (¿puede concebirse un católico de verdad, «existencialista»?), juzgado «hereje formal» por monseñor Spadafora, y cuyas obras debían ser condenadas según el Cardenal Ottaviani, o sometidas a examen de sus superiores de Roma, de Orden del Santo Oficio. No obstante su voto de fidelidad al Papa, Rahner afirma que no es el Papa, por sí mismo, la más alta autoridad de la Iglesia; y, menospreciando con jesuítica sutilidad a los 2.500 cardenales, arzobispos y obispos reunidos en el Concilio, añade que hay un elemento «carismático» por encima de ellos, del cual puede estar dotado un laico. «Los profetas no fueron sacerdotes», observa. (Revista citada, págs. 41, 42).

La historia de todas las naciones donde la Compañía de Jesús ha puesto sus pies, es testigo de que ha actuado, más bien, como una Compañía Comercial de insaciables ambiciones económicas, con una «extraordinaria avidez y apresuramiento para apoderarse de los bienes

de la tierra», según las muy expresivas palabras de Clemente XIV. En la Audiencia de Quito, tuvo siete colegios y setenta y siete haciendas, que González Suárez enumera detalladamente en el tomo quinto de su Historia. Donde se pusiera el dedo sobre el mapa de la colonia, ahí había una avanzada jesuítica, y si nos tomáramos el trabajo de señalar en un mapa contemporáneo del Ecuador las propiedades de dicha Compañía, fácilmente comprobaríamos que «la Historia se repite»; según se confiesa en el prólogo de un opúsculo jesuítico, cuando se dice: «Quien mejor sepa interpretar los hechos históricos, reconocerá ***también que en el Ecuador la Compañía de Jesús aún prosigue en la carrera y con la misma librea de sus primeros tiempos*** . . . .» («Los sacrilegios y crímenes del 4 de Mayo de 1897, por el p. Alfonso Escobar S. J. 3a. ed., Quito, 1946»).

En otras épocas las autoridades civiles ponían cuanta cortapisa estaba a sus alcances para frenar esa codicia. En nuestros días, en cambio, la estimulan sin reservas, como puede verse del siguiente Decreto Legislativo, que dice textualmente:

«LA ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE —Considerando— Que es necesario fomentar la educación nacional sobre todo cuando ella tiende a la formación de la juventud; Que, tanto la Sociedad THE CORPORATION OF THE ROMAN CATHOLIC CLERGYMEN, como la SOCIEDAD DIRECTORA DE LOS COLEGIOS SAN GABRIEL DE QUITO, SAN FELIPE DE RIOBAMBA Y RAFAEL BORJA DE CUENCA, tienen por objeto principal y fundamental la Educación de la juventud en el Ecuador; DECRETA: Art. 1o.—Facúltase a THE CORPORATION OF THE ROMAN CATHOLIC CLERGYMEN y a la SOCIEDAD DIRECTORA DE LOS COLEGIOS SAN GABRIEL DE QUITO, SAN FELIPE DE RIOBAMBA Y RAFAEL BORJA DE CUENCA, para que posean, por el tiempo que a bien tuvieren, los bienes por ellas adquiridos. Art. 2o.—Estos bienes se aplicarán exclusivamente a fines educacionales y culturales en el Ecuador, y no podrán salir del país. Art. 3o.—Quedan reformados en el sentido que se indica en los artículos precedentes los respectivos Estatutos de la *Corporación* y de la Sociedad que se nombran; y Art. 4o.—Encárguese de la ejecución del presente Decreto el Ministro de Educación Pública.— Dado en Quito, en la Sala de Sesiones de la H. Asamblea Nacional Constituyente, el primer día del mes de febrero de mil novecientos cuarenta y siete.— El Primer Vicepresidente de la H. Asamblea Nacional Constituyente. (f.) RUPERTO ALARCON F.— El Segundo Secretario de la H. Asamblea Nacional Constituyente (f.) Eduardo Daste Llorente.— Es copia— El Prosecretario de la H. Asamblea Nacional Constituyente (f.) Universi Vera Banegas». (Véase: REGISTRO OFICIAL— Administración del Sr. Dr. Dn. José María Velasco Ibarra— Año III, Número 803, de 6 de Febrero de 1947).

Por casualidad llegó a nuestras manos un contrato por el que los

jesuitas vendieron una pequeña propiedad cerca de Quito. Como propietaria y vendedora figura THE CORPORATION OF THE ROMAN CATHOLIC CLERGYMEN, «Corporación de Clérigos Católicos Romanos», nombre bajo el cual se oculta en este caso la Compañía. ¿Será porque teme que se le censuren sus actividades comerciales? Para quien le interese conocerlo, el domicilio de su «Oficina para Despacho de Negocios» es: «501 East Fordan, Bronx, N. Y., N. Y.» Al tiempo de la celebración del contrato era Presidente Mr. James A. McGibney, y Secretario Mr. F. C. Wheller. Por Poder de Procuración otorgado ante el Notario Público Frances A. Breen y los testigos William E. Charles y Charles A. Abraham, «tienen el dominio en la República del Ecuador» Mr. Harold Ward y Mr. Charles Collins, quienes, para el contrato en mención, otorgaron Poder a los «señores» Manuel María y Aurelio Espinosa Pólit. Actuó como abogado Mr. Joseph H. Fargis, Procurador, Cedar Street 47, Manhattan, N. Y., y autenticaron el Poder el Escribano de la Corte Lester W. Patterson ante el Notario del Condado de Bronx, Frances E. Breen, y el Escribano de la Corte Suprema Stephen C. Little ante el Notario Florus Barry, en Baltimore, Maryland. El Cónsul del Ecuador, Sr. Eduardo Jaramillo, autenticó las firmas de los Escribanos, y el Canciller Carlos M. Larrea y el Subsecretario Guillermo Bustamante autenticaron la firma del Cónsul Jaramillo. Todos estos trámites deben realizarse en los Estados Unidos y en nuestra Cancillería, y otros más en los Municipios locales, cuando alguien compra algún inmueble a los jesuitas dentro del territorio del Ecuador, aunque su precio no llegue a los $ 10.000,00. Como apoderado de los jesuitas, el Dr. Jaime Martínez Espinosa sucedió al Dr. Leonardo Moscoso.

Ya sabemos ahora quienes son los «dueños» verdaderos de todas las propiedades actuales de la Compañía en el Ecuador, y lo serán cada dia de más extensas zonas de nuestro territorio....

¡Bien! No hay para qué insistir sobre las incriminaciones de Clemente XIV por el extraordinario acaparamiento de bienes terrenales que caracteriza a la Compañía: quien más, quien menos, todos tienen alguna noticia de él, o, por lo menos, han oído rumores de sus capitales bancarios y de las acciones que posee en toda clase de empresas comerciales. Tampoco es necesario insistir sobre sus doctrinas, muchas veces opuestas a los dogmas de la Iglesia Católica, de la que forma parte material, y a los dictados de una conciencia moralmente recta; su penetrante ingerencia, ora franca, ora embozada, en la vida política de los Estados. En cambio, se conoce muy poco lo relativo a su conducta reñida con las «buenas costumbres», que fue una causa principal por la que Clemente XIV la abolió, y Montalvo la censuró en uno de sus Siete Tratados. Para descubrir la verdad, no tenemos sino que leer muy atentamente obras de fuente estrictamente jesuítica, como las biografías de Ignacio de Loyola, su fundador, es-

critas, entre otros, por los padres Pedro de Ribadeneira, Pablo Dudon, Victoriano Larrañaga y, en modo particular, por el padre Hipólito Jerez. En ningún otro caso se identifica más a cabalidad el espíritu del fundador con el espíritu de su obra, de tal modo que basta penetrar en los secretos del primero para comprender los secretos de la segunda. Iñiguismo y jesuitismo fueron, son y serán siempre una sola y misma cosa, lo que quiere decir que la Compañía de Jesús del siglo XX es la misma de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, con la única diferencia del refinamiento en las que el jesuita Jerez llama las «mañas» de uno y otra, como fruto de una experiencia aprovechada en máximo grado. Se comprende, entonces, que el investigador no ha de proceder con la ingenuidad de una novicia religiosa cuando tiene por delante a quien ha sido llamado el «rey de los sicólogos», hombre de «ojos quebrados» y «alegría perenne». El propio padre Jerez advierte en el prólogo de sus revelaciones que «no habrá . . . agente transformador. . . . ni infidelidades de historia . . . . La verdad será llena como la luna . . . » (TERNURAS IGNACIANAS, págs. 6 y 41). Y en la última página parece ridiculizar a quienes «tienen ojos y no ven; tienen oídos y se hacen sordos . . . .» (Ib. pág. 272).

Nos limitaremos a hacer algunas citas, tomándolas casi al azar, de entre las incontables que pueden hacerse a cada paso.

Antes de su «conversión» —atinadamente llamada «transformación» por Jerez (pág. 11)— Ignacio fue procesado en Guipúzcoa. «Los *delitos* que cometió *son singulares e muy enormes* por los a ver cometido él e Pero López su hermano, *de noche e de propósito e alebosamente»* (sic) —se lee en el proceso. Se ignora por qué no fue castigado con la cárcel. «No se guardaba de pecados; travieso en juegos y cosas de mujeres y en revueltas y cosas de armas —escribió el p. Polanco, citado por Jerez». Iñigo tuvo sucesivamente varios apellidos: López, Recalde, Loyola . . . A pesar de su pretendida nobleza se ignora el año preciso de su nacimiento y, lo que es aún más significativo, no se ha establecido con toda exactitud el apellido de su madre: María Sonnez, María Sonne, Sánchez de Balda, María Sánchez de Licona y Balda, son los que menciona el jesuita Dudon. Fueron hermanos de Iñigo: Juan Pérez; Martín García; Beltrán; Ochoa; Hernando; Pero López; Magdalena, Marina y Catalina. «Los Loyola no eran letrados» —dice Dudon; y en otro capítulo de su obra recuerda que «cinco mujeres de mala vida, entre las cuales había una Loyola», se convirtieron cuando Iñigo empezó su «apostolado» de predicación. Pero si, como parece averiguado, el padre de Iñigo fue Beltrán Yáñez de Loyola, y los nombres más probables de su madre, Marina Sánchez de Licona, el fundador de los jesuitas debió llamarse Iñigo Yáñez Sánchez. Véanse al respecto las páginas 18—20, 182 y 516—521 de «San Ignacio de Loyola», por el jesuita Pablo Dudon.

La juventud criminosa y desenfrenada de Iñigo *fue ignorada en*

el proceso de su canonización, y todos sus «antecedentes policiales» quedaron ocultos en los archivos jesuíticos hasta después del siglo XVII. Ni una sola palabra se dice de ellos en la Bula de la canonización. Los jesuitas «Laínez y González —escribe Dudon—, sin detallar tanto, confirman el testimonio de Polanco. El primero declara que Iñigo en el siglo se dejó vencer por la lujuria; y el segundo precisa haber oído del fundador de la Compañía de Jesús *relato circunstanciado de las locuras de su juventud*». Una nota al pie de la página 44 aclara: «Con razón el P. Astrain protesta (sic). . . . contra los historiadores (también jesuitas) del siglo XVII, que **no han dejado sospechar nada de todas estas debilidades».** («San Ignacio de Loyola», por Pablo Dudon, S. J., Buena Prensa, México, 1945). Efectivamente, al leer recientes obras sobre Ignacio de Loyola y su Compañía, se comprende que muchos datos se están publicando por primera vez.

Refiere el jesuita Pedro de Ribadeneira: «Al principio de su conversión, fue muy tentado de la **risa,** y venció esta tentación a puras disciplinas, dándose tantos azotes cada noche cuantas eran las veces que se había reído en el día, por liviana que hubiese sido la risa». («Vida de San Ignacio de Loyola», Apostolado de la Prensa, Madrid, 1942, pág. 509). Como Superior general de la orden por él fundada, Iñigo era una pura risa, sin que se diera ya azotes para reprimirla. Cuando se encontraba con algún hermano pensaba en que Cristo lo había redimido, «y recibía tanta consolación de este pensamiento —se lee en «Ternuras Ignacianas», del p. Jerez, pág. 74—, que siempre lo significaba con la risa y alegría exterior. Risa que según Lancicio, no podía reprimir aunque se diera después del examen tantos azotes cuantas veces se había reído. Aquellas risas furtivas y a solas entrañaban **un hermoso secreto** que en vano trató de llevárselo al sepulcro». No menor alegría sentía «meditando» en la Santísima Trinidad. El mismo Iñigo anota que «aun andando por la ciudad, con mucha alegría interior, un representárseme la Santísima Trinidad en ver quándo tres criaturas racionales, quándo tres animales (sic), quándo tres cosas, y así a la larga. . .» (Obra citada, I. del C. de J., Bogotá, 1940, pág. 139). La vida íntima del fundador con su secretario el p. Polanco, era pura chacota «en las expansiones e íntimas ocurrencias con que entrambos comenzarían su labor cotidiana». «Reñía a Polanco, daba la vuelta, y no podía (Ignacio) reprimir la risa . . . Así terminaba ese verdadero idilio en que uno se alejaba riendo, y el otro quedaba frotándose las manos. ¡Qué bien le fotografió Ribadeneira!» (Ib. pág. 43 y 57). Ello no obstaba para que Ignacio llorara a moco tendido siempre y cuando le viniera en gana: «Viéndose bañado en un mar de lágrimas, nos cuenta Ribadeneira. . . ., frenaba sus lágrimas hasta gobernarlas a su voluntad, de suerte que **cuando quería** lloraba lágrimas de devoción, y cuando no, se abstenía de ellas. . . .» (Ib. p. 137). «Lágrimas que en sus

últimos años eran continuas. Dijo cuarenta días misa y diariamente con muchas lágrimas, y era pensando si las iglesias de la Compañía tendrían renta ...» (Ib. pág. 29). Desde su «transformación» —dice el p. Jerez— «quedarán sus ojos levantados, **cheios d' agua** (llenos de agua), y su boca **cheia de riso** ... » (Ib. pág. 11).

Apenas «transformado», «estudiará con los niños de Barcelona», y «*mudando su carácter,* (sic) su *complexión e inclinaciones* ...» etc. (Ib. p. 13).

Bien pronto se rodeó de unos cuantos adeptos con sus mismas «complexiones e inclinaciones», que en Alcalá empezaron a vestir túnicas de varios colores presentándose como alumbrados, inspirados, iluminados...., a quienes seguían mujeres medio beatas, medio histéricas, y algunas de vida poco edificante.

En el primer proceso que se les entabló, declararon como testigos el padre Rubio, franciscano, la «beata Isabel Sánchez», María, mujer del portero del Hospital, y el propio portero Julián Martínez. El licenciado Alonso Mexía, sacerdote que presidía el tribunal, interroga al portero: «¿Duerme cada uno de los cuatro compañeros de Iñigo en su propia cama? —Julián responde: «Cada dos duermen en una cama».... («San Ignacio de Loyola», biografía ampliamente documentada, por Ludwig Macuse, Ed. Claridad, Bs. As., 1943, págs. 89—94).

Bajo pena de excomunión, los acusados recibieron la orden de abandonar sus llamativas vestimentas; pero fueron procesados aun por tercera vez. Iñigo porfiaba en proseguir en sus actividades aparentemente místicas, excitando la sensiblería de mozas con impresionantes descripciones del infierno, del cielo, de la felicidad, al propio tiempo que tomaba cuidadosas notas de las reacciones obtenidas, que dieron después lugar a los célebres «Ejercicios espirituales de San Ignacio». María de la Flor, una guapa imitadora de María Egipcíaca, que de los doce a los veintisiete años «floreció en una casa de trato» en Alejandría, y que estuvo dispuesta a pagar un viaje de peregrinación a Jerusalén con sus favores a los marineros, conoció a Iñigo en casa de su tía, e intrigada de lo que ésta hablaba con aquel, oyó de su tía: «El nos enseña la mejor manera de rendir culto a Dios: le confesamos nuestros pecados, y él nos consuela». (Ib. p. 96). Iñigo no había recibido las órdenes eclesiásticas.... «El hizo un examen del estado de su alma y le prescribió confesarse y comulgar una vez por semana y conversar con él íntimamente durante un mes entero. Y anticipó los efectos del tratamiento: al principio estaría muy alegre, sin saber el porqué; en la segunda semana estaría muy afligida, pero Dios la conduciría por el valle de la pesadumbre hacia una nueva y sublime alegría. En sus declaraciones dijo como transfigurada: «Yo era mala. Tenía relaciones con muchos estudiantes. Era una mujer perdida. Y se me ocurrió la idea de conversar con Iñigo. Me desmayé al no lograrlo a la primera vista. Pero me recobré en cuanto él me habló...

He oído decir a Iñigo y a Calixto: —Hemos hecho promesa de castidad, estamos seguros de nosotros. Aun cuando uno de nosotros durmiera en una cama con una moza, no cometería pecado....—» Macuse comenta: «La santa ramera María de la Flor puede ser virgen inmaculada y gozar al mismo tiempo; puede ser aceptada por el Señor y disfrutar del paraíso terrenal. María, dichosa, revela...., que, durante las conversaciones, los santos varones acercan sus caras como si ellos fueran los «esposos». Un santo que sea «esposo»: he aquí la doctrina de la gracia que María recibió de los túnicas grises....» (Ib. pág. 97).

Después de recorrer ciudades de España, Francia e Italia, entre «ocho procesos, dos encarcelamientos» (Larrañaga, p. 297), y unos cuantos cambios de apellido, Iñigo se dirigió, por fin, a Roma, sede del Papa y capital de los Estados Pontificios, presidiendo el grupo de sus más adictos secuaces. La conciencia de cuanto planeaba le inspiró ciertos temores: «Nó sé —dijo a Laínez— si vamos a ser crucificados....» (Dudon, pág. 282).

Más tarde se formó la leyenda de una visión que dijo haber tenido en «La Storta», una estación con «su hostería y su puesto de cambio de cabalgaduras» cerca de Roma. En su autobiografía la relató en los siguientes términos que transcribimos en la versión original italiana por cuanto la española traduce insistentemente el italiano. «mettere» con el español «poner»: «Haveva deliberato, dipoi che fosse sacerdote, di stare un anno senza dire messa, preparandosi et pregando la Madonna lo volesse mettere col suo Figliuolo. Et essendo un giorno, alcune miglia prima che arrivasse a Roma, in una chiesa, et facendo oratione, ha sentita tal mutatione nell' anima sua et ha visto tanto chiaramente che Iddio Padre lo metteva con Cristo, suo Figliuolo, che non gli basterebbe l' animo di dubitare di questo, senonché Iddio Padre lo metteva col suo Figliuolo....» El relato no dice si también en esa ocasión le asaltaron las tentaciones de risa, de que hablan Ribadeneira y Jerez.... Las largas disquisiciones del jesuita Larrañaga acerca de esta «visión» parecen más burlas sacrílegas que puntos de meditación religiosa: «esta visión —afirma el tratadista «místico» jesuita Alvarez de la Paz citado por él— fue **intelectual».** La unión de Ignacio con Cristo es comparada a un **«matrimonio espiritual»** semejante a «los desposorios de Santa Catalina de Siena» y, sobre todo, a la unión de Santa Teresa de Jesús con Cristo, quien después de una comunión con formas grandes, como con ansias las deseaba la santa, le dijo en una visión: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya mía ... No podía caber en mí, y quedé como desatinada....» Comenta el jesuita Larrañaga: « ...tal fue el misterio de unión y amor celebrado entre Iñi-

go de Loyola y el Hijo de Dios en la histórica capilla de La Storta»; e insistiendo en la versión española del texto iñiguista, añade: «Orienta ya en ese sentido la fórmula reiterada e insistente, casi sacramental, en labios del Santo: «Rogando a Nuestra Señora *le quisiese poner con su Hijo.* Y vio tan claro que *Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo*, que no tendría ánimo de dudar en esto, sino que *Dios Padre le ponía con su Hijo*». Y todavía en su Diario Espiritual: «Viniendo en memoria cuando *el Padre me puso con el Hijo*». «Fórmula ésta tan expresiva y a la que hace eco, desarrollándola y explicándola en parte, las de Nadal: «Acsensit quod *se ad Christum applicaret*», y sintió que *le aplicaba o arrimaba a Cristo cui* (Christo) *cum Deus Patrem Ignatium adiunxisset,* como le hubiese allegado o ayuntado a Cristo Dios al Padre Ignacio. . . . »

En este singularísimo matrimonio jesuítico entre Cristo e Ignacio de Loyola ¿quién es el varón? Escribe el jesuita Larrañaga: «Y por lo que hace a la imagen de *Jesús Cabeza de la Compañía* . . . , sabida es la equivalencia entre las fórmulas *esposo y esposa—cabeza y cuerpo,* establecida por San Pablo al hablar de las relaciones de unión y de amor en el matrimonio cristiano. . . . Lo que en la gran Reformadora del Carmelo, conforme a su vocación contemplativa y aun a su psicología y sexo, se viste de la imagen de *matrimonio espiritual* y de *esposo y esposa,* en el Fundador de la Compañía. . . . se convierte en la imagen paulina correspondiente de *cabeza y cuerpo,* conforme también a su vocación eminentemente apostólica y aun a su psicología y carácter. . . . » (P. Victoriano Larrañaga, S. J.: SAN IGNACIO DE LOYOLA, Estudios sobre la vida, sus obras, su espiritualidad. Editorial «Hechos y dichos», Zaragoza, 1956, con el NIHIL OBSTAT y el IMPRIMI POTEST del Censor y Superior jesuitas: Víctor Elizondo y Francisco Ibiricu. Págs. 41—59).

Ilustrando lo que son los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, el jesuita Jerez escribe: «También Ignacio tiene su espiritual dolencia de amor a Cristo, y se pone detrás del pesebre, como un esclavito indigno, aun para gustar el olor de la paja . . . A esa escuela llena de ternuras de infancia le quiere acercar Ignacio a su discípulo, para que toque la cuna y bese al divino infante (sic), siempre que no sea *morosamente,* porque *no se deriven ni aun los más pequeños movimientos de sensualidad* (sic). . . . » (TERNURAS IGNACIANAS, pág. 150 151).

El deseo de la unión con Cristo no debió ser muy sincero, puesto que dejó pasar uno o dos años antes de celebrar su primera misa. El y los suyos «llegaron a Roma el 25 de Marzo de 1537. . . . Todos celebraron su misa *con excepción de Iñigo que había resuelto esperar un año entero para decirla,* de Rodríguez que dijo la suya un poco más tarde en Ferrara, y de Salmerón que no era todavía sacerdote. . . . » Dudon dice que Iñigo fue «ordenado sacerdote desde el 24

de junio de 1537»; pero observa que se ignoran los «móviles» que retardaron su primera misa; y en una nota añade: «Acerca de la primera misa de Ignacio hay una antigua discusión .... En estos últimos años la controversia recomenzó: el P. Tournier está por el 25 de diciembre de 1537; el P. Domenici, por el 25 de dic. de 1538. El punto capital es el de saber la verdadera fecha de la carta de Ignacio a su hermano, en la que le anuncia la fecha de su primera Misa. El P. Tournier supone que Ignacio por distracción se equivocó de milésimo. La suposición parece gratuita ...» (Pablo Dudon, S. J.: SAN IGNACIO DE LOYOLA, págs. 269, 274, 288 y 289).

La incriminación de Clemente XIV según la cual la Compañía elevaba sujetos «a las órdenes sagradas SIN TITULO» sugiere la conveniencia de investigar la documentación que pruebe la ordenación sacerdotal del propio fundador de la Compañía, pues muy sospechosa es la demora en decir la primera misa, con tanta más razón que, como acabamos de leer, un historiador jesuita confiesa ignorar los móviles de la misma. «Mas ***no hay una sola línea ni de él ni de sus compañeros*** —concluye— ***acerca de sus impresiones en aquellos benditos días...***» (Ibidem, pág. 289).

El afecto de Ignacio de Loyola para con niños y muchachos, habría podido ser edificante si en sus Ejercicios Espirituales no hubiera revelado una malicia inaudita cuando halla en la devoción al divino infante (con minúsculas, según Jerez) el peligro de que se derivaran «movimientos de sensualidad».... Ya en el Prólogo de sus «TERNURAS IGNACIANAS», el p. Jerez advierte: «Aun los niños, de quienes fuera tan amigo, podrán juguetear sin temor, junto a ese hermoso lago de su alma, en donde no hay enojos ni nubes oscuras, sino tan sólo flujos silenciosos del amor divino ...» (Pág. 7).

Todo el volumen que muy significativamente tituló TERNURAS IGNACIANAS el jesuita Hipólito Jerez, está lleno de revelaciones de todo género en sus breves páginas; pero tal vez ningún capítulo es más revelador que el VI: «Ignacio y los novicios». La opinión que hasta hoy se ha tenido de un Ignacio de Loyola serio y reservado como un rígido militar o un austero religioso o un superior severo e intransigente, desaparece como por encanto.

«Ignacio merecerá siempre el calificativo de **madre**» —dice Jerez, pág. 36. «Hay un caso —confiesa en el citado capítulo – en los orígenes de la Compañía, que irresistiblemente nos viene a la pluma. Entremos por esa puerta en el corazón de Ignacio». Entremos nosotros en el terreno de estas poco agradables investigaciones, y, enlazando unos datos con otros, procuremos hallar la explicación de las públicas acusaciones sobre atentados contra las «buenas costumbres» a que se refiere más de una vez el Breve de Clemente XIV, y de por qué la Compañía puede gloriarse de no haber provocado escándalos con mujeres.

Es el caso que un muchacho de nombre Pedro de Ribadeneira, a quien el fundador no tardaría en llamar «su Pedrito», «su Perico», había huido del palacio del cardenal Farnesio, a quien servía de paje, por haber caído en su desgracia. Buscó refugio en la casa matriz del jesuitismo, y lo halló mucho más cariñoso de cuanto esperaba .... «Bajó Ignacio —relata Jerez—, y de una mirada comprendió el estado psicológico del muchacho. El Santo debió enternecerse y acabó por darle albergue aquella noche .... Aquel trasto sería, el que dijimos que alguien ha llamado *Evangelista de la Compañía.* Sus caprichos y vehemencias le originaron amarguras, pero Ignacio tuvo en esta ocasión intuición extraordinaria. Ribadeneira historiador, se consolaba y **desamoynaba** (sic) pensando años después en que *durmió alguna vez en el aposento de Iñigo, y que le servía en él,* ayudábale a decir misa y a escribir; acompañábale fuera de casa y hasta hizo un camino con él. Y en verdad que fue algo así como el benjamín entre aquellos primeros Padres de la Compañía. *El Fundador pasó más de algún buen rato tentando el candor de su novicio* (sic) ....» (Págs. 32, 78—89).

Uno era el menú, de penitencia, para los recién entrados, a fin de que «por esta vía vengan a compensar lo que del padecer y trabajar les falta», según palabras del propio Ignacio; y otro, de platos especiales, para los que, con tantos y tan largos trabajos, habían logrado fundar la Compañía ... Periquito fue de inmediato favorecido con el segundo menú, del que disfrutaba en íntimo coloquio con el «fundador». «Y entonces —refiere textualmente el jesuita Jerez— aunque Ignacio no acostumbraba hacerlo con las personas mayores, terminaría dándole algún bocado al novicio, con estas palabras: —En fin, vos sois el más ruin después de mí ... (sic). Entrambas cosas nos encantan en este diálogo, la solicitud del maestro y la discreción del discípulo ... » (Ib. pág. 80). ¡Cómo se ve que también el jesuita Jerez ha mudado su carácter, complexión e inclinaciones!

El historiador Vicente de la Fuente en «obras escogidas del Padre Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesús, con una noticia de su vida, y juicio crítico de sus escritos», de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, M. de Rivadeneyra —Impresor—Editor, 1868», trae noticias muy elocuentes del amor entre Ignacio de Loyola y su Periquito. «Era aquel muchacho —dice— natural de Toledo, donde había nacido el 1o. de Noviembre de 1527 ... Si en el comedor había cerezas o aceitunas para postre, los huesos de ellas rebotaban en la calva del fundador de la Compañía .... San Ignacio miraba al travieso muchacho como su Benjamín, le amonestaba cariñosamente y defendía contra todos al Pobre Perico ... —Ya verán como este Perico al cabo da buenas peras .... ¿Qué te parece a tí, Pedro, qué es ser secretario? —Eso se reduce, respondió Ribadeneira a San Ignacio, a guardar fielmente los secretos que se le confíen a uno.— Es más: le

hizo, no tan sólo su secretario, sino también su confidente, llevándolo en su compañía...., paseando con él...., refiriéndole sucesos de su vida.... y abriéndole su corazón con la sencillez y franqueza con que el ya modesto novicio le abría el suyo.... Esta fue una de las escuelas en que más estudió Ribadeneira....»

Veamos cómo eran las lecciones de esa escuela. Ignacio mandó a su Periquito a París y a Lovaina. De regreso, dice el relato, «con grandes rodeos, peligros y privaciones, por ver a San Ignacio, cogió a éste de pronto **tal horror, tal aversión,** que él mismo dice que al verlo se le figuraba que **veía pintado al demonio**.... La Providencia quería desasirle de este cariño justo, legítimo y santo, pero humano.... Como era de suponer, ese odio al fundador se convirtió bien pronto en odio al instituto, y Ribadeneira se decidió a dejar la sotana y volver al mundo.... San Ignacio, con su calma y sangre fría habitual, le dijo que el asunto era grave y había que pensarlo..... Hubiera salido de la Compañía a no haber caído enfermo.... Poco después San Ignacio le mandó hacer los ejercicios espirituales. Resistióse el novicio; pero revistiéndose aquel de una gravedad desacostumbrada ... le dirigió unas cuantas palabras, cortas, pero tan fuertes y duras, que aterrado éste, se arrojó a sus pies, gritando: —¡Yo los haré, Padre, yo los haré!— Y los hizo, en efecto, por espacio de ocho días, y con tal éxito, que en adelante jamás sintió ya tentación alguna de volver al siglo ni dejar la sotana.... Pero estas fatigas físicas y morales hubieron de acarrearle enfermedades penosas, de manera que no pudo volver a comenzar sus interrumpidos estudios hasta el mes de octubre de 1545.... Todavía no era sacerdote, ni aun quería serlo... Mandóle ordenarse su segundo padre; anduvo pidiendo prórrogas, buscando excusas y dilaciones, hasta que un día San Ignacio convirtió el encargo y consejo en mandato terminante. No hubo más remedio que obedecer; cayó de rodillas y pidió la bendición; diósela *con efusión y ternura, y es más, le dejó que le besara la mano, cosa no consentida a nadie más que a su buen Perico*....» Estas efusiones son las que explican por qué el jesuita Jerez dio a su biografía el título de TERNURAS IGNACIANAS....

Uno de los camaradas de Ignacio, el padre Cámara, dejó escrito que «cuando encontraba por casa algún Hermano, le mostraba un rostro y una entraña tan buenos, que parecía querérselos meter en el alma... Pero **no era pura ternura la suya;** no era mimo femenino; no eran sonrisas ligeras que lleva el olvido. Acaricia, digámoslo así, pero esculpe al mismo tiempo en los corazones infantiles ... Mejor lo dijo Ribadeneira: —Este amor de nuestro padre no era flaco ni remiso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte; tierno como amor de madre, y sólido y robusto como amor de padre.... A los que en virtud eran niños, daba leche, a los aprovechados, pan con corteza....» (Ib. pág. 88).

«A su mesa, pues, siempre modesta, **a pesar de todo lo ex-**

traordinario, le placía convidar aun a los mismos jovencitos que acababan de entrar al noviciado. ... Son escenas de **una simpatía nueva.** Si sabía que algún joven comía con apetito, el Santo se recreaba viéndole; por eso convidaba a su mesa a Benedicto Palmio, **pinguiculus adolescens,** jovencito monfletudo.... a quien Iñigo miraba comer con gusto y le animaba a que lo hiciera sin empacho. Habría que ver el aturdimiento de aquellos jóvenes al verse hechos comensales de un varón que pesaba tanto....» (Ib. pág. 83).

«Decía que *el que no era bueno para el mundo tampoco lo era para la Compañía; y que el que tenía talento para vivir en el mundo, eso era bueno para la Compañía*.... En el recibir miraba mucho el metal y natural de cada uno, el asiento, juicio y aptitud para ministerios de la Compañía .... Los que recibía quería comunmente que fuesen grandecillos y salidos de muchachos, y de honesta apariencia y buena gracia exterior ... Y así no aceptaba persona de mala presencia, ni mal talle y gesto, si ya no tuviese otras partes tan señaladas que con ellas recompensasen esa falta....» (Ib. pág. 91—92).

«Ignacio, que amaba a los hombres, llenos de verdad y de vida, tenía que encontrar inefables delicias en esa comunicación con sus hijos. ¡Qué extraño que los quisiera si le daban tan buenos ratos!».... (Ib. pág. 76). «Y como el Santo Padre era tan padre —prosigue Jerez— y tan amoroso, con todos sus hijos, así ellos se le mostraban hijos obedientes, y le entregaban sus corazones para que dispusiese de ellos y de todas sus cosas sin contradicción ni repugnancia; porque por este amor no solamente era padre y maestro, sino también dueño y señor de sus súbditos ...» («TERNURAS IGNACIANAS», pág. 20). Era tal su solicitud por sus «hijos y súbditos», que deseaba «saber cómo comían, dormían, vestían, **et alia minutissima)»** .... (Y otras cosas menudísimas, como «las picaduras de que podían ser víctimas, durante la noche, sus hermanos....»). (Ib. pág. 71).

Los «buenos ratos» que le proporcionaban sus súbditos, se entremezclaban con las «consolaciones»: «Una palabra, recogida de labios del Santo por Ribadeneira en 1554, nos revela de manera explícita el mismo carácter místico de la consolación ignaciana ...: Dijo en mi presencia y de otros muchos, que no podía a su juicio vivir sin **consolaciones,** es decir, sin hallar en sí algo, que ni era suyo, ni podía serlo, sino que procedía totalmente de Dios....» (Larrañaga: «Vida de San Ignacio», etc., pág. 275).

Mucha razón tuvo quien dijo que «Ignacio es una personalidad que causa estupor!» (Jerez, pág. 20).

Periquito, convertido contra su voluntad en el reverendo padre Pedro de Ribadeneira, primero, y en «Evangelista» de la Compañía, después, escribió por orden de San Francisco de Borja, su «Vida del bienaventurado Padre (San) Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús», con «una sabrosa memoria y dulce recordación de

aquel bienaventurado varón y padre mío, que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó .... Y porque la primera regla de la buena historia es que se guarde la verdad en ella ..., protesto que no diré aquí cosas inciertas y dudosas, sino muy sabidas y averiguadas; contaré lo que yo *mismo oí, vi y toqué con los manos en nuestro B. P. Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad* ... dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole *y sirviéndole en todo lo que se ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos* con aprovechamiento de mi ánimo y particular admiración. La cual crecía cada día tanto más, cuanto él iba descubriendo más de lo mucho que en su pecho tenía encerrado, y yo con la edad iba abriendo los ojos para ver lo que antes por falta della no veía. Por esta tan **íntima conversación y familiaridad** que yo tuve con nuestro Padre **pude ver y notar,** no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas a los ojos de muchos, pero también **algunas de las secretas que a pocos se descubrían** ... » (p. Pedro de Ribadeneira: «Vida de San Ignacio de Loyola», pág. 16 – 17).

Era tal el afecto de los primeros jesuitas hacia los niños, que hasta llegaron a arrebatarlos de sus padres. «El Colegio Romano, gracias a la generosidad de Francisco de Borja, comenzó en febrero de 1551..; en 1552 ya asistían trescientos alumnos. Había algunos que iban a él, **sin que sus propias madres lo supiesen,** lo que produjo en cierta ocasión un tumulto de gritos de dos madres elocuentes que desde la puerta del Colegio reclamaban amenazadoras a sus hijos, tratando a los jesuitas de **raptores de niños».** (Dudon, pág. 314—315).

Como la del fundador, así también la vida de todo jesuita de verdad, es una explosión constante de las propias inclinaciones en medio de una camaradería y alegría desenfrenadas. Jerez hace esta cita: «Ribadeneira que nos dejó apuntados sus modos ... dice lo siguiente (de Ignacio): —Miraba mucho por la **buena fama y reputación de todos sus súbditos;** y esto de dos maneras: la una, hablando siempre él bien de ellos...., y no descubriendo las faltas de nadie... Y no encarecía la falta, sino **con una simple narración contaba lo que había pasado**....» (TERNURAS IGNACIANAS, pág. 66). En otros términos: no sólo pasaba por alto las faltas, sino también daba buena fama al que las había cometido. Lo importante era el prestigio de la orden, y que entre sus miembros primaran el afecto mutuo y la alegría. El consejo de San Juan Evangelista: «Hijitos, amaos los unos a los otros», que menciona Jerez, tiene un «carácter» muy propio en labios de Ignacio, quien estableció: «Téngase recreo por la noche para que los nuestros traten entre sí, se conozcan y amen. ..» (Ib. pág. 166—167). «Lo que me atrajo a los jesuitas, escribe Du—Lac (citado por Jerez) fue su bondad y **el cariño que unos por otros demostraban** ... Me parece que ellos **reían siempre**.... Así es; es

como la **risa inextinguible** que ha ser el patrimonio de los bienaventurados....» (Ib. pág. 181).

Los jesuitas Dudon y Larrañaga, entre muchas, nos hacen otras interesantísimas revelaciones. A poco de llegados a Roma, mientras sus compañeros pedían limosnas de puerta en puerta, Ignacio se dedicaba a obras de caridad que bien pronto serían echadas al olvido: socorrer a huérfanos, enfermos y mendigos, y sobre todo, redimir a pecadoras, fueren éstas «casadas, célibes o religiosas» (sic), para quienes fundó la casa de Santa Marta. Furioso el Director de los Correos Pontificios, Matías Gerardo de San Casiano, porque había sido recluida en esa casa una querida suya, acusó ante el Papa y cardenales a Ignacio de mantener un «serrallo», y de tener cada uno de los «padres» dos o tres de aquellas mujeres como concubinas, publicando —según Ribadeneira— «cosas tan malas que por su fealdad no se pueden honestamente decir», con palabras «tan afrentosas, y con tanta desvergüenza, que sin asco y horror no se podían oír... nos acusaba de tantas maldades y tan abominables sacrilegios, que apenas los nuestros osaban salir de casa....» (Larrañaga, págs. 78–79). Investigado el asunto «por vía jurídica» a instancias de Ignacio, se comprobó lo infundado de las acusaciones, y el acusador fue amenazado con la pérdida del oficio y sus bienes si insistía en ellas.... La castidad con mujeres, de los acusados, quedó a salvo. ...

«El P. Ribadeneira cuenta con emoción —dice Dudon—, que vio con sus propios ojos en las calles vecinas al refugio de Santa Marta, a Ignacio con rostro modesto y alegre, que iba cojeando, mientras a unos pasos detrás de él lo seguía una pecadora, que iba a entrar en el Monasterio....» (Dudon, pág. 441—442). ¡Escena digna de ser inmortalizada en un grupo escultórico sobre un altar!: el Cojo de Pamplona, transformado en fundador y prepósito general de una orden, va seguido por una ramera y acompañado de «su Perico», mientras, cojeando, arrastra en forma desigual su sotana, y el padre y su benjamín pujan por no soltar la risa....

«Para acreditar a los iñiguistas en la Ciudad Eterna, nada podía valer tanto como esas obras evangélicas» (Ib. pág. 439). Sin embargo, la reputación de la Compañía dejó mucho que desear desde su cuna. «Jesuita» es un apodo que se aplicó a quienes tenían y tienen como santo y seña el nombre de Jesús para encubrir sus secretos designios; y —según puede verse en el Diccionario de ideas afines del Académico de la Lengua, Eduardo Benot— es sinónimo de hipócrita, fariseo, falso, falaz, sofístico, enmascarado, mañoso, embaucador, mojigato, astuto, pícaro, taimado, impostor, marrullero, etc. etc. Adueñándose del nombre de «jesuitas» han logrado restarle su carácter de ofensivo apodo, e igual procedimiento han adoptado con el vocablo «jesuítico». ¿Qué harán cuando se les llame «judas»?

No se crea que la Compañía tuviera mala reputación sólo entre

el pueblo. También ilustres prelados y religiosos le hicieron serios reparos y censuras. El Padre Miguel Mir menciona, después de algunos Papas, a Santo Tomás de Villanueva, San Carlos Borromeo, a Santa Teresa de Jesús, a Melchor Cano y Arias Montano. Graves roces tuvieron con la Compañía el Arzobispo de Toledo Juan Martínez a quien los jesuitas conocen sólo como «Siliceo», y, más tarde, el Venerable Palafox. En la segunda reunión del Concilio de Trento, Cano recriminó a los «teólogos» jesuitas Laínez y Salmerón por las «novedades» de la Compañía sobre asuntos de religión. «Esto de tal manera conmovió al P. Laínez, que contestando a dicha acusación, dijo en castellano: **Estas mierdas»** (sic). El lector nos disculpará que hayamos transcrito una palabra grosera del relato, que sobre el incidente hizo el dominico Melchor Cano y que coincide **ad pedem litteral** con el relato de Nadal, uno de los primeros «padres», a quien Ignacio «le visita al aposento y le hace pasear por el Pincio . . . . » (Véase: «Historia interna documentada de la Compañía de Jesús», del Padre Miguel Mir, II, págs. 624 y 634). A veces una sola palabra basta para identificar a una persona. Probablemente por esa palabra la Compañía de Jesús no tiene a Laínez en los altares como santo. Ignacio, en cambio, sabía medir muy bien sus palabras: «En las pláticas es tan *señor de sí y de la persona con quien habla,* que aunque sea Polanco, parece que está sobre él como un hombre prudente con un niño . . . . » (Casanovas, pág. 390). Desde el Concilio, Laínez escribía cartas a Roma, que provocaban «donosos comentarios» entre Ignacio «cuya conversación, no siempre era ascética, sino que sabía salpimentarla con los sucesos graciosos del día», y su secretario el p. Polanco, sobre la candela y el candelero que no les pudo proporcionar el Secretario del Legado pontificio. («Ternuras Ignacianas», pág. 43—44 y 71). ¡Qué vocabulario ignaciano habrá sido ése! Si se nos revelaran aquellos «donosos comentarios», muy probablemente Ignacio de Loyola tampoco estaría en los altares!

Mientras con un extraordinario alarde de obras de «apostolado», la Compañía se afanaba por «acreditarse», a los tribunales llegaban gravísimas e insistentes denuncias, como jamás se han hecho contra ninguna otra orden religiosa, y, menos aún, en vida de su fundador; denuncias que, en caso de ser calumniosas, habrían abierto para todos los calumniadores las puertas de la Santa Inquisición.

Un caso: El Capellán de la iglesia de San Juan, Juan de Torano, denunció ante Paulo III a los jesuitas, incluso su fundador, «como un conjunto de HIPOCRITAS MALHECHORES . . . . Convendría —añadía Torano— . . . . prohibirles todo ministerio apostólico . . . . , a menos que antes se aseguren de *su ortodoxia y buenos costumbres* . . . . Muchos de los pretendidos sembradores evangélicos, no siembran sino cizaña . . . . Los jesuitas ¡ay!, son de ese número, pues SON HEREJES. El Papa debía prohibirles que continuaran en su género de vida, has-

ta que esté *mejor informado de su Instituto.* Ignacio, su jefe, ha sido tres o cuatro veces preso por hereje, en diversos lugares ... Por algunos de los que han salido de aquella Orden se puede adivinar lo que en ella pasa. Muchos han sido interrogados acerca de los motivos de su salida; uno de ellos respondió que había abandonado la Compañía a fin de poder vivir **conforme a la fe católica.** Y añadía que había sido molestado y odiado por sus antiguos colegas, porque había rehusado *revelar al P. Ignacio, según la práctica de la Orden,* EL SECRETO OIDO EN CONFESION ... Hay sin duda *otros muchos abusos y errores.* Para descubrirlos de nada valdrá una monición.... En cuanto al signatario de la denuncia, no es por odio o rencor por lo que lo hace; es únicamente por celo de la verdadera fe y *temor de los censuras eclesiásticos* que amenazan a todos los que *conociendo hechos semejantes no los ponen en conocimiento de quien deben*....» (Dudon: «San Ignacio de Loyola», pág. 444—445).

Otro caso: En una denuncia del Comisario del Santo Oficio, el dominico Teófilo de Tropea, «se acumulan los ... cargos.... Se enumeran primero unos procesos a revisar: el de Venecia y el de Roma contra Ignacio.... Se dice que convendría interrogar a dos señoras, Juana Conti y Constancia Conti, de las que los jesuitas REVELARON LA CONFESION. Después se cuenta que en el Espíritu Santo, en la casa de los catecúmenos y en San Jerónimo hay algunos sacerdotes que estuvieron algún tiempo en el noviciado de la Compañía de Jesús, y *cuentan horrores acerca de sus antiguos compañeros* a quienes ACUSAN DE VIOLAR EL SECRETO DE LA CONFESION y practicar la *SODOMIA.* Uno de aquellos sacerdotes no había vacilado en afirmar que si Dios permite que en su Iglesia sucedan éstas cosas, el diablo en persona sería salvo en el día del juicio». (Ib. pág. 446). Estos procesos no prosperaron debido, sin duda, a la intervención de Paulo III, que se había dejado envolver por las que el jesuita Jerez llama las «mañas» de Ignacio de Loyola.

Las denuncias habrían podido ser más explícitas y detalladas, si hubiesen podido hablar todos los novicios, Periquito Ribadeneira en primer término. Pero... «Con los novicios ya recibidos —dice Jerez refiriéndose a su padre Ignacio— solía ser muy recatado en *no dejarles hablar con gente de fuera* que los pudiera inquietar y divertir de su vocación....» (TERNURAS IGNACIANAS, pág. 92).

La afición paternal o maternal que Ignacio de Loyola y sus camaradas sentían por los niños y adolescentes aparentaba ansias de «apostolado»; y en sus Constituciones «se habla de la educación de la juventud, como uno de los puntos de primer orden, que ni el mismo General puede modificar.... porque *el que tiene la juventud tiene el mando de la república*... Que la cabeza sea de oro, y que las piernas sean de bronce, sin que falte el sello sustancial porque pueda decirse a sí mismo el adolescente: YO SOY PURO.... En 1553

envía a la corte de Juan III, al Padre Nadal, para que, entre otras cosas, instituya allí escuelas para así, por medio de los hijos, tirar los padres y deudos al divino servicio.... Se buscaban las escuelas inferiores... **principaliter,** para educar.... Las superiores tenían aquel otro fin de alejar lo que se opone a la moral cristiana y darles preservativos a los estudiantes ...» Ignacio solía atraerse a los niños con «regalitos, con imágenes santas o con velitas pascuales ...» (TERNURAS IGNACIANAS, capítulo CON LOS NIÑOS, pág. 97 y siguientes).

Las amorosas expansiones de Iñigo no se limitaban a los muchachos. «También Nadal —revela Jerez— experimentó ese que el mundo llamaría, desvío o acritud de carácter, como si el Santo Ignacio (sic) se hubiera dejado llevar alguna vez de esas descargas nerviosas del mal humor, hijas sólo de la neurastenia ... Este Nadal es el mismo a quien el Santo Patriarca le hace comer consigo en mesa particular, le visita al aposento y le hace pasear por el Pincio». («Ternuras ignacianas», pág. 55). Recuérdese que Montalvo mencionó «el monte Pincio» entre los lugares de Roma donde se «cometían ultrajes irreparables» a donde invitaban los «embajadores de Sodoma, los echacuervos que os siguen con el pecado nefando en las manos».... Se ve a las claras que el monte Pincio arrastró desde tiempos de Ignacio de Loyola hasta el siglo pasado su fama de lugar nefando.

El fundador de la Compañía se alcanzaba para todos como podía. Escribe Jerez: «Después de habernos descubierto Ribadeneira esas entrañas de un Padre en Cristo, resulta llena de verdad aquella hermosa expresión de Cámara: Les amaba por alma, si bien, a veces, era alegre y amoroso con uno, no le teniendo tanto amor.... Y repasaba sus nombres como quien repasa los frutos de una querida heredad, o como el pastor que cuenta los corderos que hay en su majada. Para ese fin le llama en una ocasión a Cámara y allá, entre las expansiones de la quinta, le ordena, ya a modo de abuelito, que le cuente cuántos serán en toda la Compañía, y **contamos,** dice, **hasta novecientos** ....» (Ib. pág. 70). (Actualmente los jesuitas pasan de 30 000. ¿A qué cifra habrá llegado su número desde la fundación de la Compañía hasta nuestros días?).

Por demás elocuente es el deseo que Ignacio manifestó a su confidente preferido, Periquito, cuando —según Dudon— le dijo que «si cosa tenía que desear de Nuestro Señor, era que después de muerto lo echasen en el campo a comer a los perros, porque siendo él una cosa tan hedionda, no merecía otra cosa por sus muchos y abominables pecados ...» (Dudon: «San Ignacio de Loyola», p. 431).

Para que sus súbditos se sintieran halagados en su vida común, exigía rigurosas medidas de aseo. Escribe Jerez: «Enséñeseles la vera noción de la limpieza. Esa era sus tesis. Tres cosas, decía, son argumento infalible de que una casa está debidamente ordenada: si hay **clausura;** si hay **aseo;** si se guarda la ley del **silencio**.... Por la

tarde, el mismo santo, recorría lo más apartado y lo más oculto de la casa, y si encontraba, aun menudos rastros de desaseo, al pie de la falta estaba la penitencia . . .; insistía en que no se manoseara la fruta que se debía poner en la mesa; y el que se tocaran los vasos por la parte en que se bebía, **indecorum putabatur,** lo tenía por indecoroso . . .» «(Ternuras ignacianas», pág. 243).

A más de un lector habrá sorprendido la cruda franqueza con que los historiadores jesuíticos han descubierto las «costumbres» privadas de su fundador y padre, y se habrán, tal vez, imaginado que, en lugar de ser hijos de Ignacio de Loyola, fueran enemigos suyos y de su Compañía. Cuando haya penetrado el lector en los secretos del jesuitismo, no le será difícil hallar la explicación de esa cruda franqueza. Por de pronto, no le quepa la menor duda de que esos historiadores son auténticos jesuitas que han publicado sus libros con la aprobación de sus superiores y con todas las debidas licencias de censores a veces un poco miopes. . . .

Un hecho reciente.—«Ningún jesuita —afirma el p. Dudon—, por perdido que estuviese en el otro cabo del mundo, podía dudar de que Ignacio le estaba unido de corazón y en oraciones. . . .» (Pág. 450). Que la Compañía no abandona a los suyos aun en los más graves trances, lo comprueba el caso que publicaron el vespertino LA PRENSA y el semanario REPORTAJE, de Guayaquil, caso que, inexplicablemente, pasó casi desapercibido para los grandes matutinos. La primera página de REPORTAJE del 7 de Marzo de 1964 decía en grandes titulares: «¡PERVERSION! SALVEMOS A NUESTROS HIJOS —POLICIA NACIONAL CONSTATA INMORALIDAD DE PROFESOR SACERDOTE».— Transcribimos luego textualmente el relato aparecido en la página 7: «¿QUE PASO ENTRE SACERDOTE Y POLICIA? —*Un caso que no sólo tiene alcance de tipo policial sino también educacional*— EL SITIO: El Colegio Javier, regentado por los Jesuitas, está ubicado en el kilómetro siete y medio de la carretera a la costa. Allí, una noche de la semana pasada, se protagonizó un escándalo de incalculables consecuencias. Como los ladrones amagaban el plantel, se solicitó la protección policial, lo cual llevó a dicho establecimiento al policía Segundo Sánchez Barriga. —LOS HECHOS: Con dos versiones contradictorias se instauró el proceso penal. El policía Sánchez Barriga gravemente herido, desde el Hospital Vernaza, declara que fue asediado toda la noche por el profesor español Santos Balseca Ruiz, quien le hizo reiteradas propuestas indecorosas, luego de atenderlo con bebidas refrescantes, cigarrillos, etc. Como las insistencias inmorales de Balseca fuesen repetidas hasta agotar la paciencia del policía, éste se dispuso a redactar un parte denunciando al español, quien, cegado, enloquecido ante su fracaso, le atacó armado de un puñal, causándole heridas que le comprometen la garganta y el pulmón derecho. LO QUE DICE EL SACERDOTE ESPAÑOL:

Las declaraciones del profesor español, que luego un diario de la ciudad da a conocer que es sacerdote, dicen todo lo contrario; denunciando un chantaje del agente del orden, quien pretendía dinero del heridor con la amenaza de hacerlo aparecer en un parte como inmoral y degenerado. Y que, más tarde, a eso de las cuatro de la madrugada, hubo de repeler un alevoso ataque de Sánchez Barriga y obrar en defensa propia.... Mal herido el policía salió en busca de auxilio a la carretera. Una camioneta que pasaba tuvo que hacer una maniobra intempestiva, lo que produjo su volcamiento, resultando cinco heridos. Más tarde llegó el patrullero policial, redujo a prisión al profesor Balseca Ruiz y condujo al Hospital a su compañero sangrante.... Los protagonistas de este caso sensacional están incomunicados. La superioridad del Colegio Javier se ha apresurado a declarar que sufragará todos los gastos de curación del policía Sánchez. Los Jefes, Oficiales y elementos de tropa del Regimiento Guayaquil No. 2 de la Policía Nacional reaccionaron acremente contra la versión del heridor, lamentando la actitud de los personeros del Javier que han dado una versión antojadiza de los hechos.... EL PELIGRO: Este caso constituye el obligado comentario de todos, *hace meditar profundamente a miles de padres de familia que confían sus hijos a planteles educacionales donde no se sabe qué clase de personas van a dirigir su formación.* Un hecho de la naturaleza del que nos ocupa, acaecido en la temporada de vacaciones estudiantiles, atrae las justificadas sospechas de la gente y abre en sus mentes preguntas inquietantes, supuesto que *demasiado continuamente se habla de inmoralidades y de líos sexuales en planteles de primaria y secundaria* .... EVIDENCIA: Un vespertino local se refiere al informe del médico que examinó al profesor español Balseca Ruiz; el mismo revela que el detenido adolece de SODOMIA PASIVA. Este documento ha sido adjuntado al proceso y, además, sirve para que los ciudadanos aclaren sus conceptos. Hay más todavía: por declaraciones de policías que estuvieron custodiando el Colegio Javier en noches anteriores a la del hecho de sangre, se conoce que Balseca Ruiz ya había formulado propuestas deshonestas y comportado en forma inmoral.... El asunto es de lo más escabroso y denso. La situación del español es de lo más comprometedora. HAY QUE PREVENIR: REPORTAJE estima que este CASO no tiene sólo aspectos policiales y de delincuencia común. Cree, con miles de ecuatorianos, que EL ASUNTO TRASPASA TALES LIMITES E INCURSIONA EN CAMPOS DONDE SE DESENVUELVE LA VIDA, LA FORMACION, EL FUTURO DE NUESTROS HIJOS, DE LA PATRIA MISMA. Hay en todo este asunto un TOQUE DE ALARMA, un llamado de urgencia a la *revisión y al control de los planteles de educación,* a fin de que las autoridades eliminen todo cuanto pueda afectar la formación de los niños y jóvenes ecuatorianos. Debe tenerse un CELO INDECLINABLE y proceder

con radical entereza para eliminar LOS FOCOS DE INFECCION, LAS FUENTES DE DEPRAVACION, ESTEN DONDE ESTEN, TENGAN LA CATEGORIA QUE TENGAN....»

«Este vidrioso asunto ha venido a poner de actualidad otros que merecieron los comentarios de la ciudadanía antes de ahora. **Por lo que se escucha continuamente, en los planteles educacionales no es raro que se atente contra la moral y la integridad de los alumnos** .. Hay que salvar a nuestros hijos».

La «crónica roja» va acompañada de cinco ilustraciones: dos en la primera página y tres en la séptima. El pie de la primera dice así: «Tras las rejas de la cárcel, el sacerdote Santos Balseca niega la acusación de inmoralidad. Dice ser víctima de chantaje». Junto al retrato del herido, se lee: «Policía Sánchez Barriga. La víctima acusa....» En la séptima página se reproduce el dato aparecido anteriormente en el vespertino LA PRENSA, de la misma ciudad de Guayaquil, en que se lee: «Policía y Profesor del Javier Ratificaron Ante Juez sus Confesiones —Para que se cumplan nuevas diligencias el Juez 6o. del Crimen doctor Napoleón Palacios Offner en horas de la tarde de ayer remitió en Comisión al Comisario 3o. de Policía Lcdo. Carlos Romero Villegas el sumario que se iniciara por heridas graves al policía civil Segundo Bernardo Sánchez, hecho ocurrido en la madrugada de ayer en el interior del Colegio San Javier ubicado en el kilómetro 7 del carretero a Daule y de lo que se encuentra sindicado el profesor de dicho establecimiento sacerdote español Santos Balseca Ruiz, que guarda prisión en el Cuartel Modelo mientras la víctima se recupera lentamente en el Hospital Vernaza. . » etc. —Debajo de una ilustración en que se ven muchachos en ejercicios gimnásticos, se lee: «Nuestros hijos están en peligro de ser víctimas de profesores inmorales. El Ministerio de Educación está en la obligación de velar por la integridad física y moral de los educandos». Por fin, un grupo fotográfico de señores arzobispos, obispos y más prelados lleva el siguiente pie: «Las más altas autoridades eclesiásticas del país. Estamos seguros de que los ilustres prelados investigarán el caso que atenta contra el prestigio de la educación religiosa en el país».

La confianza de REPORTAJE quedó fallida. Nada, absolutamente nada hizo la Jerarquía eclesiástica para investigar el caso ni, menos aún, para sancionarlo y, con un ejemplar castigo, poner coto a inmoralidades de este género; muy al contrario, los superiores jesuitas, con la ingenua complicidad de autoridades eclesiásticas y civiles y de representantes de otras comunidades religiosas que habrían expulsado a uno de sus miembros reo de tales delitos, obtuvieron del Gobierno de la Junta Militar que el sindicado, eludiendo la justicia, regresara a España, donde, probablemente, seguirá dando rienda suelta a sus «inclinaciones» genuinamente ignacianas....

Como corolario de este caso, se nos ocurren las siguientes pre-

guntas: ¿Será una simple casualidad el que hayan sido ex alumnos del colegio jesuítico San Gabriel, casi todos los jóvenes funcionarios de la Cancillería que protagonizaron *los escándalos de la Villa María*?.... ¿Serán sinceros el auge y la publicidad que, desde entonces, se dan a las actividades deportivas varoniles, como el alpinismo, el fútbol, el basket, dados recientemente en los colegios jesuíticos?

Tales son los colegios jesuíticos que, en el Ecuador, gozan de innumerables privilegios de todo género: facultad para que Corporaciones extranjeras de «negocios» sean propietarias de todas las zonas que la Compañía va adquiriendo en nuestras Provincias; autorización para autonomía de estudios; facultad para que los «profesores» jesuitas catequicen en instituciones nacionales —concesiones éstas que les fueron otorgadas por la Dictadura Militar—; subvenciones económicas como aquella de $ 200 000 que entregó al Colegio San Felipe, de Riobamba, el Ministro de Defensa Sr. Fausto Cordovez, cuando el provincial jesuita hizo la comedia de amenazar con la clausura de la sección secundaria....

El jesuitismo y sus secretos.—Escritores ha habido que han tratado de los «secretos» de los jesuitas como si se tratase de simples recursos para alcanzar feliz éxito en los estudios, en el comercio, en una sana política, en suma, lograr influjo moral y poder económico en la sociedad. Si a esto se redujera el propósito de un secreto, nada tendría de censurable y, muy al contrario, sería útil lección de una escuela de superación humana. Pero, si el secreto es un embuste como burla de la religión y de la moral, como medio de explotación de la buena fe y los sentimientos piadosos de las gentes, con el objeto de adquirir riquezas y dominio espiritual amparándose, sin fe, en Dios y en Jesús, entonces el secreto es criminal y merece los más severos castigos de la autoridad civil, como en el caso de cualquier malhechor.

Desde la «transformación» de Iñigo de Loyola, el jesuitismo y el secretismo han sido y son una misma y sola cosa. Las «*risas furtivas y a solas* (de Iñigo) entrañaban un HERMOSO SECRETO que en vano trató de llevárselo al sepulcro» —dice Jerez, S. J., en sus «Ternuras ignacianas», pág. 75. Y de lo que se reía era de los Misterios de la Santísima Trinidad y de la Redención, fundamentos de la Iglesia Católica, a la que había entrado como fundador de una orden aparentemente religiosa. Ese mismo HERMOSO SECRETO hacía que se desternillara de risa en los precisos momentos de su «transformación».

Su Periquito Ribadeneira, ya adulto, fingiendo ignorarlo, preguntó a Laínez, sucesor inmediato de Ignacio en el gobierno de la Compañía, cuál fue el motivo por el que éste dilató la celebración de su primera misa. Ribadeneira refiere la respuesta de Laínez: «Loquenti mihi cum P. Lainez de ista **dilatione** nostri Beati Patris in **dicenda pri-**

ma Misa, dixit quod Pater debuerit haber causam aliquam **secretam** ad faciendum id quod fecit». (Larrañaga, pág. 292). «Debió tener alguna causa SECRETA para hacer lo que hizo....» La palabra SECRETA hállase subrayada por el propio autor. Aquella **causa secreta** puede hallarse en las fechas contradictorias que sobre el particular señala el jesuita Dudon: «Llegaron a Roma el *25 de Marzo de 1537,* domingo de Ramos». (Pág. 269). «Habiendo comenzado *el 26 de Julio* (de 1537), o poco antes, la santa cuarentena de los iñiguistas, debia tener término en los primeros días de Septiembre. Por esa fecha llamó a sus compañeros .... a San Pedro en Vivarolo ... En aquel convento destartalado vivieron más felices que unos reyes, sobre todo cuando pudieron ya celebrar su primera misa.... *Quisiéramos saber el día exacto de aquellas primicias fervorosas....* Pero TODO ELLO HA QUEDADO SEPULTADO EN EL MISTERIO.... Tal vez el 15 de Agosto de 1537 también repitieron la sagrada fórmula.... en aquel rincón perdido de un barrio de Venecia .... Todos celebraron su Misa, *con excepción de Iñigo,* que había resuelto esperar un año entero para decirla, de Rodriguez.... y de Salmerón que *no era sacerdote todavía* ....» (Ib. pág. 274). No se saben, pues, ni el día en que debieron recibir las órdenes sagradas, ni el día preciso de esas primeras misas; pero consta que, por lo menos, Salmerón no era sacerdote todavía. Sinembargo, el propio jesuita Dudon afirma en la pág. 288 de su libro, que «Iñigo...., *ordenado desde el 24 de Junio de 1537,* no había aún celebrado su primera misa». Si todo esto «ha quedado sepultado en el misterio», ¿de dónde obtuvo el jesuita Dudon esta fecha? ¿Quiere insinuar que, después del 25 de Marzo, Iñigo y sus camaradas abandonaron Roma —meta de sus andanzas—, para regresar a un «rincón perdido de un barrio de Venecia», con el fin de recibir las órdenes sagradas? Antes de recibirlas Ignacio debió someterse a exámenes de filosofía, teología y demás materias eclesiásticas. «Concluida la Filosofía, comenzó la Teología en octubre de 1533; pero *sólo pudo estudiar de ella dos cursos incompletos,* —escribe el jesuita Casanovas—. Quiso un año después en Bolonia continuar este estudio.... Pero **estos estudios,** dice el P. Astrain, *debieron de ser bien poca cosa*.... La carrera de Ignacio pudo darse por concluida cuando en París salió para Guipúzcoa....» («San Ignacio de Loyola», pág. 170). Con estudios tan deficientes, ¿no habría quedado descalificado en los exámenes? ¿Dónde los dio? ¿Quiénes fueron los examinadores? ¿En qué iglesia tuvo lugar la ordenación? ¿Quién fue el obispo consagrante? ¿En qué fecha salieron de Roma rumbo al norte? ¿Cuándo llegaron a Roma, por segunda vez, en forma definitiva? Mientras no se exhiba documentación auténtica y fehaciente de la ordenación sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus socios, hay motivos más que suficientes para creer que el SECRETO de la dilación de la primera misa de Ignacio, fue que **no había recibido**

las órdenes sagradas. Esta conjetura queda confirmada por el Breve de Clemente XIV que aduce, como una de las causales de la abolición de la Compañía, el que elevaba a las órdenes sagradas SIN TITULO. Con esta experiencia que, al parecer, es consecuencia de una tradición secreta, ¿no sería muy conveniente que el Papa Paulo VI ordene que se investigue si todos los jesuitas que actualmente dicen misa, han recibido las órdenes sacerdotales, o si, por lo contrario, conservan un **secreto** igual al de su padre?....

El 15 de Agosto de 1534, reunidos en Montmartre, París, los fundadores de la Compañía, hicieron, según se dice, votos de pobreza, de castidad, y de ir a Jerusalén a salvar las almas, con la limitación de que, si no lograban embarcarse en un año, se pondrían a órdenes del Papa. ¿Era un hábil recurso para obligar, en cierto modo, a que el Papa aprobara la Compañia en el plazo de un año? Bobadilla, uno de los fundadores, escribía años más tarde al general Aquaviva: «.... los primeros Padres.... hicimos votos de ir a Jerusalén.... y este voto, la Divina Providencia, que **es un abismo inmenso** (lo subraya el original), lo cambió en otro mejor y más fructuoso, de peregrinar en esta religión a la que ha dilatado por todo el orbe y cada día la veo crecer más....» (Jerez, pág. 169—170), que era el verdadero móvil de todos los pasos de los fundadores de la Compañía.

Con la Bula *Regimini Militantis Ecclesiae* de 27 de Septiembre de 1540, Paulo III aprobó la fundación de la Compañía, limitándola a sesenta miembros. Los fundadores *hicieron públicamente un cuarto voto de obediencia al Papa respecto de las Misiones,* esto es, comprometiéndose a ir a donde el Papa los enviara. ¿Era sincero ese «voto», o tenía sólo el propósito secreto de comprometer a su favor la voluntad del Papa hasta obtener su aprobación, y luego medrar a su sombra como «señor de toda la mies de Cristo»? (Véase: Larrañaga, pág. 203).

El 4 de Marzo de 1541 los fundadores de la Compañía suscribieron un **documento secreto,** cuyo texto es como sigue: «QUEREMOS QUE LA BULA SEA REFORMADA, id est, QUITANDO O PONIENDO, O COFIRMANDO, O ALTERANDO CERCA LAS COSAS EN ELLA CONTENIDAS, SEGUN QUE MEJOR NOS PARECERA, Y CON ESTAS CONDICIONES QUEREMOS Y ENTENDEMOS DE HACER VOTO DE GUARDAR LA BULA.— (f) Iñigo.— Paschasius Broet.— Salmerón.— Laínez.— Claudius Jajus.— Iº. Coduri». Faltan las firmas de Fabro, Javier, Rodríguez y Nicolás Alonso, más conocido por su apodo de Bobadilla, quienes hallábanse ausentes, pero acordes en comprometerse a cuanto resolviera la mayoría reunida en Roma.

Este histórico documento que contiene la *esencia de la constitución de la Compañía,* y que, sin embargo, es desconocido por muchos jesuitas, es citado varias veces por el Padre Miguel Mir, como

el principal de su obra, y clave de todos sus descubrimientos y conclusiones, en su «HISTORIA INTERNA DOCUMENTADA DE LA COMPAÑIA DE JESUS», obra en dos tomos, con un total de 1372 páginas. Léese su texto por primera vez en la página 187 del primer tomo.

Como fácilmente puede comprenderse, el documento transcrito es, en su brevedad, una perfecta «restricción mental» de genuina factura jesuítica, puesto que la aprobación pública del Papa, no tuvo otro objeto para los fundadores de la Compañía, que el de adquirir la facultad para actuar dentro de la Iglesia Católica y en el mundo con todos los títulos, prerrogativas y derechos de una verdadera Orden Religiosa, pero reservándose secretamente atribuciones para hacer mofa de la Bula Pontificia, convertida en un simple papel de formulismo externo sin importancia ni valor alguno en la constitución interna de la Compañía. Así lo comprendió a cabalidad el Padre Miguel Mir, que, al descubrir el documento en sus investigaciones de historiador entre las **Cartas de San Ignacio,** vio en él la clara explicación del cambio radical que se operó en la Compañía, rápidamente, en vida del propio fundador: de la más austera pobreza, pasó al acopio de ingentes riquezas, y de las obras de caridad para con los pobres, al trato e intrigas con los potentados. Táctica netamente jesuítica, como lo comprueba también González Suárez en su relato de la primera llegada de los jesuitas a Quito, es la de inaugurar su «apostolado» con exagerada ostentación de humildad, pobreza y, al parecer, desinteresadas obras de caridad.... De conciencia recta, y dudando terriblemente acerca de las virtudes y, sobre todo, de la sinceridad de Ignacio de Loyola y de los fines de la Compañía, el Padre Mir la abandonó para escribir su mencionada obra. Con gravísimas amenazas de las más severas censuras eclesiásticas, el Cardenal Merry del Val, desde Roma, le prohibió su publicación. Personas de su absoluta confianza la publicaron después de su muerte, en 1913, siendo inmediatamente incluida en el INDICE de los libros prohibidos.

Está fuera de toda duda que Ignacio de Loyola reveló unicamente a sus íntimos, muchos secretos que guardaba celosísimamente de puertas adentro de su Compañía. «Polanco sabía **muchos secretos** de Ignacio» —testifica Jerez, pág. 56. «Los enfermos y los muertos se han llevado **muchos secretos** para la otra vida», —añade en la pág. 225. No es difícil comprender por qué Ignacio «temblaba cuando un joven llegaba a enfermar». (Ib. pág. 224).

Pero cuando el secretismo de Ignacio se vuelve más intrigante, es cuando el jesuita Jerez se refiere a un TESTAMENTO MISTERIOSO. Dice: «El cariño de sus hijos fue, pues, una realidad que abonan **irrefragables documentos.** Cariño que nada entibió un TESTAMENTO MISTERIOSO que legó a los suyos, y que tanto ha purificado a través de los siglos, a su Mínima Compañía.... «Fue algo

....que, contra el sentir del mundo, no ha de ser ni nuestra ruina, ni nuestra desgracia, será siempre **nuestro triunfo**....» (Ib. pág. 162-163).

No debió ser muy cristiano ese testamento, desde que Ignacio, en vísperas de su agonía, se vio «precisado a apartar su pensamiento del recuerdo de la muerte y dirigirlo a otra parte». A la pregunta de su secretario, el p. Polanco, de cómo se sentía, respondió: «Yo estoy que no me falta sino expirar— o una cosa de este sentido»; (Jerez, págs. 258—260), y al día siguiente murió como quiso, privado de toda compañía y SIN SACRAMENTOS: «A pesar de esa **certinidad** de su muerte cercana, no quiso llamar a sus hijos en torno de su lecho para exhortarlos, o para despedirse de ellos con la última bendición como acostumbraban los Patriarcas de las Ordenes antiguas....» (Ib. pág. 261). *«Así acabó el Santo,* casi solo, *sin haber recibido ni la extremaunción, ni el viático, ni la bendición papal,* y sin *una palabra de adiós a los suyos*.... Sin duda ninguna, que en el *secreto de su última noche,* en aquel cuarto silencioso de la casa profesa, estuvo deliciosamente saboreando su soledad con Dios....» (Dudon, pág. 495).

Qualis vita, finis ita: como es la vida así es la muerte. Y sin embargo, el jesuita Jerez dice: «San Ignacio nos enseñó a *morir bellamente*. ..» («Ternuras Ignacianas», pág. 226). Mas no se crea que todos los jesuitas mueren en la soledad de su alcoba. Mientras muere un novicio que ha pasado por la Compañía como un cordero en medio de lobos (los lobos del escudo pagano de la Compañía de Jesús), le rodean los profesos haciendo amenos comentarios. Cuando moría un Hermano, Ignacio dijo: «Se nos ha ido al paraíso. El Hermano Gilberto, en vez de ir a Génova, se fue al paraíso....» (Ib. pág. 234). Y relatando la muerte del «santo joven» Luis Gonzaga, el provincial dijo a los padres, que «hablaba de irse al cielo, como podíamos nosotros hablar de ir a Frascati ... Hoy, en pleno siglo XX, hay almas amorosas y santas que hablan de irse al cielo, en esta Compañía de Jesús, como otros pudieron hablar, también, de irse a una moderna quinta de Frascati....» Frascati «era una bella quinta de recreo de los jesuitas en Roma», en las que se apostaban **Paternoster** en juegos como las «tablillas», y el «tejo» que era el «preferido por el Santo Patriarca, porque en él habia a su juicio más ejercicio de brazos y de casi todo el cuerpo....» (Ib. págs. 176, 229 y 231).

¿Y cuál es ese *testamento misterioso* que ha «purificado» a la Compañía a través de los siglos? ... Próximo a su agonía, Ignacio «quiso llamar a su secretario y hablar con él sin testigos, ni aun del enfermero Juan Cannicari. ¿Qué **secretos** fueron aquellos? Acaso su última voluntad fue la de **Santa Mónica....?»** («Ternuras ignacianas», pág. 261). Por lógica asociación de ideas, apenas mencionó Jerez el «testamento misterioso» de Ignacio, anotó que no podían faltar

las persecuciones a una secta que pone en práctica las instrucciones de aquel testamento: «No consta —dice— que Ignacio pidiera a Dios expresamente persecuciones para la Compañia ... Las realidades de la Historia, tanto éxodo y tanta conjuración de los hombres contra nuestra Mínima Compañía, nos haçen sospechar que esa petición es *uno de tantos secretos* que Ignacio no quiso descubrir *ni a Polanco....*» (Ib. pág. 163).

«Durante el día, los médicos procedieron al embalsamamiento; encontraron los intestinos secos y vacíos; el hígado duro y reducido, contenía algunos cálculos; demasiado tarde aquellos practicantes se admiraron de que con tales órganos aquel hombre hubiera podido vivir.....» («San Ignacio de Loyola», por Dudon, pág. 495). El p. Jerez menciona un dato omitido por su colega Dudon: aquellos médicos eran los jesuitas «doctor Madrid y el Maestro Andreas de Frusis». Jerez dice también: «Las memorias nos hablan de aquella su continua enfermedad de estómago, reflejo de una calculosis biliar que le hizo soportar síndromes dolorosos. La autopsia que se le hizo, vino en parte a descubrir su gran entereza en aguantar por tanto tiempo dolores tan ocultos....» («Ternuras ignacianas», pág. 268).

No queremos insinuar que el jesuita Jerez haya querido hacer un juego de palabras entre «Santa Mónica» y «Santa Mónita», aunque las mónitas jesuíticas nada tengan de santas.... En verdad, si las MONITA SECRETA SOCIETATIS JESU no son aquel TESTAMENTO MISTERIOSO, ¿qué otro ducumento misterioso pudo serlo?

Desde principios del siglo XVII se han hecho decenas de ediciones de ese «código del diablo» como acertadamante lo llama el jesuita Tornero, y la difusión que ha tenido ha obligado a la Compañía de Jesús a perfeccionarse en las «mañas» heredadas de Ignacio de Loyola, y por éste no olvidadas, a través de su «transformación», desde cuando había sido «caballero del siglo XV». (Jerez, págs. 14, 18, 19). ¿Tal es la «purificación» de que habla Jerez: refinamiento en la hipocresía y el engaño; mayor habilidad y mejor ocultamiento en el acaparamiento de bienes terrenales; perfeccionamiento en sutiles «mañas» para dominar a los individuos y a los pueblos? ...

Escribe el jesuita Cretineau-Joly: «Habían aparecido en Cracovia las **Monita Secreta.** Este libro, en el cual se supone que el general de los jesuitas inculca a sus subordinados los consejos que deben eternizar su poder y acrecer su fortuna, pone a descubierto y justifica todas las iniquidades. Una sociedad que partiese de esa base, no sería más que una *compañía de ladrones, y no habría venganza humana que no fuese permitida contra semejante código*.... La obra tendía a destruir la confianza; y tenía por objeto manifiesto presentar a los jesuitas, obedeciendo a ciegas unas leyes perversas, un sistema de invasión que sembraba la discordia en las familias y en los estados....».

Las MONITA SECRETA SOCIETATIS JESU (Instrucciones, ad-

moniciones, advertencias secretas a los Superiores de la Compañía de Jesús), constan de un Prefacio y 144 artículos distribuidos en 17 capítulos. El prefacio advierte a los superiores que custodien celosamente estas instrucciones, y que las comuniquen en secreto, parsimoniosamente y como fruto de la propia experiencia, a pocos de entre los profesos (del cuarto voto de obediencia al Papa). Y si llegaran a manos extrañas, asegúrese acerca de su falsedad por alguno de los «nuestros» que las ignoran. Impídase que un profeso que las conozca pase a otra orden religiosa que no sea la de los Cartujos, por su aislamiento y silencio perpetuos. (La autenticidad de esta disposición queda confirmada por numerosos privilegios pontificios).

He aquí algunas de las mónitas o instrucciones secretas:

Capítulo I.—Cuando los jesuitas llegan por primera vez a un lugar, hagan alarde de caridad para con los pobres y afligidos, en hospitales y cárceles. (El primer acto del nuevo arzobispo de Quito, el jesuita Pablo Muñoz, fue visitar el Hospicio: es un modo de observar esta «monita»). Absténganse de adquirir bienes raíces al principio; pero si los adquieren en buen sitio, háganlo a nombre de algún amigo fiel y secreto, y para que mejor luzca la pobreza, asígnese su propiedad a colegios lejanos, para que los gobiernos no tengan noticia de nuestra renta. (Dueña de las propiedades jesuíticas en el Ecuador, es THE CORPORATION OF THE ROMAN CATHOLIC CLERGYMEN, radicada en los Estados Unidos). Extorsiónese lo máximo a las viudas ponderándoles nuestras necesidades.

Capítulo II.—Procúrese ganar la voluntad de los potentados para que todos dependan de nosotros. Haláguese a las autoridades transigiendo con cuanto hagan, y logrando, por terceras personas, nombramientos para legaciones honoríficas. Gánese la voluntad de los hijos y domésticos de los magnates para que nos avisen acerca de sus humores e inclinaciones. Propónganse matrimonios entre príncipes. Las damas de la alta sociedad serán subyugadas a través de sus domésticas, y sus más íntimos secretos nos serán fácilmente revelados. Debemos ser solicitados para componer las enemistades y disensiones, pues, informados de los secretos de las familias, ambas partes se someterán a nosotros.... Concíliense de tal modo las voluntades de los magnates, que, llegado el caso, actúen aun en contra de sus parientes y amigos. (El Breve de Clemente XIV hace acusaciones de este género contra la Compañía).

El Capítulo III enseña cómo debe procederse con aquellos que, sin ser ricos, sin embargo son influyentes en la sociedad.

El Capítulo IV alecciona a los predicadores y confesores de los magnates, para que les aconsejen respecto de nombramientos y de su gobierno político, a cuyo fin deben pedir informaciones a los amigos acerca de las personas aptas y favorables a la Compañía.

El Capítulo V advierte que debe tratarse con animosidad a los

religiosos de otras órdenes, cuyos defectos han de divulgarse a modo de conmiseración. Evítese que otras comunidades religiosas compitan en lugares donde los nuestros enseñan con honor y provecho, interponiendo trabas por medio de las altas autoridades eclesiásticas y civiles. Procuren los nuestros aparentar virtud y sabiduría dedicándose a plausibles entretenimientos escolásticos que dejen boquiabiertos a magnates, magistrados y pueblo.

El Capítulo VI enseña diversos recursos para engatusar a las viudas ricas, introduciéndose con conversaciones vivaces y agradables, con visitas y Ejercicios Espirituales, hasta obtener sobre ellas total dominio, inclusive por medio de servidumbre adicta a los «nuestros», que nos avise todos los secretos familiares. Propónganseles como pretendientes sujetos que les son evidentemente repulsivos; pero si se les nota inclinación por otro, pondérense sus vicios y malas costumbres, de modo que lleguen a sentir definitivas náuseas por unas segundas nupcias. Prohíbaseles dar limosnas sin la dirección del confesor.

El Capítulo VII urge que las viudas no dejen pasar una semana sin dar alguna limosna a Cristo, a la Virgen o a su patrono, hasta que queden despojadas de todo lo superfluo. Séase blandos en la confesión y permítaseles algo a su sensualidad, pero moderadamente y sin escándalo. Disimúleseles su entrada en el huerto o en el colegio siempre que sea en secreto. Permítanseles coloquios y recreos secretos con los que más les agradan. Pondérenseles los méritos de la Compañía y los defectos de los otros religiosos, generalmente ignorantes, estúpidos, ociosos, descuidados de su salud, glotones, etc. Preséntenseles el ejemplo de otras viudas que en breve se hicieron santas y, con la esperanza de la canonización, estimúleseles a la perseverancia.

El Capítulo VIII enseña a proceder con tanta dureza con las madres como blandamente con sus hijos, de suerte que todos ellos ingresen en el estado eclesiástico. Sean éstos atraídos pintándoles un porvenir seductor en las propiedades donde los nuestros se recrean; los viajes a diversas naciones; el trato con magnates; la limpieza exterior en el refectorio y las alcobas; la conversación muelle entre nosotros; la facilidad de nuestras reglas; nuestra preeminencia sobre todos. Mézclense chistes y conversaciones piadosas. Para que espontáneamente se entreguen a la Compañía, con pretexto de los estudios, envíenselos a colegios lejanos, y, mientras la madre les ha de mandar escasos subsidios, de nuestra parte empléense «lenocinia» para que transfieran su afecto hacia los nuestros.

El Capítulo IX enseña diversos modos de incrementar las rentas de los colegios. Atráiganse los prelados y eclesiásticos ricos a los Ejercicios Espirituales, a fin de volverlos generosos para con la Compañía. Interroguen los confesores a sus penitentes acerca de su familia y amigos, sus bienes, herencias, estado, intenciones, y atráiganselos a congregaciones piadosas. Dígase otro tanto de las viudas, comer-

ciantes, ciudadanos ricos, cuyos bienes adquirirá la Compañía hasta el último centavo si observa fielmente estas prácticas. Indáguense noticias acerca de las casas, huertos, predios, viñedos, campos y demás bienes de los ciudadanos principales, y, si es posible, también acerca de sus gravámenes; y cuanto logre el confesor descubrir, especialmente si el penitiente le es adicto, avísele continuamente al rector. Búsquese un médico fiel a la Compañía, que los nuestros recomendarán ante los enfermos, para que el médico, a su vez, nos llame ante los enfermos, particularmente si están moribundos. Asedien a los enfermos en peligro de muerte eliminando hábilmente a otros religiosos y eclesiásticos; y con el horror del infierno y para alcanzar un purgatorio breve, adviértaseles que las limosnas extinguen el pecado como el agua al fuego. Encamínese a las hijas de las viudas a la vida religiosa. Atráiganse para la Compañía los hijos que fueren aptos para ella, y remítanse los demás a otras órdenes; mas si es hijo único, de todos modos gáneselo para la Compañía, de modo que ésta adquiera la sucesión de todos los bienes. A las mujeres que se quejan de sus maridos, enséñeseles que les substraigan secretamente alguna suma para ofrecerla a Dios en expiación de sus pecados y para obtenerles gracia.

En el Capítulo X, entre los principales motivos para la expulsión de la orden, se cuenta el afecto hacia otras órdenes religiosas, hacia los parientes o hacia los pobres. (Esto no quiere decir que, de vez en cuando, algún jesuita en particular no reciba la **consigna** de promover una obra de caridad social, en modo sensacionalista, para dar la impresión de que la Compañía se preocupa de los menesterosos. Mas obsérvese atentamente su «modus operandi»: como verdaderos expertos en mover todos los resortes de la sensibilidad de los corazones y de la generosidad de los bolsillos, promueven empresas millonarias cuando creen oportuno, en beneficio de alguna obra de auténtico servicio social, con fondos obtenidos de muy ingeniosas maneras, pero ***sin la inversión de un solo centavo de las multimillonarias riquezas de la Compañía:*** el jesuita que le irrogara ese perjuicio, sería inmediatamente fichado como traidor a sus intereses y, por consiguiente, expulsado. El historiador González Suárez transcribe en el V tomo de su monumental obra, la autorización que, en tiempos coloniales, hubieron de obtener del general, padre Oliva, los jesuitas de Quito, para poder invertir en limosnas ***el uno por ciento de sus utilidades netas,*** como medio de acallar las murmuraciones de los quiteños contra su insaciable codicia y su avaricia inmisericorde).

El Capítulo XI advierte que, por cuanto los expulsos conocen siquiera algunos secretos, sus «conatos» deben ser contrarrestados de los siguientes modos: antes de expulsarlos oblígueseles a jurar por escrito que nada han de decir o escribir contra la Compañía. Entre tanto, los superiores anoten por escrito sus malas inclinaciones, defectos y vicios que alguna vez hayan revelado en la manifestación de su

conciencia, de los que se servirá la Compañía ante los magnates y prelados para impedir su promoción. Evítese de todos modos que los expulsos sean promovidos a oficios o dignidades eclesiásticas, especialmente si salieron por su propia voluntad, pues a la Compañía le interesa eliminarlos totalmente.

Los Capítulos XII y XIII aleccionan cómo debe estimularse a los «operarios» denodados y a los jóvenes aspirantes.

El Capítulo XIV establece que, fuera de los casos mencionados en las Constituciones, los que puede absolver unicamente el superior, son «la sodomía, la molicie, la fornicación, el adulterio, el estupro, el tacto impuro», que son causas justas para la expulsión cuando se juega el honor o la utilidad de la Compañía. (Se comprende que estos pecados son castigados con la expulsión cuando el culpable ignora las Mónitas; en caso contrario, el superior está facultado para dar la absolución....)

El Capítulo XV trata de cómo debe procederse con las religiosas, evitando los confesores y predicadores dar motivo para tentaciones contra la vocación. Oigan sus confesiones, por lo menos las extraordinarias, y por su medio, atráiganse sus parientes y amigos.

El Capítulo XVI alecciona fingir desprendimiento de las riquezas: no se rechacen limosnas de poca monta, especialmente por deberes cumplidos por la Compañía, no sea que nos reprendan el que sólo aceptemos regalos insignes. Niéguese la sepultura a personas de baja condición por adictas que nos hayan sido, para que no parezca que perseguimos riquezas con la multitud de los muertos. Trátese con aspereza a las viudas y demás personas que nos hayan dado sus bienes, a fin de que no parezca que les preferimos en consideración de sus bienes temporales.

En fin, el XVII capítulo habla de los modos de incrementar la Compañía: demostrando uniformidad en los sentimientos hasta en cosas pequeñas, por lo menos de palabra; y así, aunque los sucesos del mundo sean turbios, la Compañía crecerá siempre inevitablemente. Brillen todos por su doctrina y ejemplo, y, superando a los demás religiosos, especialmente a los párrocos, sean preferidos por el pueblo; y hasta dígase paladinamente que no es necesaria en los pastores mucha doctrina siempre que desempeñen bien sus funciones, y se ayuden con los consejos de la Compañía, que para eso se dedica con empeño a los estudios. Dígase a los reyes y príncipes que *la fe católica no puede subsistir en estos tiempos sin la política* ... Y ayudará no poco fomentar disensiones entre los magnates y príncipes en modo cauto y secreto, aun con aparente división de las propias fuerzas. Que si ésto fuere descubierto, la Compañía se apresurará a conciliar los ánimos antes de que otros le tomen la delantera. Debemos aspirar a ocupar las abadías y prelaturas, lo que no será difícil conseguir por la ociosidad y estupidez de los monjes. Más aún: sería muy con-

veniente que todos los episcopados estuviesen en nuestro poder, y aun la Santa Sede, particularmente si el Pontífice llegara a ser príncipe temporal de todos los bienes. (Todo jesuita profeso hace voto de no aspirar a la dignidad episcopal; pero es un hecho que se observa en todos los países y muy a menudo, la consagración episcopal de algún jesuita).

Los dos últimos artículos encierran una síntesis cabal: «Y si no brillara la esperanza de alcanzar tanto, siendo necesarios los escándalos, de vez en cuando debe ser subvertido el estado político y empujados a la guerra los príncipes que se sirven de nosotros familiarmente, para que la Compañía sea implorada como pacificadora, y, como autora del bien común, sea premiada con beneficios y dignidades eclesiásticas. Por fin, la Compañía empleará todo conato, una vez adquiridos el favor y la autoridad de los príncipes, para que «sea por lo menos temida por aquellos por quienes no es amada»....

Razón sobrada tiene, como se ve, el jesuita Cretineau—Joly cuando dice que una sociedad que tuviese las Mónitas secretas como código efectivo, «no sería más que una COMPAÑIA DE LADRONES, Y NO HABRIA VENGANZA HUMANA QUE NO FUESE PERMITIDA....» De ahí la obligación moral de investigar a fondo su autenticidad como código secreto vigente. Para ello, después de grabarse en la memoria cada una de las mónitas, conviene estudiar las diversas publicaciones de la misma Compañía y observar atentamente los actos y las palabras de cada jesuita. Si se descubrieran frecuentes indicios o pruebas de una correlación directa entre las mónitas y las publicaciones, palabras y actos de los jesuitas, debería llegarse a la conclusión de que la Compañía fundada por Ignacio de Loyola, constituye dentro de la humanidad, un ente **«a se»** inconfundible como institución organizada con diabólica sabiduría para hacer mofa de la sociedad, de la Religión y de los Estados.

El autor de estas brevísimas páginas ha leído pocos miles de páginas de bibliografía genuinamente jesuítica, y podría escribir un número triple de esas páginas comentando las inumerables revelaciones de las primeras. Cosa de nunca acabar sería emprender el estudio de centenares y aun miles de publicaciones de la Compañía sobre su fundador, su historia y sus asuntos de todo género.

Por ejemplo, la obra del jesuita Victoriano Larrañaga «San Ignacio de Loyola—Estudios sobre su vida, sus obras y su espiritualidad» Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza, 1956, está precedida por una Bibliografía (pág. XI—XVI), que comprende cerca de 200 obras de 118 autores diferentes. La lista, por cierto, deja mucho que desear para que sea completa. No hay que dejarse impresionar por los nombres de los autores, ni por los títulos rimbombantes en latín y otros idiomas, ni por el cúmulo de datos y citas. La lista incluye escritos, biografías, etc. de los fundadores y primeros jesuitas, como: «Bobadillae Mo-

numenta» Madrid, 1913; «Fabri Monumenta», Madrid, 1914; «Monumenta Ignatiana» de González de Cámara, Roma, 1904—1943; «Monumenta Xaveriana», Roma, 1944—1945; «Lainii Monumenta», Madrid, 1912—1917; «Polanci Complementa, Epistolae et Commentaria», Madrid, 1916—1917; «Monumenta Salmeronis», Madrid, 1906—1907. Especial mención merecen las obras de Ignacio de Loyola, a pesar de sus deficientes estudios humanísticos y eclesiásticos: «Epistolae et Instructiones, Monumenta Ignatiana», 12 tomos, Madrid, 1903—1911; «Exercitia Spiritualia», **Mon. Ign.**, Madrid, 1919; «Directoria Exercitium Spiritualium», **Mon. Ign.** Roma, 1955; «Constitutiones Societatis Jesu». **Mon. Ign.** Tres tomos, Roma, 1934—1936; «Scripta de S. Ignatio de Loyola, **Mon. Ign.** dos tomos, Madrid, 1904—1918; «Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Jesu initiis, **Mon. Ign.»** dos tomos, Roma, 1943—1951. —La abreviatura «Mon. Ign.» puede ser de **«Monumenta** Ignatiana», pero también de **«Monita** Ignatiana»....

La abundancia de material, del cual es sólo una muestra la ofrecida por Larrañaga, antes que ser un freno debe ser un incentivo para más exhaustivas investigaciones. Llevarlas a cabo concienzudamente es una obligación tan premiosa como evidente, que el Vaticano no ha cumplido, con muy censurable negligencia, no obstante las denuncias que ha recibido; y que, no dudamos, han de cumplir los Gobiernos que velan por los intereses de sus pueblos, a través de instituciones investigadoras del Crimen, como la Scodtland Yard, la FBI y demás Oficinas de Investigación Policial, acudiendo, como primera providencia a los buenos servicios de expertos en idiomas, sobre todo el latín, y en descifrar escrituras en clave. (El p. Pedro de Ribadeneira en carta al general de la orden decía: «Dije todo al pie de la letra al P. Gil González **en secreto,** y aviséle que **lo escribiese a V. P. en cifra,** porque por no tenerla yo, y porque cosa que **aquel amigo** me decía **en secreto** no pareciese en carta mía, juzgué que no convenía escribirla yo.... »— Véase: Obras escogidas del P. Pedro de Rivadeneira, comentadas y publicadas por D. Vicente de la Fuente, Madrid, 1868)

En el caso no improbable de que esta voz de alerta sea escuchada, si la Compañía aceptara de buena gana las más minuciosas indagaciones en su vida íntima, daría una prueba de inocencia; pero si se indignara porque equipos de investigadores se entregaran simplemente a un estudio sereno de sus publicaciones y de sus hechos, entonces.... sáquense las conclusiones pertinentes.

Palmarias son las contradicciones en que incurren los jesuitas cuando de las Mónitas secretas se trata. Mientras por una parte las ven con gusto entre publicaciones «anónimas» o «apócrifas» en las obras de Barbier, Huber, Gieseler, Reusch, Tschakert, Harnack (véanse: Tornero, pág. 322, y Joaquín de Hita, pág. 301); por otra, las atribuyen a un ex-jesuita sobre la escritura de cuyo apellido y otros da-

tos y fechas no se han puesto de acuerdo, conociéndose de su existencia unicamente porque a él se le atribuye este código infernal.

El jesuita León Tornero escribe: «Se habian impreso en **1612**... el obispo de Cracovia Pedro Tilicki .... estableció el 14 de julio de 1615 un procedimiento juridico contra su autor presunto Gerónimo Zaorowski (sic) que estuvo un tiempo en la Compañía y fue arrojado de ella por su mala conducta ... » (Pág. 322). —El jesuita Joaquín de Hita asevera: «Está archidemostrado que ese libelo, cínicamente atribuido al General de los Jesuitas, fue inventado y escrito en Cracovia, año de **1614,** por un tal Jerónimo Zahorowski (sic), para así vengarse de la Compañía, que por su mala conducta lo expulsaba de su seno.... Al año de publicado el libelo, el obispo de Cracovia, Pedro Tilicki, lo sometió a procedimiento juridico.. y finalmente, en 1616.. lo condenó la Congregación del Indice....» (LOS JESUITAS EN EL BANQUILLO, Charlas Loyoleas (sic). Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1934, pág. 302).

En la página 165 del volumen número 36, la ENCICLOPEDIA ESPASA trae muchos datos sumamente reveladores acerca de este misterioso código. Dice: «MONITA. (Etim. Del libro apócrifo de advertimientos a los jesuitas titulado *Monita privata Societatis Jesu)*. f. Artificio, astucia, con suavidad y halago, *Monita secreta, privata* o *arcana*. Hist. rel. Este nombre con uno de estos epítetos, generalmente el primero, se dio a un libelo infamatorio contra la Compañía de Jesús. El escrito obtuvo y ha conservado desde principios del siglo XVII en que se publicó, increíble difusión. Apareció en Cracovia con falsa indicación en el pie de imprenta, que decía Notobrigiae, **1612** y en realidad debía decir Cracoviae **1614**. *Antes de imprimirse circulaba manuscrito*. Era anónimo, pero no queda duda que su autor se llamaba Zahorowski, y había sido jesuita y expulsado de la orden en **1613**. Estaba escrito en latín....» El articulista, muy probablemente uno de los cincuenta y más jesuitas que figuran entre los redactores de la mencionada Enciclopedia, demuestra estar muy bien informado. ¿Por qué el pie de imprenta debió decir «Cracoviae 1614» en lugar de «Notobringiae 1612»? ¿Tal vez sólo para poder atribuir el libro a Zahorowski, de quien se dice que fue expulsado en 1613.. . Si el pie de imprenta fue una falsificación, ¿no podríamos también sospechar que debía decir: Roma, 1556 o 1599? De cierto «testamento eucarístico» dice Dudon: «Entre los que rodeaban a Ignacio muchos pensaban que sería mejor multiplicar las copias manuscritas, porque así *el secreto de sus direcciones estaría mejor guardado*.... El opúsculo era anónimo y debía quedar *entre las manos de los jesuitas solamente*. Hacia mediados de julio (1556), no quedaban en la casa generalicia sino uno o dos ejemplares de la edición napolitana; pero esa edición era incorrecta. En el curso de junio se revisó el texto....., y se le empezó a reimprimir, con la prensa que se hizo venir de Ve-

necia para instalarla en la casa profesa . . .» (Dudon, pág. 481). Por otra parte, según «anotaciones del santo, Polanco ha sacado un *Directorio metódico* completo, en 12 capítulos, que es un bosquejo del *Directorio* promulgado en 1599 por el P. Aquaviva». (Ib. pág. 473). Si esas directivas **secretas** no eran las **Mónitas,** ¿no habrían podido éstas ser impresas simultáneamente?

Contradice los datos anteriores y se contradice a sí mismo el jesuita Dudon cuando menciona el año **1606** como el de la primera publicación, esto es, siete años antes de la expulsión del misterioso Zahorowski, Zaorowski o Zaborowski. «En cuanto a las *monita secreta,* a pesar de las *numerosas ediciones que los distribuyeron por todo el mundo desde 1606,* su inautenticidad (sic) es perfectamente cierta: se sabe hasta el nombre del falsario, fugitivo de la Orden, que las construyó en todas sus piezas. Este panfleto no tiene ninguna importancia sino para los cerebros obsesos y débiles . .» (Pág. 348). Alguna importancia le da el propio p. Dudon, pues vuelve a tratar de él en el XVI apéndice de su obra en los siguientes términos: «Es también anticientífico el interpretar las Constituciones de la Compañía de acuerdo con los datos calumniosos de las famosas **Monita Secreta**. . . Este libro data de **1614.** El autor **anónimo** (sic) pretendía reproducir un antiguo manuscrito español salido por casualidad de los archivos de los jesuitas. En realidad, Jerónimo Zaborowski (sic) . . . fabricó de cabo a rabo este libro condenado por el Obispo de Cracovia, *Andrés Lipski,* el 20 de Agosto de **1606** (sic) y por la Congregación del Index el 20 de mayo de 1616, como calumnioso y difamatorio. Haylenbroucq, en *Vindicationes alterae,* Gante **1713,** *fue acaso el primero que haya nombrado a Zaborowski* (sic) refutándolo; pero *desde el primer momento (?)* se conoció al *calumniador que se ocultaba* . . Antes de 1654, y después, el libelo ha llevado varios nombres. Su primer título era *Monita privata* . . . La Alemania protestante no ha sido la sola en tener el privilegio de creer en esta necedad. Cada vez que en Francia hubo una crisis antijesuítica, se estaba seguro de antemano de ver reaparecer ediciones nuevas de *Monita secreta.* El profesor Adolfo Harnack escribía en 1891: «es lamentable que se continúe ahora y siempre explotando un falso como la *Monita secreta.* Este célebre historiador *murió sin haber visto el fin de la leyenda. . .»* (Dudon, pág. 542).

Que la Compañía tiene «monita secreta» lo pone fuera de toda duda un comentario al **Flos Sanctorum** del p. Perico de Ribadeneira, en que se lee: «Este afán de justa correspondencia y gratitud con san Ignacio le obligó a dar otros libros correlativos con estos —(varias Vidas de su padre Ignacio, en las que paulatinamente iba descubriendo ciertos hechos)— y para no perder nada de lo que acerca de él le recordaba su mente. Tal es el *Tratado del medio de gobierno* que tenía nuestro beato padre Ignacio, verdaderas amonestaciones, o sean

MONITA SECRETA de la Compañía, bien distintas de las que se han publicado con este título en latín de cocina, y de las cuales *van vendidos ya diez y seis ediciones,* a peseta el tomo, y aún es caro por ese precio, si se atiende a lo que vale realmente en el terreno de la verdad . . »— El p. Perico Ribadeneira pudo contar 16 ediciones antes de 1611, que fue el año de su muerte. ¿Cómo explican los sabios historiadores jesuitas que esas 16 ediciones se hayan hecho varios años antes de que la Compañía pensara expulsar a Zahorowski? ¿Dónde, cuándo nació este señor? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿En qué iglesia fue bautizado? Mientras no presenten documentos fidedignos sobre estos particulares, sus contradicciones dan pie para creer que la aparición de su nombre, por primera vez, en una refutación, *cien años más tarde,* es una pura patraña jesuítica, siendo así que la tétrica importancia del autor de las MONITA SECRETA SOCIETATIS JESU supera con mucho a la de Maquiavelo, puesto que el maquiavelismo, por lo menos, no se oculta bajo el manto de la religión.

En la Vida de su padre, pág. 292, al p. Ribadeneira no tiene empacho en confesar que el jesuita es un ESPIA. Todo espía es un sujeto en quien no puede confiarse mientras no se sepa a ciencia cierta la causa a la que sirve secretamente. ¿Cuál es la causa que defiende el espía jesuita dentro de la Iglesia Católica y en el seno de los pueblos que lo han acogido? ¿La suya no será tal vez la causa por cuyo «triunfo» ponen todo conato las Mónitas secretas, es decir, el triunfo del Espíritu del Mal? . . . .

Estudiando comparativamente el estilo del texto original latino con diversas obras escritas en ese mismo idioma por el p. Polanco, secretario oficial del fundador, podrá decirse si él fue o no fue el redactor del TESTAMENTO MISTERIOSO de Ignacio de Loyola. «El año de 1548, que fue el de la impresión de los Ejercicios Espirituales (en una edición secreta), y el año de 1551, en el que las **Constituciones** fueron aprobadas por la reunión de los profesos, son las fechas del testamento principal (sic) del fundador de la Compañía. Después, por así decirlo, hubo algunos codicilos sucesivos en los que se fijaron los supremos pensamientos de un moribundo . . . » (Dudon, pág. 473).

Escritores no jesuitas llegaron a creer que autor de las Mónitas fuese el p. Aquaviva, cual si se hubiese apartado del espíritu de Ignacio. Nada más erróneo. «No han penetrado nuestros detractores en el fondo de la Orden» —dice con toda verdad el jesuita Jerez, (pág. 253). Aquaviva debió limitarse a «perfeccionar» la obra, y que ese retoque del texto tuvo lugar en Italia y no en Polonia durante su largo generalato de 34 años (1581—1615), lo prueban la alusión al beato Joaquín, cuya devoción estuvo entonces en auge por toda Italia, y a la rebeldía del primer cardenal jesuita, Toledo, que debió tener lugar, naturalmente, en Roma.

Quienquiera que sea el autor material del texto, la verdad es que, como muy atinadamente observa un alto prelado, en las Mónitas secretas está pintado el jesuita de cuerpo entero, y ellas conducen aún más categóricamente a las mismas conclusiones a que llegó el Padre Miguel Mir con sólo conocer el breve documento suscrito en 1541 por los fundadores de la Compañía.

Obsérvese, por otra parte, que quien se hubiese propuesto **difamar** ante la opinión de los pueblos a la Compañía, jamás habría empleado el latín, idioma muerto, apenas sabido por los clérigos y una élite intelectual. Lo que salta a la vista en cada artículo, es una ansia fogosa porque se emplee todo «conato» para llevar a la práctica las mónitas minuciosamente. Conocida es la «tenacidad jesuítica» de que habla Jerez, y el secretario de Ignacio, el p. Polanco, escribió cierta obra aparentemente ascética titulada «De triplice conatu». A quienes se insulta, no es a los jesuitas, sino a los religiosos de las órdenes religiosas a quienes se les tacha de «ignorantes, estúpidos, ociosos, glotones» . . . .

Durante la Revolución Francesa, cuando los jesuitas fueron expulsados por sorpresa de sus colegios, en varios de ellos se encontraron ejemplares idénticos de sus Mónitas. Uno de ellos es el **manuscrito** del padre Brothier, bibliotecario del colegio de París; texto que poseemos en la edición prologada por el Dr. E. J. Bocher y publicada en Conpenhague el año de 1901. Los jesuitas tratan de explicar ese hecho aseverando que conservaban el libelo unicamente por mera «curiosidad». Las autoridades eclesiásticas y civiles, especialmente las de Policía, y todos los ciudadanos de los pueblos donde hay jesuitas, deberían estudiarlo, cuando menos, «por precaución».

Recopilando datos hallados **passim** en la biografía del p. Ribadeneira por de De la Fuente, en obras de los jesüitas Tornero, Dudon y J. de Hita, en la Enciclopedia Espasa, en el Prólogo del Dr. Bocher, en «Herejías Católicas» del ex sacerdote alemán Franz Griese, y en «La Bestia 666» de Juan Avilán, pueden contarse las siguientes ediciones: 16 antes de la muerte del p. Ribadeneira en 1611, una de las cuales debió ser condenada en 1606 por el Obispo de Cracovia Lipski, según Dudon; la de Cracovia de 1612 citada por Tornero, Dudon e Hita, erróneamente tenida como la primera por la mayoría de los comentaristas; otra del mismo año de 1612, de «Notobringiae», que debía decir «Cracoviae 1614» (Espasa); las de 1627, de Basilea, 1635 Ginebra, 1654 Groninga, 1658 en inglés; 1662 en francés; 1663 y 1668 en Alemania; 1669 en Colonia, en francés.

Según el articulista de la Enciclopedia ESPASA, «hasta 22 ediciones a lo menos en diversas lenguas se imprimieron durante el siglo XVII en Polonia, Bohemia, Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Países Bajos». De ellas, sólo la de Basilea y la de Groninga no fueron clandestinas.

En el siglo XVIII se hicieron otras ediciones en los siguientes años y lugares: 1704, Colonia; 1718 (?); en 1723 se hizo una edición latino-inglesa uno de cuyos ejemplares se conserva en el Museo Británico; 1725, Halle; 1727, Colonia, 1746, otra edición latino-inglesa que también se conserva en el Museo Británico; 1747, Francfort; 1760, Roma (en su título se mencionó el asesinato de José I, de Portugal, fraguado por los jesuitas); 1773, manuscrito del Colegio de Limburgo, Holanda, que se conserva en el Archivo de Bruselas bajo el No. 720. En 1782 se publican como «recién descubiertas»; 1783, París.

Siglo XIX: 1819 (?); en 1824 la casa Sheffer, de París, hizo siete ediciones; 1826, París, otras siete ediciones; 1835, Verdaguer, Barcelona; 1845, Mr. Ducox, en Blois; 1845, Madrid, dos ediciones; 1861 y 1867 (?); 1870, en francés; de 1876 a 1877 Ch. Sauvestre, París, hizo 11 ediciones; en 1878 se hizo la famosa edición rougesang; de 1879 a 1880, Dentu hizo 19 ediciones.

Siglo XX: 1901, Barcelona; 1901, Copenhague, edición del Dr. Bocher. Se han hecho también otras ediciones, ya como folleto **o se**, ya como parte de otras obras: baste citar la Enciclopedia Masónica de la Casa Kier, de Buenos Aires y el libro «La Bestia 666» editado en Caracas el año de 1954. El autor de estas páginas hizo una edición mimeografiada que se agotó bien pronto, en 1950.

En suma, puede decirse que pasan de un centenar las ediciones de las mónitas hechas en diversos idiomas y países a lo largo de casi cuatro siglos. Sin embargo todas han desaparecido de bibliotecas y librerías conservándose muy pocos ejemplares como verdaderas rarezas bibliográficas en algún museo o archivo oficial. ¿Cómo se explica este hecho? ¿Quién o quiénes hacen desaparecer el célebre libelo como por ensalmo? ¿Será porque acaso es la mejor arma para desenmascarar al jesuitismo, y los propios jesuitas se encargan de recogerla por medio de sus alumnos, de sus hijas de confesión y de sus amigos? Si se acusara a alguna orden religiosa de verdad, de tener un código secreto como éste, es seguro que no temería que se lo conozca, ni vacilaría en exigir que se lo estudie haciendo resaltar el contraste entre las diabólicas normas de ese código y sus constituciones auténticamente llevadas a la práctica, para que resplandezcan la pureza de sus propósitos y la limpieza de sus procedimientos, y se pongan en evidencia el infundio y la calumnia. ¿Por qué los jesuitas no adoptan esta conducta si, como aseguran, son inocentes?

A juzgar por las Mónitas secretas, el jesuita es un individuo sin familia, sin patria y sin religión.

De su padre Ignacio escribió el p. Perico Ribadeneira: «Tuvo muy mortificado el afecto de la carne y sangre, y el amor natural de los parientes, y así *como si fuera hombre* nacido *sin padre y sin madre, y sin linaje* . . . .» («Vida de San Ignacio de Loyola», pág. 465 – 466). Laínez, compañero fidelísimo y sucesor del fundador, que expulsaría

sin miramientos a su hermano Cristóbal, escribía a su madre: «cuanto más lejos estoy, menos daño hago». («Ternuras Ignacianas», pág. 53).

«Era una voz que ya corría en Roma: los jesuitas se querían unos a otros. Tanta guerra y tanto nacionalismo exaltado por de fuera, y tanto amor por de dentro. El mismo Iñigo había luchado en Pamplona contra los hermanos de Javier, Juan y Miquelo. Javier, pues, contra Ignacio; los separó la historia de los partidos; los juntó la unión inefable, como hay pocos ejemplos, la historia del amor .. San Ignacio prescinde de ese mapa de guerras, y barajando a sus hijos de tan diversas patrias, los envía en binas y en ternas a donde haya que dar mayor gloria a Dios....» (Ib. pág. 176—177). Jerez señala el peligro como de una serpiente que pudiera entrar en la Compañía, al «espíritu de partido, el patrioterismo que nada tiene de patria; o ese otro enemigo del regionalismo, más temido por ser más exaltado....» Y porque, «ofuscando a tantos el amor a su nación, de modo que hasta se hacen odiosos a las otras naciones», dijo Belarmino de Ignacio, que «era **aficionadísimo a todas ellas** ... » (Ib. pág. 185). «El gobierno interior le tenemos asegurado, porque no hay exclusivismos ni menos patrioterismos. Instituto que no ha nacido para daño de ningún pueblo ...(?) no aboga por naciones en particular ... Ignacio llamó a su Orden de todos los países. Hubiera sido una cosa extraña, en político tan profundo, el haberse despojado de ese precioso auxilio...» (Ib. pág 255). Sin embargo las guerras le encantaban a Ignacio cuando de ellas habría podido obtener algún provecho. La noticia de que Carlos V hubiese aceptado los planes que le sugirió «de levantar una armada contra el turco .... *hubiera alegrado su corazón* a quien tanto sugestionaba la MUSICA DE LA GUERRA ....» (sic). (Ib. pág. 162—163). Las mónitas secretas, en efecto, enseñan que deben estimularse disensiones entre reinos cuando la Compañía puede sacar algún partido.

«Ese bendito amor es el alma que mantiene en cohesión este ejército moderno de 26.000 religiosos jesuitas» — escribía Jerez an 1941. «Pero en nuestros apuntes guardamos algo más tierno todavía. La Guerra del 14 ... es una prueba... También los jesuitas estuvieron en las trincheras, si bien es verdad que nunca vieron enemigos ni por el flanco, ni por el frente.... eran los soldados **unius coloris** que deseaba San Ignacio para su Compañía.... Sólo les separaban los terrenos de combate .. Nuestros escolares franceses han pasado ya sus vacaciones en compañía de sus compañeros los alemanes (sic), al otro lado de ese Rhin en donde todavía brillan las armas ... Las provincias castigadas por la guerra han tenido ocasión de apreciar *esa confraternidad jesuítica que ha dado frutos exquisitos*....» (Ib. pág. 183).

Lean y relean los renglones anteriores quienes, entre nosotros, se lamentan porque nuestros territorios orientales, según ellos, perdieron un baluarte fronterizo con la salida de los jesuitas. A éstos les im-

porta un bledo que nuestra región amazónica esté en poder del Ecuador o del Perú; y se inclinarán hacia uno u otro lado unicamente de acuerdo con las conveniencias de la secta, o, si no les es de provecho, lo abandonarán sin más, como cuando abandonaron la región de Gualaquiza durante la segunda administración de García Moreno. Este jesuita de levita escribía el 30 de julio de 1873 al Dr. Rafael Borja: «*Los misioneros han salido de Gualaquiza devolviéndolo al señor Obispo*. No sé si este pueblo se encuentre en la lista de los curatos de montaña; pero sea como fuere, opino porque *no se gaste nada en conservar una población* de alambiqueros ....» (CARTAS, IV, p. 362).

El jesuitismo, que trabaja exclusivamente en beneficio propio, no debe jamás confundirse con la universalidad de una religión como, por ejemplo, la **Fe Baha'i,** que entre otros tiene por postulados la unidad de todo el género humano, un tribunal internacional de justicia, la paz universal duradera, sin prejuicios ni restricciones de ningún género.

Tengo ante mis ojos un folleto titulado «El litigio fronterizo del Ecuador con el Perú—Documentos y datos inéditos tomados del archivo de la Biblioteca Nacional de Bogotá—Editorial Centro S. A.—Bogotá—Octubre de 1941». El «trabajo» está «dedicado al Excelentísimo Señor Presidente de la República y al Cuerpo Diplomático residente en Quito». El objeto de dicho «trabajo» queda al descubierto por la síntesis hecha en el último párrafo, que dice: «Por lo que a la Cédula de 1740 respecta, parece claro y evidente: a) Que para decidir en el terreno jurídico la controversia de límites entre el Ecuador y el Perú, esa Cédula Real sería de capital importancia; las citas que se conservan de ese documento, no desfavorecen al Ecuador. b) Que sólo quien viese en ese documento un argumento adverso, podía tener interés en hacerlo desaparecer., c) Que *de hecho desapareció furtivamente*.—Bogotá, 12 de Octubre de 1941. La Junta Investigadora de la Colonia Ecuatoriana en Bogotá».

En otras palabras, se quiso advertir a los Países Mediadores que el Ecuador, —que dos meses antes había sido invadido por el Perú—, no tenía en su poder la Cédula Real de 1740. ¿Y qué Junta Investigadora de la Colonia Ecuatoriana es la que de esa manera traicionaba los sagrados intereses patrios? ¿Existe aquella malhadada Junta o se trata simplemente de un nombre supuesto bajo el cual se esconde algún *espía* peruano? ....Quien puede dar la respuesta es «JULIO ARMIJOS, S. J.», cuya firma y rúbrica se lee al pie de la página, impresas en sello de caucho ...Digna de escrupulosa investigación es la participación que los jesuitas pudieron tener en los tristes acontecimientos de 1941 y 1942, como confesores y consejeros de nuestro Canciller, el Caballero de la Inmaculada, Julio Tobar Donoso. (Entre paréntesis, aclaremos que, si no estuviese vigente la Cédula Real de

1740, que fue la última de carácter territorial, debería estar vigente la de 1563, mucho más favorable al Ecuador). (1)

En una secta de la laya de las Mónitas secretas, todo, absolutamente todo queda supeditado a sus conveniencias e intereses. ¿Qué valor moral pueden tener los votos religiosos ni los juramentos de fidelidad a la Iglesia o al Estado hechos por sujetos sin Dios ni ley? ¿Qué es sino un «espía» del Reino del Mal todo miembro de una institución tenebrosa aunque se disfrace bajo los ropajes de obispo, arzobispo o cardenal, o figure como filósofo o astrónomo insigne, como humanista o experto en idiomas, como matemático, físico o químico? El hecho de que formen una sociedad o compañía de sujetos que incursionan en las ciencias como pasatiempos útiles para perfeccionar los recursos o, mejor dicho jesuíticamente, las «mañas» de engaño y de dominio ¿son circunstancias atenuantes o, por el contrario, agravantes?. . . .

La llamada Compañía de Jesús fue fundada, aparentemente, como baluarte del Catolicismo romano contra la Reforma de Lutero que

---

(1) El pueblo ecuatoriano no conoce aún toda la responsabilidad de Julio Tobar Donoso respecto del Protocolo de Río. El mismo confiesa que quebrantó las **«instrucciones restringidas»** y **«singularmente ceñidas y precisas del Presidente de la República».** Se quejó ante el «esclarecido canciller doctor Aranha» porque «nada se dijese sobre la agresión de un país americano a otro....» En cable al Presidente Arroyo se lamentaba: «Sesión inaugural varios discursos sin alusión directa al problema de la República ...» No tomó la palabra en ninguna de las sesiones oficiales, porque «hubieran manifestado profundo enojo los demás países......» Nuestro Canciller, por lo visto, se limitó a esperar que alguno de sus colegas asumiera la defensa del Ecuador, que él no hacía. Había ido a Río impreparado: «ni teníamos instrucciones —dice incurriendo en una contradicción— ni conocimientos suficientes, ya que no habíamos venido preparados a la negociación de fondo». Asegura que, por la suspensión intempestiva de la penúltima sesión plenaria, «se le privó de la última coyuntura adecuada (**habría sido temerario hacerlo en la sesión solemnísima de clausura, porque HABRIAMOS PROVOCADO UN INCENDIO, al cual hubiera seguido nuestro descrédito definitivo**) para expresar ante América su protesta, serena y mesurada, pero digna....» La cobardía, no la altivez, desacredita a los pueblos, lo mismo que a los individuos. Mas, ¿para qué fue enviada nuestra Delegación sino precisamente para PROVOCAR UN INCENDIO? El país no iba a desprestigiarse por plantear enérgicamente la violación de su territorio y del Derecho Americano: se desprestigió precisamente por no hacerlo, y la actuación claudicante de nuestro Canciller ha sido censurada duramente por varias Cancillerías de América. Tobar Donoso no tenía por qué quejarse de que ningún país defendiera la causa ecuatoriana si él mismo no supo defenderla. ¿No es el inexplicable silencio del Canciller Tobar Donoso una explicación del silencio de los demás Cancilleres en Río?.... La conducta de Tobar Donoso ¿fue sólo obra de una pusilanimidad invencible, o, tal vez, la inspiraron móviles secretos?.... La más grave de las inculpaciones que pueden hacerse al Presidente Arroyo, es probablemente la de haber confiado una misión tan ardua y delicada al ciudadano menos indicado. (Véanse: «La invasión peruana y el Protocolo de Río», Ed. Ecuatoriana, 1945, págs. 367, 379, 383, 385, 402 y 407, especialmente; "Derecho Territorial Ecuatoriano", texto de la Universidad Católica de Quito, Ed. «La Unión Católica», 1961, págs. 218 y sgts.)

hacía tambalear al Papado con toda su Jerarquía. Como jefe de un pelotón militar, Ignacio señalaba el 18 de agosto de 1554 al provincial jesuita de Alemania, Pedro Canisio, los medios de combate contra el Evangelismo luterano: «Y lo primero de todo si la Majestad del Rey se profesase, no solamente católico....., sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías, y declarase a todos los errores hereticales *guerra manifiesta y no encubierta*, éste parece que sería entre los medios humanos, el mayor y más eficaz.... Aprovecharía en gran manera no permitir que siga en gobierno, sobre todo en el supremo, de alguna provincia o lugar, ni en cargos de justicia ni en dignidades, ninguno inficionado de herejía.... Y si se hiciesen algunos ejemplares, *castigando a alguno con pena de la vida, o con perdimiento de bienes y destierros, de modo que se viese que el negocio de la Religión* (sic) *se tomaba de veras, sería tanto más eficaz este remedio* ... Ningunos curas, ni confesores, deberían tolerarse que estén tildados de herejía; y a los convencidos de ella habríase de despojarlos luego de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que *tener por pastor un lobo* ... » (Larrañaga, pág. 96 y 97). Sobre este particular, conviene recordar que el escudo profano de Iñigo López de Loyola tiene como muy adecuado símbolo «dos lobos empinándose para devorar el contenido de una olla»; escudo que la Compañía ha heredado y exhibe sin rubor en las fachadas de sus edificios y en sus libros y revistas. «Los predicadores de herejías, prosigue Iñigo López, —(López proviene de *lupus*, lobo)— los heresiarcas,.... se entiende deben ser castigados con graves penas. Sería bien se publicase en todas partes que los que dentro de un mes.... se arrepintiesen, alcanzarían benigno perdón en ambos foros; y que, pasado ese tiempo, los que fuesen convencidos de herejía, serían infames e inhábiles para todos los honores; aun pareciendo ser posible, tal vez fuese prudente consejo **penarlos con destierro, o cárcel, y hasta alguna vez con la muerte;** pero del último suplicio y del establecimiento de la Inquisición no hablo: porque parece ser más de lo que puede sufrir el estado presente de Alemania...» (Ib. pág. 97—98).

Perico Ribadeneira aprendió a la perfección también esta lección de su maestro. En el «Tratado de Religión y virtudes que debe tener el PRINCIPE CRISTIANO para gobernar y conservar sus estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos deste tiempo enseñan», quiso demostrar que el jesuitismo su:era en malicia al maquiavelismo cuando advertía y aconsejaba al Príncipe de Asturias, que después sería Felipe III: «la peor y más abominable secta que Satanás ha inventado es una de los que llaman políticos.... Esta secta es tanto más perniciosa, cuanto su malicia es más encubierta ...» Después de hacer este retrato que parece el de la Compañía, añade: «Sólo el nombre de Reyes Católicos es suficiente estímulo para que

vuestra alteza procure imitarlos.... Porque.... el rey Don **Fernando el Santo**.... no se contentaba de mandar castigar a los herejes, sino que él mismo, cuando los había de quemar, **ponía el fuego y la leña para hacer el sacrificio**.... A este santo rey debe vuestra alteza **imitar,** y tener por espejo a los esclarecidos Reyes Católicos Don Fernando y doña Isabel, sus rebisagüelos, (sic) que con su gran religión echaron a los moros y a los judíos de España y establecieron en ella el oficio de la Santa Inquisición, y con él la pureza de nuestra santa fe y la justicia y la paz y la dignidad en que al presente vivimos....»

El lector ha de recordar, sin duda, los argumentos con que el jesuita Gomezjurado, fiel intérprete de las doctrinas jesuíticas sobre la materia, trata de justificar los asesinatos políticos de García Moreno. Todo ello demuestra el **absoluto menosprecio de Ignacio y sus jesuitas por la vida ajena,** no digamos de los herejes solamente, sino aun de todos los que fichan como enemigos de su secta. ¿Qué habría, entonces, de extraño en que haya muerto envenenado el Papa Clemente XIV, que al suscribir el Breve de la extinción de la Compañía, dijo: «Firmo mi sentencia de muerte»?

Como dato curioso relacionado con el envenenamiento de Clemente XIV, anotamos el que consigna don Gonzalo Zaldumbide en el prólogo de las obras del jesuita dauleño Juan Bautista Aguirre, refugiado entonces en los Estados Pontificios: «Habiendo estudiado tan sólo por curiosidad y gusto algo de medicina, tanto llegó a saber de ella, que el mismo médico de Clemente XIV le consultaba, según fue fama, muy a menudo». Motivos hubo para que se hiciera la autopsia del cadáver de Clemente XIV. «Los médicos Salicetti y Adinolfi, que asistieron a Clemente XIV en su enfermedad e hicieron después de su muerte —(antes no podían hacerla)— la autopsia del cadáver, testificaron no haber hallado vestigio alguno del veneno. El Sto. Padre, añadieron, llevaba hacía tiempo dentro de sí la verdadera causa que le condujo al sepulcro» —tal afirma el jesuita León Tornero, sin aclarar que ningún valor habría tenido ese testimonio en el caso no improbable de que los propios médicos hubieran suministrado al Pontífice algún veneno de acción lenta. (Véase: «Los Jesuitas impugnados», etc. pág. 73 y sigts).

Anteriormente, también la muerte del Papa Sixto V se volvió sospechosa por datos que menciona el jesuita Larrañaga: Los primeros jesuitas con su fundador a la cabeza, habían jurado dar a su Compañía el nombre de Jesús, y el fundador había llegado hasta a afirmar que «nadie podría fuera de Dios tocarlo ni cambiarlo.... Y en efecto, hasta la Santidad del Sixto V (sic), tan fuerte y tenaz en sus decisiones, hubo de plegarse, **pasando inesperadamente a mejor vida,** cuando tenía ya preparado sobre su mesa de trabajo el decreto, con que de un plumazo pensaba de un día a otro cambiarlo». («San

Ignacio de Loyola», etc., pág. 61). ¿Casualidad? . . . . Cuando enfermaba un Papa y las campanas de las iglesias jesuíticas de Roma se apresuraban a llamar a letanías de agonizantes, el pueblo romano —según lo relata irónicamente un historiador – exclamaba: «¡El Papa se muere!». Tal aconteció a la muerte de Sixto V. Jesuitas fueron acusados de atentados contra la vida de Enrique IV de Francia y José I de Portugal. ¿Por qué niegan su responsabilidad sus hermanos, si esos atentados se hallan en absoluto acuerdo con las instrucciones de Ignacio de Loyola al provincial Pedro Canisio?

La Compañía es, en determinadas circunstancias, refugio de delincuentes siendo el primero su fundador. El escudo de la ciudad de Riobamba es una prueba: en la cabeza cortada de un «luterano» se hincan las puntas de dos espadas, en medio de las cuales se ve una custodia eucarística. En premio de su «hazaña» el asesino principal fue inmediatamente acogido en la Compañía de Jesús, la cual se encargó del diseño y de obtener la aprobación real del escudo. —Asimismo, en tiempos coloniales, un buen día llegó a Quito, fugitivo de las autoridades de Panamá, un matasiete cualquiera. Casi al siguiente día vistió la sotana jesuítica, y, con el nombre de Hermano Hernando de la Cruz, se convirtió en menos que canta un gallo en guía espiritual de Mariana de Jesús Paredes y Flores, al propio tiempo que se entretenía pintando retratos al óleo de su hija espiritual . . . . La joven murió víctima de un lento suicidio místico a consecuencia de prolongados ayunos, dolorosos silicios y penitencias sin cuento a que le conducían sus padres espirituales, quienes, seguramente, no llevaban una vida tan mortificada . . . .

Después de eliminar a uno o más Papas, ¿no pudo la Compañía, hija legítima del malhechor procesado en Guipúzcoa y otras ciudades de España, Francia e Italia, eliminar también, en 1877, a un Arzobispo cuyo envenenamiento parece vinculado, en cierto modo por lo menos, con el ajusticiamiento de García Moreno, el más insigne de los jesuitas de levita? . . . .

Queda a la perspicacia y criterio del lector deducir si el jesuita español Andrés Pérez, el mismo que se enzañaba cruelmente con los pobres indios del Napo que no lavaban todo el oro que les exigía, pudo o no pudo tener complicidad en el envenenamiento del Santo prelado Ignacio Checa y Barba, advirtiendo que el autor de estas páginas se abstiene de llegar a ninguna conclusión definitiva, y que se limita simplemente a hilvanar hechos sobre los cuales deben investigar expertos en criminología. (1)

---

(1) En los precisos días del sacrílego envenenamiento, se acusó de él a los jesuitas públicamente y por la prensa. El obispo de Riobamba, José Ignacio Ordóñez, más tarde Arzobispo de Quito, acaso en premio de su acción, se creyó obligado a defenderlos con una Carta Pastoral de fecha 25 de Mayo de 1877, en que se

Los tiempos han cambiado. Desde el II Concilio Vaticano, la Iglesia Católica después de pedir perdón a los Protestantes por la zaña sangrienta con que los acosó y atormentó por largos siglos, busca ahora un acercamiento fraternal, cediendo aun en tradiciones tan arraigadas como las ceremonias de la misa, que está transformándose en un acto de culto protestante. ¿No sería también llegado el momento en que debe echarse de los altares a los que, siendo más «herejes» que los protestantes, empujaron a la Iglesia a perseguirlos despiadadamente, con la privación de honores y bienes, con destierros y muertes?

Si la Compañía de Jesús fue fundada, según se repite a troche y moche, para contrarrestar la Reforma mediante el aniquilamiento de los «herejes protestantes», es evidente que **ha perdido su razón de ser,** y, por lo tanto, debe ser abolida nuevamente.

No deja de ser sumamente extraño que el cardenal jesuita Agustín Bea, traicionando en modo absoluto las enseñanzas de su padre y la finalidad expresa de su Compañía, haya aceptado encabezar las gestiones de acercamiento con los que hasta hace poco habrían sido enviados a la hoguera o condenados irremisiblemente al infierno, y ahora llama «hermanos separados». Esa actitud no es exclusiva del jesuita Bea: común es ahora a todos sus hermanos de secta. ¿Cómo se explica esta «transformación» tan radical? El mismo jesuita Bea confiesa en el artículo publicado en «Reader's Digest» en su número de Enero de 1963 bajo el título «The Roman Catholic Church's Biggest Challenge» la imposibilidad de llegar a un acuerdo doctrinario-dogmático. Los protestantes, en verdad, jamás aceptarán la infabilidad del Papa, ni el culto de las «imágenes sagradas», ni la confesión auricular, ni el dogma de la «transubstanciación», ni el celibato clerical obligatorio. ¿Qué es, entonces, lo que busca el cardenal jesuita en la unión de 900 millones de cristianos entre católicos, protestantes y ortodoxos? Estarían «completamente unidos —dice— en cuestiones de armas nucleares, de desarme y de paz .. La acción social, actividades misioneras, la vida familiar y cívica serían terrenos donde *una cooperación activa pagaría inmensos dividendos* ...» (Revista citada, pág. 53). ¿Quiere esto decir que los jesuitas han echado ojo también a los bolsillos de unos quinientos millones de protestantes?

---

lee: «....vemos a la prensa liberal de Quito y de Guayaquil **en unánime concierto** llamar la atención pública.... **sobre la muy ilustre y muy inmaculada Compañía de Jesús,** establecida en esta infeliz República. En una infame publicación titulada «Vindicación al pueblo» impresa en Quito y reproducida en "El Comercio" de Guayaquil, así como en diversos artículos publicados en este último periódico, se empeñan los liberales en embaucar al pueblo sencillo con la atroz y gratuita calumnia de que **los jesuitas son los autores del sacrílego envenenamiento** que deploramos". ("Para la historia del Ecuador", refutación a Doña Marietta Veintemilla, Imprenta Católica, Quito, 1891, págs. 22—23).

Ha dicho el cardenal jesuita que espera INMENSOS DIVIDENDOS —«immense dividends»— del acercamiento católico-evangélico. ¿Deben tomarse estas palabras en sentido figurado solamente? Podemos hallar la respuesta en una **lección de cinismo** que Ignacio enseñó al jesuita cuando le aleccionó para que ***«predicase de aquella virtud que pretendía alcanzar, o contra aquel vicio que deseaba vencer»*** (?) («Vida de San Ignacio», del p. Ribadeneira, pág. 565). Quien ha comprendido esta norma ignaciana, fácilmente observará que el jesuita muchas veces ***trata de engañar diciendo la verdad,*** convencido como está de que la ingenuidad de los católicos y la ceguera o despreocupación de los no-católicos han de rechazar como absurdo el sentido natural de sus confesiones. Al estudiar el jesuitismo debe tenerse muy presente esta norma ignaciana. (1)

No olvidemos que, por contradictorias que parezcan ciertas actitudes del jesuita, **«la identidad de espíritu de la Compañía moderna con la antigua»** es evidente. Refiriéndose a Ignacio y sus compañeros tales como Laínez, Polanco, Bobadilla, Ribadeneira . . . . dice Jerez: «Saben muy bien los jesuitas que entonces vivían **los Padres más insignes que haya tenido la Compañía».** («Ternuras ignacianas», pág. 49 y 215). Por su parte, Ignacio de Loyola predijo: **«Posteri nobis meliores erunt;** es una frase de San Ignacio que anotó el P. Cuadretti. **Los venideros serán mejores que nosotros.** Ignacio, a fuer de hidalgo, nos quiso hacer ese honor. No discutiremos

---

(1) NOTA DEDICADA A LOS PROTESTANTES.—El 31 de Enero de 1951 el jesuita español Luis Padrosa se despidió de «su» Provincial para ingresar en el Evangelismo. ¿Fue sincera su «conversión» o está desempeñando el oficio de «espía» que tiene todo jesuita, según la confesión del p. Ribadeneira? Para dilucidarlo, basta estudiar su libro titulado «Por qué dejé el Catolicismo» (Editorial Moody), y la conducta que posteriormente tuvo con un sacerdote escolapio que se convirtió sinceramente al Evangelismo. Su carta de despedida dirigida a su Provincial revela enorme preocupación tanto por el porvenir del Instituto Loyola, como por el escándalo que su paso podría provocar en desmedro del nombre de la Compañía. En suma, demuestra que su corazón seguía ligado a la orden jesuítica. Concluye manifestándole que mantendrá correspondencia amistosa, pero suscribe la carta como que «fue su hijo y continuará siendo con el **mismo afecto, hermano** en el Señor **hasta la muerte».** «Quisiera publicar.... la respuesta —advierte—, únicamente me abstengo por motivos de discreción, ya que fue escrita con carácter confidencial....» A pesar del grave paso que dio, no hubo pues rompimiento entre Padrosa y el superior jesuita a quien se refiere aún como «mi Provincial».

Empieza la obra con una cita en que concede autoridad a «San Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús», y a «su célebre libro de los Ejercicios Espirituales». En otro punto relata un diálogo entre un «irónico jesuita» y un grupo de jóvenes bautistas; «tras unas breves frases, el irónico jesuita quiso disparar el tiro de gracia contra la fe de aquellos jóvenes». Un capítulo integro está dedicado a «María nuestra Madre», a la que llama «Virgen» por nueve veces en cuatro paginitas, a sabiendas de que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, que él mismo cita, hablan de los «hermanos y hermanas» de Cristo. Doble es la farsa que el jesuita hace con esta burla de la fe de los evangélicos.

el aserto. Sólo hemos de decir que **tampoco falta hoy entre nosotros amor mutuo** de familia. Seguimos siendo aquello que en 1555 escribía Laínez a Borja: todos un corazón y una alma....» (Ib., pág. 181).

Ciertas actitudes y expresiones de jesuitas, tanto en sus escritos como en sermones, discursos, etc. no tendrían explicación si no estuvieran en vigencia las Mónitas. De ellas nace ese espíritu de superioridad y de arrogancia del jesuita, que se identifica con el de un embustero seguro de sí mismo y orgulloso de la impunidad con que, a sus anchas, se mofa de la buena fe de unos y de la ceguera de los más para comprender sus «mañas». Escena digna de estudio debió ser aquella de julio de 1599, en que el ingenuo cardenal Baronio, en Roma, pasó «sonriendo y saludando con la cabeza por en medio de los trescientos jesuitas que estaban allí emocionados y con los ojos llenos de lágrimas» (Dudon, pág. 501), seguramente porque no podían contener la risa que debió provocarles la promesa que el cardenal acababa de hacerles, de empeñarse por la beatificación y canonización del malhechor de Guipúzcoa encumbrado a fundador de una orden de espías y de hermanos de Perico Ribadeneira.... Interesante sería saber quien envió a EL TIEMPO, de Quito, para su publicación, la «Relación jurídica de la prueba testimonial sobre el milagro» o «portento de la Virgen Dolorosa». Los testimonios más curiosos, y probablemente los más importantes, son los siguientes: «JOSE JAVIER ESCUDERO; 17 años: Me fijé en la imagen y observé que con la mayor lentitud abría

---

Mientras Padrosa hallábase ya entre los evangélicos de Buenos Aires, llegó a Montevideo el Padre Escolapio español, José Manuel de León, que, acosado de dudas sobre su fe católica, se había puesto en contacto con amigos evangélicos. Estos le sugirieron que se pusiera en contacto epistolar con Padrosa. Escribióle dos cartas secretas. Inmediatamente fue llamado por el obispo de Melo, monseñor Cavallero, y suspendido **a divinis** bajo la acusación **calumniosa** de haber ya predicado «en protestante» contra la Virgen, la confesión y la Misa. En la única entrevista que el Padre de León tuvo con Padrosa, éste le previno que los católicos «le harían picadillo», y le aconsejó que hiciera los Ejercicios Espirituales. Efectivamente, el obispo le impuso que los hiciera por quince días en el Noviciado de los jesuitas de Montevideo. Durante los Ejercicios, los jesuitas le permitieron recibir una visita de sus amigos evangélicos. Por este motivo, interrumpiéndolos, fue enviado a una parroquia lejana en compañía del jesuita Xicart, quien debía impartirle las instrucciones del obispo.

Obedeciendo los mandatos de su conciencia, el Padre de León, se separó de esa parroquia, proclamó su fe con verdadero fervor por medio de la radio, la prensa y conferencias en las plazas públicas, feliz y contento de que el «escándalo» de su conversión al evangelismo fuese útil a otras almas, y particularmente a otros sacerdotes católicos. (Véase el librito: «Crepúsculo Espiritual», por María Rosa Frías, tía del Padre de León, Cruzada de Literatura Cristiana, Colonia 1106, Montevideo. Las revelaciones de este librito son particularmente valiosas, porque en ningún momento dejan traslucir la menor duda respecto de la conducta de Padrosa).

Compárese la conducta del jesuita Padrosa, con la del Reverendo Padre José Manuel de León, Escolapio, y sáquense las conclusiones pertinentes.

y cerraba los ojos, a veces el izquierdo y ya el derecho, pero más el izquierdo . . . JOSE SILVA, guarandeño, 16 años: Vi que primero languidecía el ojo izquierdo y luego lo cerraba y volvía a abrirlo . . . JUAN B. PALACIOS, ambateño, 16 años: Observaba que el ojo izquierdo estaba levantado, pero luego después notaba que estaban cerrados casi por completo . . . . ARTURO BUENO, 16 años: Puse toda atención y le vi que cerró ambos ojos, abrió enseguida; después empezó a cerrar el ojo izquierdo y también lo abrió muy despacio . . . » Para que los testimonios sean válidos, en todo juicio, es indispensable que entre ellos no haya contradicción alguna. Pero, ¿no es el mayor de los milagros que mientras 30 de los 34 testigos puestos en lista por el p. Andrés Machado, S. J. vieron que la imagen de la Dolorosa abría y cerraba ambos ojos, cuatro de ellos vieron que sólo **guiñaba de preferencia con el ojo izquierdo?** Guiñar no es llorar; es solamente hacer alguna seña con un ojo; y obsérvese que *ninguno de los testigos citados dice que vio llorar a la Dolorosa.* Véase EL TIEMPO, de Quito, de 15 y 16 de Abril de 1967. Tal es el milagro del 20 de Abril de 1906; ¡milagro del poder de engaño de los jesuitas!

Concluyamos este capítulo demasiado extenso para un libro como el presente y demasiado corto para lo mucho que podría decirse, con dos observaciones a modo de preguntas.

¿Cómo puede explicarse que haya fundado una institución tan poderosa un sujeto ignorante, varias veces procesado como malhechor y embustero? «Notemos —dice el jesuita Casanovas— que Ignacio no tenía ninguna condición humana de las que ordinariamente arrastran a los demás: **no tenía sabiduría,** antes confesaba siempre su falta de letras; **no tenía elocuencia,** sino que era escaso de palabras, y aun mal pronunciadas, en todas las lenguas en que debió hablar; **no tenía prestigio social,** pues se presentaba envilecido con todo el prosaísmo de la pobreza y **deshonra** (sic); **no tenía ninguna jerarquía, ni de orden sagrado** ni prestigio científico . . . . » («San Ignacio de Loyola», pág. 297).

Dos fueron, a nuestro modesto entender, los factores principales del evidente triunfo de Ignacio y de su obra, que no hallan comparación en toda la historia de la humanidad: una *sabiduría diabólica para la seducción y el engaño,* y *una tenacidad a toda prueba.* De tal manera le fascinó el embuste monstruoso que iba a llevar a cabo dejándolo como herencia de sus días de incredulidad y corrupción para los siglos futuros, que todas las penalidades, hambres, persecuciones, cárceles y andanzas le parecieron pocas. En los primeros días de su «transformación», precisamente cuando debía darse «tantos azotes por la noche cuantas veces se había reído durante el día», planeó en Manresa toda su obra. Ignacio mismo hizo sus confidencias «con estas palabras: **No fue una visión,** pero le fue dado a comprender una

gran cantidad de cosas, sea espirituales, sea de fe, sea de las letras humanas, y con una claridad tan grande que todo aquello le parecía nuevo. Imposible referir los puntos particulares que le fueron entonces conocidos, tan numerosos eran, bastará decir que recibió una gran luz en su entendimiento. De suerte que si se pusieran juntos todos los socorros que le vinieron de Dios durante su vida y todo lo que ha podido adquirir, en todo esto no le parece haber adquirido tanto como en aquella única circunstancia de Manresa ... » (Dudon, pág. 74). Por supuesto, no fue aquella la única ocasión en que veía visiones, que no eran visiones divinas: cuando «el esplendor era menor que de costumbre ..... comprendió claramente que **era del demonio** ....» (Ib. pág. 75).

Una vez que todo lo hubo planeado y previó todos los alcances de su obra, se dedicó a ella con una tenacidad invencible. Siempre son más astutos y emprendedores los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz. A medida del éxito de sus planes, cuando veía a su «orden» aprobada por la Iglesia y floreciente ya en varios estados, su alegría y jactancia no debieron ser menores que su satánica sabiduría y su invencible tenacidad. Así deben entenderse los pecados de «vanagloria» de que «se acusaba». Muy probable es que quien dijo de Ignacio que «es una personalidad que causa estupor» no haya penetrado en toda la profunda verdad del aserto.

Pues bien, si apareciera hoy una personalidad idéntica a la de Ignacio de Loyola, con todas sus «mañas», con todas sus «ternuras» paternales y maternales ....., y fundara una nueva orden que tuviera como código secreto las **Monita Secreta Societatis Jesu,** ¿la nueva orden no sería tal vez una duplicación exacta de la Compañía de Jesús? Si, en una absurda hipótesis, alguna orden o congregación religiosa ya existente adoptara como suyo ese «código del diablo», ¿no se transformaría, ipso facto, en una segunda «Compañía de Jesús»?

«El es el santo típico y ejemplar de la Compañía de Jesús» —afirma orgulloso de su padre el jesuita Ignacio Casanovas. (Pág. 272). ¿Quiere esto decir que cada jesuita esconde «hermosos secretos» cuando ríe a mandíbula batiente? ¿A pesar de burlarse en su fuero íntimo de los dogmas de la Trinidad y de la Redención, está listo cada jesuita, como fiel discípulo de su padre, a condenar a la pena capital a todo «inficionado de herejía»? ¿Quiere esto decir que cada jesuita tiene su Periquito Rivadeneira? .... ¿El caso del jesuita español Santos Balseca Ruiz, no es entonces una excepción, sino la regla, y es por esto que todos sus superiores y colegas lo protegieron en lugar de sancionarlo? ¿No sería acaso una medida prudente y necesaria someter a todos los profesores jesuitas (aunque hayan llegado a puestos de honor y fama, como cardenales, arzobispos, obispos, teólogos, predicadores, filósofos, astrónomos, etc.) a un examen igual al que tuvieron que someter al padre Balseca Ruiz las autoridades policiales de Gua-

yaquil? ¿Significa que el superior jesuita perdona y calla todas las faltas de sus súbditos a condición de que no sufran mengua su reputación y el buen nombre de la Compañía? . . . **¡AMDG!** ¡Todo **Ad Majorem Dei Gloriam!** es, aparentemente, su santo y seña. ¿Pero no es tal vez su verdadero lema **Ad majorem Diaboli gloriam?** ¡Es tan ambigua esa **D!** ¿Quiere decir esto que la incontenible alegria que acompañó al malhechor de Manresa y al fundador de la orden en Roma, acompaña también a todo jesuita auténtico? Ni remotamente se da cuenta el mundo de la vida íntima que el jesuita lleva dentro de sus edificios; pero algo parece trascender de las revelaciones solapadas del jesuita Jerez: «Porque —dice— **los recreos de los jesuitas** de entonces como de los de ahora, eran suavemente alegres y alegremente provechosos. Aquellas conversaciones de familia eran de cosas de la Compañía o de la Iglesia. *Sin levantar mucho la voz, (?) sin ironías, (?) sin celebrar los triunfos con carcajadas, (?) sin accionar en demasía (?)* . . . .» (Ternuras ignacianas», pág. 174).

El juramento de los Caballeros de Colón.—Lejos, muy lejos estamos de habernos formado una idea exacta de lo que es el jesuitismo. Observemos, sin embargo, que quien pone en práctica las mónitas secretas, es un sujeto de mente y corazón depravados, cuya vida es un solo pecado mortal sin interrupción: de puertas adentro no da un solo paso ni dice una sola palabra que no sean una burla de la moral; y, de puertas afuera, toda actitud y toda palabra son expresiones de redomada hipocresía, y así, la virtud, la piedad, la oración son sólo deberes que se predican de labios para afuera, a fin de que los demás las practiquen hasta donde se dejen conducir. Uno se pregunta: ¿no habrá un momento en que un sujeto tan depravado no sienta fatiga o hastío de una vida de farsa ininterrumpida, dando por sobrentendido que es imposible un ligero arrepentimiento donde el arrepentimiento sería terriblemente castigado por la secta?

No contenta la Compañía de Ignacio de Loyola con ser la organización que es, ha formado la ORDEN DE LOS CABALLEROS DE COLON, caballeros que, por supuesto, nada tienen que ver con la idealista Caballería Andante de un Don Quijote, listo siempre a jugarse la vida en defensa de los débiles y desamparados. El Caballero de Colón forma parte de una «milicia» a las órdenes del «Papa negro», el general de los jesuitas, como simple instrumento para los fines de la Compañía, aunque se tomen los más sagrados nombres de la Religión Católica para encubrir el embuste. Quien conoce la ingenua credulidad del católico, puede estar seguro de que muchos Caballeros de Colón han ingresado en la orden de buena fe: ¿cómo puede dudar un católico sincero de la sinceridad de quien viste sotana, dice misa y actúa en nombre del Papa aunque, probablemente, el Papa nada sepa acerca de los juramentos de esta singular Orden jesuítica? A juzgar por su juramento de iniciación, todo Caballero de Co-

lón es un «asesino en potencia» de quienes le sean señalados como herejes o enemigos de la Orden por el superior jesuita, al que debe obedecer con «obediencia cadavérica», doctrinas éstas auténticas de Ignacio de Loyola conforme las impartía al provincial Canisio y las inculcaba a los suyos. Digno de profundo estudio es el juramento con que el Caballero de Colón se entrega a la Compañía de Jesús, y digno de investigación el que García Moreno prestó a la misma y el que hacen los «Caballeros de la Inmaculada», adaptación, en Quito y Guayaquil, de la Orden de los Caballeros de Colón.

No debe el lector ignorar aquel juramento. Helo, pues, aquí íntegramente en su tétrico texto:

«Yo .... , en presencia del Todopoderoso Dios, de la bienaventurada Virgen María, del bienaventurado San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, de todos los Santos, sagradas huestes del cielo, y *de tí, mi santísimo padre, el Superior General de la Sociedad de Jesús, fundada por San Ignacio de Loyola en el pontificado de Pablo III,* y continuada hasta el presente; por el **vientre** de la Virgen María, la **matriz** de Dios y el **cayado** de Jesucristo, declaro y juro que Su Santidad el Papa, es **Vicerregente** de Cristo y que es única y verdadera cabeza de la Iglesia Católica o Universal en toda la Tierra; y que en virtud de las llaves para atar y desatar dadas a su Santidad por mi Salvador Jesucristo, *tiene poder para deponer reyes herejes, príncipes, estados, comunidades y gobiernos y destruirlos sin prejuicio alguno.* Por tanto, con todas mis fuerzas *defenderé esta doctrina y los derechos y costumbres de Su Santidad* contra todos los usurpadores heréticos o autoridades protestantes, especialmente de la Iglesia Luterana de Alemania, Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega y ahora de la pretendida autoridad e Iglesia de Inglaterra y Escocia, y de las ramas de la misma establecidas en Irlanda y en el Continente Americano y de *todos los adherentes a quienes se considera como herejes y usurpadores, enemigos de la Santa Madre Iglesia de Roma».*

«Renuncio y desconozco cualquiera alianza como un deber, con cualquier Rey hereje, príncipe o Estado, llámese protestante o Liberal, y **la obediencia a cualquiera de sus leyes, magistrados u oficiales».**

«Declaro además, que las doctrinas de Inglaterra y Escocia, de los Calvinistas, Hugonotes y otros de nombre protestantes o Masones, son condenables y todos los que no las abandonen».

«Declaro igualmente, que ayudaré, asistiré y aconsejaré a todos y cualquiera de los agentes de Su Santidad, en cualquier lugar donde esté, ya sea en Suiza, Alemania, Holanda, Irlanda o América o en cualquier otro reino, o territorio a donde vaya y *haré todo lo que pueda para extirpar las doctrinas heréticas, Protestantes o Masónicas y*

para destruir a todos los pretendidos poderes legales y de cualquier clase que sean»...

«Prometo y declaro, no obstante de que *me es permitido pretender cualquier religión herética* con el fin de propagar los intereses de la Madre Iglesia, **guardar el secreto** y **no revelar** todos los consejos **según sus instrucciones,** y a no divulgarlos directa ni indirectamente, por palabra o escritura, o de cualquier otro modo, sino a ejecutar lo que se ha propuesto y encomendado, y *a lo que se me ordene por medio de tí, mi Santísimo Padre, o por cualquiera de esta Sagrada Orden»*.

«Declaro, además, y prometo que *no tendré opinión, ni voluntad propia ni reserva mental alguna; que como un CADAVER, obedeceré incondicionalmente cada una de las órdenes que reciba de mis superiores en la milicia del Papa y de Jesucristo»*.

«Que iré a cualquier parte del mundo a donde se me envíe, a las regiones frígidas del Norte, a los espesos montes de la India, a los centros de civilización de Europa o a las silvestres cabañas de los bárbaros y salvajes de la América, sin murmuración o queja; y seré sumiso a todo lo comunicado».

«Prometo y declaro que haré, cuando la oportunidad se me presente, *guerra sin cuartel, secreta o abiertamente, contra todos los herejes, Protestantes y Masones, tal como se me ordene hacer, extirparlos de la faz de la Tierra; y que no tendré en cuenta ni la edad, sexo o condición, y colgaré, quemaré, destruiré, herviré, desollaré vivos a estos infames herejes, abriré los estómagos, los vientres de sus mujeres, y con la cabeza de sus infantes daré contra las paredes a fin de aniquilar a esa execrable raza.* Que cuando esto no pueda hacerse abiertamente, *emplearé secretamente la copa de veneno, la extrangulación, el acero, el puñal o la bala de plomo, sin tener en consideración el honor, dignidad o autoridad de las personas, cualquiera que sea su condición en la vida pública y privada,* tal como sea ordenado en cualquier tiempo por los agentes del Papa o *el superior de la hermandad del Santo Padre de la Sociedad de Jesús»*. . .

«Para todo lo cual, consagro mi vida, alma y todos los poderes corporales y *con la daga que recibo ahora* suscribiré mi nombre *con mi sangre* en testimonio de ello, y *si manifestase falsedad o debilidad en mi determinación,* pueden mis hermanos y soldados compañeros de la milicia del Papa, *cortar mis manos y mis pies y mi cuello de oreja a oreja.* Protesto abrir mi vientre y quemar azufre en él y aplicarme todos los castigos que se puedan sobre la tierra y que mi alma sea torturada por los demonios del Infierno para siempre».

«Que daré mi voto siempre por uno de los Caballeros de Colón con preferencia a un protestante, especialmente a un masón, y que haré que todo mi partido haga lo mismo; que si dos católicos están luchando me convenceré quién defiende más la Santa Madre Iglesia y daré mi voto por él».

«No trataré ni emplearé un protestante si está en mis facultades tratar o emplear a un católico. Colocaré a una señorita católica en familias protestantes, para que semanariamente rindan informes de los movimientos familiares de los herejes».

«Que *me proveeré de armas y municiones* a fin de estar listo para cuando se me dé la orden o me sea ordenado *defender la Iglesia, ya como un individuo o en la milicia del Papa»*.

«Todo lo cual yo........ juro por la bendita Trinidad y *el bendito Sacramento que estoy para recibir, ejecutar y cumplir este juramento»*.

«En testimonio de lo cual, *tomo este sagrado sacramento de la Eucaristía, y lo firmo más aún con mi nombre escrito con la punta de esta daga mojada en mi propia sangre y sellado en mi presencia este sagrado juramento»*.

(Tomado de «La Bestia 666, Caracas, 1954).

Si tal es el juramento de un Caballero de Colón, ¿cuál será el del jesuita «profeso»? Recuerdo haber leido que el candidato lo entrega por escrito, y el superior lo coloca dentro de un cáliz en una misa especial. Lo que la Iglesia sabe al respecto es que el profeso jesuita hace un «cuarto voto» solemne de fidelidad al Papa, y simple de fidelidad a la Compañía. ¿Cuál será el texto auténtico y secreto de ese voto: acaso un juramento de fidelidad incondicional y estrechísima a la Compañía y una burla a la Iglesia, con una nueva **restricción mental** (no permitida al Caballero de Colón) idéntica a la que hicieron los fundadores de la Compañía respecto de la Bula de Paulo III?....

García Moreno y los jesuitas.—Imitador fiel, consciente o inconscientemente, de Ignacio de Loyola, en muchos aspectos, García Moreno nació para jesuita. Contra él, con mejor acierto que contra Camilo Ponce (1) que entregó «maniatada la república en manos de su verdugo», pudo decir Montalvo: «fue jesuita, es verdad; pero aun sin serlo hubiera hecho lo propio; ése nació para la traición y la ignominia». (PAGINAS DESCONOCIDAS, 94). Y rifiriéndose al propio García Moreno, el **«traidor consuetudinario»,** añadió: «Es García Moreno el **jesuita, hombre sin patria:** no la tiene el que no la ama y la deshonra; no la tiene el que la escarnece y la embrutece; no la tiene el que la oprime y la mata ...» (Ib. 270).

El escritor jesuítico Manuel Gálvez, dice de García Moreno: «hacia 1850, en Panamá, alguien que se dice contemporáneo suyo afirmará de él que era **ateo** en estos años pasados ... **Liberal roussoniano** le calificó, para entonces, un prominente conservador». (Vida de Don Gabriel García Moreno, pág. 78). De regreso de Europa, precisamen-

---

(1) Político antecesor y homónimo del ex-Presidente Camilo Ponce, actual candidato para un segundo período.

te en julio de 1850, tuvo en Panamá el primer contacto con los jesuitas expulsados de Colombia, en cuya compañía viajó hasta Guayaquil. ¿Dejó el ateísmo en esas entrevistas íntimas, o simplemente se entregó a la Compañía de Jesús, en pacto de mutua ayuda? ¿Qué se dijeron? ¿Qué planes formularon para el futuro?

Expulsados también del Ecuador, en 1852, por Urbina, García Moreno los despidió diciendo al superior: «Adiós, padre; de aquí a diez años cantaremos el **Te Deum** en la Catedral». Poco antes de su ajusticiamiento el 6 de Agosto de 1875, su íntimo amigo el jesuita Manuel Proaño le recordaba esa despedida. «Sepa usted, padre, – repuso— que ese fue *el juramento de Aníbal,* y *el deseo de cumplirlo fue una de las causas que me impulsaron a tomar cartas en la política».* («Escritos y Discursos», I, pág. 417).

Nunca insistiremos demasiado sobre la importancia que ese juramento de García Moreno tuvo en su vida política y aun en la privada: él explica su odio, sus calumnias y sus insultos feroces contra Urbina, a quien se atrevió a llamar «monstruo que al patíbulo infamara», a pesar de que Urbina jamás derramó una gota de sangre, y era tan enemigo del patíbulo como partidario de él fue el propio García Moreno, a quien —él lo sabía— cuadraba a las mil maravillas esa imprecación. «En adelante —escribe Gálvez—, habrá una estrecha unión entre esos sacerdotes y García Moreno. Sin él, jamás hubieran vuelto al Ecuador; y sin los jesuitas, jamás García Moreno hubiera realizado la parte espiritual y religiosa de su obra. *El tiene muchas afinidades con los padres y se siente muy cerca de ellos. Tal vez se siente como uno de ellos. Los jesuitas han de mirarle como al mejor de sus amigos, tal vez como a uno de los suyos. . . .»* (Ib. pág. 191).

El 4 de Junio de 1870 escribía al jesuita Segarra: «Le agradezco su amistoso aviso, aunque nada de nuevo contenga. Bien sé que hay algunos que desean mi muerte. . . Sírvase decir a esa buena señora que no temo sino a Dios. . . . **Deseo** que el Rdo. Padre Silva venga el lunes, martes o miércoles de la próxima semana, para que mi cuñada Carmencita haga su larga confesión anual y cumpla con la Iglesia. . . . No comprendo cómo logran las beatas hacer, como los litigantes de mala fe, un embrollado proceso de cosas muy claras; pero así sucede. . . .» (CARTAS, IV, pág. 202). La correspondencia posterior de García Moreno no avisa si el padre Silva le reveló los secretos de la «beata», su cuñada Carmencita. . . .

El 14 de Diciembre de 1873, el Presidente del Ecuador dirigía una carta al padre Agustín Delgado, Visitador jesuítico, en que le decía: «Deseo que V. P. me diga con amplia y cristiana libertad, *lo que crea que yo deba hacer u omitir* en 1874. **Como primer magistrado** le autorizo para que **consulte sobre esto con los RR. PP. que elija,** con tal de que ninguno sepa que soy autor de la consul-

ta (sic!). Tal vez sería conveniente indagar el dictamen de algunos otros padres residentes en otras provincias del Ecuador, pero V. P. hará lo que parezca mejor....» (Wilfrido Loor: «García Moreno y sus asesinos», La Prensa Católica, Quito, 1955, pág. XXXVI). Se comprende ahora por qué los jesuitas quisieran que vuelva a la Presidencia de la República otro Camilo Ponce: para tenerlo como simple instrumento, y ser ellos los verdaderos gobernantes del Ecuador.

Refiere el jesuita Gomezjurado: «No fue la Iglesia Metropolitana sino el templo de la Compañía de Jesús el que congregó a los Convencionales y al pueblo para la ceremonia prescrita por aquellos y el Ejecutivo». (Vida de García Moreno, VI, pág. 108—109). La ceremonia consistió en el juramento de la CARTA NEGRA, o Constitución garciana, por parte de los miembros de la Convención de 1869.

Jesuitas eran los teólogos y consejeros que aseguraban al tirano que no hay ni siquiera pecado venial en asesinar a simples revolucionarios, siendo él mismo un revolucionario consuetudinario siempre que no estaba en el poder. Y así fue como fusiló a Maldonado, y, con una inmisericorde prisión de 106 días mandó a la tumba a Juan Borja. Así fue como fusiló a Viola, a pesar de que el «Obispo le sugiere que esa ejecución es contraria a la ley y a la Constitución». (Manuel Gálvez, obra citada, pág. 271).

Los teólogos jesuitas no sólo justifican estos asesinatos disfrazados con el nombre de fusilamientos o ejecuciones, sino también quieren la espectacularidad de la sanción para escarmiento de los pueblos: «De ahí —concluye el p. Gomezjurado— que las ejecuciones capitales, deben ordinariamente hacerse de un modo público y espectacular: tal como se realizaban por mandato de García Moreno» —y por consejo de sus jesuitas.... («¡¿Mártir García Moreno?!», pág. 13). Hay teólogos jesuitas que hasta afirman que García Moreno hizo una obra de caridad a sus víctimas cuando los hacía fusilar! «Puede ser —dice Gomezjurado— que alguno de los que García Moreno hizo fusilar, y que ahora está en el Cielo, al morir en otros adjuntos (sic) hubiera merecido el Infierno....» («Vida de García Moreno», III, pág. 72). ¡Doblemente buena sería la obra de caridad, si se pudiera mandar al otro mundo a todos los jesuitas, librando de ellos a la humanidad, en los primeros «adjuntos» en que se los hallara en gracia de Dios!

García Moreno tuvo graves desacuerdos no sólo con Monseñor Checa, sino también con el arzobispo Riofrío y los obispos Aguirre, Tola, Toral, etc., lo mismo que con el clero secular y las comunidades religiosas; y hasta con el Delegado Apostólico monseñor Francisco Tavani y con el mismísimo Papa. Consúltese a Luis Robalino Dávila en su «García Moreno», pág. 317, y, sobre todo, a Ricardo Pattee en su «Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo», págs. 268 a 305. Hay un episodio en la juventud del santo de los jesuitas, que tal vez explica su actitud espiritual hacia la Iglesia. Véase con qué

lenidad lo refiere el p. Gomezjurado: «Recobra su buen humor, de matiz atrevido y algo brutal. Quizá en esta época fue cuando realizó una travesura soez (sic), narrada por el Padre Le Gouir, acucioso investigador de tradiciones Garcianas entre los quiteños de avanzada edad.... Entre los catedráticos o educadores, había un sacerdote anciano, de carácter bonachón, desaliñado en el vestido, y hasta descuidado en el aseo. Era el blanco de las bromas y entretenimiento de los estudiantes. Sobre todo el bonete, mugriento y destartalado, era la burla de los pillastres. Pues bien, dicen que García Moreno, sobrepasando la medida de la broma, **se orinó en dicho bonete**» (sic). («Vida de García Moreno», I, pág. 172—173). Si en absurda hipótesis hubieran cometido semejante grotesca y cochina «travesura» juvenil un Rocafuerte, un Urbina, un Montalvo, un Alfaro, ¿cómo la juzgarían los jesuitas y demás devotos de García Moreno? ¿Y andaría acaso muy equivocado quien quiera ver a la Iglesia Católica simbolizada en ese bonete, como objeto de cruel y constante burla, al parecer, sin mucho desagrado de los jesuitas, también cuando, como Presidente de la República, perseguía **teatralmente** a curas y frailes disolutos?.... Genio y figura....

Si algún tropiezo tuvo con los jesuitas fue porque éstos se resistían a asumir la dirección de todos los colegios que García Moreno quería entregarles, como puede verse en la carta que escribió al jesuita Luis Segura el 12 de Abril de 1862. (CARTAS, III, 2a. ed., pág. 62). Más se demoró el jesuita Manuel Proaño en sugerirle la idea de la consagración de la República al Sagrado Corazón, que el presidente en llevarla a cabo. Con ceremonias como esas quedaban cubiertos de religiosidad los crímenes. Y desde que el propio jesuita Proaño pronunció su Oración fúnebre —fervorosísimo panegírico del tirano—, la propaganda jesuítica no se ha dado tregua en promover la devoción hacia su «santo» en el mundo católico, envolviendo en ella a toda la jerarquía eclesiástica desde el Papa hasta la última beata.

Imbuido de esa propaganda sobre el supuesto «martirio» de su fiel (?) devoto, y olvidando la carta que había escrito a Monseñor Checa, Pío IX contribuyó para la erección de un busto con una inscripción latina que, traducida, dice: «Gabriel García Moreno — Presidente de la República del Ecuador — Asesinado a traición (sic) — por manos impías (sic) — el 6 de Agosto de 1875 — En su muerte gloriosa (sic) — le honraron todos los buenos (sic) — con su admiración y encomio — con su desolación y llanto (sic) — Pío IX Pontífice Máximo — a su propia costa y cooperando muchísimos católicos — al Héroe benemérito — de la Iglesia y de la Patria» (sic).

¿Será demasiada suspicacia creer que tan laudatoria inscripción pudo ser redactada por los propios jesuitas que socarronamente merodean por todas las oficinas del Vaticano? ¿Quiénes sino ellos procuran elevar a los altares como santo a García Moreno? Si éste es el

verdadero «monstruo que al patíbulo infamara», y a ese monstruo los jesuitas veneran ya como uno de sus santos, ¿qué son los jesuitas? ¿No tuvo Montalvo sobradisima razón para anatematizar al uno y a los otros?

García Moreno dijo —sincera o hipócritamente, júzguelo el lector—: «Es necesario levantar un muro de división entre los adoradores del verdadero Dios y los de Satanás». Puesto que a un lado de ese muro están Montalvo y el sacerdote santo idealizado en el Cura de Santa Engracia y personificado en el arzobispo-mártir Ignacio Checa y Barba y en el «Padre Yerovi»; y al otro, García Moreno y sus jesuitas, ¿quiénes son los adoradores del verdadero Dios, y quiénes los de Satanás?....

CUARTA PARTE

IDOLOS DE BARRO

---

(1) En el capítulo titulado «Erostratismo y hachematismo» del Apéndice, págs. 10—11, se hallará la explicación de por qué, de aquí en adelante, escribiremos siempre con minúsculas los nombres y apellidos de gonzalo humberto mata ordóñez.

«COSAS del Doctor»: sus latines
«COSAS del Doctor»: ¿ingenuidad?
El yoísmo: ¿epidemia espiritual o literaria?
La fecha más gloriosa de nuestra cultura: el 25 de Agosto de 1966
El signo de la «nueva y auténtica cultura ecuatoriana»: el vacío espiritual
«La noche de las ratas»
Religión y religiones
«velascos, ponces y chatarra»
Dos «poemas» de la nueva cultura parricida
¿Qué porvenir espera a la cultura ecuatoriana?
Confesión e imploración

Agradecimiento a gonzalo h. mata.— A todo lo largo de las páginas de la parte anterior —«Realidades que Mata no comprende»— el lector habrá disfrutado de cierto descanso espiritual olvidándose de mata y de todas sus mataduras. El, sin embargo, debe haberse sentido defraudado porque, según advertencia de personas que le conocen muy de cerca, se baña en agua de rosas siempre que se le toma en cuenta aunque sea para desollarlo vivo como a San Bartolomé....

De todas maneras debemos agradecerle la oportunidad que nos ha brindado para barrer las basuras que ha intentado arrojar al monumento de Montalvo; y para cumplir con el deber de revelar el fruto de largos años de investigación acerca del jesuitismo, que es la negación absoluta de los ideales montalvinos, sembrando inquietudes para que muchos otros prosigan las investigaciones hasta que se haga la luz y brille la verdad en bien de los pueblos donde ha clavado sus garras la Compañía de Ignacio de Loyola.

Se dirá, tal vez, que nos hemos extendido en una larga e impertinente digresión. Mas, ¿quién ha dicho que, en una polémica, la réplica debe limitarse exclusivamente a los puntos bien o mal glosados por la parte contraria? Basta que tenga alguna relación con el fondo de la polémica para que una materia quede justificada. En otras palabras, somos nosotros los que ahora sentamos como tesis, que Montalvo estuvo muy en la verdad y en lo justo sea cuando afirmó que con su pluma mató al tirano y derrocó a un tiranuelo, sea cuando desenmascaró la malicia del jesuitismo. Más aún: profundizando los hechos, bien puede decirse que su vida de lucha se dirigió, íntegra, contra el jesuitismo, primeramente personificado en el prototipo del jesuita de casaca, García Moreno, y luego infiltrado en los gobiernos de Borrero y de Veintemilla.

Ahora bien, puesto que, según mata, Montalvo jamás dio un solo paso acertado, a él le toca defender al jesuitismo y, para ello, bien puede acudir a las luces e, inclusive, a los conocimientos gramaticales del jesuita Miguel Sánchez Astudillo, que fue quien lo empujó para que «se metiera» con Montalvo —no, por cierto, como Ignacio de Loyola «se metió» con Cristo en su «visión intelectual» de la Storta....

Y, después de todo, tras del ejemplo de mata que escribió un libro íntegro con tantas «digresiones» cuantos son sus capítulos, ¿por qué no ha de ser lícito que una sola de las partes de un libro sea una digresión algo útil? Junten pues sus talentos y sus fuerzas mata y Astudillo para desbaratar, si pueden, el antijesuitismo de Montalvo.

El «Ensayo» de Benjamín Carrión.— Desde el día en que entraron en prensa las primeras páginas de este libro, han tenido lugar algunos hechos dignos de mención. El primero fue la publicación de un ensayo crítico del señor doctor Benjamín Carrión titulado «G. h. Mata, el comprendedor apasionado», que es un comentario al libelo «Zaldumbide y Montalvo».

Empieza por decir de su «amigo Matita», que es «sencillamente, un caso, así, sin adjetivos». En lo que a los ataques contra Montalvo se refiere, objeta: «Respeto, querido G. h. Mata, sus opiniones sobre Montalvo. Pero he de decirle, francamente, que no las comparto....» Le confiesa: «Yo, amigo Mata, quisiera verlo a usted más lejos (sic) de la saña, del rencor frente a Montalvo»; y pone reparos a algunos de los más repulsivos insultos, como aquel de «demonio borracho de cretinismo sádico», «fregatriz de letras arcaizantes», «montalvíparos miasmas ... del Montalvo cuyo bifidismo grafopático....» «Y por este camino, querido Mata, no lo podemos seguir. Y no hace falta —pues gastaría páginas y páginas— tratar de justificar mi aserto... Montalvo es la figura mayor de nuestra historia literaria ... Pensemos también que *si eliminamos a Montalvo de nuestra historia cultural —cosa que, afortunadamente, no puede ser hecha por nadie*— ¿nos quedaremos contentos únicamente con los poetas, con los acarreadores de palabras, con los editorialistas de la **prensa grande** y con los Sánchez Astudillo? ¿Con los Miembros de Número de la Academia Real? ...»

Hecha esta salvedad, le faltan palabras para alabar a su «amigo Matita», según él, «ecuatoriano auténtico», «polemista» de «corazón grandote» (sic), de «crudeza expresiva difícilmente superada por nadie», «uno de los escritores ecuatorianos de mayor cultura» (sic), «que pertenece a esta categoría nobilísima de COMPRENDEDOR APASIONADO», de «originalidad valiente en el uso del idioma ...» «Nos quedan —añade— muchos novelistas, ensayistas, relatistas, tantos y tan buenos como los de cualquier país de América Latina. .. Nos queda usted, G. h. Mata ...» Y concluye: «Usted, Mata, me parece el hom-

bre ideal para emprender en una tarea que les corresponde —por lo menos iniciar— a los hombres de nuestra generación: escribir la Historia del Ecuador . . . .»

Es verdad que aún no se ha escrito la verdadera Historia del Ecuador en varias de sus etapas; pero decir que su «amigo Matita» —a pesar de su incapacidad para comprender a Montalvo y la obra de liberación espiritual por él realizada en gran parte de nuestra vida republicana, y a pesar de su incapacidad para escribir en un idioma cuya gramática ignora— sea el «hombre ideal» para escribirla, es una evidente necedad.

Las «Semanas Montalvinas».— En desagravio a las ofensas lanzadas por mata, el Muy Ilustre Concejo Municipal y la Casa de Montalvo, de Ambato, organizaron una serie de ocho conferencias en dos «Semanas Montalvinas». Especial mención merecen la de un ilustrado sacerdote español que se ha declarado fervoroso admirador de Don Juan, el padre Juan Ignacio Vara, y la del notable intelectual y poeta cuencano, el señor doctor César Andrade y Cordero. Mas no era posible, delante de los restos mortales del Gran Ambateño, responder a mata como éste se merece; y los oradores tuvieron que limitarse a cubrir con nuevos laureles la tumba augusta.

Respuesta de mata.— No se hizo esperar un nuevo libelo titulado «DEFENSA DE MI ZALDUMBIDE Y MONTALVO — memorial montalvario» (sic). En la página 118 se burlaba de aquellas conferencias con la siguiente nota: «Ultimo día de la PRIMERA SEMANA MONTALVINA consumada en Montalvolandia» (sic).

En lo fundamental responde a su amigo Benjamín Carrión así: «Hace Ud. bien en no seguirme Benjamín (sic), pero tenga por seguro **de que** (sic) yo no cometeré tampoco la indecencia in extremis de su cuento sobre el Dante, cuento que ya lo había leído en Unamuno, quien relata que cierto conocido literato español (sic) reunió a sus hijos en torno a su lecho de muerte para revelarles el secreto ese . . . . **Me carga el Dante** . . . Aunque empleado un verbo más enérgico y más expresivo que cargar, y verbo que aquí no puede estamparse.... Ninguna vez se me ha ocurrido proferir esto de Montalvo, ***bastándome con todas las apestosidades que escribo.*** Pero si, en todo tiempo, en todo lugar y a la faz de cualquiera, **aunque no me siga nadie,** con toda lealtad y —si quiere— **con desafiante** fidelidad a mis ideas, proclamo: ME AFIRMO Y CONFIRMO TODAS MIS PALABRAS QUE UD. CONDENA. ME RATIFICO EN TODO LO DE MI LIBRO. EN CADA UNA DE SUS PAGINAS, EN CADA UNO DE SUS PARRAFOS, EN CADA UNO DE SUS VOCABLOS Y EN CADA UNO DE SUS SIGNOS DE PUNTUACION . . . .» y en cada una de sus «apestosidades», debió añadir.

Tal fue la «desafiante» respuesta de mata a su amigo Benjamín, como consecuencia lógica (si algo de lógica puede esperarse de mata

alguna vez) de los abrumadores elogios recibidos. Se plantó pues en sus trece, diciéndose él mismo, como quien es, todo un «bruto coceador con sus letras» (sic), y comentando: «palabra que creería que Ud. ha intentado asestarme un codazo trapero»; mas no sin antes agradecerle porque «ha sido tan inusitado —decíale— este ensayo que Ud. me dedica, que no sé cómo empezar estas líneas. No me esperaba que Ud. se prodigara en semejantes elogios....» (Págs. 5, 65, 89—90).

Gracias a esos inesperados elogios, los humos se le subieron aún más a «matita», que luego despotricó con mayor furia contra Montalvo destapando la cloaca de todo lo que tiene «podrido dentro de sí» (pág. 52) contra Ambato y contra los ambateños por haber éstos desagraviado a Don Juan. «Tonterías municipales», «renacuajos escritores —jambatos—», «engendro minguero» (sic), «sin decir vela verde, ni zamba Canuta u otras terminaciones en **uta** (sic) a preñadilla alguna» (sic).... son algunas de las «apestosidades» con que creyó ofender a Ambato y a los ambateños, como si los disparates de un «idiota vocacional» (como él mismo se define) pudieran ofender a alguien. (Págs. 9, 107, 113).

Al propio tiempo que se despepitaba por hacerse presente en charlas públicas y artículos periodísticos o reproduciendo cartas laudatorias que —asegura— le llegan del exterior, andaba —según su costumbre— vendiendo sus «apestosidades» de puerta en puerta a conocidos y amigos, en oficinas y ministerios. Mas no a todos logra inspirar lástima suficiente para que le adquieran su mercancía.... —¿No vende, mejor, medias nylon?— es la pregunta que más de una vez ha amargado esas andanzas mendicantes.

El opúsculo «IMPOSTOR ENVENENADO».— Forzoso era contrarrestar esa campaña cuyo objeto es dar peso y prestigio al libelista antipatriota, y demostrar que los ambateños no han olvidado sus mejores tradiciones de pundonor y hombría. Verdad es que no faltaron dirigentes y escritores ambateños que opinaban porque se respetase la libertad de expresión, como si ésta pudiese confundirse con la libertad para el insulto, y como si debiéramos renunciar a esa misma libertad de expresión permitiendo que el libelista insensato prosiga impune en su labor destructora. Otros opinaban porque se menospreciara esa labor argumentando que sería darle importancia con una respuesta, y que dentro de veinte años nadie conocería el nombre de mata mientras la figura de Montalvo quedará perennemente incólume. Digno de nota es el caso del señor doctor Luis Monsalve Pozo, quien, cuando en su calidad de Ministro de Educación, visitaba el Colegio Bolívar, de Ambato, fue consultado acerca de la conducta que debía observarse frente a los libelos de mata: Que no se le tomara en cuenta —había sido su consejo—, porque se trata de un sujeto carente de todo prestigio en Cuenca. Aunque algunos recibieron como acertado ese consejo, confesamos que nuestras dudas acerca de su sin-

ceridad quedaron justificadas cuando, pocas semanas después, entre «Algunos juicios sobre SUMAG ALLPA» leíamos el siguiente: «G. Humberto MATA ORDOÑEZ, poeta, novelista y crítico, ha realizado ya una señalada labor en las letras nacionales y americanas. Entero, desde su juventud, supo darse en plenitud a todas aquellas causas que para él son de justicia, de verdad y de belleza: en la poesía, en la novelística y en la crítica, asume siempre el papel indeclinable e insobornable de HOMBRE.— LUIS MONSALVE POZO».... El doctor Monsalve Pozo correspondió con este elogio al que mata le había hecho en los siguientes términos: «Deber mío es declarar que entre todos los escritores morlacos actuales, los únicos de mi absoluto crédito intelectual son **Monsalve** y **Cevallos**.... Monsalve es Poeta en todo cuanto escribe, ameritando esto sus apuntes y ensayos de Maestro....» Léense estos elogios en el artículo «El Viejo Chiguagua y Juan Montalvo», en el cual mata dice entre otras necedades: «Muchas personas de nuestro país adoran al **totem Montalvo**...., que, nutriéndose con vocabulario de guardarropía, ejecutaba gárgaras con el lenguaje...., *oropelesco vagabundo seglar contorsionista del dicterio histérico*.... Mientras que junto a la insalubre pirotecnia, a las bombas gaseosas del estilo de Montalvo (sic), nuestro respeto propio no puede ultrajarse permaneciendo mucho rato sin sentir **repulsión o náusea:** pues, de inmediato se advierte la mira interesada para su propia ganancia y finchado regodeo.... Con Moncayo se trazan las bases de la fidelidad liberal ecuatoriana. Montalvo se encargará de ser el *lenguaraz voceador altisonante* (sic). Peralta la ponderada mente en marccha; leal y límpida. Alfaro el ejecutor holocaustado (sic), que en la fulgencia de su hoguera no pudo acrisolar *la bastardía de la Patria mostrenca* (sic), por *la bronca incivilidad de hijos inconscientes...* (sic)». (Véase: Revista AMERICA, No. 108, Enero—Marzo, 1965, pág. 146—150). Hemos transcrito estos insultos porque en ellos mata se autoretrata inconscientemente, y para que se vea cómo este peregrino sujeto que ofende a la Patria y a todos sus hijos con términos tan insolentes, alguna vez fingió escandalizarse porque Montalvo lamentaba la suerte de la «nacioncilla de Veintemilla».

Y volviendo al señor Ministro doctor Monsalve Pozo, mientras en Ambato aconsejaba que no se hiciera caso de los libelos antimontalvinos de mata, en Quito le concedía la Imprenta del Ministerio de Educación Pública para la edición del más reciente de sus libracos...

Aunque respetuosos, como el que más, de la libertad de expresión, derecho sagrado de la especie humana, creemos un deber premioso hacer uso de ese derecho para frenar los abusos de un insultador ruin y procaz, dándole un rotundo mentís y —¿por qué no?— un sonoro mandoble moral. El silencio, a nuestro modesto entender, sería nocivo para las nuevas generaciones, que, sin haber leído a Montalvo, solamente oyeran su nombre en difamaciones que, sin una opor-

tuna réplica, quedarían campantes, y podrían disuadirles de leerlo. Por otra parte, la acogida que el inverecundo detractor busca afanosamente en instituciones culturales, órganos de la prensa, dirigentes de la educación pública, llegando a difamar a Montalvo y al país aun ante intelectuales del exterior, quienes por amistad, cortesía o por temor de ser insultados, le prodigan a veces ditirambos, prueba la necesidad de una contundente refutación.

No se trata de defender a Montalvo ya que no necesita ser defendido; y, por lo mismo, poco importa que el señor doctor Benjamín Carrión, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, se haya pronunciado a favor o en contra de Montalvo: lo que verdaderamente importa es **la causa de la Ecuatorianidad y de la Cultura,** gravemente ofendida por la actitud de mata y de sus seguidores y padrinos.

Esta visión panorámica fue la que inspiró la presente obra y urgió la publicación del opúsculo «IMPOSTOR ENVENENADO» — Refutación al ensayo EL COMPRENDEDOR APASIONADO de Benjamín Carrión», que entró en circulación el Día del Maestro, 13 de Abril de 1967.

En una controversia inevitable, el defensor de la buena causa ha de recurrir a todas las armas legítimas si quiere sacarla vencedora, como es su deber; y esas armas varían según la calidad de las del contendor. Una fue la modalidad con que se defendió la verdad histórica contra la biografía escrita por el señor Oscar Efrén Reyes, en «San Juan Montalvo»; otra la que se empleó contra los ataques del dirigente derechista doctor Jorge Salvador Lara a ese libro. Otra muy diferente la que, obligadamente, debe emplearse contra los inverecundos insultos de mata; y otras las que se emplean contra el jesuitismo, contra campañas destructoras de nuestra incipiente cultura, contra falsas y nocivas escuelas literarias.... Y no puede ser de otra manera cuando el polemista tiene por norma **replicar al adversario con sus propias armas.**

Puesto que no faltará quien halle poco plausibles las armas utilizadas contra mata, transcribiremos a continuación algunos párrafos que fueron leídos ante los Miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Tungurahua, y el Profesorado de la Provincia, en Ambato, el 12 de Abril de 1967, como introducción a la lectura de una síntesis del folleto «IMPOSTOR ENVENENADO».

«Es verdad —decíamos— que una de las más sublimes enseñanzas de moral jamás escuchadas sobre la tierra, es aquella que, hace casi dos mil años, se oyó por los caminos de Galilea cuando Jesús los recorría diciendo: Habéis oído que se dijo: ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al mal, y si alguien te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra, y al que quiere litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto....»

«Inobjetablemente estas doctrinas divinas deben aplicarse en conflictos personales sobre cosas materiales como un simple golpe en la mejilla, o una prenda de vestir. Mas cuando se juegan el honor nacional y, con mayor razón, el bien espiritual de la sociedad, esa norma divina del Cristianismo no puede aplicarse sin ceder fácil victoria al mal y a los vicios sobre el bien y las virtudes; al capricho de un perverso sobre un patrimonio espiritual».

«El mismo manso Jesús que predicó como la más sublime de sus enseñanzas el amor al enemigo, santificó el látigo cuando con él arrojó a los mercaderes del templo, y divinizó el insulto cuando clamó con voz y rostro airados: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos.... Insensatos y ciegos! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que os parecéis a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia ... por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.... Serpientes, raza de víboras ... (Mateo, cap. 23)».

«Podríamos, pues, decir, que hay dos clases de insultos: el calumniosamente ofensivo, como expresión de bajos instintos personales, que es el insulto propiamente dicho; y el insulto justicieramente sancionador que sale por los fueros de la virtud y del bien social, y que, propiamente hablando, no merece llamarse insulto».

«Un ejemplo ilustrará este punto. El ignorante que llama ignorante al sabio, y el criminal que llama criminal al hombre de bien y de utilidad para los demás, profieren insultos que no tienen otra excusa que la ignorancia misma ni otra explicación que la perversidad misma. Pero, ¿podrá decirse que insulta el sabio que al ignorante le demuestra su ignorancia para redimirle? ¿Podrá decirse que insulta el apóstol cuando apostrofa a los perversos enrostrándoles sus iniquidades? ¿Podrá decirse que insulta el patriota que descubre y maldice los delitos de un traidor?».

«Al género de auténticos insultos pertenecen, sin duda alguna, los que mata ordóñez lanza contra Montalvo y contra las más altas glorias ecuatorianas. Los de Montalvo contra García Moreno, Veintemilla y tantos otros enemigos ruines de su hombría de bien y de la Patria, son imprecaciones justicieras y sancionadoras como las de Cristo».

«Mata insulta también a todos los ambateños que, no como ambateños sino como simples seres racionales, admiramos a Montalvo; y lo hace con vocablos tan soeces e injurias tan graves, que no nos es lícito repetirlos aquí sin ofender vuestros oídos. Le contestamos empleando los improperios que el propio mata se aplica a sí mismo demostrando que es un sujeto anormal. Si esos improperios y alguna de nuestras palabras de verdad pudieran tener la apariencia de un insulto, no seremos nosotros, sino el lector imparcial, quien juzgue y fa-

lle acerca de cuales son los insultos calumniosamente ofensivos y bajos; y cuales los que, noblemente, defienden una causa justa y santa».

No hay para qué añadir que quien se enfrenta a un «insultador» como mata, sabe que se expone a ser víctima de su vocabulario desenfrenado. Mas si tiene a su favor la santidad de la causa moral y patriótica que defiende, y una vida limpia, no tiene por qué titubear.

En este punto nos permitimos sugerir al lector que, antes de proseguir la lectura de este capítulo, lea el «IMPOSTOR ENVENENADO» que, como apéndice, forma parte de este libro.

....

mata intenta defenderse.— Fechada el 27 de Abril, mata remitió una nota a EL TIEMPO, de Cuenca, y LA MAÑANA, de Quito. En ella avisa que Instituciones ambateñas le han enviado el folleto IMPOSTOR ENVENENADO en un sobre con «eficientes minúsculas —dice— tanto en mis iniciales así como en mi apellido». (¿No tiene inicial el apellido? Debió decir: «en las iniciales tanto de mis nombres como de mi apellido», o «tanto en las abreviaturas de mis nombres como en la inicial de mi apellido»). Pero lo arrojó, **sin leerlo,** en su archivo, el mismo que servirá «a que algún día se publique una nueva Historia de la Estupidez Humana», de la suya, de él, por cierto: no por nada se autocalifica de «idiota vocacional». «Personas que han leído el folleto —añade— me indican que por ahí me señalan de **antipatriota,** de **peruanófilo** y hasta se me acusa de que he adulterado una nota del señor Montalvo, falseando su texto....»

Así pues, a pesar de tener en su poder el folleto, y **sin leerlo,** según él mismo asevera demostrando una despampanante irresponsabilidad, intenta refutar ciertas acusaciones, profiere algún ridículo insulto, y lo guarda para que algún día se publique **su** historia....

Lo que más de inmediato le preocupó fue insistir en que Montalvo fuese un MENTIROSO porque mencionó a San Lorenzo en «El Antropófago», en lugar de mencionar a San Bartolomé, que fue precisamente lo que hizo después en Las Catilinarias, enmendando un error insignificante. Confiesa mata en su defensa: «Antes que de la pág. 207 de las **Catilinarias** me serví de PAGINAS DESCONOCIDAS... pág. 157.... En cuanto a mi **antipatriotismo,** señor Director, jamás, nunca se me ha ocurrido calificar a mi Patria Ecuatoriana de **nuestra nacioncilla** y denostarla como **este rinconcillo del mundo**.... Tampoco yo PERUANOFILO (sic), señor Director, jamás nunca he escrito a ningún Ministro de Relaciones Exteriores peruano, en estos términos del todo patrióticos: "Si el Perú, digo, quisiese proteger mi pluma, no tendría de qué arrepentirse" ... Sin duda a Ud. extrañará la serenidad de esta carta. Aquí no he querido rebajar mi inteligencia....» (¿Tal vez es ésta la primera ocasión que mata no ha rebajado su inteligencia? Agradézcalo a este adversario).

La respuesta de este adversario era un deber por el respeto que

se merecen la opinión pública y la memoria de Montalvo; y fue publicada el 22 de Junio en LA MAÑANA, de Quito, y el 20 de Julio en EL TIEMPO, de Cuenca. Decía: «.....después de haber descubierto que el propio Don Juan corrigió ese pequeño error (que «jamás, nunca» puede confundirse con una «mentira»), tildar de MENTIROSO a quien hizo la debida corrección, es perfidia de un falso «crítico», él sí mentiroso, en quien corren parejas la necedad y la mala fe. Quien confiesa que conoce ambas versiones —la errónea y la enmendada— y sin embargo se atiene a la primera fingiendo intencionalmente ignorar la corrección.... no deja de ser IMPOSTOR ENVENENADO. ¿Y no es IMPOSTOR DE LA LITERATURA quien se atreve a criticar a lingüistas eruditos.... a pesar de confesar que NO CONOCE LA GRAMATICA NI POR SUS FORROS?

«Rinconcillo del mundo» puede ser hasta una expresión de cariño; y con llamarlo «nacionzuela de Veintemilla» inspiró al gran filósofo, maestro y luchador don Miguel de Unamuno, para que también él llamara a su España la «nacioncilla de Primo de Rivera». ¿Es esto «denostar a la Patria con monstruosas denigraciones»? ¿O, por el contrario, no revela angustia por la desgracia de la Patria reducida a juguete y víctima de un tirano?»

«Se le ha censurado también a Montalvo como «antipatriota» por haber solicitado una vez al Perú protección para su pluma. Dicho esto sin explicación alguna, entraña la insidiosa sospecha de que hubiese puesto incondicionalmente su pluma al servicio del Perú. La verdad histórica es muy otra: mientras el Perú y Chile se hallaban en guerra contra España que intentaba reconquistar sus colonias MANU MILITARI; y mientras el Ecuador (gobernado entonces por García Moreno) con una neutralidad injustificable constituía una vergonzosa excepción de traición al Nuevo Mundo, el Cosmopolita salió por los fueros del honor de nuestra Patria, cuando solicitó la cooperación del gobierno peruano para la publicación de UNA OBRA SOBRE HISPANOAMERICA, en los siguientes términos: «Si el cambio que ustedes han operado en el Perú, si los adelantos que operan cada día llegasen a la nobleza moral que no ve extranjeros en sujetos de los vecinos pueblos, sino UNA VASTA FAMILIA ESPARCIDA EN UNA VASTA PORCION DE LA TIERRA: si el Perú, digo, quisiese proteger mi pluma, no tendría de qué arrepentirse». Sólo la perfidia de un mal crítico puede ver en esto una traición a la Patria. ¿No habría sido, muy por el contrario, un título de honor el que una obra de un joven autor ecuatoriano, magistralmente escrita sobre altos ideales americanistas, hubiese sido patrocinada por el gobierno del Perú?»

«....Buscar ante un pueblo enemigo el desprestigio de una gloria nacional reconocida hasta por ese pueblo, sólo puede ser obra nefanda de un enemigo de la Patria misma. Y ese acto de traición a la Patria fue cometido por mata, que viajó a Lima para dictar **conferen-**

cias contra MONTALVO RAMPLON LITERARIO y MONTALVO SEUDOCERVANTISTA.... Montalvo jamás habría ido al Perú para empañar una gloria ecuatoriana; ni se ha dado el caso de que algún peruano haya venido al Ecuador para injuriar e insultar a un prohombre del Perú. Sólo a nosotros nos ha llegado una desgracia de esta laya. ¿Y cómo justifica el CONFERENCISTA DE LIMA la SANCION que, por su sola cuenta, se ha atrevido a dar al DICTADO DE RIO DE JANEIRO?... »

Como mata insinuara que Montalvo fuese, en verdad, un MONSTRUO, se le recordó que en uno de sus Siete Tratados escribió: «Lo que sí me propusiera con ardor sería **establecer el cristianismo puro y limpio ... ; y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado,** AUN CUANDO EL MARTIRIO FUERA MI UNICA ESPERANZA....»

«Se avergonzó de haber dado muerte en cacería a una avecilla....; juró no tomar de nuevo una arma entre sus manos, y cumplió ese juramento. ¡He ahí el «monstruo»! ¡He ahí el «antropófago»!

«....Ningún móvil personal me ha arrastrado a una polémica en que se corre el riesgo de ser vilmente insultado por un seudocrítico cuyo vocabulario grotesco y ruin es ampliamente conocido y repudiado....; razón por la cual no me es dado tomar siquiera en cuenta sus ridículos desahogos. Reafirmo ahora lo dicho en mi opúsculo IMPOSTOR ENVENENADO, Refutación al ensayo EL COMPRENDEDOR APASIONADO, de Benjamín Carrión, es a saber, que los ambateños nos complacemos conque los del conocido libelista hayan sido insultos, toda vez que sus elogios serían para nosotros las peores ofensas».

Actividades recientes de mata.— ¿Podrá decirse que aquella carta a EL TIEMPO, de Cuenca, y a LA MAÑANA, y su sepulcral silencio posterior sean respuesta adecuada al folleto IMPOSTOR ENVENENADO?.... ¿Habrá preferido dar una respuesta indirecta con una serie de actividades, por así decirlo, literarias, por cuyo medio piensa dar notoriedad a su nombre y autoridad a sus dislates contra Montalvo y los ambateños, pero omitiendo —transitoriamente, por cierto— sus diatribas e insultos directos? ¡Lástima grande sería que concluyera así la «gran polémica» iniciada por mata y deseada por el doctor Gabriel Cevallos García!

Es sabido en Cuenca que, a menudo, mata paga programas radiales de autoelogio, en que se leen cartas laudatorias redactadas, según se dice, por él mismo. Ha bombardeado a los diarios con noticias personales, en un evidente afán porque las seis letras tan apreciadas en el Perú —g. h. mata— aparezcan en letras de molde, si posible fuese, todos los días en la prensa ecuatoriana.

En su inconfundible jerga, publicó un artículo sobre «Manuel J. Calle, desconocido y explotado», porque —dice— «yo siempre me atrevo

a todo cuando me asiste una razón y **es mi propia gana»**.... El COMERCIO, de Quito, anunciaba el 28 de Junio: «G. HUMBERTO MATA DARA CONFERENCIA EN CASA DE LA CULTURA—Hoy, a las cinco de la tarde en el Hemiciclo de la Casa de la Cultura, Aula Benjamín Carrión, dará una conferencia el escritor ecuatoriano G. Humberto Mata, con el siguiente tema: MI CARTA A LA MADRE DE DAVILA ANDRADE. La disertación está auspiciada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana». Sobra decir que el punto céntrico de la conferencia fue la personalidad del autor de la carta: había que aprovecharse de la muerte del gran poeta como medio de autobombo.

mata dice que no es peruanófilo; pero es aficionadísimo a actividades peruanófilas. El 30 de Abril de 1967 publicó en EL COMERCIO, de Quito, un extenso ensayo, en su consabida jerga, sobre EL PERU EN LA POESIA DE ALBERTO HIDALGO, LUCIFER ANGELICO (sic). Pondera su admiración en los siguientes términos que más parecen una tomadura de pelo: «Por algo es PERUANO DE COGOLLO, *con padre camote* (sic), *madre guayaba* (sic), *hermano de leche de las paltas, las yucas y tomates* (sic); *vicuñas en sus manos, ojos dando palomas* (sic)... *Arequipeñísimo, de la picantería academia de donaires donde donjuanea el Ají en muslos de las cholas socarradas* (sic, sic). *Hidalgo arequipeño la sensibilidad de su suelo natal, para, en crisol de peruanidad, trasvasar toda su tierra en milagros líricos .... Es lástima, Alberto, amigo mío, que hasta Ud., también tenga que morir. Ud. que toleraba mis verdades refutándole: Ud. que comprendió la dimensión de mi FRATERNIDAD de MACHU PICHU y me situó en la vera capitalidad de su PATRIA* (sic).— Cuenca, Ecuador, Marzo de 1967». ¿No es digno de lástima el poeta, por muy hermano que sea, que recibe tales elogios? ¿No sería preferible que le insulte?

El año de 1966 mata fue a Lima a despotricar contra Montalvo. Este año de 1967 ha regresado a la capital del Perú para elogiar al poeta peruano, cuyo valor no discutimos, ALBERTO HIDALGO. Ha sido presentado en la noche del 28 de Agosto en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas A. N. E. A., por Magda Portal, quien dijo: «Desde hace años G. humberto Mata nos regala con sus visitas. Así se ha vinculado con casi todos los hombres y mujeres de letras peruanos.... Con su homenaje a Hidalgo, Mata rinde también homenaje al Perú. Y nosotros le recibimos profundamente emocionados...» (EL UNIVERSO, 17 de Septiembre de 1967).

De Lima pasó a Bolivia, para dar «conferencias» en las Universidades de Cochabamba y de La Paz, no se sabe si en vituperio del escritor ecuatoriano y Cervantes de América DON JUAN MONTALVO como «seudocervantista» y «ramplón literario»; o en fervoroso endiosamiento del POETA PERUANO «Alberto Hidalgo, Lucifer Angélico».... Se ignora asimismo si, para tales «conferencias», llevó la representación o alguna carta de recomendación del Rector de la Uni-

versidad de Cuenca, Dr. Cevallos García y del Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, doctor Benjamín Carrión.

El «quid» de la cuestión.— Hemos dicho que el Cosmopolita no necesita ser defendido. Añadamos ahora que nuestra admiración hacia él no se debe a que sus nombres son Juan Montalvo: nuestra admiración enfoca lo que él significa como CERVANTES AMERICANO por la belleza, sonoridad y poder de su palabra vertida en el más puro español, conforme lo han reconocido eximios gramáticos y lengüistas de ambos mundos. Gran merecimiento es éste, sin duda, pero aún es poco frente a su obra de CAMPEON Y APOSTOL DE LA LIBERTAD, vale decir, del más sagrado de los derechos del hombre, sin cuyo ejercicio las facultades del pensamiento, el raciocinio y la palabra son fuerzas perdidas en las tinieblas del error y la ignorancia, sin esperanza de superación ni de progreso. Montalvo encarna, pues, los ideales de Libertad y de Progreso expuestos en el idioma más puro y elegante; y, en verdad, cuando una idea de sublime belleza se apodera de un espíritu elevado, las palabras que la expresan no pueden dejar de participar de esa belleza: fluyen espontáneas, convencen y conmueven a quien las escucha con corazón abierto.

Pero Montalvo no significa sólo eso para los ecuatorianos: como Cervantes de América y como Campeón y Apóstol de la más noble y generosa de las Causas, nacido en suelo ecuatoriano, se ha vuelto *la más brillante personificación de nuestra nacionalidad.* En consecuencia, admirar a Montalvo, y divulgar su pensamiento y las obras en que lo dejó estampado, es un deber tanto de patriotismo como de cultura. A la inversa, menospreciar esa obra y, peor aún, menospreciarla e insultarla, es propio de espíritus miopes o degenerados que han perdido toda noción de Patria.

Jorge Carrera Andrade y Montalvo.— Entre los más ardorosos admiradores de Don Juan, se cuenta Don Jorge Carrera Andrade, intelectual profundo e inspirado poeta que vierte poesía y musicalidad aun en su exquisita y erudita prosa. Es en la actualidad uno de los más altos, si no el más alto, exponente de las letras ecuatorianas, en el concierto de la cultura universal.

En sus viajes de diplomático ha podido comprobar de cerca la veneración que rinden a Montalvo las más grandes naciones de Europa y todos los pueblos de América, porque ven en su pluma el vehículo de fuego que de Europa trajo al Nuevo Mundo, con nuevos y propios destellos, las luces de la Revolución Francesa en los Derechos del Hombre.

Es verdad que Eugenio Espejo fue el Precursor indiscutible de la Libertad, no únicamente del Ecuador, sino de toda la América de habla española, sin que todavía los ecuatorianos hayamos sido capaces de elevarle al sitial que legítimamente le corresponde en la Historia de nuestro Continente. Es asimismo verdad que «El Quiteño

Libre» con sus inspiradores Hall y Pedro Moncayo, intentó dar un soplo de verdadera libertad a nuestra incipiente vida republicana. No es menos evidente el significado emancipador de la Revolución del 6 de Marzo de 1845; y dignos son de gratitud los Gobiernos marcistas, especialmente los de Urbina y Robles. Durante la breve administración del Presidente Robles hubo pujante efervescencia de cultura y proliferación de escuelas y colegios, desconocidas desafortunadamente por historiadores que no han leído «El Seis de Marzo», periódico de aquellos días, que las testifican.

Pero advino en 1860 el obscurantismo garciano que, con la implantación de la instrucción exclusiva y obligatoriamente confesional, no se propuso sino perpetuar una tiranía sacrílega, porque se amparaba en el nombre de Dios y en el poder espiritual de la Iglesia para arrasar todo vestigio de las ideas de libertad y de dignidad humanas enseñadas por Espejo y por «El Quiteño Libre», e iniciadas en la práctica por los Gobiernos marcistas.

Apareció entonces en el escenario de nuestra convulsionada vida republicana, Don Juan Montalvo, cuya pluma, al propio tiempo que luchó y triunfó sobre un tirano y un tiranuelo, proclamó con tal calor los Derechos del Hombre, que esa luz inundó todos los rincones del Mundo Hispanoamericano, y el nombre de Montalvo fue pronunciado doquiera con respeto y veneración, como el de un Maestro y Apóstol de pueblos y naciones.

Tal es la visión que Jorge Carrera Andrade nos ha presentado al observar que en el libro «San Juan Montalvo» hay esta laguna; observación que aceptamos gustosos y agradecidos, y esperamos haber satisfecho, siquiera en algo, en la Primera Parte titulada «A quiénes contradice Mata», de la presente obra.

Dado el altísimo concepto que Jorge Carrera Andrade tiene de nuestro Don Juan, no debe extrañarnos que en todas sus obras lo colme de elogios: «paladín de armadura inmaculada por la elevación de su idealismo.... Montalvo aprendió mucho en el estilo de Espejo. Sus maestros fueron también los grandes prosistas españoles: Gracián, Quevedo, Jovellanos. Lo demás lo sacó Montalvo de los volcanes de su tierra y de la hoguera de su corazón. Estilo de fuego para un alma encendida en santa cólera por todas las injusticias y mezquindades humanas» ... («Interpretaciones Hispanoamericanas», Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967, pág. 160). «Osadía sin par en el ámbito de la lengua española: el inmortal pensador acomete la ingente empresa de legar a la posteridad los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,** gran sátira contra las costumbres de nuestros pueblos....» (Ib. pág. 184). De la pretendida obra cultural de García Moreno dice: **"Cultura de prisiones y campanas,** donde no había sitio para Juan Montalvo que **condensaba en su obra toda la grandeza del romanticismo liberal".** (Ib. pág. 229). "Después de

transitar por el parque monumental del Clasicismo poblado de esculturas hieráticas, Juan Montalvo efectuó una verdadera revolución en la prosa castellana dotándola de vida y movimiento, desconocidos hasta entonces y remozando el lenguaje para obtener la más exquisita prosa artística. Esa renovación de estilo es palpable en las páginas de **"El Espectador",** libro de crónicas, en donde hace su aparición, con atuendo español, el poema en prosa, refrescante manantial en cuyas aguas hicieron su ablución purificadora varias generaciones de escritores hispanoamericanos, desde Darío hasta Gómez Carrillo y Rufino Blanco Fombona ...." (Ib. pág. 250–251).

En su opúsculo "Las relaciones culturales entre el Ecuador y Francia" —donde no se halla una sola alusión a su propia labor, dando así una soberbia lección de modestia—, Carrera Andrade dice de Don Juan, "el mayor prosista de la lengua castellana en su siglo": "Montalvo, prodigioso maestro de la prosa castellana, pidió a la claridad y levedad francesas los elementos necesarios para reformar y remozar su estilo, dotándole de alas y matices delicados. ¡Qué inmensurable distancia existe entre la prosa de amplias y marmóreas cláusulas de «El Cosmopolita» y la espejeante y cristalina de «Geometría Moral» y «El Espectador»! Esta última publicación periódica tenía el aspecto moderno del libro de crónicas y significó el origen del poema en prosa, en lengua española, y del ensayo breve y ágil que se extendería más tarde por toda América.... Los críticos franceses compararon a Montalvo con Montaigne, le dieron el título de «espejo de cronistas» y calificaron de sublimes sus páginas sobre «La Mendicidad en París».... «En los libros de Montalvo —algunos de ellos publicados por su autor en Francia— los ecuatorianos conocimos por vez primera el Jardín de Luxemburgo y nos acostumbramos a recorrer mentalmente las calles de París. Montalvo es el primero de ese linaje de escritores latinoamericanos que ofrendaron a la «Capital de la cultura occidental» no sólo su vida sino su muerte. **Morir en París** fue la consigna de varias generaciones que amaban la libertad más que su propia vida.... La presencia de Montalvo y de otros ilustres ecuatorianos, incorporados a la vida parisiense, contribuyó seguramente al elevado prestigio de que disfrutaba el Ecuador en el ambiente francés ...» («Las Relaciones Culturales entre el Ecuador y Francia», Ed. del Ministerio de Educación Pública, Quito, 1967, pág. 24 y 30).

Carrera Andrade encomia la admiración de Rubén Darío por Montalvo, cuando «no vacila en darle los más altos calificativos llamando a Montalvo **genio montaña**.... probando con esta actitud, una vez más, la sentencia de Benjamín Constant: *La incapacidad de admirar es un signo de mediocridad* ... Juan Montalvo, peregrino de países y culturas, ejerció el apostolado del cosmopolitismo en América. Su enseñanza fue escuchada por la generación que le siguió, y no es ra-

ro que Darío, a su vez, se autocalificaría de **audaz cosmopolita**. . . .» («Interpretaciones Hispanoamericanas», pág. 251—252).

Y porque tampoco Rodó fue un mediocre, dedicó a Montalvo uno de sus mejores ensayos, el mismo que, a través del nombre de Rodó, ha creado un lazo de especial simpatía entre el Uruguay y el Ecuador.

Nos complacemos en unir en hermosa trilogía el nombre de Jorge Carrera Andrade, ecuatoriano ilustre, a los del insigne nicaragüense Rubén Darío y del ínclito uruguayo Enrique Rodó, como admiradores del Cosmopolita ecuatoriano. (1)

Parricidio espiritual.— Mientras para pensadores notabilísimos de Europa y América, Montalvo es un histórico personaje digno de la admiración de Europa y de la admiración y la gratitud de América hispana, para el «trabajador de la cultura» y actual Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, señor Fernando Tinajero Villamar, es *un mito, una vaca sagrada, un ídolo de barro.* El fue el joven oferente del acto que tuvo lugar en el Café 77, a quien aludimos en la Justificación de este libro, página 8; el mismo que hizo una laudatoria presentación de mata, «el genio», y que, en breve diálogo después del acto, proclamó su absoluta conformidad con la actitud de mata contra Montalvo. «Hace veinte años que no leo a Montalvo» —añadió. Si esto es verdad y si, como joven intelectual, no pasa de los treinta años, quiere decir que no lo ha leído desde los diez . . . .

No habríamos mencionado el nombre del señor Tinajero de no haber salido —el 26 de Junio de 1967— de las prensas de la Casa de la Cultura su obra titulada «Más allá de los dogmas», y si no hubiese dado en Ambato una conferencia en que expuso sus peregrinas doctrinas sobre el «parricidio» cultural. Por supuesto, en Ambato se abstuvo de pronunciar el nombre de Montalvo, lo que explica que los ambateños no se percataran de la intención del conferencista. Esa obra y esa conferencia han sido las inspiradoras del título y del contenido de esta Cuarta Parte —«Idolos de barro»—, que, como «pólvora en gallinazo», iba a desperdiciarse en estudiar, exclusivamente, las ocurrencias de g. h. mata; y nos han puesto en la necesidad de abordar problemas de profundo interés nacional y cultural.

Dice Tinajero: « . . . los jóvenes intelectuales de la generación actual hemos asumido *una actitud que bien puede llamarse parricida.* El término es realmente exacto. Herederos de una *cultura que reconocemos inauténtica* y conscientes de que nuestros antecesores, a pesar de sus buenas intenciones, son responsables de esta situación en

---

(1) En aras de la brevedad nos hemos limitado a citas de las dos más recientes obras de Jorge Carrera Andrade. El lector puede hallarlas más amplias en «Místicos y Rebeldes».

la medida en que fueron inadecuados los medios que usaron para superarla, los jóvenes intelectuales que hoy iniciamos nuestra acción no podemos menos que volvernos contra nuestro pasado para negar su validez. Volvernos contra nuestro pasado significa *asesinar a nuestros predecesores y asesinarlos sin piedad.* Somos, en cierto modo, sus hijos, puesto que de ellos recibimos esta cultura que nos incomoda; pero nos duele serlo. *Asumiendo en toda su grandeza el peso de nuestra ingratitud, nos volvemos PARRICIDAS* . . . En un país como el nuestro, en el que precisamente por la inconsistencia de la cultura siempre han prosperado *los ídolos de barro, los mitos y los dogmas,* es tremendamente grave pronunciar, como yo pronuncio ahora, *una condenación tan rotunda del pasado y una resolución tan firme de llegar al asesinato espiritual. Sin embargo es preciso hacerlo* . . . . » («Más allá de los dogmas», pág. 154 – 155).

Por miope que sea, ningún observador del pasado y del presente, ningún visionario de corazón generoso pueden estar conformes con nuestra condición de «pueblo subdesarrollado» según la expresión actualmente en boga. Los problemas del analfatismo, de la habitación miserable, de la alimentación deficiente, de la salud, de la cultura, son desalentadores, máxime cuando se miden las distancias cada vez mayores que nos separan y alejan de los pueblos desarrollados. Pero renegar de los Padres de la Patria que por ella sacrificaron sus vidas, y asesinarlos espiritualmente sin misericordia, es propio de hijos degenerados y criminales. Asesinar por igual a Espejo y a sus carceleros; a los Próceres del 10 de Agosto y sus verdugos; a los Patriotas de «El Quiteño Libre» y a su asesino, Flores; a Montalvo, adalid de la Libertad, y a García Moreno, el inmisericorde Tirano; al Viejo Luchador por la más generosa de las causas, y a sus victimarios . . . .: es incurrir en una horrenda confusión que todo corazón bien formado ha de rechazar con incontenible indignación.

¿Diremos que Espejo y Montalvo —por nombrar sólo a los dos «mestizos» que menciona Tinajero— no supieron emplear los medios adecuados para legarnos una cultura auténticamente nuestra? ¿Qué otra cosa podían hacer sino verter sus luces en un medio obscurecido por la ignorancia, engañado por la superstición, oprimido por la tiranía? ¿Quiérese decir que son unos fracasados en nuestra historia y que, como a tales, debemos asesinar? ¡No! No son ellos los fracasados. Dignos son de lástima los pueblos que no logran sacudir sus cadenas ni abrir los ojos para ver a los demagogos, a pesar de las luces que sobre ellos han irradiado sus libertadores y apóstoles. De ahí la necesidad improrrogable de darles educación y cultura; pero esa educación y cultura jamás podrán impartirse empezando con asesinar precisamente a los precursores y soldados de la libertad y de la cultura. Deber es de todo ciudadano que sinceramente desea la salvación del pueblo dar vivencia a sus lecciones y ejemplos.

Afirma Tinajero: «Los forjadores de la cultura no son los grandes hombres, sino los millones de seres anónimos que hacen e hicieron la humanidad».... (Pág. 170). ¿Es ésta una gran verdad o una gran necedad? En nuestra modesta opinión —ya expresada en «San Juan Montalvo»— conductores de la humanidad son los Genios del Bien o del Mal, mientras las inmensas mayorías están formadas por seres mediocres que no parecen dar otra finalidad a sus vidas que la satisfacción momentánea de sus necesidades diarias. Para ser consecuente consigo mismo, Tinajero no debería predicar el parricidio espiritual de nuestros grandes hombres, sino el asesinato en masa de todos los «millones de seres anónimos que hacen e hicieron la humanidad», y, en modo especial, de los que nos han dejado la cultura que tenemos y que, como él insiste en afirmar, no es obra de los grandes hombres. Alabar a la masa amorfa y anónima del pueblo como autora de lo que es la humanidad, y luego decapitar a los mejores hombres de ese pueblo reconcentrando en ellos una responsabilidad que se les niega, para acusarles de la «inautenticidad» de una cultura detestable, es simultaneamente el colmo de la insensatez, de la injusticia, de la ingratitud ¿y tal vez de la demagogia?....

Aceptados como «grandes hombres» unicamente los Genios del Bien, en su más amplio significado, podría sentarse la siguiente tesis, en todo contraria a la de Tinajero: «La cultura de un pueblo no es más alta porque no logra responder a las lecciones e ideales de sus grandes hombres». Pónganse en práctica todas las enseñanzas de Montalvo, quien estuvo listo al martirio en aras del establecimiento de un auténtico cristianismo en el que se den libertad, amor, bienestar y sabiduría a todos los miembros de la familia humana, y se habrán realizado los sueños del Apóstol y del Redentor.

Vamos a probar que Tinajero incurre en otras contradicciones. Reconoce que «ninguna cultura es una isla. Los hombres de todas las latitudes tienen mucho en común y es bueno y necesario que todos acojan con buena disposición la saludable influencia de los demás. Pero una cosa es influencia, y otra, muy otra, la colonización....» (Pág. 150). Luego, por otra parte, sin señalar donde termina la influencia y donde comienza la colonización, rechaza toda saludable influencia de otros pueblos, como si fuese mera manifestación de colonialismo, todo lo que él denomina «inauténtica cultura»: «Saben —dice refiriéndose a los intelectuales «parricidas»— que la sociedad está podrida y que no decirlo significa una traición. Lo dicen entonces con absoluta sinceridad y buscan las causas. Como ellas están en el pasado y consisten en el entreguismo a los valores extranjeros y en la enajenación del propio espíritu, los intelectuales niegan el valor de todos cuantos contribuyeron a ello. Se convierten así en parricidas y ello les satisface. La demolición de la **inauténtica cultura** que nos han legado, su desmitización, son las condiciones para la futura reconstruc-

ción..... Una actitud semejante no puede ser válida *si no es total y es preciso que al asumirla se acepten todas sus consecuencias....»* (Pág. 157).

Lo gracioso del caso es que Tinajero cree haber puesto una pica en Flandes cuando escribe contra los vicios de la Iglesia Católica, contra la idolatría y la superstición, siendo así que Montalvo dio estupendas lecciones sobre la materia hace casi un siglo, cuando era preciso ser muy valiente para presentarse como librepensador frente al fanatismo sanguinario dominante. Leamos a Montalvo en su Mercurial Eclesiástica: «La sangre que han derramado los católicos en los que no se persignan cuando ellos se lo mandan y del modo que a ellos les gusta, no tiene medida. ¡Qué río ancho y profundo fuera ese, si de una vez pudiéramos ver correr por las naciones la sangre que ha derramado el fanatismo! Las persecuciones de Nerón en los cristianos primitivos, las de Diocleciano, no hicieron más víctimas que las de los católicos en los que no han querido persignarse a su modo. Los albigenses, destruidos; los templarios, quemados y borrados del haz de la tierra; los hugonotes, asesinados en una noche por millares; y la Inquisición, oh Dios, aterrando al cielo mismo con sus calderas hirvientes, sus instrumentos de suplicio, sus piras encendidas que no han dejado de arder a lo largo de doscientos años! Razas enteras exterminadas, pueblos enteros echados al mar o al desierto. Actualmente se hallan en París los testigos del inmenso crimen de Luis XIV, los descendientes de los hugonotes echados, hombres, mujeres y niños al Africa del Sur, que mueran de hambre o a garras de los leones... Dios, tolerante y benigno, los salvó de la sed y del león, y hoy son pueblo civilizado y próspero; los clérigos no los salvaban. Dios los ha salvado, y allí están en su nueva patria santiguándose con el número de dedos que les parece justo. ¿Habrá temido Jesús en su vida que el mundo había de ser ahogado en sangre por cuenta suya? Los moros al desierto; los judíos al mar; los cristianos mismos, los mejores cristianos, sabios, descubridores, santos verdaderos, al tormento! Esta es la mansedumbre, ésta la misericordia de la secta que nos condena por malos y perjudiciales. Con este sistema de ferocidad y violencia pierden terreno, y los pueblos dan cada día un paso dentro de su negro dominio. El círculo se les estrecha por todas partes: cuando la verdad y la virtud lleguen al centro, Dios reinará, sus ministros serán justos, y los pueblos libres y felices.... Buscad la mujer, dicen los franceses en toda tragedia misteriosa.... Buscad el clérigo, diría yo, en las matanzas generales, las hecatombes horrendas que han afligido al mundo, desde el primer obispo que hizo derramar sangre por motivos de religión.... Los católicos, siempre perseguidores de la inteligencia y el saber, de la libertad y el amor, cuando éstos no han querido agachar la cabeza humildemente y recibir el yugo: el yugo del papa, el yugo del obispo, el yugo del cura. El ultramontanismo

siempre ha sido una vasta servidumbre: el que quiere pensar con su pensamiento, muere; el que cree según su convicción, muere; el que alza la voz, muere, que sea santo, que sea sabio. Si no quiere morir, abjura, se humilla: dígalo Galileo. Si no quiere abjurar, si no quiere humillarse, muere: dígalo Savonarola . . . .» («Mercurial Eclesiástica», Ed. del Concejo de Ambato, 1948, págs. 18, 19 y 21). «Id por el mundo, y enseñad a las gentes, dijo a sus apóstoles el Maestro; no dijo: Id y condenad, id y predicad muerte y exterminio . . . » (Ib. pág. 25).

Se dirá que la Iglesia Católica se ha arrepentido de sus crímenes, ha pedido perdón por ellos y ha adoptado nuevas normas de tolerancia, comprensión y fraternidad. ¿Debemos, entonces, decir que ha empezado, por fin, a ser cristiana? Pero, este cambio radical, sincero u oportunista, ¿habría acaso tenido lugar sin escritores que, como Montalvo, supieron a su tiempo poner el dedo en las llagas?

Leamos ahora lo que Tinajero dice contra la Iglesia en 1967: «por principio, ese espíritu acomodaticio de la Iglesia merece nuestra condenación, no sólo porque representa una falta de honestidad inaceptable —(¿hay faltas de honestidad aceptables?)— sino también una falta de fidelidad al cristianismo que, a nuestro juicio, es uno de los productos más nobles de la inteligencia . . . .» (Pág. 118).

Contra la idolatría y la superstición escribió Montalvo: «La fiesta de San Juan, en mi lugar, era la ruina de un hombre pobre: vendía el infeliz el caballo, la mula y la mitad de las tierritas que había heredado de sus padres, a efecto de hacer la fiesta. Y él no la había pedido: el cura, un día del año, sube al púlpito y lee la lista de los priostes del siguiente. Personas había que gastaban cuatrocientos pesos en la *fiesta de San Juan*, desvaneciéndose en huracanes de incienso, bosques de pebetes, oropeles para los maderos benditos, polvoradas formidables, *chicha dulce*, roscas en montones y torres, y crecidos derechos para el cura, amén de los cien pesos del sermón. No sé si permanecen con todo su vigor estas tristes costumbres; porque en Francia, gracias a Dios, estoy libre del cura, el obispo, los santos de palo y las viejas devotas . . . . Fiesta de San Juan, fiesta de San José, fiesta del Niño, fiesta de la Virgen de las Mercedes, fiesta de la Virgen del Rosario, fiesta de **Corpus,** fiesta de Octava, **las sagradas imágenes,** como dice el cabo Ordóñez, son la California de esos mineros tenebrosos, especuladores impíos que dan engaño por penuria, y reparten ignorancia a manos llenas. ¿Cómo no ha de ser hereje el que dice que la religión ha de ser pura, el culto desinteresado, el sacerdote instruido y amigo de las virtudes? ¡Y los santos milagrosos! ¡y las romerías! Aquí nace en un árbol una Virgen: capilla, romería, dinero para el cura. Allí se ha estampado de noche la cara de Jesús en una piedra: capilla, romería, dinero para el cura. Jesucristo, la Virgen, nunca nacen para dar algo al pueblo, para aliviar las necesidades

de los pobres; siempre nacen para sacar algo, para llenarle de plata al capellán, al cura, al vicario. Yo querría que esos seres divinos naciesen en árboles y piedras para alivio y socorro de los menesterosos; pero si nacen para que el hombre de poca luz les quite el pan de la boca a sus hijos, y se lo vaya a dar al lobo, sería mejor que no naciesen. El señor obispo José Ignacio Ordóñez piensa de otro modo: y porque yo no pienso como él, me llama hereje y blasfemo . . . A los indios, ¡a los indios! les obligan a hacer fiestas; y una de estas orgías eclesiásticas les esclaviza para muchos años a esos desgraciados. El indio, en todo el día, gana medio real: con esto han de comer y vestir él y su familia. Pues a este rico hacendado, para que sea buen católico, le obligan a **hacer fiesta.** Se vende el miserable, hace la fiesta: el cura le extorsiona ocho o diez pesos: el coadjutor ocho o diez reales; el sacristán siquiera cuatro. Tras de esto comida, bebida para sus compadres; derecho de cera, tributo de campana; piso; alcabala canónica; chapín de la reina, esto es de la moza del cura, ¡qué no tienen que dar el pobre **chagra,** el pobre indio! Ni las ánimas benditas del purgatorio les perdonan, y salen con la boca abierta a llevarse cada una su responso en los dientes. ¿Cuándo se desempeña el indio? ¿Cuándo se repone el chagra? El señor obispo dice que en la gente del campo la palabra del sacerdote es poderosa . . . Caballeros hay tan brutos como los indios, que todavía se dejan nombrar priostes, y hacen fiestas. ¿Pero no están viendo esos desventurados que ese pedazo de palo no es persona humana ni divina? La idolatría de los gentiles nunca tomó formas así tan groseras y ridículas como la idolatría de nuestros tiempos. Los clérigos dicen que esos monstruos embarnizados, vestidos de ropa vieja que les dan de limosna, son las imágenes de los verdaderos santos: los gentiles no decían otra cosa: sus ídolos no eran sino las imágenes de los dioses que estaban en el Olimpo: ¿en qué se diferencian estos dos cultos? El catolicismo es el plagiario más inverecundo que hay en la tierra: todo lo que le conviene, todo lo que le produce algo, lo ha tomado de las religiones antiguas: budismo, paganismo, judaísmo son sus tributarios; y mírenlos ustedes a los clérigos echar a los quintos infiernos a todo el que les hace un recuerdo, una observación, y les va a la mano en sus asquerosas granjerías. Sus soberbias, sus avaricias, sus lujurias, sus iras, sus gulas, sus envidias, sus perezas son su religión. La religión está en su bolsillo; nadie la toque, porque ella, herida, tiembla, y llueve fuego sobre los malditos. Mi religión es más elevada, pura, digna de la Divinidad y de la criatura humana: en vez de adorar un pedazo de madera, ¿no sería mejor adorar una virtud, y mandar tras ella el corazón a Dios? No, la virtud no da nada, y todo lo que no da algo al obispo, al cura, es blasfemia y condenación. Pues yo digo que me tengo por desgraciado de haber nacido en países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado, yo hubiera pedido venir al mundo de aquí a cuatro mil años,

cuando los hombres, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, hayan llegado a la verdad y la luz, en cuanto ellas se compadecen con las facultades intelectuales y morales de la especie humana». (Ib. págs. 98—102).

Leamos ahora lo que escribe Tinajero en 1967: «Salvajemente voraces, los españoles no nos trajeron el espíritu hidalgo de su pueblo, sino un afán de medrar en la vagancia, una fe farisaica que nunca practicaron, un necio orgullo descastado. Nos trajeron su lengua, y hoy la hablamos sin pureza; nos trajeron su religión, y hoy la practicamos adulterada —(como en España, debería decirse)— .... En efecto, ¿qué hombre sensato puede creer seriamente, por ejemplo, que nuestro pueblo es cristiano? ¿cómo puede llamarse tal a un pueblo que ha consagrado la idolatría y la superstición a título de fe? .... Cualquiera que mire esas fiestas indígenas que se destinan a la veneración de los santos puede comprender que no es cristianismo ofrecer a una imagen flores y frutos de la tierra, para girar luego en torno de ella al son de un baile estimulado por el alcohol generosamente repartido. O esa fanática preocupación de conservar devotamente los algodones que han tocado por lo menos el marco de un cuadro tenido como milagroso.. .» (Pág. 141).

Es de esperar que ahora Tinajero vaya a leer la Mercurial Eclesiástica; y que ha de llegar a la conclusión de que, después de asesinar a Montalvo, deberá suicidarse espiritualmente cuando compruebe que hace casi un siglo le dió lecciones de cómo ha de atacarse, con vigor convincente, a la idolatría y la superstición, no con ciego afán destructor, sino para edificar un mundo mejor.

¿Y qué debe hacer Tinajero, el intelectual parricida, para que nuestra cultura no sea la «inauténtica» que nos han legado nuestros mayores? «El extranjerismo, pues, —dice— ha sido la nota definitoria de nuestra literatura» (pág. 149); y es el «cuco» que ve en nuestra cultura. ¡Fácil remedio contra ese mal! Borre de nuestra cultura, por «franchute», todo vestigio de los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Por «yanqui», olvídese de la doctrina política de la «libertad religiosa» que predicó y llevó a la práctica Jefferson desde el gobierno de Virginia. Por «bachichas», eche a la basura las artes pictóricas y musicales que han llegado hasta nosotros. Y relegue al olvido todo lo español empezando por el idioma, y empiece a escribir en quichua todo cuanto se le ocurra, siempre que no se inspire en nada francés, yanqui, italiano, ¡ni ruso ni chino! .... Esa y no otra debe ser la única «auténtica cultura» del joven parricida; y tenga la seguridad de que con el nombre de Fernando Tinajero Villamar habrá empezado el año 1 de una nueva cultura que opacará a todas las civilizaciones pasadas, y será el asombro de todas las generaciones por venir.

Como conclusión de este punto, anotamos que hace la presen-

tación del libro de Fernando Tinajero Villamar, Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el señor Presidente de la misma, doctor Benjamín Carrión, quien afirma en uno de sus acápites: «Tinajero, en el capítulo TEORIA Y PRACTICA DEL PARRICIDA, **acaso el mejor construido del libro,** declara: «. . . .es tremendamente grave pronunciar, como yo pronuncio ahora, una condenación tan rotunda del pasado y una resolución tan firme de llegar al asesinato espiritual . . . .» —Por lo visto, también el señor Presidente de la Casa de la Cultura es partidario del «parricidio espiritual» y de la nueva y «auténtica cultura» que está proyectando su Secretario General.

¿El país de los «falsos valores» y del «absurdo»?— Un distinguido amigo insiste en afirmar que el nuestro es «el país de los falsos valores», o, lo que es lo mismo, de los «ídolos de barro», de los «mitos», de las «vacas sagradas». Otro amigo no menos observador, da un paso más y dice que es «el país del Absurdo». Más de una vez hemos estado tentados a darles toda la razón. En nuestra vida política interna, hay actualmente renovados empeños por llevar a la presidencia por quinta vez a un demagogo que cuatro veces ha demostrado su ineptitud administrativa, su irresponsabilidad moral y su incomparable habilidad para conducir a la Patria al borde de la bancarrota total. A raíz de elecciones libérrimas que inspiraban confianza porque el orden republicano se restableciera por fin, después de largos años de zozobras y dictaduras de toda índole, escala el poder el jefe de un insignificante movimiento político que a duras penas llevó a la Asamblea Constituyente a 3 de los 79 Diputados! Si la Alianza para el Progreso de nuestro país adolece de defectos y fallas en su aplicación práctica, una de las partes y precisamente la más interesada en obtener ventajas de esa alianza, en lugar de discutir con la otra sobre la corrección de esos defectos y fallas, arma un escándalo internacional porque la otra parte rectificó algunas observaciones inexactas. En la política internacional somos expertos en hacer todo lo contrario de lo que exigen nuestros intereses: protestamos porque la OEA **no interviene** en la solución del problema limítrofe que nos crea el Perú; pero somos los primeros en proclamar el principio de la NO INTERVENCION, sin hacer ningún discrimen entre la intervención unilateral que es un abuso inaceptable, y la «intervención colectiva» que es el único recurso posible y debido para impedir los abusos contra la justicia internacional y contra la democracia pisoteada impunemente por algún tirano de opereta . . .

¿Y qué decir de las expectantes posiciones que en la política, en la diplomacia, en instituciones no sólo públicas sino aun privadas y hasta en agrupaciones o actividades culturales, cívicas, deportivas, etc. asaltan los menos preparados, pero sí los más cínicos y audaces?

¿Y qué decir, por fin, del campo de las letras? Basta observar

que un Jorge Carrera Andrade es ignorado en los círculos de los intelectuales que invitan a mata para endiosarlo como genio.

Algo hemos dicho acerca de este supergenio en el opúsculo que, como apéndice, forma parte de este libro; pero conviene remachar el clavo para presentar, dentro de lo posible, sus verdaderos «méritos» que, seguramente, le hacen una de las más sólidas columnas de la nueva cultura que trata de crear un joven parricida de nuevo cuño.

«No conozco la gramática ni por sus forros».— «No sé la Gramática hasta ahora, ni la sabré jamás».... mata se refiere con estas explícitas confesiones a la gramática de la lengua española. ¿Sabrá, tal vez, el quichua? ¿Sabrá cuantos forros tiene su gramática? De lenguas muertas como el griego y el latín, y de lenguas vivas como el francés, el inglés, el alemán, el italiano, el ruso, ¿qué podremos decir?

Incursionar en las letras, ora como «escritor», ora como «crítico», ignorando la gramática, es una osadía propia de una mentalidad extraviada o el pasatiempo de un muchacho que hace del idioma un juguete. Jamás puede ser valedera una excusa como la que mata da cuando dice: «Yo hago lo que me da la gana y hago lo que me da la gana» («Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo», pág. 38).

Muy difícil, tal vez imposible, es hallar otro escritor que, como mata, da a sus contrincantes, con tanta generosidad, un arsenal de tan poderosas y variadas armas. Polemizar con un adversario que él mismo se empeña en «ponerse la soga al cuello» según suele decirse, resulta algo tan fácil y entretenido que no es necesario ningún esfuerzo en la lucha. Si fuese futbolista, ningún equipo lo quisiera por su afán de hacerse autogoles.

«Tanta basura que escribo» le dice al alma bendita de Gonzalo Zaldumbide. («Zaldumbide y Montalvo», pág. 52). «Avanzando en esta esguazada de **imbecilidades escritas»,** «bastándome con todas las **estampadas apestosidades que escribo»,** —le dice a su amigo Benjamín Carrión. («Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo», págs. 87 y 90). En sus 40 años de «escritor» o «escribidor» (él mismo pone «escritor» entre comillas y se autotitula «escribidor»), ha escrito unos cuantos **tarros** de apestosas basuras: «Galope de volcanes»; las novelas «Sanahuín», «Sal» y «Sumag Allpa»; «Vásquez, el Grande», «Remigio Crespo Toral», «Irrizarri y Solano»; «Machu-Picchu», obreja mitad quichua, mitad española, en homenaje al Perú; «Historia de la Literatura Morlaca»; los dos libelos contra Montalvo, e infinidad de articulejos periodísticos. Tiene también, entre sus basuras inéditas que hasta ahora sólo infestan su domicilio, un «Apeo y deslinde del San Don Montalvo». «¿Quién me publica este libro?» se lee como aviso comercial en uno de sus libelos.

En el supuesto caso de que la «real gana» o capricho de un quidam pudiese ser la «norma suprema» ¿por qué no habría de serlo para todos, desde los más insignes escritores hasta los más bur-

dos ignorantes? Quien proclama la anarquía y el propio capricho como ley, debe concederle vigencia para todos, puesto que sería el colmo de la necedad arrogarse una facultad que se niega a los demás, como si mata hubiese salido del seno materno con los laureles de un poeta coronado y con plenos poderes para escribir como le dé la real gana. Por supuesto, quien proclama el propio capricho como ley, es quien menor derecho tiene para censurar a nadie por graves que fuesen sus errores.

Por mucho que mata patalee amparándose en su «gana», hemos de tirarle las orejas como a muchacho rudo y vago, cada vez que incurra en un error gramatical. ¡Basta ver la furia con que se desata contra Montalvo por un «ciernes» en lugar de «cierne» y por un «joco» sin acento, para deducir la furia aún mayor con que lo insultaría si pudiera descubrir **una sola** de las incontables palabrejas que mata inventa y estampa a cada paso!

Podríamos llenar libros enteros haciendo correcciones y observaciones gramaticales a la jerga de mata, pero nos limitaremos a unas pocas, sin que por ello presumamos ser gramáticos ni lingüistas. Cualquier profesor aun de enseñanza primaria puede hacer esas correcciones, y estamos informados que hasta alumnos suyos le han enrostrado algunos de sus errores gramaticales. Por nuestra parte, no nos ofenderemos si alguien nos descubre algún error, y, antes bien, se lo agradeceremos. Y efectivamente, no obstante la acuciosidad de las correcciones, en el opúsculo IMPOSTOR ENVENENADO, la fe de erratas salió muy incompleta: algunos fueron simples errores de la imprenta; otros, errores del autor. Por ahí pasó una «usurpación monstruosa injusta», en lugar de «monstruosamente injusta»; unas «anatómicas malas palabras» en lugar de «atómicas».... Bien sabemos que el doctor Benjamín Carrión transige con todos los galicismos; pero no nos perdonamos haber dicho «erigirse en» y «erigirse a», en lugar de «arrogarse la calidad de», que es giro auténticamente español.

Norma elemental para escribir en un idioma es utilizar los vocablos de su diccionario sin inventar nuevos innecesarios o ridículos. La Real Academia de la Lengua fue establecida para evitar los desmanes de la anarquía, y su autoridad es reconocida por todos los elementos cultos de los países de habla española. Sin duda alguna, es lícito, **en modo excepcional,** apartarse de esta regla por razones que no tienen otra norma que el buen gusto del escritor y la aceptación del lector culto. Montalvo, por ejemplo, publicó en España un hermoso artículo con el título de «Urco, Sacha», en el que explica lo que sería un «**sacha**—Talleyrand», un «**urcu**—Maquiavelo», un «**sacha**—Voltaire»; y, aunque parece que sabía de quichua más de la cuenta, nos revela hiperbólicamente: «Pues yo afirmo que, por mi parte, diera la mitad de mi ya escaso caudal de lengua castellana por la mitad de la que hablaba Moctezuma en el trono de Méjico, y la suave y gra-

ciosa en que los príncipes de Huainac-Cápac enamoraban a las hijas del sol». (EL ESPECTADOR, pág. 232). Pero inventar a troche y moche, como regla permanente, vocablos reñidos con la índole del idioma y con su característica eufonía, menospreciando los que ofrece el diccionario para expresar con elegancia la misma idea, es un ridículo atrevimiento de la ignorancia. Pruebas al canto, tomadas de «Zaldumbide y Montalvo»:

Página 11, suguranza, comparanza; 24, cotejamiento, tribulanza; 30, fantasería; 33, brutedades; 35, deshuasipunguiza, huasipungueó, deshuasipunguear, (con estos derivados españoles del quichua «huasipungo» cree mata destruir la novela de Jorge Icaza); 39, pariseras; 43, deslumbrancia; 43, trasoñaciones; 45, literaturerías; 63, donadilleros; 70, despialarse; 72, inmaculabilidad; 73, ambulación; 76, malaescribencia; 76, mis sinprovecho; 77, hierbatería; 78, propagandeo, propagandeándose; 79, famosería; 80, sirvientería; 82, cineturgia; 83, famoseado, 84, casaculturano; 92, parlancia; 98, complañir; 99, perecenjería, literotómana; 101, enavionado; 203, hibridizó; 107, laticasista; 108, diplomático clausurado; 109, academiquez; 112, pasaporteadores; 114, enternurados; 115, cariciosas, moscardoneantes; 119, certinidad; 137, culturícolas.

En «Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo»: Página 7, pampelear, libripelear, grofopelear; 8, gemelarme; 14, íslico; 15, desestupidizar; 15, febricitados psicóticos; 19, famosearse, descriminan; 26, enchaterretado, servilidad; 27, vendehumos; 28, juzgones, pujidos; 36, botafumeiro; 37, biblionota; 42, santirizan; 43, faenando, hacedizo; 46, chagua brujos; 47, irrehabilitables; 49, guaytambeamos; casaculturero nucleico; 50, diminutez de mi cuerpo; 51, chiquitez; 53, indomitez; 67, pajaritable coronateado, (se refiere al ilustre y llorado vate Remigio Romero y Cordero); 70, yaguachino; 76, ataversos; 78, remigiada, remigiales; 80, yanaperros; 81, veintemilmarme, albornoqueado; 83, desmanchado; 84, imperitez; 85, cuentudo, papelorragia, fiespatriera, arenapupos; 92, hombredad; 95, dessotanados, verdeuñas, cuchicara; 96, troglocultos; 99, etcéteras etcetereables; 103, desfanatizador; 108, atonitante, historiante, desmitificador; 109, catilininariado; 110, secretariales; 111, vejetud; 113, chupaesputos; pongo-magnates; 118, hombripotencia.....

Si en dos pequeños libelos se hallan tantos términos ignorados por el diccionario español, ya podemos calcular cuántos más habrá en sus voluminosos libracos y en sus incontables artículos periodísticos.

Mas, en lo que mata se ha especializado es en la formación de derivados estrafalarios. Recordemos algunos tomados al acaso: «Quijote **desrocinanteado**», icacianas chullerías; despanegirizaba; inzaldumbideanos, desarroyándose, huguescas, vargasvilizaba, tronitaciones juninescas, verborrágico, juninerías incaizantes, garnieranos, desambateñizan, catilinariado, etc. etc. etc.

Un monumento deberíamos levantar a mata por el número de derivados que ha tenido la ocurrencia de formar con el apellido Mon-

talvo, imaginándose el pobrecito que con este ridículo recurso va a demoler la gloria del Cosmopolita. He aquí algunos: mulatas **montalverías** fanfarronas; manera tan.... jactanciosa **montalvósica;** conocido por muchos **montalbufoneantes;** almacigales concepciones **montalvopáticas;** actitud **montalvófila;** estilo **montalvesco;** frases **montalvofónicas;** forceps .... **montalvopédico;** trapacería **montalveria; montalvopédicos** extraviados; masorética de tantos **montalvígenos; montalvopatía;** quimera letal **montalvofrénica;** estilística **montalvística;** frase **montalvestre;** charco **montalvorrágico;** «Las Catilinarias», solemne estupidez de la **montalvorrea** grafonática; **montalvadas** estrellosas; **montalviarcas** amigos y enemigos míos; frenéticos **montalvícolas; montalvomanía** frenética, **montalvopática;** mi alma agobiada de lástima para mis prójimos engullidores de **montalvíparos;** miasmas; **montalvicida** profanador; tónica **montalvósica** de esa perpetración matrimonial; industrioso hijo **montalvético;** mausoleo **montalviego;** proceder literario mausoleístico **montalvestre;** mancebo **montalvígero; montalvadas** .... una sobre otra; los *montalvógamos* consulten; señores *montalvóceos; montalvognostos* perdonavidas; *montalvofagia* literatera; hay que buscar un .... vermífugo, o un *montalvífugo;* páginas *montalvinos;* inteligencia genérica de *montalvillano; montalvistas* de ocasión; *montalvogénesis; montalbiopsia; montalvíferos; montalvíparos; montalvóvoros* de trance y de percance embuten adjetivos a su pasmoso tipo ....; demagogos, *montalvogogos* muñidores de una fama que no necesita peones; ociosidad *montálvico; montalvolípticos;* memorial *montalvario; Montalvolandia* ....

mata se ha imaginado que el **summum** de la sabiduría lingüística consiste en jugar con los vocablos añadiéndoles prefijos y sufijos o formando tantos derivados de un vocablo cuantas son las ideas que de una u otra manera pudieran aplicárseles. Dice en su «Zaldumbide y Montalvo»: «En todo cuanto escribió (Montalvo) demuestra su ignorancia semántica: no se penetró, com-penetró como Unamuno de la esencia de las voces ni de su composición com-posición. Nunca se deslumbró por la modificación de los prefijos ni deleitose con la parasíntesis. Suyo no sería el des-lumbrarse o el vis-lumbrar su mente por las preposiciones afijas, que asignan a las palabras distinto significado, trans-substanciación ésta que la conoce sólo quien posee la filosofía gramatical estudiada por Felipe Antonio Macías, allá por el 1859 ....» («Zaldumbide y Montalvo», pág. 72). Ahí tienen ustedes el origen de los derivados matosos: el haberse metido en filosofías sin saber gramática. ¡Pobre señor Macías! Resucitado, volvería a morirse en el acto a la vista de las basuras de su discípulo....

mata ignora las reglas de acentuación: en un poema dedicado a la gran dama que tuvo la desgracia de ser su abuela, doña Hortensia Mata, le menciona como **Máma,** (sic) Hortensia cuatro veces, trazando una tilde innecesaria en la primera **a.** Escribe con una tilde erró-

nea las palabras **exámen, jóven, caractéres**.... No se pronuncia ni se escribe **exégeta** como mata lo hace por cuatro veces, sino exegeta, aunque por esta corrección tenga que estirar la jeta sin poder echar la culpa al tipógrafo. («Zaldumbide y Montalvo», págs. 14, 28, 31, 59, 105, 120 y 123). El pronombre **él** debe llevar siempre tilde; pero mata la suprime cuando le da la gana. («Defensa», etc., pág. 18). El sustantivo **Ser** no lleva tilde. (Ib. págs. 12 y 46). «Protege» e «indígena» se escriben con **g** y no con **j.** («Z. y M.», págs. 52; «Defensa», pág. 40 y 99).

Insistamos: habría bastado que mata hubiese encontrado *una sola de estas faltas ortográficas* en Montalvo, para que desatara aun con mayor saña su virulencia. Mas con mata no reza la excusa del error del linotipista o cajista, quienes podrían decir: «Sabemos más gramática que mata; nuestro deber era respetar los originales aun en sus errores».

Otros ejemplos de solecismos o errores de dicción: «compárenlos cualquiera»; «mi delante»; «apesadumbra **de** que»; «**se** osarán»; «advirtiese **en** esa humana escoria»; «adentro **el** Sol»; «la Vida misma me ha **preservado desgracias**»; «**apesar**»; «el **por qué**»; «inhábil **de** hacerlo»; «tenga por seguro **de** que yo ...» «Es preciso la facultad....» «Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo», **passim.**

«Filial» o «fraternal», para mata, todo es uno: Montalvo escribió su célebre carta a García Moreno a «impulsos de su amor **filial**», cuando dijo: «La última persecución que mi **hermano** ha experimentado...» (Ib. pág. 70). «**Hizo nombre a** su persona ...» A juzgar por la siguiente confesión, diríase que mata nació de una vaca, porque pondera su «pasión filantrópica que —dice— me ha sido característica desde que dejé de libar el licor lácteo de la consorte del toro....» (sic). («Defensa», pág. 85).

Le ahorramos al lector el disgusto de leer otras interminables retahilas de errores gramaticales de toda índole que se hallan en no menor cantidad en las páginas de los demás libracos matunos. Esos errores explican por qué mata nos dice: «....he pillado deslices gramaticales de San Don Montalvo. NO ES MI GANA CONSIGNARLOS AQUI ... «Dejando **a** que (sic) LOS ACADEMICOS PILLEN LAS INCORRECCIONES GRAMATICALES de ese imbécil párrafo....» («Zaldumbide y Montalvo», págs. 22 y 71).

Y no hablemos de «eufonía». mata probablemente sabe su significado etimológico, pero ignora en lo absoluto su esencia, ya que parece que se solazara en ensartar palabras de pronunciación dura y grosera, y sílabas cacofónicas que, naturalmente, repugnan a un oído más o menos educado, pero que para el suyo son música celestial. Como botón de una muestra, baste pronunciar el título de su basura inédita «Apeo y deslinde del San Don Montalvo». Lin-de-del-san-don-mon; lin-de-del-san-don-mon. ¡Música celestial! ¡Música celestial!

mata "poeta".— Apenas mata concluyó la lectura de algunos de sus «poemas» la noche del 14 de Julio de 1966 en el Café 77, el joven intelectual Fernando Tinajero, en una breve improvisación, le suplicó que se dignara confiarle una colección de sus «basuras» y «apestosidades» en verso, para publicarlas, sin duda, como material escogido de la nueva cultura parricida. Ahora que funge de Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y tiene a sus órdenes una gran imprenta, puede fácilmente llevar a cabo su propósito. Deseosos de contribuir a esa primorosa obra, transcribimos a continuación uno de los más inspirados «poemas» del «genio», dedicado a la memoria de una gran matrona que, según hemos sabido, había prohibido a su nieto y futuro poeta el ingreso a su mansión, por razones que mata se las debe saber de memoria....

«Si había que exhibir la gentileza
de Cuenca, en los salones centelleantes,
Máma (sic) Hortensia la llamada.

Si había que brindar banquetes regios
que ni en Quito solían disponer,
Máma Mata la llamada.

Si había que incitar deslumbramientos
en gringos y foráneos personajes,
Máma Mata la llamada.

Si había que ostentar la flor de damas
Máma Mata la buscada....»

Copia de este "poema" nos fue dada por un amigo conterráneo, que tal vez omitió un verso de la última estrofa. ¿Podría mata completárnosla?

En vía de análisis comparativo, transcribimos luego las dos primeras estrofas de un poema que Germán Calvache, alumno del Cuarto Curso del Colegio Bolívar, de Ambato, ha dedicado al labriego de nuestros campos, a fin de que el lector coteje la obra del «poeta» de 63 años con la del estudiante ambateño de 16.

«Canta, Salasaca, tu longevidad
entre polvo y cabuyos.
Descúbrete en los árboles cosmopolitas
y arranca la inspiración del llano
para plasmarla al sol de las distancias,
indómita en lo alto,
infranqueable en la pampa...., sola,
del altiplano al altiplano, y siempre
guiada por la nota idealista de tu tambor infinito,

del escueto pingullo, o,
simplemente,
del canto de la brisa y el susurro del río.

Esta es mi música,
este mi ruido;
esta monotonía, espíritu proscrito
de la raza vencida.
Claves sin pentagrama,
instrumentos nativos,
rumor de lluvia en las capulicedas,
humo de molles, nostalgia de cuatro siglos
para amar a esta tierra
....de viento y arenisca....
que es AMERICA!.... AMERICA!.... la Patria mía!!!»

mata "novelista".— El mismo confiesa en su prólogo titulado «Atendedme» de la novela «Sal»: «Tiznéseme (sic) de *mal novelista —que en realidad lo soy—,* pero en mi honra y honor seguiré siendo un individuo leal consigo mismo». (Pág. IX). Cacofónicamente le apostrofa y confiesa al alma de don Gonzalo Zaldumbide: «Ya ve yo, que *no soy ni sus pisadas de Ud. en novela,* amigo mío, sólo me río y me río de estas icacianas chullerías de miseria y grandeza, que me proporcionan el diapasón de nuestra ignorancia aparatosa.. .» («Zaldumbide y Montalvo», pág. 37). Sin embargo hay quienes se empeñan por persuadirle que es un novelista de primera; entre ellos, el doctor Benjamín Carrión y el tungurahuense —¡sí! tungurahuense— Darío Guevara, a quien un erudito extranjero ha bautizado de «capariche de mata» por el servilismo con que le adula en sus publicaciones y le sirve de correveidile....

Haciendo de tripas corazón, tuvimos que leer «Sal» y «Sumag Allpa», novelas indigenistas trabajadas en un escritorio, que es lo mismo que mata reprocha en otros novelistas....

Al parecer, hay dos clases de novelas indigenistas: las de «denuncia» y las de «anuncio». «Huasipungo», de Jorge Icaza, pertenece a la primera con sus espeluznantes cuadros de un indio oprimido y embrutecido por el gamonal, el teniente político y el cura. Por haber puesto al descubierto el gravísimo problema de nuestro indio, ha merecido traducciones a todos los principales idiomas. Por el contrario, según Guevara, las novelas de mata son de «anuncio» porque presenta en cada indio una reencarnación de Rumiñahui, altivo, rebelde, dueño de su «hermosa tierra», (este es el significado de «Sumag Allpa») que no necesita ser redimido. ¿Cuál es una más fiel pintura de la realidad? Y, sobre todo, ¿cuál de estas dos contrapuestas tendencias novelísticas es más incitadora a la solución del problema del indio?

En cuanto a la trama y desarrollo de esas novelas, ¿qué puede

esperarse de mata, sino diálogos insulsos, escenas intrascendentes, que en ningún momento llegan a despertar interés?

Un fenómeno biológico.— La persona misma de mata puede ser protagonista de una singularísima novela, como que es un fenómeno biológico digno de profundo estudio.

"Yo no dispongo (sic) de humos de psicólogo —dice—, pero sí sé adivinar, instintiva e intuitivamente a los hombres, digamos . a la gente en general". ("Zaldumbide y Montalvo", pág. 16). Pero veamos con qué órgano de su cuerpo mata consuma sus adivinaciones. "Muchas veces —explica— me presentan a un tipo y, de inmediato CON MI ESTOMAGO, sé que clase de persona será para mi trato". (Ibidem). Por lo visto, mata tiene sus facultades de adivino en el estómago. ¿Qué substancia milagrosa tendrá en ese estómago singular? ¿Y qué tendrá dentro del cráneo, cuyos sesos deberían ser los llamados a ejercer esas artes mágicas? ¿No se habrán trastrocado las funciones de estos órganos? Desde que mata piensa y adivina con su estómago, es lógico que su cerebro asuma las funciones de estómago y de tripas, y esta es la explicación del porqué de sus "apestosidades escritas".

Idiotismo e idiotez.— "Desde Honorato Vásquez para abajo —afirma mata en su "Zaldumbide y Montalvo", refiriéndose a los literatos cuencanos—, todos le deben la claridad de sus talentos de ellos (sic) y, muchos, la notoriedad de sus nombres que, sin las enseñanzas de Don Roberto (Espinosa), su saber de ellos (sic) no hubiera salido del *idiotismo morlaco literario.* Entenderme: **idiotismo** —no **idiotez**— como cualidad literaria privativa de Cuenca". (Pág. 27). En otro párrafo, aludiendo al idiotismo «a ojos vistas» comenta: "con idiotismo o a **mi idiotez**". (pág. 90).

Conste pues que, luego de ofender cínicamente a la ilustre ciudad que le brinda generosa y paciente hospitalidad, en sus más preclaros valores literarios, tiene el acierto de reconocer su propia «idiotez». Quien, además, se dice «idiota vocacional», «imbécil», «bruto coceador», etc., tácitamente acepta como merecidos todos los insultos que supongan algo de idiotez, imbecilidad o estupidez... El escritor de la revista cómica «La Bunga», señor Alfredo Llerena, incluyó como sección literaria del número 4, pág. 324, treinta y dos insultos, de los cuales 16 estuvieron atribuidos a mata contra Montalvo, y 16 al autor de este libro contra g. h. mata. Como tuve el honor de observarle, los segundos son «autoinsultos» de mata, con todas sus letras unos, por afinidad de ideas otros.

Sin preocuparnos mucho ni poco de la distinción que mata quiera establecer entre el **idiotismo** que osadamente atribuye a la literatura morlaca, y la propia y confesada **idiotez,** acudamos a la sabiduría idiomática de don Roque Barcia, quien en su tratado de «sinónimos castellanos» habla del idiotismo y de la imbecilidad en los siguientes

términos, advirtiendo por nuestra parte que, mientras el **idiotismo** es algo pasajero, la **idiotez** es una deficiencia ingénita, y que quien acepta lo más, de hecho acepta lo menos.

Son ideas afines de **idiotismo,** entre otras: «Las alteraciones, trastornos o imperfecciones mentales». Varias pueden ser sus causas: «influencias de las pasiones, trastornos del juicio, exaltación o pérdida de las fuerzas intelectuales....; y ultimamente, extravío o aberración del principio que piensa, que quiere y que siente en nosotros. Seis son las causas principales que impiden al hombre el ejercicio regular de su entendimiento o de su razón: pasiones, trastornos, exaltación o frenesí, imperfección orgánica, anonadamiento, extravío .... La imperfección, la impotencia o la falta de desarrollo en los órganos cerebrales, porque parece que el cerebro es la oficina del raciocinio, el aposento de nuestra alma, produce *idiotismo*. La misma imperfección e impotencia menos negativa, menos completa, produce la *imbecilidad*. El idiotismo es una *imbecilidad* absoluta. La *imbecilidad* es un *idiotismo* que camina hacia la razón; es una noche que recibe alguna claridad del día. El *idiota* no piensa. El *imbécil* no entiende. El *idiota* es una negación. El *imbécil* una nulidad .. Las varias relaciones por que se distinguen las voces del sinónimo, no pueden ser más terminantes. Imperfección orgánica: *idiotismo* e *imbecilidad*.... Extravío o aberración de las mismas fuerzas (mentales): *manía*. Manía parcial: *monomanía*..» (Obra citada, Buenos Aires, ed. de 1954, págs. 190—191).

Por su parte, el «Diccionario de ideas afines», de don Eduardo Benot, a la de *idiotismo* asocia entre otras, las de "microcéfalo, cretino, eunuco, acéfalo, raro, enano, orate, loco, demente, desorden mental, perturbación, delirio, furor, rabia, exaltación mental, delirio de grandeza, infautación, fatuidad, excentricidad, devaneos, quimeras, ligereza de cascos, incoherencia, insensatez, disparate, tema, aberración, obsesión, ceguera intelectual, tontera, tontería, majadería, necedad, insulsez, estulticia, estupidez, simplicidad, simpleza, *idiotez*, sandez, candidez, barbarismo, bestialidad, animalada, burrada, salvajada, simple, tonto, etc. etc. (Naturalmente, también se mencionan las ideas de "expresión, modismo, frase hecha, lugar común, refrán, proverbio, voces, adagio", que no vienen al caso).

Toca al propio mata subrayar las ideas que halle más conformes o afines con la idiotez que él mismo se reconoce. ¿Verdad que es colosal la figura de este prohombre de la novísima y auténtica cultura encabezada por el joven parricida Tinajero y Villamar?

"Impuristas" versus puristas.— mata emplea el vocablo "impurista", acertadamente derivado de "impuridad" e "impuro", ("Defensa", pág. 34) y que cae como anillo al dedo para definir a los partidarios de lo chabacano, de lo grosero, de lo sucio.

¿Qué debemos entender por "purismo"? Huelga toda definición, después de leer a los grandes maestros del idioma. Pero se equivo-

can quienes se imaginan que al purista lo está vedado incluir en sus párrafos algún quebrantamiento voluntario y consciente de las reglas del buen decir, cuando se propone precisamente demostrar lo repulsivo de la ignorancia o dar un toque de fuerza expresiva necesaria para caracterizar a un personaje, crear un ambiente o traslucir una emoción. Para ponderar la ignorancia de magistrados y curas de su tiempo, por ejemplo, Montalvo escribió: "Yo ei cido su padre, testiga su madre —decía en un soberbio escrito para la imprenta un senador perpetuo de los congresos del Ecuador, hablando del hijo de su mujer; y ése, polvo y ceniza ya, Dios le haya perdonado, goza de gran reputación de hombre de talento, instruido y orador. . . .; al paso que don Juan, el pobrecito don Juan, cuando no es loco es tonto de capirote en su tierra. No me quejo: la justicia de los pueblos está medida por su ilustración; así juzgan como saben. Pueblo donde el presidente de la República manda se le quite el punto a la i, porque está por demás . . . no digo a un pobre embarrador de papel como yo, a Chateaubriand le hubiera tenido por jumento. Yo vi, Dios me perdone a mí también; yo vi con estos ojos que se han de hacer tierra una carta de un clérigo, cura de parroquia principal a una hermana suya: "Estoy tan enjuermo, decía, queya no puedo desirmisa niacaballo: las elecioNes Las gaNan los rojos: lorina nomedeja. . . . seacabó el vino: layeHuita chuga semurió: man Dame un rial de millocos, tuermano N. G.". Quien dude de la cita montalvina, recuerde cómo García Moreno ponderaba la ignorancia del clero de su tiempo. Montalvo prosigue: "Yo he visto idiotas ordenados de mayores, y oradores sagrados que hacían morir de risa al auditorio. —¿Qué me estará viendo ese cara de perro que está arrimado al pilar? —dijo en el púlpito un afamado misionero, una tarde que había sermón:— ya ha de haber venido a alegrarse de la muerte de Jesucristo: liberal ha de ser: si no le sacan a ese entremetido, no sigo predicando—. Aquí, como en la carta del cura, he puesto los dos puntos de mi propio caudal: lo que ellos escriben y predican está más conforme con las leyes de la Real Academia de la lengua. Al cinco por ciento, como queda dicho, no le alcanza esta negra recriminación: suplico a todos ciento se tenga cada cual por uno de los cinco, y no me eche un pasquín de los suyos el jurisconsulto, un sermón personal el clérigo o el fraile, ni me dé receta con veneno el señor doctor en medicina. —Dende que se avrieron las haulas asta que se serraron, —decía en un certificado un catedrático que fue luego rector de la Universidad, sin haber mejorado de escritura. En Colombia todo es bambolla, dijo un viajero alemán, cuando hubo regresado a Europa. Del Ecuador, ¿qué dirán alemanes o franceses? Imposible parecen esas cosas, mas nadie pensará que uno sea harto audaz y falto de patriotismo, que vaya a imaginarlas, sin más que por prurito de fantasear y hacer mala obra a sus conterráneos. . .". ("Las Catilinarias", II, pág. 158—

159). De paso digamos que estamos por hacer nuestras estas palabras de Montalvo, cuando sospechamos que no faltará quien dude de ciertas teorías de altos dirigentes de importantes instituciones culturales, que hemos puesto y vamos a poner al descubierto.

Otro ejemplo: en la pieza teatral "El cuento de don Mateo" —obra de un joven convertido en dramaturgo talentoso, Simón Corral— se escucha un sonoro «¡....ajo!» y un «Hijo de la gran perra!», exclamaciones necesarias y suficientes para dar carácter a la escena y a la obra. Sin ellas, habría quedado mal retratada la justa cólera de un rústico montubio víctima de una maldad; con el abuso de esas y de otras exclamaciones semejantes, el auditorio se sentiría acanallado.

En suma, mientras el purismo no tiene otras normas que las de la estética y de la moral, el «impurismo» —que no es sino la «impuridad» convertida en "escuela literaria"— por principio no respeta ni las reglas de la gramática ni de las buenas costumbres.

Apóstol del «impurismo».— Reléanse los párrafos del apéndice, páginas 12 a 19, en que se transcribe el diálogo entre el señor doctor Benjamín Carrión y su amigo matita, que mutuamente se preguntan: «¿Qué haremos con *esta plaga de «puristas»* que nos han atacado....?»; y se llegará a la conclusión de que estos dos buenos amigos se han convertido en apóstoles del «impurismo». ¿Qué venganzas se propondrán tomar contra los que, sin ser puristas a causa de nuestras modestas «capacidades», quisiéramos por lo menos serlo? ¿Estarán proyectando destruirnos con insecticidas solamente, o reducirnos a picadillo y freírnos a fuego lento?

Dada su ignorancia gramatical y su desprestigio entre los intelectuales, mata es un ser innocuo al que podemos arrojarlo a un tarro de basura junto con todas sus obras. No acontece lo mismo con el señor doctor Benjamín Carrión, que ha ocupado y ocupa cargos muy importantes en la política, en las letras, y como Presidente —por largos períodos— de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Su palabra es pues muy influyente en amplios círculos ciudadanos.

Bien quisiéramos poder sumarnos al numeroso grupo de sus admiradores y ensalzar su nombre como el de un auténtico valor ecuatoriano, en días en que tanto escasean los valores. ¡Cómo quisiéramos poder hacer nuestro el elogio que le dirige Hugo Larrea Benalcázar, Director de la Editorial de la Casa de la Cultura, al presentar el ensayo «El cuento de la Patria», cuando dice: «Benjamín Carrión es figura universal de la Cultura. Hombre de pensamiento y de acción. En sus manos continúa la llama viva de la nueva patria ecuatoriana»! Pero dejar sin objeción alguna ciertas enseñanzas que a nosotros nos parecen nocivas para el presente y, sobre todo, para el futuro de la cultura nacional, sería traicionar a nuestros más íntimos sentimientos e ideales; y, por ende, muy a nuestro pesar, nos vemos en la ineludi-

ble necesidad de incluir en el último capítulo de este libro las siguientes anotaciones.

En el prólogo de su novela «Por qué Jesús no vuelve» titulado *«No es prólogo»*, Carrión defiende *«la malacrianza heroica»* que consiste en «consagrar como puras y buenas todas las palabras del léxico del hombre, la totalidad de las voces que incluye el diccionario, sin distinción hipócrita entre las buenas y *malas palabras* . . . .» (Obra citada, pág. 6). En su ensayo «G. h. Mata, el comprendedor apasionado», dice: «Este tema de la crudeza expresiva lo vengo yo tratando desde hace mucho tiempo. Desde cuando me fue preciso hacer la defensa de la novela realista ecuatoriana de los años treintas, singularmente del *grupo de Guayaquil,* tan atacado por la criticonería pacata, por el *gazmoño purismo* de los *hablistas,* endemia de la que con frecuencia nos hemos ocupado, y de la que *la juventud nacional debe defenderse, antes de que el mal cobre mayor fuerza y aparente significación.* En mi libro *El nuevo relato ecuatoriano* y luego en mi prólogo —(que NO ES PROLOGO)— y en mi novela *Por qué Jesús no vuelve,* he quebrado lanzas por *el derecho de los escritores de emplear todas las palabras del diccionario de la Academia,* porque tan docta Corporación . . . *nos ha autorizado* para hacerlo, tras largas y sesudas disquisiciones . . . .»

La admiración que Carrión ostenta hacia Montalvo es contradictoria con estas doctrinas, según las cuales el «purismo» montalvino vendría también a dar en «gazmoño purismo», en «endemia», en «mal» del que «la juventud nacional debe defenderse» a capa y espada. ¿Cómo? Incurriendo en gazapos, solecismos, galicismos y barbarismos de toda especie. Dice: «La obra fría del crítico a lo don Antonio de Balbuena, perseguidor de *gazapos,* de *solecismos,* de *galicismos* y de *barbarismos,* me parece tarea secundaria, subalterna. Por eso mi despreocupación por los «hablistas» que, como *hierba mala,* han infestado nuestras mieses literarias. Jamás, amigo mío, ninguna literatura ha erigido con calidad de escritores a esos *gendarmes del idioma,* de los que ya me he ocupado —¿merece en verdad la pena de ocuparnos de ellos?— en párrafo anterior . . .» (Ensayo citado, pág. 13).

¿Quién ha dicho a Benjamín Carrión que la Academia de la lengua haya «autorizado» el uso de todas las palabras del diccionario»? El hecho de que los académicos —seguramente con suma repugnancia— hayan incluido aun las voces más groseras, sólo prueba que nos faculta *entenderlas.* Su uso queda al buen gusto de las personas cultas y al capricho de los patanes.

¿Fué también Montalvo una *mala hierba* que, en su tiempo, infestó nuestras mieses literarias? . . . . Verdad es que hizo descripciones que «un bruto de crítico» calificó de pornográficas; pero fue adverso a un «naturalismo exagerado», semejante al que propugnan ahora algunos intelectuales, como si estuviesen descubriendo la pólvora. Mon-

talvo lamentó que el naturalismo, que hasta entonces no se había atrevido a salir de la novela, hubiese sido llevado al teatro, e invitó a su amiga Emilia Pardo Bazán a presenciar «Los misterios de París». «Doña Emilia Pardo —refiere el propio Montalvo— no decía palabra, yo la estaba observando.... Cuando cayó el telón sobre ese donoso cuadro naturalista, le pregunté: ¿Qué le parece? No me gusta, respondió la señora con sincero disgusto. —Me alegro mucho, repliqué». («El Espectador», pág. 156—158). Aleccionador habría sido ver a don Juan y doña Emilia leyendo juntos POR QUE JESUS NO VUELVE, y escuchar sus comentarios.

Que la **misión cultural** desarrollada desde hace varios años por el doctor Benjamín Carrión ha producido sus nocivos efectos queda evidenciado por el elogio que le hace el Director de la Editorial de la Casa de la Cultura, señor Larrea Benalcázar, en su presentación del «Cuento de la Patria»: «Benjamín Carrión, la cifra más alta de la cultura ecuatoriana, es no sólo un notable ensayista, un historiador de verdad, pues cuenta la historia de esta patria como debe contársela un crítico que ama la literatura y el arte y la música; un novelista rotundo que coloca en su obra todo cuanto hay que decir sin tapujos, utilizando para ello *todas las palabras del idioma, las buenas y las malas y especialmente éstas que son las mejores* (sic)....» Añade luego: «Sus libros viajan por el mundo y dicen cosas de nuestra parcela geográfica, de sus hombres, de *los buenos y de los malos días de la patria»* ... (Solapas del ensayo citado). Con la misma lógica aplicada a las buenas y a las malas palabras siendo éstas las *mejores,* deberíamos decir que *los malos días de la patria* han sido y son los mejores. ¡Benditas las pestes y los terremotos! ¡Benditas las revoluciones y las guerras! ¡Bendita la invasión peruana de 1941! ¡Bendito el año 1942 con el Protocolo de Río! ¡Benditas las dictaduras y las Constituyentes!

«Por qué Jesús no vuelve».— Y no sólo los muchachos díscolos, también gonzalo humberto mata sabe distinguirlas: «Pruebas hemos dado Ud. y yo, Benjamín Carrión, —le dice— de que nos cargamos, con o sin ella (sic), con quienes nos ofenden y nos reprueban las malas palabras. Tengo *un risueño inventario,* por páginas, de sus *atómicas malas palabras en su* POR QUE JESUS NO VUELVE. Si es que yo, hasta yo (sic), Benjamín, NO ME SOLIDARIZO CON SU USO TOTAL, tampoco me corro de leerlas, pero *faculto a usted,* ya que está en su derecho y justicia, *haciendo también su gana, de* usar y ABUSAR DE ELLAS... » («Defensa», pág. 38). No se crea que mata faculte siempre el uso y el abuso de las malas palabras: ese es un privilegio que otorga a sus amigos, y en novelas intrascendentes; pero censura las «malacrianzas novelisticas» y las *«tontas palabrotas sucias* a que estén condignas a su estilo», de la novela HUASIPUNGO, de Jorge Icaza. («Zaldumbide y Montalvo» pág. 29). Para mata, lo que

en Huasipungo son «malacrianzas», en sus propias novelas y en las de su amigo Benjamín son muestras de buena crianza; las que en la pluma de Jorge Icaza son **"tontas** palabrotas sucias", en su pluma y en la de su amigo, son **"sabias** palabrotas sucias". Sobra observar que la novela de Icaza no habría conquistado la fama que tiene, si en ella se hubiese **abusado** de escenas de malacrianza y de palabras sucias.

Pero conozcamos las «palabrotas sucias» de que Carrión abusa con la autorización de mata. El benévolo y comprensivo lector ha de justificar el que las mencionemos por una sola vez, en modo absolutamente excepcional, por ser necesario penetrar en la esencia de la escuela literaria de Benjamín Carrión. Ellas son: 1, cabrón; 2, carajo; 3, jodido; 4, mierda; 5, pendejo; 6, pendejada; 7, puta; 8, emputecida. Muy difícil nos es contar las innumerables veces que, abusivamente, se emplean algunas de estas ocho palabras en cada página de la obra de Carrión: quien quiera conocer su número con exactitud matemática, no tiene sino que preguntárselo a mata, que ha formado, para su deleite, un "risueño inventario, por páginas".

Como se ve, no obstante la presencia de dos voces derivadas, **no llegan diez** las "atómicas malas palabras" según mata, y las "mejores del idioma" según el Director de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoria". Su uso y abuso es la suprema aspiración cultural del "quehacer que, por vocación le estaba asignado" a Carrión. Escriba quienquiera una novela, un cuento, un relato, incluya en cada párrafo una, dos o tres de estas palabrotas, y habrá perfeccionado una obra maestra de la "escuela benjamínico—matosa" comprendiéndose entonces por qué Jesús no vuelve. El alumno de enseñanza secundaria —y tal vez primaria— que no emplee estas palabras estaría inficionado de esa **"endemia** de la que con frecuencia nos hemos ocupado —dice Carrión— y *de la que la juventud nacional debe defenderse, antes de que el mal cobre mayor fuerza y aparente significación"*. Por lo tanto, el alumno que no use y abuse de las malas palabras, como lo hace el Maestro y "encauzador" de nuestra cultura, debe ser castigado con notas bajas y la pérdida del año.

Como justificación o explicación de ese abuso, asegura Carrión que la docta Corporación de la Academia "nos ha autorizado para hacerlo, tras largas y sesudas disquisiciones". Abramos pues los diccionarios. Respecto del vocablo 1, el diccionario de la Real Academia y la Enciclopedia Espasa dicen: "macho de la cabra", y como segunda acepción: "el que consiente el adulterio de su mujer. Como tercera acepción en España y primera en Chile (y debería añadirse "en el Ecuador"), significa: "rufián". Los vocablos números 2 y 3 *no se hallan en ningún diccionario;* por consiguiente, no pudo ser objeto de ninguna clase de disquisiciones de los académicos; o, si lo fueron los rechazaron. Conviene que el señor Presidente de la Casa de la Cultura ejerza todo el influjo de su alto cargo hasta obtener que

lo acepte la Academia con todos los significados que pueda tener. En sustitución del vocablo número 4 se emplea con menor vulgaridad la palabra "excremento", que mata debe recordar todos los días. El vocablo número 5 tiene en Colombia el significado de "hombre pusilánime y cobarde", y es frecuente aun en labios de personas cultas. Entre nosotros es sumamente grosero, ya que se le da la primera acepción de "pelo que nace en la pubis y en las ingles". El diccionario Larousse no trae sino las acepciones de "hombre despreciable y cobarde, estúpido o tonto, chiquillo". Sin embargo advierte expresamente: "ES VOZ QUE DEBE EVITARSE". La voz número 6 NO HAY EN EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, ni en el de Larousse. La Enciclopedia Espasa dice: "Dicho o hecho necio — discurso largo o malo. Obras sin orientación y prudencia". En ciertos casos, parece vocablo necesario. El origen etimológico del vocablo número 7, que recuerda la Academia, es digno de mencionarse: "Del ant. **pudta,** del latín **putida,** hedionda".

¿A qué se reduce, pues, la vocación de Benjamín Carrión en beneficio de nuestra cultura literaria, sino al abuso de ocho palabras groseras, sucias y hediondas? La variedad es un requisito imprescindible en toda obra de arte. ¿Podrá decirse que hay variedad estética en el empleo casi constante de alguna de esas miserables ocho palabrejas, que han sido escogidas para fundamento de una nueva escuela literaria? Carrión ha olvidado ciertos vocablos soeces que el vulgo ignorante, especialmente cuando se presentan los efectos de una borrachera, usan aun con mayor frecuencia que varios de los ocho célebres vocablos: procure no olvidarlos en la próxima edición de su POR QUE JESUS NO VUELVE, para, por lo menos, no fatigar demasiado al lector con el constante sonsonete de un reducidísimo vocabulario soez.

En este punto conviene transcribir algunos párrafos de la presentación que se lee en la solapa de POR QUE JESUS NO VUELVE, y que, por las coincidencias con el estilo del doctor Benjamín, parece que él mismo la hubiera redactado: «De los escritores latinoamericanos, Benjamín Carrión es uno de los más conocidos y apreciados en los círculos literarios de América y de Europa. Su vasta y calificada producción en los campos de la crítica, el ensayo, la biografía y el periodismo, le ha valido el renombre de que goza. Es la suya, una vida íntegramente consagrada al quehacer que, por vocación, le estaba asignada, la cultura. Y a ésta se ha dedicado con amor, con fé (sic), con pasión. No sólo como escritor y encausador (sic), Benjamín Carrión es un benemérito de la cultura y es, sin duda, uno de los más altos exponentes de la intelectualidad ecuatoriana e iberoamericana..» — «Encausador» es el que entabla una causa o enjuicia a una persona. ¿A quién enjuicia Carrión? ¿tal vez a los que no quieren usar su vocabulario malhablado? Si quiso decir que su vocación es la de dirigir

la cultura por el «cauce» de las malas palabras, debió escribir: «encauzador», transformando la c de cauce en **z.** El contexto nos induce a creer que quiso decir «encauzador» como un mérito adicional del «escritor», y que la **s,** si no es **solecismo** del escritor, es un **gazapo** del linotipista. Por donde se ve claramente que no son «espantapájaros» el solecismo ni el gazapo cuando se quiere decir una cosa y no «ótra» (sic), esto es, cuando el idioma cumple su finalidad de expresar una idea cualquiera con precisión. La obra de don Antonio de Balbuena, aunque «fria», es de absoluta necesidad por mucho que el doctor Carrión crea lo contrario.

«Esta vez —prosigue la autopresentación, cuyo autor se delata por el acento en «fé» y en «ótras» y por las palabras «cosas» y «capacidad» que son de su predilección—, el libro que viene a acrecentar la numerosa lista de sus obras, es una novela. No es la primera de Benjamín Carrión. En su juventud escribió: El Desencanto de Miguel García, obra un tanto pospuesta, acaso por la magnitud de las ótras (sic) que el autor produjo con posterioridad....; pero valiosa en cuanto ponía de manifiesto su **capacidad** narrativa y su penetración psicológica, así como su habilidad para urdir la trama....; cualidades que en esta nueva, se advierten en plenitud....»

Preguntábanos un estimado amigo qué tesis, qué propósito revela la novela. Francamente no supimos responder en seguida; y aunque intentamos descubrir alguno, sólo nos vino a sacar de dudas la misma presentación de la novela, en que se lee: «Trátase de un **enfoque de algunos sectores de nuestra vida social,** en forma descarnada, dura y a las veces cruel. Con todo, no es un libro amargo ni áspero y no lo es porque **enfoca la buena y la mala vida, la alta y la baja,** en todos los sentidos de estos términos; pero con un vivo anhelo de mejoramiento, de verdad y justicia, de purificación. Es una **sucesión de cuadros, de escenas, de personajes** tratados e iluminados con gran acierto, desde los más puros y limpios, hasta los más tenebrosos y repelentes. Es un libro polémico. Suscitará, sin duda, resquemores y críticas de quienes no estén de acuerdo con el autor en su manera de ver, apreciar y decir las **cosas** —esto es en el contenido y en la forma— así como aplausos de quienes compartan sus puntos de vista fundamentales, aunque discrepen en detalles. En todo caso, es un libro escrito con maestría y con desusado valor, sin ambages, ni reticencias».

Nosotros diríamos que es la obra en que quiso intencionalmente —de acuerdo con las normas de su «escuela»— hacer un abusivo y ofensivo alarde de patanería, y cuyos propósitos de «mejoramiento, de verdad y justicia, de purificación» —si los tuvo— quedan hundidos en el cieno de lo grotesco. Con ocho «malas palabras» no puede defenderse ninguna causa. Reconocemos que la novela contiene algunas observaciones acertadas y hasta luminosas; pero pasan de-

sapercibidas entre un léxico abusivamente vulgar no sólo en los diálogos sino aun en los párrafos narrativos, donde el lector debería hallar siquiera unos momentos de placidez literaria. Ciertas interjecciones no tienen otra explicación que un descontrolado prurito de emplearlas aunque las rechaza la espontaneidad del diálogo. Todo esto explica la frialdad e indiferencia con que la obra ha sido recibida sin provocar las esperadas polémicas ni los apetecidos aplausos.

¿Y qué decir respecto del argumento de la novela? El propio autor nos da a entender en su presentación, que sólo se trata de «un enfoque de algunos sectores de nuestra vida social», y que ese enfoque fue hecho a remiendos y pedazos. En el prólogo que no es prólogo, dice: «Este libro aparece a los treinta y cinco años de haber sido concebido en su intención y su plan. En un libro mío publicado en Madrid, mientras residía en Francia, en la página en que se anuncian **Obras del Autor,** aparece en primer término y entre interrogaciones ¿Por qué Jesús no vuelve? Año 1929». (¿Interrogaciones o **signos** de interrogación?).

«Adopté —prosigue— inicialmente la fórmula del cuento. Pero este relato se fue alargando, en muchos años». (Casi como un «cuento de nunca acabar»). «Acaso no tenía —no tengo— la **capacidad** del remate, precisa en el cuentista. Luego, viajes, retornos fugaces a la provincia natal. Mi entrega total a grandes empresas de cultura. Las dos guerras mundiales .... La Era Atómica.... Todo esto sobre la vida de una generación de hombres, de un hombre dentro de ella nacido. A mi regreso de México, en 1959, al ordenar papeles, encontré el manuscristo, muy avanzado ya. Lo revisé, lo actualicé, lo terminé.... Al escribir este libro, he sido consecuente con una posición y una lucha permanentes. Así fui, así soy. No me he compuesto; eso es todo. Y declaro: creo haber hecho un libro puro, sincero, sano... ¿Lo demás? Bah.... B. C.». (¿Qué es «lo demás», por favor?).

El «Doctor de las COSAS».— Personas hay que tienen un tic nervioso ora en un párpado, ora en la nariz, ora en los labios. Se nos ocurre creer que el señor doctor Benjamín Carrión tiene la palabra «cosa» como una especie de tic en la punta de la lengua. Y tan fecunda es su "capacidad" para aplicarle una infinita variedad de ideas y de epítetos, que el lector ha de convenir en que se debe conferirle, por aclamación, el doctorado también en esta especialización. Creemos que no habrá desperdicio de tiempo en hacer la siguiente enumeración, ni de papel en imprimirla si con ella vamos a descubrir una de las características —que no nos atrevemos a encomiar como «mérito» ni a censurar como «defecto»— del estilo literario del señor Presidente casi vitalicio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y que los jóvenes parricidas de Montalvo y de todos nuestros mayores, deberían adoptar como parte de la nueva cultura que quieren darnos.

Ya en la presentación de «Por qué Jesús no vuelve», se mencio-

na su «manera de ver, apreciar y decir las **cosas**». Parece que en la provincia de Loja hay una materia prima para la fabricación de escobas, conocida con el nombre popular de **"cosa-cosa"**. En esas escobas puede tal vez hallarse el origen de este tic. Página 18: ....«barrieron con grandes escobas de **cosa-cosa,** el suelo debajo de los árboles». Pág. 21: «....apurar al caballo, así, dulcesito, no sea **cosa** que se asuste». 22: «Veía a Lucía.... en trajecito de baño, entre las aguas del río, con las ropas mojadas —(secas no podían estar)—, pegaditas al cuerpo, los muslos gordezuelos, los senitos puntones.... **Cosa** del Diablo. Y me dormí». 24: «Una ocasión, **cosas** de la bandida de mi prima —que le coqueteaba su poco al frailecito—....».

Página 26, en un solo párrafo: «Pero el Padre Andrés era otra **cosa** ... La **cosa** había ocurrido ... Aquella terrible **cosa** . . .» 27: « ...debe explicar algunas **cosas** ... te buscaré otras **cosas** ... Me aconsejó **cosas**....» 28: «La otra **cosa** que quiero aclarar....» 29: «Vamos a ver la **cosa,** anda.... «Y, **cosa** rara....» 31: «Me contó **cosas** y **cosas**».

En la página 33, buscando **"cosas",** encontramos ésta: «A veces tenía que sentarme a descansar de la pesada carga de tanta inteligencia. ¡Qué hacer contra ello, Dios mío! Era inteligente infeccioso, contagioso, epidémico, incurable. Todo lo que yo tocaba, se volvía inteligente: libros, amigos, sillas, escritorios, pupitres. ¿Resultado? Que fui, casi siempre, un alumno mediocre en la mayor parte de materias. Especialmente en gramática y literatura».

34: En un mismo párrafo: « ...se lo llevaría el Diablo como **cosa** propia. En cambio, esto de **socialista,** sí que debe ser bien fregado.... eso es **cosa** de cholos mugrientos, piojosos, muertos de hambre ...» 35: «**cosa** terrible, un socialista.... **cosa** muy grave....: tenía fe en mí». 38: «Se refería si había, bueno, si había tenido **cosas** con alguna muchacha.... no nos mentíamos en **cosas** esenciales, tuvimos que confesarnos que nada, nada. Todavía nada». «....**cosas** del colegio ...» 39: «pensaba mal de la **cosa**».... 40: «menos propicio —(¿o propenso?)— a **cosa** de curas que yo mismo....» 43: «¡Qué j.... (voz número 3, en femenino) está la **cosa!...** Pero sabe todas las **cosas** de lo divino y de lo humano. Toditas ... Ojalá no lo echen a perder con **cosas** de memoria. .. Hablaron con mi hermano de **cosas** muy bellas....» 44: «**cosas** literarias... **cosas** literarias.. . **cosa** valiosa ... **cosa** muy buena, pero muy buenísima» (sic). 45: «**cosa** suave». 46: «....platicar sobre todas las **cosas**.... *cosas* más dulces y más tristes....» 50: «dos *cosas* ... Esta segunda *cosa*....» 55: «....gentes y *cosas* de mi casa....» 57: «*cosa* maldita». 58: «,.. lee en español ... esta *cosa* ...» 63: «Muerte posible, familiar y doméstica, convertida con una *cosa* —*cosita* así....» (sic). 65: «semejante *cosa*.... la duda, esa *cosa* asquerosa y babeante». 73: «*cosas* más bellas y radiosas, el prado, los ár-

boles, el río». 82: «con ella la *cosa* fue menos grave». 90: «Yo, ¿lo sospechaban ustedes?, nunca he sabido cantar. Ni tocar bandolín ni guitarra. Nada de Dios en *cosas* de música. Salvo estas orejas sabias y sensibles.... No es *cosa* de tunar.... *Cosa* sacrosanta....»

92: «Cuando la *cosa* se ponía de peligro....» 97: «*cosas* de nuestra camaradería.... tomó las *cosas* con calma.. .» 99: «contaba las *cosas*, esas *cosas* que Ella había hecho y dicho....» 100: «esta confianza loca en las gentes, en las *cosas*.... Pero qué *cosas*...» 102: «me parecía que todas las *cosas* habían sido vistas por mí por la primera vez....» 106: «yo no tomo las *cosas* como tú.... me gusta tomar las *cosas* a lo trágico ... esa fingida ligereza con que presentas las *cosas*.... no sé qué *cosa* de respeto nos mantenía a una grata distancia.... *cosa* superficial». 107: «sufren iguales o parecidas *cosas*.... nuestra *capacidad* de amar.... nuestra *capacidad* de odio....» 108: «eso es otra *cosa*.... habló *cosas*....» 109: «hacía primores en *cosas* de sal y de dulce». 111: «*cosas* así ... era *cosa* asechante, amenazadora». 116: «*cosas* necesarias para la salvación; en versos cada vez más malos, pedíamos *cosas* cada vez más ricas». 117: «las *cosas* esas de los Angeles y los Demonios». 120: «comíamos las ricas *cosas*.. nos acercábamos a la pornografía y tocábamos los límites de la blasfemia... » 120: «esta *cosa* del Diablo.. pienso dos *cosas*..» 121: «*cosas* irremisiblemente malas.. tantas *cosas* qué hacer..» 124: «por sobre todas las *cosas*.. *cosa* dulce y pacífica de «si te ofende tu enemigo en la una mejilla, enséñale la otra ...» 127: «No agrandéis mucho las *cosas* en vuestra imaginación.... cuestiones de fe, de vida, *cosas* ... Se encuentra (sic) las *cosas* más buenas y más bellas....» 128: «Dejémonos de *cosas:* todos los ricos explotan a los que no lo son, en nombre y por mandato (sic) de Cristo». «Y todas las *cosas* de Sansón, de Gedeón, de David, del mismo Salomón ... Tiembla el misterio al recordarlas». 129: «Y esa tremenda *cosa* de las Novísimas —(¿o «novísimos»?)— y Postrimerías».... (que son una sola *cosa*). 130: «Le adorábamos por eso. El nos sabía las *cosas*, todas las *cosas*, esas *cosas*» (sic); «seguro de sus *cosas*».

Pág. 136: «casos y *cosas*.... Cada uno quería referir una *cosa* más j.... (voz número 3) Carita picarona, senitos puntones, ujujui (sic), nalguitas ondulantes, así, así, cholitos... » 137: «claro, cholitos, claro, ella también le coqueteó, así no más, de regresadas a ver, de sonrisitas y, ujujui (sic), de más chocoleo de caderas ..., *cosa* del diablo...» 149: «esas *cosas* que querían hacer y no hacían todavía»; "de esas *cosas*, de besos de la Miche.... de esas viejas chismosas, castamente p..." (voz número 7). 150: "*cosas* bellas y nobles... *cosas* casi lloradas..."

Página 153: "otra *cosa* contada por el suco...." 154: "informe sobre alojamiento, *cosas*.... Solamente las *cosas*, esas *cosas* de los militares.... *Cosas* buenas también.... Cada *cosa* que nos cuenta...." 155: "Pronto deseo entrar en la nueva vida, en las nuevas *cosas*...."

156: «tantas *cosas* que dicen....; pariente suyo, por unos vagos tíos comunes, *cosas* así lejanas....» 157: «¿cómo se miran las *cosas* desde allá?.... licores y algunas *cosas* para *picarse*....» 158: «*cosas* de moda....; *cosas* de gringos.... Verán como suceden las *cosas*....» 159: «*cosas* de Quito». 160: «la *cosa* no es así como así....» 161: «Casi todos son viajados y cada *cosa* que cuentan ....» 165: «Aseo escrupuloso, *cosa* limpia, ambiente acogedor, como reposante». «Es otra *cosa*». 167: «La *cosa* no es así.... Pero esta porquería, esta *cosa* triste... » 168: «....poeta.... Eso es *cosa* grande....; siga contándome sus *cosas*». 169: «Sin drama. Una *cosa* fea, repugnante, triste». 171: «la *cosa* ha sido peor». 175: «Yo te he de contar, cholito, ¡es una *cosa* fantástica!» 176: «Que... me cuentes *cosas*... Mucho he oído de los llapingachos, de las empanadas de morocho, de las «*cosas finas*..» 177: «¡a tu abuela!... Pero eso no arregla las *cosas*...» 179: «Muéstrame bien los sitios y las *cosas*...» 180: «hasta se encuentran *cosas* de aquí...» 181: «Lo conocí en *cosas* universitarias... Los conservadores hicieron muchas *cosas* malas...» 182: "Déjate de vainas ahora y pasemos a otra *cosa*..." 184: "Por allí va también la *cosa*".

185: "las feas *cosas* establecidas por eso que daban en llamar **revolución de Julio**.... Ya ni la esquina ni la plaza servían para esa *cosa* sana y buenota: conversar". 186: "Juan Antonio, vaya *cosas*, cree que la Revolución... es *cosa* para la vida y no *cosa* para la muerte... Y tenía, *cosa* curiosa, una mirada que no rehuía... Y sabía una *cosa* que ustedes y yo ignoramos: escuchaba...; creía saber ver..." 187: "¿El arupo?... Una *cosa* así, mira". "Hay que ver otra *cosa*..."; "ni lo que hace mi hermana son *cosas* agradables...; tratar de cambiar las *cosas*.." 188: "Las feas *cosas* de las viejas brujas chismosas y malditas..." 190: "*cosas* familiares de opulencia antigua". 191: "*cosa* de hombre, c... (voz número 2)". "Cosas que no se dominan ni con Dior y Guerlain.... porque, es una tristeza esto de llevar siempre, siempre, unas cuantas libras de c.... (léase un sinónimo de la voz número 4), por más que.... Y esa *cosa* tremenda: ¿cómo harían Lulú y Totó para amarrarlos a sus novios?" 192: "Eliminaba de sí el odio como anécdota, como *cosa* personal y dolorosa. No, eso no. ¿Qué tenía qùe ver eso con eso?" (sic). 139: "Eso de las flores..., es *cosa* de Catalina". 195: "necesito saber más *cosas* de la tierra". 196: «Son *cosas* de la frontera.... *Cosas* de contrabandistas.... Y eso, ¿cómo era eso? 197: «*cosa* de viejos eremitas urbanos....; achicado y sucio por lo pequeñito del ambiente, por la **cosita** así, de todos los días....» 198: «**cosas** de su pueblo...; Don Juan cobarde, afeminado, que hace adivinar **cosas** sin comprometerse... Esas **cosas** de angustia con acreedores, jueces y alguaciles...» 199: «Mira, hermano, estas vainas de aquí son una gran flauta, una grandísima flauta...; el provinciano curioso de todas las **cosas**...»

200: «las drogas heroicas como **cosa** exclusiva de los intelectua-

les... Esta *cosa* j..., j... (la voz no. 3 en género femenino y repetida en superlativo) de tener plata, bastantísima plata para gastarla en... bueno, una porción de *cosas*... La *bohemia*, esa *cosa* entre romántica y bobalicona... lo reforzaba con la *cosa* más ofensiva y brutal del dinero, del éxito...» 201: «podía hablar de *cosas* altas de música, de libros y de cuadros... ¿Casarse? ¿Virgo? ¿Rico o rica? Para acostarse no más, eso es ya otra *cosa*...» 202: «correspondió su poco a la *cosa*» «P... (voz número 6). ¿Cuándo en Estados Unidos van a fijarse en esas *cosas*?» 204: «Y me pedía la *cosa* de palabra y de obra y... bueno; él entiende poco de *cosas* de mujeres». 205: «No me vengas con *cosas*». 207: «Don Belisario Quevedo... le contaba *cosas*.. El Profesor de Sociología Agustín Cueva, le contaba *cosas*... Todos le contaban *cosas*». 208: «Las *cosas* fueron así...» 209: «Se le atribuían *cosas*...» 210: «pecados inéditos, de esas *cosas* que se hacen en París, en Nueva York, por allí...; «*cosas* de arte, de literatura, de deportes...» «Esa *cosa* indefinible de ser la mujer del hombre más elegante de Quito...»; «contarle *cosas*... pues de Ella»; "*cosas* que son ciertas...; ya supo de qué hablar con él: de las *cosas*, de todo..." 212: "pequeñas *cosas*... *cosas* grandes... no creía mucho en eso de la sal quiteña... Le parecía casi una ofensa que se mantuviera como máximo blasón, el de que Quito es una ciudad chistosa... Negaba la existencia de lo impuro en las *cosas* de la naturaleza y más aún en las obras y acciones del amor..." 213: "vi que las muchachas no tenían en su cuerpo las mismas *cosas* que yo..." "Luego, otra *cosa*, otra distintísima *cosa*...; las *cosas* del amor..." 214: "Y andaba por allí, *cosas* de alisos, de arupos y de sauces, riéndose solito y haciendo en todas partes la mar de p... (voz número 6). De p .... (la misma voz) divinas, desde luego...; y otras *cosas* peores"; "le dijo así las *cosas*..." 217: "*Cosas* feas, muy feas las que se dicen..." 218: la "*cosa*, no llega a diez mil sucres....."; "*cosas*, detalles". 219: "*cosas* turbias". 221: "*cosa* miserable... Esta pobre *cosa* que soy ahora... Ese clérigo maldito, que solamente sirvió para agravar las *cosas* ..." 222: "oculta feas *cosas*". 253: "esas *cosillas* me permitían tener cuenta corriente en el banco"; "*cosa* admirable: un hombre bueno". 225: "Cualquier rato. Cualquier *cosa*. ¿Pero esto? Esto no puede durar". 226: "Una *cosa*: no accionaba con las manos. ¿Cómo? ..." 227: "se iniciaba la *cosa* con chismes, bolas, conjeturas...." 231: "la pequeña *cosa* que era la política....; *cosa* humana y profunda....; combinar *cosas*, conspirar...." ¿Después? Ya se vería.... Cualquier *cosa*. Ya saldrá. Lo esencial es botar a estos de ahora. Cualquier *cosa* ha de ser mejor que ésto"; "la *cosa* andaba muy bien...." 232: "*Cosas* que se dicen.... *cosa* invertebrada, pueril.... La *cosa* es en la Bolívar.... las gentes que vieron la *cosa*..." 233: "Juan Antonio sabía la *cosa*.. como *cosa* que ya había ocurrido... había hecho *cosas* en su compañía.... van dejando ver las *cosas* ..., con estas otras *cosas*, amores, amigos...."

234: "aire claro de amor entre las *cosas*. . . ." 235: "cuente todas esas *cosas*, toditas esas *cosas*. . . ." 237: "Se daba modos. . . . para arreglar las *cosas* . . ." 238: "tenía sus *cositas*, su bar, sus botellitas. . . . y *cosas finas:* fritada, aguacates, tostado y, como buenos lojanos, mote. . ." 239: "Yo me confesé pero, claro, no dije nada de las *cosas* que hacíamos con la Virginia. . . . Ni p. . . . (voz número 5). . . ." 240: "Pancho siguió contando. . . . *cosas, cosas* y *cosas* (sic). . . ." 241: "*cosas* pecaminosas . . . conversar sobre *cosas*, consultarles . . . esta *cosa* tremenda: hacerte cura". 242: "horrible *cosa*". 243: "esa formidable *cosa* que es la indulgencia plenaria. . ."; "aprendí que las mujeres no tienen las mismas *cosas*, y supe que nosotros no teníamos otras. . . . los muchachos varones. . . ." 244: "*Cosa* horrible que castiga el diablo. . . hacer *cosas* feas. . . . ¿Qué *cosas* feas, taita cura?. . . . Pero el cura con familia, mujer, hijos, no es *cosa* del otro mundo allá. . . . Igual *cosa* ocurre en el norte del Perú . . ." 245: "apresuró las *cosas*". En un sólo párrafo: "*cosas*, p. . . . (voz número 6). . . . una *cosa* siniestra. . . . trae *cosas*. . . .".

246, en un solo párrafo: "*cosas* bonitas . . . *cosas* bien bonitas, son vainas. . . . todas esas *cosas*, mamá, papá. . . . Pero si esto era horrible, horrible, *cosa* del Diablo, mala y sucia. . . . la *cosa* es muy dura. . . ." 247: "yo distingo claramente dos *cosas:* lo cristiano y lo eclesiástico. . . las prédicas de Cristo, son *cosa* buena, humana. . . ." 248: "Lo mío es otra *cosa*". . . 249: "me queda esa *cosa* pura . . . que es la Navidad. . . ¿Cuándo anduvo Jesús exaltando *cosas* contra natura, como eso de la castidad?. . . .; la paternidad de las *cosas* que decía Panchito . . ." 251. "Si esto de Irene es otra *cosa*. Otrísima. . . " 252: "me ha limpiado de malas *cosas* . . . No dijo esas *cosas*. No. ¿Qué había pasado? Nada. *Cosas*. Nuevos escándalos. . . ." 255: "inmunda *cosa:* sacarle dinero a papá. . . El respeta a papá sobre todas las *cosas*. . . ."; "el duelo es una *cosa* ridícula y absurda . . Celos. . . . *Cosa* de sainete. . . . Hay que buscar otra *cosa*, otra. . . ."

256: "Esto que sentimos el úno (sic) por el ótro (sic), ¿es amor? Para mí, ha sido una *cosa* fresca . . " 257: "P . . . (voz número 6). *Cosas*. . . ." 258: "el hígado, *cosas* de esas. . ." 259: "Mil de *cosas*. . . . se tapan bien esas *cosas*. . . . Oye, ñaña, ¿sabes una *cosa?*. . . . *Cosa* que la mamá, que estaba contentísima también, tuvo que decirle que no sea tan exagerada. . . ." 260: "Habían ocurrido *cosas*, qué diablos, *cosas*. . . . han denunciado la *cosa*. . . . administre sus *cosas* durante su ausencia y, *cosa* rara, sin aparentes exigencias económicas . . ." 269: "*cosa* grande, claro, esta de graduarse de médico". 268: "Una *cosa* era cierta, indudable: al día siguiente. . . ., saldría para Loja".

272: ". . . .el mar. La única *cosa* del mundo que no desilusiona. Porque así es de grande, así es de mar. La *cosa* que deja cansadas las palabras. ¿Quién le puso ese nombre, mar?. . . . En Quito, las demás *cosas*, esas *cosas*. . . ." 273: "J. . . . (voz número 3) *cosa*, señor doctor, j. . . . (idem) *cosa*, pero linda, señor doctor. . . ." 274: "la *cosa* no iba

mal.... claro que la *cosa* es bien vainosa.... una *cosa* más fea.... la *cosa* fue bien j.... (voz número 3). Yo andaba en esas *cosas* con la Zarina...." 275: "¡Qué j.... *cosa!*" 276: "un negrito de cuatro años y una negrita de.... ¿dos? *Cosa* así, solamente a la vista". 279: "Mesa costeña, rica de *cosas,* de *cosas ricas*... " 281: "*Cosas* íntimas de la familia.... Todas esas *cosas,* los novios de la hermana, las *cosas* de intereses....» 284: "¡Cómo se ha olvidado en Quito de las *cosas* de su tierra!.... estas *cosas* no hacen mella....» «Mientras el diálogo corriente entre gentes de la arriería, sobre *cosas* y *cosas* de mulas, de hijos, de enfermedades, de mujeres, de lo caro de las *cosas* —siempre, en toda época, en todas partes, las *cosas* caras para el pobre—". 291: "su asombro ante las *cosas*.... Supo de la gran p.... (voz número 6) de los dientes de leche y esa *cosa* tremenda.... de que hay ricos y pobres...." "El que le enseñó las *cosas,* casi todas las *cosas*...." 295: "La cercanía de Loja me ha dado una **cosa** como escalofrío...."

297: «Todo estaba vacío.... vacío de palabras vacías. No, no eran así las **cosas**.... las **cosas** de allí,.... **cosas** planas, desdibujadas, muertas ... No nada (sic).... Querían contarle **cosas, cosas**....» 298: «nunca supo cómo pasó la **cosa**.... Creo que fue por el lado de las campanas. .. ¡Al Diablo con las palabras, contra la inutilidad del diccionario!....» 299: «**cosas** exageradas.... ya sales con tus **cosas**....» 300: «¡Qué **cosas** lindas dice, señor doctor! ¡Qué **cosas** buenas!» 303: «¿quién sabe cómo empiezan estas **cosas?**» 304: «sabe todas las **cosas** de tu vida. .. **Cosas**». 307: «Me vincula a las **cosas**.... En la vida como en el libro no ocurren nuevas **cosas** mientras se está ausente o mientras no se continúa la lectura del libro....» «....nos enseñan muchas **cosas** en el colegio y fuera de él». 309: «ojos lavados para ver **cosas**». 311: «vociferó las **cosas** de siempre». 314: «esas **cosas** bonitas del niñito Jesús, el que la Virgencita de noche, para acostarlo, le decía, presentándole una bacinillita de plata: Jesusito, pichi, pichi, pichi....» «Y esas *cosas* tan dulces, con milagros bonitos..» 315: «las mismas *cosas*.... *Cosas* de esas lindas ...» 316: «dice *cosas* más rajadas que su curita del campo....» «Todo esto y las demás *cosas* hicieron que este muchacho.... llegara a no saber dónde estaba la necesidad y a resolver, sin darse cuenta de ello, el problema de **por qué Jesús no vuelve**....»

Hemos llegado a la página 316 de la novela. Nos faltan todavía 80. Al sufrido lector le bastará saber que hasta aquí hemos transcrito **cosa** de 358 **«cosas»;** y que en las restantes se halla **cosa** de otras 71 más que no son sino repeticiones de las anteriores, salvo la de la página 332, que habla de «la esperanza, esa **cosita chiquita** de que hay que agarrarse para no sucumbir, para que no nos lleve el diablo....»; y la de la página 360, que se refiere a «esa p.... (voz número 5) que es la cortesía....» Total de las «cosas» de «Por qué Je-

sús no vuelve»: 429 en 396 páginas, s. e. u. o. Quien nos pruebe un error o una omisión merecerá nuestra gratitud.

Una buena amiga quiso tomarse el trabajo de contar no sólo las «cosas» de «Por qué Jesús no vuelve», sino también las de "GARCIA MORENO, EL SANTO DEL PATIBULO" y de "EL CUENTO DE LA PATRIA", del mismo autor. Seguramente por tratarse de obras algo más serias, la proporción es algo menor: en 744 páginas de la primera de ellas se cuentan 314, con la particularidad descubierta también en la novela, de que si en una página deja descansar a la palabrita "cosas", en la siguiente se desquita encajándola cuatro o cinco veces.

Le revelamos al lector que empezamos a descubrir este curioso tic, cuando en aquella obra de estricto carácter histórico leímos respecto de doña Mercedes Moreno de García: "En cambio, mi señora Michita era una **cosa** seria. . . ." (Págs. 30 y 34). Luego, observamos que había **cosas** de todo género: cosa noble, milagrosa, imposible, fregada, de contrato, efusiva, de orgullo, odiosa, del diablo, clara, clarísima, terrible, horrible, buena, fea, imbécil, de fondo, amarga, inhumana, horrorosa, dulce, cómica, eglógica, banal, increíble, triste, muy de aprovecharse, adjetiva, de la política, tremenda, de los liberales, trascendental, horrenda, importante, relamida y tontísima, mala, malísima, de mala fe, nefanda, de asesinato y muerte, perdida, pequeña y desagradable, desdeñable, descabellada, trágica, pobre y lamentable, muy dura, curiosa, admirable y santa, la más bella de la vida, escrita, más contra el suelo, nueva, morbosa, incontrolable, deprimente, pequeñita, malsana, propia, delicada, pobre, que vale como cien, parecida, visible, tan absurda, substancial; tamaña, dudosa, muy importante, de alcoba, de sangre y rapiña, paternal y aconsejadora, tan a contrapelo, que vale, normal, de Colombia, de ofensas, evidente, apreciable, rara, tremenda, de la época, vergonzosa, de la religión, demasiado bárbara, contraproducente, impalpable, inusitada, delatora, poco menos que averiguada, de muchachos, trágicamente reveladora, totalmente improbable cierta y solemne. . . . (Hemos empleado el singular en lugar del plural en algunos casos por concordancia).

Caso típico del empleo de la célebre palabra es el siguiente: «Aun el cambio con el nombre de discutidos caudillos muertos, es poco recomendable, porque al fin y al cabo, esos **desbautizamientos,** tienen una secuela de cambios que es **cosa** de nunca acabar. Pero cuando son en humildoso homenaje a los tiranos en vigencia (sic) o, **cosa** muy común, es por imposición de ellos mismos, la **cosa** rebasa los límites de lo rídiculo». (Pág. 208). Y rebasan también de lo mismo cuando al abrir un libro se tienen ante la vista, simultáneamente, cinco o diez "cosas", como sucede por ejemplo en las páginas 68—69, 208—209 y 510—511 de "El Santo del Patíbulo" con cinco «cosas»

en cada caso; y en «Por qué Jesús no vuelve», con diez «cosas», ni más ni menos, en las páginas 186—187, con nueve en las dos medias páginas 232—233 y en las páginas 244—245, y con seis en la sola página 260.

En las 237 paginitas de «El Cuento de la Patria», ¡oh sorpresa!, se descubren apenas ocho «cosas». Aparte de algunas intrascendentes, he aquí las principales: «Yo creo que el cuento de la Patria es una **bella cosa".** (Pág. 26). Insiste en la página 29: «Es **bella cosa** el cuento de la Patria». Y en la siguiente añade: **«El cuento de la Patria tiene cosas muy bellas».** (Pág. 31).

«GARCIA MORENO, EL SANTO DEL PATIBULO».— Muy acertado es el título de esta obra de carácter histórico, y nos complacemos en reconocer sus méritos: clarividencia en la interpretación de ciertos documentos y en la comprensión de muchos hechos.

Por desgracia, no podemos pasar por alto ciertos defectos que opacan esos méritos. «El campeón de los errores» se lo llama en un insignificante opúsculo, que Benjamín Carrión debió rebatir, por consideración para con la opinión pública, reconociendo la ligereza con que había incluido en su obra auténticamente histórica, ciertos detalles erróneos e intrascendentes que en nada afectan a las gravísimas acusaciones contra García Moreno, que aquel opusculito ni siquiera intenta refutar. Es verdad que, particularmente en los primeros capítulos, Carrión da rienda suelta a su fantasía cuando, por ejemplo, afirma que las hermanas de García Moreno fueron educadas por las Hermanas de la Caridad, olvidando que éstas fueron traídas muchos años después por el propio García Moreno; cuando dice que el padre de García Moreno cayó en tal pobreza que, como «pordiosero» mendigaba «pesetillas y cigarrillos a los transeúntes», y doña Mercedes, la madre, que era «cosa seria», se había «arrastrado a desempeñar los más humildes menesteres, incluso el de lavandera para ganarse unos centavos»; había «llegado a la terrible condición de **pobre vergonzante** protegida discretamente por frailes y conventos....», como «cocinera de tamales y otras *cosas* que mandaba a vender entre las gentes ricas....» (Págs. 41 y 100). Para insistir categóricamente sobre «la tristeza y la desgracia de su madre, de la mendicidad de su padre, tan enfermo ya el pobre viejo, que cualquier día estiraba la pata» (sic), habría sido preciso tener pruebas suficientes, que en realidad no se conocen. Si bien no nadaba en riquezas al tiempo de la niñez de García Moreno, su familia disfrutó siempre de cierta holgura como dueña de alguna hacienda y de una casa en Guayaquil. El historiador que quiera merecer la confianza de sus lectores, debe ser en tal medida meticuloso, que nadie jamás pueda sorprenderle en la más mínima ofensa a la verdad, porque una vez que se le descubra un error injustificable, por pequeño que sea, el lector prevenido empieza a dudar de todo. Para evitarlo, es prudente acudir al documento, a fin de

que sea éste el testimonio de la verdad histórica. Las mejores páginas de «El Santo del patíbulo» son precisamente las más documentadas y apropiadamente comentadas.

Como defecto propio de esta obra, que debería ser absolutamente seria y severa, se advierte una constante tendencia a emplear un léxico familiar y, a veces, demasiado trivial y hasta vulgar.

Débese, por fin, observar, que en algunos puntos, el autor no hace sino repetir sin análisis personal infundios que han llegado a engañar a muchos, como la traición del General Guillermo Franco. En las páginas 417—419, Carrión repite un «lugar común» de nuestros textos de historia, que están reñidos con la verdad. También él habla de la «infamia de Mapasingue» después de confesar que, por parte de García Moreno, «hubo traición ecuatoriana ...., en la que un hombre nacido en territorio nacional, fue a unirse con los que tenían invadida a nuestra patria, para aliarse con ellos. Sí. La hubo. Y con las características más graves: provocación al caos nacional frente al enemigo....» ¿Cómo podían ser ambos traidores siendo enemigos, Franco y García Moreno, y consta que García Moreno fue el traidor? ¿Ha estudiado el doctor Carrión los artículos V, VI, VII y XXXII del mal llamado Tratado de Mapasingue, que no fue un verdadero Tratado ni se celebró en Mapasingue?.... El triunfo de las tropas pastusas comandadas por los dos más grandes traidores y máximos enemigos de Guayaquil, con armamento peruano, contra los defensores de la ciudad, todos ecuatorianos, pues los peruanos la habían abandonado el 10 de Febrero, fue simplemente el triunfo de la perfidia y de la astucia, que tuvo lugar el 24 de Setiembre de 1860. Es obvio que todas las provincias debieron plegar al ejército vencedor para restablecer la unidad nacional después de largos meses del *caos creado intencionalmente, no por Franco sino por García Moreno.* Ingenuo es creer en la sinceridad de éste cuando propuso a Franco la renuncia de ambos al poder, en Marzo de 1860. Sin embargo, Carrión juzga esa propuesta como «un arbitrio inteligente y noble; así haya sido, como efectivamente lo era, para llegar al logro de sus ambiciones. Es un paso de ciudadano valioso y de estadista de aliento, que ha de serle anotado al haber de Gabriel García Moreno». (Pág. 419). Muy diverso habría sido el comentario si el vencedor del 24 de Setiembre hubiese sido Franco y no García Moreno. Escribir en veinte años un libro como "un machete simbólico" para acabar con la personalidad de García Moreno, y hacerle un elogio cuando, precisamente, debíase presentar la culminación de una serie de traiciones y de una guerra civil injustificable, es algo incomprensible y paradógico.

A pesar de sus errores y de sus defectos, puede considerarse esta obra como una contribución importante para la investigación histórica.

"El pensamiento vivo de Montalvo".— La importante Edito-

rial Losada, de Buenos Aires, encargó a Benjamín Carrión la selección y presentación de escritos montalvinos, que publicó en 1961 con el título de «El pensamiento vivo de Montalvo». Acaso, lo primero que llama la atención de quien ya conoce la mentalidad y el estilo del doctor Benjamín, es la mención que, en las páginas introductorias, hace de «esa *cosa* turbia, tenebrosa, sórdida del asesinato de Sucre»; y de «la rabia montalvina contra personajes y *cosas* de su país y de su época». (Págs. 12 y 22). Se refiere al historiador jesuita Velasco como a nuestro «primer novelista» (pág. 13). Sorprenden, luego, las faltas de ortografía en las palabras «soldade**z**ca» en una cita que hace de Gabriela Mistral, y «rebo**z**ando» en otra de Montalvo. (Págs. 18 y 33). ¿A quién debemos inculpar de estas faltas, a Gabriela Mistral y Montalvo, maestros del idioma; a los linotipistas de la Editorial Losada, o al escritor que suele menospreciar los gazapos? En el monosílabo «no» se halla una tilde indebida (pág. 35). En citas que hace de don Miguel de Unamuno, se permite alterar la puntuación. Don Miguel escribió: «Los insultos ¡sí! los insultos»; «Esto ¡el insulto!. . . .» en su prólogo de Las Catilinarias. Carrión modifica: «¡Los insultos sí!»; ¡Esto el insulto!» (Págs. 23 y 24). Nimiedades, se dirá. ¡Sí! Nimiedades que afectan al estilo y aun al sentido idiomáticos. El escritor responsable debe ser escrupulosamente fiel en sus citas respetando hasta los signos de puntuación.

Carrión se hace eco de ciertas críticas de los adversarios de Montalvo cuando alude a los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes» como «un *alarde purista arcaizante*''. (Pág. 22). Don Gonzalo Zaldumbide las refuta al comentar esos mismos Capítulos en los siguientes términos: «No es, desde luego, sistemática reconstrucción del habla de Cervantes, ni cuidadoso y sapiente empleo de sólo palabras y giros de la época. Donde otro hubiera emprendido obra retrospectiva de gramático o de *purista arcaizante,* Montalvo *se mueve con el señorío y libertad de quien se halla en su elemento, hablando su lengua nativa.* Prosa de suyo cervantesca, la prosa de Montalvo reclamaba, para completar la ilusión de su edad de oro, un asunto contemporáneo, una materia condigna. De este modo aparece aquí como respirando su ambiente propicio, en medio de objetos, ideas y sentimientos familiares a su alcurnia espiritual, en medio de hazañas, lides y preseas propias al decoro de su rango. . . . ¡Cómo se presta su lengua al boato señoril, al énfasis noble, al ademán de cortesanía, y rendimiento caballeresco; y cuán bien le va toda aquella ciencia de la caballería, aquel entender de códigos, tradiciones, heráldica y protocolo de los andantes! ¡Con qué visible deleite y cuán donosa maestría remueve y vierte el tesoro de su erudición anticuada y sonriente! Pero esta lengua en que se miran y confunden los más claros modelos, no es la de Cervantes sólo. *Es la lengua, es el estilo de Montalvo,* adecuados a materia cervantina. Son el estilo y la lengua de los **Sie-**

te Tratados y de la **Geometría Moral**.... Montalvo, **más que cervantista, fue quijotista....»** («Montalvo», Ed. Garnier, págs. 92–93 y 97).

Repitiendo afirmaciones ajenas, Carrión escribe: «Francamente, sin intención de rebajar a Montalvo —son idólatras mediocres quienes pretenden que su ícono sea un paradigma de virtudes y excelencias, de valores y sabidurías— podemos afirmar que *no es un filósofo, un pensador, un maestro de ideas.* Su aporte original al conocimiento es seguramente bastante escaso. No nos ha dejado una ordenación de conceptos, una teoría, un sistema. Tampoco ha hondado (sic) en el estudio y la comprensión de la filosofía, ni se ha afiliado a ninguna línea orgánica de interpretación del mundo, la vida, el hombre. No es, pues, un metafísico, ni un filosófo del conocimiento, ni siquiera un esteta o un moralista, con sentido de ordenación y sistema.... Para la búsqueda de casillero escolar, dentro del pensamiento universal, nos pondrían en apuros si nos exigieran una afirmación sobre si es idealista o materialista —sentido filosófico— un lógico o un agnóstico.... Con nuestro gran **luchador** fracasan todos los empeños de catalogación vigente....» (Pág. 25–26). Negar a Don Juan su comprensión del mundo, la vida y el hombre; negar su calidad de idealista, moralista y esteta, es una muestra de evidente ceguera. Sólo faltaría que se añadiera que fue, casi, casi, un **luchador de catch as can** carente de pensamiento y de toda filosofía....

Carrión no pudo menos de reconocer la responsabilidad decisiva de Montalvo en el «ajusticiamiento» de García Moreno, pero todavía no ha logrado dilucidar si el tiranicidio es un deber sagrado de humanidad y de patria, o un vulgar hecho criminoso, predicado por un sujeto de quien no se sabe si fue idealista o materialista. «El pensamiento de un escritor —dice—, cuando es capaz de producir en otros espíritus reacciones semejantes, que llevan a la heroicidad **o al crimen,** es, sin duda, **un pensamiento vivo».** (Pág. 31). Muy probablemente lo juzga un crimen, puesto que califica de **demoníaca** la célebre exclamación montalvina: «¡MI PLUMA LO MATO!» ¿Deberá entonces el lector arrojar este libro de sus manos como un tizón del infierno por su título «demoníaco?».... (Pág. 29).

En cambio, el sacerdote español José Ignacio Vara —pensador profundo él mismo— dijo de Montalvo que es «Hombre que actúa y piensa sobre principios, más en una línea emocional-vitalista, que en una línea propiamente lógica. De aquí que, si entendemos por filósofo al que ha logrado un pensamiento sistematizado, en pasos engarzados precisamente, Montalvo no es filósofo. Pero si entendemos a la significación más platónica de la palabra de filósofo como *buscador de la verdad y amante de ella a la vez, Montalvo sí puede y debe ser llamado filósofo....»* («Mi visión de Juan Montalvo», en «Revista de Casa de Montalvo», No. 65, pág. 26). Recuérdese el juicio que, a

este respecto, emite el doctor Juan Viteri Durand, y que transcribimos en la página 70 de este libro.

Otra censura que ciertos elementos de extrema izquierda endilgan a Montalvo, es la de no haberse declarado comunista, porque ya en 1848 Marx y Engels habían lanzado su célebre «Manifiesto». Mas, ¿por qué no endilgan la misma acusación a todos los pensadores y escritores europeos y americanos del siglo pasado —Víctor Hugo, Lamartine, Sarmiento, Rodó, Martí,— que no hicieron la profesión de comunismo que le exigen a Montalvo?

Don Juan no fue un simple teórico de doctrinas. Como expositor de principios en estructurados textos didácticos, sus obras habrían, tal vez, solamente aumentado el número de volúmenes de las bibliotecas, pero no habría llegado a cumplir su vocación de apóstol del pueblo. Fue un soldado que empleó sus armas con miras a la solución práctica de los más impostergables problemas contemporáneos de su patria. Ridículo habría sido que escribiera, por ejemplo, sobre sindicalismo en un país todavía sin industrias ni obrerismo. ¿Cómo habría podido hablar de Reforma Agraria donde era preciso predicar antes la libertad de conciencia y de expresión? A quien consagró toda su vida con los destellos de su pensamiento y la seducción de su lenguaje, y abrió nuevos rumbos a nuestra tambaleante vida republicana, se le buscan sombras para rebajar su figura. ¿Por qué no se buscan esas sombras en personajes siniestros de nuestra historia? ¿Fue filósofo García Moreno? ¿fue pensador? ¿fue maestro de ideas? ¿Es filósofo Velasco Ibarra? ¿es pensador? ¿es maestro de ideas?

No basta que Montalvo haya profesado una filosofía: habría debido crear **una nueva filosofía** para que se dignen concederle el título de filósofo. Pero olvidan que los del Liberalismo por él proclamados en un ambiente de tinieblas y de opresión —Libertad, Igualdad y Fraternidad— son principios universales no sólo de vivencia permanente, sino de evolución constante en que hallan perfecta cabida las más altas aspiraciones de un bien entendido socialismo.

Con su peculiar menosprecio por la exactitud histórica en circunstancias que juzga de detalle, Carrión escribe: «. . . . en 1862, en que se reunió la Asociación Internacional del Trabajo, que fundó la Primera Internacional, Montalvo estaba en su apogeo de producción, en París, centro de Europa: tenía treinta años . . . » (Ib. pág. 32). Evidentemente, Carrión está bien informado acerca de la Internacional, pero olvida las fechas de las andanzas montalvinas. El año de 1862 Don Juan no se hallaba en París, sino en Ficoa o Baños: había regresado de Europa en septiembre de 1860 como lo testifica su bien conocida carta dirigida a García Moreno desde Bodeguita de Yaguachi. Hasta 1865 se entretuvo afilando su pluma para «El Cosmopolita» y dando rienda suelta a las exigencias de su corazón enamorado.

Pero, a pesar de todo, la grandeza del espíritu de Montalvo, no

deja de subyugar a Benjamín Carrión. «Pocos hombres de América —dice— tienen más **vivo** el pensamiento que don Juan Montalvo. Muchos de los movimientos libres de la mayor parte de nuestros países han requerido el respaldo de su alto patrocinio, y han utilizado el ariete demoledor de su diatriba contra los tiranos y las tiranías que, como yerba mala, se multiplican en América aún después de las guerras mundiales para la liberación del hombre ... En el Ecuador, en el Perú, en Colombia, en la misma España —ya lo dijo Unamuno—, en todos nuestros países, aún don Juan Montalvo, como el Cid, después de su muerte, sigue librando y ganando batallas. Y en este caso no habrá quien reclame el que se cierre «con doble llave» el sepulcro del **Maestro.** Ahora nos es, como siempre, y más que nunca, necesario....» (Págs. 35—36).

¿Cómo se explica que sea, como siempre, y hoy más que nunca, necesario un MAESTRO que «no es un filósofo, un pensador, un **maestro** de ideas»....? La explicación de esta palmaria contradicción puede tal vez hallarse en cierto prurito por divagar sentando o repitiendo afirmaciones vagas o sin fundamento, imaginándose que en ello hay originalidad de pensamiento...

Y preguntémonos ahora: ¿es filósofo, es pensador, es maestro de ideas el señor doctor Benjamín Carrión? ¿Ha creado alguna nueva filosofía? Aparte de su escuela en favor del abuso de las malas palabras, ¿cuál es su «pensamiento vivo»?

"El Cuento de la Patria".— Tal es el título de un nuevo ensayo del señor doctor Benjamín Carrión. Para ser más consecuente con su peculiar modo de emplear la palabra «cosas», habría debido titularlo «El Cuento de la Cosa Patria», según la menciona en la página 709 de su «García Moreno, el santo del patíbulo». Para él, la Patria es, por lo visto, no sólo una «cosa» sino también un «cuento», aunque entre paréntesis añada el subtítulo: «(Breve historia del Ecuador»).

Respetando, desde luego, sus gustos, confesamos que, en este caso, no nos agrada el vocablo «cuento», porque supone la idea de «ficción», y acepta significados que no se compadecen con el concepto de Patria, como chisme, enredo, quimera, chascarrillo, conseja, que dan lugar a las expresiones siguientes: «cuento de viejas», por relato falso y fabuloso; «cuento del tío», por estafa; «cuento de nunca acabar», por cosa interminable; «dejarse de cuentos», equivalente a «dejarse de cosas», expresión esta última, en que cosas y cuentos vienen a dar en sinónimos.

La Patria es una realidad viviente que nada tiene de ficción. Es verdad que ciertos pueblos cimentan su origen en alguna fábula. Fundadores de Roma fueron, según una leyenda, Rómulo y Remo amamantados por una loba. La raza judía es unida y fuerte porque siente su vocación de «pueblo elegido» por Jehová y organizado por Moi-

sés. Los diálogos de Abraham y de Moisés con Jehová, de donde nace esa vocación, para unos son hechos históricos, mientras para otros no son sino leyenda. Pero a ningún romano se le ha ocurrido escribir el «Cuento de Roma», ni a ningún judío «El Cuento de Israel».

Carrión empieza su cuento con las siguientes palabras: «Pienso yo —y he tratado de sustentarlo— que las patrias se nutren y mantienen más de la leyenda que de la historia». (Pág. 7). No conocemos ninguna leyenda que nutra y mantenga esa Patria que se llama «Estados Unidos de Norteamérica»: su origen nada tiene de legendario; su engrandecimiento es, figurada e hiperbólicamente, legendario por la rapidez con que ha tomado en sus manos el cetro del mundo frente a viejas naciones de Europa y de Asia cargadas de leyendas y de historia.

Para robustecer la nacionalidad ecuatoriana, no debemos acudir a leyendas inverosímiles y tan desconocidas que su divulgación actual equivaldría a una ficción creada en nuestros días. La nacionalidad ecuatoriana tiene su origen en el Reino de Quito y en la Real Audiencia del mismo nombre, y sería contrario a ella afirmar que el Reino de Quito es una leyenda o cuento para niños. Lo verdaderamente importante es demostrar que nuestra Patria constituye una realidad pujante, una nacionalidad sólida en la unión de sus hijos para la consecución del progreso, dueña de una cultura ascendente y acorde con la era del átomo; y que, por lo mismo, el Ecuador no es materia de un cuento, ni su historia puede confundirse con una fábula.

Lo desacertado del título del ensayo da una idea de lo desacertado de su contenido. Prosigue, en efecto, el prólogo: «Singularmente en la edad niña de las patrias, cuando el misterio y el juguete (sic), la magia y el mito, son indispensables para engrandecer e iluminar la realidad; eso que pomposamente llaman **la verdad histórica** que, en la primera época de nuestra vida, no tiene documentos en que apoyarse, como no sea en las leyendas y —cuando se quiere hacer ciencia antropológica interpretativa— los datos de la arqueología y la paleontología. . . .» (Pág. 7). Aun en el supuesto caso de que la leyenda fuese indispensable en la «edad niña de las patrias», es absurdo que se quiera convertir en leyenda cada uno de sus hechos comprobadamente históricos, inclusive los que tuvieron lugar hasta el día de ayer, que es lo que, aparentemente, intenta el ensayo del señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Afirma que cree «en la fábula de Herodoto, gran fantaseador y **Padre de la Historia**». Como «artículo de fe» cree en la Ilíada y la Odisea»; en «la bellísima fábula de Rómulo y Remo». . . ., en «la **verdad fabulosa** (sic) del nacimiento de Moisés, abandonado por su madre en la corriente del Nilo, y salvado por la hija de Faraón. . . . (Pág. 8). Pero demasiado tarde es ya para que los ecuatorianos tratemos de formar leyendas con una nueva Ilíada u Odisea en quichua;

con una fábula de Rómulo y Remo shyris amamantados por una llama; con un Moisés abandonado en las aguas del Machángara. Demasiado tarde es ya para que nadie intente hacernos comulgar con ruedas de molino. «Nosotros —añade— tenemos, afortunadamente un maravilloso recolector y contador (sic) de la leyenda patria: el Padre Juan de Velasco». (Ib. pág. 10). «Contador» es quien lleva cuentas. Quien crea cuentos es "cuentista", que no siempre es vocablo elogioso. "Contra él —se lamenta— se ha lanzado, en jauría, toda la mediocridad de los historiadores graves, austeros y verídicos .... Lo han tratado de mentiroso, de fabulador, de tejedor de farsas .... Velasco, *el primero y más grande de nuestros historiadores* —yo llegué a nombrarlo (sic) (dice Carrión) *el primer novelista ecuatoriano*— se dedica a encontrar el pasado heroico y glorioso de su patria ..." (Ib. pág. 10–11). Al pie de un retrato del jesuita, Carrión repite la leyenda: "El Padre Juan de Velasco: El primero y más grande de nuestros historiadores. Yo llegué a nombrarlo el primer novelista ecuatoriano". (Existía ya el Ecuador como tal en el siglo XVIII?)

Por otra parte, en su ensayo Carrión cita catorce veces a González Suárez llamándole "Sacerdote ilustre" (pág. 58), "sabio historiador" (pág. 145), "sabio Arzobispo" (pág. 159), y, por fin, *«el más grande historiador de nuestro país»*, (pág. 161).

Según Carrión, tenemos pues, "dos máximos historiadores", uno de los cuales es, además, "el primer novelista ecuatoriano". ¿Cuál de los dos es el **más máximo,** con barbarismo y todo?

Puesto que de Velasco no se conocen sino sus obras históricas, forzoso es deducir que por ellas solas, es, para Carrión, historiador y novelista a un mismo tiempo.

Esta conclusión, impone la necesidad de establecer con toda claridad la diferencia substancial, por obvia que sea, entre la "historia" y la "novela". Historia es la narración de acontecimientos reales dignos de ser recordados, y en los cuales tomaron parte personas de carne y hueso. Para que sea veraz debe ir acompañada de documentos interpretados con juicio sano, imparcial, justo. Obras que narran como ciertos hechos falsos, que ocultan documentos o los interpretan torcidamente, no merecen el nombre de historia. Para que la Historia sea realmente "maestra de la vida de los pueblos", es indispensable que se someta estrictamente a los dictados de la Verdad. El escritor que, a sabiendas, quebranta esta norma, no pasa de ser un embaucador que jamás será digno del título de "historiador".

La novela, en cambio, es el relato de hechos ficticios. El novelista no tiene otro límite que el que le señala su fantasía de acuerdo con el fin que se propone. Naturalmente, en las novelas de carácter histórico, el relato debe ambientarse dentro de las circunstancias de tiempo, lugar, personajes, costumbres, etc., de suerte que el lector pueda distinguir lo ficticio de lo histórico. Las obras de ficción se hallan más

distantes de la mentira que de la realidad desde el momento que la novela o el cuento se presentan como tales, es decir, como frutos de la fantasía; y a nadie ha de ocurrírsele tildar de falsario a un buen novelista, a un hábil cuentista. ¡Pero tampoco puede calificársele de «historiador»!

Muy diverso es el caso del «cuentista» en el sentido peyorativo del vocablo, o forjador de relatos reñidos con la verdad, que quiera presentarlos, no como cuentos, sino bajo la carátula de verdadera historia: ese tal es un simple «mentiroso, fabulador, tejedor de farsas»..

En este punto debemos confesar que hallamos inexplicable la actitud de Benjamín Carrión cuando, por una parte, censura a «toda la mediocridad de los historiadores graves, austeros y verídicos», que, «en jauría», tildan al jesuita Velasco de «mentiroso, de fabulador, de tejedor de farsas», y, por otra, él mismo le califica de «primer novelista ecuatoriano». Llamar novelista a un escritor que se presenta como historiador, equivale a estigmatizarlo de «mentiroso, fabulista y tejedor de farsas», que es precisamente lo que Carrión hace con el jesuita Velasco, ¡a modo de elogio!

Tampoco podemos comprender la mofa que hace de «los historiadores graves, austeros, verídicos, sesudos y documentados», siendo él mismo un historiador digno de respeto cuando en sus obras históricas relata verídicamente los hechos, cita documentos o los comenta sesudamente. ¿O preferirá, tal vez, que se le califique de «novelista», también, por algunos pasajes de su "Santo del patíbulo" y por su "Cuento de la Patria"?

El jesuita Velasco y el ilustre ex jesuita González Suárez coinciden entre sí respecto de las normas que debe seguir el verdadero historiador, en la misma medida en que ambos se apartan del criterio del doctor Benjamín Carrión.

Estampó Velasco en el Prefacio de su "Historia del Reino de Quito": "Si el escritor debe ser verídico e ingenuo (sic), por *no dar una fábula por historia;* para *no exagerar más de lo justo* (sic) lo favorable, y para *no callar o desfigurar maliciosamente lo contrario,* puedo comprometerme a esta parte.... Un historiador *debe ser filósofo y crítico verdadero* para conocer las causas y los efectos naturales de los objetos que describe, y para *discernir en el confuso caos de las remotas antigüedades lo fabuloso, lo cierto, lo dudoso y lo probable, calidad que confieso faltarme casi del todo....*" (Pág. 6). ¿Era ésta una confesión sincera o, por el contrario, un anzuelo para captar la ingenua credulidad del lector a favor de las infidencias que se proponía cometer contra los deberes de un historiador veraz? No debemos olvidar que Velasco fue jesuita profeso, circunstancia que ha de hacernos reflexionar sobre si fueron o no acertados y merecidos los epítetos de mentiroso, fabulador y tejedor de farsas, que, según Carrión, le han aplicado historiadores graves, austeros y verídicos. En

caso afirmativo, esos epítetos no harían sino confirmar los significados que al vocablo "jesuita" ha dado el uso general del idioma español a través de los siglos.

Carrión atribuye a Velasco el mérito de haberse dedicado a "encontrar el pasado heroico y glorioso de su patria". Pero, ¿tiene patria el jesuita? ¿Tuvo su obra algún propósito patriótico? El propio Velasco nos da las respuestas: «Si el historiador debe ser imparcial para no cargar los vivos colores de una parte, y las negras sombras de otra, *vicio a que el patricio se inclina por el innato amor a la Patria,* propende mucho más el extranjero por la general antipatía de las naciones, yo no soy europeo por haber nacido en América; NI SOY AMERICANO siendo de todos lados *originario de Europa;* y así puedo más fácilmente contenerme en el justo equilibrio que me han dictado la razón y la justicia....» («Historia del Reino de Quito», I, pág. 5, ed. de EL COMERCIO, Quito, 1946). El historiador —prosigue— «debe estar abastecido de lo que se halla escrito sobre la materia, especialmente de las fuentes originales más puras, para *no hacer mera copia de errores y falsedades; asunto para mí muy arduo* por hallarme *extranjero* en muy distante y diverso mundo. Debe tener un método regular, que evite confusiones; un estilo natural nada afectado, ni tan abatido que recaiga, ni tan elevado que no se entienda o fastidie. Debe en fin, saber seguir el medio término de *no ser tan profuso que cause tedio,* ni tan conciso que necesite **comentos.** Este conjunto de cualidades que forma el carácter de un historiador *era el que me faltaba,* y el que me obligaba a negarme a todos los empeños, mas en vano; porque *LA OBEDIENCIA como ciego* hizo que no viese ni reparase después de tantos tropiezos de mi justa repugnancia... » (Ibidem).

Por su parte, González Suárez expuso su pensamiento en sus «Memorias íntimas»: «Mi fin, al acometer la empresa de escribir la Historia del Ecuador, no fue el lucro ni la gloria: fue más alto, fue HACER UN SERVICIO A MIS CONCIUDADANOS. ¿Podía servir a mis compatriotas, engañándolos? ¿Podía servirles, ocultándoles la verdad o desfigurándola? ... Ningún vicio es más criminal en el trato humano, que el de mentir: ¿cómo había yo de mentir? ¿cómo había yo de mentir y en la historia? ¿y siendo yo sacerdote?.... Hablé, pues, la verdad y la estampé en las páginas de mi obra, de propósito, con deliberada intención; pero no escribí todo cuanto podía haber escrito, y sobre innumerables escándalos extendí el velo de un discreto y caritativo silencio....» («Federico González Suárez», por Ricardo Bueno C., pág. 210, Instituto Cultural Ecuatoriano, Quito).

Aleccionador es conocer el origen de los estudios históricos de González Suárez. «Desde muy niño —dice— sentí vehemente inclinación a los estudios históricos...., de un modo especial, a los que se referían al Ecuador: aún no tenía ni siquiera quince años de edad,

cuando ya conocía todo cuento dicen el Padre Juan de Velasco y el Inca Garcilaso de la Vega ... Aguijoneado por el amor a la Historia. .., leí la Historia Universal de César Cantú. Ese es un libro malo, me dijo un jesuita docto. ¿Lo ha leído Vuesa Reverencia? le pregunté yo, y, por la respuesta, conocí que no lo había leído. Esa es obra de mera consulta, me observaron otros, y usted no podrá leerla. Cuando César Cantú pudo escribirla, les repliqué yo: ¿por qué no he de poder leerla yo? ¡Y la leí, y la estudié, y recibí una impresión profunda con la lectura y con el estudio de semejante obra!.... César Cantú me hizo comprender lo que convenía que fuera la Historia, considerada como una *ciencia de moral social*.... Leí después y estudié cuantos autores de lo que se llama Filosofía de la Historia pude haber a las manos, y comprendí que la narración histórica podía ser *una arma poderosa para la corrección y el mejoramiento de los pueblos*....» (Ib. pág. 207).

Con mucha caridad y parsimonia González Suárez juzga en sus «Memorias íntimas» la obra de Velasco en los siguientes términos: «Si la lectura de nuestro Padre Velasco y del Inca Garcilaso de la Vega me fue útil o más bien perjudicial para mis primeras investigaciones arqueológicas, es muy fácil conjeturar: al principio mi imaginación estaba llena de *ideas inexactas, forjadas según la narración de ambos escritores*, y me costó trabajo *el desengañarme a mí mismo, para ver con criterio recto la realidad de las cosas*.... Perseveré en mi labor, y cuando *di con la verdad, la amé, y, amándola, quise que la conocieran mis compatriotas,* y la dije con valor, arrostrando de frente, con serenidad, toda clase de contradicciones....» (Ib. pág. 216–217).

En el Tomo Octavo de su Historia, González Suárez es algo más explícito: «Velasco —dice— era curioso....; pero, por desgracia, su criterio histórico era estrecho y su ánimo muy propenso a la credulidad, y, por esto, en sus obras históricas *abundan los datos equivocados y las aseveraciones falsas*....» ¿Fue del todo sincero e ingenuo González Suárez al creer a pie juntillas en la «credulidad» del jesuita Velasco? Las advertencias que éste hace en el Prefacio de su obra nos autorizan a creer que no tenía un pelo de ingenuo o de simplón. Alumnos de uno de los más conocidos jesuitas de nuestros días, refieren que en una clase dijo más o menos: «Todo pueden decir de los jesuitas: que somos comerciantes, que somos ricos; pero nadie dice que seamos tontos». Ingenuo y tonto habría sido Velasco si en verdad hubiese creído en las fábulas que relata en su obra.

«Una observación muy curiosa —prosigue González Suárez— se puede hacer sobre la Historia natural del Padre Velasco.— El jesuita riobambeño era evolucionista, y creía en una transformación de las especies vivientes, mucho más trascendental que la que después imaginó el famoso naturalista inglés Darwin. El Padre Velasco estaba in-

timamente persuadido de que los vegetales se convertían en animales, y no de un modo lento y pausado, pasando por una serie de evoluciones sucesivas, sino inmediato, brotanto de la semilla madura del vegetal el animal vivo; creía también que los animales muertos se transformaban en vegetales vivos, y que los cabellos humanos se convertían en culebras delgadísimas. Era, sin quererlo, un evolucionista trascendental. ¿Quién lo creyera?.... Hasta pensaba en la descendencia simiana del hombre y no la juzgaba imposible....» —En este punto debemos formularnos un dilema: ¿Velasco sustentó estas doctrinas —aunque heréticas frente a dogmas católicos— como sabio naturalista y precursor insigne de Darwin, o como un embustero vulgar? Los estudiosos de la historia y de las ciencias naturales, tienen en éste un asunto digno de la más prolija investigación. Por de pronto, recordemos que González Suárez observó que Velasco «no es un naturalista científico». (Ibidem).

Prosigue González Suárez:

«La parte más flaca y más defectuosa de la obra de nuestro compatriota es la relativa a la historia de los aborígenes ecuatorianos, en la cual **admite y refiere como ciertos varios hechos desnudos hasta de probabilidad.** La clasificación de las tribus indígenas carece de fundamentos científicos y **en la historia de los Scyris abundan las fábulas.**— Como obra escrita de memoria, lejos de la tierra natal...., sin libros suficientes, sin archivos ni documentos, son explicables los vacíos que hay en ella, y se disculpan o atenúan las inexactitudes; pero **lo falso, lo gratuito, lo puramente imaginativo ¿podrá disculparse a una historia?**.... Y en la obra del Padre Velasco **hay sucesos imaginados,** no sólo en la parte relativa a los aborígenes, sino también en la que se refiere a la época colonial.— El Padre Velasco ha contribuido, sin intentarlo (?), a **difundir fábulas y a hacerlas populares, y será muy difícil restablecer la verdad**....» — Si hoy viviera, ¿cómo juzgaría González Suárez los empeños del señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana porque se difundan y hagan populares las fábulas inventadas por el padre Velasco, volviendo cada vez más difícil que se restablezca la verdad? ¿Habrá estado en lo justo el grave y austero historiador don Jacinto Jijón y Caamaño, gran admirador de la Compañía de Jesús a la que confió la educación de su hijo, cuando afirmó que la obra de Velasco «era perniciosa» por las «falsedades» de que está plagada? (Véase: «Historia del Ecuador» por Francisco Huerta Rendón, pág. 11).

La verdad histórica descubierta sin ambages por González Suárez resultó ser algo muy diferente de la obra del jesuita Velasco, y provocó un revuelo que aún no concluye. Salió a la luz el Cuarto Tomo —refiere el propio historiador— y «se desató la tempestad... Se me acusó de hereje y de radical: en una publicación que dio mucho golpe se me calificó de mentiroso, de falsario, de calumniante, de

duro, de grosero, de malcriado, de inurbano, de hipócrita, de crédulo, de inmoral, de perverso, de impío, de ladrón y de ateo.... El Volumen Cuarto, se declamaba que era un libro pernicioso para la moral pública y ruinoso para las familias: se prohibía su lectura, y entre tanto en las porterías de los conventos de dominicanos y en dos almacenes públicos se ponía a la venta un opúsculo contra mi veracidad histórica, calificado de libelo infamatorio por el Venerable Capítulo Metropolitano.... Hubo todavía mucho más. En el confesonario hubo religiosos que me calificaron de apóstata de la fe católica y de corrompido: en una de las clases del Colegio nacional de San Gabriel, uno de los jesuitas, profesor de Lógica, emitiendo su juicio sobre mi obra, la calificó como deshonrosa para el país y para las letras; y, con palabras indecentes, exhortó a sus discípulos a darme de bofetadas. Y en el púlpito se predicó también contra mí, llamándome historiador inverecundo, etc. etc ...» (Obra del Dr. Ricardo Bueno, pág. 210 – 211).

Pero la Verdad triunfa tarde o temprano, y ahora nadie pone en tela de duda la documentada narración histórica expuesta con rectitud y valentía por un varón ilustre.

Incompleto quedaría este capítulo si no transcribiéramos siquiera algunos de los puntos por los que González Suárez afirma que abundan las falsedades y fábulas en la obra de Velasco, las mismas que llevaron a Jacinto Jijón y Caamaño a decir que es una «obra perniciosa». Obsérvese la manera sutil con que se esmera el «historiador-novelista» por desvanecer toda duda en el lector cuando advierte que las fábulas que va a referir son dignas de todo crédito.

En el capítulo «De algunos vegetales que parecen maravillosos por sus efectos de difícil inteligencia», advierte: «Bien sé que todo lo que suena a maravilla, sólo es materia de irrisión para los críticos, filósofos del día». (En su prefacio, en cambio, afirmó que el historiador debe ser «filósofo y crítico verdadero»). «Al P. Gumilla que refiere en su **Orinoco ilustrado,** varias cosas maravillosas, le tuvieron unos por embustero, y otros más benignos le calificaron de crédulo y de inocente. No dudo que escribiese algunas cosas con poca crítica y examen, dejándose preocupar o del *humor de referir cosas extraordinarias,* o de la ciega fe al informe de cualquiera indiano....» El mismo «humor» demuestra Velasco, por lo que parece que los historiadores jesuitas de aquella época se hubiesen puesto de acuerdo para «referir cosas maravillosas» y reírse de quienes creyeran en ellas.

Prosigue el jesuita Velasco: «Yo tocaré sólo algunas (cosas maravillosas) *muy cierto y seguro de la verdad de ellas* (?) ... Algunas cosas que referiré pueden entenderse por medio de **mecanismo de los efluvios,** de las **antipatías y simpatías naturales**....» (Ib. pág. 96). **«El bejuco de Guayaquil.** Se halla en los bosques.... Yo siempre le he dado el nombre de **bejuco simpático.** Los que lo temen y tienen por enemigo, luego que lo divisan le dicen: **ya te veo,**

persuadidos a que **con esto precaven el mal que temen;** y de aquí viene de que algunos le den el nombre del **Bejuco ya te veo.** Sucede con este, que.... *al acercarse alguna persona humana, se esfuerza a moverse cuanto puede, tanto más violentamente, cuanto está más cercano el cuerpo.... He visto con mis ojos este efecto, que puede entenderse con la atracción de los poros humanos, con los efluvios, y con la natural simpatía....»* (Ib. pág. 98–99).

«La planta de **frailecillo.** Esta es purgante algo parecido a la lechuga ... La descubió el P. Gumilla en su **Historia del Orinoco,** publicando su maravilloso efecto, que en realidad **no alcanza toda la filosofía a comprenderlo.** Se tuvo por fábula y **es una verdad notoria** a millares de personas, y entre ellas a **todos los misioneros de Maynas....** El hecho es que el que quiere purgarse haciendo **evacuaciones bajas,** ha de arrancar **para abajo tantas hojas, cuantas evacuaciones quisiera hacer;** si quiere hacerlas **altas o vómitos,** ha de arrancar **tantas hojas para arriba, cuantos** son los vómitos que quiere hacer por la boca (sic), y comérselas después en **ensalada, sin que jamás falte, ni exceda el pretendido efecto....»** Velasco no dice si comprobó personalmente la eficacia del remedio.

«El bejuquillo **cumal huasca** ... Este nervio o bejuco, de cuyo sumo se toma cuando más un adarme, es un purgante muy violento.... El efecto de este, *asegurado así mismo por tantos misioneros dignos de toda fe,* es para mí de más difícil inteligencia. Hace con mucha eficacia y continuación, tanto que le costaría la vida al purgado dentro de breve, si no tuviese *una sola muy eficaz contra,* la cual hace suspender prontamente todo el efecto. Esta no está más sino en que *otra persona le hable al purgado;* y por eso nunca se expone este al peligro de purgarse a solas, para llamar y hacer que le hable cuando le pareciere conveniente....» (Ib. págs. 98–100).

No menos admirables son las «maravillas» del reino animal. Al hablar de la «serpentina especie», el historiador-novelista menciona la culebra *ishipi,* «vivorilla de los calientes de Loja ... la menor en la clase de las serpientes llegando su longitud a *sólo dos pulgadas* con el proporcionado grueso. Embiste a brincos, y queda clavada en la cara o en las manos, hasta que la arranquen por fuerza»....

«Yacu mama.— Si la precedente es pigmea en la serpentina especie, esta es *la gigante entre cuantas especies hay de vivientes sobre la tierra.* Pudiera decir también sobre el agua.... Se conoce en alguna otra parte de la América con el nombre de *tucu buho* o *bihío;* y la descubrió el Padre Gumilla en la *Historia del Orinoco* ... El Sor. de la Condamine hace alguna descripción de ella, después de *bien impuesto y certificado con los misioneros de Maynas.* Se han visto.... algunas tan enormes, que sería del todo increíble si no lo comprobase la ocular experiencia de tantos millares de personas, y entre ellas generalmente *los misioneros.*

Es anfibio, y aunque hace singularmente sus presas en los ríos y en la tierra, se ve no obstante más comunmente en el agua.... pareciendo un grueso madero, lleno de escamas y grietas. Hallándose fijo en el agua o en la tierra, abre su gran boca, *y atrae con el aliento cuanto pasa por el aire o por el suelo.... Se traga enteros los puercos y los ciervos....* La ordinaria longitud de esta gran bestia, es *de 20 a 30 brazas vulgares,* esto es, de mano a mano, con los brazos abiertos; tal vez tiene mucho más, como se verificó con una el año de 1643, en el río Napo. Hallábase entonces de Cura en la ciudad de Archidona, el padre Javier Crespo, sujeto igualmente docto y santo.... Este hizo la deposición (sic) y la repitió varias veces, hasta morir anciano en la Italia, que teniendo en aquella parte el Napo solamente cosa de una cuadra de anchura, esto es, *cien pasos naturales,* se vió allí por bastante tiempo una de estas serpientes atravesada *como puente,* con el cuerpo sobre el agua, *con la cabeza a la una ribera, y con la cola o extremidad a la otra,* y que estando oculta dentro del bosque no podría saberse *cuanto más se dilataba hacia adentro.* Lo grueso del cuerpo es comunmente como de *tres varas de circunferencia* o de doce palmos, y el diámetro de cuatro palmos o de *una vara....* Este monstruo que parece capaz de desolar la América toda, no es temido a correspondencia, no hay experiencia en tantos años de que haya sido fatal, sino para un solo indiano, que *fue atraído por atrás y llevado al aire desde la canoa en que navegaba....* Fue este hallado después entero ya sin vida, por haberlo vomitado la serpiente.... *La atracción violenta de su aliento, se evita fácilmente cortándolo con una arma, o con un palo, o con sólo el brazo....*»

«Refieren asi mismo, que hay algunas especies de víboras las cuales, divididas en varios pedazos, se reúnen y viven. Esto se me hizo increíble solamente hasta que *me lo aseguró un misionero de Maynas, de cuya verdad y larga experiencia no puedo tener la mínima duda....*» (Ib. págs. 148—151).

Pasando a la historia propia o impropiamente dicha, según la «tradición» relatada por Velasco y acogida «como artículo de fe» por Benjamín Carrión, debemos creer que el Nuevo Mundo no fue descubierto por los vikingos ni por Cristóbal Colón en el siglo XV, sino por los apóstoles Santo Tomás y San Bartolomé, naturalmente, en el primer siglo de nuestra era. Dice: «No juzgo temerario el presumir que (ciertos monumentos) representasen alguno o algunos de los apóstoles.... en diversas partes de América tenían y conservaban todavía la tradición de haber estado en ella dos de los apóstoles, que son Santo Tomás y San Bartolomé.... De aquí pudiera conjeturarse haber sido tal vez ellos los objetos de esas estatuas y adoraciones, puesto que parecen concordar el tiempo y demás circunstancias para presumirlo ....» (!!) (I, pág. 200). «De dos de ellos (dije ya) tenían tradiciones los indianos, como coetáneas a las de los gigantes.... En el Reino de Quito, se conserva todavía un estupendo monumento en la

llanura de Callo, de la provincia de Latacunga. Consiste en un gran piedrón, como apartado del camino real, donde dicen hasta hoy los indianos, que subía el Santo Apóstol a predicarles; y que *la última vez* dejó para eterna memoria, estampada la huella de su *pie derecho,* quitándose la oshota, esto es, la sandalia. Acostumbraban desde entonces *venerar esa piedra,* adornándole diariamente con flores, como lo hacen hasta ahora. La he visto yo con ellas, *y he examinado con atención y admiración aquella huella, que basta verla para conocer que no es cosa artificial, sino hecha naturalmente como en cera....»* (Ib. pág. 214).

Es curioso observar cómo Carrión modifica algunos detalles de la leyenda: «Al Reino de Quito llegan —se dispersaron a predicar *la buena nueva* por todos los confines de la tierra— los apóstoles de Cristo Santo Tomás y San Bartolomé. *Era el primero un gran gigante,* que ponía *su pie izquierdo,* para predicar, sobre una inmensa roca, cerca de Llacta-cunga.... Y hasta hoy se conserva, muy hundida en la piedra gigante —*puede usted ir a verla* (sic)— *la huella sagrada del pie del Gran Apóstol....»* («El cuento de la Patria», pág. 42). Huelgan los comentarios.

Prosigue Carrión: «El otro, es San Bartolomé. Sigamos, en su prosa ingenua (sic) y musical, al propio Padre Juan de Velasco: El célebre estrecho o Pongo de *Manseriche,* está lleno de las memorias de este Santo. Es aquella parte de la cordillera por donde rompe el gran río Marañón, estrechando el inmenso mar de sus aguas a cincuenta varas de anchura, por espacio de dos leguas. Parece que dividió, para tomar por allí su curso, una sola montaña, toda de una piedra viva, entre cuyos profundos paredones paralelos, gimen con espantoso rumor y espumosos vórtices las aguas. Se ven desde abajo los dos altísimos picachos del escarpado monte partido, a los cuales no hay pie humano capaz de subir, por más que se valga de artificios. No obstante se ve en la cumbre, que está en la parte del poniente, *un bellísimo árbol de naranjas que aseguran los indianos haberlo sembrado el Santo Apóstol.* Sus frutos jamás pueden cogerse, sino cuando caen por sí mismos a la parte del río. Más arriba del estrecho se ven a las riberas, varias piedras grandes de color blanquizco (sic); unas cuadradas, que llaman las petacas, y otras cóncavas, que llaman *los platos de San Bartolomé....»* (En Velasco: I, pág. 214; y en Carrión: pág. 42—43).

Cuando Velasco habla de la religión de las tribus aborígenes, parece que quisiera mofarse sutilmente de las doctrinas y prácticas católicas: «Todo cuanto justa o erróneamente concebían superior a la naturaleza humana.... lo colocaban entre la turba de sus Deidades secundarias. Representaban a estas diversos ídolos llamados *huacas* o *vilcas,* hechos de algún metal, de barro o leño... Lo particular entre estos ídolos era, que *muchos tenían báculos, mitras y vestiduras talares de sacerdotes y Obispos....;* y que cuando vieron los indianos pontificar al Señor Lossi, primer Obispo de Lima, preguntaron *si aquel era huaca de los*

cristianos.... Lo más extraño es, que *conservaban ciertos vestigios sobre los siete sacramentos de la iglesia,* tanto que el *padre Acosta, quien no halló en el Perú la idea del Supremo Numen, halló no obstante practicada la confesión sacramental* (sic).... El *bautismo....* lo acostumbraban todas las provincias... La *confirmación....* se hacía a los diez o doce años ... Practicaron la *penitencia....* porque doliéndose íntimamente de sus culpas, las declaraban aunque fuesen más ocultas, y las confesaban llana y sencillamente a sus legítimos superiores, pidiéndoles con lágrimas la pena proporcionada para expiarla.... La *comunión* hacían con *ambas especies* (sic), esto es, con la *tanda* o *cancu* que era el pan, y con el *aca* o *ashua* que era el vino consagrado al sol (sic).... El *orden sacerdotal* era precedido de una serie de instrucciones, de pruebas y de ceremonias de muchos años.... En unas provincias nunca podían casarse ni tocar mujer: en otras que se casaban, se abstenían de sus mujeres en la semana de turno; fingían gran santidad.... El *matrimonio* lo celebraban llana y sencillamente.... De este conjunto de condiciones o leyes matrimoniales, descendían naturalmente varias consecuencias en la *iglesia pagana del Perú, que parecen otras tantas represionales de muchas iglesias católicas del mundo....*»

La Tercera Parte de su obra Velasco tituló acertadamente: «Provincias del QUITO PROPIO, que componen el Gobierno de Quito» (III, pág. 62 y sgts.) En efecto, casi toda esa tercera parte se concreta a hacer la historia de la Compañía de Jesús, que se había convertido en dueña del Reino. Disimuladamente confiesa los medios de que la Compañía se sirvió para enriquecerse rápidamente y que están de acuerdo con las Mónitas secretas que ya conocemos. «Por otra parte —dice— han padecido grandes ruinas y atrasos las fincas, heredades y poblaciones, no solamente con las sublevaciones indianas, sino también con las pestes, epidemias, terremotos y erupciones de los volcanes. A más de esto, *han ocurrido otras muchas causas para la suma decadencia, no siendo la menor de ellas, la grande libertad concedida al comercio extranjero.* Puede concluirse de aquí, que si la *general feracidad* de los países, abundantísimos en toda especie de frutos y ganados, no los sostuvieron de algún modo, *habría visto ya el Reino su última ruina....*» (Ib. págs. 65). Velasco no dice que la principal empresa de «comercio extranjero» e interno era la Compañía.... de Jesús.

Al describir los terremotos, pestes y epidemias y las revueltas y tumultos populares, parece que Velasco se ufanara del éxito que en tales circunstancias les dio a los jesuitas la fiel observancia de las Mónitas secretas. «Al trabajo de la ruina general —dice—, de que con manifiesto prodigio eximió Dios a los Jesuitas, se siguió el de socorrer y auxiliar a tantos centenares de infelices de los que murieron oprimidos no pocos. Con el denso humo y el diluvio de cenizas, se obscureció del todo la atmósfera, de suerte que anduvieron con faroles por las calles, plazas y ruinas confesando a unos y auxiliando a

morir a otros.... Fue grandísima la consternación, y no se oían sino lamentos y *últimas disposiciones para la muerte, metidas todas las gentes dentro de las iglesias.* Trabajaron también gloriosamente los Jesuitas distribuidos por todas partes, y *cogieron un grandísimo fruto (sic) de sus exhortaciones y confesiones....* Trabajaron en este conflicto inmensamente los Jesuitas, *con exhortaciones, con asistencia a los moribundos,* a los afligidos y desamparados....» (Ib. pág. 93–96).

Felipe II impuso el pago de las Alcabalas, «con el justo título de la guerra a sólo el dos por ciento» (sic) el año de 1592. «Publicada la cédula por la Real Audiencia, se opuso a ella el cabildo de la ciudad, y como éste llevaba el objeto de libertar al común de aquella carga, tuvo a su favor toda la plebe.... Rotos los lazos del respeto y la obediencia, resolvieron el exterminio de ellos (los reales Ministros y jueces comisionados), de modo que si no se hubieran metido disfrazados en los conventos de regulares y aun de las religiosas, *por el empeño, solicitud y cuidado de los Jesuitas,* hubieran perecido a manos de la furiosa plebe que los buscaba.... Los eclesiásticos seculares y regulares de todas las órdenes, *exceptuados unicamente los Jesuitas,* exhortaban públicamente a favor del tumulto, como consta de auténticos y originales documentos. *Los Jesuitas solos opuestos al común torrente,* nada pudieron conseguir en largo tiempo *con todas sus exhortaciones, lágrimas, ruegos y empeños....»* Pero .... «se esforzaron de tal modo *con ruegos y exhortaciones en público y en privado, entrando en las casas con lágrimas en sus ojos, y enérgica dulzura en los labios, que llegaron a conseguir el entero y suspirado triunfo y pacificarles y reducirles a que se sometiesen a las órdenes del Soberano,* a la razón y a la obediencia.... Repuestos aquellos locos del frenesí ... fueron *acompañados de los mismos Jesuitas* a sacar con el respeto y honor debidos al Presidente, Oidores, Fiscal del Rey y demás comisionados... protestando antes el rendido y humilde *vasallaje a la Majestad católica en presencia de la sagrada imagen de la Santísima Virgen de Loreto de la iglesia de los Jesuitas....»* (Ib. III, pág. 100 y siguientes). Como era de esperarse, los informes que recibió el Rey fueron tan encomiásticos para los Jesuitas de Quito, que les escribió «una real cédula tan llena de expresiones de gratitud como de mercedes. Mandó por otra a su Real Audiencia, que *ampliase grandemente las haciendas y fincas de su colegio,* para que teniendo toda comodidad en lo temporal, pudiese atender más fácilmente el bien de la República. De aquí fue que *se viesen ellos repentinamente ricos,* para las grandes obras que emprendieron en servicio de ambas majestades....» (Ib. pág. 105).

Similar fue la conducta de los Jesuitas en la «segunda rebelión», el año de 1765, aunque no pudieron recibir nuevas «mercedes» del Rey, porque Carlos III había expulsado a la Compañía de todos sus dominios, aduciendo entre otras causas, la de *jurar en falso para eludir el pago de las Alcabalas y demás impuestos.*

Ya puede colegirse cual habría sido la conducta de los Jesuitas

en las guerras de la Independencia. El arzobispo de Quito, Manuel María Pólit Laso no tuvo rubor de hacer el siguiente antipatriótico comentario: «No es para decirse en pocas palabras cuán pernicioso e irreparable golpe dio a la civilización de esta parte de América el alejamiento de los Jesuitas.... Lo cierto y trascendental es que, despertados ya los ánimos juveniles por las mismas enseñanzas recibidas en las clases de los Jesuitas, cuando se vieron privados de tan seguros guías, se lanzaron, con mal disimulado afán, a beber en las emponzoñadas fuentes de la Enciclopedia francesa. No debía pasar muchos años antes que la *Monarquía española saborease los acerbísimos frutos de su imprevisora y necia persecución, perdiendo para siempre las más vistosas flores de su corona, arrancadas por el vendaval revolucionario....*» («Escritos y discursos de García Moreno», I, 2a. ed., 1923, pág. 384—385).

Y Benjamín Carrión, apóstol de los derechos de las masas, dice orgulloso: «El Padre Velasco es *mi seguro guía* por esta velascolandia..» (Por favor: No confundir con la «velascolandia» de Velasco Ibarra.— «Velascolandia» es un vocablo tomado de la escuela «literaria» de g. h. mata).

Pero, olvidándose de su «seguro guía», acude una vez más a González Suárez cuando se refiere a los «hermanos» del padre Velasco: «La rapacidad española de que tanto se ha hablado, fue circunstancial y propia de la mala administración colonial y de la poca obediencia que se prestó a las leyes de Indias. La acusación más fuerte es la que el propio Arzobispo González Suárez lanza contra la Compañía de Jesús. Literalmente dice: *Los jesuitas en toda la América española se enriquecían de una manera rápida y alarmante,* y el temor que inspiraba semejante enriquecimiento era la causa de los obstáculos que se oponían a las fundaciones de sus casas y colegios: manía común a todas las comunidades de América fue la inmoderada codicia de bienes terrenos: pero *ninguna llegó a acumular tanto como los jesuitas*.... Los Padres de la Compañía eran los propietarios más ricos de la colonia: eran una verdadera casafuerte, pues tomaban de los vecinos cantidades de dinero a interés. Los demás frayles (sic) competían con los jesuitas en punto al acrecentamiento de sus fincas y haciendas, de donde resultó una situación muy desfavorable para el progreso de las villas y ciudades de la colonia. Este acumulamiento de bienes territoriales en ciertas y determinadas corporaciones religiosas, fue parte para que *la propiedad estuviera concentrada, y la pobreza llegara a tomar proporciones alarmantes* ...» («El Cuento de la Patria», pág. 160—161).

La corrupción de curas, de frailes y de monjas queda encubierta por Velasco, no obstante haber sido —por así decirlo— testigo presencial de la misma, en el siguiente párrafo: «Si la ciudad de Quito ha sido notada por algunos vicios morales, cosa común a toda ciudad populosa, ha sido también aplaudida por sus virtudes, piedad y religión. No falta quien la llame *madre de la humanidad,* por *haber florecido*

en ella, principalmente los claustros religiosos de ambos sexos como SEMINARIOS FECUNDOS DE LAS VIRTUDES....» (III, pág. 90).

Carrión no pudo menos que acudir a González Suárez en su capítulo «EL REVERSO DE LA MEDALLA», al referirse a la verdad histórica que constituye el relajamiento del clero colonial.

Quien quiera conocer más a fondo la pavorosa responsabilidad de la Iglesia Católica en el atraso material y espiritual de las colonias españolas, no tiene sino que leer la documentadísima y, por desgracia, poco conocida obra de Oswaldo Albornoz P., «Historia de la Acción Clerical en el Ecuador» (Editorial Espejo, Quito, 1963). La espada feudal de España y la cruz del clero católico romano rivalizaron por sojuzgar, tiranizar, esquilmar y embrutecer al pueblo. El precio de noventa marcos de plata y 2.220 pesos de oro que el fraile Valverde recibió como pago de su complicidad en la inmolación de Atahualpa, no fue sino un símbolo de cuanto el clero participó en el botín de la conquista y del coloniaje. El Cristianismo, que es Amor, se impuso con las armas del odio, a sangre y fuego.

Mientras el pueblo se debate en ignorancia supina y en la más escuálida miseria y en el hambre, «los jesuitas son —escribe Albornoz— los mayores terratenientes de la Colonia, y si a esto agregamos las grandes propiedades del resto del Clero, podemos decir sin ninguna reserva, que la Iglesia acapara casi todas las tierras, constituyéndose así en el más grande y poderoso latifundista» (pág. 28) Indios y negros, esclavos tratados con mayor crueldad que bestias de carga, trabajaban de 12 a 16 horas diarias en obrajes, tejares, haciendas, por un irrisorio salario insuficiente para su subsistencia, iniciando la jornada a las cuatro de la mañana con la «Doctrina», esto es, con la cantilena de rezos presididos por el mayordomo. Azotes despiadados, las torturas del cepo en el «infiernillo», increíbles mutilaciones corporales eran los horrendos castigos con que se atormentaba al esclavo que no rendía cuanto se le exigía, o que había tratado de huir, según refiere Alfredo Costales Samaniego citado por Albornoz (páp. 34). El 69,3% de los esclavos consumían sus vidas en las haciendas e industrias jesuíticas. Así, en el nombre de Dios y de Jesús, imperaba la más cruel de las esclavitudes, mientras los «conquistadores de sotana» bajo el manto de predicadores del Evangelio, nadaban en toda clase de riquezas y se entregaban a todos los vicios. No puede ser más espeluznante el contraste. Como "Destrucción de las Indias" describió fray Bartolomé de las Casas el saqueo de los conquistadores y colonizadores españoles. "Esto es lo que los ingleses han llamado la *leyenda negra*. Y *no es leyenda: es historia*. Y en esta historia, junto a la España feudal, está asociada la Iglesia Católica, Apostólica y Romana». (Pág. 8).

La obra de Albornoz es una prueba palmaria de que el Arzobizpo González Suárez, con exceso de caridad cristiana, conforme él

mismo lo declaró, *no descubrió sino una mínima parte de la monstruosa realidad de la codicia y corrupción clericales.*

En conclusión, las virtudes morales y el desinterés apostólico del clero, y particularmente de los jesuitas, es una de las «leyendas» forjadas por Velasco. Muy al contrario, la corrupción del clero y su insaciable voracidad por los bienes terrenales son realidades históricas documentadamente comprobadas por González Suárez. ¿A qué debemos atenernos, señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana: a la fábula y a la leyenda, o a la verdad documentada?

«El Cuento de la Patria — (Breve historia del Ecuador) — Ensayo».... Ensayo de un ridículo hibridismo que al igual que la obra de Velasco, no es cuento, ni es historia en muchas de sus páginas.

¿Qué actitud han tomado los jesuitas frente al doctor Carrión en su empeño por "reivindicar" y ensalzar al padre Velasco? ¿Se lo agradecen? ¿O, tal vez, se mofan de él?....

«COSAS del Doctor»: sus contradicciones.— Por «cosas» entiéndense aquí ciertas peculiaridades, gustos o caprichos del señor doctor Benjamín Carrión.

Ya conocemos algunas, pero aún hay otras que no debemos dejar pasar por alto. Y sea la primera su «capacidad» para contradecirse.

En «El Santo del patíbulo» condena la «virulencia» de García Moreno, que «no desdeña usar *el lenguaje más soez y bajo* de nuestra historia polémica» (Pág. 213); «la *incurable vulgaridad* del pobre señor» (el santo jesuita) que califica de «gran p....» (voz número 7) a una amiga de su esposa. (Obra citada, pág. 260—261). En la página 310 dice que con «palabras gratas a García Moreno», éste llamaba «hijo de p....» (el mismo vocablo) a un Presidente de la República. Otros vocablos menos soeces Carrión califica de «denuestos y palabrotas caras a García Moreno» (pág. 247), o como «hojarasca grandilocuente y un tanto cursilona» (pág. 240). Porque ha escrito a su mujer: «no vengas a parir año por año», Carrión se indigna y dice: «García Moreno *destapa, como una letrina, toda su grosería, todo su vocabulario de plaza, de mercado o casa de mancebía....*» (pág. 513). Sumamente desagradable es para nosotros incursionar en esta materia; pero el lector ha de comprender nuestro propósito: poner al descubierto la escuela literaria que tiene por «maestro» al señor doctor Benjamín Carrión.

En cuanto a la pureza del lenguaje, Carrión es igualmente severo con García Moreno cuando censura una de sus cartas, «¿Eh? ¿Se puede dar una *cosa* más contra el suelo? (sic). Acaso se quiera decir que se trata de una carta familiar, doméstica.... Pero *ni en lo doméstico, ni entre domésticos es permitido atropellar en esa forma a la sintaxis y hasta a la ortografía* (sic). Porque eso de la *patiada*....» (Pág. 520). Comentando otra carta censura que «su argumentación es tan pobre, *tan llena*

de repeticiones, de vacilaciones, de peticiones de principio . . . . Todo eso envuelto en una *fraseología vulgarona . . . .*» (Pág. 616).

Por otra parte, encomia a Montalvo como «el escritor más significativo de la literatura ecuatoriana, *rebelde ante los tiranos y sumiso ante las reglas de la sintaxis, la prosodia y la ortografía . . . .*» (Pág. 425).

¿Quién diría jamás que el censor que con tanto acierto condena el vocabulario grosero de García Moreno, y con no menor acierto alaba la sumisión de Montalvo a las reglas gramaticales, es el mismo historiador, novelista y ensayista que incurre con desenfrenada insistencia y de modo más censurable en los mismos defectos que condena? ¿Cómo se explica que aquel vocablo vil que Carrión halla «grato y caro» a García Moreno se haya vuelto mucho más grato y más caro al propio censor? Este, sin miramiento alguno para el lector, se solaza en estampar un vocablo soez con todas sus letras aun cuando el texto citado lo disimula con una inicial o con puntos suspensivos. ¿Es acaso digno de elogio en Carrión el abuso que en García Moreno es condenable? ¿Quién puede justificar que Carrión repita decenas de veces en la misma biografía de García Moreno y sobre todo en su novela «Por qué Jesús no vuelve» el mismo vocablo que halla reprochable en García Moreno, y otros igualmente bajos? Los jóvenes lojanos, personajes de su novela, ¿son acaso de condición muy inferior a la de los domésticos que atropellan, las reglas de la cortesía, de la sintaxis y la ortografía? ¿No es acaso el vocabulario de sus obras el mismo que se oye en las plazas, en los mercados y en las casas de mancebía? . . .

Cuento de nunca acabar sería transcribir todas las expresiones groseras o chabacanas de su novela. Más grave aún es que las incluya en obras serias de índole histórica o educativa. En «El Santo del patíbulo», se leen por ejemplo las siguientes tomadas al acaso: «estirar la pata» (pág. 42); «resultó una fiera para aprender las cosas» (43); «todo es una vaina», «a todas las chicas las empreñan los negros tauras y las dejan botadas», (habla el Vicario de Babahoyo con su huésped Gabrielito) (57); «Yo me entiendo con la mama. Usté puede entrarle a una de las hembritas . . . . con el rabo amatado, el viaje es bien fragado, patroncito . . . .» (¿histórico o fantasía?) (58); «no tenía en muy buen estado los sitios (sic) de sentarse» (59); «tenían buen pasar» (64); Rocafuerte expulsó a Otamendi. «Y Flores se aguantó» (187); «patrias sietemesinas, malparidas . . . . gran majadería de Bolívar . . . . paisillos de porquería . . . . ese tontito de Sucre . . . » (242); «eso de que . . . » (253); «las recién paridas» (258); «el famosísimo médico lojano, doctor Samaniego que asistió al Papa Pío IX y lo salvó de una contensión de orina, *haciendo que hagan caer* cerca de la cama de Su Santidad un chorro de agua, para que con el ruido se produzca la micción; como él había visto ocurrir en Sosoranga, con los machos de los arrieros, que al llegar a los pequeños torrentes de los caminos, se ponían irre-

mediablemente a mear . . . » (330); «Y a todo esto ¿qué cosa es Jambelí?» . . . (492).

En «El Cuento de la Patria», escrito incluso para «niños», se lee: «¡déjenme decir jalar. . .!» (23); Manuela Cañizares «hizo de *Reunidora*. . . .» (47); «inválidos y las mujeres paridas» (71); «y no podían más» (91); «el honor español . . . es cosa seria» (119). ¡Hasta en este cuento para niños, Carrión transcribe los insultos sacrílegos de García Moreno contra su futuro socio el general Flores, en que por tres veces seguidas aparece ese vocablo soez que ahora es mucho más grato y caro a Carrión de lo que fue para García Moreno, y que, disimulado con una inicial y tres puntos suspensivos, tendrá la virtud de provocar la curiosidad infantil! (Pág. 193).

Contradicciones hay que rayan en lo cómico. En su «Santo del patíbulo», también con recto juicio, tacha de «chabacana» y «de escasa elegancia» la prosa de Wilfrido Loor; pero en ese mismo instante emplea el modismo chabacano y de escasa elegancia «pata a pata» que, según afirma, es «como dice nuestro pueblo».

Juanita Jijón, cuñada de Flores, dio de *«calabazas»* al joven Gabriel, «expresivo pero *chabacano término* de su panegirista Loor». (Pág. 163). Pues bien, Carrión se adueñó del término chabacano «calabazas», y si Wilfrido Loor fue chabacano una vez al emplearlo, Carrión es *trece veces chabacano* porque otras tantas la empleó en las páginas 168, 175 (dos veces), 193, 194, 196 (dos veces), 199, 203, 218, 220, 224 y 602. Tanto le agradó la palabreja, que nombrar a Juanita Jijón y mencionar esas «calabazas» es una sola cosa.

Preguntémonos ahora: ¿En qué momento Carrión es sincero consigo mismo: cuando censura justicieramente el vocabulario grosero y chabacano de García Moreno y de su panegirista Loor, o cuando se vuelve censurable empleándolo él mismo en modo mucho más desenfrenado, después de presentarse como apóstol del impurismo? ¿No es este un caso digno del estudio de los psicoanalistas?

«Cosas del Doctor»: fallas gramaticales.— Su aversión a las reglas gramaticales —sincera o insincera— queda al descubierto en sus escritos. Pruebas al canto: por dos veces escribe «profesía» en lugar de «profecía». («El Santo de patíbulo», págs. 69 y 125). En un solo párrafo *subraya él mismo,* por ocho veces el verbo «exitar» sin **c.** Leámoslo: «A la nota de protesta, el ministro de García Moreno acompaña . . . una circular en la que los *exita* —la horrible e impropia palabreja— a protestar igualmente, siguiendo sus pasos. . . . (Esta palabrita *exitar,* que cae bien en las *cosas* atingentes a la voluptuosidad, se ha quedado en el idioma interno de la legislación política ecuatoriana: se *exita* de arriba para abajo, así el Consejo de Estado, *exita* o debe *exitar* a las autoridades al cumplimiento de la ley. El Congreso *exita* o debe *exitar* al Poder Ejecutivo para fines iguales . . . . Al Señor García Moreno se le **pegó** este chabacano lenguaje curialesco

y, sin más ni más, *exitó* a los demás gobiernos para que hagan la misma tontería que él estaba haciendo)». En el siguiente párrafo se halla una novena errata: «Ocioso nos parece agregar que el silencio más absoluto —rodeado de comentarios burlescos— fue la respuesta que obtuvo la peregrina *exitación*. . . .» («El Santo del patíbulo», pág. 576). Si el señor doctor hubiese recordado aquella sencilla regla según la cual una palabra compuesta conserva la ortografía de sus componentes, y que *excitar* está formada del prefijo *ex* y de la raíz *citar* —como incitar, recitar, suscitar con los prefijos *in, re* y *sus*—, no habría «metido la pata» (permítasenos esta chabacanería) nueve veces con un solo vocablo, en una sola página. En la siguiente, 577, se lee *«ascendrado»* por «acendrado».

En «El Cuento de la Patria» en una cita escribe «balzas» (pág. 111) y muchas veces «frayles», «Virreynato y virreynales» empleando una ortografía errada por anticuada.

Se muestra inescrupuloso en la ortografía de ciertos nombres y apellidos. Jerónimo escribe una veces con G y otras con J. («El Santo del patíbulo», págs. 370, 371, 504 y 534). El segundo apellido del Arzobispo Pólit es *Laso* y no *Lazo*, que es como Carrión lo escribe siempre. (Ib. págs. 137, 138, 140, etc.) El general schyri no es «Eplicachima» sino «Epiclachima». («El Cuento de la Patria» págs. 69 y 76).

Mucho deja que desear la acentuación de las palabras en las obras de Carrión. El monosílabo *da* no debe llevar tilde. («El Cuento de la Patria», págs. 153 y 204). El monosílabo *«fe»* unas veces aparece sin tilde según la regla, y otras con ella (Ib. pág. 117, dos veces). La tilde suprimida en las íes de *egoístas* y *creíble* fue trazada sobre la i de *asiduo* («El Cuento de la patria», págs. 156, 227 y 229). Las palabras graves *enterraos* y *caracteres* no deben llevar tilde. (Ib. pág. 112). «Aun» no lleva tilde sino cuando puede ser sustituido con «todavía». (Ib. págs. 116, 125 y 222; «El Santo del patíbulo», pág. 591).

Párrafo aparte merece el vocablo «heroico»: todas las veces, excepto las tres últimas, aparece en «El Cuento de la Patria» con una indebida tilde en la primera o, (págs. 108, 169, 171, 177, 112 (tres veces), 113, 180, 191 y 211 (dos veces); lo que probaría que sólo al término de la impresión se dio cuenta del error el corrector de pruebas.

Otro párrafo aparte merecen los adjetivos demostrativos *este* y *ese*, y los pronombres *ello, ellos, uno* y *otro*, que, indefectible y erróneamente llevan tilde en «El Cuento de la patria»: *«ésta* resistencia *heróica»*, *«éstas* comarcas», *«ésa* función», «entre *éllos»*, «por *éllo»* son ejemplos de estos errores, que, sumados *«únos* y *ótros»*, llegan a «cosa» de 50.

Todas estas erratas son particularmente inadmisibles en libros educativos, y el señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Maestro y Apóstol de una revolucionaria escuela literaria, habría

podido evitarlas con sólo recordar sencillísimas reglas que conocen al dedillo los alumnos de enseñanza primaria: los monosílabos no llevan tilde sino en el caso de establecer alguna distinción, como el pronombre *mí* del adjetivo *mi*. Las palabras graves terminadas en vocal no llevan tilde, exceptuándose el caso en que sea necesario destruir un diptongo, como en *creíble*. *Este, ese* no llevan tilde sino cuando se trata de pronombres.

Pasando por alto las faltas de puntuación, anotemos estas otras incorrecciones gramaticales: «Vertir» se conjuga como «temer»; por lo mismo no se dice «virtió» sino «vertió». («Por qué Jesús no vuelve», pág. 51). «Entonces» proviene del latín *in*, en, y *tunc*, entonces. Decir «*en entonces*» («El Santo del patíbulo», p. 273) es poner albarda sobre albarda, como lo sería «de de veras». En la expresión: «*Con que* San Agustín, eh?» («Por qué Jesús no vuelve», pág. 239), *conque* no puede dividirse en dos palabras, porque es conjunción copulativa, y no se trata de la preposición *con* ni del pronombre relativo *que*. El modismo «a pesar» se escribe en dos palabras, no en una. («Por qué Jesús no vuelve», pág. 158). (Este error se halla también, varias veces, en el «amigo matita»). En «quejarse *por que* se usen....», *porque* es conjunción causal, y, por lo mismo, una sola palabra. («El Santo del patibulo», pág. 93). Dígase otro tanto de las erratas de las páginas 339 y 434 de la misma obra. La expresión «adhirieron.... los historiadores («El Santo del patíbulo», pág. 298), no tiene sentido mientras no se diga qué es lo que adhirieron, pues se trata de un verbo activo. Para que sea reflexivo, según lo exige el contexto, es indispensable el pronombre *se*: «se adhirieron». No es español el vocablo «proclivio» de la siguiente locución: «....su *proclivio* a la traición a la patria». («El Santo del patíbulo», pág. 732). Tampoco es española la voz «declinio» en: «el modernismo estaba en su *declinio*». («Por qué Jesús no vuelve», pág. 58).

Es particularmente desafortunado en el empleo del verbo *haber* como impersonal: unas veces —las más numerosas— usa indebidamente el plural; y otras, muy pocas, tal vez por casualidad, acierta. En párrafos narrativos de «Por qué Jesús no vuelve» se lee: «hacerse, cochinos, los que no la conocían cuando *habían gentes* que los vieran» (pág. 137); «ya no *hubieron preguntas*» (pág. 235).

Abramos ahora "El Santo del patíbulo". En la página 53: «*Duques*, para qué es también, no he sabido que *hayan*» (pág. 53); «*hubieron* hasta *protestas* de cancillería» (pág. 297); "algo como si ahora, en pleno año de 1957, *hubieren* (sic) *intelectuales* y *sabios*, que ignorasen el lanzamiento por los rusos, del *sputnik*, el satélite artificial que gira dentro de su órbita...." (p. 307). «Que *habían muchos americanos* —¡benditos ellos!— que pensaban a nuestra América en unidad....» (p. 378); "....*hombres* de la Convención de 1861, entre los cuales era de suponerse que *hubiesen algunos* con dignidad de *hom-*

bres y sentido común». (Pág. 425)· «Además, ***eso*** de que ***hayan*** tantas elecciones y ***cosas***, tantas politiquerías. . . ., no ***complacían*** a su espíritu autoritario» (pág. 589). ***Complacía*** debía ir en singular porque el sujeto es singular, muy singular: ***eso***, ***eso*** de que. . . . No seríamos justos si omitiéramos la frase en que, por dos veces, está correctamente empleado el verbo impersonal «haber»: «Y en la sociedad que frecuentaba (Virginia Klinger), si bien ***había muchos amigos*** del tirano, también ***había gentes*** bondadosas que ya estaban horrorizadas y asqueadas de tanta crueldad, de tan fría y seca falta de misericordia . . . .» (pág. 598).

En «El Cuento de la patria», para que no haya discusiones, una vez está en singular, y otra en plural: «¿Creen ustedes en las Amazonas? Yo sí. Y eso explica que, en la historia del Ecuador, ***no haya héroes*** . . .: son las mujeres las que ennoblecen nuestra historia: Manuela Cañizares. . . .; ésa (sic) gran Manuela Cañizares. . . Y Manuela Sáenz, Manuela de América, la ***amable loca***, amante e inspiradora. . . de Simón Bolívar, el Libertador! . . . . Quien (sic) sabe, me digo yo, si en ese episodio mágico de las Amazonas, estaba prefigurado el destino de mi patria, el Ecuador; bueno para las artes y la polémica, poco propicio para lo castrense y lo pretoriano, que ha causado su ruina. . . . Y —esto vale por todo— bueno para mujeres heroicas y bellas como las dos Manuelas. . . . Ojalá nos llegue una nueva Manuela, que sea la Juana de Arco que nos limpie la más bella tierra de la tierra, de pretores y espadones. . . . Este país en la mitad del mundo». (Págs. 47—48). ¡Lástima grande que cuando usó debidamente, según las reglas de la gramática, el verbo «haber», lo haya hecho contra la verdad histórica y los dictados del patriotismo, para negar hasta la posibilidad de que haya héroes en el Ecuador, y para abogar porque en un pueblo de cobardes haya sólo heroínas que conduzcan los destinos de la República! ¡Espléndida manera de estimular el patriotismo de los niños y de los jóvenes!

«Cosas del Doctor»: exageraciones.— Otra peculiaridad del Doctor es su «capacidad» para la exageración en superlativos, aumentativos, diminutivos y exclamaciones, sin que la lista que vamos a presentar signifique una censura: de gustos y colores. . . .

Superlativos: En «Por qué Jesús no vuelve» se encuentran los siguientes, algunos de ellos muy originales: "bastantísima plata, bastantísima" (p. 43); "distintísima cosa", "nunca, nunquísima" (213); "otra cosa. Otrísima" (251); "de apuro, de apurísimo" (259); "tiempísimo" (263); "otra vez. . . . Otrísima vez"; "otra cosa, otrísima cosa" (264); "Jamasísimo de Dios" (265); "Mi zamba es brutal, brutalísima para un cebiche" (278); "tiempiiiísimos que no han llevado los lázaros a Quito" (282); "nadiecísimo", "no nos hemos visto añísimos" (264); "se arremangaba las polleras hasta arribísima" (313); "denoche (sic), denochísimo"

(395). No faltan superlativos de algunos de los ocho célebres vocablos, que por obvias razones nos abstenemos de transcribir.

En "El Santo del patíbulo" entre otros se hallan los siguientes superlativos: "Yo sí me acuerdo ***bastantísimo*** del General Bolívar"; "la verdad, a nadie, ***a nadiecísimo*** se la quiso contar" (pág. 39).

Aumentativos: En "Por qué Jesús no vuelve": "era así, tan buenmozote y rubio, con esas lindas barbas jóvenes, igualitas a las del Corazón de Jesús...." (pág. 12); "era mansote como una ovejita" (16); "el coto Pancho, hombrezote grandullón y buenazo, de una definitiva, enciclopédica y prestigiosa ignorancia" (32); "el coto Pancho, el insustituíble Profesor de Historia, al que todos creían un masonazo bestial, se había conseguido unos libros inmensamente patrióticos...." (33); "lágrimas grandotas" (265); "una risa anchota, sana, buenaza" (273); "la bandeja de ayacas grandotas" (278); "la Rosalía que está cada día más hermosota" (285); "se armó un escandalazo" (328); "con lagrimotas grandes, grandotas" (388), etc. etc.

En "El Santo del patíbulo": "ese anchote y manso Guayas" (39); "el sol sale grandote, sinvergüenza, en cueros puros, como en su propia casa" (56); "el buenazo de Gálvez" (230); "este buenazo de don Manongo del Alcázar" (231); "militarón" (415); "militarote brutal" (638); "hombre buenazo y sin malicia" (722), etc.

Diminutivos: abundan en todas las páginas. Nos limitaremos a los siguientes: En "Por qué Jesús no vuelve": "dos hermanitos menores, un varoncito y una hembrita, ***moltoncitos*** ya....": "la mamita de Lucía, morlaquita decente....": "la seguí de lejitos ....": ¿Qué diablos pasa en todo esto, diosito lindo?" (sic) (pág. 14); "un poquito de agua", "muchachita", "ratito", "larguito", "un poquito cansada, de veritas" "pequeñita compañera" (18); "eso sí es ciertito", "más abajito del puente" (19); "toditita la mañana"; "apurar al caballo, así, dulcesito, no sea cosa que se asuste" (21); "pedacitos del Padrenuestro, más facilita el Avemaría"; "niñitos", "trajecito", ropas mojadas, pegaditas al cuerpo", "senitos" (22); "demañanita" (sic); "lo mejor, lo de veritas mejor" (23); "lo que voy a decir es ciertitito" (26); "carita picarona, senitos puntudos, ujujuy .... Conversaditas tras la puerta, cititas al río y, ¡bulum! ¡Eso fue todo!" (137); "Casito dizque te casas, casito.... Si vieras las guambritas que hay", "y unas criaditas...." (154); "deveras (sic) deveritas" (sic); "suavecito" "gatito" (166); "Este año, sin faltita, iría a verla ... Sin faltita ninguna.... Tal vez Pancho le traiga platita ... ¡Quizacito!.... ¡Qué rica, la Miche, diosito (sic), qué rica...." (234); "lo juro, juritito" (245); "tontita, tontitita.... Diosito mío...." (251); "poquita de azúcar, muy poquita, unas rajas de limón y bastantito, eso sí, bastantito pisco....": "Ya volvemos diaquisito" (286); "el trotecito de las mulas los alejó un poquito" (288); "cholito", "calientita" "por-diosito-lindo" (sic), "camita", "muchachito" (312). Etc. etc.

En "El Santo del patíbulo": "beatitas", "locrito", "Chepita", "pe-

sitos", "ropita" (49). Débese observar que la escena tiene lugar en Guayaquil, donde —como en toda la costa— no se usan los diminutivos como en la Sierra, ni el locro es un plato típico). "Botellitas", "copita", "conchito", "curita", "obispito", "hermanitas", "Rosarito la cieguita", "pobrecillas feuchonas, beatitas", "primita" (52); "Javierito Espinosa", 'Javierito León", "vueltita", "madrugadita", "la islita de Santay" (54); "casitas", "curitas y comadres" "allicito" (57); "la copita.... ¿No gusta usted servirse unita....?" (58); "ya mismito", "cerquita, pero tan cerquita" (59); "no es sino una tenidita de la mano" (60); "aquisito no más" (61); "bien piadosito y devoto", "ellas, tan guardositas", "platita a réditos", "un poquito carillo", "sueldito", "centavitos", "puestito", "muchachito", "derechito", "niñita", "niñito", "locrito" (64); "almuercito grande" (84); "detestaba esta especie de *churritos intelectuales*, de peinadito mental", "prosita con naftalina", "agua florida de este grupito" (321); "Piura, capital del Departamento, ciudadita (sic) mejor dotada y más bonita que Paita" (328); "sacó una votacioncita recogida en las haciendas" (339).... Etc. etc. etc.

Exclamaciones: En "Por qué Jesús no vuelve": "Y esos sinvergüenzas, Virgen Santísima, dados a malacrianzas ..." (16); "¡Qué árboles, Madre Purísima, qué árboles!"; "¿Qué hacer, Virgen Santísima, qué hacer?" (22); "me acompañaba en mi caminata, uyuyuy, qué frío, al Colegio" (46); "la dejó botada sin medio con dos guaguas, varoncitos ambos, bendito sea Dios, que le han salido formalitos, y la ayudan en el trabajo de la casa y la huertita, bendito sea Dios...." (292—293); "las flores, pordiosito del cielo (sic), ni la misma rosa blanca ...." (298); "pero eso sí, diosito (sic), dejémonos de vainas...." (337).

En el primer renglón narrativo de "El Santo del patíbulo" se lee: "¡Qué calor, Dios mío!" (15); "Y unos andares, y un garbo, ¡Virgen Santísima! Y muy virtuosillas, recatadas, poco amigas de jolgoritos: de la casa a la misa y de la misa a la casa. ¡Y unos ojazos!; otra vez ¡María Santísima!"; "Sonreía poco, pero cuando fijaba los ojos en uno —¡bendito y alabado!—, uno se quedaba temblando...." (20); "¿Pero trabajar?, ¡Dios mío, trabajar!" (35); ¡Pero qué aburrido, Virgen Santísima, qué aburrido resultaba el buen señor!" (324). Etc. etc. etc. ¿Verdad que aburre un poco esa falta de variedad en las exclamaciones?

«Cosas del Doctor»: repeticiones.— El escritor puede acudir a la "repetición" como figura literaria. Pero hay también repeticiones que por redundantes, superfluas, degeneran en un desagradable, enfadoso defecto. El señor doctor Benjamín Carrión hace gala de repeticiones en sus obras, a las que no calificamos ni de mérito ni de defecto dejando que el lector juzgue de acuerdo con sus personales inclinaciones. Ya hemos mencionado más de una vez (con figura de repetición o sin ella) su irresistible prurito por emplear a cada paso alguna de las ocho voces groseras, de su escuela literaria; el lector ha comprobado también la simpatía que se le despertó por la palabra

chabacana "calabazas". Examinemos ahora algunas otras repeticiones tomándolas exclusivamente de su "Santo del Patibulo".

La expresión «puntapiés en salva sea la parte» hace su aparición por primera vez en la página 24, como que los puntapiés fueron de Napoleón, y las partes, así, por partida doble, de Carlos IV y Fernando VII de España. Después, en las páginas 214, 220, 244, 256, 329, 413, 471 y 484 (si no se nos han escapado algunas más), los puntapiés son de Juan José Flores, y la parte de Gabriel García Moreno, aunque, más tarde, ambas partes hicieron estrecha alianza.

«La mano de Dios» es, en las páginas 53 y 55, el "aguardiente puro con cascarilla, contra las calenturas y tercianas», «para espantar los fríos». Concomitantemente, se menciona un remedio que doña Mercedes dio a Gabrielito: "una pomada para que se frote en la rabadilla para las mataduras". (Estas, según el diccionario, son las llagas de *las bestias)*. "El primer día, sobre todo, porque ya después se va haciendo callo en las nalgas. . . ." (sic). (Pág. 53). Banegas, el arriero, le dice: "nos hemos de bañar lindo. . . . para que se le desirrite la matadura, y se unte la pomadita esa. . . . Porque eso sí, con el rabo amatado, el viaje es bien fregado, patroncito. . . . El trotecito monótono de la mula. . . . Y la pomadita de la mamá. . . ." (58).

Otro episodio que Carrión repite es "la repugnante, la maloliente anécdota. Hasta nos sentiríamos tentados a suprimirla por decencia —asegura—, si no fuera porque en referirla coinciden algunos biógrafos y gentes bien informadas. Se trata de que a un niño, Martín Icaza, por haber hablado mal de él, (García Moreno) lo lleva a un excusado y lo obliga a comer excrementos . . ." (pág. 83). A pesar de lo repugnante y maloliente del hecho que pinta a Gabriel en toda su maldad, Carrión lo repite después con las mismas palabras en la página 138, y lo menciona en las páginas 160, 169 y 170, inclusive repitiendo una misma cita. (No olvidemos que una de las "ocho voces" es, por antonomasia, "repugnante y maloliente"). Carrión efectúa varias citas dobles en las páginas 139—160; 160—170, innecesariamente.

Con fastidiosa insistencia llama a García Moreno «*aprendiz*» de presidente, de estadista y, sobre todo *"de santo"* en las páginas: 143, 216, 244, 250, 284, 313, 316, 320, 335, 383, 387, 391, 400, 402, 428, 429, 452, 479, 513, 520, 535, 591, 670.

Cuando menciona al biógrafo de García Moreno, el argentino Gálvez, difícilmente se resiste a repetir: "biógrafo, canonizador de tiranos". Véanse las páginas 167, 198, 225, 229, 230, 231, 289, 315, 387, 391, 400, 428, 429, 475, 477, 480, 481, 489, 505, 532, 535, 670, 697, 741. . . .

Menos mal que a Bolívar lo menciona pocas veces; mas en casi todas lo recuerda como «rijoso y cachondo» (pág. 40), "cachondo caraqueño" (224), «macho rijoso y cachondo» (528). . . .

El nombre de Ricardo Pattee va casi siempre acompañado de «scholar norteamericano» (págs. 378, 402, 403, 432), a pesar de que no es «yanqui» (p. 378), sino canadiense.

El año de 1862 es insistentemente mencionado en las páginas 601, (dos veces), 602 (dos veces), 603 (dos veces), 606, 607 (dos veces), 609, 610, 632, 668, y 679, como "el año de sus desgracias amorosas", «de las penas de amor», «año del dolor de amor», "de las calabazas", «año cruel de las contrariedades amorosas», «de sus desastres amorosos», «año del desamor», «de los amores desgraciados», «de las penas de don Gabriel», de los «celos y amores»....

Y si Luis Robalino Dávila se equivoca al decir que la *Histoire universelle de l' eglise catholique* en que García Moreno se empapó de la corrupción de Roma papal, consta de diecinueve volúmenes, Carrión le corrige seis veces: dos en la página 353, tres en la página 334: «¡Son veintinueve, señor Robalino!», y una en la página 335.

«Cosas del Doctor»: sus latines.— Sin duda alguna, a Carrión le gusta mucho el latín, como lo prueban las innumerables locuciones latinas que intercala en sus páginas. Sabido es que su estudio es utilísimo para la mejor comprensión de todas las lenguas romances. Lo lamentable en el caso de Carrión es que el menosprecio que demuestra por la gramática española se vuelve mucho mayor en tratándose de esa lengua muerta, pues casi no hay palabra latina en que no incurra en algún error. Lo prudente es que quien no domina una lengua extraña y quiera utilizarla, sea más escrupuloso que con la propia so pena de ser tildado de pedante.

El latín no emplea tilde. Clasifica las sílabas en largas y breves: aquellas se indican, cuando es necesario, con una rayita horizontal sobre la vocal; y éstas, con un acento circunflejo invertido. Sin embargo Carrión traza tildes al modo español, inclusive erróneamente, como en «gáudete», cuya sílaba larga es **de.** («Por qué Jesús no vuelve» p. 13).

El latín emplea muchas consonantes dobles, como, por ejemplo, en las palabras: sigillum, confessio, ille, inflammare, remittere, peccata, possidere. Pero Carrión escribe: «*sigilo confesionis*» («Por qué Jesús no vuelve», p. 139), «in *ilo* tempore» (Ib. pág. 261); «ite, omnia incendite et *inflamate*» («El Santo del patíbulo», p. 45, 90 y 96); «*remituntur* tibi *pecata*, vade in pace» (Ib. 66); «uti *posidetis* juris» (locución conocidísima en Derecho Internacional), (Ib. p. 561). En «Por qué Jesús no vuelve» (pág. 371), se lee: «Ego te *conyugo*, in *nomini* patris et *filio* et *spiritu sancto*; en «El Santo del patíbulo» (pág.) «ego te absolvo in nomine *Patri* et *Filio* et *Spiritu Sancto*». Todas las palabras que hemos subrayado en estas dos últimas citas tienen algún error; y su ortografía correcta es: «Ego te *conjugo* (absolvo) in *nomine Patris* et *Filii* et *Spiritus Sancti*». Como se ve, el novelista e historiador

se equivocó con todas las tres personas de la Santísima Trinidad. En latín no hay la **y** griega sino solamente la **i** latina.

La preposición *intra* exige el acusativo: «intra confessionem»; y la preposición *de*, el ablativo: *«de coeteris»*. Hay doble error en *«intra confesionis»* («Por qué Jesús no vuelve», págs. 249 y 335); y uno en *«et sic de coetero»* que debe corregirse con *«et sic de coeteris»*. («El Santo del patíbulo», p. 102). *«Societas Jesus»* (ib. p. 49) debe corregirse con *«Societas Jesu»*, Compañía de Jesús. La gramática latina es estricta en la declinación o desinencias de las voces; y si de ellas se quiere hacer la misma mofa que ya se ha hecho de la gramática española, sólo se escribirán verdaderas necedades sin sentido, según los «impromptus» (no «impromtus», ib. p. 213) o caprichos del escritor.

Al narrar las fiestas de *Corpus Christi*, el novelista no podía dejar de transcribir la primera estrofa del himno del rito católico *Tantum ergo*, (pág. 138) pero con tan mala suerte, que cometió dos o tres errores en cada verso de dos o tres palabras:

Texto auténtico	*Versión de Carrión*
Tantum ergo Sacramentum	Tantum *ergum Sacramento*
veneremur cernui,	*veneremos* cernui,
et Antiquum Documentum	et *Anticun Documentun*,
Novo cedat ritui.	*Novun cedan* ritui.

El lema: *«Ite, incendite et inflammate»* es, en «El cuento de la Patria», *«ite, encendite et inflamate»* (pág. 120), lo que indica que el menosprecio por la gramática latina va *in crescendo*. En el mismo Cuento, se interpreta el significado etimológico de los nombres «Cristóforo Colombo» como «El Cristo que lleva las palomas» (pág. 86); pero su interpretación sería fiel, sin ningún *quid pro quo*, así: «Palomo que lleva a Cristo. Carrión es igualmente descuidado en la ortografía de apellidos extranjeros: escribe «Shoemberg» en lugar de *Shoenberg* («Por qué Jesús no vuelve», 353); «Marcusi» en lugar de *Macuse* («El Santo del patíbulo», 73). Para Carrión el apellido *Ascásubi*, tan conocido entre nosotros, es «Ascasubi» (Ib. decenas de veces, *passim*).

Y, sin embargo, es partidario de que tanto el autor como el lector sean poliglotos consumados: «¿Por qué —pregunta— no hemos de robarle al francés, al inglés, al alemán, al portugués, todo lo que necesitamos para hacernos entender del mayor número?» («El Comprendedor apasionado», pág. 17). Por la muy sencilla razón de que si se impusiera la norma de incluir en un idioma cualquiera, palabras y frases de idiomas desconocidos, llegaría el momento en que nadie entendería nada, a no ser que el lector fuese tan poliglota como el sabio escritor.

No olvidemos que quien aboga por el «robo» de palabras extrañas al español, es un Académico de la Lengua, que menosprecia a la Academia y hasta ahora no se ha incorporado a ella. ¿Por qué será? «Para ejercer —dice— ese oficio de dómine magistralizante (el «defensor del idioma») con palmeta en la mano, las gentes se apoyan en menguados títulos de Academia, conquistados a pura mediocridad; títulos que se los ostenta pedantemente, convenga o no convenga. Motivo por el cual yo —que fui honrado hace cerca de veinte años con un sillón académico, cuando era Director ese hombre bueno y sabio que fue don José Rafael Bustamante— no me he incorporado a la «docta Corporación» humildemente, sin jactancias .... Pero, Matita, francamente.... Para contar las honrosas excepciones, sobran los dedos de una mano ....» (Ib. pág. 8). ¡Gloria y honor a las «honrosas excepciones»!

«Cosas del Doctor»: ¿ingenuidad?— En su «Cuento de la Patria», pág. 54, enseña: «Y así, para que fueran hermanos para siempre, los pobladores de la sierra y el litoral ecuatorianos, nacieron hijos de la misma estirpe: *la estirpe de la golondrina* .... Y con el signo del vuelo impreso en nuestra frente: descendemos —digo mal— ascendemos hasta la golondrina .... » ¿Tiene algún remoto asomo de verosimilitud esta leyenda «velasquiana» del jesuita «novelista» ¿No sería lo procedente, entonces, sustituir el cóndor de nuestro Escudo con una «golondrinita»?

El señor doctor se hace también eco de una leyenda mística: la «profecía» de Mariana de Jesús Paredes y Flores, según la cual «El Ecuador ha de desaparecer a causa de los malos gobiernos». Aparte de que el aceptar como posible la desaparición de nuestra Patria, encierra un pesimismo y un derrotismo propios de cobardes, la predicción en sí misma es absurda si se refiere al Ecuador. ¿Cómo pudo profetizar en 1645 la destrucción de un Estado que aún no había nacido, y de cuya fundación, casi dos siglos más tarde, en 1830, no tuvo la menor idea? Si aquella «profecía» se refirió al desgobierno de la Corona española sobre sus colonias, ya se cumplió en las guerras de la Independencia, y, por lo tanto, no tenemos por qué recordarla.

Además de pesimista y cobarde, es ingenua la esperanza de que nazca una Juana de Arco ecuatoriana para que nos redima del militarismo. Edúqueseles a los jóvenes para que sean varones de verdad, y no se le ocurrirá a Carrión pensar en Juanas de Arco.

Algo de ingenua tiene la explicación que, para nosotros mismos que sabemos de sobra lo que es la chicha, da Carrión acerca de la «chicha de jora, especie de cerveza hecha con maíz germinado». («El Cuento de la Patria», pág. 72). ¿Se trata acaso de un cuento para germanos que no conocen la chicha? A la inversa, habría razón en definir por ejemplo, para los jíbaros, la cerveza como «chicha elaborada con cebada germinada».

Cosas del Doctor: sus diálogos.— ¿Y qué decir del diálogo que el «cuentista» (usada esta voz en el mejor de sus sentidos) entabla con sus lectores? El prólogo al Cuento de la Patria concluye con una confidencia: «Les aseguro: tiene muy bellas páginas el CUENTO DE LA PATRIA» (31). Más comunicativo todavía, en la página 38 pregunta: «¿Ustedes han comido los mangos? Y las chirimoyas y las papayas y las piñas ....» «Puede usted ir a verla— invita insinuante a que vayamos a visitar la «inmensa roca» de cuatro o seis metros cúbicos en la que Santo Tomás (es «artículo de fe») dejó impresa la huella de uno de sus pies, cerca, «cerquita» de Latacunga. «¿Creen ustedes en las Amazonas? Yo sí», —nos asegura. (Págs. 42 y 47). Aludiendo a cierta rectificación sobre «Huaina—Capac el Grande.... el Carlomagno del Nuevo Mundo, como lo dijo alguien, o lo digo yo, si nadie se responsabiliza del calificativo», añade: «Luego, investigué mejor, les aseguro y les ruego creerme ....» (Ib. pág. 52). «El Padre Vicente Valverde —¿no lo han olvidado ustedes? —(pregunta en la página 129) ... había llegado a Obispo ...» (Llegar a Obispo.... ¿No conocen ustedes otro giro más español para expresar ese mismo concepto?)

No podía faltar el diálogo en «El Santo del patíbulo»: «¿Ven ustedes? Malpensado como es....» etc. «Otra vez digo, ¿ven ustedes?.... ¡Pero qué redomado farsante nos resulta *el aprendiz de santo!*....» (Pág. 320).

El «yoísmo»: ¿epidemia espiritual o literaria?— Cual más, cual menos, todo ser humano es egoísta. Hay un egoísmo que puede ser hasta una virtud cuando se quiere halagar al propio «ego» inmolándolo en obras de bien común, sin jamás vulnerar en lo mínimo un derecho ajeno: es el egoísmo del santo, del sabio y del apóstol. Hay otro egoísmo morboso, y es el de quien satisface sus ambiciones, caprichos o pasiones personales a costa de sus semejantes: es el egoísmo del criminal, del impostor, del demagogo. El santo, el sabio y el apóstol son modestos: jamás hablan de sí mismos, abstraídos como se hallan en sus filantrópicos empeños. El impostor, el charlatán, el demagogo, en cambio, no cesan de hablar de sí mismos, de la nobleza de su sangre, de sus glorias familiares: todo lo que dicen está supeditado a su «yo», y en ningún instante son capaces de olvidarse de su «ego» para discurrir con profundidad sobre materia alguna. Otros, tras del «yo» repetido insistentemente, revelan un engreimiento desmedido en relación a sus méritos: se creen «monumentos vivientes» a quienes no les faltara sino morirse para que se les ponga sobre un pedestal en una plaza pública.

Como frágiles seres humanos, también el santo, el sabio y el apóstol tienen sus defectos; pero éstos quedan a salvo de las miradas ajenas porque su propia modestia no da una oportunidad para que se descubran. El yoísta, por el contrario, va poco a poco desnudándose

espiritualmente hasta exponer todos sus defectos a la pública contemplación, en una especie de *strip tease* que nada tiene de atractivo.

El yoísmo tiene mil poses diferentes según la idiosincrasia de cada quien: su denominador común es el rechazo general que inspira, porque el yoísta parece que dijera a cada paso: «Yo soy el único sabio, el maestro. Quienes me escuchan son unos pobres diablos». ¡Qué divertido sería presenciar una conversación entre tres o cuatro yoístas, desesperados todos ellos por sobresalir repitiendo una y otra vez: yo, yo, yo. .. en respaldo de sus peculiarísimos y conocidos puntos de vista....!

Como vamos a verlo, el yoísmo se está volviendo una epidemia espiritual o literaria, y seríamos injustos si habláramos de él como de una «cosa» exclusiva del doctor Carrión. Tanto empleó el «yo» en pocos renglones de uno de sus célebres discursos el doctor Jorge Salvador Lara, que bien puede decirse que él mismo se puso el apodo de «Doctor Yo—yo». Otro inficionado de esa epidemia es el «amigo matita»: sus parrafadas giran constantemente al rededor de ese inverecundo «yo»: qué es lo que ese «yo» piensa; qué es lo que no piensa; qué se ha dicho, qué no se ha dicho acerca de ese «yo»; y, lo más gracioso, qué es lo que ese «yo» piensa de sí mismo, para concluir definiéndose «personilla», «imbécil iluminador», «carnero de Panurgo» y otras lindezas peores, que ya el lector se sabe al dedillo. «Ya ve *yo* (sic) —le dice a Gonzalo Zaldumbide— que no soy ni sus pisadas....» («Zaldumbide y Montalvo», pág. 37). «*Yo, yo* que no soy nadie.... me indigné al cerciorarme que un amigo de Ambato guardara mis tarjetas.... mis cenizas» (61). «*Yo*, y eso hasta *yo*.... que no conozco la Gramática» (71). «Justifico así *mi* intuición» (74). «*Mi* corazón munífico...., *mi* honradez garantizada en *mí*.... Conforme «*yo*» —*yo*».... ¿pero qué he de hacer, hay otro YO? (sic) (77). Parece que mata no soporta a su «yo», pues insiste: «Pero *yo*, aunque no soy de pro.... *yo* —bah, el «yo»—(sic) (78). «*Yo* no estoy empeñado en dármelas de tonto, sino que soy mismo....» (110). «*Yo* no requiero de los adventicios amuletos sobrenaturales en misterio.... *Yo* no he exornado la militancia de *mi* vida con decoraciones laboriosas o simples.... *mi* sangre que es igual a la del cóndor o a la terrígena de los indios.... Mientras *yo* tenga una inquietud de niño para sorprender, mirar y admirar las cosas; mientras *yo* me deje prender por la ilusión....; mientras *yo* acepte y anhele todo lo fresco.... *Yo* detendré la vejez o vetustez.... *mi* alma se *me* reventará, o evaporará o desvirtuará dentro de *mis* ojos en lágrimas de penumbra titilante ....» (120—121).

No menos pródigo de sí es el yoismo matoso en su «Defensa»: «*Yo*, siempre, había comprobado su deferencia para *mí*» (pág. 5). «*Yo* estaba ilustrado de su gentileza amical hacia *mi personilla*.... Bonito estaría *yo*, con *mi fachilla*....» (8) «Mas *yo* no me considero un so-

litario.... *Yo* no tengo la desesperada soledad ... *Yo* no estoy solo: estoy *conmigo, conmigo* y *mi* verdad que va *conmigo*....» (16). «*Yo*, Ud. sabe —y perdone tanto «yo» (sic)—, *me* he desclasado para estar junto al Pueblo.... *Yo*.... hablo *la lengua viva de la calle*, alejado del *erudito colofateado y embreado*... » (27). «Ud. vacilará, amigo *mío*, pero *yo* no». «Benjamín, cuyas faltas hasta *yo*... » (29). «*Yo*, como de toda persona genuinamente valiosa, era amigo de él». (21). «*Yo* escribo como me da la gana» (38). «*Yo* no sé gramática hasta ahora, si la sabré jamás.... Pero *yo* declaro que soy un idiota vocacional» (45). «*Yo* me sé absolutamente ignorante» (47) «con ese *montón* de *mis* 30 obras *del montón*» (sic) (47). «*Yo*... , porque soy un aseadísimo cochino.... Pero *yo*, siempre, soy sincero.... hoy, por escribir, hasta de silbar me he olvidado; lo que no significa que no pueda soplar....» (49). «*Yo*.... ejecutando justicia literaria, estoy creando vida limpia y dándome un nacimiento racional....» (53). «*Yo* no deseo distinguirme....; *yo* no quiero diferenciarme, sobresalir, despuntar, etc. etc.» (53). «Nosotros, Ud. y *yo*, Benjamín, ya no creíamos en los angelitos ...» «*Yo* no me creo bien inmueble....» (59). «Si es que *yo* utilizo solamente el apellido de *mi* padre, es por economía....» (65). «*Yo*.... no siquiera me he acordado de que soy Ordóñez y que ... *yo* debía armarme de rencor....» (67). «*Yo* sé que ni Ud. ni *yo* hemos procedido a impulsos de defensores de nuestra sangre....» (69). «Ya que *yo*, Benjamín Carrión, ya que *yo* (sic).. no he conseguido rescatar del limbo a esos indeterminados intelectuales interinos....» (116). "*Yo* que no me concedo ni tretas ni tratos con ninguna calaña de santos...." (117).

Al pie de una pésima traducción de unos versos quichuas, en su novela "Sal", mata dice: "*Me* responsabilizo de esta traducción.... Si he fallado es culpa de *mi* buena intención.... G. h. M." (Novela citada, pág. 259). En la segunda edición de su novela "Sumag Allpa", en la página 166 se cita a sí mismo: "Cuando empecé *yo* a escribir se *me* reprochaba que eran *mis* escritos enrevesados y confusos, y *mi* lengua, una especie de monsergeño galimatías. Seguí haciéndo*me mi* habla y *me* callé; pero era para decir*me* a solas: No es que no entiendan tu lenguaje; es que no comprenden a primeras tu pensamiento, y como no tienes aún derecho a que se te relea, te declaran infundioso. Paciencia! que ellos entrarán.... *Yo*, en privado y ante todo el público, me reía y afirmaba *mi* fe en *mi* escritura: porque todo cuanto escribo lo hago a conciencia y sé, de antemano, el impacto y la trayectoria de su fuerza viviente. Muchos han «entrado» ya en *mi* lengua y los demás seguirán entrando. Creo que he realizado labor de divulgación y un plausible aporte filológico ...» Otra nota en la página 169 dice: «Cuando esos señores se demuestren remotamente racionales, en recompensa tendrán derecho, sin acercar*me* a ellos y sin concederles ni la más leve estimación, a que *yo* repare en sus desconocidos nombres: oprobio de la dignidad pensante.... «G. h. Mata».

El abuso de la conjugación de verbos en primera persona, número singular, es fruto natural del yoísmo matuno, que llega a interrumpir sus divagaciones para elogiar lo que acaba de decir: hablando de «enlatar de académicos a poetas palanqueadores, que han dejado el camino del sol para transitar por los vericuetos de la lóbrega noche de las academias», añade entre paréntesis: «(¡Qué linda me salió esta frase, del todo académica, Benjamín!)» («Defensa», 31). ¿Aprueba, Benjamín, la belleza y la oportunidad del pensamiento y de la frase?

Mientras responda, pasemos al yoísmo del propio señor Doctor Benjamín, tal como aparece en su novela «Por qué Jesús no vuelve», en «El Santo del patíbulo» y en «El Cuento de la Patria».

El prólogo del primero empieza con una referencia netamente personal: «Este libro aparece a los treinta y cinco años de haber sido concebido en su intención y en su plan. En un libro *mío* . . . aparece en primer término . . . .» (pág. 5). ¿Es acaso un mérito haber escrito en 35 años una novela que no tiene visos de inmortal? «Adopté inicialmente la fórmula del cuento . . . . Acaso no tenía —no tengo— la capacidad del remate, precisa en el cuentista». ¿La tuvo en la novela? Luego, nos revela sus simpatías para los escritores «naturalistas», defiende la «malacrianza heroica», y concluye: «Al escribir este libro, he sido consecuente con mi posición y una lucha permanentes. Así fui, así soy. No me he compuesto . . . . Y declaro: creo haber hecho un libro puro, sincero, sano . . . .» (pág. 6). ¿No sería más prudente dejar el fallo al juicio de los lectores?

Extraña expresión del yoísmo es el que un novelista ponga su apellido en boca de los personajes de su obra, con palabras que significan narcisista admiración hacia su propia grandeza y celebridad. Refiriéndose a Loja, se lee en un párrafo: «Y estábamos además *en el último rincón del mundo* como llamara hace años *Benjamín Carrión* a mi pequeña ciudad». (Pág. 91). Como si éste fuese un famoso descubrimiento, en la página 135 se repite: «Vivíamos en lo que, desde Europa, un comprovinciano nuestro, *Benjamín Carrión*, llamara *el último rincón del mundo* . . . .»

Había que recalcar que el ilustre comprovinciano viajaba por Europa, y nada más aconsejado que ponerlo en un diálogo: «No hace mucho, Pío me presentó a un joven paisano de usted . . . . Usted debe conocerlo. Se llama *Carrión, Benjamín Carrión* . . . creo que anda por Europa . . . —íntimo amigo mío. Lo conocí en cosas universitarias y . . . . —Interesante joven, sí señor, interesante joven. Entusiasta, hace versos, bonitos versos. . .» (Pág. 181). «Llevarlos a la Casa de la Cultura, fundada por un paisano de ellos, *Benjamín Carrión*, al que querían conocer . . . . ¡Chagras pretensiosos! . . . .» (sic) (Pág. 317).

Las primeras palabras del prólogo del «Santo del Patíbulo» son: «Veinte largos años de trabajar en esta Vida de García Moreno . . . .» (pág. 7) . . . En esta obra, Carrión se adueña de la Patria ecuatoriana

en un modo casi exclusivo. ¿No sería generoso cedernos siquiera una partecita llamándola «nuestra» en lugar de «mía»? «Mi pueblo, mi ejército», son expresiones que no se compadecen sino con las petulancias de algún demagogo. «En *mi* libro *Cartas al Ecuador*, expresé este pensamiento, en 1941—43 producto de paciente reflexión histórica sobre las cosas de *mi pueblo*: . . . . dos cosas no ha soportado ni soporta el pueblo de esta tierra. Es la primera, los atentados contra la libertad. Es la segunda, «que lo quieran hacer el . . . tonto . . .» (Pág. 191). «Y esas cosas, sí, no las ha soportado nunca *mi país* . . .» (pág. 306). *Yo* invoco la mente sana, el pensamiento claro de la gente de *mi país*, de cualquier ideología . . . .» (Pág. 363). «Estoy escribiendo esta biografía en la tierra altiva y generosa de México . . . . Aquí se ha confortado *mi* sustancia de hombre, *mi* calidad humana . . . .» (Pág. 383). «De entre la garrulería de ditirambos al *General en Jefe*, que le prodigan los panegiristas, *yo* quiero destacar una demostración de capacidad política . . . .» (Pág. 418). «*Me* permito ofrecer, a los novelistas de *mi país*, estos temas formidables de novela retrospectiva . . . .» (Pág. 445). «*Mi* espíritu, *mi* sensibilidad se resisten a admitir que a *mi pequeña patria*, tan esperanzada y nueva, se le señale como fecha de gloria un aniversario lúgubre . . . .» (Pág. 490).

Más grave se presenta el yoísmo de Carrión en su «Cuento de la Patria». «Pienso *yo*» —son sus primeras palabras. «Creo en la fábula de Herodoto . . . . Creo en lo que leo en el Mahabarhata y en el Ramayana. Como artículo de fe, creo . . . Y si no creo . . . . ¿qué me queda?» (Pág. 7—8). «Declaro . . . copio . . . . Velasco . . . . *yo* llegué a nombrarlo el primer novelista ecuatoriano . . .» (9—11).

En las páginas 20—21 del Cuento se lee: «Hace muchos años, en 1931, un distinguido facultativo ecuatoriano me dijo, sabiendo que iba *yo* con un cargo diplomático al Perú, que tratara de recoger datos para probar que Daniel A. Carrión —una de las más puras cifras del martirologio médico universal— era ecuatoriano, originario de Loja, *mi pueblo* natal, y con muchas posibilidades, *mi pariente*. *Yo* le conté la cosa, en confidencia fraternal, a uno de los mejores amigos que haya *yo* tenido en *mi* vida, un peruano, Jorge Guillermo Leguía, en la propia Lima. Se sonrió con esa bondad casi de santo, y me dijo más o menos: —Aquí, en el Perú, nos dolerá menos que reclames algunos miles de kilómetros cuadrados de esos que ustedes los ecuatorianos, dicen que les hemos arrebatado nosotros, los peruanos; pero si quieren privarnos de Daniel A. Carrión, te aseguro que les declaramos la guerra . . . .» —¿Se insinúa, talvez, que el nombre de un probable pariente de Carrión tiene mayor valor que nuestra región oriental?

En la página 24 se alude a «*mi* juventud en *mis* tierras del sur»; «*mi* tesis», «*yo* creo», «para *mí*», «para *mí*», «para *mí*» se lee en las páginas 26—27. «Insisto en que más *me* refiero a la leyenda que a

la historia» (pág. 28). «A lo que agrego *yo*, mirando *a* un Mapa Mundi . . . » (pág. 137) (¿O mirando un Mapa . . . .? ¿Es persona el mapa?» «*Yo* no pido a nadie que lo crea . . . . *Yo* sí le creo». (Pág 133). «Como en el Himno Nacional, se abatió sobre *mi* tierra la envilecedora y baja cosa que es la dictadura militar». (Pág. 218). « . . . . se convocó una Asamblea Constituyente, en la cual se hallan depositadas las esperanzas de *mi pueblo* . . . » (Pág. 222). Antes que hablar de *su* Patria, de *su* pueblo, el educador debe decir al niño: ama a *tu* Patria, ama a *tu* pueblo.

¿Será también expresión de egolatría la altivez con que Benjamin Carrión se esmera por ridiculizar, despreciándolos como «mediocres», a todos los que no comulgan con él aun en doctrinas muy discutibles? ¿No sería más prudente demostrar esa «mediocridad», que hablar de ella en modo por demás generalizado e impersonal?

La fecha más gloriosa de nuestra cultura: el 25 de Agosto de 1966.— El yoísmo de Fernando Tinajero Villamar, actual Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es de otro tipo. En realidad la primera palabra de su libro «Más allá de los dogmas» publicado por la Editorial de dicha institución, es un verbo en primera persona singular: «Creo . . . » (pág. 9). Pero luego emplea modestamente la primera persona plural. El yoísmo empieza a descubrirse cuando dice con mal encubierto tono de superioridad y de autoridad: «*A mi juicio* hay en ello una grave equivocación . . . . » (28). El «magister dixit» con que los secuaces de una escuela aludían en el Medio Evo a su máximo jefe, flota en los párrafos de Tinajero como que él mismo fuera jefe de un movimiento, y en esto no anda equivocado. «*A mi juicio*» —repite en la página 92, y en su juicio se apoya cuando se cita a sí mismo empleando el argumento «de autoridad»: «Creo que lo he dicho otras veces» (pág. 110); «*A mi juicio*, esa exclamación (¡Dios ha muerto!) es la que debe ponerse como inicial de la crisis de nuestro tiempo» (Pág. 112). El «cristianismo . . . , a *nuestro juicio*, es uno de los productos más nobles de la inteligencia . . . » (118). El pronombre posesivo está en plural, pero ¿hay alguna novedad en el anterior aserto?

El yoísmo de Tinajero se acentúa conforme va penetrando en la esencia de su neocultura parricida: «Por mi cuenta, —dice—, y apartándome ya de tan eruditos historiadores, quisiera repetir aquí lo escrito en otra parte . . . Reproduzco aquí parte del texto de *mi* ensayo *El Parricidio Intelectual* . . . . no sin advertir que ese ensayo, con todos sus antecedentes, constituye el punto de partida de ese libro y —quizá, lo espero— el primer intento de una explicación de la actitud de la generación a la que pertenezco . . . Alguien dijo que el pecado original de América fue la conquista española, y *yo* quisiera añadir que sólo nos lavaremos de él por un bautismo doloroso y radical que nos libre del mito de nuestro ingenuo occidentalismo. Tengo la

convicción . . . » etc. (138—139). «*Yo* no soy un sociólogo y confieso que me es bastante difícil llevar hasta las últimas consecuencias el análisis de la realidad social ecuatoriana. Comprendo que todo esto admite una inmensa variedad de matices que no se dejan aprehender en un esquema como el que estoy proponiendo» (144). (He aquí una ventaja del yoísmo: el yoísta, muy a menudo, hace confesiones ingenuas, como las anteriores, que revelan algún lado flaco de su personalidad, de su preparación, de su obra). «No dudamos —insiste— de lo incompleto de esta descripción . . . .; serán los sociólogos y los historiadores quienes hagan ese trabajo, muy necesario por cierto. *Yo* no me siento autorizado para ello, si ahora he tomado en consideración estos problemas es por la sencilla razón de que precisamente por ellos los jóvenes intelectuales hemos asumido una actitud que bien puede llamarse parricida . . . .» (154). Por consiguiente, según lo confiesa el propio «Maestro», «es tremendamente grave pronunciar como *yo* pronuncio ahora una condenación tan rotunda del pasado . . . .» (155). (¿No sería lógico y prudente esperar que los «sociólogos y los historiadores» aclaren los problemas de nuestra cultura, antes de tomar esa actitud parricida?)

Lugar común es insistir en que todo ciudadano tiene el deber de intervenir en la política. Sin embargo, Tinajero cree ser el primero en haberlo descubierto: «*Yo* afirmo rotundamente que ningún hombre que se precie de ser tal puede evadir la responsabilidad política» (Pág. 160).

Creerse el padre de una nueva cultura y proclamarlo a los cuatro vientos señalando hasta el día y acaso la hora en que nació esa nueva cultura, es el colmo del engreimiento y de la insensatez: «preparábamos nuestra hora —dice. La preparábamos con nuestras lecturas, con nuestros encuentros cotidianos, con nuestros debates. Y de todo ello iba surgiendo una conciencia renovadora y clara. Esa conciencia nos llevó al parricidio; si *nuestros mayores* claudicaron, sabíamos que no podíamos seguirlo tolerando y que, al llegar *nuestra hora,* tendríamos que barrer casa adentro y casa afuera . . . . *y nuestra hora llegó.* Llegó *el 25 de Agosto de 1966,* cuando después de haber agotado todos los recursos, optamos por el recurso supremo: penetramos en la Casa de la Cultura Ecuatoriana y obligamos a sus ocupantes a abandonarla. No se trata ahora de narrar los acontecimientos. **Nota.**— Por mi parte, y cumpliendo una obligación institucional, me he referido a esos acontecimientos en el Informe que presenté al IV Congreso de la Asociación de Escritores y Artistas Jóvenes del Ecuador, reunido en Quito, en mayo de este año. (Fin de la nota). Lo que queremos es afirmar rotundamente que esa *revolución* cultural de agosto de 1966 será *la inicial de un proceso* —cuyas dificultades no ignoramos— *que culminará en una auténtica cultura ecuatoriana* . . . . ¿Vanidad? Nada de eso: *conciencia de lo que somos y de*

lo que hacemos ... No solamente depuramos la Casa de la Cultura sino que *dimos el paso inicial hacia una nueva cultura ....»* (Págs. 168 – 169).

¡Qué formidable descubrimiento! ¡Qué revelación salvadora! ¡El 25 de agosto de 1966 nació la auténtica cultura ecuatoriana! Es su padre Fernando Tinajero Villamar; su madre, la Casa de la Cultura Ecuatoriana. ¿Y quién fue Vicente Maldonado, el insigne sabio riobambeño? ¿Quiénes Miguel de Santiago, Gorivar, Caspicara? ¡Basura! ¿Qué fueron «Las Primicias de la Cultura», de Quito, «El Quiteño Libre», el «Canto a Junín»? ¡Basura! ¿Nada significan Espejo, Moncayo, Rocafuerte, Montalvo, Alfaro, González Suárez y cien más ciudadanos insignes?.... ¿Y nada ha hecho la Casa de la Cultura Ecuatoriana desde su fundación en 1944 hata la alborada del 25 de agosto de 1966? ¿Y Benjamín Carrión con sus obras escritas desde hace más de treinta y cinco años? ¿Y Osvaldo Guayasamín en sus mozos y mejores años....? ¡Nada, nada! El 25 de agosto debe festejarse cada año, de hoy en adelante, con salvas de cañones, a la hora exacta del alumbramiento: ¿las diez y cuarto de la mañana? ¿las cinco de la tarde? Nos lo dirá el INFORME, que es ya un documento histórico más valioso que el Acta de la Independencia. ¡Lo afirmamos «rotundamente»!

El signo de la «nueva y auténtica cultura ecuatoriana»: el vacío espiritual.— Maestros de la «nueva cultura ecuatoriana» son, en primer término, Fernando Tinajero Villamar, como padre natural de la misma, Benjamín Carrión como padrino, y gonzalo humberto mata como el monaguillo llamado a decapitar las estatuas de Montalvo y de Remigio Crespo Toral.... Mas, ¿en qué consiste esta nueva y misteriosa cultura?

¿Qué nos da mata sino su «yo» derramado en «imbecilidades escritas», en sus «estampadas apestosidades», sin fondo, y en una forma detestable?

Está en lo justo Carrión cuando desenmascara la corrupción de los clérigos que tuvo por primeros maestros de su infancia; cuando ataca la hipocresía y crueldad del jesuita de casaca García Moreno; cuando vilipendia los errores y los vicios de la Iglesia Católica, siguiendo en ello el ejemplo de Montalvo. Su obra aparenta tener fines patrióticos y culturales; pero, al mismo tiempo, menosprecia a nuestras «patrias sietemesinas y malparidas», a estos «paisillos de porquería»; a «estas pequeñas cosas que son las patrias»; de su historia hace un cuento de mal gusto sin píes ni cabeza; ofende sistemáticamente a nuestros Libertadores cual si no fueran sino «el rijoso y cachondo Bolívar», «el tontito de Sucre» ... Preciso es creerse más grande y más importante que todo un pueblo para expresarse en tales términos. Aludiendo al error geográfico acerca del «río Cenepa, que nos tiene en odioso conflicto con el Perú», da claramente a entender que, según él, ese error fuese la única causa del conflicto, y tácitamente revela su

íntimo deseo de que, una vez solucionado el odioso conflicto provocado por ese error, no habría razón para oponerse a la usurpación peruana del resto de nuestro territorio oriental. Los que aún no hemos perdido el sentido de Patria, nos alegramos de que ese error geográfico nos dé un motivo más para hacer valederos nuestros derechos orientales íntegramente. Razón tiene el «amigo matita» —que ya ha sancionado el Protocolo de Río ...—, para decir que Benjamín Carrión no es «patriotero».... ¿Es así como la nueva cultura ecuatoriana fomenta el patriotismo?....

¿Qué decir de la mujer y de la familia? En su novela, al parecer autobiográfica, campean los insultos más soeces hasta contra las tías del protagonista, y mucho cuento es que de ellos se salve la madre. Su título «Por qué Jesús no vuelve» es engañoso, pues en modo alguno se hace una verdadera exposición del cristianismo. Lejos, muy lejos está Carrión de pedir a Dios, como Montalvo, el martirio en aras del establecimiento de un cristianismo puro y auténtico.

Al destruir en la juventud todos los conceptos e ideales de Religión, de Patria, de Familia y de respeto a la Sociedad en la «escuela» de un lenguaje grosero y procaz, ¿qué se obtiene sino su acelerada corrupción? «Del dicho al hecho hay gran trecho» cuando de empresas nobles y arduas se trata; pero del dicho al hecho no hay ningún trecho cuando se «excitan» los más bajos instintos, las más viles pasiones en la inexperta juventud. Discurran los mozalbetes en sus tertulias, con descaro, de inmoralidades, y bastará que el más desvergonzado proponga cometerlas, para que todos rivalicen por tomar la iniciativa en el terreno de los hechos. Esta observación, que nada tiene de exagerada, conduce a la conclusión de que, quien enseña a los jóvenes la «malacrianza heroica» en el empleo de todas las «malas palabras» con el falso argumento de que la Real Academia de la lengua faculta usarlas, es, por ese solo hecho, un verdadero y vulgar «corruptor de menores».

¿Y qué nos trae la neocultura «tinajérico-parricida»? Destruir es relativamente fácil: bastaría abandonar definitivamente al pueblo en el analfabetismo para que desaparezca todo vestigio de cultura. Y, sin embargo, Tinajero demuestra ser partidario del analfabetismo. «Al bajo pueblo —dice—, desde luego, nadie piensa dirigirse porque el bajo pueblo es analfabeto»; y añade en una nota: «Ya veremos que a pesar de su analfabetismo, nuestro pueblo es sumamente sensible a la cultura y que *se puede llegarse a él por otros medios*». («Más allá de los dogmas», pág. 156). Y repite en el siguiente capítulo: «Pero me había guardado de anotar que el bajo pueblo, aunque sumido en la negra noche del analfabetismo, es sumamente sensible a la cultura y que *se puede llegar a él por otros medios diferentes de la palabra escrita*». (171—172). No otros eran el pensamiento y el lenguaje de la clerecía, que por largos siglos ha dado «su cultura» sin recurrir

a la palabra escrita, por medio de sermones y oraciones, en pueblos intencionalmente mantenidos en el analfabetismo y la ignorancia. ¿Que nuestros indios y montubios siguen con interés las escenas de un drama? Sordos y ciegos deberían ser para no entenderlas. Criaturitas de año y medio de edad, que empiezan apenas a balbucir las primeras palabras, festejan y aplauden a los Pupi, siguiendo con toda atención los movimientos de cada títere. ¿Para qué enseñarles a leer si ya se muestran sumamente sensibles a la cultura no escrita?

Diga lo que quiera el «maestro» de la nueva cultura, el alfabetismo es el primer paso obligado para toda iniciación cultural, a fin de que quien ya sabe leer sepa también elegir sus lecturas, opinar sobre lo que lee y oye, y no se deje engañar por el primer «amigo», sea el cura, el demagogo o el agitador ignorante o descarriado.

Es de esperar que, mientras «los sociólogos y los historiadores», atendiendo el llamamiento del padre de la nueva cultura, le den hecho el estudio de los problemas de la colosal empresa, él, Fernando Tinajero, haya empezado ya a crear nuevas ciencias y nuevas artes, que desplacen nuestra cultura «ingenumante occidentalista» . . .

Preciso es conocer el pensamiento íntegro del fundador de la nueva cultura, para que nadie crea que lo tergiversamos: «tendremos que revalidar —dice— lo que merece verdaderamente respeto. Sólo la decisión de seguir este camino podrá ofrecernos la posibilidad concreta de *construir, a partir de hoy, una auténtica cultura nacional,* teniendo en cuenta que ella, para ser tal, requerirá indefectiblemente apoyarse en *ciertas tradiciones que nos liguen con nuestro pasado, bien que depuradas por la crítica que estamos obligados a iniciar* . . . Muchos pensarán, después de lo dicho, que estoy haciéndome la ilusión de transformar el país por medio de la literatura. Nada más falso. El problema que he planteado es, por su misma naturaleza, *mucho más amplio de lo que puede creerse, y afecta a la constitución misma de la sociedad* . . . . La historia nos ha lanzado un reto y debemos decidir si tenemos o no la fuerza necesaria para responder como nos corresponde . . .» (Ib. págs. 159—161).

Como se ve, en última instancia, *en todos los órdenes de la vida social,* Fernando Tinajero se alza como pontífice máximo e infalible, como árbitro supremo, a quien corresponde decidir qué tradiciones, para subsistir, deben ser depuradas por él, y qué es lo que merece respeto, de acuerdo con la «crítica» que debe haber iniciado ya, en su escritorio de Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. ¿Cuántos días, meses, años, décadas o siglos durará esa labor? ¡No lo sabemos, ni lo podemos saber!

Pero, mientras no proclame si debemos o no conservar los números arábigos y los romanos, que vienen de remotas culturas del Mediterráneo; si debemos o no adoptar las nuevas matemáticas (que desafortunadamente no han sido inventadas por la neocultura «tinajéri-

ca»), todas las ciencias de los números deben ser proscritas de nuestros programas de enseñanza. Mientras no nos avise si la «Escuela Quiteña» de artes plásticas debe o no debe conservarse siquiera como un recuerdo de una «cultura inauténtica», ha de omitirse toda alusión respecto de ella en nuestros textos escolares. ¿Merecerán por lo menos una ligera mención Espejo, Olmedo, González Suárez . . .? Montalvo —ya lo sabemos— es para Tinajero un mito, una vaca sagrada, un ídolo de barro: borrar su nombre de la historia es un imperativo de la nueva cultura parricida. ¿Cuál será el idioma oficial de la nueva cultura: el quichua, el español, el ruso, el chino? . . . Mudos debemos quedarnos hasta el momento en que Tinajero tome la palabra y nos revele su decisión inapelable.

Un solo inconveniente ha de presentar la nueva cultura cuando llegue a su apogeo: puesto que toda expresión de saber y de vida social estará supeditada al fallo de Tinajero, llegará un momento en que todo ecuatoriano quedará cortado con las mismas tijeras y se parecerá a él como una gota de agua a otra, puesto que a nadie le será lícito discrepar de sus sapientísimas doctrinas so pena de ser un réprobo de la nueva cultura.

En suma, mientras por su parte mata y Benjamín Carrión han iniciado ya su apostolado de las «malas palabras» y del menosprecio a la gramática, Tinajero, por la suya, nos deja en un angustioso suspenso, sin atinar el camino que debemos tomar hasta cuando publique, no se sabe en cuantos tomos, la ENCICLOPEDIA DE LA NUEVA CULTURA.

Entre tanto, ¿qué nos queda sino admirar el «yoísmo» de estos tres insignes maestros en la desorientación que está llevando al vacio espiritual y al caos moral a nuestras nuevas generaciones?

«La noche de las ratas».— Es un cuento, pero es también una triste realidad. Lo ha escrito un joven «tzántzico», esto es, «reducidor de cabezas», y miembro nato de la neocultura parricida. Trátase de un aprovechadísimo alumno de la escuela de Benjamín Carrión y de mata, por el desconcertante abuso de las «malas palabras», por la falta de trama y de desenlace en el relato. Para deleite de los tres «Maestros», y a fin de que el lector vea de cerca por qué vericuetos se está encaminando la «cultura ecuatoriana», pedimos venia para transcribir los principales párrafos del cuento con todas sus faltas a la gramática y a las más elementales normas de la buena educación. Como el lector podrá advertir el cuento revela un marcado influjo de «Por qué Jesús no vuelve» tanto por su abuso de palabras burdas, de aumentativos y diminutivos, como en la sucesión de escenas intrascendentes.

«El patojo peres tiene la culpa».

«Despuesito del almuerzo fue a vernos, de uno en uno, de casa en casa, con

el cuento de que en el cine jolibud estaban dando unas películas buenotas. «Vamos a morbosear un poco», nos dijo, y al ratito tenía reunida a toda la gallada».

«Eramos nueve y el dinero únicamente nos alcanzaba para seis entradas. Entonces el patojo, que siempre fue el más inquietoso dijo: —Cholos no se preocupen, traigan las platas—, y juntando las platas se fue a la boletería. Entre tanto nosotros nos acercamos a la entrada de la galería. Vino el patojo peres y le entregó al boletero las seis entradas en manojo, al tiempo que le preguntaba algo sobre las artistas. Nosotros no esperamos más y subimos corriendo mientras el patojo discutía con el boletero. Al cabo de un rato oímos, pac, patac, pac, patac, las pisadas desiguales del patojo, que venía a reunirse con nosotros».

«La galería estaba llenita y ya había comenzado la película, a tientas, y peleando con todo el mundo, logramos acomodarnos. El ojo e' buey le preguntó al man que estaba sentado a su lado —¿Qué película es ésta?— y el otro tirándose a sabio le respondió «Es la primera», entonces el ojo e' buey le dijo «Estás muy sabroso desgraciado» y comenzaron a pelearse a codazos. Los asistentes protestaron y se armó la pelotera. El patojo que quería ver tranquilo la película y sabía poner fin a las peleas gritó: «Calla desgraciado que mi mama es chepa». Todos reímos a más no poder y, en efecto, la pelea no pasó de eso.

«La película se llamaba «Lujuria Tropical» y la isabel sharli, que era la artista principal, hacía el papel de una tipa que tiraba con todo el mundo, pero que en el fondo era buena. Cuando la isabel comenzaba a desvertirse, cómo gritábamos y zapateábamos: «Tírale desgraciado», «Cógele desgraciado». Pero cuando ya estaba desvestida todo el mundo se callaba, y qué lindo era ver esas tetotas que llenaban la pantalla, que llenaban la galería, que llenaban el teatro. Yo le dije al brujo: «Cómo se parece a la mona josefa, si es igualitita», pero el brujo cochino se quedó callado. ¡En qué estaría pensando el desgraciado! Deveritas que se parece, los ojos, el cuerpo, todo. Claro que la mona es un poco fea y no tiene dientes, pero eso no le hace. Como el brujo seguía silencioso yo grité: «Oye naño, mira a la mona josefa». Todos los de la gallada nos reímos, pero de alguna parte de la galería salió un uuuuuuuuu, que fue coreado por el resto de espectadores. Ellos no conocían a la mona josefa y por eso no entendieron la papa».

«La segunda película fue de puro estriptis, la copia era mala, a ratos era demasiado clara y a ratos muy oscura y estaba llena de cortes. Alguien le gritó al de la cabina «No robes cabrón». Yo regresé la vista y sólo entonces me di cuenta de un viejo que estaba sentado a mi lado. Era de no creer, un viejo hecho pasa y sin dientes, un viejo viejísimo que estaba dándose gusto solito. Me dio unas iras y le dije: «Viejo pajero»: Dándole al mismo tiempo un gran codazo. El viejo ni sintió, sólo me quedó viendo mientras se reía con su risa sin dientes, «viejo pajero» repetí con más rabia. La cara del viejo aparecía y desaparecía en la obscuridad según los reflejos de la película, era una cara de diablo, de diablo babeante y sin dientes, y me dio miedo, y traté de decirle al brujo, pero el brujo seguía embelesado en los estriptis, el negro toapanta estaba muy lejos, el colorado estaba más o menos cerca pero con ese no me llevo muy bien, al burro rosero no valía la pena decirle nada porque es muy bestia, y me pareció estar solito y me dio más miedo y mejor me fui a acomodar más abajo y traté de concentrarme en la película».

«Cuando terminó la función salimos cantando «Tunda tunda y señorá dame tu chaupi muchá» hasta que el negro toapanta nos contó lo que había visto la última noche. El negro toapanta vive en un solo cuarto con la mamá, el padrastro y la hermana y se puede dar cuenta de todo lo que pasa, y bien que se fija en todo para poder contarnos luego a nosotros. «Hermanitos, ni saben lo que vi anoche» y nos cuenta todos los líos de su mamá y su padrastro. El negro es bien raro, siempre está hablando mal de su mamá, y, sin embargo, cuando tiene plata, le encanta irse a la rocola a escuchar las poesías del indio duarte dedicadas a la madre. El negro está tranquilo cuando hablamos de su mamá, pero, eso sí, no nos deja ni mencionar el nombre de su hermana porque se pone furioso. El en cambio siempre está diciendo «Mi ñaña esto, mi ñana estotro». No hay que ser mal inten-

cionados pero para mí, entre el negro y la hermana hay gato encerrado. No bien acabó de hablar el negro cuando el burro rosero se soltó otra de sus papas chanchas: «A los mentirosos les cría le lengua, jo jo». Nosotros no esperamos más y nos reímos cua, cua, imitando a los idiotas......»

«Antes de despedirnos le dije al brujo, que es mi compañero..... «La noche está traguera, nos tiremos la pera de las clases», el brujo dijo "Bueno panita, hecho" y me fui a merendar".

"Luego de comer salí de mi casa simulando que me dirigía a clases: llevaba los cuadernos y un texto de gramática. En la esquina ya estaban reunidos, el brujo, el patojo y el colorado. Apenas contestaron mi saludo porque ya estaban enfrascados en otra de sus benditas discusiones políticas. El patojo es velasquista y el colorado quiere dárselas de comunista. Ambos son una mierda. Yo bien sé que el patojo es velasquista porque en la época de velasco se consiguió un puesto de pesquisa y porque su mamá que era lavandera le encargaron el bar de la policía. En cuanto al otro, al colorado, ese no cree en nada, es un bestia, no cree en dios, ni en la patria ni en nada, él sólo sueña con las huelgas y las bombas, y sobre eso se las da de leído, le encanta usar palabras raras: todo lo culpa al "sistema". El "sistema" para arriba y el "sistema" para abajo. Ya me tienen hasta el cogote. Un día, luego de una gran discusión nos dimos una buena trompiza, y eso que no soy político, yo no creo en la política, yo sólo soy un liberal. Todo fue porque el colorado mandó a la mierda a dios y a la religión y a la patria, entonces yo le dije: "Un momento colorado, yo odio a los curas, pero soy católico y amo a la patria", el colorado me respondió: "Sí, sí, vos amas a dios y a la patria, vos amas a todo, vos amas al "sistema". ¿Qué te ha dado dios, a vos que tanto le ruegas y le pides? No tienes ni para pagar un baño de agua caliente. ¿Y la patria. Esa puta llena de velascos y ponces y chatarras? Nada, eres un muerto de hambre"......

"A las ocho estábamos todos reunidos y resolvimos pegarnos los alcoholes. El chifa se sacó de la tienda de su taita, cuatro botellas de traguito y empezamos la bebelona......"

"Y así, entre trago y trago y entre cuento y cuento se nos pasaba el tiempo. Poco a poco y sin que nos diésemos cuenta, la imagen de la mona josefa fue tomando cuerpo y apoderándose de nosotros. La mona vive al lado de la casa del patojo con su marido, un mono con cara de tísico. El patojo nos contó que la había visto bañándose desnudita en el patio de su casa y que luego se había acostado en el suelo sin poner ni una toalla ni nada y que cogía manojos de tierra húmeda y se frotaba las tetas y la papita, algo parecido a lo que hacía la isabel sharli en la película...... El brujo nos dijo que estaba seguro de que a la mona le gustaban los pollitos como nosotros porque, el otro día, le había hecho un guiño y le había dado un beso volado. Yo también les conté que una vez, en un bus lleno de gente, la mona vino a pararse justo delante de mí, y me apretó con sus nalgas y se dejó puntear todo el trayecto. Todos contábamos nuestras experiencias con la mona, menos el burro que se quedó callado. Ahora me doy cuenta de que todo era mentira, que el patojo no la había visto bañándose porque de su casa no se ve el patio de la casa de la mona, que el brujo era muy fiero para que la mona le dé un beso aunque sea volado, que la mona nunca tomaba el mismo bus que yo. Ahora me doy cuenta de que la mona sólo pensaba en su mono......"

("Aquí se desarrolla una escena grotesca y obscena que por respeto al lector, nos abstenemos de transcribir. Baste anotar que en ella muere "la mona Josefa").

"...... "Pendejos, la mona está tiesa", grité. "No jodas", dijo el patojo...... Ninguno me hizo caso. Yo huí. Comienza a amanecer, estoy muerto de cansancio y me duele la cabeza, no sé qué hacer, si regreso, seguro que me apresan. ¡Mierda se cagó todo! Ya no podré ser oficinista. Tendré que hacerme criminal, ladrón, qué sé yo, o mejor comunista para ponerle bombas a tanto cabrón que nos jode la vida, y que se joda todo. Los chapas desgraciados siempre me perseguirán. En fin, la vida es dura dice mamá, pobre mamá, qué flaca y arrugada está. Talvez lo mejor es largarme a la Costa en uno de esos camiones bananeros y quedarme allí

dos o tres años hasta que los chapas desgraciados se olviden, puede ser que halle una buena montuvia, puede ser que mamá viva todavía para entonces. Sí, creo que largarme es la mejor solución...."

Religión y religiones.— ¿Cómo debemos juzgar esa blasfemia contra Dios, cuyo nombre las ratas escriben con inicial minúscula? Permítasenos una breve reflexión sobre lo que el Hombre es en la Tierra y en el Cosmos, que esperamos no será inútil para demostrar cómo puede atacarse a las falsas religiones y profesar la verdadera Religión.

Todos sabemos que la Tierra es un granito de arena que se pierde en el espacio entre millones de Soles, muchos de ellos inmensamente más grandes que el nuestro: el más cercano, la estrella Alfa de la Constelación de Centauro, hállase a la bicoca de *más de cuatro años-luz*. Si a ella viajáramos a 600 kilómetros por hora, necesitaríamos siete millones y medio de años! La mente se anonada al contemplar la variedad infinita de sistemas planetarios, ya por las dimensiones de soles, planetas y satélites, ya por su número, por su luminosidad y características diversas. Mas nada permanece estático: los soles con sus sistemas planetarios, las nebulosas y galaxias se hallan en perpetuo movimiento, girando cada sol, cada planeta y cada satélite sobre su eje, en su respectiva órbita, etc., siguiendo una combinación de líneas helicoidales inmensas, sin principio ni fin, a velocidades vertiginosísimas, sin pasar jamás dos veces por un mismo punto. La atracción mutua es la ley suprema que, físicamente, conserva la armonía de tan variados y complicados movimientos.

¿Hace cuántos billones de años empezó esa danza celeste, de tan infinita como ordenada variedad de movimientos? El gran divulgador de la Astronomía, Flammarion (1842—1925), de quien tomamos estos interesantísimos datos, escribió: «Hace 100 millones de años en lo que hoy es la Tierra, no había sino una materia gaseosa flotante en la inmensidad estrellada.... Pero había estrellas, soles, sistemas solares y mundos habitados.... La eternidad no ha principiado, no; no ha tenido principio nunca .... El pasado de los mundos que fueron, es el porvenir de la Tierra.... De aquí a cien millones de años la Tierra no existirá ya, o por lo menos, si de ella queda algún vestigio, no será más que un fúnebre desierto....» Hubo pues un remoto tiempo en que aún no había prorrumpido en sus gorjeos la primera avecilla; y mucho más tarde el primer antepasado del hombre hizo su aparición en la superficie terrestre. ¿Cuántos otros planetas, hoy deshabitados, fueron habitados hace millones de siglos, o lo serán en un futuro igualmente remoto?

¿Es creíble que, a través de la eternidad, sea este minúsculo granito de arena el único habitado por seres racionales? J. Allen Hynek en su artículo sobre «los platillos voladores» publicado en The Saturday Evening Post, y condensado en la revista «Selecciones» de Mayo

de 1967, no descarta la posibilidad «de que algunos seres extraños están visitando la Tierra ... Sería locura excluir esta posibilidad ... ¿Por qué nuestro Sol había de ser la única estrella que sirve de sostén a la vida inteligente cuando el número de estrellas existentes se eleva a la cifra de un 1 seguido de 20 ceros? Actualmente se acepta que la formación de sistemas planetarios es parte del proceso evolutivo normal de una estrella. Supóngase que sólo una estrella de cada diez esté rodeada de un sistema planetario con vida: esto significaría que el número de estrellas sostenedoras de vida en el universo podría ser igual a 1 seguido de 19 ceros. También sabemos que algunas estrellas son muchos millones de años más viejas que nuestro Sol, lo cual quiere decir que en otras partes del Universo la vida puede haber evolucionado hasta adelantarse en muchos millones de años a nuestro estado actual ... Los escépticos preguntan a menudo por qué los *platillos voladores* no intentan comunicarse con nosotros, a lo que se les podría contestar: ¿Por qué habían de hacer tal cosa? Nosotros no trataríamos de comunicarnos con alguna nueva especie de canguro que pudiéramos descubrir en Australia; nos contentaríamos con observar al animal ...»

El enigma de la aparición de la vida en un planeta cualquiera, pierde algo de su misterio cuando se considera que el microcosmos es tan maravilloso como el macrocosmos. La inconmensurable energía que posee cada átomo no obstante su microscópico tamaño, demuestra la inconsistencia de la materia, y que esa energía, provista de un principio de inteligencia, es la explicación física del Universo, que tiene movimiento y vida al impulso de un Poder Metafísico.

Acaso más admirable que el mismo Sol, cuyos dones de calor y de luz regulan la existencia y la vida de todo nuestro sistema planetario, es la maravillosa organización de la república de las hormigas. Dice Flammarión que «el cerebro de una hormiguita pesa aproximadamente la décima parte de su cuerpo, es decir, 0,16 centésimos de miligramo: se necesitan pues seis para hacer un miligramo, o sea seis mil para un gramo, y es en ese grano tan minúsculo donde todas esas ideas y combinaciones de ideas se forman y agitan ... ¿Qué es pues la vida, y qué es el pensamiento? En verdad ese minúsculo cerebro iguala en magnitud a la Vía Láctea entera para atravesar la cual, la luz, a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, emplea tal vez veinte mil años ...»

Observa Flammarion: «Tierras, aguas, nubes, praderas, bosques, paisajes, luna, estrellas, planetas, soles, todo cuanto vemos en el Universo no es más que un estado excepcional, transitorio, emanación de un estado superior; es decir, una anormalidad, un trastorno, como la nube en medio de un cielo que habría podido permanecer eternamente azulado ... Cuantos cuerpos vemos y tocamos, formados están de átomos invisibles e intangibles. El Universo visible sólo es la pasaje-

ra apariencia de un estado en el Universo invisible, infinito, eterno.... Los hombres viven, piensan, se mueven, estudian, analizan, investigan las causas, aprecian la naturaleza, procuran basar en la lógica, en la razón, todo cuanto ven: pero nada hay de más ni de menos, lo mismo si los hombres edifican hipótesis que si permanecen inactivos. Pensad o no pensad, amad o aborreced; vivid o morid; sed inteligentes o estúpidos, buenos o malos, hermosos o feos, jóvenes o ancianos; agitaos en la plaza pública o dormid bajo la hierba del cementerio: todo es igual; todo eso no importa nada. La creación no ha durado más que un momento en la eternidad sin principio y sin fin.... La creación habría podido no ser. También habría podido ser de otro modo.... No os atormentéis, no sois nada más que un trastorno pasajero. Vapor formado en el eterno azul por un soplo del destino. Burbuja que se deshace. Menos aún. Y el destino, Dios, es lo inconcebible.... He allí por qué falta lógica en las cosas; por qué todo es extraño e incoherente; por qué pierden las madres a sus hijos; por qué hay huérfanos; por qué se dio fiestas Felipe II sentado en su trono, quemando herejes; por qué la fuerza bruta domina el derecho de la conciencia; por qué gimen en la miseria el inocente y el virtuoso; por qué ha habido necesidad de inventar el diablo; por qué se ven tantas injusticias, bajezas....; por qué el militarismo domina el mundo. Esto no es siquiera absurdo; es insignificante, esto *carece de sentido*...»

¿Qué es pues la humanidad entera desde la aparición del primer hombre hasta la muerte del último, sino un soplo de vida que dura menos que un instante en el concierto de un Universo infinito que se mueve en el espacio, alternando constantemente la vida con la muerte, y la muerte con la resurrección? ...

El hombre que se afana por comprender el Principio y el Fin —Alfa y Omega— del Universo, y se esfuerza por hacerse partícipe de la Energía Cósmica, inmanente y eterna, que todo lo regula, habrá dado el primer paso para desprender su espíritu de las pequeñeces de nuestra existencia, y elevarse a las regiones de la Sabiduría. Quien, aunque se diga ateo, busca esa Causa Suprema a sabiendas de que jamás podrá comprender su Esencia, está indudablemente más cerca de Dios, es más deísta que quien tiene de El conceptos tan mezquinos que son blasfemias aunque inconscientes e involuntarias.

¡Qué pensamiento profundo y hermoso expresó Montalvo al decir que «la eternidad es la sombra de Dios»! Cuando uno piensa en lo infinito del Universo a través del espacio y del tiempo, y reflexiona que la Energía Cósmica es de índole infinitamente superior a su obra, llega a la conclusión según la cual, aunque hipotéticamente, la humanidad toda, en una actitud de necedad y de ceguera, se atreviera a blasfemar de Dios, su Esencia permanecería inmutable en todos sus eternos atributos. Esa blasfemia de toda la especie le llegaría a

la Divinidad mucho menos de lo que le llegara a la Humanidad un salto de odio de una pulga que, también hipotéticamente, existiera en Marte u otro planeta.

¿Y porque el hombre —sirviéndose del don de la inteligencia que no se ha dado a sí mismo, y utilizando leyes naturales que él no ha creado ni puede crear— ha dado pequeños saltos sobre la superficie terrestre e intenta llegar a la luna y a otros planetas, habrá necios que se atrevan a decir que «Dios ha muerto»? . . . . ¿Qué noticia puede haber llegado hasta estrellas distantes de nosotros a decenas de miles de años-luz, acerca de nuestros astronautas ni de sus hazañas? Por mucho que adelante nuestra civilización, el Universo seguirá su marcha imperturbable y la Causa Suprema permanecerá inmanente e inalterable.

Al meditar en la condición del Hombre en el Cosmos, se llega a la conclusión de que la **Religión de la Astronomía** es la Religión del futuro, según el visionario pensamiento de Flammarion.

¿Qué significado puede tener, en conclusión, la blasfemia de «una rata» contra la Causa Primera del Universo?

El hombre no tiene derecho para renegar ni protestar por su condición de tal: sólo le corresponde agradecer por el bien incomparable de la inteligencia que lo hace superior a tantísimos otros seres, y buscar en su perfeccionamiento el mejor aprovechamiento de ese don gracias al cual está llegando a ponerse en contacto con los habitantes de otros astros. ¿Qué papel haremos ante ellos: el de seres superiores o el de unas miserables ratas? . . . .

«Velascos, ponces y chatarra».— Mucha razón tiene el joven cuentista para hallarse inconforme con que la Patria sea víctima de «velascos, ponces y chatarra». Todos los que amamos a la Patria lamentamos sus infortunios y arrimamos el hombro para rescatarla de sus garras; pero *sin insultarla,* porque, de todos modos, es nuestra madre común, y quien insulta a su madre, a sí propio se injuria.

Velasco es, en realidad, la personificación de la demagogia. El demagogo busca satisfacer sus bajas ambiciones de poder y mando, de gloria o de dinero a costa de un pueblo engañado y sufrido. Ponce es la personificación del jesuitismo politiquero, del fanatismo, que toman hipócrita y sacrílegamente el nombre de Dios como el instrumento para sus desviados fines. La «chatarra» es el símbolo más elocuente de un militarismo que vive del pueblo para traicionarlo como baluarte de una dictadura tras otra, después de haber sido incapaz de defender las fronteras patrias. No merece en modo alguno el título que se arroga de «defensor de la Constitución y del territorio nacional». Salvo honrosas excepciones, el soldado es un ente dado al lujo

y la molicie con los dineros de un pueblo pobre, mal vestido y peor alimentado.

El mal del militarismo no es privativo del Ecuador: casi todos los pueblos de nuestras hermanas Repúblicas se debaten en sus garras; y en otros continentes no es más halagüeño el cuadro.

Enderezando sus dardos contra el militarismo europeo de sus días, el insigne Flammarion hizo una observación que debería abrir los ojos a todos los hombres de la Tierra, empezando por los Estados Unidos, Rusia y China, que mantienen poderosísimas fuerzas militares. «Marte —dice Flammarion (recordemos que Marte es para nosotros símbolo de guerra)— es más pequeño y más ligero, está más lejos del Sol, es anterior a la Tierra.... Esos hermanos (los marcianos) deben sernos superiores por muchas razones. La primera, la principal es que ***difícilmente puede encontrarse una especie humana más estúpida que la nuestra,*** puesto que ni aun sabemos portarnos juiciosamente, lo que hace que ***las 3/4 partes de nuestros recursos se consuman en alimentar soldados:*** Europa.... gasta en eso 8 mil millones por año, es decir, 22 millones diarios; y como con sus recursos normales no puede hacer frente a este gasto horrible, contrata empréstitos, y por esta causa su deuda se eleva en la actualidad a la enorme cifra de 121 millares de millones.... Basta este solo dato para dar una idea de nuestro estado de ***estupidez y de barbarie....***»

Dícese que nos hallamos en la época de la «ciencia ficción», y que lo fantástico se acerca más a lo real y verdadero. Cuando los astronautas americanos y rusos se encuentren juntos fraternizando con los habitantes de otros planetas, para éstos será de todo punto inconcebible que los terrícolas se miren como rivales o enemigos. ¿Será acaso esta eventualidad la que está acercando a los gobiernos de las dos potencias más grandes del mundo, por encima de sus divergencias de varia índole? Los adelantos de la técnica son cada día más rápidos y portentosos: ¡qué de productos diversos no se obtienen del petróleo, por ejemplo! ¿No llegará el día en que una técnica sobrehumana extraiga de las rocas y de las aguas de los océanos alimentos suficientes para una humanidad mil veces más numerosa?

En nuestro caso, con el presupuesto militar de sólo veinte años financiado en estos días habría fondos suficientes para dar trabajo y bienestar cabal a todos los ecuatorianos, inclusive los que ahora holgazanean en los cuarteles. Nadie pensaría entonces en los desmanes del comunismo. Y si otro tanto hicieran el Perú y Chile y Argentina y Brasil en lugar de comprar aviones ultrasónicos, nadie pensaría tampoco en guerras fratricidas. Muchas veces las guerras internacionales no tienen otra explicación que la existencia de ejércitos cuya finalidad es precisamente la guerra. Ciegos, además de estúpidos (según la cáustica expresión de Flammarion) debemos ser, para no ver y admirar la

meteórica carrera de progreso que han emprendido el Japón y Alemania apenas se deshicieron de su tradicional militarismo. (1)

¿Qué puede el Ecuador esperar de un gobierno como el actual, que es la fusión de la demagogia de Velasco con el jesuitismo de Ponce, sostenidos ambos —demagogia y jesuitismo— por las bayonetas de un Ejército que no sirve sino para eso: para sostener a cualquier gobierno por dictatorial y espurio que sea, a condición unicamente de que conserve y aumente sus privilegios de casta?

Otto Arosemena Gómez, apenas ungido por 40 votos, no tuvo empacho en hacer declaración pública de su «arribismo», esto es, del prentendido derecho de cualquier político para llegar por cualquier medio a la Presidencia de la República, como si ella fuese la única manera de servir a la Patria. Con tal doctrina, el ciudadano no podría ser patriota sin convertir la política en una simple contienda de todos contra todos por el poder. Analícense sus actos, y se verá que todos están inspirados en una descontrolada egolatría, y encaminados a la meta meramente personal de reafirmarse en la silla presidencial, no contento con haberla alcanzado para dos años, aunque jugando con los más sagrados intereses internos e internacionales del país. Un agudo quiteño ha dicho de él, que «está jugando a la Presidencia», y una perspicaz dama guayaquileña lo ha calificado de «fantoche». Es, en verdad, un remedo auténtico de la demagogia velasquista.

Llegó a la primera magistratura por arte de birlibirloque gracias al voto decisivo de un insigne traidor al Liberalismo que, en premio de su felonía, ha recibido un alto cargo y con sus allegados, poderes para

---

(1) Desconcertantes son las cifras que publicó EL COMERCIO, de Quito, a principios del presente año de 1968. El 2 de Febrero el titular de datos provenientes de Washington decía: «MUNDO GASTO EN ARMAS 140 MIL MILLONES DE DOLARES DURANTE 1965». «Según las indicaciones obtenidas hasta el presente, los gastos para 1966 alcanzarán a 160.000 millones de dólares. Estas cifras corresponden a 120 países...... El total de gastos militares en los países en vía de desarrollo cuya renta individual no excede de 160 dólares por año, alcanzó en 1965 a 18.000 millones de dólares». En un ejército mundial de **21 millones de soldados** se invirtieron en 1965 140 000 millones de dólares, mientras el mismo año no pasaron de 162 000 millones los gastos mundiales para la educación y la salud del resto de la población, que es de unos **3.700 millones** de seres humanos.

De su presupuesto global de 186.000 millones de dólares para el ejercicio 1968—1969, los Estados Unidos emplearán 69.000 millones en gastos de defensa, 25.000 millones en la guerra de Vietnam, y 3.000 millones para la ayuda económica y financiera al extranjero. Con todos estos gastos, el déficit llegará a 8.000 millones («El Comercio», 28—I—68) Los gastos militares de Rusia deben sin duda ser mayores en proporción al producto nacional bruto. China comunista invierte en gastos bélicos el 7.8 por ciento de la economía nacional. Exceptuando Cuba que tiene gastos militares aún mayores, los demás países latinoamericanos invierten en sus ejércitos un promedio de 2,1 por ciento de su producción nacional bruto. Brasil, la República Dominicana, Haití, Paraguay y Perú gastan más en sus ejércitos que en la educación pública. («El Comercio», 31—I—68). ¿Cuál es la realidad del Ecuador con el presupuesto «reservado» de su **Junta de Defensa Nacional?...**

adueñarse de una Provincia sumida desde entonces en el caos; y gracias a un sórdido PACTO con el Conservadorismo, que tiene la desfachatez de llamarse «Partido del Orden». ¿Qué orden puede haber en una República cuando se destruyen las bases de la democracia haciendo fisga de la voluntad expresada por el pueblo en libérrimas elecciones? Otto Arosemena, miembro del Frente Democrático hasta 1966, encabezó el movimiento político CID, cuyas siglas alguien interpreta como «Centro, Izquierda, Derecha», para su autoelección, y vendió su conciencia liberal al Conservadorismo. Los conservadores vendieron la suya a un político inescrupuloso extraño a sus principios. Razón tuvieron ambas partes para celebrar *en secreto* esa vergonzosa alianza. Mas ahora el Jefe del Partido Conservador, Licenciado Francisco Salazar Alvarado, a quien se ha considerado político de inquebrantable rectitud, no ha tenido rubor de publicarla, aseverando que nada de particular tiene una alianza de esta índole para el más descarado FRAUDE ELECTORAL. A la burla nacional, se suma el cinismo de todo un Partido. De esta manera fácil y disimulada el Gobierno y el Pueblo ecuatoriano han caído en las redes y garras del jesuitismo de Ponce.

Entre tanto, el Ejército en que apoya esa alianza, sigue en el disfrute de sus prebendas y en su carrera de ascensos a los más altos grados en las tres Armas, mientras escasas fuerzas policiales son incapaces de frenar la creciente ola de criminalidad particularmente en las principales ciudades.

El ambiente y el momento no pueden ser más propicios para que prolifere la corrupción, puesto que los más altos magistrados y los políticos responsables de esta situación carecen de autoridad moral a consecuencia de sus malos ejemplos.

Es verdad que la juventud ecuatoriana contempla con asombro el cuadro de una Patria víctima de «velascos, ponces y chatarras»; pero sería el colmo de la necedad y del extravío acelerar su destrucción total inculcando precisamente en los jóvenes, que son la mejor y tal vez única esperanza de redención, un derrotismo criminal que, en lugar de cultivar las virtudes y las ciencias para formar ejércitos de ciudadanos conscientes, los empuja al vicio y a la procacidad, como si se quisiera que nuestro país fuese ¡ya! un solo inmenso albañal de ratas!

Dos «poemas» de la nueva cultura parricida.— El cuadro de la obra destructora en que se hallan empeñados los «maestros» de la «neocultura auténtica» del Ecuador, no estaría completo si no transcribiésemos por lo menos dos «poemas» de los muchos que, sin título alguno, publica el número 8 —de octubre de 1967— de la revista «Pucuna» de los *tzántzicos,* discípulos aprovechadísimos de mata, Carrión y Tinajero:

elé
ya estoy en mi ciudad,
en paísmíoecuadordelalma,
sobre un elé de mucha monta.
elé que te joda el diablo
que te coja y te arrastre por el suelo
elé que te trague el sueño
que te quite la paz
que se coma tu almuerzo
elé
elé
tomá por tonto.

* * *

Digo carajo
como usted diría avemaría,
me lavo carajo
estoy desocupado,
sufro carajamente,
peleo,
con mi peine pobre
se arreglan las cabezas,
con mi carajo
se arreglan las cabezas,
digo carajo
como usted dice avemaría.

Nos abstenemos de consignar los nombres de los autores del cuento y de los «poemas» porque podemos esperar que, siendo jóvenes como son, han de comprender su extravío y han de enderezar sus pasos para formarse ciudadanos útiles a sí mismos, a su familia, a la Patria, a la Humanidad. No como ratas, ni como criminales, sino como ciudadanos instruidos y cultos, pueden convertirse en elementos de renovación y de progreso.

Es halagador comprobar que miembros de la misma agrupación, se manifiestan inconformes con esta clase de «poesía». La sección «Notas» transcribe los siguientes versos:

Era alta noche. Dos niños,
hijos de quién?
pidieron a alguien un sucre,
para comer!
Al llegar la moneda a sus manos
devolvieron un millón de sonrisas;
Alguien, entre dientes: «No hay de qué».

«Preguntamos: es ésto poesía? —comenta el autor de la nota—.

O será sólo gusto de decir las *cosas*, estas *cosas sociales*, de injusticia, para ponerse a tono con las verdaderas protestas....? En este punto, igual cosa ocurre con.... estos cinco versos:

Pensando bien,
estamos mal, comemos mal,
dormimos mal,
pensando bien
debemos sublebarnos!.... (sic)

«Esto no es poesía ni en la cabeza de Velasco» (sic).

Benjamín Carrión y mata —apóstoles de las «malas palabras» y enemigos de las reglas gramaticales—, y Tinajero, padre de la nueva cultura ecuatoriana, deben sentirse orgullosos y felices admirando los frutos de su siembra!

¿Qué porvenir espera a la cultura ecuatoriana?— Bajo el régimen de la democracia todo pensador, todo escritor tienen libertad plena para expresar sus opiniones. A ello se debe que nadie ha impedido ni impedirá que Benjamín Carrión publique las suyas en novelas como «Por qué Jesús no vuelve» y en ensayos como «El Cuento de la Patria» y «El comprendedor apasionado», exaltando a su colega g. h. mata (1). Nadie ha impedido ni impedirá que Fernando Tinajero exponga sus personalísimas y curiosas doctrinas sobre su «nueva cultura». Muy al contrario, de desear es que la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana —cuyos talleres tipográficos imprimieron las citadas obras de Benjamín Carrión, Presidente de la Institución, y «Más allá de los dogmas» de Fernando Tinajero, Secretario de la misma Institución— prosiga en sus publicaciones de diversa índole. De su estudio y de otras obras a ellas adversas o no, el lector justiciero sabrá deducir quiénes son los verdaderos Maestros, y quiénes los ídolos de barro, las vacas sagradas, los mitos....

Mas, por otra parte, preciso es también que los ciudadanos que contemplan angustiados el extravío de jóvenes convertidos, por su propio querer, en «ratas» por las engañifas y desvaríos de una literatura fácil y corrompida gracias a la exaltación de la ignorancia gramatical

---

(1) Concluidas estas páginas, el señor doctor Benjamín Carrión ha sido favorecido por el Gobierno de la hermana República de México con el premio «Benito Juárez». Deber de todo ecuatoriano es agradecer la distinción otorgada a nuestra Patria en uno de sus ciudadanos, y nada habría sido más grato para nosotros, que poder unir nuestra voz de congratulación a la de todos aquellos que, con plausible espíritu cívico, han manifestado su adhesión en múltiples homenajes, al señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Sin embargo, reflexionando sobre el caso, es muy de temerse que un galardón de tan elevada categoría internacional, desoriente a nuestra juventud, que tal vez podría interpretarlo como aprobación y respaldo a la campaña de Benjamín Carrión en pro de la «malacrianza heroica» y del menosprecio por la gramática. Deber doblemente penoso es, pues, proseguir en nuestra defensa de Montalvo en cuanto significa altura de ideales y pulcritud moral y literaria.

y del desborde de las bajas pasiones, se unan para contrarrestar esa nefasta obra atentatoria contra la Patria y contra la cultura.

En esta época de tanta superficialidad, indisciplina y liviandad, hace falta un hálito de espiritualidad y de nobles ideales que eduquen a las nuevas generaciones y formen ciudadanos cultos.

El futuro de todo pueblo está en su juventud; y si ésta queda abandonada en manos de corruptores del lenguaje y de las buenas costumbres, ¿qué porvenir le espera a nuestra Patria?

Criminal sería limitarnos a observar en angustioso silencio el presente y el futuro, sin tomar alguna medida práctica que salve a la Patria en sus nuevas generaciones.

Toca al Ministerio de Educación Pública, en primer término, estudiar profundamente el problema, estimulando ante todo el estudio de la Gramática, venido tan a menos tal vez a causa de la campaña desatada contra ella desde la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Sobra decir que las voces soeces y groseras que con tanto acierto censura Carrión en García Moreno, deben ser proscritas de la literatura.

Mas, también los ciudadanos particulares pueden participar en una eficaz campaña de saneamiento y purificación del lenguaje, acudiendo a los medios a su alcance. Un muy distinguido grupo de amigos, hace algún tiempo, lanzó la idea de fundar un INSTITUTO MONTALVINO, con el específico propósito de reeditar y divulgar en gran escala las obras del Cosmopolita y de otros autores igualmente útiles para la formación de la juventud. Al término de este libro, el lector hallará un breve formulario para que, si lo cree conveniente, lo llene expresando su opinión y sus sugerencias, y lo envíe a la dirección indicada.

Confesión e imploración.— Se habrá observado que el autor de este libro jamás ha empleado el pronombre de primera persona singular: «yo». Después de haber censurado el yoísmo ajeno, no iba a incurrir en ese mismo defecto.

Bien sabemos que las altas autoridades, particularmente las eclesiásticas, hablan siempre en primera persona plural. Nos condenamos, Nos aprobamos, Nos bendecimos . . . Trátase de un plural autoritario.

El que nosotros usamos no pertenece a ese género, pues no tenemos autoridad alguna. Es, antes bien, el plural de la modestia por el cual el autor quiere confundirse entre otros que piensan como él, y que, gracias a Dios, no son pocos a juzgar por las innumerables voces de estímulo que reciben su «San Juan Montalvo» y sus folletos polémicos.

Pero ha llegado el momento de emplear la primera persona singular, por la sencilla razón de que, tratándose de una confesión y de una imploración netamente particulares, no puede emplear el plural.

Confieso, pues, «rotundamente», que *no soy infalible*, y que, sin

reticencias, acepto la posibilidad de haber incurrido en errores de concepto y de forma. El benévolo lector sabrá perdonármelos generosamente porque esos errores son involuntarios en modo absoluto, y, si se digna señalármelos, puede tener la seguridad de que serán corregidos.

¡Imploro a Dios que bendiga estas páginas por la recta intención que las inspiró como un ineludible deber de conciencia; y que no haya lector honrado que las maldiga!

APENDICE

IMPOSTOR ENVENENADO

Refutación al ensayo
«EL COMPRENDEDOR APASIONADO»
de Benjamín Carrión

Aberración antipatriótica
Montalvo: una gloria ecuatoriana consagrada desde fuera
Blasfemias de h. mata contra Montalvo
h. mata traidor
h. mata se define a sí mismo.
"EL COMPRENDEDOR APASIONADO", para Benjamín Carrión
La gran polémica deseada por Gabriel Cevallos García
¿"Comprendedor apasionado" o IMPOSTOR ENVENENADO?
Erostratismo y hachematismo
Craso error de Benjamín Carrión
Ignorancia gramatical de h. mata
¿"Hubieren" o "hubiere"?
Patanería literaria de h. mata y Benjamín Carrión
Un Académico-Antiacadémico
Conclusiones absurdas
Frente a la Academia de la Lengua
Desatinos de un educador universitario
Actitudes contradictorias
Odio de h. mata contra Ambato
Las "coces" de un "bruto"
El prototipo de los "autoinsultos" de mata
Estampa policial
Conclusión

Aberración antipatriótica.—Hemos venido observando cómo cierto sujeto se ha entregado de lleno, a través de libelos, artículos periodísticos y charlatanerías en salas públicas del Ecuador y del Perú, a la tan ingrata como

antipatriótica tarea de deslustrar la grandeza y la justa celebridad de los más excelsos valores de nuestra nacionalidad ecuatoriana en los campos del pensamiento y de las letras: empresa parricida que no se circunscribe ya a las lindes de nuestra nación, sino que ha empezado a trascender a diversas repúblicas hermanas como Venezuela y Argentina, porque ese mismo sujeto se empeña en propagar sus libelos por todos los medios.

Con las que él mismo reconoce como su **"jerga literaria"**, y su **"cursilería de escritorzuelo"**, ha tratado de atacar a varios de los más eximios exponentes de las letras azuayas —a los inspirados poetas Remigio Crespo Toral y Remigio Romero y Cordero, al célebre fraile Vicente Solano, a Doña Dolores Veintimilla de Galindo, primera poetisa ecuatoriana...—, olvidando la gratitud que debe a la tan resignada como generosa hospitalidad de la Atenas del Ecuador.

Se dirigió luego contra Jorge Icaza, cuyas novelas —dígase lo que se quiera— han dado lustre internacional a nuestra Patria. No hay valor auténtico nuestro contra el cual no lance sus diatribas, de las que no se salvan ni don Gonzalo Zaldumbide, cuya amistad traiciona y cuya fresca tumba profana, ni el atildado ensayista Raúl Andrade. Nada de todo esto debe llamarnos la atención si a un Víctor Hugo, astro de primera magnitud en el cielo del pensamiento universal, se atreve a motejarle de mico: **¡"el mico Víctor Hugo"!!!**...

Es obvio que alguna observación pueda hacerse aun a los genios; pero jamás hemos de confundir la obra constructiva del crítico ilustrado, sensato y ecuánime, con la grosera palabrería de quien pretende, con insultos, adquirir notoriedad imaginándose que así logrará destruir a las grandes figuras del pensamiento y de las letras ecuatorianas.

De algún tiempo a esta parte, alucinado de haber satisfecho en parte sus primeros ímpetus destructores, ha emprendido con renovado furor una campaña publicitaria contra Don Juan Montalvo, a quien él mismo, en breves momentos de lucidez, había exaltado como **"Genio"**, como **"Panfletario Invicto"**, como **"escritor que supo levantarse de la mitad de la Patria en medio del meridiano del Universo..."**

Montalvo: una gloria ecuatoriana consagrada desde fuera.—Aunque nos repugna mencionar el de una sabandija después del nombre de Montalvo, preguntémonos esta sola vez: ¿quién es Don Juan Montalvo? ¿Y quién es gonzalo humberto mata ordóñez?

Para admirar a Don Juan Montalvo, no hay más sino entender sus enseñanzas y comprender su corazón, que se vertieron en páginas iluminadoras de una prosa castiza y elegante, muy a menudo encumbrada a las regiones de la poesía, y en la más brillante de sus páginas cual fue su propia vida sembrada de penalidades sin cuento, —hambres, persecuciones, largos destierros— por haber sido fiel a su vocación y a su misión de Apóstol y de Profeta, conforme lo apellidó don Miguel de Unamuno.

"Sois un noble espíritu", le dijo Víctor Hugo. **"Hombre ilustre que honra a su patria y al género humano"**, le dijo en frase inmortal uno de los más

eruditos historiadores, César Cantú. "Típica representación del "Escritor, —en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone", escribió Rodó en uno de sus mejores ensayos, exaltándolo como al **"hombre representativo"** de la conciencia hispano-americana durante el siglo XIX, sin que nadie, según el propio Rodó, pueda disputarle ese honor... **"Admiración de la cansada Europa y orgullo de la América"**, consignó Rubén Darío en uno de sus más extensos poemas, que dedicó al Cosmopolita. Estos elogios de cuatro señores del pensamiento y de la palabra, sintetizan admirablemente el homenaje unánime de los espíritus selectos de Europa y América hacia nuestro Cervantes Americano.

No hemos sido los ambateños, no hemos sido los tungurahuenses, no hemos sido los ecuatorianos quienes han dado celebridad a Montalvo: ¿qué hemos hecho nosotros para que sea conocido y admirado fuera del Ecuador?... Es él una evidente y envidiada gloria nuestra, levantada por sus propios méritos y aclamada por pueblos extraños, lejanos y vecinos. Los ecuatorianos sólo hemos recibido esa gloria y la hemos reconocido siguiendo el ejemplo que nos vino de fuera. El gran Miguel de Unamuno invoca su nombre como bandera de combate redentor en su atormentada España; todo intelectual colombiano se recrea repitiendo de memoria pasajes enteros de Montalvo, y entre los visitantes de su cuna, no han faltado ciudadanos distinguidos del Perú, que, como Teodoro Rivero-Ayllón, se declaran "discípulos devotos del gran rebelde ambateño"...

Blasfemias de h. mata contra Montalvo.—Mientras el Ecuador debe sentirse y se siente orgulloso de que uno de sus hijos le haga partícipe de su gloria, de su fama y de su inmortalidad ante el concierto de todos los pueblos; mientras todo ciudadano consciente de sus deberes patrios se ufana de todo cuanto da brillo a su nación: h. mata se atormenta y se desespera por arrasar todo monumento y por presentar ante los otros pueblos el más desolador y triste de los cuadros creado en su calenturienta fantasía: el cuadro falso de un Ecuador sin un solo hombre y sin una sola mujer de valía: un Ecuador de sólo ignorantes y ramplones...

He aquí algunos de los incalificables calificativos que osa aplicar a Don Juan Montalvo: **"mentecato"**, **"imbécil"** **"estólido"**, **"plazuelero vende cariucho"**, **"majadero"**, **"pedante"**, **"charlatán"** **"villano y cobarde"**, **"alcahuete"**, **"chupa esputos pordiosero de inseminaciones intelectuales"**, **"peor que las bestias más bestias"**, **"ramplón literario"**, **"seudo-cervantista"**, **"contumelioso-despechado"**, **"mentiroso"**, **"calenturiento literato"**, **"traficante del insulto"**, **"fregatriz de letras arcaizantes"**, **"cómico de la lengua"**, **"demagogo, montalvogogo del idioma"**, **"petulante"**, **"falsificador"**, **"ignorante"**, **"fantasmón literario"**, **"montalvomoto guaytambilísimo"**, **"demonio borracho de cretinismo sádico"**, etc., etc., etc.

Muy poco es lo que hemos transcrito de las blasfemias soeces que este gusano lanza contra Montalvo; le falta vocabulario para arrojar todo el veneno que ha llegado a corroerle íntegramente, cegándole en tal medida, que lo vomita sin ton ni son en términos estrafalarios, en parrafadas extravagantes, en páginas desordenadas e incoherentes y en capítulos sin pies ni cabe-

za. Para conocer y despreciar a h. mata, no hay más sino leer algunos de sus renglones, pues a cada paso disparata hablando de sí mismo y exhibiendo desnuda toda su repulsiva miseria. "Su sinceridad lo desnuda, no lo escuda", —le advirtió un amigo. "Su estólida petulancia", habríamos dicho nosotros, pues la sinceridad es una virtud.

En realidad de verdad, no se atina a decir qué es peor en sus parrafadas: si la ausencia de fondo, o la forma atrabiliaria; y no nos es lícito repetir aquí —sin quebrantar también nosotros las más elementales normas de la más elemental delicadeza humana— el vocabulario inmundo que emplea contra todo y, como él mismo se envanece neciamente, "ante todos y CONTRA TODOS". Si alguien hallara excesiva severidad en nuestras palabras, tenga la seguridad de que, apenas penetrara en las lobregueces de este fullero, comprobaría que todo cuanto de él se diga es todavía muy poco. Porque sólo un traidor puede, como él, irse contra su propia Patria y contra principios de autorrespeto y de simple convivencia establecidos y obedecidos hasta en las selvas por el salvaje más primitivo de los pueblos más primitivos y salvajes.

Que mientras todo el pueblo ecuatoriano y pueblos extraños, con unánime complacencia, ven en Montalvo una gloria no sólo de nuestra Patria sino de todo el Continente Americano y de las letras españolas, haya un ecuatoriano ciegamente obstinado en querer enlodar esa gloria, sería de todo punto inconcebible si, en rarísimas veces, no se presentaran patológicas aberraciones en algún paranoico que desdice de la condición de ser humano. Ese tal, para desdicha suya, no llega sino a ensuciar en su propia vileza el nombre gentilicio de "ecuatoriano"...

h. mata traidor.—Sólo así se explica que h. mata haya viajado al Perú con el exclusivo objeto de dar en Lima dos bastardas charlas pomposamente tituladas "MONTALVO SEUDO-CERVANTISTA", en la Universidad Nacional de San Marcos, y "MONTALVO RAMPLON LITERARIO", en la Galería "Cultura y Libertad", de la propia capital peruana. Y en el colmo de su "pigmeísmo" crónico —no se sabe si sólo como cretino o también como traidor...—, se vanagloría de haber sido escuchado **"con inusitado aplauso"**...!/!

Ni paran ahí los devaneos peruanófilos de h. mata. Entre sus menos traidoras "basuras" se cuenta la titulada "Machu-Picchu", exaltación de la peruanidad en una mezcolanza de quichua y español; y editada en Cuzco, Perú, apareció una segunda obra: "Llactayuyay —**Memoria Patria**— de G. humberto Mata", canto en versos al imperio peruano de los incas. Espontáneas se nos presentan estas dos preguntas: ¿Es peruano acaso el autor? Si Montalvo, Crespo Toral y todos los ilustres ecuatorianos atacados por mata fuesen peruanos ¿se empeñaría en su obra destructora?...

Pero hay más todavía, y más grave. A pesar de que el Dictado de Río de Janeiro es nulo de nulidad intrínseca y absoluta porque sus propios artículos violan el Derecho Público Americano y, por lo tanto, no pueden darle validez jurídica ni los Congresos Nacionales del Perú y del Ecuador juntos, ni los Congresos Nacionales de los cuatro Países antijurídicamente llamados

"Garantes", g. h. mata —**"6 letras"** que, según él alardea, son particularmente **"conocidas y apreciadas en el Perú"**...— h. mata, decimos, apostrofa a su amigo el señor doctor Benjamín Carrión en los siguientes términos: **"Ud no es patriotero, amigo Benjamín.. Ud. no ha sido nunca turista plañidera del Protocolo, QUE HACE RATO SANCIONE..."**

¡Sí! ¡Ni más ni menos! h. mata ha "sancionado", por su sola cuenta, el Dictado de Río, mediante el cual pretende el Perú arrebatar al Ecuador casi la mitad de su territorio; y tiene la avilantez de mofarse como de "patrioteros" y de "plañideras", de los ecuatorianos que unánimemente —con la única excepción de este **"idiota vocacional"** (según él mismo se rotula)— rechazan con todo el fervor de su patriotismo herido, esa usurpación monstruosa injusta.

¿Cabe mayor traición de lesa Patria? ¿Nada tiene que objetar el señor doctor Benjamín Carrión respecto de la absurda validez y "sanción" que al infame Dictado ha dado su "amigo Matita", su "querido G. h.", a quien adula con tan líricos y madrigalescos elogios, no sólo como a original y valiente revolucionario del idioma, sino también —lo que es más comprometedor— como a **"ecuatoriano auténtico**, quiteño de nacimiento y morlaco de corazón"...? No podemos creer que, por miedo de que su amigo le moteje de "patriotero" o de "plañidera", haya llegado a "sancionar" también él, el Dictado de Río...

Si Montalvo resucitara, ¡cómo habría ya pulverizado a ese ridículo proyecto de "hominicaco", deshonra de nuestra Patria!

h. mata se define a sí mismo.—Con jamás vista pedantería y en franco desafío a la sociedad, este renacuajo se define a sí mismo cuando croa: **"Yo escribo lo que me da la gana y hago lo que me da la gana"**. Y aunque parezca mentira, con sus propias palabras censura —¿o elogia?— a sus morbosos desahogos llamándolos **"basura"**, **"imbecilidades escritas"**, **"estampadas apestosidades"**... Y con la risa estúpida del cretino concluye: "Tras soltar yo la más **eméritas** (sic) **barbaridades**, lo que hago en reírme: puesto que me río de todos comenzando por mí mismo..."

No se avergüenza de identificarse a sí mismo con epítetos tan envilecedores como **"hominicaco"**, **"personilla"**, **"microscópica figurilla diminuta"**, **"yo nadie"** con su **"pequeñez"**, su **"chiquitez"**, **"aspirante a racional"**, **"idiota vocacional"**, **"aseadísimo cochino"**, **"bruto coceador con todas sus letras..."** Para probar y comprobar que no miente ni exagera cuando él mismo confiesa su propia **"idiotez"** y su **"imprescriptible imbecilidad"** (sic), ni cuando revela que **"no está empeñado en dárselas de tonto, sino que ES MISMO"** porque, al escribir como un autómata, **"sus manos son mucho más ligeras que su pensamiento..."**, se jacta de **"NO CONOCER LA GRAMATICA NI POR SUS FORROS", de que "NO LA SABE NI LA SABRA JAMAS"**!!! Pero como al propio tiempo despotrica contra gramáticos y lingüistas cual si fuese un pontífice "propietario" del idioma, debería también confesarse pícaro de siete suelas, zorro embaucador, hipócrita de la peor calaña, impostor envenenado...

Todas las acertadísimas definiciones que se da el propio h. mata, por sí mismas revelan su ruin estopa intelectiva y moral; y no es por él sino por la desorientación que en la juventud podrían provocar esas "imbecilidades, barbaridades y apestosidades escritas", que juzgamos necesario señalarlas ante la execración nacional. Seguimos en esto, dócilmente, el ejemplo de Montalvo, que no creyó descender de su altísimo sitial de pensador profundo, de castizo escritor y de mentor de su pueblo, cuando, con verbo de fuego, fustigó a viles y despreciables enemigos de la Patria, inmortalizándolos con el estigma de sus insultos para mofa de las generaciones, porque muy bien sabía que el silencio de la verdad ante el desplante de la impostura, puede ser interpretado por espíritus pusilámines o no advertidos, como una derrota de la buena causa.

El insulto en la pluma de Montalvo fue una arma sagrada; mas en miles y miles de renglones, le sobraron diez palabras para dos insultos que casi desconciertan por su excepcional causticidad. A uno de ellos se refirió Don Miguel de Unamuno en su prólogo a Las Catilinarias, de la siguiente manera: "Excremento de García Moreno le llamó (Montalvo) a Veintemilla. Y le cubrió de insultos, de nobles insultos, de generosos insultos patrióticos..." —No le escandalizó al eximio lingüista e investigador de estilística, al Maestro de una nueva España el atroz insulto: antes bien le pareció que quedó ennoblecido por los propósitos generosos del alma ardorosamente patriota del Apóstol y Profeta, cuya pluma mató a un tirano con **El Cosmopolita** y **La Dictadura Perpetua,** y decapitó a un tiranuelo con **Las Catilinarias.**

Si h. mata, en sus delirios de notoriedad, estúpidamente se ilusiona que con las "basuras y apestosidades" que arroja a los monumentos de varones ínclitos podrá erigir un monumento a su propia "microscópica figurilla diminuta" de "bruto coceador", en el muy dudoso caso de que llegara a despertar de sus desvaríos, se llevaría el más triste de los desengaños al comprobar que la única celebridad ya ganada —no en sueños, sino en la más desconsoladora y nada envidiable realidad— es la de ser muy menos que el **"excremento de Benjamín Carrión"!!!**

Ya los conterráneos del insigne Remigio Crespo Toral lo han definido y conocen como un ridículo "proyecto de hombre negado en primera discusión". Los ambateños lo tenemos ya como un vil "proyecto de hominicaco" y como... ¡algo peor!

Ahora que h. mata ya sabe **lo que es** y cómo va a pasar tristemente a la historia, debe dejar de elogiarse a sí mismo llamándose "aseadísimo cochino", porque ni los buenos cerdos se solazan, como él, con tanta fruición en revolcarse día y noche en cloacas y albañales...

"COMPRENDEDOR APASIONADO", para Benjamín Carrión.—Por todo lo expuesto se comprende que no habría habido razón para que hayamos descendido a ocuparnos de semejante bazofia: si lo hemos hecho ha sido, conforme ya lo advertimos, para evitar que la juventud se desoriente, y porque nos ha sorprendido que el actual Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, señor doctor Benjamín Carrión, el mismo que encabeza

un movimiento literario seguido por algunos jóvenes, haya prologado con su peregrino ensayo "G. h. MATA—EL COMPRENDEDOR APASIONADO", un infame libelo de su "querido Matita" contra Montalvo, contra Ambato y los ambateños, prodigándole cariñosamente tan ditirámbicos como inmerecidos elogios, hasta el extremo de señalarlo como **"el hombre ideal" para "escribir la Historia del Ecuador"**...

Parece mentira que este hazmerreír de cuencanos y ambateños sea, al propio tiempo, objeto de admiración para el doctor Benjamín Carrión y para el Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Gabriel Cevallos García.

Dice de él Cevallos García: "Sé de buena tinta que Mata trabaja ardorosamente. Sistemáticamente. Cosa inusitada en el Azuay donde la inteligencia de las gentes por lo común, fía todo a la bendita luz de la intuición... **me admira la obra de Mata**... volcado el espíritu de él hacia la modernidad... me admira que un buen día se decida a enfrentarse con las fuentes... y que, levantando el polvo, levante asimismo la polvareda... Ojalá que Mata nos dé margen a una gran polémica, lo antes posible..."

Dícele Carrión: "G. h. mata es uno de los ecuatorianos con mayor cultura. Pero el amor a los libros, la pasión por la lectura, no lo ha enfriado ni esterilizado, hasta el punto de convertirlo en un practicante de esa religión de eunucos que es la neutralidad... La pasión frente al arte, la belleza, la ciencia, tiene que tener (sic) un subfondo constructivo y una evidente **capacidad** de siembra... Y Mata la tiene (sic)"... "Además de su pasión, **admiro** en usted la **originalidad valiente de su idioma.** Su **capacidad** para sustantivar adjetivos, de adjetivar sustantivos, de inventar adverbios. Su **neolalia**, en fin, comprobadora de su **capacidad** interior, que se derrama de las márgenes del **academismo**...". Consecuente consigo mismo, Carrión debería admirar a todo escritor con idénticas "capacidades". Nada difícil es remedar la "jerga literaria" de mata; pero no queremos ni imaginarnos siquiera lo que acontecería con el hermoso idioma español si todos quisiéramos bienquistarnos con el doctor Carrión, Académico de la Lengua, con atropellos contra la Gramática de la Real Academia, tan disparatados como los que admira en h. mata.

Según mata, Carrión ha sido el único ecuatoriano con "capacidad" para admirar y estimular a su "querido G. h.", quien no ha podido menos de conmoverse hasta sus más íntimas células: "Nadie en nuestro País —le dice agradecido— se ha interesado jamás, en público y en **mi delante** (sic) por un libro mío, como Ud.".

(Entre paréntesis: "delante" es adverbio, no sustantivo. Decir "mi delante" es como decir "mi cerca", "mi lejos", "mi detrás". ¿Le faculta Benjamín Carrión a su amigo también sustantivar adverbios? "Delante de mí" es lo correcto. Este es uno de los incontables errores gramaticales que h. mata no puede corregir en ninguna fe de erratas).

La gran polémica deseada por Gabriel Cevallos García.—Ojalá esta refutación dé lugar, "lo antes posible", a la "gran polémica" que desea Cevallos García. Pero quienes deben entrar en la palestra asumiendo la defensa de h. mata, son los propios doctores Cevallos García y Carrión, por

cuanto su común amigo nos revela: "NO CONOZCO LA GRAMATICA NI POR SUS FORROS". Toda controversia con h. mata tendría que reducirse, pues, a corregirle sus garrafales faltas contra las más simples reglas gramaticales y contra las más elementales normas de la decencia y de respeto a las personas; y esas correcciones puede hacerlas hasta un muchacho de enseñanza primaria.

¿Y nada tiene que objetar Benjamín Carrión a su "COMPRENDEDOR APASIONADO" sobre otros puntos que no sean los referentes a Montalvo? ¿Qué opinan Carrión y Cevallos acerca de sus simpatías hacia el Perú, cuya usurpación de nuestro territorio ha sancionado, ni acerca de su apasionado lirismo poético vertido en "Machu-Picchu" y en "Llactayuyay" y superado sólo por su odio inocultable contra todos los valores del Ecuador? ¿Están seguros de que ese "comprendedor apasionado" conoce siquiera sus deberes de patriotismo y obedece los de la ética?

¿"Comprendedor apasionado" o "IMPOSTOR ENVENENADO"?— Para que Carrión y Cevallos García comprendan desapasionadamente qué clase de "crítico" es su querido amigo, vamos a examinar una de sus citas. En la página 117 de su "Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo —Memorial Montalvario (sic)", consigna la siguiente nota:

"Este Montalvo... se mintió y sigue mintiendo a su ganado (sic) que ostenta su fierro JM. SAN LORENZO, tras muchos tormentos, murió quemado vivo sobre parrillas; su iconografía así lo representa. Fue SAN BARTOLOME quien, desollado, sostuvo dizqué su propia piel en una mano... Todavía se fían de este MENTIROSO CON HARTA LITERATURA... Son infungibles los palurdos de Museo (sic)".

Pero vamos a ver quién es el MENTIROSO: la nota transcrita se refiere a una cita que h. mata hace de un pasaje de Las Catilinarias y, para que se compruebe hasta dónde llega la bellaquería del "crítico", lo transcribimos a continuación en su texto original y en la copia ADULTERADA por mata, numerando las adulteraciones:

Texto ORIGINAL de Montalvo:

"A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y, como SAN BARTOLOME, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los ardores de esa inmensa llaga".

(Las Catilinarias, II, pág. 48, Edición Garnier).

Texto ADULTERADO por mata:

"A mí (1) me han desollado (2) con mano inhábil, torpe (3); pero yo no me (4) dejo la (5) piel; me la **hecho** (6) al hombro (7 y (8) como SAN LORENZO (9), me (10) voy (11) muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los dolores (12) de esa inmensa llaga".

¡DOCE ADULTERACIONES en seis renglones de una cita! Supresión de un adverbio y de tres comas; inversión en el orden de dos epítetos; aumento de un pronombre y sustitución de otro con un artículo; aumento de una h en "echo" de echar; aumento de un pronombre y sustitución de un

verbo con otro y de un sustantivo con otro; —y he aquí lo más grave del abuso y del embuste—: sustitución del nombre de SAN BARTOLOME con el de SAN LORENZO, **para calumniarle de MENTIROSO** consigo mismo y con su "ganado" (!!!) y para insultar a "los palurdos de Museo" (!!!)

¡Diga el propio lector si esta impostura no es el colmo de la bellaquería!

Y no es ésta la única. El crítico honrado transcribe con toda claridad la cita que quiere glosar, y si de versos se trata, respeta la estructura de la versificación. Pero mata en su crítica al poema "Lunes en mi tierra", hace, según su consabida norma, "lo que le da la gana", mofándose de la crítica y de sí mismo más que del poema. Dice el poema:

"Se ha vestido este día de colores,
y es que es Lunes, es Lunes en mi tierra...

Tungurahua de sol...
De su talle se abrazan los caminos
que le ciñen como una enredadera.
Sabe a luna la flor de sus cabuyos,
a esperanza el rumor de sus acequias...".

h. mata, por su parte, advierte y comenta: "...escuchemos a este nucleico literato. Va a escenificar los lunes frutales y florales, nada menos ni nada más". Luego, en bastardilla hace una mezcolanza de cosas, sin que pueda decirse lo que pertenece al poema y lo que comenta mata, a pesar de emplear comillas. "He aquí —dice— el conjunto salasaca derrochándose en "Música de transición", "alegre y movida, **alternada con** música de pasacalle". Las palabras **"arternada con"** no se encuentran en ninguna de las indicaciones para la escenificación: son de propiedad exclusiva de mata, y sin embargo las coloca dentro de comillas. Y añade: "y es que es lunes, es lunes en mi tierra. Se ha vestido este lunes de colores bajo la delación de los pájaros dormidos y en la esperanza del rumor de las acequias...".

Dice el poema:

"Una dulce alegría por sus campos
van los vientos regando a manos llenas,
y en los surcos florecen hermanadas
por la paz, la lechuga y la violeta,
y absorbiendo la misma sal nutricia
de su entraña, el maíz y la verbena,
y hay un mágico acuerdo sin palabras
de horizontes y pájaros y hiedras
y una entente cordial inimitable
de hortelano, camino y cordillera...".

mata comenta: "Hay un verde ininquilinato (sic) en todas las huertas por la paz de la lechuga y la violeta **absorviendo** (sic) la misma sal nutricia..." En este comentario, el crítico pone en la pluma del poeta un error propio de

su ignorancia ortográfica: **absorviendo** por **absorbiendo.** Como se ve, este crítico es incapaz hasta de copiar fielmente las palabras.

Dice el poema:

"Vienen los campos floridos
y la ciudad se transforma,
porque se viste de campo
y huele a maíz y a rosas,
a trigo y a hierba buena,
a retama y a cebolla,
como una moza campera
que es **de tierra** y huele a gloria...".

Comenta mata: "Vienen los campos floridos a retama y a cebolla como una moza campera que **es tierra** y huele a gloria...". ¿Es esto hacer crítica? ¿Puede haber buena fe en una crítica de esta laya?

Es natural que aun a las obras maestras de los más inspirados vates puede hacerse algún reparo. **Indignor quandoque bonus dormitat Homerus,** dijo Horacio de un máximo poeta. "Me irrito cuando alguna vez decae de su inspiración el exquisito Homero". Para juzgar a un poeta se debe analizar toda su obra sin detenerse maliciosamente en pocos versos aislados. Si tan grotesca es la prosa de h. mata ¿qué numen podrá hallarse en sus "basuras" versificadas? Ya trataremos de leer su Machu-Picchu y su Llactayuyay para reírnos un poco.

Y veamos otro abuso. El señor doctor Pío Jaramillo Alvarado habíase referido hace algunos años en términos excesivamente elogiosos para mata comentando su "Historia de la Literatura Morlaca". h. mata transcribe ahora esos comentarios, bajo el epígrafe de "Presentación de G. humberto Mata" en las solapas de la tapa y de la base del último libelo contra Montalvo y contra Ambato, como si hubiese sido escrito **ex professo** para el mismo. ¿Ha dado el señor doctor Pío Jaramillo Alvarado autorización para que su nombre ampare y haga la presentación elogiosa de los desvaríos antipátrióticos y de las "asquerosidades" de ese libelo? Nos resistimos a creerlo, porque él sí es un "auténtico ecuatoriano", un defensor denodado de nuestros derechos, y desde la cumbre a que ha llegado, no puede traicionar sus sentimientos ni su obra.

Ahí tiene usted, señor doctor Benjamín Carrión, de cuerpo entero, al impostor que usted admira como "el hombre ideal para escribir la Historia del Ecuador". Ya puede usted empezar a escribir, no un ensayo, sino un volumen de exaltación de quien es para sí mismo un "idiota vocacional", un "bruto coceador", y para usted, un "Comprendedor apasionado"; a quien es para el observador imparcial un "adulterador envenenado y miserable"; para Montalvo y Unamuno sería menos que un excremento de usted!!!

Erostratismo y hachematismo.—La envidia es siempre mala consejera, y lo es en mayor medida cuando tiene como aguijón la ajena celebridad. Eróstrato obtuvo la celebridad que quiso, pero de una manera que repugna a la naturaleza racional del hombre. Criminales hay que se vuelven tales únicamente para que sus nombres corran de boca en boca.

Eróstrato era un pastor efesio, rústico e ignorante como todos los pastores, pero enfermo de envidia por la fama de los héroes de su nación. No halló medio más apto para rivalizar con ellos, que incendiar el templo de Diana, de Efeso, que era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Heridos en sus sentimientos más sagrados, los efesios decretaron la pena de muerte contra todo el que pronunciara el nombre de Eróstrato; mas la prohibición resultó contraproducente, pues el nombre del sacrílego incendiario se hizo tan famoso desde 356 a. de C., año del crimen inaudito, que la manía de quien comete un delito con la sola finalidad de alcanzar celebridad, es conocida hasta hoy con el nombre de **erostratismo,** y lo será en los siglos por venir.

Entre Eróstrato y h. mata se observan algunas diferencias. Que mata es capaz de cometer muchos abusos y aun de traicionar a su Patria en aras de la notoriedad, es evidente, pues se afana por destacarse haciendo y diciendo todo lo contrario de lo que hace y dice el resto de la sociedad. Si los ecuatorianos sienten su patriotismo lacerado por su tragedia territorial, mata tiene que "sancionar" el Protocolo de Río y predicar el conformismo. Si encumbran a sus más distinguidos ciudadanos, mata ha de lanzarse contra sus monumentos. Si nuestros historiadores exaltan a Atahualpa y Rumiñahui, mata ha de cantar a los incas peruanos. Si la humanidad toda se inclina reverente ante un Víctor Huyo y un Bolívar mata los moteja y ridiculiza. Sólo falta que camine de cabeza y para atrás.

h. mata es la contradicción personificada, y hace muy bien en distinguirse también en la abreviatura de su nombre humberto con una h minúscula. Para que la excepción sea completa hemos empezado ya a escribir todos sus nombres y apellidos con iniciales minúsculas, aunque tengamos que cometer una insistente falta contra las reglas gramaticales. La h, muda y minúscula, es un símbolo apropiado de su pequeñez y de su mutismo absoluto en el idioma de la sabiduría, y de su silencio de sepulcro en la armonía de lo bello y de lo bueno. h. mata tendría que volver a nacer y ser otro, para que pudiera adquirir derecho a escribir en mayúsculas las iniciales de sus nombres. Muy optimista fue su amigo Benjamín Carrión cuando hace años, según refiere el propio mata, le dijo: "Véngase acá, haremos de usted OTRO HOMBRE...".

Esos laberínticos complejos de delirio por alcanzar grandeza y fama mediante coces dadas a las estatuas de hombres superiores, por un lado; por otro, ese afán de contradecir por contradecir; y, en fin, ese prurito de fingir hipócritamente una modestia y humildad que degeneran en despreciable autoenvilecimiento mientras adolece de inconmensurable magalomanía imaginándose que, así, su pigmeísmo se convertiría en gigantismo ante la estupefacta admiración de las gentes, es lo que podríamos llamar "hachematismo", y "hachetemático" al enfermo de ese morbo múltiple e incurable.

Hay quienes se resisten a darle a mata la fama que apetece y por la que se desvive. Nosotros somos de opinión contraria. Si un cerdo goza revolcándose en el cieno, ¿qué nos va ni qué nos viene? Démosle ese placer. Si después de un horrendo crimen alguien quiere la celebridad de Caín o

de Judas, ¿por qué se la hemos de negar? Si mata está acaso padeciendo ya porque el hachematismo no va a ser más célebre que el erostratismo, ¿por qué no le quitamos esa pena?

La mala fama del vicio redunda, a la postre, en prestigio de la virtud, y la estimula. La negra celebridad de Caín y de Judas acrecienta la estimación hacia la bondad de Abel y la veneración hacia el sacrificio de Jesús, en modo análogo al en que las tinieblas de la noche dejan ver con nitidez y con espiritual deleite los resplandores de una estrella. La obscura celebridad de h. mata —en la suposición de que la alcanzara como padre natural del hachematismo— no lograría sino elevar el pedestal de gloria y dar más luminosidad a los nombres ya resplandecientes de un Montalvo, de un Crespo Toral...

¡g. m. mata!, ¡g. h. mata! ¡Qué abominable celebridad te estás ganando!

Craso error de Benjamín Carrión.—Escribe Carrión en su aludido ensayo "G. h. Mata — El comprendedor apasionado": "En mi libro EL NUEVO RELATO ECUATORIANO y luego en mi prólogo y en mi novela POR QUE JESUS NO VUELVE he quebrado lanzas por **el derecho de los escritores a emplear todas las palabras del diccionario de la Academia,** porque tan docta Corporación —a la que pertenezco desde hace mucho tiempo— nos ha autorizado para hacerlo, tras largas y sesudas disquisiciones..".

Debemos observar enseguida que el antiguo Académico de la Lengua incurre en un gravísimo error al afirmar que esa docta Corporación nos autoriza usar todos los vocablos del diccionario por groseros o soeces que sean. No podemos creer que la advertencia que hace de pertenecer a la Academia, signifique que habla oficialmente en nombre de esa docta Corporación: muy al contrario, juzgamos que en este caso habla como Benjamín Carrión y no como Académico de la Lengua. Bien valdría la pena que el propio doctor Carrión aclarara este punto, apelando previamente, si cree oportuno, al criterio oficial de la Real Academia de la Lengua, de Madrid.

Obviamente, todo idioma dispone de vocablos para designar aun las cosas y las acciones más repulsivas y censurables, y el diccionario, para ser completo, no puede prescindir de ellos. El idioma inglés, por ejemplo, conoce como "colloquial" los términos vulgares tolerados en una conversación familiar o informal. Sin embargo, hay diccionarios que omiten ciertos vocablos por los que demuestran tanta predilección Carrión y su amigo mata, y que son inadmisibles en el vocabulario propio de una persona que se respeta a sí misma y que respeta a las demás.

Confundir el diccionario con un Manual de Inurbanidad, permitiendo y aun estimulando el empleo de voces soeces y malsonantes en escritos que se dicen serios y cultos, por el solo hecho de figurar en un diccionario, es tan errado como lo sería facultar el asesinato por bala o envenenamiento, a quienquiera que tenga a su disposición una arma o un veneno.

Las "malas palabras" pueden emplearse en ficciones novelísticas y teatrales, pero únicamente con fines educativos, moralizadores o estéticos, esto es, poniéndolas en boca de algún personaje en el que se quiera retratar

lo repulsivo de un carácter tosco, de un hablador ignorante y procaz, de un grotesco payaso, de un detestable criminal... Tal es el modelo que Cervantes nos da, con insuperable maestría, en su Quijote y, particularmente, en su Sancho Panza, cuyo vocabulario, a veces de grueso calibre, y cuyas gracias intencionalmente insulsas, como las de un burdo escudero del caballero andante de la Triste Figura, no dejan de provocar sana hilaridad aun cuando se injuria a sí mismo ofendiendo el honor de su madre... ¡Vamos! No alarmarse: se trata de un ex abrupto rústico en sumo grado, de un tonto ficticio cuyos dichos no pueden tomarse en serio.

Ignorancia gramatical e impostura literaria de h. mata.—Cervantes puso en labios de Sancho este chiste gramatical: "Con la **grama** bien me avendría yo; pero con la **tica**, no me tiro ni me pago, porque no la entiendo...". A su vez, h. mata, que no es personaje de una novela sino un crítico y autor de una "Historia de la Literatura Morlaca", intenta un plagio de ese chiste, que resulta ridículo cuando en tono que no puede tomarse en broma, revela que, si recientemente ha empezado a abrir una gramática, ha sido con el exclusivo propósito de censurar a Montalvo: "**Yo no sé la Gramática, ni la sabré jamás**", confiesa paladinamente. —"Pero... tengo mi **razón natural** (sic), **mi instinto cultural** (sic), que me **proteje** (sic) y me salva..."— ¡Qué decepción! Ni le protegen ni le salvan, porque "protege" no se escribe con **j** sino con **g**. "Proteger" proviene del latín **pro** y **tego**; y si los sujetos son dos —"razón natural" e "instinto cultural", cosas, más que diferentes, contrapuestas—, los verbos deben ir en plural. "Además —añade— para analizar a JM (sic), preciso me fue amistarme con la **grama** y con la **tica**.... Sancho Panza! y **ejercer** con repugnancia mayor, **de** policía de la Lengua, **de** alguacil pesca impropiedades del Cervantes Americano, del propietario del Idioma Castellano y más etcéteras suntuarias del seudo cervantista..." —Pesquemos aquí otra impropiedad matosa: "ejercer **de** policía de la Lengua, **de** alguacil del Cervantes Americano" es **doble barbarismo**, sea porque no debe decirse "ejercer de" sino "ejercer el oficio, el papel de", sea porque ni siquiera los bárbaros más primitivos aceptarían que uno de su ralea, ignorante absoluto de la Gramática, pretenda "pescar impropiedades" a ninguno de los dos Cervantes.

Para "analizar" a Montalvo, para crecerse a "policía y alguacil" de sus obras, preciso es haber estudiado profundamente a todos los mejores gramáticos y lingüistas de España y América, que él estudió con afanosa constancia; preciso es haber estudiado, como él, griego y, sobre todo, latín, que entre las lenguas muertas dieron origen a las lenguas romances de nuestros días: español, francés e italiano, entre otros. Además del español, que según el "crítico" mata, no conocía ni, menos aún, dominaba Montalvo, éste hablaba el italiano y, sabiendo lo que hacía, no tuvo temor de publicar en Francia artículos en francés. Conocía también el inglés y hasta el quichua.

Escribir miles de páginas en voluminosos tomos como los que ha publicado h. mata sobre la literatura azuaya y contra el insigne Crespo Toral, y como los que proyecta publicar todavía contra Montalvo, alardeando de una sabiduría infusa consistente en una ausente "razón natural" y en un

más lejano y más ausente "instinto cultural", es una chifladura que podría intentar cualquier otro hijo de vecina —llámese "escritorzuelo" o "idiota vocacional"— alucinado de ser un GENIO favorecido por el cielo con la "bendita luz de la intuición", a pesar de que su única habilidad está —según él mismo lo revela— en la "ligereza de sus manos" —como que escribe a dos manos— seguida a duras penas, por las ideas confusas y torpes de un cerebro incapaz de recapacitar sobre los desatinos ya escritos.

La confesión de mata es un categórico mentís a los elogios que le hace Gabriel Cevallos García cuando afirma que mata escribe "sistemáticamente", al paso que, según él, la inteligencia azuaya, por lo común, "fía todo a la bendita luz de la intuición". No creemos que ninguno de los escritores azuayos ignore la gramática: Cuenca no sería entonces la Atenas del Ecuador. Su amigo mata es quien todo lo fía a la "intuición", si así quiere llamar a su quimérica "razón natural" y a sus bestiales instintos de "bruto coceador".

Queda, pues, corroborada por la propia confesión del "crítico", su absoluta ignorancia gramatical y la "substancial inconsistencia" (permítasenos la paradoja) de todo cuanto ha escrito sobre literatura en millares de páginas; y que éstas son sólo el fruto de una audacia y de una verborrea igualmente fabulosas, que hacen de h. mata el más insigne impostor en el campo de las letras.

"¿Qué haremos con esta plaga de los "puristas" que nos han atacado, querido G. h. mata?— pregunta Benjamín Carrión.

"Efectivamente, Benjamín, —le replica mata— ¿qué haremos con esta plaga de **puristas?"** —Y salomónicamente añade: "Ud. vacilará, amigo mío, pero yo no... Dejémosles en su condición de delatores neodioscuros (sic), cuan venidos a menos ante Ud. (sic), Benjamín, siempre permanecido (sic) en más (sic)". ¡Valiente consejo! ¿Sabe usted, Benjamín, qué hacen los franceses cuando llueve? ¡Dejar llover! ¡Deje llover! (Entre paréntesis: "permanecer" es verbo intransitivo, y mata lo hace transitivo: ¿quién o qué cosa le "permaneció" a su amigo Benjamín? ¿Acepta el señor doctor Carrión que está "permanecido"?).

¿No cree el doctor Carrión que haría una verdadera obra de caridad a su amigo si, en lugar de dialogar como íntimos compinches, contra el "academismo" y contra los "hablistas y puristas", le diera unas leccioncitas de gramática o, por lo menos, le aconsejara que la estudie antes de escribir sobre literatura?

¿"Hubieren" o "hubiere"?—El camino que mata se ha trazado es el de seguir impertérrito en la "confección" de libros dando coces a la gramática, a la decencia y al sentido común. No es éste el lugar, desafortunadamente, para presentar en decenas de páginas una lista de los despropósitos gramaticales, de concepto y de todo género y especie, en que incurre a todo lo largo y a todo lo ancho de sus dos libelos contra Montalvo. ¿Cuántos más habrá en los otros voluminosos libracos del mismo "escritorzuelo"? No necesita confesar su ignorancia gramatical· la abundancia y la gravedad de sus faltas la delatan a cada instante. Como un medio de estimular el estu-

dio de la gramática, promoveremos concursos entre los muchachos de las escuelas primarias, para que sean ellos quienes, con las pocas nociones ya adquiridas, los hallen por centenares.

Observemos, sin embargo, la fe de erratas de su reciente libelo, que en la página 119 señala sólo los más inofensivos de sus incontables errores. Nunca se ha visto una fe de erratas más descortés con el lector. Dice autoritariamente: "Corríjase —está— es". Al pie de la lista añade sin sujeto ni complemento: "Si HUBIEREN más, corrijan"... Y concluye: **"Ad majorem moriens gloriam";** frase que traducida literalmente significa: "Para mayor moribundo gloria", que carece de sentido. "Ad majorem morientis gloriam" habría debido decir, si supiese que existe el caso genitivo. ¿Y quién será el "moribundo" sino el mentecato ignorante, "absolutamente ignorante" conforme él mismo se declara, que no sabe la gramática española y, a fortiori, no puede saber latín, alucinándose, no obstante, de haber dado un golpe de muerte al Cervantes Americano?

Cuando h. mata haga una segunda edición de su último libelo, añada una "fe de erratas de su fe de erratas", con la siguiente corrección, aparte del disparatado latinajo: "Está: HUBIEREN. Es: HUBIERE. Si hubiere más errores que, sin duda, los hallará incontables— dígnese el lector corregirlos benévola y pacientemente".

Hay que ver los aspavientos que hace porque cree ser el único sabihondo en el mundo que conoce el significado del adverbio latino **passim,** y porque, según asevera, jamás ha dicho ni escrito HACEN por HACE como verbo aplicado al tiempo. Pero ha escrito HUBIEREN donde debió escribir HUBIERE: error aún más grave, y los que se lo hemos "pillado" tenemos la promesa de h. mata de que no volverá a ocuparse de Montalvo: —"Voy más allá —dice pavoneándose—; que me diga alguien, cualquiera de esos desenfrenados homenajeadores en pataletas de neurosis colectiva (sic), si en mi lenguaje de entrecasa (sic), en mis cartas he usado eso ("hacen" por "hace"). Si es que me dicen ¡AQUI ESTA!, les premiaré dejando en paz todo el material de desinfección (sic) acumulado en mi operación Montalvo (sic) para humanizar al **ídem** (sic)".

¡AQUI ESTA, h. mata! AQUI ESTA lo que pides: un **"hubieren"** en lugar de **"hubiere",** no en tu "lenguaje de entrecasa" que por nada de este mundo queremos oír, ni en tus cartas que tampoco queremos leer, a pesar de que tienes la osadía de invitarnos a penetrar en tus más íntimas "basuras", sino en la mismísima página de una fe de erratas. Si fueses caballero (tú mismo confiesas que no lo eres), no deberías volver a profanar entre tus "basuras y apestosidades" el nombre de Montalvo. No te decimos: "aquí está". Te decimos: ¡AQUI ESTAN tus miles de errores gramaticales, frutos naturales de tu supina ignorancia! Sin embargo, te liberamos de tu compromiso, para que sigas desempeñando tu papel de impostor de la literatura.

Patanería literaria de h. mata y de B. Carrión.—El escritor que respeta su vocación y su misión de transmisor de nobles ideas, y de predicador de aquellas virtudes que encarnan y patentizan la naturaleza espiritual del hom-

bre, jamás puede creerse con derecho para emplear **como propio** un vocabulario grosero o sucio. Quien abusa del diccionario amparándose en ese supuesto derecho, degenera en detestable personaje de novelas o comedias de bajo mundo. ¿En quiénes sino en personas repugnantes de la vida real se inspiran novelistas, dramaturgos y libretistas cinematográficos para crear, recargando las tintas, los personajes repulsivos de sus obras? El papel de mata es peor, porque él supera a esos personajes en la sordidez de su figura.

Perdónesenos que, por esta sola **vez**, para demostrar lo erróneo de estas tendencias presuntuosamente literarias, transcribamos alguno de los muchos párrafos censurables de h. mata. "Yo escribo —insiste— como me da la gana y hago lo que me da la gana, por eso despacharé (sic) aún más algo sobre eso del **purismo.** Pruebas hemos dado Ud. y yo, Benjamín Carrión, de que nos cargamos —con **r** o sin ella— con quienes nos ofenden y nos reprueban las malas palabras...". Cervantes no se atrevió a poner en boca de don Quijote y ni siquiera en la de Sancho —cuando el primero se hallaba en ciertos apuros dentro de una jaula— esa fea palabra que mata tiene en la punta de su lengua con tanta insistente espontaneidad, que nos recuerda aquella axiomática sentencia: **"Ex abundantia cordis os loquitur".** De la abundancia de lo que se tiene adentro habla la lengua. Los que tienen corazón hablan de lo bello y de lo bueno; aquellos que son sólo tripas llenas ¿de qué hablarán?

Prosigue la sucia pluma de h. mata: "Tengo un risueño inventario, por páginas, de sus atómicas malas palabras en su POR QUE JESUS NO VUELVE. Si es que yo, **hasta yo,** Benjamín, **no me solidarizo con su uso total,** tampoco me corro de leerlas, pero **faculto** a Ud., ya que está en su derecho y su justicia (sic), haciendo también su gana (sic), **DE usar** (sic) y **abusar** de ellas...". (Entre paréntesis: "facultar DE **usar"**, es un horrible solecismo. "Facultar DE abusar" es, además, pecado. Quisiéramos saber si el Académico Benjamín Carrión ha facultado a su amigo DE abusar de la preposición DE).

¿Cuál será el vocabulario de que abusa Benjamín Carrión en una obra cuyo título aparenta un propósito filosófico y moralizador, para que h. mata **—¡hasta h. mata!—** confiese que no se solidariza del todo con sus "anatómicas malas palabras" y haya sentido un vago deseo de salir corriendo por no leerlas? ¿No acontecerá que "Jesús no vuelve", entre otras causas, por no ver esta grosera confusión en que se está prostituyendo la literatura?

La decencia y la urbanidad exigen que en una región donde un vocablo perfectamente castizo e inofensivo ha tomado un sentido obsceno o grosero, ese vocablo sea proscrito del trato entre personas cultas. Esa lección de pulcritud se halla en un dato publicado por "Ultimas Noticias", de Quito, el 27 de marzo de 1967, que dice: "El profesor de lengua española de la Universidad de Madrid y Director de la Escuela de Investigación Lingüística, Manuel Criado del Val, escribió un diccionario en el que se incluyen 800 palabras prohibidas para las películas de televisión destinadas a la América Latina. Se trata... de conseguir utilizar la **norma culta**... Son de uso corriente y normal en nuestra patria y que, sin embargo, en América no

deben emplearse por elementales normas de educación...". Ese diccionario de "palabras prohibidas" por el sentido común de una persona culta, es el de las "palabras preferidas" por el señor doctor Carrión, Presidente de nuestra máxima institución cultural y por su amigo "matita". Cuídese el Profesor Criado del Val de enviar su obra a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, no sea que venga a completar el vocabulario soez de algunos de nuestros escritores malcriados.

La pulcritud del lenguaje debe buscarse no solamente en el empleo de los vocablos, sino también, y tal vez más que en él, en los pensamientos, esto es, en el fondo más que en la forma. "Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes —escribió Montalvo— les hará un bien con tirar su pluma al fuego". Pero h. mata no puede oír ni entender ese sabio consejo, y basta que provenga de la pluma de Montalvo para que se mofe de él y prefiera dedicar la suya al más ruin de los propósitos: la violación "sistemática" de todo miramiento de respeto para sí mismo y para los demás, —y lo que es peor aún— la ofensa permanente, de la manera más abominable, hacia todos los lectores de sus "basuras y apestosidades". Dispénsenos el lector, que con toda nuestra repugnancia debamos transcribir los renglones en que hace tan insólita y desvergonzada confesión: "Si todo cuanto, fugazmente inflamado **evacuo** fuese resultado, efecto de una infección de odio, después de **mi deposición** intelectual, o intelectiva, o de **bruto coceador con todas sus letras**... (sic). Escribo **y jalo el agua**..." (sic!!!). Solamente un "idiota vocacional" puede expresarse así.

¿Y pretende este autodenominado "bruto coceador con todas sus letras" censurar a Montalvo y erigirse como árbitro de las letras ecuatorianas?

Un Académico-Antiacadémico.—Anda también muy equivocado el señor doctor Benjamín Carrión cuando se refiere a los "gendarmes del purismo, **que se broquelan detrás de la gramática para ocultar su mediocridad inocultable**... Que se quiten —añade— de nuestros predios **los espantapájaros** del **galicismo**, del **solecismo**, del **barbarismo**... Yo no le voy a reclamar (a Matita) por aquello de **verborrágico, montalvopático, catilinarial, papamontalvos** o **papaicazas, montalvopédico, discurseantemente, montalvera, cervantófagos, montalvorrea grafopática**... ¡Qué acierto el suyo al decir **la maledicencia, la malescribencia!**...".

Como si fuese difícil jugar con los vocablos formando derivados estrambóticos o dándoles afijos, prefijos y sufijos estrafalarios, en lo que podría ser un ejercicio escolar o un pasatiempo de muchachos, nos admiran los gustos "literariófagos benjamínico-carriónicos" del señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana; sin embargo, no ponemos en tela de duda su "bienescribencia", ni su autoridad de "papabenjamines ni papacarriones", ni discutimos su aprobación y simpatías para la "humbertonta matarrea grafoparanoica" de su papanatas (perdón) papamatas; ¡no! Pero sí dudamos que la Real Academia de la Lengua vea espantapájaros de los cuales no deba hacerse ningún caso, en solecismos como, por ejemplo, "facultar de", "mi delante", "imprimido", "apesadumbra DE que", "proteje", "hubieren", 'apesar", "el por qué" "exégeta", etc., etc., etc., además

del permanente abuso de neologismos extravagantes en tan interminable retahila, que se hace difícil creer que se está hablando en español.

Casticismo —entendámonos— no es proscripción absoluta de términos de idiomas extraños, ni de neologismos y ni aun de barbarismos y solecismos. El arte del buen escritor está en emplearlos con criterio de mesura, acierto, gracia y oportunidad, poniéndolas, **a sabiendas,** en la boca de un ignorante o de un imbécil; pero ¿cómo pueden justificarse cuando, como en el caso de h. mata, salta a la vista que son pruebas innegables de crasa ignorancia gramatical?

Conclusiones absurdas.—Si fuese aceptado el criterio de Benjamín Carrión, tendríamos que llegar a conclusiones absurdas:

En la hipótesis de que fuere un derecho de los escritores el uso de todas las "malas palabras" por el mero hecho de constar en un diccionario, ¿por qué no habrían de tenerlo también los oradores, predicadores, profesores y maestros, locutores de radio y de televisión, en fin, hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos? ¿Por qué el uso y el abuso del diccionario debería ser privilegio de ciertos escritores profesionales?

La incultura en el lenguaje sería un evidente y plausible signo de cultura integral. La pureza idiomática y la urbanidad en el lenguaje serían, a la inversa, una clara y censurable muestra de "mediocridad inocultable".

Por lo mismo, a los hombres superiores, no habría que buscarlos entre personas de lenguaje correcto, sino entre los que no respetan las normas gramaticales ni las de la decencia en los vocablos; y toda persona medianamente culta y hasta el hombre superior deberían renegar de la gramática y de la decencia para no ser tachados de "puristas" y de "mediocres".

Puesto que todo escritor está facultado aun para inventar nuevos vocablos o "neologismos", a su talante, debería acudirse a uno de estos dos expedientes: o se prescinde del diccionario por insuficiente; o se publican diccionarios de vigencia transitoria mientras duren los caprichos de la caterva de revolucionarios lingüísticos. De todos modos el diccionario habría perdido la importancia que le da el doctor Carrión como patente de anarquía y de indecencia, y asumirían su lugar, como norma única y suprema, la "razón natural", el "instinto cultural" o la "intuición" de sujetos, a veces, carentes de razón, de intuición y de cultura.

Deberían proscribirse la enseñanza y el cultivo de la Gramática y de la pulcritud en el lenguaje, tanto en escuelas y colegios, como en universidades y Casas de... la Cultura, pues si todo abuso está permitido, no habría para qué perder el tiempo en aprender qué es un galicismo, ni un solecismo, ni un barbarismo.

Nadie tendría derecho para censurar ningún uso o abuso, ni habría lugar para ninguna polémica o controversia de carácter lingüístico.

La Real Academia de la Lengua y todas las Academias Correspondientes deberían desaparecer si no quisieran ser mudos testigos del caos de Babel.

¿No se deberá a estos desviados criterios y a una torcida orientación de parte de algunos altos dirigentes de la educación pública, la dificultad con que se hallan ahora profesionales capaces de escribir una página sin errores gramaticales? ¿No hemos visto que los Padres de la Patria han tenido que recurrir a una comisión de "expertos lingüistas" para que, según jesuíticamente declaró uno de éstos sea "puesto en español" el texto de la nueva Constitución de la República?

Frente a la Academia de la Lengua.— h. mata revela su posición frente a la Academia de la Lengua diciendo a su amigo, el Académico Benjamín Carrión:"'**Cómo me he reído de los académicos,** Benjamín, cuyas faltas hasta yo, **el más inacadémico que puede existir jamás**. . .", etc. ¿De cuyas faltas se ríe mata: de las de los académicos o de las de Benjamín?

"Inacadémico" es muy poco decir. h. mata es "antiacadémico" de marca mayor, antiacadémico recalcitrante, antiacadémico maniático, "archiultrasuperrequetecontraantiacadémico", utilizando una palabra que le recomendamos incluya en su vocabulario; y esa es la explicación llana y sencilla de por qué todos sus escritos son un solo montón de '"basura".

El señor doctor Benjamín Carrión se refiere a la Academia de la Lengua como una "docta Corporación" a la que pertenece "desde hace mucho tiempo". Pero, según sus ya conocidas y personalísimas "doctrinas" literarias, resulta un Académico-Antiacadémico, un renegado de la Academia, un apóstata que ha echado a la basura todas las reglas de esa "docta Corporación". ¿Por qué no pide su disolución, o por qué no se separa de ella? ¿Es sólo un **modus vivendi** su profesión de escritor con el título de "Académico", o es sólo un **modus loquendi** su académica apostasía?

¿Y cuál es nuestra posición? Procuramos seguir, modestamente en la medida de nuestros cortos alcances, el ejemplo de Don Juan Montalvo, quien, sin pertenecer a la Academia porque el fanatismo religioso le cerró las puertas, no tuvo reparos para someterse a sus normas; mas también acataba las atinadas observaciones y advertencias de todos los buenos gramáticos. Con gran derroche de erudición, en carta a su amiga Emilia Pardo Bazán reconoció que había incurrido en error cuando había escrito **güero,** según uso antiguo, en lugar de **huero.** De tal modo se empapó de las riquezas del idioma español con la lectura de los clásicos, que hasta ciertos vocablos y modismos semiarcaicos cobraban nueva vida en su pluma, sin que hubiera asomo de afectación. Fue así como sus escritos causaron honda impresión en España primero y luego en nuestro Continente, tanto por la elevación y belleza de las ideas, como por la variedad, elegancia y novedad de la dicción; fueron muy pronto acogidos como modelo de bien decir, y empezaron a figurar entre los clásicos del siglo XIX. Gramáticos insignes le respetan como a Maestro. Miguel A. Caro decíale: "Siento una **verdadera satisfacción** en poder someter mis humildes producciones a un juez americano tan competente como Ud.". Rufino J. Cuervo, el erudito comentarista de la celebrada Gramática de don Andrés Bello, al ofrecerle el envío de su obra "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano", llamándole "perfecto maestro", decíale: ". . .será de **gran satisfacción** para mí someterla a su juicio y oír sus correcciones. . .".

Caso curioso: eminentes lingüistas sienten profunda "satisfacción" en inclinarse ante el Maestro; y un pigmeo que ignora las más elementales reglas de analogía, ortografía, acentuación, puntuación, prosodia, sintaxis..., pretende erigirse a censor, "policía y alguacil" de los más esclarecidos escritores y poetas nuestros como Montalvo y Crespo Toral! "Zapatero a tus zapatos", habría que decirle. "Si no sabes gramática, ¿cómo te atreves a opinar ni a escribir sobre personajes que han hecho la Historia de la Literatura?...".

Desatinos de un educador universitario.—Para colmo de lo absurdo de las conclusiones a que nos llevan las doctrinas de Benjamín Carrión deberíamos terminar incendiando todas las obras clásicas de todos los idiomas, pues fueron ellas las que dieron la pauta para la estructuración científica de las lenguas y para la formación de las reglas gramaticales. Más aún: deberíase establecer una rígida censura sobre la parte preponderante que los pueblos han tenido en la conformación de sus idiomas, a fin de que los actuales revolucionarios de "originalidad valiente de su idioma", liberándose de todo el acervo de cultura que nos legaron los más claros ingenios a lo largo de muchos siglos, queden en absoluta libertad y "capacidad" para formar nuevos idiomas.

En este sentido, habría que decir que los clásicos no son solamente inútiles, sino positivamente nocivos a causa de las huellas que han dejado y que no deben ser seguidas por las actuales generaciones "de avanzada". España debería empezar por incendiar las obras de Cervantes; Italia las del Dante; Francia las de la Enciclopedia; Inglaterra las de Shakespeare; Alemania las de Goethe... Nosotros, ¡las de Montalvo!

Y no se crea que exageramos. Analícense las siguientes aseveraciones de Gabriel Cevallos García, y se verá que en ellas hay más despropósitos que renglones: "Montalvo —asevera en salomónica pose— es un personaje en cuyos contornos no florecen las ideas... ¿Qué finalidad práctica propuso Montalvo?... Pero sucede que para el Ecuador desapasionado, es un prestigio perfectamente inútil, un hombre contingente cuyo no ser no produjera ahora ningún vacío, un escritor que nunca reclamará para sí el dictado de indispensable dentro de su tiempo... Creo sinceramente que **si hay una figura nociva para el pensamiento nacional es ésta.** Nociva en cuanto que al concentrar en sí las admiraciones, impide obras de valor independiente... Se le ha presentado como el ápice del pensamiento nacional, como el ejemplar de la perfección, como el modelo de carácter y patriotismo, como la columna de Hércules que impide caminos hacia más allá... Montalvo **el más distinguido falsificador de la ecuatorianía**...." La cita ha sido tomada de la página 6 de "Zaldumbide y Montalvo", de h. mata.

Gabriel Cevallos García va aún más lejos con sus tendencias. Según los consejos de este "educador", ningún estudiante de matemáticas debería admirar a Pitágoras ni a Einstein, ni, menos aún, seguir sus enseñanzas y teorías, porque serían un obstáculo para la creación de "obras de valor independiente". Un estudiante de música no debería admirar a Bach ni mucho menos permitirse oír o tocar ninguna de sus obras maestras, porque

se dejaría influir "nocivamente" por ellas cerrándose el paso para crear obras propias superiores... Bastan estos dos ejemplos gráficos para comprender lo descarriado que anda el Rector de la Universidad de Cuenca, Gabriel Cevallos García.

Se nos estaba olvidando, precisamente, advertir que este señor funge de Rector de una de nuestras más importantes Universidades, y que es destacado hombre de extrema derecha. A su vez, su amigo h. mata —según voz que circula por ahí— es hombre de extrema izquierda o a ella se aproxima y funge de bibliotecario de la misma Universidad. Dios los cría y ellos se juntan con las mismas tendencias, por así decirlo, literarias. Consecuente con sus extrañas ideas, ¿no debería Cevallos G. incendiar inmediatamente la Biblioteca de su Universidad con su bibliotecario, para evitar que las grandes figuras de la sabiduría universal sean "nocivas" a los estudiantes universitarios por la natural "admiración" que suscitan? Lógicamente, mientras mayor fuese esa admiración, mayor razón habría para apresurar el incendio y, consiguientemente, debería empezar por los volúmenes de la "microscópica figura diminuta" de su bibliotecario, que, para él, son las de una máxima "figura" y las que mayor admiración le provocan.

Montalvo hizo cierta vez las siguientes observaciones: "Darle algún aderezo a la gramática, pergeño sería de la habilidad misma: la gramática no es tierra para flores; mas como ella da los frutos del idioma, preciso es cultivar ese campo de espinos y plantas sosas. Sin el caudal necesario para acometer el dilucidamiento de cuestiones tan escabrosas como las que suelen ocurrir en esta parte científica de la literatura, habría yo dado de mano a las provocaciones descorteses de mis impugnadores invisibles; pero va la enseñanza general, y no me es dado dejarlas triunfantes por falta de réplica, en pueblo donde la ignorancia suele arrimarse a la mala fe y apellidar victoria en contra de la verdad... Malas son las lecciones de lengua castellana sin consulta previa de los verdaderos maestros: así enseñamos errores, y no reglas que sufragan para su pulimento y hermosura. Ni ha existido, ni existirá jamás una lengua matemática: las más cultas se componen de irregularidades, las cuales, cogidas al vuelo por algunos pescadores de defectos, son joyas de los mejores quilates, que por falta de pericia en nosotros pierden a nuestros ojos su primor y estima..."

Con todo ello quiso Montalvo significar que el dominio de una lengua no es fácil, y para algunos —como mata confiesa de sí mismo— es algo que "no sabrán jamás". ¿Será por esta razón que tanto aborrecen a la gramática y motejan de **puristas** a los que obedecen sus reglas? h. mata ha publicado infinidad de libracos y articulejos que cree ser de "crítica literaria". En los que con asco hemos tenido que leer para refutarlos, jamás hemos hallado **una sola cita de algún gramático** ni el desarrollo de un solo punto de discusión, con que intentara cohonestar su hueca y grosera palabrería. **"Dejando que los académicos pillen las incorrecciones gramaticales de ese imbécil párrafo"** —es como censura a Montalvo; y es porque su soberbia ignorancia lingüística no le da "capacidad" para afrontar un análisis serio ni, mucho menos, sostener una polémica racional. ¡Curioso crítico: enemigo de los académicos, se ríe de los académicos, pero deja la crítica... a los académicos!

En lógica consecuencia de todo lo expuesto, ¿no sería lo natural creer que **los mediocres tratan de ocultar su "mediocridad inocultable" bajo la carátula de un fingido desprecio por las reglas gramaticales, y su rusticidad espiritual bajo un cínico desconocimiento de las buenas maneras?** De todos modos, las teorías seudoliterarias encubridoras de mediocridades —que Carrión cree no sólo beneficiosas sino aun necesarias para las nuevas generaciones— le han sido gravemente perjudiciales, en modo singular, a su amigo mata, porque maliciosamente han estimulado una más escandalosa procacidad en su último libelo. En el peor de los casos, es preferible un mediocre que, por lo menos, sepa escribir bien, que no un ignorante absoluto.

A quienes se sienten incapaces de aprender la gramática española, les aconsejaríamos que estudien antes el esperanto —un facilísimo idioma artificial, admirable por sus sencillísimas reglas que no pasan de trece, sin excepciones posibles, y por su diccionario de raíces que facilitan sorprendentemente el conocimiento de muchos vocablos. Desgraciadamente para ellos, el esperanto no trata de eliminar ningún idioma muerto ni vivo, y sí solamente de servir de rápido vehículo de acercamiento y comprensión entre todos los pueblos.

Actitudes contradictorias.—Aunque en sí mismas contradictorias, muy diferentes son la actitud de Benjamín Carrión y la de h. mata respecto de Montalvo.

Benjamín Carrión reconoce que el purista, el clasicista Cervantes Americano "es la figura mayor de nuestra historia literaria"; y, por otra parte, detesta el casticismo, menosprecia el "academismo" y ridiculiza a los puristas como personificaciones de mediocridad.

h. mata conserva una posición que, además de contradictoria, es risible en sumo grado, como que es la de un perfecto "idiota vocacional": censura los insultos de Montalvo con otros insultos que no admiten comparación. Muchos de los que mencionamos en páginas anteriores y otros más lanza contra Montalvo en los precisos instantes en que lo maldice como insultador. Los párrafos de "peor verborrea efectista" en que cae tan a menudo, son exactamente aquellos en que llama a Montalvo "fregatriz de letras arcaizantes, enlucidor verborrágico efectista" y otras lindezas parecidas, que provocan decirle a cada paso: médico, cúrate a tí mismo. A nadie le cae mejor que a sí mismo el apodo de "chupafamas" que aplica a otros. "Traficante del insulto" es Montalvo para mata; pero Montalvo jamás puso en sus obras una advertencia mercantilista como la que mata estampa por dos veces en las principales páginas de su libelo: "Si usted es amigo de la cultura (sic), NO PRESTE ESTE LIBRO Deje que LO COMPREN". En cincuenta sucres cotiza su primera "basura" contra Montalvo y en quince la segunda a pesar de su insignificancia aun en su aspecto tipográfico. Confundir cultura con patanería y procacidad es otra de las aberraciones matunas.

Por su parte, el señor doctor Gabriel Cevallos García se manifiesta tan adverso a la personalidad de Montalvo como admirador de su bibliotecario mata. ¡Hermosa actitud de un rector y educador universitario!

Los tres amigos, Carrión, h. mata y Cevallos García, se hallan tan unidos en su aversión contra el clasicismo y los puristas a quienes de buena gana verían colgados de la horca, como concordes en obsequiarse recíprocos elogios, que nos traen a la memoria —sin que este espontáneo recuerdo encierre ningún propósito ofensivo— aquel dicho latino: **asinus asinum fricat.**

¡Sólo faltaría que este simpático trío formara una Academia de Anti-académicos!

Odio de h. mata contra Ambato.—¿Y qué juzgan el señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y el señor Rector de la Universidad de Cuenca, acerca de la inquina y fobia que su muy querido y admirado amigo del alma tiene contra Ambato y los ambateños por ser cuna y coterráneos del Cosmopolita? ¿Darán una respuesta a favor de su amigo, terrible para los timoratos por su vocabulario estrafalariamente soez, o preferirán convertirse, cada cual por su lado, "en un practicante de esa religión de eunucos que es la neutralidad"?...

En el penúltimo párrafo de su último libelo, mata se dirige a su Benjamín Carrión, en son de despedida, con las siguientes palabras: "Le dije ya, que sólo (a) USTED podía contestarle, Benjamín Carrión: jamás a esos siervos del que en vida respondía al nombre de Juan Montalvo, esos propios del todo inapropiados (sic) que poseen cerebros anticonceptivos (sic)". ¿Será este un adulo al amigo para que continúe desempeñando el amable papel de benigno comentarista, de generoso panegirista de sus "basuras"? ¿O será una advertencia en que pudiera amparar su miedo o su incapacidad para responder a la réplica de los ambateños?

Ningún cuidado nos tiene el que cumpla o no cumpla su propósito de "no contestar" con sus consabidas necedades a nuestras réplicas. Bien puede él decir y hacer todo lo que se le ocurra como maniático incurable que es; ya que su misma ridícula "personilla" y sus "coces" de "bruto" nos causarán más compasión que hilaridad, lo mismo que todo lo que ya ha dicho y hecho, y en la misma medida de lo que dice y hace cualquier otro necio charlatán y malcriado.

Todo ambateño que haya elogiado a Montalvo antes, durante o después de la incursión matosa de este "bruto coceador", y por ese solo hecho, puede estar seguro que le saldrá al frente con los más extravagantes e inconsistentes insultos, alucinándose estúpidamente que con sus coces dadas a troche y moche, ha de acallar sus voces y hasta ha de arrasar monumentos y mausuleos... Bien cretino precisa ser para esperar que, por temor de esas basuras y coces, los ecuatorianos hemos de dejar un camino expedito a sus bellaquerías contra la cultura y contra la Patria.

Nosotros hemos sido los primeros blancos de sus cobardes insultos —cobardes porque el miserable ni siquiera tuvo valor para escribir con

todas sus letras nuestros nombres. Nos complacemos de que hayan sido insultos, toda vez que sus elogios serían para nosotros las peores ofensas. Consecuentemente, compadecemos al señor Benjamín Carrión por los elogios que le endilga haciendo alarde de una estrecha y cordialísima amistad "para la posteridad"... "Permítame, Benjamín Carrión —le lisonja—; para mí Ud. será siempre el Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dentro o fuera de ella; el Plenipotenciario de la Cultura Ecuatoriana..." Y aludiendo a Montalvo añade: "...hablista, purista y más —pendejadas (sic) escribiría Ud. Benjamín!— casticismos del Castellano de la España libresca preacadémica... Ud. sabe y cuantos me han tratado en cordialidad (sic), Benjamín Carrión, cuan social soy al encontrarme en compañía afín (sic)..." En el dúo de la amistad mata-Carrión, no se eleva mata; es Carrión quien se rebaja.

Las "coces" de un "bruto".—Para deleite espiritual de los admiradores de h. mata, empezando por el señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y el señor Rector de la Universidad de Cuenca, doctores Benjamín Carrión y Gabriel Cevallos García, vamos a transcribir algunos de los disparatados insultos que, entre una retahila de otras sandeces, nos ha regalado este Sancho Panza de mala ley, anotando que el escudero de don Quijote, por lo menos, sigue a su amo en calaveradas bien intencionadas, y que su lenguaje, como salido de la pluma de Cervantes, jamás puede ser comparado con el cursi, extravagante y depravado de h. mata.

Lo que para Carrión y Cevallos será motivo de inspiración poética y una lección de estética literaria, para nosotros, los ambateños, lo será de un penoso entretenimiento, semejante al que proporciona un mal payaso de un circo de ínfima ralea, que inspira más compasión que risa.

En una hojita amarillenta g. h. mata dedica la última de sus "basuras", cual si éstas fuesen sus mejores productos de venta anunciados en un calendario: "A todos sus favorecedores los mapaescritores de preñadillismo montalvista (sic) con sus mejores esperanzas de prosperidad intelectual 1966 - 1967".

Dándoselas de experto en materias de cloacas y de sapos, trata de ilustrar el significado de **su "preñadillismo"** con la siguiente nota: **"preñadilla":** especie de pez bagre de agua (sic), que acarrea en sus corrientes el río Hambato".— Mons. Haro Alvear. "(...) renacuajo todavía con cola, o sapo que ha **concluído** (sic) su metamorfosis".

Puesto que mata cree haber puesto una pica en Flandes con sus preñadillas y jambatos, aclaremos este punto tan importante en sus ataques contra Ambato.

Ante todo, tan mal está concebida la nota, que no parece sino que con ella hubiese querido advertir que un ilustrísimo e ilustrado señor Obispo fuese pez bagre, renacuajo o sapo.

De todos modos, las tres definiciones son contradictorias, y prueban la total ignorancia de mata en ciencias naturales: la preñadilla debe ser

o bagre, o renacuajo o sapo, pues mientras el bagre es un pez, el sapo y el renacuajo son batracios, y si es sapo no es renacuajo, y si es renacuajo no es sapo.

Dice mata que la preñadilla es pez 'de agua", porque seguramente teme confundirse con los peces de tierra o de aire. El bagre pertenece a una variedad de peces silúricos, de gran tamaño entre los que proliferan en ríos de clima tropical. ¿Hállase acaso el río "Hambato", a más de 2.500 metros sobre el nivel del mar, en alguna región ardiente de la zona tórrida?

¿Podrá, excepcionalmente, algún animalejo ser pez bagre y batracio a un mismo tiempo? Parece que sí. **Renacuajo,** en su acepción figurada, significa "hombrecillo, chisgarabís y mequetrefe", sinónimos todos de **"hominicaco",** que es una de las más elogiosas definiciones que mata da de sí mismo. "Por su boca muere el pez": sí, según el "zoológico" mata, preñadilla, pez bagre "de agua", sapo y renacuajo, todos son uno solo y mismo animalejo, y puesto que él es renacuajo, en lógica consecuencia, viene a dar también en pez bagre, en sapo y en **preñadilla,** que es lo que queríamos probar.

Que mata pertenece al género animal entre los brutos está fuera de toda duda. "Bruto coceador" se dice él mismo; pero explica: "perdí no sólo el hilo sino los estribos y eso que **no soy caballero, peor caballo".** El caballo es el más noble de los brutos; mata debe ser mulo o mula, burro o burra, sin escapatoria posible. Pero acabamos de descubrir que es también renacuajo como proyecto de "hominicaco". ¿Qué es, al fin y al cabo? Lo único que hay que temer es que venga a infestar las corrientes del "Hambato" o que traiga la aftosa a nuestras cuadras y potreros.

Imposible es hallar una página matuna, por pequeñita que sea, sin algún error gramatical. Según las reglas vigentes de la Real Academia, el diptongo **ui** va sin acento. Diga, pues, el renacuajo si ha **concluido** (sin acento) su metamorfosis.

La dedicatoria especial "A un licenciado amigo mío", dice: "Con toda tu montalvivísima (sic) e intoxicante inteligencia de negrero de conjurados del peonaje de J. M., ¿te has dado cuenta tú, Director de ese **GALPON DE LIBROS** llamado **"Casa de Montalvo"** ? etc. Para el "bruto coceador" ¿son también galpones las casas en que nacieron Cervantes, Sarmiento, Juárez, Rubén Darío?... Mientras para todos una biblioteca es un templo de saber y de cultura sin que importe la modestia de un edificio dignificado por quien en él vino a la vida, para mata es un galpón. Debe, por lo tanto, darse cuenta de que con su presencia está profanando la Biblioteca de una respetabilísima Universidad.

Termina la curiosa dedicatoria así: "Estoy agobiado por esta defraudante humillación **que,** sin querer, me **la** he asestado". —El pronombre **la** después del relativo **que** es un chocante pleonasmo. Por si mata no lo sepa: pleonasmo es toda redundancia viciosa de palabras. Bastábale decir: "humillación que, sin querer, me he asestado". No lo olvide para cuando tenga que agobiarse con otras **humillaciones.**

En la página 2 del libelo se lee una advertencia que parece revelar cierto temor de ser citado ante una comisaría: "...cualquier **reclamo** deberá ser formulado ante los únicos responsables librados a sus personales e inconfesables coincidencias..." No es un chiste.

Ya en el texto de su última "basura" observamos su irrespeto y sus burlas hacia los restos mortales de un Muerto Inmortal, cuyo nombre es venerado por pueblos enteros. Vemos cómo el cobarde se ceba en insultar a un Muerto egregio, porque sabe que no se levanta de su tumba para responder a sus insolencias. ¡Cuán blandas son las que dirige a los escritores de nuestros días, comparadas con las que vomita contra los Muertos! Solo esperó que muriera su amigo don Gonzalo Zaldumbide, para enlodar también su tumba!

"Vayan a ver esos primores, —dice—. Vayan a ver, Uds. convulsivos y proditorios homeritos bellos durmientes de **mausuleo antihigiénico** (sic!). Vayan a ver Uds. remodeladores de momias (sic) que desde hace años están boquiabiertos, rubios y rucios contemplando sólo la careta del tío Montalvo (sic!)". —¡Cuánta verborrea insolente sin puntuación! Sin la coma después de "momias", ¿son éstas las que están "boquiabiertos", etc.?.

"...no han intuído... peor llegar (sic) a verle su desnuda cara en la guardarropía de sus letras..." —Quítese el acento en la **i** del diptongo **ui** de **intuído.** Intuición es la comprensión inmediata de una verdad. ¿Una cara es una verdad? ¿Puede ser intuida una cara?

"...merodeadores serafines guardianes (sic), mamíferos de sesos mortesinos...". —¡Qué elevación de pensamiento! ¡Qué belleza de dicción! Imítenlas los doctores Carrión y Cevallos García.

"...porque soy un aseadísimo cochino (sic), ni siquiera los cuezo en su guaytambil mondongo..."

"...publiqué... un artículo que tuvo el mérito de que me **picasen** (sic), me **calverasen** (sic!!), me **ismasen** (sic!!!) también ahí los precursores de la mita de Montalvo (sic), los mitayos del amo Montalvito, el decesado... Cómo se desenfrenaron los cachineros histéricos montalvillanos (sic)... Quien se dé el trabajo de embrutecerse más (sic), vaya a leer mis notas en p. finales..."

"...Taita de mancebía... bestial admiración de las preñadillas... casi apóstatas..."

"...el gran Don Juan Montalvo, con su dimensión tunguráhuica y demás baratijas guaytambiles de estridor..."

"...Benjamín, ¿sentir yo envidia de Montalvo, como roznan (sic), rubicanes y pachones nuñones o de noña? (sic). No... sólo viles... pueden tener eso... viciocismo...". —"Viciocismo", seguramente proviene de vicioco, según lo delata esa viciosa **c.**

"Kirie eleison, San Montalvo..." —Ojalá te escuche y nos escuche: Señor Don Montalvo, ten piedad de ese "hominicaco"! Intercede ante Dios para que lo redima de su "vocación de idiota".

Las sandeces se dirigen contra Ambato, como pueden dirigirse contra Francia por ser cuna de Víctor Hugo, o contra la ciudad de León por ser cuna de Rubén Darío; y contra los ambateños por ser coterráneos del Cosmopolita, como podrían dirigirse contra los españoles por ser compatriotas de Cervantes...

"Y todavía, Benjamín, esos renacuajos escritores **—jambatos—** se atreven a considerarse **nuestros semejantes"**. —¿Cuándo hemos osado tener tan mal pensamiento? ¡El cielo libre hasta al último de los ambateños de la peor de las desgracias: parecerse a mata ni física ni espiritualmente!

"...suelo de panvivir (sic)... caterva de zullencos mapa poetas, cíclopes de **boquirubios** fletados..." —Lo de los zullencos, se lo dedican al propio h. mata todos los "mapa poetas". La **r** de rubios en boquirubios debe duplicarse: boquirrubios, por hallarse en medio de dos vocales dentro de una misma palabra.

"...**gentío de moscas** (sic) casoleras de Montalvo..."

"San Juan Montalvo, de San Juan de Dios o de San Juan Bautista de Ambato... Montalvolandia... Huaytambía... Desguaytambizar... desguaytambear..." —¿No es esto desvariar?

"...Que lo diga la Mapa Señora". ¡Sí! Que lo diga, que lo diga.

"...aquí y allá, en la tierra del mote, de los guaytambos, de los arenapupos y...".— Esos bocados son buenos no sólo para las Piti-muchas y la Mapa Señora: son la quinta esencia de la literatura matosa, que tanto admiran Carrión y Cevallos G.

"Y... que se espanten los **cama-mulas** y los **chaquibotas** de la inteligencia...". —¡No! Los doctores Carrión y Cevallos no se espantan por nada: para ellos los **cama-mulas** y los **chaquibotas** de la inteligencia merecen esos y otros epítetos igualmente pulidos y sonoros.

"Hay cretinos que merecen que se les entierre vivos a que no mancillen con su muerte la tierra de camotes y de papas, de alfalfas y zapallos...". —¿Qué responden los doctores Carrión y Cevallos? ¿Les agrada ese plato literario de camotes y de papas, de alfalfas y zapallos?

Tampoco el Muy Ilustre Concejo Cantonal de Ambato merece ninguna consideración del "idiota vocacional", pues se atreve a hablar de "...**tonterías municipales,** fenomenalmente ridículas, que causaran risa si no produjeran pena y consternación. Así es: apesadumbra **de** (sic) que el género humano se haya ultrajado criando semejante calaña: que al mismo asco revuelve náuseas...". —En la "basura" anterior, sujeto de "apesadumbra" es: "que el género humano...", etc. La preposición DE delante del anunciativo **que** es aquí una instrusa que tiene el doble objeto de formar un horrible solecismo permitido por el doctor Benjamín Carrión, y de poner en evidencia una vez más la crasa ignorancia gramatical de su querido amigo. En verdad, apesadumbra DE que en el género humano se vean ciertos fenómenos...

"...tío municipal y casaculturero (sic) nucleico (sic): supersticioso parásito lacayo de ultratumba en ese San Juan de Dios o San Juan Bau-

tista o San Juan Montalvo de Montalvolandia...". —Vuelve el desvarío matuno.

Pero contra quienes se desborda la cloaca de h. mata es contra los ambateños que han replicado a sus necedades. Oigámosle:

"...manada de brutos... —dice el "bruto coceador"—. Yo, Benjamín Carrión, con el señorío de hombre de honor, cuyas uñas jamás han aplastado parásitos de escritores mingados, me contento con golpear entre mis manos aseadas estas páginas...".

"Sería manchar mi pensamiento y mi pluma si **advirtiese en** esa humana escoria...". —El verbo **advertir** exige un complemento directo si se quiere saber qué fue lo que el "idiota vocacional" advirtió en aquello que a su paranoica fantasía le pareció una "escoria humana". Mientras mata no diga qué advirtió, nada ha dicho.

"...amigo Benjamín... ¿cómo me expresaré para no emplear inmotivadamente "gente"... Bueno... esos bichos escribidores de automatizados cerebros montalvopáticos (uf!)...". "...esplendorosos literarios chagua brujos guaytambiles...".

Dos adjetivos españoles, dos quichuas, uno de los cuales es un derivado "neolálico", y como sustantivos, muy sustantivos, solamente unos "brujos" revolucionarios del idioma, que no son precisamente los "guaytambos": ¡el colmo de la estética literaria! Doctores Carrión y Cevallos: ¿verdad que esta "supremamente bella locución" no es "nociva" para que los estudiantes creen "obras de valor independiente"?

"...pachones de la lama, escritores eventuales adolecidos de **lasipa** (sic) literaria...". —Trátase aquí de admirables derivados de palabras inventadas según las sabias enseñanzas "benjamínicas" y "cevallescas".

"...montalvonautas —acomodándoles un término de palpitante actualidad— ahora expelen **en** ventosidades (sic) de recua enloquecida (sic)...". —En su famélica manía por devorar y consumir todas las expresiones de montalvismo, mata se comió —como vulgarmente suele decirse por "omitir"— íntegro el complemento directo, directísimo, de la oración, esto es, todo lo que los montalvonautas "expelen en ventosidades de recua enloquecida". ¡BUEN PROVECHO!

Socarrona y cobardemente alude también al diario EL HERALDO, de Ambato: "Con todo nuestro cristiano corazón, contristémonos, Benjamín, por la imprudencia lunática de los **heraldos** de la damnificante mentecatez... Pero... ¿tienen ellos la culpa de no atinar jamás un atisbo de instinto inteligente que los conduzca a una leve noción de pensamiento y, así, sean susceptibles de reprimir el ofensivo espectáculo de mens putrida in corpore insepulto...?"

No hay diario, por acucioso que sea, al que no se le escape alguna vez un gazapo. A EL HERALDO se le escapó uno, y bastó ese hecho para que mata lo festeje como si hubiese descubierto un tesoro... y sobre él se solaza en largas parrafadas. Un "imprimido" en las "basuras" de mata no es un gazapo: es una de las muchísimas pruebas de su ignorancia gramatical. "...manuscritos... distintos de lo que se **ha imprimido**..."se lee en

su libelo. ¡Imprimido! ¡Imprimido!... Música celestial para los oídos del doctor Carrión! Esta es la única vez que hemos hallado "imprimido" por "impreso". Puede haberse "imprimido un beso"; pueden haberse imprimido las órdenes sagradas"; pero debe estar "prendido" en la cárcel todo el que haya "decido" impreso por "imprimido". Así escribiría mata si quisiera defender su error. Con todos los gramáticos, Bello menciona "impreso" entre los participios irregulares; y Cuervo anota: "El participio **imprimido** no lo desaprueba Salvá en este caso: "El carácter que le han "imprimido los órdenes sagrados". Fue comunísimo en el siglo XVI, pero poco a poco fue cayendo en descrédito; recuerdo haberlo visto censurado en no sé que libro antiguo, y al fin debió ser tenido por incorrecto, pues refiriéndose Yepes a este pasaje de Santa Teresa, que él mismo copia: "De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura", escribe: "Quedó también tan **impresa** aquella majestad y hermosura en su alma, que nunca la pudo olvidar..." —En todo caso puede emplearse el participio "impreso" aun tratándose de la huella de un beso o de una impresión espiritual, pero de ningún modo puede decirse "imprimido" en tratándose de tipos de imprenta. Esa es la regla inviolable según el uso actual sancionado por la Academia de la Lengua.

Y mata es quien a los ambateños llama "jambatos seudoescritores...".

Ese ignorante es quien escribe: "...Harán remigiales y montalvales (sic), pero nuestra verdad —MI VERDAD (sic)— quedará inconmovible, **mientras tambalean monumentos y estatuones indebidos**..." (sic!!).

Cuando menciona al Libertador Bolívar es sólo para rebajar su figura: "A ese **curajo** (sic) estaría mejor definirlo con la favorita exclamación del Libertador, esto es cambiándole la **u** en **a**...". —El mamarracho se acordó de Bolívar únicamente para asociarlo a una de las vulgares palabrejas de su jerga. Cuando menciona el nombre de un creador de naciones, ha de ser para ridiculizarlo, zaherirlo, insultarlo, desfigurarlo...

Sin embargo se jacta de nobleza espiritual heredada de sus mayores: "...el nombre de familia de mi Madre —dice— cuyos hombres y señores"... (¿De quién eran los "hombres y señores": de la familia o de la madre?).

"...dieron civilización a todo Cuenca...". —Con una triste excepción dentro de la misma familia...

h. mata no siente amor patrio: "...Noviembre, amigo mío Benjamín Carrión, —le dice— mes de efemérides y de la literatura oficial **fiespatriera** (sic)"... —Si se tratase de Machu-Picchu o de Llactayuyay, o de cosa parecida del Perú, no hablaría de **"fiespatrierías"**... hermoso neologismo para el amigo Carrión.

"...algunos ambateños se prestaron a defenderme en esta operación Montalvo (sic)... Les agradeci, pero rogándoles que se abstengan de intervenir, ya que para mi defensa me basto yo solo...". —Mientras mata no publique sus nombres, tendremos por mentirosa también esta aseveración.

mata confiesa: "Soy un indio...". —No lo dudamos.

"...bien habido...". —¿No miente?

El prototipo de los "autoinsultos" de mata.—A propósito, preguntémonos: ¿De dónde diablos le nacieron a mata esas sanchescas comezones que no lo dejan quieto mientras no se define a sí mismo con los más envilecedores improperios ahorrándonos el trabajo de acudir al diccionario para decirle lo que es y se merece? No se nos negará que tenemos ante nosotros un caso morboso de excepción, que no es precisamente el "caso" sencillo —"sin adjetivos"— que cree el doctor Benjamín Carrión. Tal vez no andemos muy errados en la siguiente explicación.

Cuando mata intenta hacer una gracia con aquello de la **grama** y de la **tica,** prorrumpe ex abrupto en esta invocación: "**¡Sancho Panza!;** y luego prosigue en sus desatinos de "policía y alguacil de la Lengua", como si tal cosa. Esa invocación incoherente, revela que, habiendo leído solamente los fragmentos sanchescos del Quijote, ningún provecho ha sacado de su lectura, y ,por el contrario, se ha hecho un grave daño desde que le ha dado en remedar bastardamente, en su vida real, las actitudes y dichos de Sancho.

El ejemplo que, sin duda alguna, ha hecho más mella en la fantasía de mata, es el que tuvo lugar cuando Sancho, al ver que su amo porfiaba en asegurar que había cortado la cabeza de un gigante, entre eufórico y gracioso le replicó: "...quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es ....".

En este punto peliagudo, le mandamos a mata al capítulo XXXVII de la primera parte de "El Ingenioso Hidalgo...", para que lo estudie serenamente, y se dé cuenta de que ese autoinsulto de Sancho —prototipo de los autoinsultos con que mata se define, sustituido por nosotros con muy corteses puntos suspensivos por el respeto que guardamos a nuestros lectores y para nosotros mismos—, es seguramente la causa secreta por la que, remedando a Sancho, se solaza en difamarse a sí mismo. Para su desgracia, ese mal parece no tener remedio...

Y prosigamos con las "coces" de mata contra el monumento de Montalvo:

"...pidamos —dice— que estos renacuajos —jambatos— de crédito limitado (sic) recen una oración...". —Sí, que los renacuajos recen la oración que mata les dicte. Nosotros rezaremos por él y por...

Estampa policial.—Las últimas páginas de la última "basura" matosa contiene una estampa policial creación auténtica de la fantasía de mata. Los doctores Benjamín Carrión y Gabriel Cevallos García han de hallar en ella argumentos para otros ensayos y elogios, pero de ambiente policial...

"Créeme, Pablo —le apostrofa a un licenciado amigo— que **te considero** (sic) por haberte rodeado de tanto fetiche fanatizado, hediondo a calamidad de momia (sic!!!)...". —"Considerar" significa en español: pensar, reflexionar, estimar, tratar con respeto. h. mata, por lo visto, trata con respeto, con consideraciones, a su amigo Pablo por haberse rodeado... etc. A él lo compadecemos; no lo consideramos.

"Pablo querido..., querido Pablo, me emborraché contigo... cuando **te sacaste** (sic) en una fiesta de la Lira de Remigios y de Piti-muchas... un capulí chaucha de infame oro...". —¿De dónde te lo sacaste, querido Pablo?...

"...tú habías escondido esa presea, amorosa y sacratísimamente, junto a la bacinilla (sic), dentro de un zapato...". —Doctor Cevallos García, ¿no se "emborracha" también usted de emoción con tan personales perfumes de la literatura de su amigo h. mata, autor de una "Historia de la Literatura Morlaca"?

"Etílicamente (querido Pablo) te olvidaste del sitio y... creías que yo te la había robado!...". —¿Qué motivos había dado mata a su amigo para que éste dudara de su honradez?

"Yo que jamás he robado nada a nadie...". —Pero intentar el robo del buen nombre y de la justa fama, ¿no es mil veces peor que el robo de un capulí aunque fuese de oro?

"...¿cómo iba a ensuciarme en semejante pendejada? (sic)". —¡Qué lenguaje, qué escena sublimes para los admiradores de h. mata!

"...Mas dejémonos de hediondos recuerdos de ca... (sic!!!)...".

Nosotros los ambateños —inclusive la Mapa Señora. .— dejamos a mata con eso en la boca y revolcándose en esos recuerdos. ¡ESE ES SU SITIO!

Conclusión.—Tal es la literatura con que Benjamín Carrión, h. mata y Gabriel Cevallos García, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, bibliotecario y Rector de la Universidad de Cuenca, respectivamente, quieren hacer del Ecuador una República de Patanes Malhablados y Maleducados!!

Azorados pregúntanse entre ellos cual si estuvieran preocupados por la salvación de la Patria: "¿Qué haremos con esta plaga de puristas?"

Preguntamos nosotros a todos los ecuatorianos cultos y amantes de la elevación espiritual de nuestro pueblo: ¿Qué debemos hacer con estos Caballeros Andantes de la Orden de la Impuridad y de las Malas Palabras? ¿Qué debemos hacer con el "idiota vocacional", fiel escudero y lacayo de esa prostituida Orden?

Este se contonea porque, cuando atacó a Crespo Toral, "hubo desagravios, remigiales (sic), erección de un monumento, pero... —se lamenta con lágrimas en sus ojos de cretino— nadie me insultó tan copiosamente como lo han hecho las preñadillas casamontalveras (sic)".

Nosotros no te hemos insultado ni te insultamos, "bruto coceador": entre muchas verdades, solamente te hemos repetido los "elogios" que tú mismo te prodigas cuando te llamas y defines "hominicaco", "absolutamente ignorante", "escritorzuelo", "cochino", "idiota vocacional"... Lo de "excremento de Benjamín Carrión" agradécelo a Don Juan Montalvo, que lla-

mó "excremento de García Moreno" —con el beneplácito y el aplauso de Don Miguel de Unamuno— a alguien muy superior a ti en sentido común y en... **hombría!**

Más que en nuestra condición de conterráneos del Cosmopolita, más que como ecuatorianos, como simples miembros de la sociedad humana, cumplimos nuestro deber de señalar ante el fallo de todo el Pueblo Ecuatoriano y, en particular, ante el criterio penetrante y patriótico de los señores Directores de diarios, revistas, casas editores y... Casas de la Cultura Ecuatoriana, el fenómeno de ese desequilibrado sujeto que responde a los nombres de gonzalo humberto mata ordóñez, y que viene amparándose en una ya demasiado benigna y prolongada impunidad, para emporcar los tipos de imprenta con el cieno de su pluma inculta y bellaca, enemiga declarada de la Patria Ecuatoriana en sus más auténticos valores, en sus más nítidas y sólidas glorias y hasta en sus más sagrados e inviolables derechos.

"Las citas entre comillas han sido tomadas textualmente del ensayo "EL COMPRENDEDOR APASIONADO", de Benjamín Carrión, y de los libelos "Zaldumbide y Montalvo" y "Defensa de mi Zaldumbide y Montalvo", de g. humberto mata ordóñez.

FE DE ERRATAS

Página	Renglón	Errata	Corrige
7	17	Dícele	Escribe
12	13	¡g. m. mata!	¡g. h. mata!
16	34-35	"anatómicas	"atómicas
17	24	bruto	"bruto
21	43	"Dejando que	"Dejando a que (sic)
21	46-47	Curioso	Gracioso
30	34	mata	el renacuajo o preñadilla número uno.

BIBLIOGRAFIA

JUAN MONTALVO.—Todas sus obras. Ediciones **Garnier,** París «El libro de las pasiones» y «Páginas desconocidas», publicaciones de la Universidad de La Habana, 1935—1936.

Oscar Efrén Reyes: Vida de Juan Montalvo, 2a. edición, Quito, 1943.

Gustavo Vásconez Hurtado: Pluma de Acero, México, 1944.

José Enrique Rodó: Hombres de América, México 1957.

J. M. Vargas Vila: Los Divinos y los Humanos, México, 1954.

Gonzalo Zaldumbide: Montalvo. Garnier, París

Varios: **Montalvo en Colombia.**

Revista de la Casa de Montalvo, de Ambato, y otras publicaciones nacionales y del exterior.

* * *

García Moreno.—Cartas coleccionadas y publicadas, con otros documentos, por Wilfrido Loor, en cuatro tomos. Primera y segunda edición de los tres primeros. «La Prensa Católica» y «Editorial Ecuatoriana», Quito; Editorial Vida, Guayaquil, 1953-1966.

García Moreno.—Escritos y discursos, coleccionados y publicados por Manuel María Pólit Laso, Arzobispo de Quito. Segunda edición, Quito, 1923.

Padre Severo Amable Gomezjurado, S. J.: Vida de García Moreno, en no se sabe cuántos tomos. Han salido a la luz siete de las siguientes Editoriales: «El Tiempo», de Cuenca; «Tirso de Molina», «La Unión», «Editorial Ecuatoriana» y «Don Bosco», de Quito. 1954-1966. Con las debidas licencias.

Padre Severo Amable Gomezjurado, S. J.: «¡¿Mártir García Moreno?!». Editorial Alba, Cuenca, 1952. Con las debidas licencias.

Padre Severo Amable Gomezjurado, S. J.: «14 machetazos y 6 balazos. Vida de García Moreno especialmente para niños». «La Prensa Católica», Quito, 1961. Con las debidas licencias.

Padre Severo Amable Gomezjurado, S. J.: Entre otros, los siguientes folletos: **No. 1 Hércules cristiano, No. 2 Gran ciudadano, No. 3 Estadista genial.** Propaganda popular. Prensa del Apostolado de la Oración, Riobamba, 1938-1939. Con las debidas licencias.

Manuel Gálvez: Vida de Don Gabriel García Moreno. Editorial Difusión, Buenos Aires, 1942

Ricardo Pattee: García Moreno y el Ecuador de su tiempo. 2a. ed., México, 1944.

Luis Robalino Dávila: García Moreno. Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1949.

Wilfrido Loor: García Moreno y sus asesinos. 1a. y 2a. edición. «La Prensa Católica» y «Editorial Ecuatoriana», Quito, 1955-1966.

Wilfrido Loor: La victoria de Guayaquil. «La Prensa Católica», Quito, 1960.

Wilfrido Loor: Los Jesuitas en el Ecuador. «La Prensa Católica», Quito, 1959.

Roberto Andrade: Montalvo y García Moreno. Editorial Jouvin, Guayaquil, 1925.

Roberto Andrade: El sesis de Agosto o sea muerte de García Moreno, Portoviejo, 1896.

Roberto Agramonte: García Moreno — Biografía del Dictador — Estudio psicopatológico e histórico.— Cultural, S. A. La Habana, 1935.

Pablo Herrera: Apuntes Biográficos del gran Magistrado ecuatoriano señor doctor Don Gabriel García Moreno.— Editorial «La Prensa Católica», 1921.

Eloy Proaño Vega: Colección de algunos escritos y artículos publicados en el primer aniversario de la muerte de García Moreno. Imprenta de Campusano y Rivadeneira, Quito, Agosto de 1876.

Pedro Moncayo: El Ecuador de 1825 a 1875. Segunda edición. Imprenta Nacional, Quito, 1907.

Juan Murillo M.: Historia del Ecuador, de 1876 a 1888.— Editorial «El Comercio», Quito, 1946.

Dr. Antonio Flores (?): Para la Historia del Ecuador. Refutación a «Páginas del Ecuador», de Marietta de Veintemilla.— Imprenta Católica, Quito, 1891.

Camilo Destruge: Historia de la Prensa de Guayaquil. Imprenta y Encuadernación Salesianas, Quito, 1924-1925. Dos tomos.

Gabriel Unda: Bocetos ecuatorianos y extranjeros. Segunda edición. «La Prensa Católica», Quito, 1951.

César Pérez Moscoso: En defensa de la verdad. Entrevista al hijo de Faustino Lemos Rayo. Edit. «Royal Print», Guayaquil, 1958.

Periódicos de la época: **«El seis de Marzo» y «El Primero de Mayo».**

* * *

Autor aún no identificado: Mónita secreta societatis jesu. Edición y prólogo del Dr. E. J. E. Bocher. Copenhague, 1901. El texto latino es fiel copia del manuscrito del padre Brothier, último bibliotecario de los jesuitas de París antes de la Revolución Francesa. Otro manuscrito exactamente igual fue descubierto en un colegio jesuítico de Limburgo, Holanda, que en 1773 formó parte del proceso contra los jesuitas en los Países Bajos, y se conserva en el Archivo del Palacio de Justicia de Bruselas con el número de Catálogo 730, según advierte el propio Doctor Bocher.

Enciclopedia ESPASA: Consúltese el vocablo **Mónita.**

Padre Pedro de Rivadeneira, S. J.: Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.— «Apostolado de la Prensa», Madrid, 1942. Con las debidas licencias.

Padre Hipólito Jerez, S. J.: Ternuras Ignacianas.— Imp. del C. de J., Bogotá, 1941. Con las debidas licencias.

Padre Ignacio Casanovas, S. J.: San Ignacio de Loyola. Traducción del catalán por el P. Antonio Viladevall, S. J.; Prólogo del P. Ignacio Puig, S. J.— Editorial Difusión, Buenos Aires, 1943. Con las debidas licencias.

Padre Pablo Dudon, S. J.: San Ignacio de Loyola. Traducción castellana de la 3a. edición francesa por el Pa. Joaquín Cardoso, S. J.— «Buena Prensa», México, 1945. Con las debidas licencias.

Padre Victoriano Larrañaga, S. J.: San Ignacio de Loyola — Estudios sobre su

vida, sus obras, su espiritualidad.— Edit. Hechos y Dichos, Zaragoza, 1956. Con las debidas licencias.

Ludwig Macuse: San Ignacio de Loyola, un soldado de la cruz. Traducción del alemán por Gregory Warren. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1943.

Richard Blunk: Ignacio de Loyola — Su vida y su obra.—Traducción de Santiago Ferrari, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1952.

Padre Miguel Mir, de la Real Academia Española. Ex jesuita que abandonó la Compañía cuando descubrió documentos que la hacían sospechosa: **Historia interna documentada de la Compañía de Jesús,** Madrid, 1913. Dos tomos. **Sin aprobación Eclesiástica.** Antes bien, amenazado con las más severas censuras desde Roma, el Padre Mir legó su obra a personas de su confianza para que la publicaran después de su muerte.

Ignacio de Loyola: Ejercicios espirituales. Edición «libre de locuciones anticuadas...., enriquecida con las notas del M. R. P. General Juan Roothaan, S. J.» Prólogo del R. P. Guillermo Furlong, S. J.— Editorial Difusión S. A., Buenos Aires, 1943. Con las debidas licencias

Ignacio de Loyola: Sentir con la Iglesia y discernimiento de espíritus. Comentarios de los pp. M. Meschler y E. B. Pita, S. J.— Editora Cultural, Buenos Aires, 1943. Con las debidas licencias.

Padre Juan Bautista Aguirre, S. J.: Poesías y obras oratorias. Edición del Instituto Cultural Ecuatoriano, Quito, 1943.

Padre Juan de Velasco, S. J.: Historia del Reino de Quito (que en la III parte recibe el nombre de «Quito propio»). Ed. «El Comercio», Quito, 1946.

Padre León Tornero, S. J.: Los Jesuitas impugnados y defendidos.— Imprenta del Colegio, Riobamba, 1876. Con las debidas licencias.

Padre Joaquín de Hita, S. J.: Los Jesuitas en el banquillo — Charlas loyoleas.— Editorial «El Mensajero del Corazón de Jesús», Bilbao, 1934. Con las debidas licencias.

Padre Aurelio Espinosa Pólit, S. J.: En el mismo laud, Poemas. Editorial Clásica del Colegio de Cotocollao, Quito, 1941. Con las debidas licencias.

Padre Aurelio Espinosa Pólit, S. J.: Religión natural.— Edit. «Tirso de Molina», Quito, 1958. Con las debidas licencias.

Padre Aurelio Espinosa Pólit, S. J.: Los católicos y la política, Conferencia.— «La Unión Católica», Quito, 1957.

Padre Aurelio Espinosa Pólit, S. J.: «Alzando el velo al silencio Vida meditada de San José».— Biografía novelesca del Santo, con las debidas licencias. «La Prensa Católica», Quito, 1957.

Federico González Suárez: Historia general del Ecuador.— Imp. del Clero, Quito, 1892.

Oswaldo Albornoz P.: Historia de la acción clerical en el Ecuador desde la conquista hasta nuestros días.— Edit. «Espejo», Quito, 1963.

Juan Avilán: La bestia 666 en su siniestra desnudez. Caracas, 1954.

Su Santidad Paulo VI: Alocuciones publicadas por la prensa mundial, en las que expresó a los propios jesuitas su **Asombro y Pesar** sobre ciertas informaciones que habían llegado a sus oídos.

Otros documentos: Regulae societatis Jesu - Epitome instituti societatis Jesu - Constitutiones societatis Jesu et examen cum declarationibus - Ratio atque institutio studiorum societatis Jesu - Litterae apostolicae quibus institutio, confirmatio et varia privilegia continentur societatis Jesu - Bulla sive litterae decretales canonizationis S. Ignatii Loyolae societatis Jesu fundatoris - etc. Todas estas publicaciones pueden consultarse en la Biblioteca Nacional, Sección «Compañía de Jesús», de Quito.

* * *

Benjamín Carrión: García Moreno, el Santo del Patíbulo, México, 1959.

Benjamín Carrión: Por qué Jesús no vuelve —Novela.— Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1963.

Benjamín Carrión: El cuento de la Patria —Ensayo.— Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967.

Benjamín Carrión: El pensamiento vivo de Montalvo.— Edit. Posada, Buenos Aires, 1961.

Benjamín Carrión: G. H. Mata, el comprendedor apasionado.— Quito, Octubre de 1966.

Fernando Tinajero Villamar: Más allá de los dogmas, Ensayo.— Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967.

g. h. mata ordóñez: Sal, Novela.— Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1963.

g. h. mata ordóñez: Sumag Allpa, Novela.— Edit. Cenit, Cuenca, 1967.

g. h. mata ordóñez: Historia de la literatura morlaca, Cuenca.

g. h. mata ordóñez: El viejo chiguagua y Juan Montalvo. Artículo acogido en la Revista América, No. 108, Quito, 1965.

g. h. mata ordóñez: Zaldumbide y Montalvo, Cuenca, 1966.

g. h. mata ordóñez: Defensa de mi «Zaldumbide y Montalvo» —memorial montalvario.— Cuenca, 1966.

ERRATAS MAS NOTORIAS

Página	Renglón	DICE:	DEBE DECIR:
63	11	mismo se califica	mismo califica
65	26	inocultado	inoculado
67	10	llegaron con esos	llegaron esos
71	27	le advirtió	lo advirtió
87	38	extragado	estragado
124	26	suavisarnos	suavizarnos
134	40	prejuicios	perjurios
137	27	1964	1864
168	20	en la vida de los pueblos	**Elimínese**
184	13-14	litteral	litterae
192	8	**Añadir:**	(Véase: Larrañaga, pág. 292).
192	34	COFIRMADO	CONFIRMADO
205	15	religiosos	miembros
212	34	enzañaba	ensañaba
213	2—3	zaña	saña
229	12	y Astudillo	y Sánchez Astudillo
239	9	lengüistas	lingüistas
252	8	suguranza	seguranza
254	43	de una muestra	de muestra
262	34	con o sin ella	con **r** o sin ella
263	21	Ecuatoria	Ecuatoriana
263	42	pudo	pudieron
263	44	ron los rechazaron.	ron, los rechazaron.
264	1	lo acepte	los acepte
264	1	lo...... pueda	los ..... puedan
264	1	pueda	puedan
307	3	Dice: El yoismo tiene	Debe decir: El yoísmo adopta
315	18	«ingenumante	«ingenuamente

En el APENDICE:

Página	Renglón	DICE:	DEBE DECIR:
5	11-12	monstruosa	monstruosamente
5	22	resucitara	resucitaba
5	30	en reírme	es reírme
9	25	arternada	alternada
11	39	magaloma—	megaloma—
18	6	poniéndolas	poniéndolos
18	23-24	toda persona medianamente culta y hasta el hombre superior	todo hombre superior y hasta las personas medianamente cultas
20	4	erigirse a	arrogarse la calidad de
22	11	absoluto	absoluto y audaz
23	42	un camino	el camino
24	5	lisonja	lisonjea
26	8	levanta	levantará
27	1	pueden	podrían
30	36	contiene	contienen
32	8	editores	editoras

En la BIBLIOGRAFIA

Página	Renglón	DICE:	DEBE DECIR:
2	6	—El sesis de Agosto	El seis de Agosto
3	5	—Blunk	Blunck
8		societatis	Societatis

INDICE
